

PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA  
TESTIMONIOS MAYORES  
H. JUAN BAUTISTA FURET

# “Vida de José Benito Marcelino Champagnat”

(Edición del Bicentenario)

CEPAM/abm

## PRIMERA PARTE

### PROLOGO

Narrar la vida de un santo, describir sus luchas, victorias y virtudes, cuanto hizo por Dios y por el prójimo, es proclamar la gloria de Jesús, divino restaurador del mundo, Santo de los santos y autor de toda santidad. Pues todos los predestinados que nos iluminan y con sus ejemplos disipan las tinieblas del pecado y de la ignorancia, reciben su luz de la vida de Jesús y se inflaman con la contemplación de sus virtudes, como se encienden muchas velas de una misma antorcha, de la que reciben luz y calor (S. Macario, Doctrina) .

Todos los santos pueden decir con san Pablo: Vivo... no yo, es Cristo quien vive en mí. Vive en su entendimiento por la fe, que es participación en la vida eterna; en su memoria por la evocación de su grandeza, bondad y dones, cuyo solo recuerdo los colma de alegría; en su corazón por la caridad; y vive, finalmente, en todas las facultades espirituales de sus almas y en todas sus obras de virtud. El les hace saborear las eternas verdades, captar las divinas inspiraciones, y los atrae hacia sí por el perfume de sus virtudes. De ese modo, cuanto en los santos es gracia, procede de Jesús y se convierte en gloria de Jesús. Los santos, dice san Juan Crisóstomo, son como las estrellas del cielo que forman un concierto maravilloso, para proclamar la gloria de Jesús. Cuanto hay en ellos, respira su espíritu; sus palabras proclaman las perfecciones de Jesús, y sus acciones son fruto de la gracia. Los sufrimientos de los santos constituyen sacrificios de alabanza a la soberana grandeza de Jesús. Su vida, en definitiva, es un trasunto de la vida de Jesús y reproducción de sus virtudes (NOUET, Vida de Jesús en los santos) .

Escribir la vida de los santos es condenar el vicio, fomentar la piedad y la virtud. La vida de los santos, según san Gregorio Magno, muestra con evidencia las virtudes y sugiere los medios para adquirirlas. Es espejo nítido que pone de relieve nuestros defectos e imperfecciones de modo tan patente, y, por lo mismo, tan repulsivo, que su sola contemplación basta para movernos a corregirlos. La vida de los santos es una viva representación de la perfección evangélica y de las sucesivas etapas para alcanzarla. Es el Evangelio puesto en práctica. La única diferencia entre el Evangelio y la vida de los santos -dice san Francisco de Sales- es la que va de una partitura musical a su interpretación .

Al leer la vida de los santos, nos sentimos suave, pero fuertemente impulsados a imitarlos, como si cada uno de ellos nos invitase a seguirlo, y, mostrándonos las virtudes de que nos da ejemplo, nos dijera lo mismo que decía la castidad a san Agustín al comienzo de su conversión: “Lo que éstos han hecho, ¿no vas a ser tú capaz de hacerlo? ¿ Crees que ellos pudieron superar por sí mismos los, obstáculos del camino del cielo? No .

Vencieron el pecado y practicaron la virtud por la gracia de Jesucristo. Ahora bien, tienes la promesa de esa misma gracia. Con ella podrás lo que ellos pudieron y realizarás lo que ellos realizaron” .

Pero por más que el ejemplo de todos los santos sea utilísimo para llevarnos a la perfección, sin embargo, dice san Pedro Damiano, la misma prudencia que regula la selección de las virtudes más necesarias o convenientes, debe también determinar la elección del que se adapte mejor a nuestro estado y profesión .

Cada Instituto y cada profesión, según san Jerónimo, tienen sus primeros miembros cuyos ejemplos son modelo para los venideros. Obispos y sacerdotes tomen como modelo a los apóstoles y varones apostólicos y esfuércense en conseguir el mérito que corresponde a ese honor. Quienes profesamos la vida eremítica, sigamos el ejemplo de los Pablo, Antonio, Julián, Hilarión y Macario. Nosotros, los Hermanos Maristas, siguiendo el acertado consejo de este gran doctor, hemos de tomar como modelo en la práctica de la virtud a nuestro piadoso Fundador. Nada más útil y provechoso que su ejemplo .

Para elevar a los santos a la cúspide de la santidad, Dios los ha llevado a veces por sendas prodigiosas y extraordinarias, admirables, pero no imitables. En otras ocasiones, por caminos trillados y ordinarios si bien de forma heroica y perfecta que sí que podemos admirar e imitar. Tal es el caso de nuestro venerado Fundador: toda su vida es para nosotros un modelo que podemos y debemos imitar. Su vida viene a ser para nosotros el espejo que refleja nuestras deficiencias y las virtudes que Dios nos pide, la norma de conducta que en cada página nos indicará qué debemos hacer para ser religiosos de oración, fervientes, celosos de la gloria de Dios e inflamados en el amor a Jesucristo, verdaderos devotos de María e imitadores de la humildad, sencillez, modestia y vida oculta de esta augusta Virgen. Al estudiar y meditar este cuadro de virtudes que nos ofrece su vida, cada uno debe pensar: Este es el modelo que tengo que copiar, que debo esforzarme en reproducir. Nunca llegaré a ser perfecto religioso, auténtico Hermanito de María, si no me asemejo a este prototipo de perfección para mi estado .

Un día, después del tránsito de san Benito, sus principales discípulos, estando en oración, cayeron en éxtasis y Dios les mostró un camino real hacia el oriente que llegaba desde la celda del santo hasta el cielo. Dicho camino se hallaba cuajado de antorchas que difundían una claridad tan suave como luminosa. Entre sus hermanos, san Mauro contemplaba con especial interés la escena, cuando se le apareció un ángel que le dijo: ¿Qué miras con tanta atención? ¿Sabes qué significa ese camino? Lo ignoro, respondió san Mauro. Pues es el camino que llevó a vuestro padre, san Benito, al cielo. Si queréis llegar a la patria celestial, tenéis que seguirlo, es decir, imitar las virtudes de vuestro padre. Cumplid puntualmente la Regla que os dio y que él observó con tanta perfección .

Al leer la vida y las enseñanzas de nuestro piadoso Fundador, hemos de aplicarnos las palabras del ángel a los hijos de san Benito y pensar “Ése es el camino, ésa es la Regla que siguió nuestro Padre para obrar el bien, merecer el cielo, y llegar a la perfección que alcanzó. Si queremos ser auténticos discípulos suyos, si deseamos continuar su obra y compartir con él la gloria en el cielo, hemos de seguir sus huellas, imitar sus virtudes, observar la Regla que nos dio y que él tan fielmente observó. Es la única que puede conducirnos a Dios y al puerto de salvación. Cualquier otra nos perdería y llevaría al abismo”.

El profeta Isaías, dirigiéndose a los israelitas más fieles, los anima a imitar la vida y las obras de Abraham, su padre, para que, a ejemplo del gran Patriarca, se decidan a avanzar con paso firme

por el camino de la santidad. Siguiendo la exhortación del profeta, fijemos nuestros ojos en aquel que Dios nos dio por padre y modelo. Ponderemos su espíritu de fe, su inmensa confianza en Dios, su celo ardiente por la salvación de las almas, su amor tierno y generoso a Jesús, su piedad filial para con María, su profunda humildad, mortificación, desprendimiento de las criaturas, y su perseverancia en el servicio de Dios, para estimularnos a la práctica de esas mismas virtudes.

Boleslao IV, rey de Polonia, llevaba la efigie de su padre colgada del cuello. Cuando tenía que abordar algún asunto importante, la tomaba en sus manos y, contemplándola, exclamaba: “Padre, que conserve en mi la honra de tu estirpe y siga los ejemplos que tú me has dado; que no haga nada en contra ni sea indigno de tu conducta.” Como ese virtuoso príncipe, no emprendamos acción alguna sin dirigir una mirada a nuestro Padre, sin recordar sus virtudes, sin tomar como norma de conducta su espíritu y sus ejemplos. Comportémonos siempre de modo que ninguna de nuestras palabras y acciones sea indigna de él, o pueda ser desautorizada o condenada por sus palabras y enseñanzas o por los ejemplos que nos dejó.

Dios ha concedido abundantes gracias de estado a cada fundador y el espíritu de la familia religiosa de la que le constituyó cabeza y modelo. Esas gracias y ese espíritu fluyen de los fundadores a las almas de los religiosos para impulsar su acción y avivar su virtud. Los religiosos que no tienen el espíritu de su fundador, o que lo han perdido, deben ser considerados, y considerarse a sí mismos, como miembros muertos. Tales religiosos corren gran peligro de perderse al abandonar su vocación y volver al mundo. Y, aunque permanecieran en el estado religioso, les resultaría difícilísimo mantenerse en gracia de Dios y salvar su alma. Son como ramas que, aunque sigan unidas al tronco, se secan y mueren al haber perdido el espíritu de su estado por sus repetidas infidelidades. Por lo mismo, pierden la caridad y se condenan por haber abusado de los medios que debieron llevarles a la perfección.

El espíritu de su estado y de su fundador son para un religioso no sólo una práctica útil, sino algo indispensable. No existe gracia, virtud, paz ni felicidad aquí abajo, ni salvación ni dicha después de la muerte para quien no posea dicho espíritu.

En las crónicas de los Hermanos Menores, cuyo fundador es san Francisco de Asís, leemos que un hermano de la Orden tuvo esta visión: apareció ante él un árbol impresionante por su belleza y corpulencia. Sus raíces eran de oro y sus frutos eran hombres. Esos hombres eran los Hermanos Menores. Tenía tantas ramas como provincias la Orden. En cada rama figuraban los hermanos que tenía la provincia que representaba. De este modo, el hermano pudo saber el número de religiosos que formaban la Orden, distribuidos por provincias. Llegó incluso a saber el nombre de cada uno, su edad, condición, cargo, gracia, virtud y sus deficiencias. En la parte superior de la rama central, distinguió al General, Hermano Juan de Parma. Los Ministros de todas las provincias estaban en la punta de las ramas próximas. Vio también sentado a Jesucristo en un trono elevado, deslumbrante de resplandor. El divino Salvador llamaba a san Francisco junto a sí, le ofrecía una copa llena del espíritu de vida, y le decía: “Ve a visitar a los hermanos de tu Orden y dales a beber de la copa del espíritu de vida; pues el espíritu de Satán va a desatarse contra ellos, los sacudirán y algunos caerán para no volver a levantarse.” Acompañado por dos ángeles, san Francisco fue a ofrecer la copa a sus hermanos. Empezó por Juan de Parma, que la tomó y bebió con santa avidez todo su contenido quedando transfigurado y resplandeciente como el sol. Luego, el santo fue ofreciendo la copa sucesivamente a los demás hermanos. Fueron pocos los que la recibieron con el debido respeto y piedad, y tampoco la agotaban totalmente. El reducido número de los que la recibieron y apuraron se transformó al punto. Los que bebieron sólo un poco y derramaron el resto se quedaron en parte brillantes, en

parte oscuros, en proporción a lo bebido o derramado. Pocos instantes después, se levantó un viento huracanado que sacudió el árbol con tal ímpetu que los hermanos cayeron por espíritu de vida eran los primeros en caer. Los demonios se apoderaban de tierra. Los que habían derramado totalmente el contenido de la copa del ellos y los arrastraban a oscuros calabozos donde eran cruelmente atormentados. Pero el General de la Orden y cuantos, como él, habían apurado la copa, eran llevados por los ángeles a una morada de vida y luz eternas. Finalmente, el árbol zarandeado por la tormenta acabó cayendo y fue juguete del viento. Calmada la tempestad, de la raíz de oro del árbol que acababa de ser arrancado surgió otro cuyas hojas, frutos y el mismo árbol eran totalmente de oro. Es decir, que la Orden se renovó y los hermanos que no habían querido recibir el espíritu de su fundador, después de perderse, fueron sustituidos por otros más fieles.

“No todos los descendientes de Israel, dice san Pablo, son pueblo de Israel, como tampoco todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham.” Igualmente, no todos los que se dicen religiosos son auténticos religiosos; quienes sólo llevan el nombre, el hábito, las apariencias, o sólo exteriormente cumplen sus deberes de estado, no lo son en absoluto. Solamente lo son quienes poseen el espíritu de su fundador e imitan sus virtudes. Estas virtudes y aquel espíritu los hacen verdaderos religiosos, aseguran su perseverancia, la perfección, su felicidad aquí en la tierra y en el más allá. ¡Ojalá todos los Hermanitos de María comprendieran esta verdad fundamental y se aplicaran sin descanso a estudiar la vida y las enseñanzas de su Fundador, a imitar sus virtudes e impregnarse de su espíritu! Los Hermanos que tuvieron la suerte de convivir con él, han bebido ese espíritu en la misma fuente: las instrucciones que les dirigía a diario y los consejos personales que les daba. Los que nos sucedan a lo largo de los tiempos, podrán sacarlo de la meditación asidua de o su vida, de sus máximas y de la Regla del Instituto. Para ofrecerles esa oportunidad, hemos recogido con verdadero cuidado las palabras de nuestro venerado Padre; hemos analizado sus instrucciones. Ofrecemos sus criterios acerca de las virtudes y damos a conocer los objetivos que se propuso y los motivos que le indujeron a redactar la mayor parte de las reglas que nos dejó.

Para disponer los ánimos de nuestros Hermanos a la lectura útil y amena de esta vida, ya sólo nos resta garantizar la autenticidad de los hechos aquí narrados. Y para ello, dar a conocer las fuentes de donde provienen. Los documentos que integran esta historia no se han tomado al azar: son fruto de quince años de laboriosa investigación, y nos han sido proporcionados: .

Por los mismos Hermanos que vivieron con el Padre Champagnat, que fueron testigos de su conducta y siguieron de cerca su actuación, compartieron sus trabajos y escucharon sus enseñanzas. Estos Hermanos nos han entregado su aportación por escrito. Además, hemos dialogado con ellos sobre el contenido de sus notas, ya para asegurarnos de la exactitud de las mismas, ya para recoger de sus labios otros testimonios e informaciones que podían sugerirles nuestras preguntas (

Por otras muchas personas que vivieron con el Padre Champagnat o que lo conocieron íntimamente. Se trata de venerables clérigos o seculares piadosos que lo trataron de cerca y lo ayudaron en sus obras (

Por los escritos del buen Padre, por un cúmulo de cartas escritas a los Hermanos y a otras personas. Cartas que hemos leído una y otra vez con la mayor atención. También encontramos preciosos datos en muchas cartas a el dirigidas por los Hermanos y por otras personas (

Por nuestros propios recuerdos: hemos tenido la ventaja y la dicha de convivir con nuestro venerado Padre casi veinte años y formar parte de su Consejo. Lo hemos acompañado en

multitud de viajes, hemos discutido largamente con él sobre las Reglas, las Constituciones y el método de enseñanza que dio a los Hermanos, y, en general, acerca de cuanto se refiere al Instituto. Al escribir su historia, podemos, pues, afirmar que contamos lo que hemos visto y oído y lo que hemos podido reflexionar y estudiar durante muchos años (

Por muy ejemplar que resulte la biografía del Padre Champagnat, la conoceríamos muy superficialmente si nos hubiéramos limitado a escribir su historia sin más. De poco valen las buenas acciones y grandes obras, los trabajos duros y continuos si no tienen el mérito de ir acompañados del espíritu que los informa y les confiere su valor. Pues bien, en la segunda parte de esta obra, a nuestro juicio la más edificante y útil para los Hermanos, hemos intentado descubrir el espíritu del buen Padre, es decir, el conjunto de sus sentimientos y disposiciones. Esta segunda parte podíamos haberla titulado "la Regla encarnada". Pues en ella aparece el Padre Champagnat como modelo perfecto de las virtudes características de nuestro estado, en especial de humildad, pobreza, mortificación, celo apostólico, puntualidad, exactitud y regularidad. A ejemplo del divino Maestro empezó por vivir antes de enseñar. Es decir, que antes de darnos las Reglas, de establecer un ejercicio de piedad o de virtud, las había practicado él previamente. En definitiva, lo que hace más atractiva esta parte de la vida de nuestro Fundador es que nos presenta simultáneamente sus enseñanzas y ejemplos. Para ello, a menudo, le haremos hablar a él mismo, ya a través de sus cartas u otros escritos, ya por las notas enviadas por los Hermanos o por nuestros propios recuerdos. Es evidente que no pretendemos citar textualmente sus propias palabras cuando transcribimos lo que nos dijo en sus instrucciones y exhortaciones -que resultaría imposible-. Pero si no hemos podido transcribir literalmente sus expresiones, hemos sido fieles a su pensamiento y a sus sentimientos. Estamos convencidos, y nuestra conciencia lo atestigua, de que nuestro trabajo revela el espíritu del Padre Champagnat, el análisis de sus instrucciones, sus máximas, su sentir acerca de las virtudes, las Reglas y el modo de observarlas y nada más (

## DECLARACIÓN DEL AUTOR

Conforme al decreto de Urbano VIII, del año 1631, declaramos que los hechos y las apreciaciones contenidos en esta historia tienen una autoridad meramente humana, y que el calificativo de santo o bienaventurado dados al Padre Champagnat o a otras personas, no tienen mayor alcance que el que les atribuye el lenguaje corriente. Además, sometemos esta obra al dictamen de la Iglesia católica, apostólica y romana. Retractamos y corregimos de antemano cuanto nuestras autoridades eclesiásticas puedan hallar de reprehensible en ella.

## INTRODUCCION

El conocimiento de Dios es tan importante que el mismo Jesucristo vino a la tierra para traérselo a los hombres. El divino Salvador caminaba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea para instruir, catequizar y enseñar su divina doctrina. Los niños, al igual que los mayores, eran el centro de sus desvelos. Dejad que los niños se acerquen a mí -decía a sus discípulos- y no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios. Tanto le importaba su salvación que dirigió sus más terribles amenazas contra quienes los escandalizan.

El Hijo de Dios es el autor y supremo maestro de la doctrina cristiana. Vino a traerla del cielo y la enseñó en la tierra. Y su modo de hacerlo se parece mas al catecismo que a los sermones. Haber sido utilizado por Jesucristo y los apóstoles como único método eleva la labor del catequista por encima de cualquier otro modo de anunciar la palabra de Dios.

Durante los primeros siglos, los maestros de la Iglesia siguieron el ejemplo de los apóstoles: sus doctores eran los catequistas. Los obispos recibieron de Jesucristo la misión divina de enseñar sencilla y familiarmente la doctrina cristiana. Misión que consideraban inherente a su condición de padres y pastores. Si con el incremento del número de fieles se vieron obligados por la fuerza de las circunstancias a declinar en otros tan noble función, pusieron el mayor esmero en seleccionar cuidadosamente para desempeñarla a los hombres más capaces y virtuosos de sus Iglesias<sup>1</sup>.

Los más eximios doctores de los primeros siglos de la Iglesia tenían a gala ejercer la misión de catequistas y preparar a los catecúmenos para el bautismo. San Cirilo, obispo de Jerusalén, san Ambrosio, arzobispo de Milán, san Gregorio de Nisa y san Agustín escribieron una serie de tratados que aún conservamos para preparar a los catequistas y enseñarles a instruir en los rudimentos de la fe a los niños y a los adultos que se preparaban al bautismo.

En la Iglesia de Alejandría existía una célebre escuela de catequistas para instruir a los catecúmenos. Panteno, san Clemente de Alejandría y Orígenes fueron sucesivamente los responsables. Dieron tal prestigio a esta escuela, que a ella acudían de los países más lejanos. Allí recibió san Gregorio Taumaturgo los primeros rudimentos de la fe e hizo tales progresos que mereció la admiración de los siglos venideros.

El catálogo de dignatarios de la Iglesia de Constantinopla incluye entre las dignidades la de catequista, cuya misión consistía en instruir al pueblo y a los que abandonaban la herejía para volver al seno de la Iglesia católica. Orígenes, con sólo dieciocho años, y siendo aún simple seglar, estaba encargado de la instrucción de los catecúmenos. En Cartago, san Cipriano confió idéntica misión a un retórico llamado Optato, como lo confirma en estos términos: «Hemos establecido como maestro de catecúmenos al lector Optato.» El diácono Deogracias, doscientos años más tarde, desempeñaba el mismo cargo en dicha Iglesia. A sus instancias, compuso san Agustín el bello manual titulado *Cómo enseñar los principios de la religión cristiana a los ignorantes*.

De todo ello podemos colegir que esta tarea se encomendaba a los diáconos, a los sacerdotes, e, incluso, a determinados laicos, pues en la elección de catequista no influía tanto la dignidad de las personas, cuanto el talento, la virtud y las dotes particulares que les adornaban<sup>2</sup>.

Así siguieron las cosas hasta que, al convertirse el cristianismo en religión mayoritaria, desapareció paulatinamente la función de catequista por falta de catecúmenos. Entonces, la misión de enseñar a los niños la doctrina cristiana recayó en los padres y las madres, y, en su defecto, en los padrinos<sup>3</sup>.

Simultáneamente, los obispos se preocuparon de la creación de escuelas que enseñaran a los jóvenes los principios de la religión y las ciencias humanas. En esta época se originaron los cargos de canciller y maestrescuela del cabildo catedralicio. Quienes estaban investidos de esas dignidades se ocupaban de supervisar las escuelas elementales y tenían el derecho de: 1. nombrar y proveer de maestros y maestras 2. regular y dictaminar acerca de las discrepancias que entre ellos pudieran surgir; 3. establecer estatutos y reglamentos para las escuelas y velar por su puntual observancia.

<sup>1</sup> Padre Garreau, *Vida de M. de La Salle*, t. 1.

<sup>2</sup> Curso completo de teología. 20, cap. III.

<sup>3</sup> Padre Garreau, *Vida de M. de La Salle*, t. I.

La mayoría de los concilios celebrados a lo largo de la Edad Media, especialmente los de Châlons-sur-Saône, en 813; Aquisgrán, en 816; París, en 829; Meaux, en 845; Toul, en 859; Troflé, en 909; Letrán, en 1179 y 1198, recomendaron vivamente la fundación de escuelas e instaron a los responsables de las parroquias a que dieran la catequesis al pueblo, sumido por entonces en la más profunda ignorancia<sup>4</sup>.

Por desgracia, y pese a las recomendaciones de los concilios, esa ignorancia se fue incrementando progresivamente, y la tarea del catequista fue cayendo en descrédito. Tenemos dos pruebas inequívocas de ello: el ejemplo de Gerson y el decreto del Concilio de Trento, sesión 24, capítulo 4, acerca del catecismo<sup>5</sup>.

El entusiasmo que llevó a Gerson a desempeñar la misión de catequista en Lyon fue interpretado como debilidad mental. Y aquel gran hombre se vio obligado a escribir un tratado para justificar su conducta<sup>6</sup>.

Los Padres del santo Concilio de Trento, profundamente afligidos por los estragos que la ignorancia religiosa causaba en la Iglesia y convencidos de que la causa principal entre los cristianos tenía su raíz en la negligencia de los pastores por la instrucción del pueblo, publicaron diversos decretos para recordar a los sacerdotes con cura de almas su obligación<sup>7</sup>. De todos esos decretos, ninguno tan necesario y que haya producido más halagüeños resultados como el que prescribió a los párrocos la obligación de establecer catequesis infantil los domingos y fiestas. Tal decreto produjo tres efectos que renovaron la faz de la Iglesia:<sup>8</sup>.

Reavivó el interés del clero por la instrucción cristiana de los niños y difundió la catequesis por doquier. En cuanto la Iglesia dejó oír su voz, todos se entregaron con admirable entusiasmo a la instrucción de la infancia. Numerosos concilios provinciales ratificaron y publicaron el decreto del Concilio de Trento, e instaron a los pastores a implantar la catequesis. En Italia, san Carlos Borromeo publicó ese decreto con motivo del primer concilio provincial y, de acuerdo con sus obispos sufragáneos, mandó reunir a los niños a toque de campana<sup>9</sup>.

El primer sínodo de Siena<sup>10</sup>, el de Camerino en Umbría<sup>11</sup>; los sínodos de Monza, Cesena, Forlì, Parma, Albano, Montefiascone y muchos otros, siguieron sus pasos. El sínodo de Brescia, en Lombardía, exhortó a los párrocos a que tuvieran para los niños palabras y entrañas de madre y les ofrecieran premios para atraerlos a la catequesis<sup>12</sup> (XVIII).

España no se quedó atrás en presteza y entusiasmo. Los concilios provinciales de Valencia y Tarragona, al publicar el decreto del Concilio de Trento, establecieron que los pastores dieran el catecismo en lengua vernácula<sup>13</sup> (XVIII).

En el reino de Nápoles, el concilio provincial de Salerno, siguiendo al de Milán, determinó que se convocara a los niños al toque de campana<sup>14</sup> (XVIII).

<sup>4</sup> Señor Joly, canciller de la Iglesia de París. Instrucción de los niños.

<sup>5</sup> Historia de la Catequesis de San Sulpicio.

<sup>6</sup> GERSON, Tratado del celo para atraer a los niños a Jesucristo.

<sup>7</sup> Concilio de Trento, Sesión, 24, cap. IV.

<sup>8</sup> Historia de la Catequesis San Sulpicio.

<sup>9</sup> Actas de la Iglesia de Milán. Concilio provincial, 1565.

<sup>10</sup> Sínodo de Siena, 1599.

<sup>11</sup> Sínodo de Camerino, 1630.

<sup>12</sup> Sínodo de Brescia, 1605.

<sup>13</sup> Concilio de Valencia (España), 1565; Concilio de Tarragona, 1591.

<sup>14</sup> Concilio de Salerno, 1596.

Animados del mismo espíritu, los países del norte de Europa decretaron parecidas orientaciones. En Bohemia, el sínodo de Olmutz estableció, al comentar el Concilio de Trento, que se instruyese a los niños valiéndose de preguntas y respuestas y que se les explicara cuidadosamente lo que debían aprender de memoria<sup>15</sup> (XVIII).

En Alemania, varias ciudades destinaron una parte del presupuesto para impulsar tan santa iniciativa y en especial para premios anuales. El Concilio de Constanza llegó incluso a ordenar a los sacerdotes que hicieran tan amena la catequesis que fuera para los niños más una diversión que una ocupación seria. El sínodo de Amberes hizo la misma recomendación<sup>16</sup>. El de Augsburgo añadió atinadas observaciones sobre el modo de desarrollar provechosamente una sesión de catequesis. Las constituciones de la diócesis de Tréveris recomiendan a los pastores que intenten evitar la ausencia de los niños<sup>17</sup>. Las de Sion ordenan conceder premios<sup>18</sup>. Las de Osnabruck, que se hicieran sólo preguntas cortas y claras. Las de Ypres, que se expliquen esas preguntas valiéndose de ejemplos y comparaciones<sup>19</sup>. El sínodo de Gante exhorta a los magistrados de las ciudades a que estén presentes en la distribución de premios del catecismo para estimular a los niños con su presencia. El de Saint-Omer renovó la mayor parte de esos decretos<sup>20</sup> (XVIII).

Los estatutos de Tarentaise y, sobre todo, los de Annecy dignificaron la catequesis en Saboya (

Por supuesto, Francia no podía contemplar tan acertadas reformas sin participar también en ellas. El Concilio de Besançon, en 1571, estableció reglamentos para la catequesis<sup>21</sup>, El Concilio de Bourges, los sínodos de Metz, Rouen, Orléans; los estatutos de Troyes, Angers y de todas nuestras diócesis, sin excepción, impusieron a los párrocos el deber de la catequesis (

Ni siquiera el Nuevo Mundo quiso quedarse atrás a la hora de llevar a efecto el decreto del Concilio de Trento. Así lo podemos comprobar por los concilios de Lima y México, que rivalizan en entusiasmo con los de la vieja cristiandad<sup>22</sup> (

Dignificó la catequesis. Mientras que por todas partes los concilios se ocupaban del tema fundamental de la instrucción cristiana de los niños, eminentes obispos, eclesiásticos y santos favorecidos con el don de milagros, se dedicaban a la tarea de catequistas y con su ejemplo manifestaban al mundo cristiano la importancia del catecismo. San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, en medio de sus numerosas ocupaciones dedicaba un tiempo cada semana a la catequesis de los niños y a orientar a los catequistas que había nombrado en todas las parroquias de su diócesis<sup>23</sup> (

San Francisco de Sales y sus canónigos daban por turno la catequesis todos los domingos del año y sábados de cuaresma. Un heraldo, ataviado con una especie de cota de malla azul, en la que resaltaba el nombre de Jesús con letras doradas, convocaba a los niños al acto. Este heraldo repetía con voz alta y sonora mientras tocaba una campanilla: ¡Niños, acudid a la doctrina cristiana, donde os enseñarán el camino del paraíso! El santo obispo llevaba siempre

<sup>15</sup> Sínodo de Olmutz, 1591.

<sup>16</sup> Sínodo de Amberes, 1610

<sup>17</sup> Constituciones de la diócesis de Tréveris, 1622.

<sup>18</sup> Constituciones de Sion, 1626.

<sup>19</sup> Constituciones de la diócesis de Osnabruck 1628.

<sup>20</sup> Sínodo de Gante, 1650. Ídem, de Saint-Omer, 1640.

<sup>21</sup> Concilio de Besançon, 1571.

<sup>22</sup> Concilio provincial de Lima, 1582. Ídem, de México, 1585.

<sup>23</sup> Vida de san Carlos Borromeo.



premios que entregaba personalmente a los niños para atraerlos a la catequesis. Y dos veces al año recorría con ellos en procesión solemne las calles de la ciudad<sup>24</sup> (

San Ignacio de Loyola y sus compañeros se comprometieron por voto a enseñar el catecismo. Nombrado General de su Orden, inició el ejercicio de su mandato dando el catecismo en una iglesia de Roma durante cuarenta y cinco días. Siguiendo su ejemplo, los Superiores de la Compañía de Jesús inician su mandato dando catequesis durante cuarenta días<sup>25</sup>.

San Francisco de Borja recorría los campos, con una campanilla en la mano, convocando a los niños a la doctrina y no sólo lo seguían los niños, sino que gente de toda edad acudía a escucharlo. Lo llamaban el hombre bajado del cielo, y escuchaban sus palabras como oráculos celestes y divinos<sup>26</sup>.

San Francisco Javier caminaba por las calles de Goa y a voces pedía a los padres de familia que enviasen a sus hijos y esclavos al catecismo. El santo, añade el autor de su vida, estaba convencido de que si se formaba bien a la juventud en los principios religiosos, muy pronto el cristianismo florecería en Goa. Y, en efecto, la ciudad empezó a cambiar de aspecto gracias a los niños<sup>27</sup>.

El beato Pedro Claver pasó la vida enseñando el catecismo a los esclavos, y preparó a más de doscientos mil para el bautismo<sup>28</sup>.

San Felipe Neri consiguió maravillosos resultados en la ciudad de Roma por medio del catecismo impartió diariamente a toda clase de personas.

San Vicente de Paúl, siendo ya párroco, se puso a aprender el dialecto de la región para poder dar mejor la catequesis. Por ese procedimiento consiguió renovar totalmente su parroquia<sup>29</sup>.

San Francisco Regis iniciaba todas sus misiones populares con el catecismo. Un célebre predicador, testigo de la catequesis del gran santo en una iglesia del Puy, exclamó: «¡Ay! Este gran siervo de Dios convierte más almas y les inspira el amor de Dios con sus catequesis mejor que nosotros con nuestros elocuentes sermones<sup>30</sup>.

El beato Emiliani realizó un bien inmenso en la populosa ciudad de Venecia juntando a los niños dos veces al día para darles la catequesis<sup>31</sup>.

El cardenal Belarmino, arzobispo de Capua, concentraba a los niños en la catedral. Les daba personalmente la catequesis y entregaba premios a los que mejor respondían. El sabio prelado explicaba tan paternalmente el catecismo, que todos quedaban conmovidos e impresionados. En cuanto se anunciaba la catequesis del arzobispo, con los niños acudía gente de toda edad y condición<sup>32</sup> (

---

<sup>24</sup> Vida de san Francisco de Sales, por el Padre Larivière, pág. 362.

<sup>25</sup> Vida de san Ignacio, por el Padre Maffé, pág. 121, y por el Padre Bouhours, pág. 219.

<sup>26</sup> Vida de san Francisco de Borja, pág. 157.

<sup>27</sup> Vida del Santo, por Bouhours, págs. 119 y 571.

<sup>28</sup> Vida del beato Claver.

<sup>29</sup> Vida de san Vicente de Paúl, por Collet, t. 1, págs. 56 y 62.

<sup>30</sup> Vida del Santo, por Daubenton, pág. 112.

<sup>31</sup> Actas de los Santos mes de febrero, pág. 218.

<sup>32</sup> Vida de Belarmino, por Frizon, pág. 255.

Dom Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, en Portugal, renunció a su cargo pastoral para entregarse totalmente a la humilde condición de catequista (

El santo obispo de Cahors, Alain de Solminiac, nunca dejaba una parroquia sin antes haber impartido el catecismo. Y su celo le inspiraba siempre nuevos métodos para hacérselo más interesante y ameno a los oyentes<sup>33</sup> (

El señor Le Nobletz, catequista desde los catorce años, desempeñó con tal éxito este ministerio hasta su muerte que llegó a renovar cristianamente toda la Bretaña<sup>34</sup> (

El Padre Romilion, Fundador de las Ursulinas de Francia, al sentir la llamada para catequizar a los niños, empezó a ejercer este ministerio en la Isla, en el condado Venasino, donde consiguió espléndidos resultados. Tenía un talento tan especial para atraer el interés de los niños durante la catequesis que le seguían durante más de dos horas sin el menor asomo de aburrimiento<sup>35</sup> (

El Padre Iván, Fundador de la Congregación de Nuestra Señora, impartía la catequesis a los niños los domingos. Su celo le impulsó a grabar él mismo las planchas de las estampas que les distribuía<sup>36</sup> (

El venerable César de Bus desempeñó este ministerio con tanta dedicación y éxito, que mereció el título de apóstol de los niños. En su ancianidad, ya ciego, continuó desempeñando su labor de catequista hasta su muerte<sup>37</sup> (

Nuestra bella Francia pudo ver catequistas que recorrían ciudades y aldeas instruyendo a los ignorantes. Los Josefitas fueron inicialmente simples catequistas; más tarde se dedicaron a la educación de la juventud y a la dirección de colegios. Antonio Roussier, de acuerdo con sus compañeros, catequizó sucesivamente las regiones del Lyonesado y el Forez, Velay y Auvernia<sup>38</sup> (

El papa Clemente XI estaba tan convencido de la importancia de la catequesis, que desde los primeros días de su pontificado convocó a todos los párrocos de Roma y los exhortó vivamente a que con gran celo instruyeran a sus feligreses, y, de modo especial, a los niños. Les indicó qué normas debían seguir en esta tarea animándolos especialmente a adaptarse a la edad y capacidad de los más pequeños. No contento con esto, quiso predicar con el ejemplo. Y no era raro verlo por las calles impartiendo el catecismo a los niños. Para estimular su entusiasmo regalaba medallas y rosarios a quienes respondían correctamente a sus preguntas<sup>39</sup>.

El tercer resultado de los decretos del Concilio de Trento fue la proliferación de sociedades consagradas a la educación de la juventud. Si necesitábamos tan magníficos ejemplos de celo, como acabamos de exponer, para convencernos de la necesidad y excelencia de la labor catequética, no era menos necesario perpetuar estos ejemplos en la Iglesia con la fundación de sociedades dedicadas a la instrucción cristiana de la juventud.

---

<sup>33</sup> Vida de Mgr. Alain de Solminiac, pág. 241.

<sup>34</sup> Vida de M. Le Nobletz, pág. 126.

<sup>35</sup> Vida del Padre Romilion, pág. 83.

<sup>36</sup> Vida del Padre Iván, pág. 51.

<sup>37</sup> Vida de César de Bus, pág. 168.

<sup>38</sup> Vida de M. Démia, p. 38.

<sup>39</sup> Guía de los propagadores de la palabra de Dios, pág. 379. Después de ver tan espléndidos ejemplos, ¿quién no se sentirá dichoso de impartir la catequesis a los niños? ¡Qué honor, qué satisfacción, qué consuelo para los Hermanos poder desempeñar un ministerio que ejercieron hombres tan eminentes y santos tan preclaros y que Jesús mismo desempeñó! Para dar a los Hermanos una idea exacta de su sublime tarea de catequistas de los niños, hemos encabezado la vida de nuestro piadoso Fundador con esta introducción.

San Pío V, papa, elegido providencialmente para reparar las ruinas de la Iglesia, fundó en Roma una cofradía de catequistas denominada de la “Doctrina Cristiana”. Muchos se inscribieron en ella y se comprometieron a impartir la catequesis todos los domingos y fiestas. Testigos de los abundantes frutos obtenidos por esta cofradía, el Papa, por medio de una bula especial, exhortó a todos los obispos para que la adoptaran en sus respectivas diócesis concediendo indulgencias tanto a sus asociados como a quienes asistieran a sus catequesis<sup>40</sup>.

San Carlos Borromeo implantó en Milán la cofradía de la Doctrina Cristiana y se aplicó a difundirla en toda su diócesis, la cual en poco tiempo, cambió de aspecto. El santo arzobispo gozaba visitando las catequesis. A su muerte asistían a ellas más de cuarenta mil personas tanto en la ciudad de Milán como en las restantes parroquias de su diócesis que contaba con un total de setecientos cuarenta catequesis y más de tres mil catequistas<sup>41</sup>.

Desde su promoción al episcopado, san Francisco de Sales implantó asimismo la cofradía de la Doctrina Cristiana en Annecy y promulgó estatutos para normalizar su tarea y asegurar su continuidad<sup>42</sup> (XXIII).

La Compañía de Jesús, fundación contemporánea del Concilio de Trento, se consagró asimismo a la santificación de los niños y dirigió multitud de colegios (XXIII).

Esteban y Segismundo, reyes de Polonia, así como los emperadores de Austria, Fernando I y Fernando II, manifestaron que no habían encontrado medio más eficaz para mantener la firmeza de la fe católica en sus estados, minados por la herejía luterana, como las escuelas dirigidas por los Padres Jesuitas. “Esas escuelas irradian -decía el gran Enrique IV, rey de Francia- no sólo las bellas letras, sino también la fe y la piedad. “ Los luteranos alemanes confesaban públicamente que los colegios de los jesuitas eran el azote que arruinaba su reforma<sup>43</sup> (XXIII).

César de Bus tuvo la idea de crear una congregación cuyo espíritu fundamental lo constituyera el deber ineludible y la ocupación perpetua de enseñar la doctrina cristiana. Que fuera en el seno de la Iglesia la Orden de los catequistas, como la de santo Domingo era de predicadores. Esta sociedad, iniciada en 1597 con el nombre de Sacerdotes de la Doctrina Cristiana, y aprobada por Clemente VIII, contaba con quince casas y veintiséis colegios al estallar la Revolución<sup>44</sup> (XXIII).

Poco tiempo después, san Vicente de Paúl ponía los cimientos de otra congregación que asumió el mismo objetivo de la educación de los niños. En las misiones que daban sus sacerdotes en las zonas rurales, les ordenó que dieran el catecismo elemental a mediodía y el superior al atardecer y que aprovecharan ese momento para preguntar a los niños. Un día, al enterarse de que uno de los sacerdotes había hecho caso omiso de sus recomendaciones, le escribió en estos términos: “Me dio mucha pena que en su misión haya sustituido el catecismo superior por la predicación. No debería haberlo hecho, pues lo que el pueblo necesita con mayor urgencia, y aprovecha mejor, es la catequesis. Dando la catequesis hacemos honor, en cierto modo, al método que siguió Nuestro Señor Jesucristo en la transformación del mundo. Además, ésa es nuestra costumbre, que nos brinda medios para practicar la humildad, y a ella plugo a Nuestro Señor conceder sus mejores bendiciones”<sup>45</sup> (XXIII).

<sup>40</sup> Vida de san Pío V, pág. 507.

<sup>41</sup> Vida de san Carlos Borromeo, pág. 462.

<sup>42</sup> Augusto de Sales, pág. 306.

<sup>43</sup> Historia de la Compañía de Jesús, por Créteineau-Joly.

<sup>44</sup> Historia de César de Bus.

<sup>45</sup> Vida de san Vicente de Paúl, por Abelly, t. II, pág. 10

Por aquel mismo tiempo, el sacerdote, luego cardenal, de Bérulle, comprobando que las gentes del campo se hallaban hambrientos de la palabra de Dios y que se desconocía casi totalmente la práctica de la catequesis, Fundó una compañía de clérigos dedicados a la formación de sacerdotes y a la instrucción cristiana de los niños. El papa Paulo V aprobó por bula esta congregación con el nombre de Sacerdotes del Oratorio. Dirigían colegios y seminarios al tiempo que enviaban también catequistas a las zonas rurales y dedicaban algunas de sus casas exclusivamente a centros de catequesis<sup>46</sup>.

Por entonces aparecieron muchas otras congregaciones con idéntico objetivo, como los Eudistas, que transformaron la Normandía. Los Josefitas, fundados por el señor Crétenet en Lyon, evangelizaron las regiones del Lyonesado, la Bresse, el Forez, Velay, Auvernia, etc., y dirigieron bastantes colegios. En Italia, los Barnabitas y Oratorianos de san Felipe Neri, y en España, los Escolapios de san José de Calasanz, etc<sup>47</sup>.

Gracias al celo que desplegaron todas estas congregaciones quedaba resuelta la educación cristiana de los hijos de familias acomodadas. Pero no sucedía lo mismo con los hijos del pueblo sencillo, sumidos en la más profunda ignorancia y libertinaje por escasez de profesores religiosos. La urgencia de remediar tanto mal era agudamente sentida por los hombres que había suscitado la divina Providencia a lo largo de este siglo para restaurar la sociedad. Uno de ellos exclamaba: “Los males que aquejan a la Iglesia sólo con seminarios y escuelas elementales pueden remediarse. Los seminarios son escuelas de clérigos, y las escuelitas elementales, seminarios de cristianos. Sin embargo, para que las escuelas sean útiles al cristianismo, los maestros deben ser apóstoles y no mercenarios”<sup>48</sup>.

Para conseguir maestros semejantes, surgió, en el seno de la congregación de San Sulpicio, una asociación sacerdotal bajo el patrocinio de san José, patrono y modelo de todos los educadores de la infancia. Como se encuentra tan descuidada la instrucción de los hijos del pueblo, escribía uno de sus piadosos asociados, Dios, que vela por su Iglesia, tal vez quiere emplear medios extraordinarios para remediar esa carencia, y suscitar maestros y maestras de escuela para que, con autentico celo apostólico, se consagren a ese ministerio. Por eso, sin duda, derrama su espíritu de oración en el corazón de tanta gente.” No cabe duda de que el cielo escuchó anhelos tan ardientes cuando comprobamos cómo surgen inmediatamente numerosas congregaciones laicales consagradas a ese ministerio hasta entonces tan descuidado (

Casi todos los fundadores de congregaciones dedicadas a la instrucción primaria en Francia, fueron formados en San Sulpicio, como si Dios quisiera manifestar que la gloria de haber contribuido tan poderosamente a la realización de los designios de la Providencia corresponde a los hijos de M. Olier<sup>49</sup> (

Desde entonces hubo algunos intentos de crear escuelas cristianas para hijos del pueblo y se formaron asociaciones de clérigos que abrieron escuelas primarias en varias ciudades, facilitando de ese modo la catequesis infantil<sup>50</sup> (

Para reintegrar en el seno de la Iglesia a la ciudad de Privas, que sólo contaba con cuarenta católicos, M. Olier no encontró medio más idóneo que abrir escuelas para los hijos del pueblo.

<sup>46</sup> Vida del cardenal de Bérulle, pág. 391.

<sup>47</sup> Vida de M. Crétenet. Vida de M. Roussier. Ídem, de san Felipe Neri. Ídem, de san José Calasanz

<sup>48</sup> Vida de M. Bourdoise.

<sup>49</sup> Vida de M. Olier, t. 11, pág. 322.

<sup>50</sup> Historia de la Catequesis de San Sulpicio.

Estaba convencido de que si lograba atraer a los hijos de los hugonotes a la escuela e inspirarles desde la más tierna edad el amor de la religión católica, la herejía se vendría abajo desde sus cimientos. Y no se equivocaba. El señor Couderc, responsable de las escuelas y luego también de la parroquia de Privas, transformó completamente la ciudad<sup>51</sup> (

El señor Bourdoise, viendo que la catequesis de la parroquia de San Nicolás de Chardonnet de París resultaba casi inútil para la juventud, con el pretexto de abrir escuelas parroquiales se rodeó de sacerdotes animados de celo apostólico que se consagraron a la educación de los hijos del pueblo<sup>52</sup> (

Pedro Tranchot, antiguo abogado del Parlamento de París, compró una casa en Orléans para convertirla en escuela gratuita. Se encargó personalmente de la enseñanza y acompañaba a sus alumnos a la iglesia cantando oraciones. En Blois y Tours se fundaron escuelas similares y un piadoso seglar, Francisco Perdoux, fundó más de treinta en la diócesis de Orléans<sup>53</sup>.

Carlos Démia, sacerdote de la diócesis de Lyon y promotor de los asuntos de la ciudad, creó una especie de seminario donde se formaron excelentes maestros. El piadoso maestro puso al frente de la institución a un sulpiciano, convencido de que nadie mejor podría desempeñar ese puesto que un miembro de la célebre congregación, de la que él mismo había sido alumno en San Sulpicio<sup>54</sup>.

El señor de La Salle, canónigo de Reims, fundó la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que se extendió rápidamente por todas las ciudades de Francia, y que en la actualidad imparte instrucción y educación cristianas a más de doscientos mil niños<sup>55</sup>.

Para la educación de las muchachas aparecieron instituciones similares. Entre las congregaciones que surgieron en Francia podemos mencionar a las Hermanas de Nuestra Señora, establecidas en Burdeos, y aprobadas por Paulo V. Las Religiosas de la Visitación; las Ursulinas, que en sólo medio siglo llegaron a tener más de trescientas casas. Las Religiosas de Nuestra Señora de Lorena. Las Hijas de la Caridad, fundadas por san Vicente de Paúl; las Hermanas de San José, fundadas en el Puy; las Hermanas de la Instrucción, nacidas en la misma ciudad; las Hermanas de la Fe, en la diócesis de Agen; las Hijas de Santa Genoveva; las Hermanas de San Carlos de Lyon, fundadas por M. Démia; las Hermanas del Niño Jesús, fundadas por el Padre Barré, y muchas otras congregaciones que no por ser menos conocidas contribuyeron en menor medida a transformar la sociedad en este tiempo de renovación universal<sup>56</sup>.

Pero la Iglesia, siempre incansable, apenas había cicatrizado la herida que le habían causado la ignorancia y la herejía luterana, cuando ya el infierno le preparaba nuevos combates y, por ende, nuevas victorias. La tempestad desatada por la filosofía y la impiedad del siglo XVIII asoló Francia y Europa destrozando altares, derribando tronos y dejando tan sólo ruinas a su paso. Después de este cataclismo, cuando la sociedad volvió a asentarse sobre sus bases y advirtió la dimensión y naturaleza de sus males, se levantó una voz unánime proclamando la necesidad de

<sup>51</sup> Vida de M. Olier, t. 11, pág. 480

<sup>52</sup> Vida de M. Bourdoise, pág. 474.

<sup>53</sup> Influencia de la Religión en Francia, t.II, pág. 325.

<sup>54</sup> Vida de Carlos Démia, pág. 137.

<sup>55</sup> Vida de M. de la Salle, por Garreau.

<sup>56</sup> Historia de las Órdenes Religiosas, por Henrion.

la instrucción religiosa y afirmando que el futuro de la familia, de Francia y de la sociedad entera dependía de la educación de las nuevas generaciones<sup>57</sup>.

Y esa opinión no se quedó en sentimiento estéril. Por todas partes cristalizó en acciones y sacrificios generosos para crear escuelas. Pero haciendo nuestras las palabras elocuentes de un ilustre príncipe de la Iglesia, podemos decir: "¿Por qué se multiplican sin cesar tantas escuelas privadas y públicas, escuelas de niños y adolescentes, escuelas de adultos diurnas y nocturnas y hasta dominicales? ¿Por qué se abren en casi todos los municipios albergues para enseñar a los niños pequeños y casas cuna para recoger a los recién nacidos? ¿Por qué esa solicitud, esa previsión, todas esas instituciones, hasta ahora desconocidas, que constituyen el orgullo de la parte sana de la sociedad y el eterno oprobio del resto? ¿Creéis que es sólo síntoma de progreso, mejora y perfeccionamiento como se suele afirmar? No. Es la respuesta clara a una necesidad profunda de nuestro tiempo; el remedio acusador del mal que nos corroe. ¿No os dais cuenta, acaso, de que se han invertido los términos? La sociedad debe sacar su fuerza de la familia. Y sucede precisamente todo lo contrario, ya que la sociedad pretende suplantarla. Si la educación familiar fuera lo que debiera ser, ¿sería necesario sustituir el sentimiento materno por la adopción? ¿Es posible que hace un siglo se imaginasen que habría que crear escuelas para enseñar a los niños los rudimentos de la religión y la moral y fundar guarderías para suministrarles leche y cuidados? No. Y ¿por qué? Porque entonces la familia era cristiana. Había ciertamente escuelas para perfeccionar y completar la educación; pero la primera escuela era el hogar paterno. En estas nuevas instituciones de asistencia caritativa hay mil motivos para elogiar mil veces y bendecir a las almas generosas que las han concebido y llevado a cabo. Pero cualquier espíritu observador encuentra alarmante y dramática la decadencia de nuestras costumbres<sup>58</sup>." (XXVII)

La impiedad ha causado profundas heridas en la religión. Pero la mayor, la que agrava y perpetúa todas las demás, es la ruina casi universal de la educación doméstica. Efectivamente, la mayoría de los padres ya no educan religiosamente a sus hijos, ora porque se hallan enfrascados en los asuntos materiales, ora porque conocen poco la religión, al no haber sido tampoco instruidos de pequeños, ya, sobre todo, porque al ser ellos mismos irreligiosos, lógicamente no les preocupa la salvación de sus hijos. Por eso, gran número de jóvenes se hallarían sumidos en la ignorancia de las verdades de la fe cristiana y enredados en el vicio si Dios, en su infinita misericordia, no se apiadase de ellos suscitando maestros piadosos que se preocupen de su educación cristiana. Esta misión es excelsa y tan grande que no bastan las antiguas congregaciones para atenderla. Por eso ha suscitado Dios en la Iglesia otras muchas, de reciente creación, que han adaptado sus Reglas y modo de destinar a sus miembros en las parroquias a las necesidades de los tiempos y a la misión que estaban llamadas a desempeñar (XXVIII).

Las nuevas congregaciones sólo masculinas son:

Los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Bretaña, fundados por el señor de la Mennais, antiguo Vicario general de Saint-Brieuc.

<sup>57</sup> Los pastores de la Iglesia son unánimes en considerar la instrucción y la educación religiosas de los niños en las escuelas católicas como uno de los antídotos más eficaces contra los males de la sociedad Y. el papa Pío IX acaba de confirmar tal sentir con la autoridad de su palabra En la encíclica a los obispos italianos del 8 de diciembre de 1849, dice este gran pontífice: "Decid a vuestros colaboradores que den mucha importancia a las escuelas infantiles No os sorprendáis, venerables hermanos, de que nos alarguemos en hablar del tema Sin duda, vuestra prudencia habrá observado que en estos tiempos delicados, todos, vosotros y Nos. mismo, hemos de esforzarnos al máximo, emplear todos los medios, luchar con inquebrantable tenacidad y desplegar continua vigilancia por cuanto se refiere a las escuelas y a la instrucción y educación de los niños y los jóvenes de uno y otro sexo."

<sup>58</sup> Pastoral acerca de la educación familiar, por el cardenal Giraud, arzobispo de Cambay, pág. 28

Los Hermanos de San José, de la diócesis de Mans, cuyo fundador es el señor Dujarrié, párroco de Ruillé-sur-Loire<sup>59</sup>.

Los Hermanos de San Gabriel, de la diócesis de Nancy, que tienen como fundador al señor Frécharde.

Los Hermanos de la Instrucción Cristiana del Espíritu Santo, establecidos en Saint-Laurent-sur-Sèvres, en Vendée, y cuyo fundador es el señor Deshayes<sup>60</sup>.

Los Hermanos Marianitas (sic), fundados en Burdeos por el señor Chaminal, canónigo de la metropolitana de esa ciudad<sup>61</sup>.

Los Hermanos del Sagrado Corazón, de la diócesis del Puy, fundados por el señor Coindre, misionero de Francia.

Los Clérigos de San Viator, de la diócesis de Lyon, cuyo fundador es el señor Querbes, párroco de Vourles.

Los Hermanos de la Cruz y los Hermanos de la Sagrada Familia, de la diócesis de Belley, fundados, respectivamente, por el señor Bochard, Vicario general de Lyon, y por el Hermano Gabriel Taborin.

Los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux, fundados por el señor Fièrre, Vicario general de Valence.

Los Hermanos de Viviers, cuyo fundador es el señor Vernet, rector del seminario mayor de Viviers.

Finalmente, los Hermanitos de María, que actualmente constituyen una única familia con los de Saint-Paul-Trois-Châteaux y los de Viviers, y que fueron fundados en 1817 por el señor Champagnat, cuya vida vamos a escribir (XXVIII).

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

**PRIMERA PARTE**  
**CAPITULO I**

*Nacimiento, padres, primera educación de Marcelino Champagnat*

El santo sacerdote, cuya vida nos proponemos escribir, nació en la parroquia de Marlhes, situada en el macizo del Pila<sup>62</sup>, cantón de Saint-Genest-Malifaux<sup>63</sup>, departamento de Loira. La parroquia

<sup>59</sup> Leer: Rouillé-sur-Loire.

<sup>60</sup> Historia de la Órdenes Religiosas, por Henrion.

<sup>61</sup> Se trata de los Hermanos Marianistas, fundados por M. Chaminade.

pertenecía entonces a la diócesis del Puy, en Velay<sup>64</sup>, de la que se desgajó en 1801, con motivo del concordato, pasando a la diócesis de Lyon.

Vino al mundo el 20 de mayo de 1789 y fue bautizado al día siguiente, 21, festividad de la Ascensión del Señor, por el párroco, señor Alliot<sup>65</sup>. Le impusieron los nombres de José Benito Marcelino<sup>66</sup>. El padrino fue un tío materno, Marcelino Chirat, y la madrina, su prima política, Margarita Chatelard<sup>67</sup>.

Su padre se llamaba Juan Bautista Champagnat, y la madre, María Chirat. Tuvieron seis hijos<sup>68</sup>: tres varones y tres mujeres. Marcelino, protagonista de esta historia, era el más pequeño y el último de los hermanos<sup>69</sup>. La Providencia, que lo destinaba a fundar un instituto cuyo carácter peculiar iba a ser la humildad y sencillez, y le encomendaba la instrucción de los niños del campo, le hizo nacer de familia humilde<sup>70</sup>, en una región pobre, de gente profundamente religiosa, pero sencilla y sin instrucción; así pudo conocer, por propia experiencia, las necesidades que había de remediar y el carácter y las costumbres de aquellos a quienes iba a proporcionar educadores.

Su padre era hombre de gran sensatez y muy culto para la época y el lugar en que vivía. Por su prudencia y carácter conciliador, supo granjearse el aprecio de todos los habitantes de la parroquia. Era el árbitro en las discrepancias que surgían entre ellos. Todos se atenían a su fallo y aceptaban su probada honradez<sup>71</sup>.

Su madre, mujer de gran carácter, llevaba la casa y el cuidado de la familia con prudente economía y orden perfecto. A una sólida piedad unía todas las virtudes de esposa fiel y buena madre. El cuidado de la casa y la educación de los hijos le ocupaban todo el tiempo. Consagrada plenamente a su deber, llevaba vida tan retirada que apenas conocía las demás casas del pueblo, formado tan solo por unas quince a veinte familias<sup>72</sup>. Sus vecinas acudían a ella en las penas y dudas o en cualquier otra necesidad en que se encontraran. Y nunca dejaron de experimentar los efectos de su caridad, prudencia y cordura y de sentirse animadas y consoladas. Era reservada y nunca se inmiscuía en los asuntos particulares de los vecinos. Su máxima preferida era que hay que arreglar la propia vida y la de aquellos de quienes hemos de responsabilizarnos, sin ocuparse de los demás ni de lo que no nos atañe. A tan excelentes cualidades, añadía esta madre ejemplar una exquisita devoción a la Santísima Virgen. Rezaba diariamente el rosario con sus hijos, leía o mandaba leer la vida de los santos u otro libro edificante y oraba por las noches en familia. Además, tenía otras prácticas privadas de virtud y piedad que se había impuesto para honrar a la Santísima Virgen y merecer su protección.

---

<sup>62</sup> Ortografía actual: Pilat.

<sup>63</sup> LPC 2, pág. 570.

<sup>64</sup> LPC 2, pág. 617.

<sup>65</sup> AA., pág. 16.

<sup>66</sup> Su nombre no siempre aparece en el mismo orden. En el acta de bautismo aparece Marcelino José Benito (AA, pág. 16). En la de profesión, el mismo Padre Champagnat firma José Marcelino Benito (OMI, pág. 928, ilustración 37).

<sup>67</sup> Marcelino es el nombre principal, ya que es el mismo de su padrino. Así figura en el acta bautismal (AA, pág. 16).

<sup>68</sup> El Hermano Juan Bautista no cuenta los hijos fallecidos en edad muy temprana (AA págs. 14-16) en realidad diez hijos.

<sup>69</sup> En realidad Marcelino era el penúltimo.

<sup>70</sup> Para más detalles acerca de su familia, consultar Hermano Avit (AA páginas 12-18). También Voyage et Mission: "La famille", n° 133, 1977. Y, finalmente, B XXII págs. 607-610.

<sup>71</sup> Juan Bautista Champagnat, padre de Marcelino, desempeñó un papel preponderante en la historia de la Revolución en la comarca de Marlihes, a lo largo de los dos períodos más tenebrosos de esta época. Fue secretario de Ayuntamiento (02.06.91), coronel de la guardia, juez de paz, comisario general de Saint-Étienne (12.08.92, primer elector en la asamblea parlamentaria (26.12.97), y presidente de la administración municipal del cantón (29.12.97). Firmaba con el apellido "Champagniat" (cfr. AA págs. 21-22) (NCF, pág. 121).

<sup>72</sup> El censo de 1814 asigna al con junto del municipio de Marlihes 2425 habitantes, de los que 55 pertenecen al Rozet.



El hijo de bendición que le fue concedido y que debía ser tan fiel siervo de María, era sin duda la respuesta a su piedad y devoción a la augusta Madre de Dios y de su fidelidad en honrarla siempre.

Lo alimentó y crió por sí misma, como había hecho con los demás hijos. Y, en cuanto comenzó a balbucear, puso todo su empeño en enseñarle las oraciones habituales del cristiano y hacerle repetir los santísimos nombres de Jesús y de María. No contenta con formar a sus hijos en la piedad e iniciarlos y acostumbrarlos a las prácticas religiosas, ponía sumo esmero en corregir sus defectos, modelar su carácter, crear en ellos hábitos sociales y comunicarles la ciencia de la vida, tan necesaria para mantener la paz en la familia y la felicidad en la sociedad. Exigía a sus hijos gran moderación en las palabras y nunca consentía que se juntaran con otros muchachos de su edad o con cualquier otra persona que pudiera escandalizarlos o inducirlos al mal. Y, sin privarles de lo necesario, quería que fueran sobrios. Durante la comida no permitía que tomaran nada ni que fuesen caprichosos; debían conformarse con lo que se les ofrecía. A una de sus vecinas que se extrañaba de ello y le aconsejaba que diera mayor libertad a sus hijos, le respondió: “Sé lo que conviene a mis hijos. Los cuido y procuro que no carezcan de nada. Pero no quiero que se acostumbren a lo mejor y a satisfacer sus gustos para que no se vuelvan golosos”.

Aunque quería tiernamente a todos sus hijos, sentía cierta debilidad por el pequeño Marcelino. No sólo por ser el benjamín, sino por la corazonada de lo que algún día podría llegar a ser. Este presentimiento se vio confirmado por una señal que no pudo por menos de considerar sobrenatural y que anunciaba los designios que Dios tenía sobre el niño y el bien que por su persona iba a realizar en la Iglesia. En varias ocasiones, al acercarse a la cuna en que descansaba el pequeño Marcelino, vio una especie de llama luminosa<sup>73</sup> que parecía salir del pecho del niño. La llama, después de revolotear alrededor de su cabeza, se elevaba y expandía por la estancia. Fenómeno tan sorprendente le causó un sobresalto no exento de sorpresa y admiración. Y no dudó de que el cielo tenía sobre aquel niño designios de misericordia para ella desconocidos, designios que debía favorecer con una esmerada educación, sobre todo religiosa.

La virtuosa madre se vio magníficamente secundada en su acción educativa por una tía del niño<sup>74</sup>, mujer de gran piedad y eminente virtud. Era una de las muchas religiosas expulsadas del convento por quienes entonces sembraban de sangre y ruina el suelo de Francia. A veces se entretenía con la madre del niño comentando los acontecimientos de la época y los estragos que causaba la Revolución. El pequeño Marcelino que, sin que ellas lo advirtiesen, seguía la conversación, le preguntó un día:

-Tía, ¿qué es la Revolución? ¿Es una persona o una fiera? -Pobre hijito, le dijo sollozando la religiosa, ojalá Dios te conceda el favor de no llegar a experimentar lo que es la Revolución. Es mucho más cruel que una fiera.

La virtuosa mujer, viendo la feliz disposición de su sobrino por la piedad, disfrutaba enseñándole los misterios de nuestra santa religión, haciéndole repetir las oraciones y contándole historietas de la vida de los santos. Sus instrucciones y exhortaciones versaban a menudo sobre la devoción a la Santísima Virgen, al Ángel custodio y a las almas del purgatorio. La impresión que

<sup>73</sup> Ocho (8) testigos del proceso de beatificación hablaron de ese prodigio, pero sólo de oídas. “Juan Claudio Quiblier, nacido en el Rosey, el 25 de octubre de 1827, asegura que oyó a María Clermont, esposa de Bartolomé Champagnat, hermano de Marcelino, que la madre del Padre Champagnat vio un día la cuna del pequeño Marcelino rodeada de llamas blancas como la nieve» (cfr. Rév. Jean-Claude Granottier, párroco. CPO, fol. 342).

<sup>74</sup> Marcelino tenía, por línea paterna, al menos una tía (Luisa), sor Teresa, fallecida en 1824; y una tía-abuela (Juana), fallecida en Marlies en 1798, pertenecientes ambas al Instituto de las Hermanas de San José (AA, págs.13-14).

produjeron en el alma y el corazón de Marcelino tales instrucciones y la conducta ejemplar que las acompañaba, fue tan profunda que no se borró jamás. Durante su vida hablaba a menudo de su piadosa tía y de las enseñanzas que en la infancia recibió de ella. Y por el modo de expresarse manifestaba bien a las claras que se hallaba totalmente impregnado de los sentimientos que ella trató de infundirle, y que le profesaba una gratitud y un cariño que durarían toda la vida.

Marcelino, tan cuidadosamente formado en la piedad por su madre y su virtuosa tía, lejos de malas compañías y testigo permanente de tan magníficos ejemplos, llegó a ser un muchacho piadoso, dócil y de gran pureza de costumbres. Se preparó con el mayor esmero a la primera comunión<sup>75</sup>, que hizo a los once años con extraordinario fervor. Dos hechos acaecidos por entonces ponen de manifiesto su inteligencia y la rectitud de su juicio.

Su madre y su tía apenas consiguieron enseñarle a leer. Por eso lo mandaron a la escuela para que el maestro le ayudase a perfeccionar su lectura y le enseñara a escribir. El primer día de clase, el maestro<sup>76</sup> lo llamó a su lado para que leyera. Como era muy tímido y no salía del puesto que le habían asignado, otro niño más avisado se le adelantó. Entonces el maestro, malhumorado, y tal vez también para congraciarse con Marcelino, dio un bofetón al intruso que pretendía leer antes que él y lo mandó sollozando al fondo del aula. Aquel método no era el más apropiado para dar seguridad al recién llegado y sacarle de su timidez. Más tarde afirmaría que llegó a temblar y que tuvo más ganas de llorar que de leer. Su espíritu juicioso se rebeló contra aquella muestra de brutalidad y se dijo: « No volveré a la escuela de un maestro así. El castigo que sin razón ha aplicado a ese chico me da a entender que puedo esperar de él. En cualquier momento hará lo mismo conmigo. Así que no quiero ni sus lecciones ni menos aún sus castigos.» A pesar de los ruegos de sus padres, se negó a volver a la escuela.

Muchas veces recordó a los Hermanos este hecho para convencerles de que los malos tratos y los castigos impuestos con pasión sólo consiguen alejar a los niños de la escuela, enconar los ánimos contra el profesor y recibir sus enseñanzas a disgusto.

Cuando asistía al catecismo para prepararse a la primera comunión, el sacerdote encargado de esa tarea<sup>77</sup>, cansado un día de la ligereza y el atolondramiento de uno de los niños, al que había llamado la atención repetidas veces, le increpó severamente y le puso un apodo, aplicándole al mismo tiempo una hiriente comparación. El muchacho, amedrentado por tan severa reprensión, que indudablemente había merecido, se mantuvo tranquilo. Pero sus compañeros no olvidaron el apodo. A la salida de la catequesis, lo rodearon y empezaron a repetir a coro el mote. El pobre niño bajó la vista, se enojó, se irritó y llegó a amenazar a sus compañeros, lo que provocó que éstos arreciaran en sus insultos y prolongasen su diversión cruel. Para librarse de sus bromas hirientes y de sus persecuciones, el infortunado se vio en la dura necesidad de huir de su compañía, vivir solitario y presentarse como a hurtadillas en la catequesis. Con el tiempo esta situación fue modelando en él un carácter taciturno duro difícil y casi agresivo. « Ya veis, decía luego el señor Champagnat, una educación infantil echada a perder y un niño expuesto, por su mal carácter. a ser tal vez el castigo de su familia y del vecindario. Y todo por una palabra imprudente, por un pronto, por un momento de impaciencia que hubiera sido tan fácil de evitar.»

<sup>75</sup> Normalmente se solía hacer a los 13 años (AFM, 146.003). Después del golpe de estado de Bonaparte, los sacerdotes regresan del extranjero y los clandestinos aparecen en público. La vida cristiana vuelve a recobrar su pulso normal, sobre todo en los pueblos más alejados de las ciudades. Marcelino es uno de los neocomulgantes del primer grupo de 1800 (Chronologie FM, 1976, página 22)

<sup>76</sup> El maestro era con toda seguridad Bartolomé Moine (SMC, vol. 1, página 18 y NCF, pág. 121). Al estar todos los niños en una sola clase, aplicaba el método individual. Los castigos corporales debían de ser moneda corriente según el estilo de la época (cfr. ANTONIO PROST, La enseñanza en Francia de 1800 a 1967. Éd. Armand Colin, París, 1968, pág. 115).

<sup>77</sup> Sin duda, el coadjutor, señor Laurens, que ocupaba dicho cargo desde 1781 (AA, pág. 16 ).

El hecho le produjo tal impresión, que llegó a recogerlo en uno de los artículos de la Regla en el que prohíbe a los Hermanos dar apodos a los niños<sup>78</sup>.

A pesar de la excelente conducta y los piadosos sentimientos de Marcelino, nada dejaba entrever por entonces que tuviera la menor idea de abandonar el mundo ni abrazar el estado sacerdotal. Muy al contrario, parecía que tan sólo pensaba en seguir los pasos de sus padres que eran agricultores y explotaban un molino<sup>79</sup>. El padre, que era muy habilidoso y entendía de todo un poco, hacía cualquier labor, según las necesidades de la familia, le enseñó carpintería, albañilería y demás oficios necesarios para explotar una granja. Su actividad, su habilidad y robusta constitución física y su amor al trabajo le indujeron a entregarse con entusiasmo a todos estos oficios y en todos ellos destacó.

Hacia los catorce años empezó a sentir ganas de ahorrar y crear su propio negocio. Cuando recibía algún donativo en metálico, en lugar de gastarlo en chucherías, como la mayoría de los adolescentes de su edad, lo guardaba. Y no consentía que nadie tocara su tesoro bajo ningún pretexto. Ni siquiera para comprar ropa, pues decía que, lo mismo que la de sus hermanos, debía correr a cargo del presupuesto familiar. Sus padres, que veían con buenos ojos aquel afán de orden y ahorro, le regalaron dos o tres corderos con autorización para venderlos en su provecho cuando estuvieran criados. Los cuidó, efectivamente, con mucho esmero y los vendió. Con el producto compró otros que fue cuidando igualmente y los vendió de nuevo, incrementando así su patrimonio. Con este pequeño negocio y los sucesivos ahorros llegó a acumular un capital de seiscientos francos<sup>80</sup>. Era una cantidad importante para un muchacho de dieciséis años, de modo que si no se consideró rico, pensó al menos que podía llegar a serlo. Hacía cálculas sobre el futuro de su negocio. Se le asoció uno de sus hermanos y convinieron en que harían bolsa común y seguirían unidos toda la vida. Muy distintos eran, sin embargo, los designios de Dios sobre Marcelino. Y se los dio a conocer de modo providencial.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

PRIMERA PARTE

**CAPITULO II**

*Llamamiento de Marcelino al estado Sacerdotal. Algunas consideraciones. Conducta y progresos del seminarista.*

Francia empezaba a salir del caos en que la había sumido la Revolución. La Iglesia, recobraba la libertad, recuperaba las iglesias que la impiedad había dejado en pie y reconstruía, al menos

---

<sup>78</sup> «Un Hermano debe abstenerse de tutear a los demás, ni siquiera a los niños, y no les pondrá ningún apodo» (Regla de 1837, cap. V. art. 4 ).

<sup>79</sup> El Hermano Avit dice del señor Juan Bautista Champagnat: «Hábil especialista, lo llamaban para repartir las herencias. A esta noble tarea añadía los oficios de tratante y agricultor, y, cuando el tiempo era propicio, explotaba uno de esos pequeños molinos que en la región se los llamaba «Escucha si llueve»( AA, pág. 13).

<sup>80</sup> Durante el segundo Imperio, el sueldo anual de un criado empleado en una granja era de 50 francos, con alojamiento, sustento y vestido (cfr. Archivos Nacionales, F 11, 2705, 42. Loira, «Encuesta agrícola decenal de 1862»)

parcialmente, las que el huracán revolucionario había destruido. Reorganizaba a sus sacerdotes y se esforzaba por cubrir las huellas que el martirio, la apostasía o la muerte habían causado en sus filas<sup>81</sup>.

Se hallaba a la sazón al frente de la diócesis de Lyon el eminente y piadoso cardenal Fesch, tío del emperador Napoleón. El prelado veía entristecido la penuria del clero en su vasta diócesis. Realizó los mayores esfuerzos en la erección de seminarios y en la promoción de vocaciones al sacerdocio<sup>82</sup>. Había encargado al señor Courbon<sup>83</sup>, Vicario general, que procurase, por todos los medios posibles, recomendar a los párrocos que buscaran muchachos par el seminario.

El señor Courbon, natural de Saint-Genest-Malifaux, tenía buena amistad con el señor Alliot, párroco de Marllhes. Así pues, le transmitió, por medio de uno de los profesores del seminario mayor, - también originario de la región<sup>84</sup>, en la que pasaba parte de sus vacaciones -, el deseo del señor arzobispo, de buscar a algunos muchachos inteligentes y piadosos capaces de llegar a ser buenos sacerdotes.

El profesor cumplió puntualmente el cargo.” El señor Courbon, dijo al párroco de Marllhes, me ha encargado que le busque por estos lugares, que aún conservan la fe, algunos jóvenes para el seminario. ¿ Tiene idea de alguno ? “El señor Alliot, después de reflexionar unos instantes, respondió: “ No conozco, por ahora, a nadie con esas disposiciones. Sin embargo, añadió después de pensarlo mejor, la familia Champagnat tiene varios chicos<sup>85</sup> que llevan vida bastante ordenada. Pero no tengo noticias de que ninguno de ellos quiera estudiar latín<sup>86</sup>. Como el Rozet (así se llamaba la aldea donde vivía la familia) le cae de paso, entre y compruébelo usted mismo.”.

- Seguramente no adivina qué me ha traído aquí... Su párroco me ha dicho que tiene varios hijos buenos, piadosos y de vida recogida que tal vez podrían estudiar latín. Y vengo a ver qué hay de ello.

- Mis hijos, respondió el señor Champagnat, sorprendido ante estas palabras, nunca me han manifestado intención de estudiar latín.

— ¿ Quieres tú?, dijo al mayor que se hallaba presente.

— No, contestó tímidamente, poniéndose colorado.

— Y los demás, ¿ dónde están ? — prosiguió el clérigo.

En ese preciso momento llegaban del molino el benjamín y Marcelino.

—Mira les dijo su padre este sacerdote viene a buscaros para que estudiéis latín. Queréis ir con él?

La respuesta del más pequeño fue tajante, dejando oír un no seco pero elocuente.

<sup>81</sup> « Señoría, la extensión de la diócesis de Lyon, que comprende tres amplios departamentos, me obliga a intensificar el celo y la solicitud en la formación de candidatos para el altar...La experiencia nos dice que cada año mueren de sesenta a ochenta sacerdotes en la diócesis. Lógicamente habría que ordenar un número igual de diáconos para conservar los estrictamente necesarios al servicio de los fieles. Por ahora faltan doscientos cuarenta sacerdotes y varios distritos de los tres departamentos de la diócesis no cuentan con ninguno en siete leguas a la redonda»(Cardenal Fesch al Emperador de los franceses, 21 de mayo de 1805, en J. JOMAND, Fesch, por él mismo, pág. 46)

<sup>82</sup> Sobre el celo del cardenal Fesch por los seminarios y las dificultades que encontró con su tío Napoleón, consultar OM 4, pág. 279.

<sup>83</sup> PC 2, pág. 149.

<sup>84</sup> Resulta arriesgado aventurarse a dar nombres concretos. En Orígenes Maristes leemos: « Juan Santiago Cartal (1756-1840), sulpiciano, natural de la diócesis del Puy, podría ser por esta razón el sacerdote que medió en la orientación de Marcelino al sacerdocio» (OM 4, pág. 130).

<sup>85</sup> La escena habrá que situarla después de la muerte de uno de sus hijos, Juan Bautista (8 de agosto de 1803). Efectivamente, Juliana Épalle, que lo atestigua en 1889 en el proceso ordinario de beatificación, da los nombres de Juan Bartolomé y Juan Pedro. Era vecina suya, y, por otra parte, el párroco, señor Granottier, manifiesta que la señora Épalle gozaba de plenitud de facultades mentales y merecía crédito total (cfr. CPO, fol. 310).

<sup>86</sup> Locución habitual para expresar “prepararse al sacerdocio”.

Marcelino, azorado, balbuceó algunas palabras ininteligibles. Entonces el sacerdote lo tomó aparte para indagar más a fondo. Quedó tan prendado de su inocencia, candor y modestia, y de su carácter franco y abierto, que le dijo:

—Hijo mío, tienes que estudiar latín y hacerte sacerdote ¡Dios lo quiere!

Después de haber hablado un rato la voluntad de Marcelino quedó definitivamente orientada.

Este hecho nos sugiere unas consideraciones que pueden ser provechosas para algunos Hermanos jóvenes. Dios, el único que lleva la iniciativa en la vocación de cada uno, se vale de infinidad de miedos para darla a conocer y llamar a las almas allí donde las quiere. Unas veces lo hace personalmente y de modo extraordinario, como hizo con los apóstoles, llamados por Jesucristo con estas palabras: Venid y seguidme<sup>87</sup>. Así lo hizo con san Pablo, derribado en el camino de Damasco<sup>88</sup>, y con muchos otros, a quienes llamó de modo milagroso. De ordinario, Dios emplea el atractivo para dar a conocer a cada uno su vocación; es decir, se contenta con dar a las almas, llamadas a la vida religiosa, determinadas luces e inspiraciones que las mueven a abandonar el mundo. Pero también puede servirse de medios humanos para atraer a las almas. Puede valerse de una enfermedad, de un revés de fortuna, de una humillación o persecución. San Pablo, primer ermitaño, por ejemplo, se retiró a la soledad huyendo de la persecución. San Arsenio, para librarse de las iras de su alumno, Arcadio. San Moisés, solitario, para huir de la justicia que lo perseguía por ladrón. En otras ocasiones, Dios se vale de una palabra, de un consejo, del ejemplo de un amigo para llevar a un alma al lugar donde la quiere. Manifiestan ignorancia quienes dudan de la autenticidad de su vocación por haber entrado muy jóvenes o por consejo del padre, de la madre, de un piadoso maestro, por el ejemplo de un amigo de infancia o por cualquier otro motivo humano.

Dice san Francisco de Sales que Dios no emplea siempre la misma forma para llamar a los hombres y que no abundan los que fueron atraídos por motivos estrictamente sobrenaturales. Entre las mujeres cuya conversión nos cuenta el Evangelio, sólo la Magdalena se acerca a Jesús por amor. La adúltera llegó obligada, la samaritana<sup>89</sup> casualmente, la cananea, para pedir un favor<sup>90</sup>.

No importa el motivo, añade el santo prelado, con tal que se persevere en el bien. Quienes entraron obligados a la sala del banquete de las bodas de que nos habla el Evangelio<sup>91</sup>, no por eso dejaron de saborear la exquisitez del festín. Ninguno de estos motivos está ausente en el origen de la vocación de muchos candidatos que perseveraron y llegaron a ser grandes siervos de Dios y excelentes religiosos. Mientras que, por el contrario, entre los llamados de modo extraordinario, muchos no perseveraron y se perdieron. Ejemplo de esto es Judas, que, como los demás apóstoles, fue elegido personalmente por Nuestro Señor.

La decisión de estudiar latín que acababa de tomar Marcelino no fue flor de un día. Sus padres, conscientes de las escasas aptitudes de su hijo, intentaron disuadirlo recordándole las dificultades que había tenido para aprender a leer y el poco interés que había mostrado por el estudio. Todo cuanto pudieron argumentar fue inútil. Ya no le interesaba el trabajo de la granja, ni el negocio al que con tanto entusiasmo se había dedicado. La decisión estaba tomada y respondió sin titubeos que ahora sólo pensaba estudiar.

<sup>87</sup> Mt 19, 21.

<sup>88</sup> Hch 9, 2-9.

<sup>89</sup> Jn 4, 7.

<sup>90</sup> San Francisco de Sales. Louis Vives, VI 531. París, 1871.

<sup>91</sup> Mt 22, 1-4.

Hubiera preferido entrar inmediatamente en el seminario. Pero no sabía leer ni escribir suficientemente para iniciar los estudios de latín. Rogó, pues, a sus padres, que le permitieran pasar algún tiempo en casa de uno de sus tíos<sup>92</sup> que ejercía de maestro en la parroquia de Saint-Sauveur. Como éste sabía latín, podría enseñarle los rudimentos al mismo tiempo que completaba sus estudios primarios.

Estuvo un año<sup>93</sup> con su tío, que no escatimó esfuerzos, pero sin conseguir progresos. Al final del año, sacó la conclusión de que su sobrino no debía ir al seminario. «Vuestro hijo se empeña en estudiar, dijo a sus padres. Si se lo permitís, tendréis que arrepentiros: no es suficientemente inteligente.» A menudo intentó también disuadir al propio Marcelino, haciéndole ver que no servía para los estudios, y que tarde o temprano, tendría que abandonarlos con el pesar de haber perdido el tiempo y el dinero y, tal vez, la salud. Marcelino, que había orado y reflexionado largamente, no vaciló ante las reflexiones de su tío ni ante las observaciones de sus padres. «las cosas, dijo; acertaré, ya que Dios me llama.» Y, al ponderarle las dificultades para adquirir su ajuar, añadió: «No os preocupe lo que pueda costar. Tengo dinero suficiente para pagarlo.» En efecto, su vestuario fue costado con el dinero de sus ahorros<sup>94</sup>.

Antes de pensar en la vocación, su conducta había sido siempre ordenada. Pero desde el momento en que tomó la decisión de abrazar el estado sacerdotal, fue mucho más ejemplar. Se acercó más asiduamente a los sacramentos, oró más y se le vio más recogido, más recatado y desprendido de todo lo terreno. Su devoción a la Santísima Virgen se incrementó notablemente. Rezaba diariamente el rosario, encomendaba a María su vocación y le pedía luz e inteligencia para superar los estudios.

Había reservado plaza en el seminario menor de Verrières<sup>95</sup>, cerca de Montbrison, donde ingresó en octubre de 1805<sup>96</sup>. Los comienzos se le hicieron bastante difíciles dada su timidez; ni siquiera pedía lo que necesitaba. Durante la comida no se atrevía a poner el plato para que le sirvieran, y sólo el hambre le obligó a hacer como los demás. Su timidez, su porte externo cohibido, sus ademanes de rudo montañés le atrajeron pronto las bromas de los condiscípulos.

Pero su carácter abierto, su ejemplar conducta y los buenos modales pronto disiparon los prejuicios iniciales y le fueron granjeando espontáneamente la simpatía de todos. Tenía por entonces diecisiete años y estaba muy desarrollado, de modo que era el más alto y el último de la clase. Lejos de desalentarse por verse entre los chiquillos<sup>97</sup>, todos mejor preparados que él, redobló sus esfuerzos en el estudio.

<sup>92</sup> Benito Arnaud era cuñado de Marcelino, esposo de su hermana Mariane (AA, pág. 24) . Cuando Napoleón ordenó efectuar una encuesta para conocer la situación de la enseñanza en Francia, el inspector encontró en Saint-Sauveur el colegio del señor Arnaud con sólo doce alumnos. Impartía lectura, escritura, aritmética, geografía, historia y latín (cfr. ADL, t. 735). Uno de los nietos de Benito, el Hermano Tarsicio, decía de él que «había estudiado latín, que era un cristiano ejemplar y un profesor cabal» (Cuaderno escrito en Nouméa, Nueva Caledonia, en 1879).

<sup>93</sup> El «promotor vocacional» tuvo que pasar por Rosey después de agosto de 1803 (AA, pág.24, y Cronología, pág. 23) Marcelino entra en el seminario en la fiesta de Todos los Santos de 1805. Quizá el fallecimiento de su padre, ocurrido el 13 de junio de 1804, pudo retrasar su ingreso (cfr. BXXVI, pág. 679, acta de defunción).

<sup>94</sup> Marcelino había ahorrado 600 francos. Esta cantidad equivalía a la pensión de cuatro o cinco años de seminario.

<sup>95</sup> Verrières (cfr. OM 4, pág. 430).

<sup>96</sup> El ingreso tuvo lugar en la fiesta de Todos los Santos (OM 1 pág. 136, nota 1).

<sup>97</sup> En sexto grado, la edad normal era de 15 años (de 10 a 23 años). Marcelino tenía entonces dieciséis. Al final del primer año, junio-julio de 1806, el señor Périer, superior del seminario, le dijo que no soñara con largos estudios. Entristecido, pero no desalentado, Marcelino peregrinó con su madre a la tumba de san Francisco Regis para implorar la ayuda de María (cfr. CPO, fol. 310).

Su piedad, puntualidad y docilidad le merecieron muy pronto el afecto y la confianza de los superiores. Se lo demostraron públicamente al nombrarle supervisor y jefe de dormitorio, cuando había muchos otros más veteranos en la casa y de más alto nivel en los estudios<sup>98</sup>. Quedó muy sorprendido y confuso al verse en un cargo para el que se consideraba indigno e incapacitado. Lo aceptó, sin embargo, sin poner la menor objeción, porque se había propuesto como norma no rechazar nada que le viniera de sus superiores. Este cargo le ayudó mucho a progresar en los estudios. Por la noche, después de hacer la ronda del dormitorio, cerrar puertas y ventanas, ocultaba la lámpara durante un rato, y luego se ponía a preparar las lecciones del día siguiente hasta bien entrada la noche. Como se hallaba en una especie de alcoba, pudo emplear este sistema durante varios años, sin que nadie se diera cuenta. Este interés por los libros y el exceso de trabajo debilitaron algo su salud, pero, en cambio, influyeron positivamente en los estudios. A su llegada al seminario lo encontraron tan flojo en lectura y escritura que le aconsejaron pasar previamente unos meses en la clase de francés. No aceptó la propuesta y suplicó con tanta insistencia que le dejaran iniciar el latín, que el rector, por darle gusto<sup>99</sup>, cedió a sus instancias bien convencido de que muy pronto se desalentaría y vendría a pedirle que le mandara a la clase de lectura. Sucedió exactamente lo contrario, ya que a los pocos meses era uno de los primeros de la clase<sup>100</sup>, y este primer año hizo los cursos de séptimo y octavo grado.

Sin embargo, la aplicación al estudio no le hizo olvidar el cuidado de su vida espiritual. Tenía, sin duda, gran empeño en instruirse, porque sabía que la ciencia le era indispensable, pero deseaba con mayor ahínco conseguir la virtud. La vida reglamentada del seminario, los ejercicios de piedad, los avisos, la sabia orientación de los superiores, los buenos ejemplos que veía, fueron medios que supo aprovechar. Los ejercicios de piedad tenían atractivo especial para él. Asistía a ellos con tal fervor y modestia que superiores y condiscípulos se fijaron en él. No satisfecho con los ejercicios reglamentados, solicitaba con frecuencia orar en particular, y, sobre todo, hacer visitas al Santísimo Sacramento durante los recreos. Su devoción a la Santísima Virgen, a san Luis Gonzaga, a san Francisco Regis se incrementó con las instrucciones que recibía y las prácticas del seminario en honor de la Madre de Dios y de esos dos grandes santos. Hasta entonces se acercaba a los sacramentos mensualmente. En el seminario solicitó comulgar primero cada quince días, y luego todos los domingos. Las ceremonias litúrgicas, que en el seminario se desarrollaban con mucha solemnidad, elevaban su espíritu despertando en su corazón sentimientos tan tiernos que difícilmente podía contener. Muchas veces, algunas canciones le hacían verter lágrimas, en especial aquella de santa Teresa que habla de la comunión y de las ansias de morir<sup>101</sup>.

Por lo demás, no basaba su piedad en sólo sentimientos y afectos. Era consciente de que la virtud debe cristalizar, con notación gregoriana. El final de la séptima estrofa en obras, es decir, en la huida del pecado y en el cumplimiento minucioso de los deberes cristianos. Así lo manifiesta por entonces en un escrito<sup>102</sup> de su puño y letra:

<sup>98</sup> Resulta difícil precisar la fecha en que le encomendaron ese empleo de confianza (cfr. A. BALKO, "Evolución espiritual de Marcelino Champagnat", B XXX, n.º 217, págs. 387-398). Y también tres artículos del mismo autor sobre el tema en FMS, n.º 54, 1983, pág. 801; n.º 56, 1984, pág. 833, y n.º 57, pág. 849. VF, págs. 85-97.

<sup>99</sup> El análisis de sus sermones permite deducir que dominaba bastante bien el latín, ya que en las numerosas citas consignadas apenas aparecen faltas (cfr. B, n.º 215 pág. 972).

<sup>100</sup> Puede consultarse el expediente de escolaridad de Marcelino Champagnat: Del seminario menor de Verrières, en OME, págs. 30 a 42; Del seminario mayor de San Ireneo, en OME, págs. 43 a 46.

<sup>101</sup> Esa canción arrebatada en éxtasis a la Santa. La versión francesa corresponde a un libro de cánticos de la época: "Vous le savez, mon Dieu..." Marcelino garabateaba frecuentemente las primeras palabras en borradores que conservamos (cfr. AFM, nota, 132.3, pág. 4, y también LPC 1, doc. 73, pág. 177).

<sup>102</sup> AFM, dossier 11, libreta de notas n.º. 1. Y también en OME, doc. 6, pág. 37.

“¡Oh Señor y Dios mío!, prometo no volver a ofenderte; hacer actos de fe, esperanza y caridad y otros similares cada vez que me acuerde; evitar las malas compañías<sup>103</sup>, en una palabra, no hacer nada que vaya contra tu servicio. Sino más bien, en cuanto de mí dependa, inducir a los demás a la práctica de la virtud con mi buen ejemplo, enseñar tus divinos mandamientos a los ignorantes, y el catecismo tanto a pobres como a ricos. Divino Salvador, haz que cumpla fielmente estas relaciones que acabo de tomar.”.

Se mantuvo, en efecto, siempre fiel a ellas y sus superiores afirmaron que fue modelo de piedad, puntualidad, docilidad, humildad.

y buen espíritu durante su estancia en Verrières<sup>104</sup>. No le bastaba con dar buen ejemplo. No dejaba pasar la ocasión sin animar a los compañeros a la práctica de la virtud. Y, como poseía cierta elocuencia natural y poder de persuasión, le escuchaban a gusto. De esta forma consiguió llevar a Dios a algunos de ellos. Un joven, que se había distinguido por su talento y virtud, se hastió totalmente del estudio y de la piedad y se hallaba a punto de abandonar el seminario. Marcelino, que se había percatado del cambio funesto que había sufrido, se propuso hacer por él cuanto pudiera para lograr que su condiscípulo volviera al buen camino y recobrar su actitud primitiva. Se hizo el contradicho durante el recreo y al saber que su disgusto procedía de ciertos castigos que el muchacho consideraba inmerecidos, le dijo:

“Amigo, una de dos: o has merecido esos castigos o no. Si te los has ganado, como me parece probable, no tienes por qué enfadarte, y, menos aún, censurar a tu profesor, sino aceptarlos con docilidad y gratitud, como justa reparación de tus faltas y antídoto de tus defectos. Ahora bien, si crees que no has cometido las faltas que han ocasionado ese castigo, deberías aceptarlo para practicar la mortificación e imitar a Jesucristo, que también fue castigado por pecados que no cometió. ¿Te parece sensato a tu edad encapricharte, descuidar tus deberes religiosos y abandonar los estudios por semejante niñería? ¿No te das cuenta de que el demonio se está riendo de ti y que la aversión que te inspira hacia tu profesor es una trampa que te tiende para arruinar tu porvenir y hacerte perder tu vocación y, tal vez, también tu alma? Vamos, quítate de la cabeza esas ideas. Hagamos una novena a la Santísima Virgen y verás cómo todas esas quimeras se esfuman de tu cabeza.”.

Hicieron la novena, y aún no la habían terminado cuando al joven se le abrieron los ojos y vio claro. Reconoció que la causa de su aversión al estudio y descuido en la piedad eran los malos consejos de un compañero relajado. Así que decidió romper con él. Mantuvo su decisión, recuperó el fervor primitivo, prosiguió sus estudios y llegó a ser un excelente sacerdote.

Concluidos los estudios en el seminario menor, Marcelino se dispuso a ingresar en el seminario mayor de Lyon, donde fue admitido en el mes de octubre<sup>105</sup> de 1812. Siempre considerará los años que pasó en esa santa casa como los más felices de su vida. Lo primero que se propuso al entrar fue ser siempre y en todo fiel al reglamento, porque entendía que era para él la expresión de la voluntad de Dios y el medio más eficaz y rápido para avanzar por el sendero de la perfección.

<sup>103</sup> En el original podemos leer, además, “y no volveré a la cantina sin necesidad” ( cfr. OME, doc. 6, pág. 37). El Hermano Juan Bautista suprime este fragmento de la frase. La mención de “cabaret” (cantina), unida a la de “malas compañías”, nos remite a la época, un tanto disipada del joven seminarista, en que, con la “banda alegre”, va de vez en cuando a alguna de las numerosas tabernas próximas al seminario, que se hallaba en el centro del pueblo (cfr. AFM, Esteban Bedoin, doc. 151/1, nota1).

<sup>104</sup> Tal vez se trate del testimonio del señor Barou, que más tarde sería Vicario general, o bien del señor Juan Luis Duplay, futuro rector del seminario mayor.

<sup>105</sup> En realidad, el primero de noviembre de 1813. Puede explicar la confusión el hecho de que el curso 1812-1813, transcurrido en Verrières, fue el de filosofía (o lógica) que se considera como preparatorio para el seminario de Lyon.



Considerando acertadamente la vida y los estudios del seminario mayor como la preparación inmediata a las órdenes sagradas, se esforzó más y más en adquirir la ciencia y la virtud necesarias a un buen sacerdote. Hizo un serio examen para conocer más a fondo sus propios defectos y las virtudes que le eran más necesarias. El resultado de su reflexión fue que debía luchar, sobre todo, contra el orgullo. Se propuso, pues, hacer sobre él examen particular. Y, para desarraigar más fácilmente ese vicio, que consideraba como el dominante, suplicó a uno de sus compañeros que le advirtiera de sus defectos y le amonestara cada vez que le sorprendiera en determinadas faltas. Pero como no olvidaba que todo don perfecto viene de Dios<sup>106</sup>, y que sólo mediante la gracia podemos combatir el orgullo y conseguir la humildad, pedía siempre a Dios esa virtud en la oración. Para ello había compuesto una oración que rezaba frecuentemente. La transcribimos como la hemos hallado en sus escritos<sup>107</sup>.

“Señor, confieso que no me conozco, que me encuentro lleno de defectos e imperfecciones. Ayúdame a conocer mis defectos y, sobre todo, concédeme la gracia de combatirlos, de hacerles la guerra sin cuartel y corregirlos. Te pido ese favor desde lo más profundo de mi corazón. Divino Corazón de Jesús, que por tu profunda humildad luchaste y venciste el orgullo humano, a ti dirijo especialmente mi oración. Concédeme, te suplico, la humildad, destruye en mí el edificio del orgullo, no ya porque resulta insoportable a los ojos humanos, sino porque disgusta a tu divino Corazón y hiere tu santidad. Virgen Santísima, mi buena Madre, pide para mí, tu indigno siervo, pide al Corazón adorable de Jesús, la gracia de conocerme, de luchar, vencerme y destruir mi amor propio y mi orgullo. A tus pies me propongo combatirlo sin descanso.”

Para combatir el orgullo sin tregua, como dice, se propuso, ante todo, dos cosas: primero, evitar toda palabra de vanidad, burla, maledicencia y, en general, todas las faltas que tienen su origen en la lengua. Y segundo, ser siempre honrado, caritativo y respetuoso, incluso con sus compañeros, y estar siempre atento para no desperdiciar ocasión de servirlos.

Para llevar a la práctica ambas cosas, tomó las siguientes resoluciones:

1. Me impondré una penitencia cada vez que me deje llevar del orgullo, es decir, siempre que cometa una falta de orgullo tanto pensamiento como de palabra.
2. Hablaré con todos mis compañeros sin distinción, y siempre les prestaré los servicios que estén en mi mano, por mucho que pueda costarme. Las resistencias sólo pueden provenir del orgullo.
3. Me consideraré el último de mis condiscípulos y nunca me creeré superior a ninguno de ellos. ¿ Por qué me voy a creer más que otro? ¿ por mis talentos? No los tengo, y soy el último<sup>108</sup> de la clase. ¿ Acaso por mi virtud? Tengo menos aún y estoy lleno de orgullo. ¿ Por la prestancia de mi cuerpo tal vez ? Dios es quien lo ha hecho y no se ha esmerado demasiado, por cierto. En definitiva, soy un poco de polvo, ¿de dónde podría atreverme a sacar vanidad?.
4. En los recreos me juntaré y pasearé indistintamente con todos y trataré de ser siempre moderado en mis palabras.

<sup>106</sup> St 1, 17.

<sup>107</sup> El Hermano Juan Bautista ha modificado ampliamente la letra del texto, que se encuentra en OME, doc. 6 [2], pág. 37.

<sup>108</sup> En las calificaciones del primer trimestre, durante el primer curso de teología de Lyon (OME, doc. 9 pág. 45), a Marcelino se le pone la nota: “mediocriter.” Según esa evaluación, 51 alumnos, sobre un total de 84, consiguen nota superior a la Marcelino.

5. Me cuidaré, sobre todo, de murmurar de nadie bajo ningún pretexto.
6. Guardaré siempre silencio entre recreos. Y no hablaré ni por gestos, ni de cualquier otro modo, en clase, en los pasillos, ni al subir la escalera, a no ser por verdadera necesidad.
7. Durante la clase, en la conferencia y demás ejercicios que exijan atención no sólo me abstendré de hablar, sino que además me esforzaré por estar siempre atento.
8. Haré una visita al Santísimo Sacramento después de la clase o de la conferencia, para examinarme ante el Señor y ver si cumplí estas resoluciones y también para pedirle humildad.

"Dios mío, con tu ayuda prometo hacer el mayor esfuerzo para ser fiel a estas resoluciones. Pero tú conoces mi debilidad. Ten compasión de mí, te lo ruego, y concédeme la gracia de no pecar de palabra. Virgen Santísima, ruega por mí. Ya sabes que soy tu esclavo<sup>109</sup>. Es verdad que no merezco favor tan grande. Pero mi indignidad hará resplandecer más tu amor y misericordia para conmigo."

Con frecuencia, como lo confirman estas palabras, renovó estas resoluciones y, el tres de mayo de 1815, añadió, además, las siguientes:

"Hoy, víspera de la Ascensión de Nuestro Señor y del aniversario de mi bautismo<sup>110</sup>, tomo, una vez más, la resolución de cumplir los compromisos anteriores tal como figuran arriba. Y, además, estos otros que pongo bajo la protección de la Santísima Virgen y de san Francisco Regis, san Luis Gonzaga y mi patrono, san Marcelino.

1. Cada vez que en el examen de la tarde me reconozca culpable de murmuración, me privaré del desayuno al día siguiente.
2. Cuando me sorprenda mintiendo o exagerando, rezaré el Miserere para pedir perdón a Dios por esas faltas. Divino Jesús mío, con tu gracia prometo ser fiel a estas dos resoluciones. Santa María, Madre de Dios, ruega por mí."

Deseos tan vehementes de corregir sus defectos y adquirir las virtudes, voluntad tan decidida y tenaz en tomar todos los medios, le hicieron progresar a pasos agigantados en el camino de la perfección. Pronto llegó a ser uno de los más fervorosos y regulares del numeroso grupo de jóvenes seminaristas que por entonces llenaban el seminario mayor<sup>111</sup>. Había distribuido su tiempo entre la oración y el estudio de la teología, de modo que todos los momentos estaban ocupados. Ni los recreos eran para él tiempo perdido. Los empleaban en conversaciones edificantes con sus compañeros o en actos de caridad, como servir a los enfermos, decorar los altares, barrer la iglesia o hacer alguna visita al Santísimo Sacramento, cuando le daban permiso que solicitaba frecuentemente.

La fidelidad al reglamento, el respeto a los superiores, la obediencia, humildad, caridad, afabilidad, mansedumbre, modestia, piedad, aplicación constante al trabajo, la exactitud en todo

---

<sup>109</sup> La idea de consagrarse como esclavo de María era una práctica antigua, muy acentuada entre los grandes maestros de la escuela francesa de espiritualidad: Bérulle, Condren, Boudon, etc. No conservamos escrito alguno de Marcelino Champagnat en que se consagre a María con esta profesión de esclavitud mariana.

<sup>110</sup> Marcelino Champagnat celebra el aniversario de su bautismo no el 21 de mayo, sino el día de la Ascensión, porque en 1789 la Ascensión cayó el 21 de mayo.

<sup>111</sup> En el curso de 1815-1816 había en él 252 seminaristas mayores: 31 en cuarto año, 75 en tercero, 115 en segundo y 30 en primero ( OM 1, págs. 207-209).

momento: tales fueron las virtudes de las que dio ejemplo continuo. Desde entonces empezó a distinguirse también por el celo ardiente de la gloria de Dios y la salvación de las almas, por el espíritu de fe y desprendimiento de todo, por su inmensa confianza en Dios y amor a la mortificación y generosidad, que resplandecieron en él con vivo fulgor y de los que a lo largo de esta historia ofrecerá tan altos y conmovedores ejemplos.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

PRIMERA PARTE

**CAPITULO III**

*Conducta ejemplar del señor Champagnat durante las vacaciones. Visita a los enfermos y da catequesis a los niños de su aldea. Vida austera y mortificada que llega a alterar su salud. Junto con otros piadosos seminaristas concibe la idea de fundar la Sociedad de los Marista. Se prepara a recibir las sagradas órdenes y es ordenado de sacerdote*

El comportamiento del señor Champagnat durante las vacaciones <sup>112</sup>no era menos estricto que en el seminario. Podemos deducirlo del reglamento que se había trazado y que cumplía meticulosamente. Lo transcribimos aquí textualmente <sup>113</sup> para edificación del lector:

1. Pasaré las vacaciones con mi familia.
2. Viajaré tan sólo lo indispensable.
3. Me acomodaré, en cuanto me sea posible, al régimen de vida de mis padres. Trataré a todos con respeto, mansedumbre y caridad. Con mis palabras y ejemplos intentaré ganarlos a todos para Jesucristo. Pondré sumo cuidado en no molestarlos o entristecerlos con mis palabras.
4. Me levantaré habitualmente a las cinco. Y nunca más tarde de las cinco y media.
5. Haré diariamente al menos un cuarto de hora de meditación.
6. Asistiré diariamente a la santa misa en cuanto me sea posible. Y regresaré inmediatamente para estudiar una hora de teología por lo menos.
7. A las doce menos cuarto haré el examen particular como en el seminario mayor. Luego, el almuerzo, precedido de la bendición de la mesa.
8. Trataré de levantarme de la mesa con algo de apetito para evitar la glotonería y los vicios que de ella se derivan.

<sup>112</sup> Juliana Épalle, su vecina, refiere cómo pasaba las vacaciones el señor Champagnat. Ver anexo 1, al final del capítulo.

<sup>113</sup> Para cuanto se refiere al reglamento de Marcelino, consultar A. BALKO, “La evolución espiritual de Marcelino Champagnat”, en B XXX, nº 217, página 387 y ss. (cfr. AFM, 131.2) Y, en versión española, en Marcelino Champagnat. Volviendo a las fuentes, pág. 83 y ss. Provincia Marista Norte, 1983 (VF, páginas 85-97).

9. Erigiré un oratorio en honor de la Santísima Virgen y san Luis Gonzaga. En él, de rodillas ante el crucifijo, adoraré espiritualmente al Santísimo Sacramento del altar y haré con el mayor recogimiento los ejercicios de piedad.
10. Los viernes ayunaré en recuerdo de la pasión y muerte de nuestro Redentor.
11. Enseñaré a los ignorantes, ricos o pobres, cuanto se refiere a la salvación<sup>114</sup>.
12. Visitaré a los enfermos, si me es posible.
13. En cuanto a la confesión y comunión, seguiré el consejo de mi director espiritual.
14. Procuraré ingeniármelas para no estar nunca a solas con personas del otro sexo.
15. Trataré de dedicar una hora más a la teología<sup>115</sup> por la tarde.
16. Rezaré la oración de la tarde con mi familia. Y, en particular, leeré el tema de meditación del día siguiente.

*Con tu ayuda, oh Virgen Santísima, divina Madre mía, confío en cumplir este reglamento. Haz que sea del agrado de tu divino Hijo y que él me libre durante las vacaciones y a lo largo de mi vida del pecado y de cuanto pudiera desagradarle.*

Este reglamento, correspondiente a las primeras vacaciones del seminario mayor, por muy estricto que pueda parecer, lo completó en años sucesivos con nuevos propósitos:

1. Al levantarme, siempre a las cinco, tendré media hora de meditación, rezaré las horas menores, e iré a la santa misa.
2. Por la mañana dedicare una hora al estudio de la Sagrada Escritura y otra a la teología.
3. Después del almuerzo dedicaré hora y media al recreo o, a lo más, dos horas. Si en el pueblo hubiere algún enfermo u otra persona que necesite mi consejo, aprovecharé para visitarlos.
4. Después del recreo distribuiré el tiempo de este modo: una hora para repasar los tratados de teología estudiados anteriormente, y otra para leer alguna obra ascética sobre las virtudes propias de un buen sacerdote.
5. Después del estudio y de la lectura mencionados, descansaré durante una hora, y a continuación rezaré el oficio, es decir, vísperas y completas, maitines y laudes del día siguiente.
6. Procuraré reservar media hora antes de la cena para la lectura espiritual.

---

<sup>114</sup> Juliana Épalle: testimonio acerca de la predicación del joven Champagnat. Ver anexo 2, al final del capítulo.

<sup>115</sup> Este estudio era necesario, ya que al reducir a tres los cuatro años de teología, los seminaristas debían completar durante las vacaciones lo que no podían hacer a lo largo del año, especialmente en Historia de la Iglesia, sagrada Escritura y Liturgia. "Teóricamente se concedía (a estas materias) cierta importancia, pero, en la práctica, se las colocaba en horas marginales de la jornada académica (ALONSO, LUIS, La formación intelectual de J. Claudio Colin en el seminario de San Ireneo de Lyon. Tesina Pont. Univ. Greg., Roma, 1964, página 139, APM).

7. Los domingos y días festivos asistiré a dos misas y a las vísperas en la parroquia. Por lo que se refiere a la comunión me atenderé, en lo posible, a la costumbre del seminario.
8. Esos mismos días, entre ambas misas, trataré de emplear una hora en la lectura de la Sagrada Escritura. Y por la tarde, después de los oficios, si puedo, daré catequesis a los niños. El resto de la tarde haré lo posible por dedicar una hora al estudio de la teología.
9. Evitaré, en cuanto me sea posible, las visitas de simple compromiso.
10. Evitaré juegos de azar o los que puedan causar escándalo. Durante los recreos me entretendré en algún trabajo manual.

*Virgen Santísima, sin tu ayuda sería incapaz de cumplir este reglamento. Por eso solicito tu poderoso valimiento ante Dios, y espero que me alcances la gracia de ser fiel a el para gloria de tu divino Hijo. San Francisco Regis<sup>116</sup>, que tienes tanto crédito ante Dios, por tu intercesión pido y espero también la gracia de cumplir el reglamento que me he impuesto.*

Los documentos que hemos podido recopilar acerca del comportamiento del señor Champagnat durante las vacaciones nos manifiestan que no se conformaba con cumplirlo, sino que, además, añadía otras muchas prácticas de virtud y empleaba parte del tiempo dedicado al descanso y esparcimiento para orar, estudiar o ejercer la caridad.

Con la vocación sacerdotal, Dios le concedió al mismo tiempo celo ardiente por la salvación de las almas e instrucción de los ignorantes. En ninguno de los dos seminarios, como hemos podido comprobar, desaprovechó ninguna oportunidad para desplegar ese celo con sus compañeros, sobre los que tenía cierto ascendiente. Pero consideraba como obligación preferencial la salvación de los miembros de su familia, que era una de sus ocupaciones fundamentales durante las vacaciones. En primer lugar, los encomendaba a Dios en todas sus oraciones. Y se comportaba siempre y en todo de modo que pudieran tomarle por modelo. Les hacía a diario alguna lectura piadosa, les daba orientaciones y consejos. Y en las charlas ordinarias que mantenía con ellos trataba de formarlos en las verdades cristianas, e inducirlos a la estima de la religión, mostrándoles su belleza y los beneficios que trae consigo. También intentaba inspirarles devoción a la Santísima Virgen, a los angeles custodios y a las almas del purgatorio. Al caer la tarde rezaban la oracion en familia. Y los domingos y días festivos añadía tambien el rosario. A menudo reunía en su habitación a los chicos de la aldea para enseñarles el catecismo<sup>117</sup> y las oraciones. Los domingos convocaba incluso a los mayores y les daba una corta pero emotiva instrucción sobre los misterios de la religión, los deberes del cristiano y el modo de asistir provechosamente a misa y a los oficios sagrados. Varias personas recordaban aún, treinta años mas tarde<sup>118</sup>, lo que les había enseñado en esas charlas y manifestaban entre lágrimas los sentimientos que en sus almas había despertado.

---

<sup>116</sup> San Juan Francisco Regis (1597-1640) realizó una curación milagrosa en Marlies con motivo de una de las tres misiones que dio en el pueblo. Uno de los cuadros del diorama de La Louvesc recuerda este hecho. El recuerdo se perpetúa entre las gentes de Marlies por la " cruz de san Francisco Regis", que se venera a la entrada del pueblo.

<sup>117</sup> El Hermano Teófilo, Superior General, atestigua: "Monseñor Épalle, obispo de Oceanía, reconoció que debía al Padre Champagnat la primera idea de su vocación" (cfr. S-PSV 1, pág. 75).

<sup>118</sup> Es decir, cuando el Hermano Juan Bautista hace su indagación.

Los niños lo querían y respetaban al mismo tiempo<sup>119</sup>. Les bastaba saber que estaba en el pueblo para que obedecieran a sus padres y se aplicaran al cumplimiento del deber. Uno de ellos decía mucho después: “Le tenía tal consideración que sólo su recuerdo me bastaba para evitar el mal. En el momento de la tentación, con pensar: *¿Qué diría el Señor Champagnat, si te viera?*, me bastaba para contenerme y me daba fuerzas para refrenar mis pequeños vicios.”

Pero no sólo lo respetaban los niños. También los jóvenes guardaban compostura en su presencia y se mostraban recatados y comedidos en las palabras y en el comportamiento. Un día que creían que estaba ausente, organizaron un baile en un granero y, para no llamar la atención, cerraron cuidadosamente la puerta. El señor Champagnat, que regresó antes de lo previsto, informado del hecho, se presenta inmediatamente en la granja donde se había organizado el baile, sube al granero y, entrando bruscamente, les dice: “¡Vaya! Bonita diversión para cristianos; vamos a ver si se os da tan bien el catecismo como el baile.” En un instante, todos desaparecieron: unos por la puerta, otros escondiéndose entre el heno o saltando por la ventana. Sólo quedó una criada vieja que se puso a cerrar el granero y que recibió una seria reprimenda<sup>120</sup>.

Se ha dicho que el Padre Champagnat era un cristiano recio. Efectivamente, toda su vida tuvo en gran aprecio la penitencia y mortificación. Totalmente dueño de sí mismo y recatado en todos sus actos y en general en su persona, austero consigo mismo y enemigo de toda comodidad y de cuanto halaga a la naturaleza, sobrio en el comer y beber, rehusaba cuanto servía únicamente para satisfacción del gusto y la sensualidad<sup>121</sup>. Cuando se hallaba en su casa, se acomodaba en todo al modo de vivir de la familia y no consentía que se hiciera nada especial con motivo de su llegada. Era puntual a las horas de la comida para no molestar; no quería alteración alguna en la hora, ni que se pusiera algún plato especial. Nunca tomaba nada entre comidas, ni siquiera una fruta o un vaso de agua<sup>122</sup>. Un día, al pasar junto a un cerezo, le apeteció tomar unas cerezas. Toma una y la lleva a la boca. Al instante se reprocha esa concesión a su gula: “¡Vaya!, se dijo para sí mismo, ¿voy a dejarme llevar de la sensualidad? No, no lo voy a consentir.” E, inmediatamente, escupe la fruta a medio masticar, la pisotea y promete a Dios no volver a dejarse sorprender por el demonio de la gula.

Hermanos jóvenes, que estáis encargados de la despensa o administración, vuestro empleo os expone a parecidas tentaciones. Cuando el demonio de la gula os impulse a tomar algo entre comidas, recordad este ejemplo de vuestro piadoso Fundador y sed sus fieles imitadores. El espíritu de las tinieblas y de la sensualidad querrían tranquilizaros con el pretexto de que probar los alimentos que tenéis continuamente ante los ojos o en las manos, comer una fruta, beber algo que os apetece, es una minucia. Sucumbir una vez a esa tentación no tiene importancia. Pero no es lo mismo cuando eso se transforma en hábito: puede traeros serias consecuencias, porque puede llevaros a cometer faltas muy graves. ¡Cuántos Hermanos jóvenes, por dejarse llevar de esas faltas, fueron perdiendo el gusto por la piedad, las buenas costumbres y hasta por su vocación! Al contrario, el acto de virtud que supone resistir a la tentación, sacrificando la gula y sensualidad, tiene mucha importancia: os defiende de males mayores, os merece cada vez una

<sup>119</sup> Esta doble impresión causará a lo largo de su vida a quienes entren en relación con él. “El Padre Champagnat era enérgico, ciertamente. Su solo tono de voz, o una mirada, bastaban para hacernos temblar. Pero ante todo era bueno, compasivo; era padre (H. Francisco, AFM, libreta de notas n° 13; instrucciones, pág. 917).

<sup>120</sup> Cien años antes, Grifón de Montfort había compuesto cánticos para denunciar los peligros del baile. El período del Directorio supuso una gran relajación moral y una acusada afición al vals Marcelino cumplía, en definitiva, con su deber sacerdotal.

<sup>121</sup> El Padre Champagnat fue un discípulo fiel de Jesús paciente. Por eso no rehuye el sufrimiento; incluso lo busca con ayunos y con austeridad de vida, como lo confirma su reglamento en el punto 10.

<sup>122</sup> Encontramos la misma actitud en san Ignacio y el Padre Colin (Ant. Textus VI, II, pág. 42, n° 52).

nueva gracia de Dios y os ayuda a dominar la naturaleza, a someterla al espíritu y a lograr la unión con Dios.

El señor Champagnat era de complexión robusta. Durante su infancia nunca había estado enfermo. Pero la vida austera y mortificada que llevaba, unida a su intensa dedicación al estudio, minaron su salud hasta el punto de obligarlo a interrumpir su carrera en el tercer año de teología<sup>123</sup>. Para reponerse, fue a pasar unos meses con su familia. Como le habían prohibido estudiar, y temía sobre todo estar ocioso, se entregó a los trabajos del campo. De este modo recuperó muy pronto la salud y quedó en condiciones de terminar sus estudios de teología.

Nos hallamos en la época en que Napoleón<sup>124</sup>, de regreso de la isla de Elba, volvía a Francia y marchaba sobre París. La ciudad de Lyon se hallaba conmocionada y llena de confusión. Los enemigos de la religión, aprovechando el estado de crisis en que se encontraba el país, y con la confianza de poder deshacerse de ella como habían hecho con el rey, que huía ante las tropas victoriosas del emperador, ultrajaban a los sacerdotes, los amenazaban y perseguían obligándoles a huir y ocultarse. Un día, el señor Champagnat, sin sospechar nada-él, que por otra parte nada tenía de pusilánime-, atravesaba tranquilamente las calles de la gran ciudad camino del seminario mayor. Un seglar piadoso salió de su establecimiento y, corriendo hacia él, le dijo:

-¿Cómo se le ocurre salir a la calle en estas circunstancias? ¿No se ha enterado de que acaban de insultar de modo soez a uno de sus compañeros y que faltó poco para que lo arrojaran al Saona?

-Y ¿por qué voy a preocuparme -respondió tranquilamente el señor Champagnat -si no he hecho mal a nadie?

-De acuerdo; no ha hecho mal a nadie. Su compañero tampoco, pero es una temeridad por su parte andar por la calle en estos momentos.

-Voy al seminario.

-Pues precisamente el seminario mayor acaba de tener una inspección y se ha instalado en él un destacamento porque corre el rumor de que allí hay armas<sup>125</sup>.

-Pues claro que las hay, y yo mismo llevo una, le respondió mostrándole su breviario. Y añadió: "Éstas son las armas que usamos en el seminario: ¿cree que pueden inquietar al gobierno?" Y, sin perder su serenidad y sangre fría, agradeció al buen hombre el interés por su persona y prosiguió tranquilamente su camino hacia el seminario mayor, que encontró en absoluta calma, pese a la agitación que reinaba en la ciudad<sup>126</sup>.

<sup>123</sup> En 1815-1816.

<sup>124</sup> Napoleón pasó por Lyon el 10 de marzo de 1815. Su tío, el cardenal Fesch, tuvo que refugiarse en Roma, de donde no regresaría hasta finales de mayo. El regreso de Marcelino a Lyon debió de ser pocos días después del paso del Emperador (cfr. OM 4, págs. 278-280).

<sup>125</sup> Los seminaristas eran en su mayoría partidarios de los Borbones. El cardenal, a su paso por Lyon, del 26 al 29 de mayo de 1815, debió de experimentarlo cruelmente en su persona (cfr. OM 1, doc. 38; OM 2, doc. 562 [2]; OM 2, documento 767). Hasta el P. Champagnat debió de anhelar la vuelta de los Borbones a la vista de las últimas actitudes de Napoleón y, en particular, de sus ataques al papa. Al final de sus resoluciones de 1815 encontramos la promesa de decir misas "si regresa el rey" (OME, doc. 11 [7], pág.51).

<sup>126</sup> Respecto al estado de ánimo que reinaba en el seminario -muy lejos de la tranquilidad de que habla el texto-, véase, además de los documentos mencionados anteriormente, LYONNET, El cardenal Fesch. Lyon, Périsse, 1841, II, páginas 576-580)

Por entonces se ponen los cimientos de la Sociedad de los Maristas. Unos cuantos seminaristas, al frente de los cuales se encontraban los señores Colin y Champagnat<sup>127</sup>, se reunían regularmente para animarse en la piedad y en la práctica de las virtudes sacerdotales. El celo por la salvación de las almas y los medios para conseguirla eran el tema habitual de sus conversaciones. Del mutuo intercambio de sus sentimientos y proyectos sobre los medios más idóneos para alcanzar ese objetivo surgió la idea de fundar una Sociedad de sacerdotes que trabajaran en la salvación de las almas por medio de las misiones<sup>128</sup> y la educación de la juventud. La especial devoción que este grupo selecto profesaba a la Santísima Virgen les inspiró la idea de poner la nueva Sociedad bajo él patrocinio de la Madre de Dios y darle el nombre de María<sup>129</sup>.

Cuando estuvieron de acuerdo en su piadoso proyecto y después de haberlo encomendado largo tiempo a Dios y a la que habían elegido de modo especial como madre y patrona, se lo comunicaron al señor Cholleton, por entonces rector del seminario mayor<sup>130</sup>. El venerable superior, conocedor de la piedad y virtud de los asociados, encomió y aprobó sus proyectos y los animó a proseguir en su empeño<sup>131</sup>. Más aún, quiso también integrarse en el grupo y se puso al frente de ellos. Los reunía periódicamente en su propio despacho para animarlos y orientarlos e ir perfilando con ellos los planes de la nueva asociación. En una de esas reuniones determinaron que irían todos juntos en peregrinación a Fourviere para poner su proyecto a los pies de María<sup>132</sup>. Los jóvenes seminaristas, con el señor Cholleton al frente, subieron al santuario<sup>133</sup> de María, confiaron el plan a su Corazón maternal y le pidieron que lo bendijera si era para gloria de su divino Hijo. Efectivamente, la divina Madre los bendijo. Y con esta bendición, la nueva Sociedad, nacida bajo sus auspicios y en su santuario, ha crecido y ha visto multiplicarse<sup>134</sup> sus hijos como las estrellas<sup>135</sup> del cielo.

Pero en el proyecto de la nueva Sociedad nadie había pensado en Hermanos educadores<sup>136</sup>, Sólo el señor Champagnat tuvo la idea de su creación y sólo él la llevó a cabo. Decía con frecuencia a sus compañeros: *Necesitamos Hermanos. Necesitamos Hermanos para impartir catequesis, ayudar a los misioneros<sup>137</sup> y dar clase a los niños*. Nadie dudaba de que era interesante esta idea. Pero como no había sido prevista en el proyecto inicial de la nueva Sociedad, atribuían una importancia relativa a la insistente repetición de Marcelino: *Necesitamos Hermanos*. Por fin, terminaron por decirle: “Bueno, encárguese usted de los Hermanos, ya que

<sup>127</sup> El Hermano Juan Bautista sólo cita aquí a los principales responsables de la fundación de la Sociedad de María: Colin y Champagnat, dejando en el más completo olvido el papel desempeñado por Courveille.

<sup>128</sup> Ése será el principal objetivo de los Padres, siguiendo el ejemplo de san Francisco Regis, cuya vida leían en el refectorio en 1815 (OM 2, doc. 591 [7], pág. 398).

<sup>129</sup> Refiriéndose explícitamente al nombre de la Sociedad de María, el Padre Colin dirá en 1869. “ El nombre se lo debemos al señor Courveille “ (OM 3, documento 819 (6 a), pág. 218). Courveille, por su parte, confiesa que le había sido inspirado el 15 de agosto de 1812 en el Puy (cfr. OM 2, doc. 718 (5), pág. 580 ).

<sup>130</sup> Señor Cholleton, LPC 2, págs. 133-135.

<sup>131</sup> Los primeros contactos de Courveille con Déclas se producen precisamente en la época de los Cien Díaz (marzo a junio de 1815) (OM 2, doc. 591). Pero la difusión del proyecto no tuvo lugar hasta el comienzo del curso siguiente, en noviembre de 1815. El Hermano Juan Bautista reduce tan solo párrafo la elaboración de un proyecto que se va forjando progresivamente a lo largo de dos años (OM 2, doc. 718 (16) y doc. 750 (2) ).

<sup>132</sup> El texto latino se encuentra en OME, doc. 15 págs. 61-62. Traducción española en el 3, al final del capítulo.

<sup>133</sup> Lo que hoy conocemos por “capilla de Fourviere”.

<sup>134</sup> Las estadísticas de los Hermanos Maristas el año de la publicación de la biografía del Padre Champagnat (1856) señalan un total de 1556 maestros religiosos que educan, en 312 escuelas, a un total de 50 000 alumnos.

<sup>135</sup> Gn 22,17.

<sup>136</sup> Es evidente en el caso del Padre Colin que expresamente lo confirma (OM 3, doc. 820 (10), pág. 334). En su “Acta de dimisión”, en 1837, el Padre Champagnat consigna claramente que recibió de los demás el encargo de ocuparse de los Hermanos educadores (OME, doc. 152, pág. 339).

<sup>137</sup> Cuando el Hermano Juan Bautista escribe esta biografía, existen, efectivamente, Hermanos al servicio de los Padres misioneros en Oceanía. Pero entre los Padres se consideran misioneros incluso los que no han salido de Francia. Sobre este particular, sabemos que había Hermanos del Hermitage al servicio de los Padres en Belley y Lyon desde los tiempos del Padre CHAMPAGNAT.



suya es la idea.”<sup>138</sup> Aceptó gustoso esa misión y, desde entonces, todos sus anhelos, desvelos y trabajos se encaminaron a la fundación de esa obra.

El señor Champagnat, entregado totalmente a su santificación, a la ejecución de los proyectos emprendidos para gloria de Dios y a los estudios teológicos, veía que los años de seminario transcurrían rápidamente. Pero no le preocupaba qué sería de él después ni qué puesto iban a encomendarle. Se mantenía en total indiferencia respecto del cargo que iban a confiarle, abandonándose totalmente en manos de los superiores, a quienes consideraba como intérpretes de la voluntad de Dios sobre él. En cierta ocasión en que algunos compañeros manifestaban sus deseos de ser colocados en determinados puestos, añadiendo que estaban dispuestos si hacía falta a hacer todo lo posible ante los superiores para conseguirlos, les dijo: “Yo no lo haría nunca, pues, si pidiera un puesto y luego me encontrara problemas y contrariedades, me asaltaría el remordimiento de habérmelos buscado y de que, probablemente, no debía de ser ése el puesto en que Dios me quería. Mientras que, abandonándome a la Providencia y dejándome guiar por la obediencia, siempre estaré tranquilo, ya que estoy seguro de hallarme donde Dios quiere. Y siempre podré decirle: *Señor, tú me has confiado este puesto. De ti espero la ayuda y las gracias necesarias para reatizar e bien.*”

Un seminarista le manifestaba el deseo de que lo enviaran a una parroquia próxima al domicilio de sus padres para poder verlos a menudo y poderles ser de provecho. El señor Champagnat le dijo: “Un sacerdote debe ser como Melquisedec<sup>139</sup>, sin padres, es decir, que no debe ocuparse de ellos. No nos hemos hecho sacerdotes para ayudar a nuestra familia, añadió, sino para servir a la Iglesia y salvar almas. Si usted visita con frecuencia a sus padres y ellos vienen a verle demasiado a menudo, le estarán entreteniendo con sus asuntos temporales. Usted se interesará por ellos, le preocuparán, y esta preocupación irá debilitando su oración y su celo y le hará descuidar la dedicación a las funciones ministeriales. Además, esas relaviones no dejarán de provocar habladurías, escandalizar a sus feligreses y enajenarles su estima y confianza. Creo que el deseo de ser enviado junto a sus padres debería rechazarlo como una tentación si quiere ser sacerdote según el corazón de Dios.”

Con estos sentimientos y reflexiones se preparaba a la ordenación. El 6 de enero de 1814<sup>140</sup>, festividad de la Epifanía de Nuestro Señor, había recibido de manos de Su Eminencia el cardenal Fesch, arzobispo de Lyon, la tonsura clerical, las cuatro órdenes menores y el subdiaconado en la capilla del palacio arzobispal. Tenía entonces veinticuatro años, siete meses y diecisiete días. En adelante celebraría siempre esta fiesta con especial devoción, como agradecimiento por la gracia que Dios le había concedido al llamarle al sagrado ministerio del altar. Al año siguiente fue ordenado de diácono<sup>141</sup>.

Llegó por fin el día tan suspirado, para el que tan cuidadosamente se había preparado con largos años de estudio, oración y actos de virtud. El día que su humildad le hacía temer, pero que su amor por Jesucristo le hacía desear y esperar como el más grande y solemne de su vida; en definitiva, el día en que iba a participar del sacerdocio del Hijo de Dios y podría inmolar el Cordero sin mancha. Pasó en profundo retiro los ocho días que precedieron a esa fecha para

<sup>138</sup> El Padre Colin refiere en sus memorias: “Sin embargo, el señor Champagnat, coadjutor de Lavalla, se había dedicado a la fundación del Instituto de Hermanos Maristas. La idea de ese Instituto le corresponde a él exclusivamente. Él fue quien, recordando lo que le había costado instruirse, decía a sus compañeros del seminario mayor: Tenemos que fundar también Hermanos educadores” (OME, doc. 171, pág. 470).

<sup>139</sup> Gn 14, 16; Hch 7, 3.

<sup>140</sup> OME, doc. 10, pág. 47.

<sup>141</sup> Monseñor Simon, obispo de Grenoble, ordenó a los nuevos diáconos por hallarse el cardenal Fesch en París (OME, doc. 12, pág. 51 y ss.).

siempre memorable. Fue ordenado de sacerdote por Monseñor Luis Guillermo<sup>142</sup> Dubourg, obispo de Nueva Orleans, comisionado al efecto por Su Eminencia el cardenal Fesch<sup>143</sup>, el 22 de julio de 1816. veintisiete años y dos meses.

La mayoría<sup>144</sup> de los compañeros del grupo que el señor Champagnat había reunido<sup>145</sup> para fundar la Sociedad de María fueron ordenados con él. Antes de separarse para ir al lugar que la obediencia les iba a señalar, se comprometieron a trabajar y hacer cuanto estuviera en su mano<sup>146</sup> para realizar los planes que habían proyectado. Convinieron, pues, en escribirse con frecuencia para mantener la mutua unión y conservar e incrementar el espíritu que los animaba.

Antes de dejar Lyon, el señor Champagnat volvió a Nuestra Señora de Fourviere para consagrarse de nuevo a la Santísima Virgen y encomendarle su ministerio<sup>147</sup>. Después de la santa misa, postrado a los pies de la imagen de María, pronunció esta consagración<sup>148</sup> que él mismo había compuesto: *Virgen Santísima hacia ti como tesoro de la misericordia y canal de la gracia elevo mis manos suplicantes y te pido encarecidamente que me acojas bajo tu protección e intercedas por mí ante tu adorable Hijo, para que se digne otorgarme las gracias necesarias a un digno ministro del altar. Quiero trabajar bajo tu auspicio en la salvación de las almas. Nada puedo, Madre de misericordia. Nada puedo, pero tú lo puedes todo con tu intercesión. Virgen Santísima, pongo en ti mi confianza. Te ofrezco, te doy y consagro mi persona, trabajo y vida entera.*

## ANEXO 1

El señor Marcelino CHAMPAGNAT durante las vacaciones.  
Julian Épalle, de 89 años, y vecina suya, ofrece este testimonio:

“El señor Champagnat no solía salir de casa. Sólo se le veía fuera de ella junto a los enfermos a quienes consolaba con palabras -amables-, o en la iglesia, siempre en actitud edificante... En casa llevaba una sotana sencilla. Se amoldaba al régimen de comidas de sus padres, y nunca aceptaba nada en casa de otro. Ya entonces llevaba una vida de santo. Para complacer a mis padres, vecinos de los Champagnat, dedicaba diariamente unas horas a instruirnos. Yo, que era la mayor -tenía entonces 11 años-, recuerdo siempre la compostura del joven seminarista y los acertados consejos que nos daba en relación con los chicos, con nuestros padres y con Dios “ (CPO, fol. 309-310).

El hermanito de Juliana, Juan María, que tenía entonces quince meses y a quien Marcelino salvó de perecer ahogado, ofrece también, en 1889 su testimonio. Naturalmente, sólo de lo que había oído:

“¡Cuántas personas me han contado... Cuando estaba en Verrières, pasaba las vacaciones estudiando o trabajando en la granja. Todavía enseñan hoy la habitación sencilla donde pasaba

<sup>142</sup> Monseñor Dubourg aprovecha para hablar de la misión de Luisiana, y Philippe Janvier, uno de los que se preparaban para marista, se decide a partir a Estados Unidos (OM 4, pág. 302).

<sup>143</sup> Texto de autorización en OM 1, doc. 48.

<sup>144</sup> El autor dice “la mayoría”, porque algunos recibieron el mismo día el diaconado (OM 1, docs. 45 a 50 ).

<sup>145</sup> Parece que el grupo se constituyó más bien en torno a Courveille (OM 3, documento 798; 819 (10.11); 820(6-7); 845 (11); 892 (3).

<sup>146</sup> La peregrinación a Fourvière y, por consiguiente, la consagración a María tiene lugar al día siguiente de la ordenación es decir, el 23 de julio de 1816 (OME, doc. 15, págs. 58-64). Véase a continuación, anexo 3.

<sup>147</sup> Se trata de la Virgen Negra, que se encuentra sobre el altar. Esta imagen sustituyó, en el siglo XVII, a la antigua, quemada por las huestes del barón de Adrets durante el asedio de Lyon, en 1562.

<sup>148</sup> No se ha encontrado el original de este texto.

la mayor parte del día, y el muro de la huerta que él levanto. Nunca le vieron perder el tiempo charlando con la gente.”

“Los ancianos aún recuerdan conmovidos las piadosas instrucciones que les daba durante las vacaciones, estando en el seminario mayor. Y. sobre todo, el terror que les causaba cuando les sorprendía bailando,”(CPO, fol. 315).

## ANEXO 2

Celo del señor Marcelino Champagnat.

En su testimonio de 1889, Juliana Épalle declara asimismo: “El joven sacerdote se hallaba inflamado por el celo de la gloria de Dios. Desde la primera semana de vacaciones del seminario mayor, dijo a algunos vecinos del Rozet: "Si queréis, os daré la catequesis para mostraros cómo podeis vivir cristianamente." Su pequeña habitación se llenó de gente. Los domingos siguientes acudieron también de las aldeas de La Frache, La Faye, Écotay, Marconnire (Malcognière), Montaron, Allier (L'Allier), de modo que el cuarto se quedaba pequeño. Se ponía en la puerta y hablaba al auditorio que llenaba la habitación y otra estancia contigua. A pesar de ser tan joven, predicaba tan bien que jóvenes y mayores permanecían a menudo dos horas sin cansarse. Venían a escucharle muchos de los caseríos de Marlhès. Entre los oyentes estaba la Superiora de las Hermanas de San José” (CPO, fol. 309).

## ANEXO 3

Consagración de los futuros Maristas en Nuestra Señora de Fourvière.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Todo a mayor gloria de Dios y honor de María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

Nosotros, los infrascritos, queriendo trabajar en la mayor gloria de Dios y de María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, afirmamos y manifestamos que tenemos sincera intención y firme voluntad de consagrarnos, cuando llegue el momento oportuno, a la fundación de la piísima congregación de los Maristas. Por esta acta, rubricada por nosotros, nos comprometemos irrevocablemente a consagrar nuestras personas y cuanto tenemos, en cuanto nos sea posible, a la Sociedad de la bienaventurada Virgen María. Y contraemos este compromiso, no a la ligera, y como niños, ni por motivos terrenos o esperanza de interés temporal, sino seriamente, después de madura reflexión y de habernos asesorado y haberlo sopesado todo ante Dios, y tan sólo para gloria de Dios y honor de María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Para ello aceptamos todos los sacrificios, trabajos y sufrimientos y, hasta si fuera preciso, los mayores tormentos, confiados en aquel que nos conforta, Nuestro Señor Jesucristo, al cual prometemos fidelidad en el seno de nuestra Madre, la santa Iglesia católica y romana. Nos sometemos con todas nuestras fuerzas al santísimo jefe de la misma Iglesia, el romano Pontífice, y también a nuestro reverendísimo obispo ordinario, para que, alimentados por la palabra de la fe y la sana doctrina que por la gracia hemos recibido, seamos dignos ministros de Jesucristo.

Con la confianza de que bajo el pacífico y religioso gobierno de nuestro cristianísimo rey, se desarrolle esta excelente institución, prometemos solemnemente que ofrecemos nuestras personas y cuanto nos pertenece para salvar las almas por todos los medios posibles, en el nombre augustísimo de la Virgen María y bajo su protección. Salvo, no obstante, el juicio de los

superiores. "¡Alabada sea la santa e inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María! Así sea."

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**"Vida de José Benito Marcelino Champagnat"**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/a.brambila  
PRIMERA PARTE  
**CAPITULO IV**

*El señor Champagnat es nombrado coadjutor de Lavalla. Estado de la parroquia. Reglamento de vida. Respeto y docilidad al señor cura párroco. No emprende nada sin antes habérselo consultado. Trata de conocer la situación de sus feligreses y se esfuerza en ganar su confianza. Sus preferencias por los niños.*

Poco después de ser ordenado, el señor Champagnat<sup>149</sup> fue destinado como coadjutor a Lavalla<sup>150</sup>, parroquia populosa situada en el cantón de Saint-Chamond (Loira). Sin dilación se dirigió a su destino. Penetrado de sentimientos de humildad, al divisar el campanario de Lavalla<sup>151</sup>, se hinca de rodillas, pide a Dios perdón de sus faltas y le suplica que no sean obstáculo a la eficacia de su ministerio. Luego consagra a Jesús y María las almas que le han sido confiadas, rogándoles que bendigan sus trabajos y todo lo que emprenda para gloria de Dios y salvación de las almas.

La parroquia de Lavalla, situada en las laderas y gargantas de los montes Pila, es una de las más difíciles y duras para el apostolado. La población, de unas dos mil almas<sup>152</sup>, está diseminada en su mayoría en profundos valles o escarpadas montañas. Es imposible hacerse una idea exacta de la orografía de esta parroquia. Por dondequiera que se vaya, todo son subidas y bajadas, rocas y precipicios. Algunos caseríos, hundidos en las profundas gargantas del Pila, a hora y media de la iglesia parroquial, se hacían entonces casi inaccesibles por falta de caminos.

Los vecinos de Lavalla eran gente buena y muy creyente<sup>153</sup>, pero sencillos e ignorantes. Su ignorancia se debía a causas diversas, la principal de las cuales provenía de la

---

<sup>149</sup> El nombramiento del Padre Champagnat está fechado el 12 de agosto de 1816 (AAL, reg. de poderes, citado en OME, doc. 16, pág. 67).

<sup>150</sup> La ortografía actual es La Valla. El censo de 1820 le asigna 2423 habitantes. Bessat (con cerca de 350) formaba entonces parte de Lavalla, aunque se hallaba a ocho kilómetros.

<sup>151</sup> Una cruz roja, en la parte inferior del pueblo, en el punto en que confluyen los caminos de Marlhès y Saint-Chamond, señala el lugar tradicional de esta oración del Padre Champagnat (cfr. La historia de esta cruz apareció en L'Écho de La Valla-en-Gier, n.º 167, noviembre de 1927).

<sup>152</sup> Cuando Bessat accede a ser parroquia y municipio en 1830, el número de habitantes de Lavalla desciende a 2039 (censo de 1836). Cuando escribe el Hermano Juan Bautista, en 1856, la cifra asciende a 2269.

<sup>153</sup> Sobresalía el espíritu de austeridad. Por ejemplo, la familia Rivat, del Hermano Francisco, observaba minuciosamente no sólo la abstinencia, sino también el ayuno, especialmente a lo largo de la cuaresma (Notas manuscritas del señor David, sobrino del Hermano Francisco).

En cambio, en lugares más alejados de la iglesia, como Bessat, frecuentemente bloqueados por la nieve y con caminos en condiciones pésimas, se comprende que predominara la ignorancia, incluida la religiosa. El Padre Champagnat, en su carta al rey Luis Felipe, de fecha 28 de enero de 1834, escribe: "Enviado a una parroquia rural, lo que puede ver con mis propios ojos me hizo sentir más vivamente la importancia de formar algunos maestros" (LPC 1, documento 34, pág. 99).

orografía misma de la región: la mayor parte de sus habitantes se hallaban dispersos y perdidos en lugares alejados y de difícil acceso y rara vez acudían a la iglesia. El párroco, aunque lleno de buena voluntad, no tenía demasiadas simpatías. Un defecto en el habla le impedía instruir debidamente al pueblo, de modo que sus instrucciones resultaban aburridas y, por ello, poco eficaces para sus oyentes. Para colmo de males, no había maestro<sup>154</sup>. Ése era el panorama material y moral de la parroquia a la que llegó el señor Champagnat. Pero esta situación no le arredró. Puesta su confianza en la Providencia, empezó inmediatamente a roturar la parcela que le había sido encomendada. Antes de entrar en detalles acerca de su actividad, vamos a conocer el reglamento que se trazó en el retiro preparatorio a su ordenación sacerdotal y que siguió mientras fue coadjutor en Lavalla.

*“Señor todo cuanto hay en cielo y tierra te pertenece. también yo quiero ofrecerte como oblación voluntaria para hacer en todo tu santa voluntad y trabajar eficazmente en mi propia santificación y en la de las almas que me has encomendado. Para ello prometo ser fiel a lo que sigue:*

- 1.- Haré al menos media hora diaria de meditación y en cuanto me sea posible, al levantarme, antes de salir de la habitación.
- 2.- Nunca haré la meditación sin haber previsto el tema y sin haberme preparado bien.
- 3.- Nunca celebraré la santa misa sin haberme preparado antes al menos durante un cuarto de hora. También dedicaré un cuarto de hora, al menos, a la acción de gracias después de la misa.
- 4. Una vez al año leeré las rúbricas del misal<sup>155</sup>.
- 5. Haré una visita al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen a lo largo del día.
- 6. Cuando salga para ir a ver a un enfermo, o por cualquier otro asunto, visitaré también al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen. Asimismo al regreso, para agradecer a Dios las gracias que me conceda y pedirle perdón por las faltas en que haya podido incurrir.

<sup>154</sup>Véase nota 1 del cap. VII:

<sup>155</sup>El Padre Champagnat seguía el ejemplo del señor Gardette, rector del seminario mayor, que concedía gran importancia a la celebración digna de la liturgia. Para el conjunto del reglamento del Padre Champagnat, consultar A. BALKO, “La evolución espiritual de Marcelino Champagnat”, en BI XXX, número 217, pág 387 y ss. Traducción española en Marcelino Champagnat. Volviendo a las fuentes, pág. 83. Provincia Marista Norte, 1983.

- 7. No omitiré el examen de conciencia a la caída de la tarde.
- 8. Cuando en el examen advierta que he incurrido en maledicencia, me daré tres golpes de disciplina. E igual penitencia cuando haya sido vanidoso en mis palabras.
- 9. Diariamente dedicaré una hora al estudio de la teología.
- 10. No pronunciaré ninguna homilía sin haberla preparado anteriormente.
- 11. Recordaré siempre que llevo a Jesús en mi corazón.
- 12. En todos mis actos mantendré la presencia de Dios y pondré sumo cuidado en huir de la ligereza.
- 13. Pondré cuidado especial en adquirir la virtud de la mansedumbre. Y, para ganar más fácilmente al prójimo para Dios, trataré a todos con gran bondad
- 14. Una parte de la tarde la emplearé en visitar a los enfermos de la parroquia, si los hubiere.
- 15. Después de misa estaré a disposición de quienes quieran confesarse. El resto de la mañana lo dedicaré al estudio, si no me reclaman otras funciones de mi ministerio.
- 16. En cuanto a las comidas, los ocios y demás ejercicios del día, seguiré, en cuanto de mí dependa, el reglamento del seminario mayor.
- 17. Una vez al mes leeré este reglamento y estas resoluciones.
- 18. Cada vez que me dé cuenta de haber quebrantado algún punto relativo a los ejercicios de piedad, me disciplinaré, uniéndome así a los sufrimientos de Jesucristo. Con esta disciplina quiero hacer un acto de amor y de fe. Y suplicaré a María que haga grato a la Santísima Trinidad este acto insignificante.<sup>156</sup>

Para completar este programa añadiremos que se levantaba habitualmente a las cuatro. Hacía la meditación y pasaba a la iglesia para celebrar la santa misa<sup>157</sup>, a no ser que

---

<sup>156</sup>Es costumbre que transmitiré los Hermanos al prescribirles una hora diaria de estudio religioso (Regla de 1837, cap. II, art. 38 pág. 25).

<sup>157</sup>Desconocemos los horarios de misas de Lavalla. Sin embargo, tenemos conocimiento de los de Marlhés y se conserva un "Memorial de costumbres religiosas", , que indica que los domingos se celebra la primera misa al salir el sol (Archivos de la casa parroquial).

algún imprevisto le obligase a retrasarla. El día transcurría entre la oración, el estudio y las actividades propias de su ministerio. Salía poco, a no ser para visitar a los enfermos o practicar otras obras de caridad. Tomaba el recreo con el señor cura párroco y, si no podía, se ocupaba en el trabajo manual. Se acostaba ordinariamente entre nueve y diez de la noche.

En la diócesis de Lyon, los coadjutores acostumbran a vivir y alojarse en compañía del párroco. Hermosa costumbre que fomenta no poco la unión y caridad sacerdotales entre los clérigos de la misma parroquia. Sirvió de gran consuelo al señor Champagnat vivir continuamente con su párroco y tenerlo como guardián de su actuación, poder aprovecharse de su experiencia y formarse bajo su mirada y dirección en las sublimes funciones del ministerio sagrado. Siempre le profesó el respeto más profundo y la máxima adhesión, que manifestaba ante los feligreses cuando se presentaba ocasión. Nunca hizo nada sin consultarle ni emprendió obra alguna sin recabar su parecer y obtener consentimiento para sus proyectos. Estaba siempre disponible; siempre pronto para sustituirlo cuando había que llevar el viático a los enfermos que se encontraban en los caseríos más lejanos, o en las funciones más pesadas del sagrado ministerio. Pero puso particular empeño en granjearle la estima y el afecto de los feligreses. Siempre y en todo se ponía de su parte, sostenía su autoridad, justificaba su actuación ante la gente que lo censuraba. Incluso en los casos en que el párroco no tenía razón, sabía buscar disculpas dando hábilmente un giro favorable al asunto. Aunque a veces tenía motivos para quejarse de él, como veremos más adelante, jamás se apartó de esta línea de conducta. Permaneció siempre a su lado, dándole continuas muestras de respeto, sumisión y atenciones, siempre solícito en complacerlo y servirlo. Al llegar a Lavalla, el señor Champagnat se confió a él como a un padre y le rogó que no escatimase avisos y consejos, que tuviera a bien indicarle sus faltas y corregirle sus defectos.

El buen párroco, a su vez, recibió una preciosa ayuda en este delicado asunto. Pues, a pesar de sus buenas cualidades, tenía la deplorable costumbre de dejarse llevar de la bebida<sup>158</sup>. Desgraciadamente, esta debilidad, tan grave en un sacerdote, no podía pasar inadvertida, y el señor Champagnat, testigo del año que esto causaba al señor cura y del escándalo que producía en la parroquia, estaba profundamente afligido. Con respeto y caridad, tomó los medios que estaban a su alcance para detener el mal. Primero con fervorosas plegarias para conseguirle la gracia de que pudiera corregirse de tan grave defecto. Le hizo luego respetuosas advertencias y llegó incluso a privarse totalmente él mismo del vino para animarle con su ejemplo a la sobriedad. Si no consiguió corregirlo totalmente de su mala inclinación, al menos le cupo la satisfacción de preservarlo de numerosas faltas y hacerle evitar muchos excesos.

---

<sup>158</sup>Siguiendo las advertencias del Padre Favre, Superior General de los Padres Maristas (OM 2, doc 757, págs. 763-764) y las observaciones del señor Esteban Bedoin, párroco de Lavalla, desde la publicación del libro (AFM, 151/1, nota 1), este párrafo fue sustituido por el siguiente: "El mismo párroco recordaba más tarde el hecho, y añadía: el comportamiento del señor Champagnat era tan ejemplar e intachable, que a lo largo de los ocho años que lo tuve de coadjutor, y aunque estaba muy pendiente de él por darle gusto, nunca hallé el menor motivo para reprocharle de nada que se pudiera llamar falta. Muy al contrario, a menudo me vi en la obligación de moderar su pasión por el trabajo y su espíritu de mortificación. Si lo hubiera dejado, habría pasado gran parte de la noche embebido en el estudio o en la oración y se habría entregado a privaciones en la comida que hubieran repercutido en su salud. Son los dos únicos puntos en que tuve que llamarle la atención Y debo advertirle que no era de los beatos testarudos que sólo se fían de las débiles luces de su espíritu, sino que recibió siempre mis observaciones con respeto y absoluta sumisión."

Convencido de que para realizar el bien y ganar a los hombres para Dios hay que conseguir su afecto y cariño, el señor Champagnat se esforzó desde su llegada a Lavalla por ganarse la confianza de los vecinos de la parroquia. Su carácter alegre, franco y abierto, su aspecto sencillo, modesto, franco, bondadoso y noble a la vez, contribuyeron no poco a lograrlo. Al pasar por las calles, al tropezarse con alguien, tenía siempre una palabra amable, un cumplido o una palabra de consuelo, de aliento o de encomio. Campechano con todos en la conversación, sabía ponerse a la altura de su interlocutor y amoldarse a su modo de ser, ponerse en su lugar y compartir sus puntos de vista. Y cuando había preparado así su ánimo y su corazón<sup>159</sup>, concluía la charla con una palabra edificante, un buen consejo o una suave reprensión, según las circunstancias. Cuando se encontraba con niños, a menudo se detenía para dirigirles una palabra de aliento, acariciarlos, darles una estampa o preguntarles el catecismo.

Lleno de atenciones y miramientos para con los ancianos, de condescendencia y tolerancia con los jóvenes, de caridad y compasión con los pobres, de bondad y afabilidad con todo el mundo, se hacía todo para todos para hacerles atractiva la religión y ganarlos para Jesucristo<sup>160</sup>. Pero lo que más le ayudó a ganarse el afecto y la estima de los feligreses fue su comportamiento ejemplar, su virtud, piedad, regularidad y exactitud en el cumplimiento de sus deberes. Se hallaba siempre dispuesto y se mostraba siempre complaciente cuando se reclamaban sus servicios o lo llamaban a la iglesia o a la cabecera de los enfermos.

Ante todo, procuró conocer a fondo la idiosincrasia de los vecinos de Lavalla, su carácter, sus cualidades, vicios y defectos, los abusos y desórdenes que reinaban en la parroquia. Después de conocer suficientemente todo esto, se recogió ante Dios, preparó su plan de actuación y perfiló sus proyectos con suma prudencia para corregir los abusos, reformar las costumbres y hacer florecer la piedad y la virtud y hacer accesible su ministerio a todos para realizar el mayor bien posible. Como ya hemos insinuado, antes de emprender cualquier acción, procuró someter al párroco todos sus proyectos, escuchar su parecer, ponerse en todo de acuerdo con él y someter a su aprobación cuanto se proponía en bien de la parroquia. Es evidente que al obrar de este modo no hacía más que cumplir con su deber. Pero queremos subrayar que le gustaba de modo especial la sumisión, que profesaba profundo respeto a los superiores y que nunca proyectó ni llevó a cabo una obra guiado de su propio criterio, sino de acuerdo con las intenciones y la voluntad de aquéllos. Su consigna era que el celo, para que sea grato a Dios y provechoso al prójimo, debe estar guiado por la obediencia. Hubiera preferido abandonar un proyecto, dejar una obra buena antes que emprenderla contra la voluntad de los superiores o sin su conformidad.

Más aún: no contento con obtener la aprobación general de cuanto realizaba, seguía las insinuaciones y los consejos de los superiores en los detalles de su actuación,

<sup>159</sup>“Cuanto puedo decir del Padre Champagnat es que lo traté frecuentemente. Era un hombre incomparable: muy austero consigo mismo, llevaba cilicio. Austero También con los demás, pero siempre por el bien de ellos. Manso, afable y siempre de buen talante con todos. Era el Padre del municipio de Lavalla. Hizo un bien incalculable en la comarca. Todos le veneraban” (Jean François Badard, CPO, fol. 275) J. F. Badard era hermano del Hermano Bartolomé e hijo de Juan María, Sacristán.

<sup>160</sup>1Co 9, 21-22.



convencido de que ése era el medio más idóneo para purificar su celo, no dejarse llevar por motivos humanos y para atraer las bendiciones de Dios sobre su trabajo.

Los primeros beneficiarios de su celo fueron los niños<sup>161</sup>. Desde el día<sup>162</sup> de su llegada a Lavalla empezó a pensar en la fundación de los Hermanos. Mas, para no interrumpir la narración de esta obra tan importante, daremos antes a conocer lo que hizo por la parroquia.

Convencido de que los principios recibidos en la infancia conforman el resto de la vida, se preocupó ante todo de los niños, de darles un conocimiento sólido de los misterios y las verdades religiosas, de formarlos en la virtud y habituarlos a las prácticas cristianas de piedad. Se ofreció a dar la catequesis y lo hizo puntualmente todos los domingos. Y durante el invierno, casi a diario. Su modo de exposición era sencillo y coloquial. Primero preguntaba los contenidos y hacía que los aprendieran de memoria los que sabían leer y se los repetía a quienes no sabían. Luego, por medio de preguntas sencillas, les explicaba el sentido. Todos lo escuchaban con sumo gusto, pues tenía especial talento para cautivar la atención y hacer comprender cuanto enseñaba. Los ojos de su menudo auditorio estaban clavados en él sin pestañear, pues conseguía captar su interés y excitar su curiosidad por medio de comparaciones e historietas relativas al tema tratado. Para avivar la emulación planteaba a veces la misma pregunta a varios niños, o de forma distinta, y cuando habían respondido todos los que habían sido preguntados, destacaba la respuesta mejor y dirigía un pequeño elogio al interesado. Por lo demás, se cuidaba mucho de no poner en aprieto a los niños; al contrario, los ayudaba a encontrar la respuesta y, cuando los veía nerviosos, los animaba y sugería la respuesta.

Aunque era bondadoso y fácilmente asequible, mantenía una actitud digna y seria, tanto por el respeto debido a la palabra de Dios y a la santidad del lugar sagrado en que la impartía, como para mantener a los niños en silencio, recato y respeto debidos. Logró alcanzar tal ascendiente entre todos, que bastaba una palabra de censura o el más ligero castigo para contener a los más atrevidos y hacerse respetar por los demás<sup>163</sup>. Cierta día, un niño se permitió reírse y molestar a un compañero. Lo llamó y le mandó ponerse de rodillas en medio del presbiterio. El niño obedeció y se mantuvo de rodillas sin apenas moverse, con gran edificación de todos, y continuó en la misma postura e idéntico recogimiento y respeto una vez terminada la catequesis. Cuando todos sus compañeros se marcharon, el señor Champagnat, conmovido por semejante actitud, se le acercó, lo tomó suavemente del brazo para levantarlo, elogió su docilidad y lo invitó a irse.

La bondad que mostraba a los niños, el prestigio y la autoridad que se granjeó entre ellos y la atención que le prestaban causó tal impresión entre la gente que muy pronto se difundió por la parroquia que el nuevo coadjutor era un catequista consumado y un auténtico amigo de los niños. Rara vez se veía obligado a castigar; su método consistía

<sup>161</sup>Desde Finales de 1816, el señor Champagnat abre una escuela en Lavalla, en el caserío de Sardier: escuela mixta, de pago y confiada a un seglar (cfr. FMS, n.º 6, pág. 86, 1973).

<sup>162</sup>El Padre Bourdin es menos formal (cfr. OME, doc. 166 [1], pág. 437, nota 4).

<sup>163</sup>Cfr. AA., pág. 284.v

en estimular a los niños por el sentimiento, la emulación, las recompensas y los elogios oportunos. Los premios que daba consistían en estampas, máximas escritas, rosarios y cosas parecidas. Aunque estos objetos carecían de valor material, los apreciaban como perlas y quienes tenían la dicha de hacerse con uno de ellos, lo guardaban con cuidado.

Para que la catequesis resulte provechosa a los niños, hay que hacérsela amena. Eso lo consiguió a maravilla el señor Champagnat. Así tuvo la satisfacción de ver cómo los niños asistían con gran asiduidad a su catecismo. Ni el frío, ni la nieve, ni la lluvia... nada era capaz de arredrarlos cuando tenía que ir a la catequesis. Algunos se hallaban a una hora, hora y media y hasta dos horas de la iglesia: eso no era obstáculo para que llegasen siempre antes de empezar la catequesis, que comenzaba muy temprano. Sucedió a menudo que antes de amanecer ya se hallaban algunos a la puerta de la iglesia. En una ocasión unos niños, engañados por la claridad de la luna, salieron demasiado temprano, caminaron una legua y llegaron a la iglesia antes de que abrieran. Cuando poco después llegó el señor Champagnat, con su linterna en la mano, para celebrar la misa, quedó sorprendido al ver un grupo de personas a la puerta. Al acercarse y ver que se trataba de los niños de la catequesis, se sintió emocionado. Después les abrió la puerta y entraron con él. Al ver que se ponían de rodillas en un lugar expuesto a la corriente cuando se abría la puerta, bajó del altar para decirles que se acercaran y se colocasen en un lugar más conveniente. Terminada la misa, explicó como de costumbre el catecismo y elogió públicamente el entusiasmo y la asiduidad de aquellos niños para estímulo de los demás. Les recomendó, sin embargo, que no volvieran a salir de sus casas tan de mañana, no fuera a sucederles algún percance desagradable.

No limitaba su solicitud a los niños que se preparaban a la primera comunión. Instaba para que le enviasen a los más chicos. Pero previendo, con razón, que muchos padres, especialmente los que vivían lejos de la parroquia, desoyeran sus recomendaciones debido a un cariño exagerado para con sus hijos o por excesivo miedo a los accidentes que pudieran producirse, se valió de un nuevo recurso para atraer a esos niños a la catequesis. Prometió recompensar a quienes le trajeran a un niño pequeño. Esta piadosa estratagema alcanzó gran éxito. Desde el día siguiente varios niños acudieron gozosos y presurosos a la catequesis llevando quién a su hermanito, quién a su primito, aquél a un compañero o vecino con el compromiso de cuidarlo y devolverlo sano y salvo a su mamá. Las recompensas prometidas no se hicieron esperar; y la forma de entregarlas sirvió de estímulo para despertar en el corazón de todos el deseo de alcanzarlas trayendo a un amiguito.

Pronto la asistencia fue tan numerosa que la catequesis alcanzó a todos los niños de la parroquia. Sin duda que el celo del señor Champagnat se vio satisfecho. Dios quiso recompensárselo muy pronto: uno de los niños que se preparaba a la primera comunión<sup>164</sup> se presentó un día con su hermanito y solicitó la estampa prometida, que recibió inmediatamente. ¿Quién era aquel niño tímido, lleno de candor e inocencia, que

<sup>164</sup>Juan María, el penúltimo de los Rivat, nacido en 1805, cuya edad coincide con lo que aquí se cuenta.

acababan de presentarle? Se trataba de Gabriel Rivat, el futuro Hermano Francisco<sup>165</sup>, su inmediato sucesor al frente del Instituto.

Las catequesis del señor Champagnat eran tan interesantes que muy pronto llamaron la atención en la parroquia. También los mayores querían escucharlo, y acudían en masa los domingos. El nuevo auditorio lo obligó a modificar ligeramente el método de enseñanza. Después de explicar el texto de la lección del día, por medio de preguntas concisas, sencillas y al alcance de las inteligencias menos dotadas, sacaba algunas conclusiones morales y las aplicaba a la vida concreta. Exponía luego algunas consideraciones encaminadas a conmover el corazón y llevarlo a la práctica de la virtud. Cualquiera que fuese el tema de la catequesis, siempre sacaba aplicaciones prácticas para cada estado, edad y condición, de modo que hacía exclamar a los habitantes de Lavalla: “Tiene para todos; nadie sale sin haber recibido la respuesta adecuada.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

PRIMERA PARTE

**CAPITULO V**

*Marcelino Champagnat consigue renovar la parroquia por medio de sermones e instrucciones sencillas. Corrige los vicios y reforma los abusos. Solicitud y caridad para con los enfermos*

No fue menor el bien que hizo el señor Champagnat con los sermones<sup>166</sup> que con las catequesis. En el púlpito se mostraba vehemente. Todo en él era elocuente: el ademán, la actitud recatada y piadosa, el tono de voz, la palabra vibrante y animada; todo contribuía a impresionar y conmover a su auditorio. Nunca subía al púlpito sin haberse preparado con el estudio y la oración.

Empezó por pláticas breves. La primera se limitó a unas sencillas consideraciones. Sin embargo, dejó embelesados a sus oyentes. Al salir de la iglesia, éste era el comentario unánime: “Nunca hemos tenido un sacerdote que predicase tan bien como éste.” Al extenderse esta opinión y sentimiento por la parroquia, las familias procuraban enterarse de cuándo iba a predicar y acudían todos, de modo que la iglesia siempre se llenaba. El tema habitual de sus homilias era las verdades eternas, como la muerte, el juicio, el infierno, la gravedad del pecado, la necesidad de salvar el alma y la desgracia de perderla. Trató este tema con tanta vehemencia que en más de una ocasión arrancó sollozos entre sus oyentes e hizo reflexionar a los pecadores más empedernidos. Sus palabras, claras, llenas de viveza y unción, impresionaron los ánimos y conmovieron los corazones.

<sup>165</sup>Nos encontramos probablemente a finales de 1816 o comienzos de 1817. Gabriel, por consiguiente, tenía ocho años.

<sup>166</sup>Cfr. A. BALKO: “El Padre Champagnat en sus enseñanzas y sermones inéditos”, BI, n.º 215, 1972, págs. 73-86 y BI, n.º 166, 1957, págs. 453-468.

A las lágrimas seguía el arrepentimiento, el pesar de haber ofendido a Dios, el deseo sincero de reconciliarse con él y servirlo fielmente en lo sucesivo. Muy pronto se produjo en toda la parroquia una maravillosa transformación. Se reavivó la fe, volvió a florecer la oración, se frecuentaron de nuevo los sacramentos..., la renovación fue general. Pero los frutos más abundantes, preciosos y duraderos fueron conseguidos por las instrucciones del señor Champagnat a los mayores. Casi todos hicieron confesión general con sentimientos del más vivo dolor. Fueron numerosas las confesiones generales; los frutos, incalculables hasta el punto de que cambió la faz de la parroquia. Las conversiones iniciadas en sus homilías las completaba en el tribunal de la penitencia. Era indescriptible la ternura de su corazón para con los penitentes. Les hablaba con tanta dulzura, caridad y viveza que a menudo terminaban arrasados en lágrimas. Sus palabras tenían especial eficacia para inspirar horror al pecado, huida del vicio y estima de la virtud. “*Es de Rozet*<sup>167</sup>, decían; por eso sus palabras son suaves y agradables como las rosas.”

Sin embargo, estas exhortaciones, que ellos consideraban tan suaves, no pretendían halagar a los pecadores. Muy al contrario, movían el corazón al arrepentimiento, al horror al pecado, al deseo de liberarse de la culpa y a tomar la firme determinación de renunciar a ella para siempre. Y hemos de destacar que si todos los que se convirtieron perseveraron en la práctica de la virtud.

Antes de su llegada a Lavalla, algunos feligreses llevaban mucho tiempo sin confesarse. Gran número se limitaba a hacerlo por Pascua y a cumplir con sus deberes religiosos de tarde en tarde. El señor Champagnat tuvo la satisfacción de convertir a los primeros y de reanimar la fe de los demás. Les habló con tanta convicción y fuerza de los infinitos bienes que recibimos acercándonos a Jesucristo, y que nos transmite a través de los sacramentos, que muy pronto los confesonarios se vieron asediados y se cuadruplicaron las comuniones mensuales. Y como la mayoría de los feligreses acudía a él<sup>168</sup>, los sábados, domingos y fiestas litúrgicas más importantes se veía obligado a pasar en el confesonario hasta muy entrada la noche. Los Domingos y días festivos llegaba a la iglesia muy temprano. Y ya lo esperaba una multitud de penitentes. Se sentaba en el confesonario para atenderlos y no salía hasta las once para celebrar la misa cantada, seguida siempre de las vísperas<sup>169</sup>.

La costumbre de cantar las vísperas después de la misa mayor le sugirió la idea de implantar por la tarde un breve acto litúrgico para los vecinos de Lavalla y los que vivían cerca de la iglesia. Este ejercicio, aprobado por el señor párroco, consistía en el canto de completas, oración de la tarde y lectura espiritual, seguida de algunas reflexiones. Como el señor Champagnat ponía entusiasmo en todo, pronto casi todos los vecinos del pueblo asistían a este ejercicio. Las lecturas, exhortaciones y consideraciones sencillas, variadas y siempre emotivas, fueron probablemente el elemento que más contribuyó a formar en la piedad y en la virtud a gran número de fervorosos cristianos que fueron modelo y gloria de la parroquia. En esas pláticas familiares descendía a los más pequeños detalles de los deberes del cristiano y de las prácticas de piedad destinadas a santificar los actos ordinarios de cada día y hacerlos meritorios para el cielo. Veamos algunos ejemplos<sup>170</sup>:

<sup>167</sup>Los mapas actuales utilizan esta ortografía. En el Instituto se ha adoptado más bien la de Rosey.

<sup>168</sup>Testimonio con motivo del proceso de beatificación: “El Padre era un excelente confesor, muy estimado por los fieles. No creo que haya sido severo. Era más bien un buen padre, que lo hacía todo con serenidad y gran comprensión para con los pecadores” (cfr. Rvdo. D. Pedro Luis Mallaure, CPA, pág. 414).

<sup>169</sup>Los feligreses de los caseríos alejados no hubieran podido regresar a la iglesia por la tarde para celebrar esta hora del oficio.

<sup>170</sup>El Hermano Juan Bautista compone bastante libremente los sermones que va a citar. No conservamos el manuscrito correspondiente.

“Queridos hermanos, les decía un domingo, nos encontramos en la época de las faenas más duras del campo. Los días son largos; el calor, agobiante. Salís al trabajo muy de madrugada y no regresáis hasta entrada la noche. Os agotáis, sudáis todo el día. ¡Cuántos méritos podéis acumular para el cielo! ¡Qué gratos podéis ser a Dios y cuántas gracias podéis atraeros con sólo santificar esos actos y trabajos! Y ¿qué tenéis que hacer para eso? Ofrecérselos a Dios por la mañana; unir vuestros sufrimientos a los del divino Salvador. Antes de iniciar la jornada, y siempre que os acordéis a lo largo del día. ofreced a Dios vuestro trabajo diciendo: *Dios mío, quiero Realizar esto y soportarlo para hacer tu santísima voluntad, imitar a Jesucristo, reparar mis pecados y merecer tu gracia; para que me concedas el paraíso y bendigas a mis hijos y a cuanto me pertenece.* Queridos Hermanos, haciendo esto, seréis auténticos cristianos y verdaderos hijos de Dios; vuestros trabajos se transformarán en oración continua; vuestros pasos, acciones y sudores serán tenidos en cuenta y no quedarán sin recompensa.

¡Qué grato se hará ante Dios quien así obre! ¡Qué méritos acumulará para la eternidad! ¡Qué gloria y recompensa le aguardan en el cielo! Ahí tenéis, queridos hermanos, el gran secreto para asegurar la salvación, alcanzar la recompensa eterna y haceros santos sin demasiado esfuerzo. Pues es evidente que el cuidado de ofrecer a Dios las acciones y los trabajos, no va a volver más penosa vuestra tarea; al contrario, se os hará más llevadero el trabajo, pues lo hacéis por amor de Dios. Y Dios, que es Padre bondadoso, os ayudará, confortará y consolará, os bendecirá y concederá la prosperidad en este mundo. Y, sobre todo, gozaréis de paz espiritual y tendréis la firme esperanza de que estos días azarosos serán seguidos de un descanso sin fin, y los sufrimientos pasajeros, recompensados con la eterna felicidad.”

En otra ocasión les decía:

“Queridos hermanos, os invito a que aprovechéis las ocasiones que os presenten para hacer alguna mortificación. Nos hallamos en la época de la recolección. Tenéis los frutos ante los ojos, en vuestras manos. Absteneos de tomarlos fuera de las comidas. No hay falta alguna en comer una fruta. Pero privarse de ella por amor de Dios y con espíritu de penitencia constituye un excelente acto de mortificación. Éste y otros actos de virtud similares, que podéis hacer a diario, como sobrellevar los defectos del prójimo, moderarse al hablar para evitar las faltas de caridad, etc., aparte de contribuir a refrenar las pasiones y preservaros del pecado, atraerán sobre vosotros gracias abundantes, os harán acreedores a la protección de Dios y os asegurarán una gran recompensa. Las pequeñas mortificaciones y los actos de virtud, considerados aisladamente, parecen una insignificancia, pero en su conjunto constituyen un auténtico tesoro.

Si hacéis dos o tres cada día, al cabo del año supondrán varios centenares. Y al final de la vida, aunque vosotros los hayáis olvidado, Dios, que no los echa en saco roto, los tendrá en cuenta y serán tantos que no podréis contarlos. Aprovechar las ocasiones que se presentan de practicar la mortificación, es un modo seguro de santificaros calladamente, sin que nadie lo advierta, evitando así el riesgo de la vanidad.”

En otra ocasión hablaba así a las madres de familia:

“Claro que queréis mucho a vuestros hijos. Os gustaría que fueran buenos y merecedores de las bendiciones divinas. Os sentiríais dichosas si un ángel os anunciara *que vuestro hijo iba a llegar a ser santo.* Pues bien, de vosotras depende: será santo si queréis que lo sea. En efecto, si lo educáis desde la más tierna infancia la piedad, os aseguro, en nombre de Dios, que llegará a ser un predestinado. Me diréis que es difícil educar cristianamente a un hijo, que os encantaría poder dar una excelente educación a los vuestros, pero que no sabéis cómo hacerlo. Os equivocáis:

educar bien a un hijo es facilísimo para los padres. Lo vais a ver. Madres, ofreced diariamente a Dios el hijo que lleváis en brazos. Consagrádselo a la Santísima Virgen. Pedidle a la divina Madre que vuestro hijo sea bueno, que conserve su inocencia bautismal y se salve. De vez en cuando, acercaos al Santísimo Sacramento del altar para presentárselo a Nuestro Señor y pedid al divino Jesús, que tanto amó a los niños, que bendiga al vuestro y que le haga crecer en sabiduría y gracia como crece en edad<sup>171</sup>. Y cuando empiece a hablar, enseñadle a pronunciar los santos nombres de Jesús y de María, a rezar diariamente las oraciones por la mañana y por la tarde. Tenedlo cerca; evitad que se junte con malas compañías o vaya con quienes podrían escandalizarlo. Y dadle siempre buen ejemplo. Esforzaos por inspirarle extremo horror al pecado. Repetidle que cometer un pecado mortal es la mayor de las desgracias y que preferiríais ver quemarse vuestra casa a verle ofender a Dios. Habladle de la primera comunión y animadlo a que diariamente pida a Dios con alguna oración la gracia de hacerla bien. Los domingos, traedlo con vosotras a la iglesia, enseñadle a seguir la misa y asistir piadosamente a los actos litúrgicos como sabéis hacerlo. Ante todo, no dejéis de inspirarle una gran devoción a la Santísima Virgen. Acostumbradlo a dirigirle cada día alguna oración y a acudir a ella en todas sus necesidades con entera confianza. ¿Os parece difícil cuanto acabo de deciros? Seguramente que no. Pues es suficiente para educar cristianamente a vuestros hijos y asegurar su salvación. Un niño así educado no puede perderse. No, no, la Santísima Virgen no permitirá que se condene un alma que le ha sido consagrada con frecuencia; y si llega a descarriarse en algún momento de su vida, ella encontrará el medio de traerla al camino de salvación. Nuestro Señor no puede consentir que se extravíe y pierda su amistad y el cielo un niño para el que tantas veces se pidió su bendición. Se cuenta en el Evangelio que el divino Salvador tomó un día en sus rodillas a un niño, lo abrazó y lo bendijo. Pues bien, se dice que ese niño era san Marcial. La sola bendición de Jesús fue suficiente para lograr su salvación y hacerlo santo. ¡Cómo podéis dudar de la salvación de vuestro hijo si Jesús lo bendice a diario! No, no es posible. ¡Un niño que ha sido ofrecido a menudo a Jesús y María no puede condenarse!

Estas reflexiones causaron profunda impresión y al domingo siguiente se veía llegar a los padres acompañados de sus hijos pequeños y a las madres, de sus hijas.

Otras veces atacaba con vehemencia en sus pláticas familiares u homilías los vicios, abusos y desórdenes más corrientes en la parroquia. La embriaguez, el baile, las reuniones nocturnas, el juramento, la blasfemia y la lectura de libros perniciosos fueron objeto de sus invectivas. Un medio muy eficaz que su celo le sugirió para acabar con las reuniones nocturnas y los bailes<sup>172</sup> que se organizaban en los caseríos en determinadas épocas del año, fue el ir a dar la catequesis al lugar donde precisamente se celebraban dichas reuniones. Cuando se enteraba de que iba a organizarse una velada (tenía gente comisionada para informarle), anunciaba desde el púlpito que iría a dar la catequesis al caserío en cuestión. El solo anuncio bastaba en la mayoría de los casos para impedir la reunión, pues era muy respetado y temido. Un día, a su regreso de la iglesia, donde había permanecido confesando hasta muy entrada la noche, en vez de sentarse a cenar, dijo al Hermano que lo acompañaba:

-Me voy.

-¿Adónde va, a estas horas, Padre?

-Voy a ver a un enfermo.

<sup>171</sup>Lc 2, 52.

<sup>172</sup>Por entonces no sólo el clero se oponía a la vals. El 8 de julio de 1807 leemos en el Diario de París: "Hace tiempo que los padres, las madres y todas las personas sensatas levantan su voz contra el vals. J.J. Rousseau dijo que jamás consentiría a su hija o su mujer bailar el vals. Ningún baile, como éste, llega a hacer perder la cabeza a las mujeres y a encender sus pasiones".

El Padre CHAMPAGNAT, evidentemente, compartía las ideas de su tiempo. Desencadenó la campaña contra el baile en Lavalla (cfr. P. ZIND, Siguiendo las huellas del P. CHAMPAGNAT, vol. 1, pág. 59).

-Antes tendrá que cenar.

-No, no tengo tiempo.

Y como ya se disponía a salir, el Hermano se ofreció a acompañarlo. Él aceptó. El enfermo no estaba en peligro. Pero otro era el objetivo del señor Champagnat. Al volver de la iglesia, se enteró de que habían organizado baile en varios caseríos, pues era tiempo de carnaval. En el primero de ellos sorprendió a un grupo muy numeroso. Las canciones y el baile se hallaban en pleno apogeo. Después de quedarse a la puerta escuchando un instante, abre, entra bruscamente y, sin pronunciar palabra, se queda mirando severamente al grupo. Inmediatamente dejan de cantar y el baile se detiene.

Los que estaban sentados se ponen en pie y bailarines y espectadores se quedan estupefactos. Luego, desordenadamente se precipitan hacia puertas y ventanas para zafarse y huir de su mirada. Algunos, no pudiendo escapar rápidamente por la aglomeración, se echan al suelo y se esconden bajo las mesas. Sólo la propietaria de la casa se presenta instantes después y, con lágrimas en los ojos y las manos juntas, le pide disculpas diciendo que era la primera vez y que sería la última. El señor Champagnat le responde con el tono firme que le era tan natural: "¿Y a la primera se deja usted sorprender?"

Se dirigió luego a otras aldeas, y en una de ellas halló otro baile, que terminó como el primero. El regreso a Lavalla fue difícil, pues la noche era muy oscura, y malos y helados los caminos. Afortunadamente llevaba un bastón con el que podía tantear el camino, lo que no le impidió caer varias veces. Cuando llegó a casa, eran más de las doce. Y, como quería celebrar la santa misa, fue a acostarse en ayunas después de calentarse un poco<sup>173</sup>.

En otra ocasión se enteró de que por la noche iban a organizar un baile en un caserío muy apartado de la parroquia y se decidió a ir allá para impedirlo. Después de la oración de la noche y de haber señalado a la reducida comunidad el tema de meditación del día siguiente, dijo a un Hermano: "Me voy. Acompañeme."

Lo acompañé, cuenta el buen Hermano. Y, aunque siempre me resultaba grato hacerlo, esta vez sólo a medias me satisfizo. El tiempo era infernal; caía una lluvia fría y helada y la noche era oscura como boca de lobo. Después de seguir un estrecho sendero por la ladera de la montaña durante un buen trecho, caí en un precipicio del que no podía salir. Por más que el señor Champagnat me indicaba formas de salir de aquel atolladero, no lo pude conseguir. Entonces bajó él mismo al hoyo en que me hallaba, me localizó entre las zarzas y después de ímprobos esfuerzos consiguió sacarme de allí y volverme al camino. Cuando llegamos cerca de la aldea, algunas personas advirtieron nuestra presencia; los ladridos de los perros dieron la alarma y la reunión se disolvió enseguida. El señor Champagnat dio media vuelta y comentó: "Alegrémonos, Hermano, por haber evitado que Dios sea ofendido. San Juan Francisco Regis afirmaba que se habría sentido feliz y bien pagado de cuanto había sufrido a lo largo de su vida recorriendo los pueblos, si con todos sus trabajos, esfuerzos y sufrimientos hubiera podido evitar un solo pecado mortal. ¿Cómo vamos a quejarnos nosotros por habernos mojado, haber tropezado varias veces contra las piedras y haber caído por torpeza en un hoyo y habernos arañado las manos? Más bien hemos de agradecer a Dios que nos ha otorgado la gracia de sufrir<sup>174</sup> algo por él y de haber sido útiles al prójimo."

<sup>173</sup>La ley del ayuno eucarístico no permitía tomar ni una gota de agua desde la media noche anterior.

<sup>174</sup>Hch, 5, 41.

Tronó desde el púlpito con tanta vehemencia contra estos desórdenes, trabajó tanto con los jóvenes y con sus padres que consiguió acabar totalmente con estas reuniones nocturnas.

Otro de los vicios que más le costó desarraigar fue la embriaguez. A fuerza de ruegos y consejos y de amenazar con los castigos de Dios, consiguió también eliminarla. Las cantinas, hasta entonces abarrotadas por la noche, se quedaron vacías y nadie se atrevía a entrar a comprar ni siquiera durante el día. Cuando no conseguía cortar los abusos o corregir cualquier otro vicio con las exhortaciones desde el púlpito, iba personalmente al encuentro de los interesados a sus propias casas y les suplicaba, rogaba e incluso amenazaba hasta arrancarles el propósito de cambiar de conducta.

Se propuso también purgar la parroquia de malos libros, y lo consiguió. Se destruyeron todos los malos libros y fueron reemplazados por obras excelentes de religión y de piedad<sup>175</sup>.

Fundó una biblioteca para proporcionar buenos libros a quienes tenían afición a la lectura. Se encargó personalmente de distribuir los libros a los jóvenes para tener ocasión de darles buenos consejos, orientarlos en la lectura y mantenerlos en la piedad y la práctica de la virtud. Montar esta biblioteca le exigió sacrificios. Pero cuando se trataba de hacer el bien o de evitar el mal, nunca reparaba en lo que pudiera costarle y entregaba con gusto cuanto tenía. En sus giras y visitas parroquiales conseguía hábilmente que la gente le enseñara los libros que guardaba en sus casas. Si encontraba alguno malo o sospechoso, se lo llevaba. En cierta ocasión reunió tal cantidad que pudo mantener encendida la estufa de su habitación más de un día entero. No sólo se contentaba con prestar libros, con frecuencia los regalaba. Y, al entregárselos al jefe de la casa, lo animaba a leerlos o a que los leyeran en familia. A veces él mismo leía unos párrafos delante de todos y añadía en forma de conversación una sencilla explicación de acuerdo con el tiempo y las circunstancias.

Pero lo que le resultó más penoso y donde su celo resplandeció con mayor esplendor fue quizá la visita a los enfermos y el afán por administrarles los sacramentos. Estaba siempre disponible, de día y de noche, para acudir a donde lo llamaran. A veces, ni siquiera esperaba a que vinieran a buscarlo. Cuando se enteraba de que había un enfermo, iba a visitarlo. Nada le arredraba, ni las inclemencias del tiempo, ni la lluvia, ni la nieve cuando había que llevar los consuelos de la religión a un enfermo.

Durante el invierno de 1820, le comunicaron que una pobre anciana se moría sin confesión porque el tiempo era malísimo y había tal cantidad de nieve que el párroco no se atrevía a ir a verla. El tiempo era realmente horrible y nadie se atrevía a salir de casa. Un viento a ráfagas arrastraba torbellinos de nieve tan densos que no se alcanzaba a ver más allá de cinco metros y había borrado todo rastro de camino. El señor Champagnat, impertérrito ante los peligros que iba a correr, sale al punto y va a confesar a la enferma que se encontraba a unas dos leguas<sup>176</sup> de Lavalla. Fue una dicha para ella, pues murió a poco de ser administrada. "Nunca vi al señor Champagnat tan satisfecho y alegre como ese día, refiere el Hermano que recuerda el hecho. No acababa de dar gracias a Dios por haber llegado a tiempo de llevar a esa mujer el consuelo de los últimos sacramentos. Pero al mismo tiempo le agradecía también por haberle librado del peligro, ya que, en verdad, se había asustado ante el enorme riesgo que corrió. Luego, como bromeando, decía: "Si Dios no hubiera estado con nosotros, si no nos hubiera ayudado, no lo habríamos conseguido."

<sup>175</sup>Esta época se distinguió por una intensa difusión, a través de buhoneros, de las obras de los filósofos, en especial de Voltaire. Con frecuencia, durante las misiones populares, se dedicaba un día a la quema de libros nocivo.

<sup>176</sup>Esta observación nos autoriza a pensar que se trata de la parroquia de Tarentaise.



En otra ocasión, el sacristán<sup>177</sup>, hombre robusto y de fuerte constitución, a causa del mal tiempo que hacía, se negaba a acompañarlo para llevar el viático a un enfermo: "Ánimo, amigo mío, le dijo el señor Champagnat, Dios nos ayudará." Buena falta les hacía, efectivamente, y pronto iba a comprobarlo el pobre sacristán. El suelo estaba cubierto de varios palmos de nieve. Los caminos habían desaparecido, de modo que era de todo punto imposible distinguirlos. El sacristán, a pesar de conocer bien la región, se confundió y fue a caer en una acequia llena de agua de donde no habría salido de no ser con la ayuda del señor Champagnat. Ya fuera de peligro, le rogó que no divulgara el percance. De regreso a casa, se metió inmediatamente en cama para entrar en calor y evitar una enfermedad. El señor Champagnat, temiendo que el incidente pudiera tener desagradables consecuencias para la salud del buen hombre, fue a visitarlo poco después. Al verlo en cama, le dijo riendo:

-¿Qué le ha pasado? ¡Si hace apenas unas horas le dejé en perfecto estado de salud!

-Déjese de disimulos, respondió el sacristán. Creyendo que no podría guardar el secreto, lo he contado todo. Ruegue por mí para que no enferme a causa del chapuzón. Me prometió usted que Dios me ayudaría, y ya ve, me he mojado de pies a cabeza.

-Y se lo vuelvo a repetir, le respondió el señor Champagnat; no tema, Dios lo protegerá; y si le ha hecho pasar por agua, ahora le hará pasar por el fuego<sup>178</sup> que todo lo cura.

En cuanto lo llamaban para asistir a cualquier enfermo, el señor Champagnat dejaba toda ocupación para volar en su auxilio y se apresuraba para llegar a tiempo. "En tales circunstancias, dice ingenuamente alguien que hablaba por experiencia, si el sacristán era un hombre robusto y de fuerte constitución, podía seguirlo, aunque sus sudores le costaba. Pero cuando el que le acompañaba era un muchacho de quince o dieciséis años, como a veces sucedía, el pobre chico quedaba baldado."

Después de haber administrado al enfermo, solía aprovechar la ocasión para dirigir a los presentes una corta pero conmovedora plática sobre la necesidad de prepararse a bien morir, sobre la caducidad de las cosas de aquí abajo o sobre otro tema relacionado con el tiempo y las circunstancias. En más de una ocasión, los pecadores se sintieron tan conmovidos por sus emotivas exhortaciones que se convirtieron y pidieron confesarse.

No se conformaba con visitar una o dos veces a los enfermos para confesarlos, sino que lo hacía a menudo para prepararlos a la muerte y para inspirarles sentimientos adecuados a su situación. Como era tan bueno y hablaba siempre de Dios con mucha unción, sus palabras y su presencia suponían un motivo de consuelo para los enfermos.

Un día salió a las cinco de la madrugada para confesar a los enfermos y prepararlos al cumplimiento pascual. Después de confesar a todos los del barrio, dedicó el resto del día a recorrer los caseríos en busca de los que aún no se habían confesado. Si no los encontraba en casa, iba a buscarlos al campo o al monte. Les hablaba con tal mansedumbre y les animaba con tales palabras, manifiesta el Hermano que lo acompañaba, que nadie rechazó sus ruegos y

<sup>177</sup>Sin duda, Juan María Badard, padre del Hermano Bartolomé. Al nacer Bartolomé (1804) se le llama "fabricante de clavos". Pero más tarde (1808, 1817, 1825) figura en los registros de Estado Civil como "monaguillo (sacristán) de la parroquia". El hermano pequeño de Bartolomé, Juan Francisco, dio su testimonio en 1886, y cuenta este mismo caso referido a su padre: "Caí en una poza ("boutasse") helada, pero no tuvo consecuencias... Por entonces mi padre era sacristán" (cfr. Jean-Francois Badard, CPO, fol. 276).

<sup>178</sup>Sal 66, 12.

súplicas. Al contrario, todos le prometieron ir a su despacho y así lo hicieron. Al día siguiente y en los sucesivos fue a otro lugar de la parroquia para repetir lo mismo con los enfermos y pecadores empedernidos.

57

También eran frecuentes sus desplazamientos para restablecer la paz y concordia entre familias o vecinos. Como se había ganado la confianza y el aprecio de todo el mundo, con gusto lo tomaban como árbitro de las diferencias que surgían en la parroquia. ¡Cuántas veces restableció la armonía familiar, reconcilió a los enemigos, corrigió o terminó con viejas rencillas y devolvió al cumplimiento del deber a quienes se quejaban de su párroco so pretexto de no estar de acuerdo con su forma de obrar! Su espíritu conciliador, su carácter alegre, sus ademanes sencillos, suaves y afables le ganaban la simpatía de todos, y tanto los buenos como los malos lo querían y recibían gustosos, o al menos sin gran dificultad, sus advertencias y consejos, y hasta sus reprimendas.

Tenía el don, poco frecuente, de agradar hasta cuando corregía<sup>179</sup>. Como el hábil médico que, al tener que recetar medicinas desagradables, las endulza lo más posible, así él daba siempre un giro positivo a sus reproches con una palabra de disculpa, de elogio o de aliento. De este modo consiguió que la gente aceptase los propios errores y las consecuencias del mal obrar, sin sentirse herida en su amor propio.

En sus correrías se encontró un domingo a un hombre que estaba afilando su guadaña. Le recordó que ese trabajo, por ser servil, no estaba permitido en aquel día. El buen hombre dejó al punto su trabajo y ya se disponía a retirarse, cuando el señor Champagnat, para suavizar el reproche, le dijo:

-Amigo mío, seguramente no sabía usted que obraba mal y estoy convencido de que, si supiera que cometía una falta, no hubiera hecho ese trabajo.

-Desde luego que no, le respondió el buen aldeano, encantado de modales tan delicados. Y le aseguro que no volveré a hacerlo.

Cuando regresaba de esa fatigosa correrías, se hallaba, de ordinario, empapado de sudor y agotado de cansancio. Sin embargo, en lugar de descansar, se ponía inmediatamente al trabajo sin tomar siquiera un refrigerio. Tampoco solía aceptar nada en casa de los vecinos, a no ser por necesidad o por razones poderosas.

De su fatigas y trabajos y de lo que tuvo que sufrir a lo largo de los ocho años que estuvo como coadjutor al servicio de la parroquia de Lavalla, nos da idea exacta una frase que dejó escapar en cierta ocasión. Pasando más tarde con uno de sus íntimos amigos por los montes de Pila, al atravesar la demarcación de la parroquia, echó una ojeada sobre la comarca que había cruzado en todos los sentidos, y deteniéndose de pronto, exclamó: “¡Cuántos pasos he dado por estos montes! ¡Cuántas camisas he empapado por estos lugares! Creo que si pudiera reunir el sudor que he vertido en mis correrías por estos valles, tendría suficiente para tomar un baño!” Y añadió: “Pero si he sudado tanto, también me queda la grata satisfacción de que, gracias a Dios, ningún enfermo se murió sin que llegara a tiempo para atenderlo en sus últimos instantes. Ése es para mí uno de mis mayores consuelos.”

<sup>179</sup>Carta del P. Champagnat al Hermano Dominique, de 23 de noviembre de 1834 (LPC 1, doc. 49, pág. 128, y comentarios en BI, n.º 216, de 1974, pág. 231) (VF, pág. 155 y ss.)

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO VI**

*El señor Champagnat funda el Instituto de los Hermanos de María. Vocación de los primeros discípulos. Reglamento que les dio*

Los trabajos de su ministerio sacerdotal y los frutos de salvación que conseguía en las almas, no habían logrado quitar del pensamiento del señor Champagnat el proyecto de fundación de los Hermanos. La idea lo obsesionaba a todas horas: en medio de las más absorbentes ocupaciones, en sus correrías y en las visitas a la gente del campo, que encontró sumida en la más crasa ignorancia, en las catequesis que daba a los niños, en su oración y hasta en el altar durante el augusto sacrificio de la misa. En sus coloquios con Dios no cesaba de confiarle su proyecto. Le decía a menudo: "Aquí me tienes, Señor, para hacer tu santa voluntad."<sup>180</sup> Otras veces, por miedo de ser víctima de alguna ilusión, exclamaba: "Dios mío, si esta idea no procede de ti y no va a redundar en tu gloria y en la salvación de las almas, apártala de mí."<sup>181</sup>

Esta incertidumbre, consecuencia de su profunda humildad, no le impidió comenzar su proyecto. Desde el primer día<sup>182</sup> de su llegada a Lavalla, se había fijado en un joven para convertirlo en el primer miembro de la Sociedad que pensaba fundar. Este muchacho vino una noche a buscarlo para que fuera a confesar a un enfermo. El señor Champagnat aprovechó la oportunidad para hablarle de Dios y de la fugacidad de las cosas terrenas con el fin de animarlo a la práctica de la virtud y sondear sus disposiciones respecto al estado de vida que pensaba seguir. Quedó tan entusiasmado de sus respuestas y de los excelentes sentimientos que lo animaban, que a la mañana siguiente se presentó en su casa<sup>183</sup> y le llevó *el Manual del cristiano*<sup>184</sup>.

Como Juan María Granjon-era el nombre del joven- rehusara aceptarlo, alegando que no sabía leer, le dijo el señor Champagnat: "Aún así, tómallo. Te servirá de método de lectura y, si te parece, yo mismo te enseñaré a leer." Poco después lo invitó a que viniera a residir a Lavalla para tener oportunidad de seguirlo de cerca y darle lecciones con mayor asiduidad. Juan María Granjon vino, pues, a vivir cerca de la iglesia y, bajo la dirección del señor Champagnat, no sólo aprendió a leer y escribir, sino que pronto se convirtió en modelo de piedad y virtud para toda la parroquia.

---

<sup>180</sup> 1.- Sal 39, 9; Hb 10, 9.

<sup>181</sup> 2.- Tuvo certeza moral de la necesidad de fundar la Sociedad de los Hermanos y, con motivo de su dimisión, en 1837 (OME, doc. 152, pág. 339), recordará que había recibido de los demás futuros maristas la misión de encargarse de la rama de los Hermanos.

<sup>182</sup> 3.- Por segunda vez utiliza el autor la expresión "primer día" (cfr. nota 14 del cap. IV).

<sup>183</sup> 4.- El Padre Bourdin dice a este respecto: "El primer domingo de octubre, él (Hermano Juan María)-muy buena persona- vino a buscarlo para atender a un enfermo de La Rive (aldea de Lavalla); allí lo conoció" (OME, doc. 166 [1], página 437). También LPC 2, pág. 300.

<sup>184</sup> 1.- Sal 39, 9; Hb 10, 9.

Así estaban las cosas cuando un acontecimiento, sin duda providencial, vino a acabar con las vacilaciones del señor Champagnat y a decidirlo a no dilatar por más tiempo la fundación de los Hermanos .

Un día lo llamaron para confesar a un niño enfermo<sup>185</sup> y, según su costumbre, se puso inmediatamente en camino. Antes de confesar al muchacho, le hizo algunas preguntas para saber si tenía las disposiciones necesarias para recibir los sacramentos. ¡Cuál no fue su sorpresa al comprobar que ignoraba los principales misterios y que ni siquiera tenía noción de la existencia de Dios! Profundamente afligido al encontrar a un niño de doce años<sup>186</sup> en tan absoluta ignorancia, y asustado al verlo morir en esta situación, se sentó a su lado para enseñarle las verdades y los misterios fundamentales de la salvación. Dos horas empleó en instruirlo y confesarlo y sólo con gran esfuerzo consiguió enseñarle lo indispensable, pues el niño estaba tan enfermo que apenas comprendía lo que le estaba diciendo. Después de confesarlo y haberle sugerido actos de amor de Dios y contrición para disponer lo a bien morir, lo dejó para atender a otro enfermo que se hallaba en la casa vecina. Al salir, quiso saber cómo se encontraba el muchacho. "Falleció poco después de dejarlo usted" dijeron sus padres sollozando.

Un sentimiento de alegría por haber llegado tan oportunamente se mezcló en su alma con otro de temor al comprobar el peligro que había corrido el pobre chico al que acababa de librar quizá de condenarse. Regresó embebido en estos pensamientos y repitiendo en su interior: "¡Cuántos niños se encontrarán a diario en la misma situación y correrán los mismos riesgos por no tener a nadie que les enseñe las verdades de la fe! "Y la idea de fundar una Sociedad de Hermanos, dedicados a impedir este peligro por medio de la educación cristiana, se hizo en él tan obsesiva que fue a buscar a Juan María Granjon y le expuso sus planes. Después de ponderarle el bien que el proyectado Instituto estaba destinado a realizar, le preguntó si estaría dispuesto a formar parte de él para dedicarse a la educación de los niños. El joven, que le había seguido con suma atención, le respondió: "Estoy en sus manos. Haga de mí lo que quiera. Me consideraré inmensamente feliz de poder consagrar mis fuerzas y salud e incluso la vida a la instrucción cristiana de los niños, si considera que sirvo para eso." Encantado y edificado por esta respuesta, el señor Champagnat le dijo: "¡Animo! Dios te bendecirá y la Santísima Virgen te enviará compañeros." La promesa no tardó en cumplirse, y el sábado<sup>187</sup> de la misma semana vino otro muchacho a compartir la misma vida.

Juan Bautista Audras<sup>188</sup>, muchacho de inocencia y pureza angelicales, se encuentra un día con el libro *Piénsalo bien* y lo lee con avidez. La lectura le llena los ojos de lágrimas y decide salvar su alma a toda costa. Con estos sentimientos se arrodilla y pide a Dios que le inspire lo que debe hacer para servirle perfectamente. Al levantarse, está decidido a abandonar el mundo y entrar en la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Después de madurar esa resolución durante unos días se la comunica a sus padres, que no le hacen caso y toman sus deseos como una veleidad infantil<sup>189</sup>. Transcurrieron varios meses y su decisión de abrazar el estado religioso se iba consolidando. Un domingo salió de casa muy temprano y se fue a oír

<sup>185</sup> 6.- Juan Bautista Montagne, que vivía en Les Palais, más allá de Bessat (OM, 4, pág. 220).

<sup>186</sup> 7.- El Hermano Francisco, en una conferencia, alude al joven moribundo, cuya muerte va a decidir al Padre Champagnat; pero le atribuye la edad 17 años. Este adolescente, Juan Bautista Montagne, nació el 20 de floreal del año 8 (= 10 de mayo de 1800) y murió el 28 de octubre de 1816. Tenía, pues, 16 años y medio (cfr. Registro de la catolicidad de Lavalla).

<sup>187</sup> 8.- El primer sábado siguiente al 28 de octubre de 1816 fue el 2 de noviembre.

<sup>188</sup> 9.- LPC 2, págs. 339-340 y CM II, págs. 25-54

<sup>189</sup> 10.- Nacido el 2 de mesidor del año 10(= 21 de junio de 1802). Tiene por entonces 14 años y medio (OM 4, pág. 189).

misa a la parroquia de San Pedro de Saint-Chamond. Luego se dirige a casa de los Hermanos<sup>190</sup> y pide hablar con el Hermano Director, le comunica su proyecto y le ruega que le ayude a realizarlo escribiendo al Superior General del Instituto. El Hermano Director, conmovido por tan magnífica disposición, lo anima en su deseo, pero le dice que aún es demasiado joven para ser admitido en el noviciado<sup>191</sup>. Lo invita a encomendar a Dios su vocación y consultar al confesor asunto de tal trascendencia. Las palabras del buen Hermano lo dejaron poco satisfecho. Si por un lado se vio colmado de gozo al ver confirmado su propósito de abandonar el mundo y recibir la promesa de ser admitido en los Hermanos de las Escuelas Cristianas, por otro se sintió apenado al verse obligado a tener que esperar aún algún tiempo.

Sin embargo, la docilidad en seguir cuanto se le indicaba le obtuvo la gracia de realizar su deseo antes de lo que pensaba. Al sábado siguiente fue a confesarse con el señor Champagnat y le dio a conocer sus sentimientos y el trámite llevado a cabo a espaldas de sus padres para ingresar en los Hermanos, así como el resultado obtenido. Después de haberlo escuchado y de haber examinado los motivos de su vocación, el señor Champagnat creyó ver en él la segunda piedra del edificio que se proponía levantar. En realidad fue la primera, pues veremos más adelante que el otro joven no perseveró. Sin embargo, no creyó oportuno darle a conocer entonces sus intenciones. Se contentó con animarlo a perseverar en su propósito de Hacerse Hermano e invitarlo a orar fervorosamente para conocer los designios de Dios sobre él. Habiendo observado que el joven Audras lo escuchaba con gran atención, se recogió un instante para discernir ante Dios lo que debía aconsejarle. En ese momento sintió como una voz interior que le decía: "He preparado este chico, te lo envío para que hagas de él el cimiento de la Sociedad que debes fundar." Entonces, conteniendo la profunda emoción que esa voz o inspiración interior le había producido, se vuelve hacia el muchacho y le propone venir a vivir con Granjon. Y para animarlo, se ofrece a darle lecciones y ayudarlo a entrar en el estado religioso.

Juan Bautista Audras comunicó a sus padres el ofrecimiento que le habían hecho. Ellos no vieron ningún inconveniente, ya que consideraron las propuestas del coadjutor como una prueba de afecto para con su hijo, y como un modo barato de instruirlo. Poco después, el señor Champagnat desveló por completo todos sus proyectos al nuevo discípulo y le preguntó si estaba dispuesto a ingresar en el nuevo Instituto. El joven postulante, una de cuyas cualidades era la total docilidad a su director espiritual, le respondió: "Desde que tengo la dicha de estar bajo su dirección, sólo pido a Dios una virtud, a saber, la obediencia y la gracia de renunciar a mi propio criterio. Así pues, haga de mí lo que quiera, con tal de que yo llegue a ser religioso." ¡Hermosa virtud y magnífica disposición que le conquistaron el corazón y el afecto de su padre espiritual, le merecieron las bendiciones de Dios y le alcanzaron, como veremos más adelante, la perseverancia en su vocación!

El señor Champagnat, viendo a ambos jóvenes con tan excelentes disposiciones, creyó llegado el momento de dar comienzo a su obra. Pero, ¿dónde encontrar un local adecuado para albergar a sus dos discípulos? Próxima a la casa parroquial se hallaba en venta una casita<sup>192</sup>. No titubeó en comprarla, aunque no disponía de dinero. Esa casa le convenía por dos razones: estaba cerca de la casa parroquial, con lo cual podía dirigir y formar a los jóvenes sin largos desplazamientos, y su precio era muy módico. Por eso la adquirió, junto con un huertecillo y terreno adjuntos, por la cantidad de mil seiscientos francos, que pidió prestados.

<sup>190</sup> 11.- El cardenal Fesh va a convertir a Lyon en el centro principal de estos Hermanos. Abre escuelas en la comarca. Por eso se hallan en Saint-Chamond desde 1896 (RLF, pág. 9).

<sup>191</sup> 12.- En los comienzos no se determina nada respecto a la edad. Los prospectos de 1824 (OME, doc 28 (3), pág. 88 ), como también la *Regla de 1837*, capítulo Y, art. 4, pág. 10 (AFM, 0132. 0102), establecen de "quince a treinta años".

<sup>192</sup> 13.- Era propiedad del señor Bonner, fabricante de sillas para la iglesia. Pueden consultarse los dos contratos de compra, OME, docs. 16 y 17.

Firmado el contrato, se puso él mismo a limpiar y acondicionar la casita y colocó en ella los muebles más indispensables. Con sus propias manos fabricó dos camas de madera para los dos Hermanos, y una mesita de comedor. Luego trajo a sus dos discípulos a la casita, que se convirtió en la cuna de los Hermanitos de María. La pobreza más estricta se respiraba por doquier. Pero también eran pobres el establo de Belén y la casita de Nazaret. Y los hijos de María debían tratar de imitar a su Madre y llevar desde su nacimiento el sello de su pobreza y humildad.

Era el 2 de enero de 1817 cuando los dos novicios tomaron posesión de la casa, constituyeron comunidad y pusieron los cimientos del Instituto de los Hermanitos de María.

Distribuían el tiempo entre la oración, el trabajo manual y el estudio. Los ejercicios de piedad fueron al principio pocos y muy breves: oración de la mañana, misa, lecturas cortas, tomadas del *Manual del Cristiano o del Libro de Oro*<sup>193</sup>, distribuidas a lo largo del día; rosario, visita al Santísimo Sacramento<sup>194</sup> y oración de la noche. La ocupación manual consistía en fabricar clavos<sup>195</sup>. El producto de ese trabajo era suficiente para el sustento. El señor CHAMPAGNAT, que los quería como a hijos, los visitaba a menudo, trabajaba a veces con ellos, los animaba y les daba clases de lectura y escritura. Los orientaba y les comunicaba los planes y proyectos que abrigaba para gloria de Dios y salvación de las almas. Los dos novicios correspondían a sus desvelos con gran fidelidad. Pasaron el invierno solos, en paz y fervor, y practicando todas las virtudes. En primavera, Dios les envió un nuevo Hermano, Antonio Couturier<sup>196</sup>, joven bueno y piadoso, pero sin instrucción alguna, que pidió ingresar en la nueva comunidad. Fue admitido y, con el tiempo, llegó a ser el excelente y virtuoso hermano Antonio, fallecido en Ampuis el 6 de marzo de 1850, después de haber dedicado sus fuerzas y su salud a la educación de los niños y haber sido siempre modelo de regularidad, humildad, obediencia, paciencia y amor a la vocación.<sup>197</sup>

Los padres de Juan Bautista Audras, que ni conocían las intenciones del señor Champagnat ni las disposiciones de su hijo, le instaron para que volviera a casa. Pero el piadoso novicio, fuertemente arraigado en su vocación, se resistió con energía y les suplicó insistentemente que le dejaran seguir el camino emprendido y en el que tan contento se hallaba. No le hicieron caso. Y para no darle ocasión a que continuara insistiendo, le enviaron orden formal de volver a casa, por medio de uno de sus hermanos, mayor que él. Cuando su hermano le manifestó la voluntad de sus padres, Juan Bautista quedó aterrado. Sin embargo, después de unos momentos de reflexión, fue a buscar al señor Champagnat y le dijo entre sollozos: “Mi hermano ha venido para llevarme a casa, pero yo no quiero volver. Hágaselo comprender a mis padres y que me dejen en paz.” El señor Champagnat lo anima, lo tranquiliza y va a ver a su hermano que esperaba en la puerta. Se le acerca sonriente y le dice con aquel tono resuelto que le era habitual:

<sup>193</sup> 14.- *Libro de oro o la Humildad práctica*, por Dom de Santa Catalina.

<sup>194</sup> 15.- Tenía lugar en la iglesia, ya que sólo a partir de 1820 dispusieron los Hermanos de capilla, situada encima del cuarto del Padre CHAMPAGNAT.

<sup>195</sup> 16.- Esta industria estaba a la sazón muy en boga en la región. Las ciudades industriales del valle del Gier, del Ondaine y del Turan podían alimentar toda una industria subsidiaria en la zona rural de los alrededores. La industria metalúrgica suministraba las varillas de hierro que los campesinos-artesanos transformaban en clavos. Era una forma de ganar algún dinero sin salir de casa durante el invierno. Esta artesanía podía también amoldarse a la vida comunitaria. En casi todas las granjas de Lavalla se encontraba la piedra para hacer clavos, como la que se conserva en el cuarto del Padre Champagnat en Lavalla (cfr. JEAN-PAUL BRAVARD, *El Ondaine, valle del hierro*, pág. 58. Éd. Le Hénaff, 1981. Y también, A. BALKO, “La fabricación de clavos”, en FMS, 1976, n.º 19, pág. 244).

<sup>196</sup> 17.- Escribe el Hermano Lorenzo: “ Mi hermano fue el segundo; y yo, el tercero; Couturier (el Hermano Antonio), el cuarto” (OME, doc. 167, pág. 453).

<sup>197</sup> 18.- En primavera de 1817.

-¿Así que has venido para llevarte a tu hermano?

-Pues sí, así es, señor cura. Mis padres me han enviado para llevarlo a casa.

-En vez de seguir los deseos de tus padres, ¿no te parece que sería mejor pedirles permiso para venirte tú también aquí?

-Y ¿qué iba a hacer conmigo, señor cura?

-Un buen Hermano, un buen religioso.

-Déjese de bromas. Soy demasiado torpe para religioso. Sólo sirvo para labrar la tierra.

-Vamos, vamos, no te rebajes tanto. No es poco valer para labrar la tierra. Anda, vente con nosotros y verás cómo consigo hacer de ti algo grande.

-Que no, señor cura. Yo no tengo madera de religioso: soy demasiado malo.

-No lo creo. Te conozco, y no eres tan mala persona. Eres buen chico. Si vienes, te aseguro que harás bien y no te arrepentirás.

-Casi me está usted convenciendo... Pero cuando sepan en mi pueblo que quiero hacerme Hermano, se van a reír de mí.

-Deja a la gente que se reía. Dios te bendecirá, serás feliz y salvarás tu alma. ¿Qué más quieres? Vete y di a tus padres que quieres venirte con tu hermano. Te espero esta misma semana.

El joven habló con sus padres, los convenció fácilmente y obtuvo para él y para su hermano permiso para seguir su vocación.

Unos días después<sup>198</sup> ingresó en el noviciado con el nombre de Hermano Lorenzo<sup>199</sup>, y fue el cuarto miembro del Instituto. A lo largo de esta historia tendremos repetidas ocasiones de hablar de él y ponderar su sencillez, profunda humildad, piedad y celo por la educación cristiana de los niños. Su hermano Juan Bautista, que tenía especial devoción a san Luis Gonzaga, tomó el nombre de Hermano Luis<sup>200</sup>, y Granjon, el de Hermano Juan María. Por la misma época, Bartolomé Badard, de unos quince o dieciséis años de edad, fue también admitido en el noviciado, y con el nombre de Hermano Bartolomé<sup>201</sup>, llegó a ser un religioso ejemplar.

El señor Champagnat no se había olvidado del pequeño Gabriel Rivat, que desde niño asistía a la catequesis. La piedad e inteligencia que había descubierto en él, lo indujeron a dedicarle

---

<sup>198</sup> 19.- Juan Claudio trabajará en la granja familiar hasta el invierno. Se inscribe en el noviciado el 24 de noviembre de 1817 (AFM, "Libro de ingresos").

<sup>199</sup> 20.- LPC 2, págs. 316-321.

<sup>200</sup> 21.- Los primeros Hermanos conservaban ordinariamente su nombre de pila. Algunos eligen otro: el Hermano Luis por devoción a san Luis Gonzaga, el Hermano Francisco en recuerdo de su madre, Francisca.

<sup>201</sup> 22.- El Hermano Bartolomé nació el 24.4.1804. Ingresó el 2 de mayo de 1818 con 14 años (LPC 2 pág. 71) Cfr. nota 13 del cap. V).

cuidados especiales. Por entonces lo admitió a hacer la primera comunión<sup>202</sup>, aunque sólo tenía diez años. Con la intención de atraerlo a la naciente congregación, propuso a sus padres que viniera con los Hermanos para educarse con ellos y les prometió darle él mismo clases de latín. Así pues, el niño vino al noviciado<sup>203</sup> y recibió algunas lecciones de latín. Poco después<sup>204</sup>, a instancias del señor Champagnat, se vinculó al Instituto con el nombre de Hermano Francisco. Su madre vio complacida la opción que había hecho. En diversas ocasiones había dicho al señor Champagnat: “Mi hijo pertenece a la Santísima Virgen, a quien se lo entregué y consagré muchas veces<sup>205</sup>. Lo pongo en sus manos<sup>206</sup>, haga de él lo que quiera.”

El niño, demasiado joven aún para tener criterios propios sobre vocación, pero sumamente dócil y obediente, siguió las orientaciones de su experto director, a quien, con razón, consideraba como intérprete de la voluntad divina sobre él. Y cuando alcanzó la madurez suficiente, nunca le asaltó la idea de replantearse su decisión primera.

En cierta ocasión, el señor párroco de Tarentaise<sup>207</sup>, después de animarlo para que estudiara latín y siguiera sus clases para prepararse al sacerdocio, al comprobar que sus palabras le habían dejado insensible y que escuchaba con visible indiferencia, le dijo:

-¿Por qué no estudias latín, como tu hermano?<sup>208</sup>

-Porque yo no hago mi voluntad, le respondió el Hermanito, sino la de Dios, manifestada por medio de mi superior.

El párroco, impresionado por esta respuesta, enmudeció y en toda la noche no pudo alejar de su mente aquellas palabras: “No hago mi voluntad, sino la de Dios. “A la mañana siguiente, dijo al Hermano Luis: “El Hermano Francisco no me ha dejado dormir en toda la noche. Tiene sentimientos sublimes. Si, como no dudo, los conserva, alcanzará la bendición de Dios y será instrumento apto para procurar su gloria.”

Admirable, en verdad, la conducta del Hermano Francisco. Y quienes, como él, han tenido la dicha de ser llamados de jovencitos a la vida religiosa, nada mejor pueden hacer que seguir su ejemplo cuando lleguen a la edad de las pasiones y el demonio suscite en ellos dudas sobre su vocación. Entonces deben recordar que, cuando Dios concede a un niño, incapaz de razonar, la gracia de abandonar el mundo, no habla a la inteligencia y a la razón, sino al corazón. Él vuelve el corazón dócil a los consejos de un prudente director, del padre, de la madre o de un amigo. Le otorga gusto por la oración, inclinación por la vida religiosa y la gracia de emprender el camino que le ha mostrado. Este modo de llamar a la vida religiosa es una prueba de misericordia, ya que preserva al niño de infinidad de faltas y lo pone a salvo de los peligros del mundo donde su virtud correría el riesgo de naufragar. Está vocación es tanto más auténtica cuanto que en ella no han intervenido ni el capricho ni las motivaciones humanas. Luego, cuando se ha alcanzado la

<sup>202</sup> 23.- Nacido el sábado, 12 de marzo de 1808, hizo la primera comunión el 19 de abril de 1818, a los diez años (cfr. Cuaderno de notas del Hermano Francisco, pág. 48). La edad normal sería la de 13 años (AFM, 146.003).

<sup>203</sup> 24.- El 6 de mayo de 1818 (LPC 2, pág. 226).

<sup>204</sup> 25.- El 8 de septiembre de 1819 (LPC 2, pág. 226).

<sup>205</sup> 26.- Especialmente en Valfleury, cerca de Saint-Chamond, cuando Gabriel tenía cinco años. Fue admitido en la cofradía de Nuestra Señora Auxiliadora (AFM, Hermano Francisco, libreta de notas n.º 1, pág. 48).

<sup>206</sup> 26.- Especialmente en Valfleury, cerca de Saint-Chamond, cuando Gabriel tenía cinco años. Fue admitido en la cofradía de Nuestra Señora Auxiliadora (AFM, Hermano Francisco, libreta de notas n.º 1, pág. 48).

<sup>207</sup> 28.- Francisco Préher, llegado a Tarentaise en mayo de 1816, había abierto de nuevo la escuela clerical que existía antes de la Revolución. El señor Courbon, Vicario general, había seguido en ella sus primeros estudios (LPC 2, página 149).

<sup>208</sup> 29.- Juan Antonio, hermano del Hermano Francisco, nacido el día de Navidad de 1793, fue movilizado a los 20 años. Luego entró en el seminario y fue ordenado de sacerdote en 1823. Coadjutor de Saint-Martin-la-Plaine, murió en Lavalla en 1830, en la casa parroquial, adonde se había retirado por motivos de salud (LPC 2, pág. 224).



madurez, uno de los lazos más peligrosos del demonio es hacer creer al joven que abrazó la vida religiosa sin ser consciente de lo que hacía, sin saber qué compromisos iba a contraer y, por consiguiente, sin vocación. Sofisma que sólo el demonio y las pasiones pueden inspirar. Al llamar a los apóstoles, Jesucristo no les dijo: “Reflexionad y luego seguidme.” No. Les dice sencillamente: *Seguidme*. La gracia que conmueve el corazón y lo arrastra hacia el bien no es menos excelente que la que ilumina la inteligencia. Y la vocación procede siempre de Dios, lo mismo cuando nos llama por el sentimiento o el atractivo, que cuando nos cautiva por la inteligencia, esto es, por la luz, el raciocinio o el discernimiento.

El señor Champagnat, al ver cómo aumentaba el número de sus discípulos, pensó establecer un modo de vida más reglamentado y más acorde con la vida comunitaria. Como no le era posible estar siempre con ellos, y por otro lado sentía la necesidad de no abandonarlos a su suerte, quiso darles un director que estuviera al frente, los orientase, velase por el cumplimiento del reglamento y amonestara a quienes lo quebrantasen o incurrieran en otras faltas. Para hacerles más llevadera la obediencia y más fácil la sumisión, quiso que ellos mismos eligieran al director. Les propuso, pues, que fuera elegido en votación secreta. Cuando todos hubieron escrito y entregado su papeleta, procedió al escrutinio en su presencia y nombró director al que había obtenido mayor número de votos, que fue el más antiguo, es decir, el Hermano Juan María.

Les impuso también, después de algunas pruebas, un traje sencillo y modesto<sup>209</sup>, que, al mismo tiempo que los diferenciaba de los seglares, servía de distintivo a la congregación, la daba a conocer y favorecía las vocaciones. Este traje<sup>210</sup> consistía en una especie de levita azul que llegaba hasta las pantorrillas, pantalón negro, una pequeña capa y sombrero de ala. Escogió el azul para recordar a los Hermanos que eran hijos de María, y que, al llevar su hábito y color, debían trabajar continuamente en conformar su vida con la de ella imitando sus virtudes.

El reglamento de la reducida comunidad se modificó y perfeccionó y se introdujeron las principales prácticas de la vida religiosa. A las cinco, levantarse; en comunidad, oración de la mañana, seguida de media hora de meditación. Después, santa misa, horas menores del oficio de la Santísima Virgen y estudio. A las siete, desayuno, y, a continuación, cada cual, en silencio, iba a su ocupación, que era, para la mayoría, el trabajo manual. A las doce, almuerzo, seguido de la visita al Santísimo Sacramento y recreo. Lo tomaban siempre juntos; la conversación debía versar siempre sobre temas edificantes o encaminados a formar a los Hermanos en los conocimientos necesarios a su vocación. La tarde, como la mañana, se ocupaba en el trabajo manual. Hacia las seis, se reunía la comunidad para el rezo de vísperas, completas, maitines y laudes del oficio mariano y rosario. Después, lectura espiritual. Concluidos estos ejercicios, los Hermanos pasaban a la cocina para cenar. Tomaban luego el recreo, al igual que después de la comida, y terminaban con la oración vespertina y la lectura del tema de meditación para el día siguiente. A las nueve se acostaban.

<sup>209</sup> 30.- No se trata de la sotana, ni del hábito azul que luego será sugerido por el señor Courveille, sino de un simple traje negro. El Hermano Lorenzo (P. Zind en BI, vol. XXI, pág. 536) distingue seis fases:

1. Al comienzo, vestido seglar.
2. En 1818, pantalón negro, levita negra.
3. En 1824, levita azul y capa azul.
4. En 1827, sotana negra con botones. Con motivo de los votos temporales, se añadía un cordón de lana, y en la profesión perpetua, una cruz de cobre con incrustación de ébano.
5. En 1828, sotana cosida hasta la mitad y con broches en el resto.
6. En 1829, las medias de tela sustituyen a las de punto.

<sup>210</sup> 31.- El Hermano Juan Bautista no distingue entre la primera indumentaria y la segunda. El primer atuendo negro se halla descrito en el informe Guillard, en la primavera de 1822 (OME, doc. 19(3), pág. 73).

Los viernes, después de la meditación, hacían el capítulo de culpas<sup>211</sup>. El Hermano Director era el primero en hacerlo y luego los demás, por orden de veteranía.

Para favorecer el recogimiento y la piedad de los Hermanos, habían escogido y acondicionado una salita que sirviera de oratorio<sup>212</sup>. El mismo señor Champagnat la arregló y encaló y colocó en ella un altarcito. Pero, dada la pobreza de la comunidad, no podían comprar lo necesario para dotar el altar y lo pidieron prestado en la iglesia parroquial. Ante este altar, a los pies de María, los Hermanos hacían sus ejercicios de piedad, lectura espiritual, manifestaban sus faltas, recibían el hábito del Instituto y más tarde firmaron de rodillas sus primeros compromisos<sup>213</sup>.

Al principio era el Hermano Director quien dirigía la oración y hacía siempre las lecturas. Luego lo hicieron todos los Hermanos por turno, siguiendo orden de antigüedad. Leían, también por turno, durante las comidas y cocinaban por semanas. La comida no era complicada y se hacía pronto. Sopa, leche, legumbres y agua por toda bebida era la alimentación habitual de la comunidad. Esta dieta tan frugal se preparaba en poco tiempo; por eso, el encargado de la cocina seguía casi todos los ejercicios comunitarios.

Todo en la casita de los Hermanos estaba en consonancia con este régimen pobre y sencillo. Para dormir, un jergón y una almohada rellenos de paja o de hojas, sábanas de tela basta y una o dos mantas de parecida calidad.

La comunidad, así organizada, adquirió un nuevo aspecto. El silencio y recogimiento, la piedad y modestia de los Hermanos, la unión y caridad que reinaban entre ellos recordaban y reproducían la vida de los primeros cristianos<sup>214</sup>. El Hermano Director se hizo acreedor de la confianza que en él habían depositado. Cumplía su deber con prudencia, celo, mansedumbre y firmeza. Siempre al frente de los Hermanos, era el primero en todo y daba ejemplo de puntualidad, piedad y de las demás virtudes religiosas. Semanalmente dirigía a los Hermanos una plática acerca de los deberes de su santo estado o del modo de combatir los vicios, especialmente la pasión dominante, y la forma de practicar la virtud. Sus instrucciones, preparadas con todo esmero, eran enérgicas, generalmente presentadas con ardor, pero siempre sencillas y muy prácticas. Todos los Hermanos lo escuchaban con suma atención y se entregaban con ahínco a la práctica de la virtud y a corregir sus defectos. Por otra parte, aunque el Hermano Director era bondadoso, no los halagaba y, cuando se desviaban de su deber, no dudaba en imponerles con caridad y prudencia correcciones adecuadas a las faltas cometidas. Además del Hermano Director, cada uno escogía a otro Hermano para que lo advirtiera de sus defectos. Todos ejercían este acto de humildad y caridad con gran sencillez y franqueza. El Hermano Juan María eligió como monitor a uno de los más jóvenes y le rogó con palabras que traslucían su profunda humildad que ejerciera este acto de caridad y lo advirtiera cuidadosamente cuantas veces observara que se apartaba de su obligación. Al cabo de cierto tiempo, al ver que el joven Hermano no le reprendía según su deseo, le pidió permiso para cambiar de monitor.

El señor Champagnat visitaba a menudo a sus hijos y pasaba con ellos todos los momentos que tenía libres. Diariamente les daba clase de lectura. Y, con la enseñanza de la lectura, aprovechaba cuantas ocasiones le brindaba el tema de la lectura, para hacer consideraciones

<sup>211</sup> 32.- El Hermano Francisco apunta en una de sus libretas de notas, núm. 8, 15.º: a las 6, capítulo de culpas; a las 6 y media, oficio.

<sup>212</sup> 33.- El Hermano Francisco recuerda los distintos lugares donde hizo el retiro anual: 1820, en la capillita del primer piso (AFM, libreta de notas n.º 1).

<sup>213</sup> 34.- Ver la fórmula de compromiso de 1826 en OME, doc. 52, pág. 137; y en FMS, 1978, n.º 31, págs. 412-414, y n.º 32, págs. 424-426.

<sup>214</sup> 35.- Hch 4, 32.

encaminadas a despertar en ellos el amor de Dios, la aversión al pecado y la práctica de la virtud.

Un día vino durante el recreo, y advirtiéndolo que su conversación era demasiado ruidosa, les dijo: "Amigos míos, vuestro recreo resulta un tanto escandaloso. Se parece bastante a las diversiones de la gente del mundo. Si queréis ser religiosos, tenéis que distraeros y actuar en todo y siempre como religiosos. Los Hermanitos de María deben aplicarse a imitar a su Madre en todas sus acciones. Ahora bien, la Santísima Virgen siempre se mantenía modesta y recogida, incluso en los esparcimientos normales." Esta corrección paternal surtió pleno efecto. Los Hermanos, que acababan de abandonar el mundo y no comprendían muy bien qué falta podría haber en lo que les reprochaba, recibieron humildes y agradecidos la advertencia. Se cuidaron tanto en lo sucesivo que no volvió a tener necesidad de llamarles la atención.

El ambiente era admirable, lo mismo que la buena voluntad y la exactitud en observar el reglamento. Todos colaboraban gustosamente por amor de Dios y deseo de adelantar en la virtud.

Sólo en un pequeño detalle encontraban dificultad y era para ellos motivo de pesadumbre cuando lo quebrantaban: la hora de levantarse. Tan pobres eran que ni tenían dinero para comprar un despertador. Por eso, unas veces se levantaban demasiado temprano y otras, demasiado tarde. Comunicaron al señor Champagnat esta dificultad. Para solucionar este problema, hizo instalar una campanilla en la casa y por medio de un alambre de unos cien metros -distancia que separaba la vivienda de los Hermanos de la casa parroquial-, que llegaba hasta su habitación, la tocaba, a las cinco en punto, para despertarlos.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO VII**

*Los Hermanos se hacen cargo de la escuela de Lavalla. El señor Champagnat va a vivir con ellos. Los forma pedagógicamente y les enseña a dar la catequesis. Los envía de dos en dos a impartirla en los caseríos.*

Hemos indicado más arriba que la parroquia de Lavalla estaba sin maestro<sup>215</sup>. El señor Champagnat lo sentía y esperaba ansiosamente el momento en que los Hermanos pudieran encargarse de la clase. Pero al verlos sin suficiente preparación, se decidió a llamar a un maestro<sup>216</sup>. Con ello pretendía un doble objetivo: a su juicio, se necesitaba un maestro ante todo

<sup>215</sup>Los archivos de Lavalla, en diciembre de 1816, y aún el 27 de mayo de 1819, llaman maestro a un tal Juan Montmartin. Y el 10 de mayo de 1819 se autoriza a Juan Francisco Maisonneuve para enseñar en Lavalla (cfr. Registro de Estado Civil, ADL, t. 14). El párroco, señor Rebod, sale en defensa de un maestro que se quejaba de que la escuela de los Hermanos "le deja en la calle". El Padre Champagnat, al pedir al párroco que compruebe si existe un solo alumno de los Hermanos que proceda de la escuela del maestro (OME, doc. 166 [7], página 439 y nota correspondiente), manifiesta que se ha cuidado mucho de no perjudicar a nadie. Respecto al personal docente de la época, véase LPC 1, páginas. 14 y 15.

<sup>216</sup>Una carta, escrita sesenta años más tarde (17.11.1888) por dos señoras viudas (Jayet y Moulin), que en 1816 eran unas chiquillas, nos ofrece información sobre la primerísima escuela (en la aldehuela de Sardier, cerca del Salto del Gier), donde el Padre

para dar la instrucción primaria a los niños de la parroquia; pero también para perfeccionar a los Hermanos en sus conocimientos e iniciarlos en el método de enseñanza<sup>217</sup>.

En efecto, pese a su celo y abnegación, las tareas de su santo ministerio le dejaban tan poco tiempo que le resultaba imposible formar personalmente a los Hermanos, como hubiera sido su deseo.

El joven elegido satisfacía plenamente sus propósitos. Se había formado con los Hermanos de las Escuelas Cristianas y tenía preparación<sup>218</sup>. Pero lo más importante era que dominaba a la perfección el método simultáneo<sup>219</sup>, empleado en el Instituto del venerable sacerdote de La Salle, método que el señor Champagnat quería adoptar para su congregación.

El maestro vivía en comunidad con los Hermanos. Puso escuela en la misma casita, que pronto se llenó de niños. Los Hermanos lo ayudaban en las clases, lo veían actuar, lo iban imitando y captaban su metodología. Además, entre clase y clase, recibían lecciones particulares sobre distintos aspectos de la enseñanza.

Pronto estuvieron en condiciones de encargarse de las clases y así se lo hicieron saber al señor Champagnat. Éste no se lo permitió, pues quería que los primeros ensayos fueran más sencillos y se llevaran a cabo en un escenario más humilde. Los reunió un día y les dijo:

“Amigos, además de que tal vez resulte temerario creerlos capaces de llevar la escuela de Lavalla vosotros solos, no hemos de olvidar que el espíritu de humildad debe ser la característica de nuestra congregación. Por eso me parece conveniente que empecemos por algo más modesto. Y ya que queréis entregaros a la educación cristiana de los niños -que es la finalidad de vuestra vocación-, cosa que yo apruebo encantado, quisiera que dedicarais los primeros esfuerzos de vuestro celo a los niños más ignorantes y abandonados. De modo que os propongo que vayáis a dar clase a las aldeas de la parroquia.”

La propuesta fue recibida no sólo con respeto y sumisión, sino con alegría. Escogieron las aldeas de Luzernaud, Chomiol y algunas más. Los Hermanos iban por la mañana y regresaban por la tarde. Con la bendición de Dios, los primeros ensayos fueron alentadores. La buena gente del campo, entusiasmada y edificada por la abnegación, sencillez y celo de los Hermanos, manifestó su profunda satisfacción al señor Champagnat.

Pero apenas había transcurrido un año, el señor Champagnat se vio obligado a despedir al maestro por su conducta desordenada y excesivamente mundana, y confió a los Hermanos la dirección de la escuela. Encargó de esa tarea al Hermano Juan María, director de la casa, quien, con sabia y prudente firmeza, supo mantener el orden y la disciplina implantados por el maestro anterior. Como se hallaba aceptablemente formado y poseía gran celo y abnegación, la marcha de la escuela y la educación de los niños no se resintieron con el cambio. La fama de piedad y virtud que el Hermano Juan María había adquirido en la parroquia, contribuyó poderosamente a

---

Champagnat había colocado al maestro llamado Maisonneuve, que posteriormente iba a ser el formador de los primeros Hermanos (FMS, 1973, n.º 6, pág. 86).

<sup>217</sup>H. PAUL BOYAT, "Aspectos de la pedagogía de los Hermanos", BI, vol. XXIX, págs.76-77. Y también P. ZIND, *Siguiendo las huellas del P. Champagnat*, volumen 2, págs. 76-77.

<sup>218</sup>El maestro Maisonneuve no tenía título oficial (FMS. 1973, n.º 6, pág. 86). porque los Hermanos de las Escuelas Cristianas no lo necesitaban por entonces en Francia según la ley del 29 de febrero de 1816 (LPC 1, art. 36, pág. 21).

<sup>219</sup>Véase anteriormente la nota 3.

darle ascendiente sobre los niños, y los padres vieron gustosos que tomase la dirección de la escuela<sup>220</sup>.

Hasta entonces, los vecinos de Lavalla apenas se habían interesado por los Hermanos. No se habían enterado de su modo de vida ni del fin que se proponían. Pero cuando advirtieron su celo y entrega a la educación de los niños; cuando fueron testigos de sus aciertos, todos unánimemente los aplaudían y elogiaban. Se incrementó considerablemente el número de niños. Llegaban diariamente desde todos los rincones de la parroquia. Los pobres eran admitidos gratuitamente<sup>221</sup>, y los demás pagaban sólo una módica cantidad.

El señor Champagnat, alma de la casa, que mantenía el entusiasmo, orientaba a los Hermanos y animaba a los padres a que les llevaran a sus hijos, quiso dar un nuevo impulso a la escuela. Al comprobar que no era suficiente un aula para albergar a tantos niños, abrió otra más. Esto permitió dividir a los alumnos, distribuirlos según su grado de preparación<sup>222</sup>, y contribuyó notablemente a acelerar sus progresos. Un asunto más grave atrajo su atención: algunos padres, al no conseguir albergar a sus hijos con los Hermanos, los colocaron entre los vecinos del pueblo, pero se echaban a perder, al quedar abandonados después de las clases. Para solucionar este asunto, el señor Champagnat hizo ampliar y acondicionar el local de la escuela, lo que permitió a los Hermanos acoger a los niños que se hallaban en las casas de la vecindad.

Llegaron también algunos niños pobres. Los recibieron con cariño y solicitud; y la comunidad, aunque sin recursos, proveyó a todas sus necesidades. El señor Champagnat, que tenía confianza sin límites en la Providencia, quiso tomar a su cargo incluso a varios niños huérfanos o abandonados. Les ofreció instrucción, sustento, vestido y los albergó en familias de confianza, siguiendo de cerca su conducta, orientándolos y haciendo para ellos las veces de padre. El primer año se ocupó de doce niños pobres<sup>223</sup> a los que atendió en todo.

A alguien que censuraba su actuación y lo acusaba de sobrecargar a la comunidad, le respondió: "Siempre he oído decir que ni limosna trae pobreza, ni misa causa demora. Bien, pues vamos a comprobarlo." Luego añadió con un profundo sentimiento de fe: "Dios, que nos manda estos niños y nos dará gracia de recibirlos, nos dará también con qué alimentarlos."

La nueva organización dio mayor impulso a la escuela<sup>224</sup>. Mejoraron las clases y los adelantos fueron más rápidos. Los niños, muy disciplinados, acudían contentos a la escuela, querían a sus maestros, trabajaban a gusto, aprovechaban los buenos ejemplos y las lecciones que recibían y transmitían a sus hogares los buenos principios y prácticas de virtud que recibían.

La dirección de la casa de los Hermanos absorbía mucho tiempo al señor Champagnat, pues pasaba con ellos los recreos y los ratos que le permitían las tareas de su ministerio. Pero comprendió claramente que aquello no era suficiente, ya que los Hermanos, como religiosos y

<sup>220</sup>Ya desde los comienzos, los Hermanos no se limitan a la catequesis, sino que también dan clase. Las aldeas elegidas están muy cercanas.

<sup>221</sup>Según la disposición del 29 de febrero de 1816, que estipula en el n.º 14: "Todo municipio está obligado a proveer de enseñanza primaria a los niños que en él viven y a que los pobres la reciban gratuitamente" (LPC 1, art. 14, página 21).

En razón también del compromiso tomado por los primeros Hermanos: "En segundo lugar, nos comprometemos a enseñar gratuitamente a los pobres que nos presente el señor párroco del lugar" (OME, doc. 52, pág. 138).

<sup>222</sup>Cuando hay dos clases, se dividen, normalmente, en la de "lectores", en la que se enseña lectura, y la de "los que escriben", en la que se imparte escritura, cálculo, y, progresivamente, otras materias. Se las denomina también "clase elemental" y "clase superior", respectivamente (cfr. SMC, vol. 2, pág. 77).

<sup>223</sup>El documento del Padre Bourdin alude a las críticas dirigidas contra el Padre Champagnat por sus colectas en favor de los huérfanos (cfr. OME, doc. 166 [17], pág. 445 y FMS, n.º 36).

<sup>224</sup>La estadística de 1824, primera oficial de los Hermanos Maristas, asigna 80 alumnos a Lavalla (cfr. P. ZIND, BI, n.º 162, pág. 161).

como educadores, eran unos principiantes y necesitaban continuamente su orientación y sus consejos. Mientras él no estuviera al frente de la comunidad, habría cosas que dejarían que desear. Estos motivos y más aún el gran afecto que sentía por sus Hermanos, lo determinaron a ir a vivir con ellos<sup>225</sup>. Así se lo manifestó al señor cura párroco, quien no escatimó esfuerzos para disuadirlo. “¿Qué va a hacer en medio de esos jóvenes, ciertamente buenos y piadosos, pero burdos y pobres, ninguno de los cuales será capaz de atenderlo convenientemente?” Todas estas razones, por muy ciertas que fueran, no hicieron mella en el ánimo del señor Champagnat. Era consciente de que al vivir en comunidad tendría que soportar la pobreza, las privaciones y los sacrificios inherentes a la vida religiosa. Pero eso era precisamente lo que más le impulsaba a querer vivir con sus Hermanos. Sabía que ponerse al frente y compartir su suerte, hacerse uno más, darles ejemplo y practicar el primero cuanto les decía, era el mejor medio de encariñarlos con su vocación, hacerles amar la pobreza, la vida reglamentada y demás virtudes de su santo estado. Añádase a esto que amaba a sus Hermanos como a hijos, y su corazón de padre le decía que tenía que estar en medio de ellos, vivir con ellos y como ellos, compartir su indigencia y abnegación en la educación de los niños, sometiéndose como uno más a las exigencias de la vida religiosa. Desde los comienzos se había entregado en cuerpo y alma a la obra de los Hermanos y todo lo había supeditado a ella. Suponía -y se había preparado para ello- que tendría que dedicarles sus desvelos y trabajos, y sacrificar, si fuera preciso, en aras de su obra, fuerzas, salud y vida. El caso requería toda esa abnegación para asegurar el éxito de la obra de los Hermanos: hasta ahí llegó su sacrificio.

Obtenida, pues, la autorización de dejar la casa parroquial, se estableció para siempre con los Hermanos. Trasladó de noche su escaso mobiliario para pasar inadvertido y evitar habladurías. Lo aposentaron en un cuartucho bajo e insalubre<sup>226</sup>, que, así y todo, era el mejor de la casa. Le preparaban su frugal comida con la de los Hermanos, pero comía aparte<sup>227</sup>. Gran consuelo sintió al verse entre sus Hermanos, vivir con ellos y poder dedicar todo su tiempo a instruirlos y formarlos en la virtud. Como buen pastor, estaba siempre a la cabeza de su rebaño<sup>228</sup>. Trabajaba con los Hermanos, ya cultivando la tierra, ya fabricando clavos. Tomaba el recreo con ellos, visitaba las clases para animar a los niños y orientar a los maestros.

Luego daba a éstos lecciones particulares, los formaba en la vigilancia de los niños y demás aspectos educativos. Los Hermanos lo veneraban y querían como a Padre. Pero como eran sencillos y sin demasiado conocimiento de las conveniencias sociales, aunque lo trataban con profundo respeto, lo consideraban como uno más y apenas se preocupaban de tener con él las atenciones que requerían su carácter sacerdotal y su condición de superior. Baste como muestra esta anécdota: cuatro años<sup>229</sup> vivió el señor Champagnat con ellos sin que a nadie se le ocurriera hacerle la cama y limpiarle la habitación. Lo hizo siempre él mismo, a pesar de sus múltiples ocupaciones, sin quejarse nunca. Hasta que en 1822, el Hermano Estanislao le pidió que le permitiera hacerle este servicio, cosa que le fue concedida con mucha dificultad.

El señor Champagnat no pretendía asumir la dirección de la casa al ponerse al frente de su reducida comunidad. Ya que, además de impedirselo las tareas de su ministerio, estaba convencido de que no le correspondía a él esa misión, sino al Hermano Director. Le confió, pues,

<sup>225</sup>Lo que no supone que fuera “el director, sino tan sólo su animador y director espiritual” (MEM, págs. 18-19).

<sup>226</sup>“Se conformó con una habitación estrecha, baja, poco higiénica y con es casos muebles. Se hallaba contigua a la cocina” (AA, pág. 41).

<sup>227</sup>“El régimen habitual del Padre Champagnat era más o menos el de la comunidad. Sólo por deferencia, su mesa se hallaba separada en el refectorio” (MEM, pág. 21).

<sup>228</sup>Jn 10, 4.

<sup>229</sup>Ello indica que vino a vivir con los Hermanos en 1818, ya que en febrero de 1822, fecha del ingreso del Hermano Estanislao, llevaba ya cuatro años con ellos (LPC 2, pág. 473).

todos los asuntos, respetando al máximo su libertad de acción. Y, lejos de interferir o menguar su autoridad, puso todo el empeño en fortalecerla y acrecentarla.

Su presencia en la comunidad reanimó el celo y el fervor de todos los Hermanos. Los niños mejoraron también en piedad y buen espíritu y los padres quedaron muy satisfechos de verlo al frente de la escuela.

El señor Champagnat, sin inmiscuirse en la dirección material de la casa, sin que los Hermanos lo notaran, los seguía en los menores detalles de su comportamiento para formarlos en la virtud sólida y transformarlos en excelentes educadores de la juventud. Para conseguir este doble objetivo se esforzaba de continuo en corregir sus defectos, modelar su carácter, infundirles amor y gusto por la oración y celo por la instrucción cristiana de los niños. Les enseñaba a dar la catequesis, a mantener la disciplina, a vigilar a los niños y a modelar su corazón y su conciencia.

Al observar un día que el Hermano encargado de la vigilancia de los internos, totalmente absorto en el rezo del oficio, les prestaba escasa atención, le llamó la atención diciéndole:

-Hermano, no debe perder nunca de vista a los niños.

-Pero, Padre, si no guardo recogimiento, no puedo rezar ni sacar provecho alguno del oficio.

-Su primer deber en este caso, replicó el señor Champagnat, es velar por los niños para preservarlos del mal y conservar su inocencia. Si lo cumple, su oración será mucho más meritoria y agradable a Dios -aunque, debido a su obligación, esté algo distraído- que si, descuidando este importante deber, la hiciera atentamente. ¿Sabe qué es sacar provecho de los ejercicios de piedad? Consiste en aprender en la oración a cumplir debidamente con la obligación, practicar las virtudes propias de su estado y comportarse adecuadamente. Por eso dice acertadamente san Agustín que quien sabe orar bien sabe vivir bien. Es decir, que sabe santificar todos sus actos, cumplir con su deber por espíritu de fe y convertir cualquier trabajo en una oración continua. El provecho mayor que puede sacar usted de los ejercicios de piedad es ser fiel a su obligación, desempeñar lo más perfectamente posible la tarea que le han asignado y ser para los niños modelo de caridad, paciencia, exactitud y modestia<sup>230</sup>.

Recordaba a menudo a los Hermanos que fueran discretos y prudentes a la hora de explicar el catecismo y que se cuidaran sobre todo de determinar qué faltas son pecado mortal o venial, por temor a deformar la conciencia<sup>231</sup> de los niños y exponerlos a ofender a Dios. En cierta ocasión llamó seriamente la atención a un Hermano que se había apartado de esa norma. “Confórmese, decía, con inspirarles gran horror al pecado y deje a Dios y al confesor juzgar la gravedad de las faltas.”

En otra ocasión, al enterarse de que un Hermano joven había hecho a los niños prohibiciones demasiado tajantes, lo mandó llamar y le dijo:

-Hermano, ¿qué ha prohibido a los niños?

-Hablar, perder el tiempo, etc.

-Pues vuelva y dígales que, aunque se les escapen unas palabras, o se aparten algo de lo que les ha prohibido, no por eso cometen pecado.

---

<sup>230</sup>LPC 2, pág. 473 y AA, pág. 47.

<sup>231</sup>Observamos la misma actitud en el Padre Colin. Véase: “Charlas espirituales”, doc. 99 [8].

Hasta ese punto llevaba su delicadeza y temor a que los niños cayeran en peligro de obrar contra conciencia.

A menudo se hacía presente cuando los Hermanos explicaban el catecismo y luego les indicaba las deficiencias en que habían incurrido, que debían haber evitado, cómo tenían que haber actuado para ganarse la atención de los niños, ponerse a su nivel y hacerles apreciar las verdades cristianas que les transmitían. “No basta educar correctamente a los niños, decía, lo fundamental es conseguir que amen la religión. Eso es lo importante.”

En poco tiempo consiguió que varios Hermanos fueran excelentes catequistas y destacaran en este ministerio más de lo que se podía esperar.

Para entusiasmarlos y hacerles comprender que la finalidad de su vocación era la santificación de las almas, no conforme con ejercitarlos en la catequesis de los niños de la escuela, los domingos y otros días los enviaba de dos en dos a los caseríos de la parroquia para evangelizar a la gente del campo. Llegados a la aldea señalada, los dos Hermanos reunían a niños y mayores en una granja u otro local adecuado. Comenzaban con una oración, cantaban algún canto y luego preguntaban el catecismo a los muchachos. A continuación desarrollaban las respuestas obtenidas, por medio de preguntas secundarias, claras y concisas, y terminaban con algunos principios de moral práctica y algunas alusiones históricas.

Como preparaban la instrucción con mucho interés, hablaban con sencillez y unción y acompañaban su apostolado con mucha oración y gran modestia, de todas partes venían a escucharlos. Y a menudo su auditorio comprendía la totalidad del vecindario de la aldea. El señor Champagnat acudía a los lugares donde los Hermanos estaban haciendo la catequesis para escucharlos y comprobar por sí mismo la forma de actuar. Nunca comunicaba a los interesados que iba a ir a escucharlos, e incluso se las arreglaba para verlo y oírlo todo sin que los Hermanos lo advirtieran.

Luego, en el recreo de la noche, les hacía ver las faltas en que habían incurrido y rectificaba lo necesario para completar las explicaciones dadas sobre un tema determinado o sobre un punto doctrinal. Daba su aprobación, elogiaba los éxitos y terminaba siempre animándolos y ponderando la sublimidad de las tareas de catequista, el enorme bien que estaban llamados a realizar, si se imbuían del espíritu de su estado y desempeñaban con celo la misión que se les había encomendado.

Estas charlas producían en los Hermanos gran impresión, de modo que todos consideraban una suerte ser elegidos para ir a dar la catequesis a las aldeas. A pesar de sus insistencias, no siempre les era concedida esta gracia. Debían merecerla por su piedad constante, mucha humildad y conducta ejemplar. El buen Hermano Lorenzo pidió durante mucho tiempo el favor de ir a dar la catequesis a Bessac. Para conseguirlo, tuvo que dar numerosas pruebas de celo, abnegación y humildad, pues esta misión era ardua y difícil. Bessac, situado en lo alto de los montes de Pila, a dos leguas de Lavalla, se encuentra cubierto de nieve seis meses al año. Por entonces, el pueblo no tenía sacerdote. Niños y adultos se hallaban sumidos, en la más profunda ignorancia.

El Hermano Lorenzo llevaba consigo provisiones desde Lavalla y regresaba los jueves para convivir con los Hermanos y proveerse de lo necesario. Se alojaba en casa de un vecino de



Bessac<sup>232</sup> y se preparaba él mismo su comida, que consistía en una sopa, que hacía por la mañana para todo el día. patatas y queso. Dos veces al día recorría el pueblo con una campanilla para llamar a los chicos. Era tal la veneración que había suscitado por su virtud que todos se descubrían a su paso. Cuando ya los niños estaban reunidos, les enseñaba las oraciones, el catecismo y la lectura. Los domingos juntaba en la ermita a todos los vecinos del pueblo. Y allí, después de hacer la oración de la tarde, rezar el rosario y cantar un cántico, explicaba a los buenos aldeanos las verdades de la religión. Los instruía también sobre las condiciones necesarias para recibir provechosamente los sacramentos y les enseñaba a santificar el trabajo, los sufrimientos y la pobreza, ofreciéndoselos a Dios y aceptando sin quejarse su santa voluntad.

No es para describir la dicha que experimentaba catequizando a esta buena gente y consagrándose a la educación de los niños pobres e ignorantes. Júzuese por esta anécdota:

Un jueves, como de costumbre, vino a Lavalla a proveerse de alimentos y regresó a Bessac en compañía del señor Champagnat que tenía que ir a confesar a un enfermo que le quedaba de camino. Había dos o tres palmos de nieve y los caminos estaban cubiertos de hielo. El Hermano Lorenzo llevaba en un saco un pan grande, queso y patatas para alimentarse durante la semana. Aunque era fuerte, como los caminos estaban intransitables, sudaba con el peso que llevaba. El señor Champagnat, al verlo así, le dijo:

-Hermano, qué oficio tan duro el tuyo.

-Perdone, Padre, no es duro, sino agradable.

-No veo qué gusto puede encontrar en subir estas montañas cada ocho días, pisando nieve y hielo, con ese peso al hombro y expuesto a caer en un precipicio.

-Tengo la seguridad de que Dios guía todos mis pasos y recompensará con inmensa gloria los trabajos y las fatigas soportados por su amor.

-De modo que está contento de catequizar y dar clase en ese pueblo difícil, llevando, como un pobre, su pan a cuestas.

-Tan contento, Padre, que no cambiaría mi empleo por nada del mundo.

-Ya veo que estima mucho su trabajo. Pero, ¿cree que lo merece?

-No, desde luego. Estoy convencido de que no soy digno de ir a dar la catequesis a Bessac; es un privilegio que se me ha concedido por especial bondad de Dios

-Qué cierto es cuanto dice. Pero no podrá por menos de admitir que hoy nos ha tocado un día pésimo

-No, Padre, es uno de los más bellos de mi vida.

---

<sup>232</sup>AA, pág. 45. El H. Avit emplea la ortografía actual: Le Bessat.

Su rostro brillaba mientras decía estas palabras, y se le nublaron los ojos de lágrimas de felicidad. El señor Champagnat, emocionado y confortado ante tanta virtud, pudo, a duras penas, contener las suyas<sup>233</sup>.

¡Dichoso el Hermano de María que, siguiendo tan admirable ejemplo, anhele ser enviado a una escuelita pobre y considere como un favor verse al frente de una clase llena de niños indigentes, toscos e ignorantes, ame la vida oculta y trate de hacer el bien sin ruido! Ese tal poseerá realmente el espíritu de su estado, atraerá las bendiciones de Dios y será colmado de gracias y consuelos. Un Hermano así, será columna y gloria de su Instituto.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO VIII**

*Fundación de las escuelas de Marlhès y Saint-Sauveur. Admirable conducta del Hermano Luis. Fundación de las escuelas de Tarentai-se y Bourg-Argental*

La escuela de Lavalla seguía prosperando. Los buenos modales de los niños, su progreso, piedad y el afecto que manifestaban a los profesores, atrajeron la atención de la gente hacia los Hermanos y les dieron a conocer en las parroquias del contorno.

Algunos párrocos, deseosos de proporcionar a sus feligreses tan buenos maestros, se los pidieron al señor Champagnat. El párroco de Marlhès, señor Allirot, se creía con derecho a ser atendido antes que nadie. Como algunos Hermanos se hallaban aceptablemente formados, el señor Champagnat consideró que podría acceder a los deseos de su párroco y le prometió dos Hermanos<sup>234</sup>.

Las primeras escuelas, como la casa madre, tuvieron la pobreza por cimiento. Para alojar a los Hermanos, el señor cura de Marlhès compró una casita<sup>235</sup> insalubre que rezumaba humedad por todas partes. El Hermano Luis fue nombrado director de la escuela, que se abrió en el transcurso de 1819<sup>236</sup>.

A su llegada a Marlhès, como los Hermanos no hallaron ni mobiliario ni provisiones en la casa que les habían asignado, tuvieron que albergarse en la casa parroquial durante unos días. Allí fueron observados muy de cerca. Los veían buenos, piadosos y modestos, pero también demasiado ingenuos y con poca instrucción. Hallándose en la habitación con su compañero, el Hermano Luis oyó que el coadjutor, y sobrino del párroco, decía a su tío:

---

<sup>233</sup>Al término de su vida, el Hermano Lorenzo suplica al Hermano Francisco que le permita ir a “dar la catequesis de pueblo en pueblo viviendo de limosna” (CSG II pág. 71).

<sup>234</sup>“El señor Allirot tomó posesión de la parroquia de Marlhès en 1781. Él dio la primera comunión al piadoso Fundador, en 1800. Le pidió dos de los primeros Hermanos para su escuela, en 1818, que se retiraron en 1821. Murió en 1822” (AA, pág. 42). Acerca de Allirot, véase P. PIAT, Jean-Antoine Allirot, párroco de Marlhès de 1781 a 1822.

<sup>235</sup>Que aún existe en la plaza del pueblo cuando se hace esta reedición.

<sup>236</sup>Las estadísticas indican que fue a finales de 1818 (AA, pág. 42).

-Nada bueno podemos esperar de estos dos jovencitos. No tienen instrucción ni experiencia para dirigir una escuela. Son dos niños<sup>237</sup>; ¿cómo van a dominar y formar a otros niños? Me temo que pronto nos vamos a arrepentir de haberlos llamado.

-Efectivamente, contestó el cura. Ambos son muy jóvenes y su formación deja mucho que desear. Es muy dudoso que puedan acertar.

“¿Se da cuenta de lo que están diciendo de nosotros?, dijo el Hermano Luis a su compañero. Vámonos de esta casa donde se nos juzga tan severamente. Antes de seguir aquí, es preferible vivir en nuestra casa, aunque no tenga más que cuatro paredes y aunque nos veamos obligados a alimentarnos sólo de pan. Abramos la escuela, pongámonos a trabajar y demostrémosles que somos capaces de desempeñar el empleo que nos ha confiado nuestro superior.”

Al día siguiente abrieron la escuela, se aplicaron de modo especial a organizar a los niños, a tenerlos silenciosos, infundirles hábitos de orden y limpieza y a formarlos en la piedad y los buenos modales; a implantar en las clases la emulación y todo lo que exteriormente denota que una escuela está bien dirigida. Apenas había transcurrido un mes y ya los niños habían cambiado. Parecía que la piedad, el recato y la modestia de los jóvenes maestros había contagiado a sus alumnos. Los padres, las autoridades y el público en general<sup>238</sup> estaban encantados de su docilidad, cortesía, amor al estudio y de su afecto a los profesores. No se cansaban de verlos pasar por las calles y volver a sus aldeas, de dos en dos, en perfecto orden y silencio. Todos se hacían lenguas de su trabajo. Párroco y coadjutor se quedaron agradablemente sorprendidos y comprendieron que habían juzgado con ligereza a los Hermanos. Por lo demás, es justo reconocer que fueron los primeros en alegrarse y celebrar sus aciertos, elogiar su comportamiento y secundar sus esfuerzos ante los niños y los padres para afianzar tan felices comienzos.

El Hermano Luis, lleno del espíritu de su santo estado y convencido de la excelencia de la misión que le habían encomendado, no daba la clase como cualquier maestro de escuela, sino como religioso y apóstol. No descuidaba la instrucción primaria, ciertamente, ya que sabía muy bien que era su obligación y un medio para atraer a los niños y ganarlos para Dios. Pero su objetivo y ambición no consistían en hacer sabios, sino ante todo en conseguir buenos cristianos. Decía a menudo a su compañero: “Hermano, tenemos en nuestras clases cien<sup>239</sup> niños. Son otras tantas almas cuya inocencia nos está confiada y cuya salvación depende en gran parte de nosotros. Estos niños van a ser el resto de su vida lo que hagamos de ellos con nuestra educación; su conducta futura está en nuestras manos. Si les inculcamos buenos principios y los formamos en la virtud, serán buenos cristianos y toda su vida será una cadena de acciones virtuosas. Si, por el contrario, descuidamos su educación religiosa, si nos contentamos con instruirlos en las ciencias profanas, la mayoría serán malos cristianos, es decir, hombres llenos de vicios y desprovistos de virtudes.

De ese modo, según desempeñemos nuestro oficio, seremos para estos niños causa decisiva de salvación o de perdición. De nosotros podrá decirse con seguridad lo que Simeón decía del santo Niño Jesús: *están puestos para salvación o para ruina de muchos*<sup>240</sup>; para salvación de los que cuidemos, eduquemos e instruyamos cristianamente; para ruina de los que dejemos en la ignorancia de nuestra santa religión y no nos esforcemos por corregir sus defectos. Los padres

<sup>237</sup>El Hermano Luis tenía entonces 16 años; el Hermano Antonio, 18 (AFM, 137.13).

<sup>238</sup>AA, pág. 43.

<sup>239</sup>Es, efectivamente, la cifra que da la primera estadística de 1824. (BI, número 162, pág. 161).

<sup>240</sup>Lc 2, 34.

nos envían a sus hijos para que les enseñemos a leer y escribir. Pero Dios nos los confía para que les enseñemos a conocer a Jesucristo, merecer el cielo y los formemos en la piedad y la virtud. Ésa es nuestra misión; sin olvidar lo demás, esmerémonos sobre todo en cumplirla.”

Con miras tan certeras y principios tan religiosos, el Hermano Luis no podía por menos de educar bien a los niños. Su clase era una auténtica escuela de virtud. Las prácticas religiosas se hacían con admirable piedad y fervor. El catecismo ocupaba siempre el puesto de honor y los niños, cualquiera que fuese su edad lo aprendían y recitaban dos veces al día. El Hermano Luis ponía tal empeño en las explicaciones que los niños lo seguían con profunda atención, y eran precisamente las instrucciones religiosas lo que más les atraía y aficionaba a la escuela. Por la noche, cada alumno repetía en su casa lo que el Hermano les había enseñado, los ejemplos que les había contado y las prácticas de virtud que les había recomendado; de modo que sus instrucciones aprovechaban tanto a los padres como a sus hijos.

El Hermano Luis profesaba gran devoción a la Santísima Virgen; por eso la nombró superiora de la casa, considerándose él como su mayordomo. Su interés por inspirar la devoción a esta divina Madre y hacerla amar de los niños era incansable. Semanalmente daba una instrucción sobre este tema<sup>241</sup>, y hablaba sobre María con cualquier pretexto. Con semejante dirección, las clases no podían por menos de prosperar. A su llegada, los Hermanos hallaron a los muchachos sumidos en profunda ignorancia. Apenas había transcurrido un año y ya casi todos los niños sabían leer, escribir, calcular y, lo mejor de todo, sabían de memoria las cuatro partes del catecismo<sup>242</sup> y eran consuelo de sus padres y ejemplo para la parroquia por su piedad y buen comportamiento.

El señor Colomb de Gaste<sup>243</sup>, alcalde de Saint-Sauveur-en-Rue, que pasaba los veranos con su familia en su casa de Coin<sup>244</sup>, y los domingos acudía a oír misa a Marlies, tuvo oportunidad de ver a los Hermanos acompañando a los niños y quedó maravillado de la piedad de los maestros y de la modestia y buen comportamiento de los discípulos.

-¿Quiénes son estos maestros?, preguntó al señor cura. Me han edificado profundamente. ¿De dónde los ha sacado usted?

-Son Hermanos, respondió el párroco, fundados por el señor Champagnat. Lo hacen bien, estamos satisfechos de ellos. La parroquia los estima y los chicos han cambiado por completo desde que están bajo su tutela.

Con estos informes, el señor Colomb<sup>245</sup> decidió en seguida proveer al municipio de Saint-Sauveur de la misma institución y cursó al señor champagnat una solicitud pidiéndole dos Hermanos. La petición fue atendida y se fijó la fecha de todos los Santos, de 1820, para la apertura de la nueva escuela.

<sup>241</sup>Todavía se mantiene esta práctica de dar la catequesis mariana a los alumnos en la actualidad (Constituciones y Estatutos, art. 84.1, 1986).

<sup>242</sup>Las cuatro partes son: Símbolo de los Apóstoles, Sacramentos, Decálogo y Oración dominical (cfr. ELIZABETH GERMAN, *Langages de la foi à travers l'histoire*. Fayard, París, 1972, pág. 44).

<sup>243</sup>Pedro Francisco de Colomb, escudero, señor de Hauteville y de Gaste (LPC 2, págs. 146-147 y OME, doc. 19, pág. 74). Aconsejó al Padre Champagnat que incluyese en la Regla un artículo que prohibiera a los Hermanos comer en casa del señor cura y de los seglares (AA, pág. 44).

<sup>244</sup>Pedro Francisco de Colomb, escudero, señor de Hauteville y de Gaste (LPC 2, págs. 146-147 y OME, doc. 19, pág. 74). Aconsejó al Padre Champagnat que incluyese en la Regla un artículo que prohibiera a los Hermanos comer en casa del señor cura y de los seglares (AA, pág. 44).

<sup>245</sup>Las familias de Colomb y Champagnat sin duda se conocían, aunque sólo fuera por la actividad política de Juan Batista Champagnat durante el error (LPC 2, pág. 146).

Los señores de Colomb, de Saint-Trivier<sup>246</sup> y de la Rochette<sup>247</sup> pagaron a escote los gastos de reparación de la casa, el modesto mobiliario y una módica renta anual para los Hermanos<sup>248</sup>. Fue nombrado director de esta escuela el Hermano Juan Francisco<sup>249</sup>, hombre entusiasta pero de poca instrucción, por lo que le dieron por compañero a un hermano joven, bien capacitado para poder dar la clase a los mayores.

La escuela de Saint-Sauveur<sup>250</sup> obtuvo el mismo éxito que las de Lavalla y Marlhès. En esta última parroquia, los Hermanos se habían granjeado de tal manera la confianza y el aprecio de los padres que todos los vecinos querían confiarles a sus hijos. Se presentaron también muchos alumnos de las parroquias vecinas. Este éxito sin precedentes fue en parte la causa de su ruina. Como dijimos antes. La vivienda de los Hermanos era pequeña insalubre e irregular las aulas no podían admitir tantos muchachos; faltaba espacio, luz y ventilación. En estas condiciones, la salud de los Hermanos corría serio peligro. El señor Champagnat pidió que se reparase y ampliase convenientemente la casa. El señor cura estaba de acuerdo en que los Hermanos estaban mal alojados y que era imprescindible mejorar su vivienda. Pero por falta de recursos, o más bien por creerse ofendido por el traslado del Hermano Luis<sup>251</sup>, realizado contra suparecer y a pesar de sus reclamaciones, no se apresuró a satisfacer la petición del señor Champagnat.

En los comienzos, aunque la gente estuviera satisfecha de los Hermanos, diera testimonio de sus éxitos, admirase su comportamiento personal y aprobase su método de enseñanza y modo de educar a los niños, no confiaba demasiado en el futuro de su obra ni daba crédito a la congregación. Al contrario, se la consideraba como una novedad, como un edificio sin base ni cimientos y que se vendría abajo en el momento menos pensado o que sería arrebatada por los vientos de la tribulación<sup>252</sup>. Se atribuía el éxito de las escuelas no al espíritu de la congregación y las gracias de estado, sino al mérito personal del director de la escuela<sup>253</sup> y a su talento. Por eso, al producirse un cambio, creían que todo se arruinaría y que la desaparición del Hermano llevaría consigo la de la escuela. El señor Alliot parecía ser el primero en creerlo así. De modo que mientras por un lado pedía Hermanos al señor Champagnat, por otro enviaba a los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Lyon a los muchachos que le pedían consejo para hacerse religiosos. Pues pensaba que encaminándolos o, simplemente, permitiéndoles ir a los Hermanitos de María cometía una imprudencia y ponía en peligro los intereses, la vocación y el porvenir de esos postulantes.

Lo peor era que no se recataba de expresar estos sentimientos ante los mismo Hermanos. “No piense, decía al Hermano Luis, que su comunidad vaya a perdurar. Para ello habría que construir sobre roca, y su congregación está edificada sobre arena<sup>254</sup>. Hay que contar con recursos de los que ustedes no disponen ni dispondrán jamás.” “La roca que debe servir de base a una congregación, le respondió el Hermano Luis con suma tranquilidad, es la pobreza y la contradicción. Y, gracias a Dios, ambas cosas las tenemos en abundancia, por lo que estoy convencido de que construimos sólidamente y de que Dios nos ha de bendecir.”

<sup>246</sup>El cardenal Donnet puntualizó que el señor de Trivier no tenía nada que ver en la fundación de la escuela de Saint-Sauveur, pero que hizo mucho por la de Bourg-Argental (CSG III, pág. 544).

<sup>247</sup>Probablemente, claudio Víctor de la Rochette, caballero, señor de Bonneville.

<sup>248</sup>El informe del inspector Guillard nos da a conocer la cantidad mínima exigida: 150 francos anuales por dos Hermanos. Además, la módica cuota de 0,50 fr.; 0,75 fr.; o 1 fr. a los alumnos que pueden pagar (OME, doc. 19, pág. 74).

<sup>249</sup>Esteban Roumesy, que luego abandonó el Instituto (LPC 2, pág. 288).

<sup>250</sup>LPC 2, pág. 620.

<sup>251</sup>La escuela fue cerrada. El Hermano Luis sustituyó en Lavalla al Hermano Juan María, y éste fue nombrado director de la escuela de Bourg-Argental (LPC 2, pág. 590 y ss.). Para fechar los acontecimientos de estos años, véase al final del capítulo.

<sup>252</sup>Mt 7, 27.

<sup>253</sup>El señor Alliot confía sólo en una persona concreta que conoce bien, como es el Hermano Luis; pero no en una congregación que empieza a ser criticada (Bl, enero de 1955, pág. 158 y OME, doc. 19, Cantón de Saint-Chamond, 26 de abril, págs. 75-76).

<sup>254</sup>Mt 7, 26.

- Usted hace el bien aquí, le dijo un día. ¿Por qué tiene que marcharse?
- Me voy porque la obediencia me lo pide, señor cura.
- Pero, ¿no se da cuenta de que arruina su escuela al marcharse?
- No lo creo; pues el que me va a sustituir lo hará mejor que yo.
- No es posible.
- No sólo es posible, es segurísimo, pues está mucho mejor preparado y es más piadoso que yo.
- Aquí lo apreciamos; tiene éxito. Quédese con nosotros. Yo le protegeré; respondo de su porvenir.
- De ninguna manera, señor cura.
- Está equivocado.
- Debo cumplir con mi obligación. Mi superior lo manda y debo obedecer.
- Su superior es un hombre sin experiencia, sin capacidad ni dotes intelectuales. Lo demuestra el hecho de llevárselo de aquí, a pesar de mis indicaciones. Ya lo conozco hace mucho.
- No es ésa la idea que tienen en Lavalla acerca del señor Champagnat. Todos lo consideran sabio y bueno. Y nosotros, los Hermanos, lo tenemos por santo.

El párroco se dio por vencido y no insistió. Y el Hermano Luis se marchó no sin antes haber pedido y obtenido su bendición.

El comportamiento del Hermano es admirable y manifiesta las grandes cualidades que formaban su carácter. Humilde y modesto, considera a los demás Hermanos superiores a él, más virtuosos preparados. Dócil como un niño, la obediencia le es tan natural, le parece tan necesaria al religioso que la considera simplemente como su deber. "Mi superior manda, yo debo obedecer." No dice: tengo que analizar la orden, tengo que ponerle mis objeciones, debo hacerle conocer la actitud del señor párroco y lo mal que le sienta mi traslado; sino, sencillamente: "debo obedecer". Manifiesta un respeto y una veneración incomparables por un superior cuya orden suscita tantas dificultades y al que oye censurar y denigrar. Inconmovible en su vocación como una roca, lo dejan tan indiferente las ventajas temporales que le parece inútil decir que las desprecia, y ni hace alusión a ellas. ¡Ojalá todos los miembros del Instituto tengan presente este ejemplo de uno de sus mayores y se muestren dignos Hermanos suyos si llegaran a verse en parecida situación!

La primera recompensa que Dios concedió al Hermano Luis por su noble postura fue tal vez lo que más deseaba: la prosperidad de la escuela que tantos desvelos y sacrificios le había ocasionado. Su sucesor obtuvo, efectivamente, éxito total y mereció el afecto de los niños, la confianza de los padres el aprecio del señor cura.

Sin embargo, la casa se hallaba en tan lamentable estado que ya no podían permanecer en ella sin peligro. Cuando el señor Champagnat fue a visitar a sus Hermanos, se quedó tan conmovido al ver su difícil situación que determinó llevárselos. Fue a ver al señor párroco, que le recibió fríamente y le dijo:

-Me llevo a los Hermanos.

-Bueno, pero nos enviará otros, le respondió el señor Alliot.

-No, porque no puedo exigir a nadie semejante sacrificio. Su casa está en tan malas condiciones que en conciencia no puedo permitir que se alberguen en ella los Hermanos ni los niños.

Unos días después, los Hermanos volvieron a Lavalla, y la escuela se abandonó. Más que de cierre habría que hablar de interrupción, pues se abrió de nuevo en 1833, cuando regía la parroquia el nuevo párroco, señor Duplax<sup>255</sup>.

Por el mismo tiempo se fundó también la escuela de Tarentaise. El Hermano Lorenzo fue su responsable. Estaba solo y por aula tenía un granero<sup>256</sup>. Allí, aunque faltaran casi todos los muebles, al menos tenían aire y espacio. El Hermano Lorenzo no disponía de alojamiento especial. Dormía en la misma habitación que los alumnos del señor cura, se preparaba él mismo su comida en la casa parroquial, como había hecho en Bessac, y comía lo mismo que ellos.

La atención a las clases de Tarentaise no le hicieron dejar la catequesis de Bessac. Se trasladaba allá todos los domingos y jueves, recorría el pueblo tocando su campanilla para llamar a los niños, entraba en las casas para invitar a los más pequeños y a los mayores menos instruidos. Los reunía a todos en la ermita y los ocupaba a veces durante varias horas, ya en la oración, ya explicándoles las verdades de la fe cristiana. Tenía un don especial para dar a entender, apreciar y amar las verdades de la religión, para cautivar la atención y el interés de los niños y aficionarlos a la catequesis. Lo realmente admirables es que los mayores lo escuchaban también con gran atención y recibían de sus labios la palabra de Dios como si la recibieran de su mismo párroco.

El éxito de la escuela de Saint-Sauveur fue conocido en Bourg-Argental, distante tan sólo unos kilómetros. El señor de Pleyné<sup>257</sup>, alcalde de este municipio, preguntó al señor Colomb dónde había encontrado aquellos maestros a quienes el público no cesaba de encomiar. El señor Colomb, que conocía como nadie el bien que los Hermanos estaban realizando y que los estimaba mucho, igual que a su Fundador, le explicó quiénes eran, cuál era su finalidad, su modo de vida y las condiciones necesarias para traerlos a la parroquia<sup>258</sup>. El señor de Pleyné, que desde hacía tiempo venía acariciando la idea de fundar una escuela de Hermanos en su parroquia, y cuyo proyecto no se había realizado por falta de recursos económicos, quedó en cantado al ver que las módicas condiciones exigidas por la congregación de los Hermanitos de María le permitirían realizar su proyecto. Escribió sin dilación al señor Champagnat para pedirle tres Hermanos, que le fueron concedidos. El señor de Pleyné puso tanta diligencia en acondicionar el alojamiento y el mobiliario de los Hermanos que, al cabo de unas semanas, todo estaba a punto.

Al enviar a los Hermanos a Bourg-Argental<sup>259</sup>, M. Champagnat les hizo las siguientes recomendaciones:

“Queridos Hermanos, les dijo, el fin que nos propusimos al juntarnos para fundar esta nueva sociedad fue dar instrucción y educación cristianas a los niños de las parroquias rurales más pequeñas. Pero ya veis que también las poblaciones importantes nos piden el mismo favor. Tenemos, sin duda, la obligación de no rehusar este servicio, pues la caridad de Jesucristo, que ha de ser norma de la nuestra, alcanza a todos los hombres, y también los niños de las ciudades

<sup>255</sup>Claudio Duplay, hermano mayor de Juan Luis, compañero de Marcelino y luego superior del seminario mayor(LPC 2, pág. 208 y ss.)

<sup>256</sup>Se encarga de la clase de los principiantes y el párroco, o su coadjutor, de los latinistas, algunos de los cuales son internos. El Hermano Lorenzo es al mismo tiempo prefecto de éstos últimos (LPC 2, pág. 316 y AA, pág. 45).

<sup>257</sup>El señor Devaux de Pleyné, LPC 2, pág. 175.

<sup>258</sup>Notas del inspector de la Academia Guillard acerca de la visita al cantón de Boug-Argental, en la primavera de 1822 (OME, doc. 19, págs. 72-73).

<sup>259</sup>La supremacía de Bourg-Argental no se debe al número de habitantes, inferior a 2000, cuando Lavalla y Marlies contaban ambos con unos 2500. Su importancia estriba en el papel político que venía desempeñando desde la Edad Media. Durante la Revolución fue uno de los baillazgos en que se reunían los diputados del primer nivel de los Estados Generales.

le costaron su sangre. Sin embargo, quiero hacerlos dos observaciones. La primera es que no hemos de olvidar nunca que hemos sido creados primordialmente para las parroquias rurales y que las escuelas de dichas parroquias deben contar con nuestra predilección. Y la segunda, que la enseñanza religiosa en las parroquias de mayor población y en las ciudades debe ser más intensa, ya que en ellas las necesidades espirituales son mayores y la instrucción primaria es mayor. Estas escuelas, mucho más que en otras partes, la catequesis y las prácticas religiosas deben ocupar el primer puesto. Y es deber de los Hermanos poner tanto mayor cuidado en la educación cristiana de estos niños cuanto que están más abandonados y sus padres se preocupan menos de ellos.

Id, queridos Hermanos, id confiados a cultivar la parcela que la divina Providencia os encarga que roturéis. Si la empresa os parece ardua, recordad que es Dios quien os la confía y que su ayuda no os va a faltar, si le sois fieles. Las autoridades que os han llamado, y los padres, que os aguardan impacientes para confiaros a sus hijos, esperan que deis a los niños sólida instrucción primaria. La Iglesia, que os envía, tiene designios más elevados y os pide que enseñéis a conocer, amar y servir al Padre de los cielos, que hagáis de los niños buenos cristianos y que vuestra escuela sea un semillero de santos. La Iglesia os envía para combatir el reino del pecado y establecer el de la virtud, conservar la inocencia de los niños, prepararlos a la primera comunión, darles a conocer a Jesucristo y el amor inmenso que les tiene ese divino Salvador, inspirarles la devoción a María y conseguir que amen la ley de Dios. Ése es, queridos Hermanos, el aspecto más importante de vuestra labor y el fin de vuestra vocación.

Dios os bendecirá y dará prosperidad a la escuela en la medida de vuestro esfuerzo y del celo por alcanzar este ideal. En cuanto lleguéis a Bourg-Argental, id inmediatamente a la iglesia para adorar a Nuestro Señor, ofreceros a él, encomendarle la obra que os ha sido confiada y pedirle que la bendiga. De la iglesia pasareis a la casa parroquial para presentaros al señor cura, pedirle su bendición, rogarle que haga de padre con vosotros y prometerle que siempre seréis hijos suyos obediente. Luego visitaréis al señor alcalde, que es vuestro bienhechor, poniéndoos a su disposición para iniciar las clases el día que le parezca conveniente.

En fin, queridos Hermanos, no olvidéis que la primera lección que debéis dar a los niños y demás fieles de la parroquia es el buen ejemplo. Sed para todos modelo de piedad y de virtud.”

Los Hermanos llegaron a Bourg-Argental a finales del año 1821 y abrieron la escuela el 2 de enero<sup>260</sup> de 1822. Pocos días después la escuela tenía doscientos alumnos. La dirección fue confiada al Hermano Juan María. El Hermano Luis<sup>261</sup> lo sustituyó en Lavalla. Podría pensarse

<sup>260</sup>Tenemos información sobre esta escuela y sobre el Hermano Juan María por el informe del inspector Guillard (BI, n.º 157, pág. 455 y ss. y OME, documento 19, págs. 72-73).

<sup>261</sup>LPC 2, pág. 339.

Intento de fechar los acontecimientos de estos años.-El Hermano Juan Bautista, llegado a Lavalla en marzo de 1822, probablemente debió de ser destinado a Bourg-Argental por Todos los Santos del mismo año, ya que en febrero de 1823 se encuentra enfermo (“Acordaos” en la nieve, AA, pág. 50). Acompaña, pues, al Hermano Juan María que inauguró la escuela el 2 de enero de 1822 (AA, pág. 45).

En cuanto a la clausura de la escuela de Marthes, el Hermano Avit, en los Anales de Marthes, habla de 1822, y en *Abrégé des Annales*, dice, con motivo de la reapertura, en 1832, “la escuela que habíamos dejado hacía once años”. Si 1822 fuera válida como fecha del cierre, sería, sin duda, en los primeros días del año. El Hermano Luis dejaría Marthes en la fiesta de Todos los Santos de 1820 para hacerse cargo del noviciado de Lavalla. Y la conversación con el párroco de Tarentaise, señor Préher, que le habla con admiración del Hermanito Francisco, nombrado cocinero de Marthes, habría que situarla en 1821. El Hermano Juan María habría permanecido en Lavalla sin responsabilidad directa sobre los novicios, que, por cierto, son muy escasos entre 1820 y 1822. El Hermano Lorenzo sustituiría en Marthes al Hermano Luis, pero la disciplina de la escuela se resentiría en Marthes al Hermano Luis, pero la disciplina de la escuela se resentiría a causa de la excesiva bondad del Hermano, como lo insinúa el Hermano Avit en los Anales de Marthes al Hermano Luis, pero la disciplina de la escuela se resentiría en Marthes al Hermano Luis, pero la disciplina de la escuela se resentiría a causa de la excesiva bondad del Hermano, como lo insinúa el Hermano Avit en los Anales de Marthes. Se añadía al mal estado del edificio una razón más para cerrar la escuela. Como fue el Hermano Lorenzo quien la cerró, tuvo que ser en



que el Hermano Juan María, que era el primer Hermano del Instituto, tenía que haber permanecido al frente de la casa del noviciado. Pero el señor Champagnat, que no hallaba en él total docilidad, tenía motivos para alejarlo. El Hermano Juan María, como la mayoría de los que entran en religión en edad avanzada, tenía una virtud un tanto especial. Sus propios criterios, de los que no se había despojado totalmente, lo llevaban a exageraciones y a una perfección ilusoria.

Quería ser santo. Pero un santo de primera categoría, y a su manera. Más aún, exigía de los demás la misma perfección. El señor Champagnat se esforzó por hacerle ver el peligro de su comportamiento, pero consiguió muy poco. Al hallar mucha más docilidad y espíritu religioso en el Hermano Luis, creyó, con razón, que era más apto para dirigir la casa de noviciado e infundir el espíritu del Instituto a los Hermanos jóvenes.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
 CEPAM/abm  
 PRIMERA PARTE

**CAPITULO IX**

*Marcelino Champagnat pide a Dios vocaciones. De cómo escuchó Dios su oración.*

Las fundaciones de Saint-Sauveur y Bourg-Argental habían dejado vacío el noviciado. No quedaban postulantes ni novicios, y los Hermanos que seguían en la casa madre estaban ocupados en las escuelas de la parroquia o en labores domésticas<sup>262</sup>. El señor Champagnat, aunque veía muy complacido el éxito que por doquier lograban sus hijos y la porfía de los Ayuntamientos en solicitar sus servicios, estaba, sin embargo, afligido al ver que las vocaciones escaseaban tanto.

Durante tres años no había recibido más que tres o cuatro aspirantes<sup>263</sup>, y no había indicios de que se presentaran más, al menos en cantidad suficiente para poder atender a las solicitudes recibidas. Tal penuria, que comprometía hasta la existencia misma de la pequeña congregación, constituyó una auténtica prueba para su Fundador. Pero, lejos de desalentarlo, le sirvió de acicate para espolpear su entusiasmo y aumentar su confianza en Dios.

la fiesta de Todos los Santos de 1821, y no de 1822; pues según el Hermano Avit, el Hermano Lorenzo abre Tarentaise en noviembre de 1821 (AA, pág. 45). Si mantenemos los primeros días de 1822 como fecha de clausura de Marlies, tendríamos que admitir que el Hermano Juan María se hallaría en Tarentaise por Todos los Santos de 1821 y luego pasaría a Bourg-Argental el 2 de febrero de 1822.

<sup>262</sup>La expresión “escuelas de la parroquia” nos aclara que en Lavalla los Hermanos no sólo regentaban la escuela del núcleo principal, sino que daban también clase y catequesis en varias aldeas. Según los registros y una estadística de 1.º de enero en 1825 (AFM, 143.01), el Instituto tiene ocho Hermanos. Un documento de los Archivos Departamentales de Loira (ADL, t. 10) señala: “25 de septiembre de 1822, Granjon y Couturier son autorizados en Borg-Argental; Roumezy Badard en Saint-Sauveur.” Podemos pensar que se encontraban allí desde el comienzo del año escolar. A primeros de 1822, el Hermano Lorenzo ya no se encuentra en Marlies, sino en Tarentaise y al mismo tiempo sigue catequizando Bessat, una de “las escuelas del pueblo de Lavalla y de enseñar también en varios caseríos: sin duda, los Hermanos Luis, Juan Pedro y Francisco. Es probable que el Hermano Luis no dedicara todo su tiempo a Claudio Fayol y Antonio Gratalon, los únicos candidatos a la vida marista antes de la llegada de los ocho postulantes del Alto Loira, en marzo de 1822.

<sup>263</sup>Durante los tres años (1819-1821), en el Registro de entradas figuran los nombres de: Esteban Roumesy (1819), Juan Pedro Martinol (1820), Antonio Gratalon (1821) y Juan Bautista Tardy (1821). Este último se retira poco después para entrar de nuevo en 1827. Con ello se confirma el número citado de “tres o cuatro”.

Al verse desprovisto de todo recurso humano para acabar con esta situación, y convencido, además, de que la vocación es don de Dios, que sólo él la concede, que él orienta a quienes llama a la vida religiosa hacia las comunidades que quiere bendecir, puso toda su confianza en la divina bondad y le dirigió fervientes oraciones para pedirle que le enviara nuevos hijos.

No dejó tampoco de acudir a María<sup>264</sup>, en cuya protección tenía ilimitada confianza. Celebró la santa misa e hizo numerosas novenas en su honor, exponiéndole con la sencillez de un niño que, siendo ella la madre, superiora y protectora de la casa, debía ocuparse de evitar su desaparición. “Es tu obra, le decía; tú nos has reunido, a pesar de la oposición del mundo, para procurar la gloria de tu divino Hijo. Si no nos socorres pereceremos; nos extinguiremos como lámpara sin aceite. Pero si perece, no es nuestra obra la que perece, es la tuya, pues tú lo has hecho todo entre nosotros. Contamos, pues, contigo, con tu ayuda poderosa; en ella confiaremos siempre”

La Madre de misericordia, conmovida por la confianza que en ella tenía su siervo, escuchó sus súplicas, atendió sus peticiones y le demostró que no en vano había acudido a ella.

En efecto, nos encontramos en la época en que la congregación, que parecía herida de muerte, alcanza un desarrollo casi milagroso. Pero lo más sorprendente es el medio del que Dios se valió para darla a conocer y traerle los jóvenes que había formado y destinado para ella. En las manos de Dios todo instrumento se vuelve apto para realizar los planes divinos. Lo prueba el hecho siguiente en que se valió de un mal sujeto, de un religioso apóstata, para realizar los planes de misericordia que tenía sobre la incipiente congregación y proporcionarle nuevas vocaciones.

Hacia mediados de la cuaresma de 1822, al volver de la iglesia, donde había dirigido la oración y exhortación vespertina, Marcelino Champagnat halló en casa a un joven<sup>265</sup> que le pidió el favor de ser admitido en la comunidad. Como no le agradaron su aspecto y sus ademanes y los motivos que aducía para entrar le hicieron sospechar algo, le preguntó secamente de dónde venía y a qué se había dedicado hasta entonces. Al saber que venía de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde había permanecido seis años, le dijo: “Si no sirve para hermano del señor de La Salle, o si su forma de vida no le interesa, tampoco servirá para nosotros, así que no puedo recibirlo.” Sin embargo, como era noche cerrada, no creyó conveniente negarse a darle hospitalidad, y añadió: “Duerma aquí esta noche y mañana se va.”

El joven, que tenía muchas ganas de quedarse, probablemente porque no tenía adónde ir, lo intentó todo para conseguir interesar al señor Champagnat y ganar su confianza. Después de la cena, le habló largo y tendido acerca de su pueblo y de las numerosas vocaciones que en él conseguían los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Viendo que el tema interesaba al señor Champagnat, añadió:

“Si me recibe, le prometo traerle varios postulantes que conozco.”

Tanto insistió al día siguiente para que le permitiera hacer una prueba que consistió en que pasara dos o tres días en la casa. La prueba o satisfizo totalmente al señor Champagnat. La conducta del joven le parecía ambigua; por lo que lo mandó llamar y le dijo que se retirase.

<sup>264</sup>“Esta escasez preocupó al piadoso Fundador. Dirigióse a Dios y a Nuestra Señora de la Piedad, con fervientes súplicas, e hizo muchas novenas” (AA, página 46).

<sup>265</sup>Lo único que sabemos de este joven es que “pertenecía a una distinguida familia de la región”, como lo afirma el autor un poco después.

Después de nuevos e inútiles intentos para ser admitido, y viendo que nada conseguía, dijo el joven: docena de buenos chicos?

-¿Me recibiría si le traigo media docena de buenos chicos?

-Sí, cuando los encuentre, le respondió el señor Champagnat.

-En ese caso, deme una carta de presentación<sup>266</sup> para regular mi situación.

Para deshacerse de él, el señor Champagnat le dio una carta que a nada comprometía<sup>267</sup>, y le dijo al entregársela:

-Vaya y quédese con sus padres o, mejor para usted, regrese a la comunidad de donde ha salido, pues ni nuestra casa, ni nuestro género de vida le convienen.

Provisto de la carta, el joven salió para su pueblo, que se hallaba a unas quince leguas<sup>268</sup> de Lavalla. Al llegar a su casa, no perdió el tiempo. Y apenas habían transcurrido ocho días ya había convencido a ocho<sup>269</sup> jóvenes a seguirlo a Lavalla o, más bien, a Lyon, pues se cuidó mucho de decir que los llevaba a Lavalla. En su pueblo todos lo seguían considerando miembro de la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y él ni siquiera mencionó a los Hermanitos de María. Ni a los jóvenes ni a sus padres les pasó por la cabeza que podría tratarse de este Instituto, para ellos totalmente desconocido. Hasta en el pliego de condiciones en que se determinaba la cuota y fecha de los pagos, se decía que los postulantes iban al noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Lyon, y no figuraban para nada los nombres de M. Champagnat y de los Hermanitos de María.

No debe extrañar la facilidad de este joven para conseguir que lo siguieran tantos muchachos; pues, además de que el dedo de Dios está patente en esta historia, se desconocía la situación irregular del desdichado, y su familia era una de las mas distinguidas del contorno tanto por su fortuna como por su piedad. Por eso le fue fácil convencer a esos postulantes, algunos de los cuales ya habían decidido entrar en religión e, incluso, habían solicitado plaza en el noviciado de Lyon. Pocos días bastaron para confeccionar el ajuar y hacer los preparativos para la marcha.

A finales de marzo<sup>270</sup> de 1822, los piadosos jóvenes con su guía al frente, se pusieron en camino con la convicción<sup>271</sup> de ir al noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Lyon<sup>272</sup>. Al cabo de dos días<sup>273</sup> llegaron a la cumbre del monte que está frente a Lavalla.

-Mirad- les dijo el ex-Hermano señalando el campanario de la parroquia-, ahí termina nuestro viaje.

-Pero, ¡bueno! ¿Ahí es adonde vamos? Eso no es Lyon.

---

<sup>266</sup>Para hacerse acreditar ante padres y sacerdotes.

<sup>267</sup>"Insignificante", es decir, no comprometedor. El Padre Champagnat es superior de una comunidad que aún no ha sido autorizada para la enseñanza (LPC 1, pág 21, art. 36).

<sup>268</sup>Sesenta kilómetros, distancia que separa Lavalla de Saint-Pal-en-Chalencon, pueblo del Hermano Juan Bautista.

<sup>269</sup>El pasaje de los ocho postulantes (Cfr. Gabriel Michel, BI XXVIII, págs. 270-280).

<sup>270</sup>El 25 de marzo, fiesta de la Anunciación (SMC, vol. 2, pág. 101).

<sup>271</sup>Como el Hermano Juan Bautista era uno de los interesados, puede hablar de "profunda convicción".

<sup>272</sup>El noviciado se hallaba junto a la catedral.

<sup>273</sup>El Hermano Silvestre dice: "Después de dos puestas de sol" (MEM, página 25).

-No, claro que no es Lyon. Pero aquí tenemos un noviciado. Pasaréis en él unos días y luego iréis a Lyon.

La llegada del ex-Hermano con su cuadrilla dejó sorprendido al señor Champagnat. Estaba cavando el huerto. Dejó el trabajo para ir a su encuentro. "Me parece estar viéndolo aún, dice uno de los muchachos<sup>274</sup> que formaba parte del grupo, contemplándonos de pies a cabeza con expresión de extrañeza que revelaba bien a las claras que no nos esperaba. Después de hacernos varias preguntas para sondear nuestras actitudes y los motivos que nos traían, terminó por decirnos que no podía recibirnos. Esto nos sorprendió tanto y nos causó tal pena que el señor Champagnat, al darse cuenta, añadió para consolarnos: *Voy a orar a Dios para examinar el asunto. Podéis quedaros hasta mañana.*"

-La mayoría de estos postulantes agradaron mucho al señor Champagnat. Si puso dificultad en recibirlos, fue porque no los conocía y temía que su vocación no estuviera bastante probada, no respondiera a motivos elevados y fuera sólo consecuencia de las presiones de quien los traía por interés personal para ser admitido el mismo. Además, un número así le inquietaba por varios motivos. "Es posible que estos muchachos -decía- se hayan decidido arrastrándose unos a otros. Como a uno se le ocurra retirarse, me temo que los demás empiecen a hastiarse y se vuelvan como han venido, uno detrás de otro."

Además, el número era excesivo para la capacidad de la casa. No había habitaciones, ni camas suficientes, por lo que tuvieron que pasar la noche en el granero<sup>275</sup> sobre la paja. Faltaban también recursos, pues la mayoría de los jóvenes sólo traía una cantidad exigua para pensión; y la casa, que apenas podía abastecerse, no estaba en condiciones de hacer nuevos sacrificios. Por estas razones, el señor Champagnat consideró oportuno no imponer esta carga a la comunidad sin recabar el parecer de los principales Hermanos.

Al día siguiente llamó a los postulantes y les dijo: "No puedo aseguraros todavía que pueda recibirlos. He de consultar a los Hermanos antes de comunicaros lo que debo hacer. Mientras, podéis quedaros unos días con nosotros. Pero como resulta problemático que podamos admitiros, los que quieran retirarse pueden hacerlo."

Y al mismo tiempo escribió a los Hermanos de Bourg-Argental y Saint-Sauveur y los invitó a que vinieran a reunirse con él por las fiestas de Pascua, de allí a diez días<sup>276</sup>. Cuando llegaron los Hermanos, los reunió varias veces en su cuarto, les hizo ver los designios de Dios sobre la nascente congregación que en este caso parecían evidentes. Les dijo que era partidario de recibir a aquellos jóvenes, que parecían visiblemente enviados por la Providencia. Como todos los Hermanos compartían su parecer, decidieron admitir a los ocho postulantes y al que los había traído. Pero que había que someterlos a pruebas especiales para comprobar la solidez de su vocación.

Los amigos del señor Champagnat, sin embargo, no pensaban así y reprobaron abiertamente su decisión. Hicieron cuanto pudieron para convencerlo de que debía despedir a los recién llegados. "No puede quedarse con ese grupo de muchachos. ¿Cómo los va a mantener? La casa<sup>277</sup> es demasiado pequeña para alojarlos. Además, ¿sabe qué va a suceder si se quedan? Que se

<sup>274</sup>Podemos deducir que el Hermano Juan Bautista habla de sí mismo en tercera persona

<sup>275</sup>El Hermano Avit escribe: "Él (el Padre Champagnat) los sometió a duras pruebas y finalmente los admitió. Los hizo dormir en el granero" (AA, pág. 46).

<sup>276</sup>El 7 de abril (cfr. BI XXVIII, pág. 279).

<sup>277</sup>La visita del inspector Guillard, un mes más tarde, indica que la casa se halla en obras (cfr. OME, doc. 19, pág. 76).

retirarán después de haber ocasionado grandes gastos. Alimentar y mantener a todos esos chicos es algo que desborda sus posibilidades. La prudencia aconseja que vaya poco a poco y que no imponga alegremente a la comunidad una carga tan pesada. Así que, al menos, decídase a despedir a los más jóvenes, tanto más cuanto que son demasiados niños<sup>278</sup> para saber si tienen vocación.” El señor Champagnat estaba decidido, y nada pudo hacerle revocar su determinación. Pero como hombre prudente, empleó todos los medios que le inspiró el espíritu de Dios para probar a esos postulantes y asegurarse de que convenían a su congregación. En lugar de ponerlos a estudiar, los ocupó en trabajar la tierra de la mañana a la noche, los obligó a guardar riguroso silencio y a estar siempre ocupados. El capítulo de culpas, las reprensiones y penitencias públicas por las menores faltas; no escatimó nada. Pero nada pudo doblegar la firmeza de aquellos aspirantes.

El señor Champagnat, encantado y admirado de tanta constancia, quiso someter a los más jóvenes a una prueba definitiva. Los reunió en presencia de los Hermanos de la casa y les dijo: “Amigos míos, ya que queréis a todo trance quedaros con nosotros y llegar a ser hijos de María, estoy decidido a admitiros a todos. Pero, como algunos de vosotros sois todavía demasiado jóvenes para conocer la vocación, he pensado ponerlos en casa de unos campesinos para cuidar los animales. Si os portáis bien, si vuestros amos quedan satisfechos y seguís con la idea de abrazar la vida religiosa, os admitiré definitivamente al noviciado en la próxima fiesta de Todos los Santos. Luego, dirigiéndose al más joven, añadió:

-Vamos a ver, ¿estás de acuerdo?

-Acepto, ya que así lo quiere usted, respondió el simpático muchacho, pero a condición de que me reciba con seguridad en la fecha que ha fijado.”

Ante esta respuesta, el señor Champagnat se quedó estupefacto; bajó la mirada un momento y les dijo:

-Está bien, os admito a todos desde ahora mismo.

Pero, ¿de dónde procedía la tenacidad de estos muchachos y cuál era el motivo de su apego a un Instituto que les ponía tantas trabas para aceptarlos? Nos lo va a explicar uno<sup>279</sup> de ellos con su ingenuo lenguaje:

“Se equivocaban al desconfiar tanto de nosotros y sospechar de los motivos que nos habían traído. Si hubieran sido consideraciones humanas, no habiéramos permanecido ni un solo día. En efecto, ¿quién hubiera podido retenernos en una casa donde sólo había pobreza, en la que teníamos por dormitorio un granero y un poco de paja como lecho y por todo alimento pan de centeno -que de mal cocido se deshacía- y legumbres, y por bebida, agua clara? ¿En una casa donde de la mañana a la noche nos sometían a duros trabajos y nos daban por todo salario reprensiones o castigos que teníamos que recibir con profundo respeto? Si ahora me preguntan qué podía atraernos en unas circunstancias tan contrarias a la naturaleza, por qué nos cautivaba tanto una Sociedad que no nos aceptaba, responderé que fue la devoción que en ella se profesaba a María. Al día siguiente de nuestra llegada, el señor Champagnat nos entregó un rosario a cada uno; nos habló varias veces de la Santísima Virgen con aquel tono tan persuasivo que le era habitual y nos contó varios casos en que resplandecía la protección de la divina

<sup>278</sup>Sus edades oscilan entre 15 y 25 años (BI XXVIII, págs. 275-278).

<sup>279</sup>Varios de estos jóvenes continuaron algunos años; pero sólo dos perseveraron hasta el fin. Son los Hermanos Hilarión y Juan Bautista, autor de este libro (cfr. BI XXVIII, pág. 273).

Madre. Todos los que nos encontrábamos allí quedamos tan impresionados de las cosas tan bellas que nuestro buen Padre nos contó de la Santísima Virgen que nada en el mundo hubiera sido capaz de desviarnos de nuestra vocación.”

Añadamos, para concluir esta historia, que el infeliz que había traído aquellos postulantes fue despedido quince días después, por la misma falta que había motivado su expulsión de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, es decir, por atentar contra las buenas costumbres.

Aquí cabe una reflexión que puede ser provechosa a quienes dudan de su vocación porque en sus comienzos pudo haber sido motivada por consideraciones humanas o porque el hombre haya sido su promotor. “La vocación a la vida religiosa, aunque procediera del demonio, dice santo Tomás, debería abrazarse como un excelente consejo, aunque venga de un enemigo. Y, además, añade el santo doctor, aunque el atractivo por la vocación procediera del demonio<sup>280</sup> no por eso habría que concluir que no venga al mismo tiempo de Dios, ya que a menudo vuelve la malicia del enemigo del género humano en contra suya y en provecho nuestro, es decir, que nos permite cortar la cabeza de este Goliat con su propia espada<sup>281</sup>. ¿No se valió acaso de la malicia de los hermanos de José para encumbrarlo al gobierno de Egipto? ¿No sacó los medios de nuestra Redención? de la traición de Judas y de la perfidia de los judíos? Del mismo modo, el amor a la vida religiosa, sea cual fuere su origen o su promotor, sólo puede proceder de Dios.”

Los ocho postulantes, aunque traídos al Instituto por un religioso que había profanado la santidad de su estado y perdido su vocación, no por eso dejaron de ser llamados. Entre ellos hubo buenos religiosos; uno llegó a ser Asistente general<sup>282</sup>, y estaba también el que durante más de quince años organizó los documentos que sirvieron para escribir la vida del piadoso Fundador.

Como dejamos dicho más arriba, de esta época data el progreso del Instituto. Hasta entonces apenas era conocido, los miembros que lo integraban eran casi todos de Lavalla o vivían en su término parroquial. El acontecimiento que acabamos de narrar lo dio a conocer y le atrajo vocaciones. En cuanto se aprobó la admisión de los postulantes, el señor Champagnat envió a uno de los principales Hermanos para recabar de sus padres algunos datos sobre su situación y cobrar la pensión<sup>283</sup> del noviciado. El Hermano se entrevistó con los señores curas del distrito<sup>284</sup>, y así dio a conocer la congregación. Por su parte, los postulantes escribieron a sus padres diciendo que se hallaban contentos y felices en su vocación, lo que determinó a otros cuatro<sup>285</sup> jóvenes a abrazar el mismo género de vida. Dos meses más tarde, otros tres siguieron sus pasos. En fin, no habían transcurrido seis meses y el noviciado tenía más de veinte novicios de aquella región. Es cierto que no todos perseveraron, pero eso no frenó el rápido desarrollo del Instituto. Los Hermanos de María eran conocidos y otros postulantes vinieron a ocupar el puesto de los que lo abandonaron.

Pero, ¿de dónde procedían estos nuevos hijos? ¿Cuál era su origen? Venían del Alto Loira, de los montes del Velay; los había preparado y nos los enviaba Nuestra Señora del Puy.

<sup>280</sup>“Dios en su sabiduría estima conveniente utilizar para sus fines hasta a los ángeles caídos” (*Suma*, I.<sup>a</sup> qu. 64, art. 4).

<sup>281</sup>1S 17, 51.

<sup>282</sup>El Asistente general y el que ha trabajado más de quince años son la misma persona: el Hermano Juan Bautista.

<sup>283</sup>Francisco Civier pagó 400 francos. Los demás pagaron pensiones que oscilan entre 50 y 240 francos. Los demás pagaron pensiones que oscilan entre 50 y 240 francos (AFM, Registro de entradas, pág. 1). La cuota de 400 francos era el máximo exigido según el prospecto de 1824 (dos años después de la llegada del grupo). “Pagarán 400 francos por los dos años. Quieres dispongan de “legítima” (herencia) la traerán consigo, y la casa se compromete a ofrecer garantías de devolución en caso de que el novicio se retire del Instituto, una vez deducidos los gastos de noviciado” (AA, pág. 58).

<sup>284</sup>El cantón de Bas-en-Basset.

<sup>285</sup>Según el Registro de entradas, se trata de Miguel Marconnet, de Boisset; Antonio Monnier, de Boisset; Juan Aubert, de Saint-Pal-en-Chalencón; y Pedro Vertore, de Tirange (AFM, 137.13).

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO X**

*El señor Champagnat amplía el noviciado. Esmero por formar a los novicios en la piedad y las virtudes de su estado. Fervor admirable que reinaba en la casa de noviciado y en las escuelas.*

Los postulantes seguía durmiendo en el granero<sup>286</sup>. Para sacar los de allí, el señor Champagnat trabajó más de ocho días en adecentar el desván<sup>287</sup> de la casa para convertirlo en dormitorio. Con unos cuantos tablones hizo él mismo las camas. Pero como no había sitio, tuvieron que acostarse dos en cada cama. El desván era tan bajo que había que agacharse para andar por él sólo recibía iluminación por un tragaluz. La casa<sup>288</sup>, a todas luces, no era suficiente para albergar a tanta gente y urgía levantar una nueva construcción.

El señor Champagnat no dudó en acometerla. Sin embargo, como carecía de recursos, tuvo que construir el edificio ayudado de los Hermanos; no intervino ningún otro obrero. La comunidad se levantaba a las cuatro. Hermano y novicios hacían juntos media hora de meditación, asistían a misa e inmediatamente se ponían al trabajo hasta las siete de la tarde.

El señor Champagnat era el arquitecto<sup>289</sup> de la nueva obra; él lo organizaba y dirigía todo. Los Hermanos y los postulantes más robustos y hábiles hacían de peones y transportaban los materiales más pesados. Los demás acercaban las piedras preparaban la argamasa, que no consistía en cal y arena, sino en simple tierra arcillosa.

En fin, todos se afanaban y trabajaban contentos, según sus fuerzas, para construir una casa que consideraban como la cuna del Instituto. El señor Champagnat llegaba siempre el primero, trabajaba sin descanso y terminaba siempre el último. Para tener más tiempo, rezaba de noche el oficio divino, de modo que estaba todo el día con los Hermanos, menos cuando su ministerio lo reclamaba en la iglesia o junto a un enfermo.

Sus amigos sacerdotes, cuando venían a verlo, así como las personas que tenían que hablar con él, lo hallaban siempre subido a los andamios, con la paleta en la mano, entre piedras. “Aún me parece verlo, dice uno de los Hermanos que trabajaba con él, con la sotana sucia, llena de polvo, con las manos manchadas de argamasa y la cabeza descubierta, presentarse ante los que venían a visitarlo o preguntaban por él; recibirlos y hablarles sonriente, alegre y contento, aunque casi siempre agotado de cansancio.”

---

<sup>286</sup>Cfr. AA, pág. 46.

<sup>287</sup>El desván era el segundo piso de la casa (cfr. BI III, pág. 31).

<sup>288</sup>Comprendía un refectorio en el bajo (en la actualidad el semisótano), las clases en el primer piso, un dormitorio en el segundo y un desván en el tercero, convertido en dormitorio durante las vacaciones (AA, pág. 47 y también BI III, pág. 31).

<sup>289</sup>El Hermano Lorenzo dice: “Fue él exclusivamente (el Padre Champagnat) quien construyó nuestra casa de Lavalla. Es cierto que nosotros hacíamos algo, pero como no teníamos idea de construcción, continuamente tenía que indicarnos cómo hacer y a menudo se veía obligado a rehacer nuestro trabajo. Cuando había que transportar grandes piedras, las llevaba siempre él mismo” (OME, documento 167 (4), pág. 454).

En cierta ocasión, un sacerdote amigo suyo que lo halló así, le dijo:

- Está hecho todo un albañil, señor Champagnat.
- Más aún: albañil y arquitecto.
- ¿Sabe que los del gremio andan murmurando y quieren conspirar contra usted porque les hace la competencia, les quita trabajo y está creando un gremio de albañiles?
  
- Que digan lo que quieran. No me preocupa su disgusto. Y hasta estoy dispuesto a aceptarlo a usted de aprendiz si siente ganas de ser mi discípulo.

Ya en tono más serio, añadió el sacerdote:

- Amigo mío, creo que está exagerando. Pues aparte de que esta ocupación no es adecuada para un sacerdote, se entrega a ella con tal ardor que puede comprometer su salud.
  
- Este trabajo nada tiene de indecoroso para un sacerdote, y muchos se ocupan en cosas menos provechosas. Tampoco veo que perjudique demasiado a mi salud; por lo demás, no lo hago por gusto, sino por necesidad. Vivimos amontonados en esa casucha; no tenemos dinero para pagar obreros: ¿a quién le puede parecer mal que nos construyamos una casa para alojarnos?

Durante el trabajo se guardaba silencio riguroso y, si necesitaban hablar, lo hacían por señas. En determinadas horas del día, uno de los más fatigados o de los más jóvenes, que no podía seguir trabajando, leía en voz alta y los demás, sin dejar de trabajar, escuchaban con atención su lectura. Los libros que leían eran: *Guía de pecadores*,<sup>290</sup> *Vida de san Francisco Regis*, *de san Vicente de Paúl*, de san Francisco Javier y otras parecidas. El silencio o la lectura sólo eran interrumpidos por unas breves palabras de edificación o aliento que nos dirigía nuestro buen Padre. Sus palabras y, sobre todo su ejemplo, estimulaban a los más indolentes y enardecían a todos.

Nunca oyó nadie una queja de sus labios, nunca lo vimos impacientarse o reñirnos, aunque por nuestra torpeza u otros defectos le dábamos sobrados motivos para ello. Si no hacíamos debidamente lo que nos mandaba, nos indicaba con bondad cómo teníamos que hacer; y si, a pesar de sus lecciones, no lo conseguíamos, lo hacía él mismo, mostrándose siempre contento y satisfecho de nuestra buena voluntad.

En pocos meses se concluyó la construcción. El señor Champagnat, con la ayuda de algunos Hermanos y postulantes, se encargó de la obra de carpintería: puertas, ventanas y entarimado.

Pero esta preocupación por los trabajos manuales no era tan absorbente como para hacerle descuidar la formación de los novicios. Aprovechaba los recreos y los domingos para formarlos en la piedad y en los conocimientos que necesitaban. Les daba lecciones de canto, les enseñaba a ayudar a misa y a seguir las ceremonias de la iglesia; los formaba en la oración y catequesis. Sus instrucciones eran breves, pero entusiastas y fervorosas. Giraban casi siempre en torno a la piedad, la obediencia, la mortificación, el amor a Jesús y la devoción a la Santísima Virgen y el celo por la salvación de las almas. Nos alargaríamos demasiado si pretendiéramos hacer un análisis detallado; pero no podemos por menos de consignar aquí algunas máximas que le eran más familiares:

---

<sup>290</sup>Obra de fray Luis de Granada, publicada en Lisboa en 1555 y muy divulgada en Francia en los siglos XVII y XVIII (OM 2, doc. 561, pág. 353).



“Un hermano que no sabe orar, tampoco puede practicar la virtud ni hacer el bien a los niños; pues ambas cosas se aprenden en la oración.”

“La vida religiosa es esencialmente vida de oración; pues además de habernos hecho religiosos para orar más que los simples fieles y hablar con Dios más a menudo, resulta imposible cumplir los deberes de la vida religiosa sin auténtica y sólida piedad.”

“un religioso que no es piadoso no puede estimar ni amar nunca su vocación, porque no encontrará en ella ningún consuelo.”

“¡Qué fácil resulta la virtud y qué llevaderos los sacrificios que exige cuando se ama a Jesús! El amor a Jesús es para el religioso que emprende el camino de la virtud lo que las velas para el barco que surca el océano. Ese amor lo lleva insensiblemente a la virtud más sublime.”

“El amor al dinero lleva a los seculares a entregarse sin dificultad a los más duros trabajos y las más rigurosas privaciones. Sería bochornoso que el amor a Jesús tuviera menos eficacia en un religioso”.

“Quien tenga gran devoción a María, tendrá también gran amor a Jesús. Así comprobamos que los santos que han profesado una especial devoción a la Santísima Virgen, como san Bernardo, san Buenaventura, san Francisco de Asís, san Alfonso María de Liguori, santa Teresa, se han distinguido por un gran amor a Jesús.”

“María no se reserva nada para sí. Cuando la servimos, cuando nos consagramos a ella, nos recibe sólo para entregarnos a Jesús, para llenarnos de Jesús.”

“Sólo al discípulo amado confió Jesús a su Madre para que comprendamos que sólo a las almas privilegiadas, sobre las que tienen especiales designios de misericordia, concede una devoción especial a la Santísima Virgen.”

“La pobreza, la mortificación, la humildad, todas las virtudes, en una palabra, son como rosas entre espinas. Las personas mundanas sólo ven sienten las espinas; por eso temen la virtud. El religioso siente y gusta el encanto, las delicias y los consuelos de la virtud; por eso no advierte las espinas, es decir, las dificultades que la acompañan.”

“Un buen religioso experimenta más consuelos y mayor dicha en un solo ejercicio de piedad, como la meditación, la asistencia a la santa misa, una visita de un cuarto de hora al Santísimo Sacramento del altar, que las personas más afortunadas del mundo en todos los placeres que una larga vida pueda proporcionarles.”

“¿Por qué la gente del mundo es tan bulliciosa en sus placeres y diversiones profanas? Porque no puede acallar los remordimientos que la obsesionan; porque su felicidad es sólo aparente, su corazón es desdichado y sólo halla amargura en las satisfacciones sensuales.”

“Por vocación, todos los Hermanos son apóstoles, es decir, enviados para hacer conocer a los niños los misterios de la religión y anunciarles la buena nueva de la salvación que Jesucristo nos ha merecido.”

“Nada debe desear tanto un Hermano como ser un buen catequista, pues ésa es su misión principal y el fin de su vocación.”

“Hay muchas maneras de dar el catecismo, es decir, de enseñar las verdades de la salvación y llevar a los niños y demás personas al bien. Orar mucho por los niños que nos han sido encomendados y por la conversión de los infieles y pecadores es hacer una buena catequesis. Dar siempre buen ejemplo y mostrarse siempre como modelo de piedad, regularidad, modestia y caridad es hacer una buena catequesis. Ambas cosas, además de estar al alcance de todos los Hermanos, sea cual fuere su empleo, sus talentos y su capacidad, son más eficaces, y fáciles que explicar la doctrina cristiana a los niños. Son más eficaces, porque la gracia, que es lo único absolutamente necesario para alcanzar la salvación del hombre, se obtiene con mayor seguridad con la oración y la santidad de vida que con cualquier otro medio. Son más fáciles, porque en cualquier tiempo y lugar se puede orar y practicar la virtud.”

El señor Champagnat seguía enviando Hermanos de dos en dos -un Hermano experimentado con un novicio - a dar la catequesis a las aldeas de la parroquia los domingos por la tarde. Él iba también a comprobar cómo desempeñaban este ministerio.

Un día se presentó cuando un Hermanito de trece o catorce años enseñaba con la mayor seriedad la catequesis a unos cuantos niños y algunas personas mayores. El auditorio no le pareció bastante numeroso, por lo que se quejó y amenazó con no volver a mandar Hermanos si no ponían más diligencia en acudir. Una buena mujer, poniéndose de pie, le dijo: “Señor cura, no nos regañe, por favor. Si hubiera llegado hace un rato, habría encontrado mucha más gente; pero la catequesis es larga, y algunos se han tenido que marchar.”

El trabajo manual y todas las molestias que suponía la construcción de la casa no debilitaron el amor de los novicios a su vocación, ni ocasionaron mengua en el buen espíritu y piedad que reinaban en la comunidad. Al contrario, nunca se vio en el noviciado tanto fervor, ni tanto celo en la práctica de las virtudes religiosas y en la asimilación del espíritu del Instituto como entonces. Tanto los Hermanos como el mismo señor Champagnat se encontraban gratamente sorprendidos. Para darnos una idea, vamos a transcribir el relato que dejó uno <sup>291</sup>de esos buenos novicios.

“La comunidad, aunque constituida por gente sencilla e ignorante, reprodujo muy pronto las virtudes de su jefe. Eran admirables el amor por la oración, el recogimiento y el fervor. Les parecía demasiado corto el tiempo dedicado a los ejercicios de piedad, pedían prolongar la oración y consideraban un privilegio el permiso de prolongarla, hacer una visita al Santísimo Sacramento, rezar un rosario u otro ejercicio similar durante los recreos, o por la noche después de haber leído el tema de meditación. Durante el tiempo que tuve la dicha de vivir en el noviciado, no recuerdo que ningún novicio dejara de levantarse puntualmente y hacer la meditación en comunidad. Si alguno cometía una falta o quebrantaba algún punto de la Regla<sup>292</sup>, no esperaba a que le llamaran la atención; él mismo, de rodillas ante la comunidad, pedía una penitencia.

La caridad, unión y paz eran admirables. Nunca hubo altercados, nunca se oyeron palabras que pudieran ofender o molestar a los demás. Nos queríamos como hermanos: ni amistades particulares, ni antipatías o rarezas; todos teníamos un mismo corazón y un mismo espíritu<sup>293</sup>.

<sup>291</sup>Probablemente el mismo Hermano Juan Bautista.

<sup>292</sup>La primera Regla se imprime en 1837. Al principio, la comunidad tenía un Reglamento (cfr. AA, pág. 41).

<sup>293</sup>Hch 4, 32.

¿Que alguien se hallaba necesitado? Todos porfiaban en celo y abnegación para auxiliarlo y aliviarlo.

Pasábamos el recreo cantando o en conversaciones ejemplares. No conocíamos quejas ni aburrimiento ni desánimo. Una alegría serena, un santo gozo y una gran modestia eran las disposiciones normales de cada uno de nosotros, y se traslucía en los rostros. El amor más tierno y el respeto más profundo hacia nuestro buen Padre y a los Hermanos que nos dirigían y educaban, la obediencia y sumisión más absolutas a sus deseos, la sencillez y humildad: tales eran las virtudes que brillaban en la vida de todos los novicios. ¿Oh tiempos felices? ¿Dónde habéis ido a parar? No puedo evocar su recuerdo sin que los ojos se me nublen de lágrimas.”

No era menor el fervor que reinaba entre los Hermanos en los Hermanos en las escuelas. Como aún no disponían de una Regla que señalara los detalles de su conducta y les indicase lo que decían hacer en cada momento, se entregaban con todo entusiasmo a su propia perfección y a la santificación del prójimo. La comida<sup>294</sup> era sencilla, vivían con una frugalidad a menudo rayana en la exageración. No eran suficientes la clase, la instrucción y el cuidado de los niños para satisfacer su celo, por lo que añadieron muchas otras obras.

En Saint-Sauveur hacían la colecta o, mejor, varias colectas durante todo el año: la de trigo y patatas, la de mantequilla y queso, la de prendas de vestir y ropa de cama, la colecta de dinero. Lo que recogían lo empleaban en sostener a los niños pobres de la parroquia, que vivían con los Hermanos hasta que hacían la primera comunión. El número de esos niños ascendía a veces a más de veinte. Esas colectas servían también para atender a los indigentes. Semanalmente, los Hermanos encargaban muchos panes que distribuían a los pobres más necesitados. Visitar a los enfermos, velarlos por la noche, hacerles la cama, procurarles cuanto necesitaban, eran las obras predilectas de los Hermanos. Un día, el Hermano Director se entera de que hay un enfermo abandonado al que nadie se atreve a acercarse por estar cubierto de llagas y piojos. Acude presuroso y encuentra al pobrecito medio desnudo echado sobre paja y cubierto con una manta hecha jirones. Le busca una cama, le lleva los alimentos que necesita, lo cuida, le cura sus heridas, lo peina y lo visita varias veces al día, durante todo un año. Naturalmente, a los cuidados corporales añadió los espirituales; enseñó al enfermo las verdades de la religión, hizo que se confesara, le enseñó cómo santificar sus sufrimientos, le dirigió diariamente palabras de consuelo; le sugirió actos adecuados a su situación y lo preparó a bien morir. No le cupo el consuelo de asistir a su último suspiro y de cerrarle los ojos, porque las vacaciones lo obligaron a separarse de él; pero qué contento y consolado debió de sentirse su corazón cuando le comunicaron que en el momento de la muerte, su querido enfermo había pronunciado por dos veces su nombre y que expiró con estas palabras en sus labios “¡Dios mío, Dios mío, te amo y te encomiendo a se buen Hermano que tanto bien me ha hecho. Bendícelo y devuélvele centuplicado todo lo que ha hecho por mí!”

Durante el invierno, los Hermanos daban, al atardecer, la catequesis a los jóvenes y a los chicos del pueblo.

La reunión era muy concurrida y duraba hora y media. De esta forma, los Hermanos daban catequesis tres veces al día: en la clase de la mañana, en la de la tarde y al anochecer.

<sup>294</sup>El Hermano Lorenzo escribe: “Al principio éramos muy pobres. EL pan era de color terroso, pero nunca carecimos de lo necesario” (OME, doc. 167 (8), página 455). El Hermano Silvestre anota: “... pan en abundancia hecho de harina gorda, sopa, legumbres y agua clara por bebida” (MEM, pág. 19 ). El Hermano Avit escribe: “El Padre Champagnat compartía el alimento de los Hermanos, que consistía en caldo claro con aceite, pan de centeno, queso, leche, legumbres, a veces algo de tocino y agua” ( AA, pág. 47 ).

Otro de los actos de celo que Dios bendijo de modo especial, consistía en ir a visitar a los hombres alejados de los sacramentos y animarlos a cumplir con este importante deber. Muchos de ellos volvieron al buen camino por las instrucciones, oraciones y piadosas estratagemas de los Hermanos. Su habilidad para insinuarse en los corazones, su talento para atraérselos e inclinarlos a reanudar la práctica de los deberes religiosos eran tan conocidos que corría la voz de que el único medio de no dejarse conquistar era huir o esconderse.

Los señores curas y otras personas, testigos del excelente comportamiento de los Hermanos y del bien que realizaban, escribieron al señor Champagnat cartas muy elogiosas, felicitándolo por haber conseguido en tan poco tiempo formar hombres tan abnegados en el servicio de la religión.

Por este tiempo hubo también numerosas solicitudes de fundación de nuevas escuelas<sup>295</sup>; y en el transcurso de 1822 y 1823 se fundaron las de Saint-Symphorien-le-Chateau, Boulieu y Vanosc<sup>296</sup>. En esta última, el edificio estaba en tan lamentable estado y carecía hasta tal punto de lo indispensable que hubo que abandonarlo cuatro años más tarde. Dos Hermanos contrajeron allí afecciones oculares y otras enfermedades que los llevaron a la tumba.

La escuela de Boulieu tenía tantos alumnos que el Hermano Juan Pedro<sup>297</sup>, que era el director, murió víctima de su celo y abnegación. En el último retiro que hizo, en 1824, tuvo presentimiento de su próxima muerte, y al salir para su destino, dijo al señor Champagnat, al abrazarlo y pedirle su bendición: “Padre, perdone que llore, pero una voz interior me dice en el fondo del corazón que ya no volveré a verlo en este mundo.” Los niños lo querían tanto que los padres de uno de ellos, que murió el mismo día que el Hermano, pidieron insistentemente que fuera enterrado en la misma tumba que su maestro.

Por estas fechas, los Hermanos pidieron al señor Champagnat que les permitiera darle el nombre de Padre. Se lo concedió gustoso.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XI**

*Contrariedades y persecuciones que supuso para el Fundador la obra de los Hermanos. Monseñor de Pins, administrador de la diócesis de Lyon, patrocina al Instituto.*

Parecería que la fundación de los Hermanos sólo atraería elogios y aprobaciones al Padre Champagnat. Pero, si Dios quiso salvar al mundo por medio de la cruz, quiere a si mismo que

---

<sup>295</sup>Al número de esos dos establecimientos:

en 1822, Bourg-Argental (2 Hermanos)

en 1823, Vanosc (2 Hermanos)

Saint-Symphorien-le Chateau (3 Hermanos), Boulieu (3 Hermanos)

en 1824, Chavanay (2 Hermanos)

Charlieu (3 Hermanos)

<sup>296</sup>LPC 2, índice de nombres de lugares.

<sup>297</sup>Hermano Juan Pedro (cfr. CM II, pág. 54).

sus obras queden marcadas con este sagrado sello. El Instituto de los Hermanos nació en la pobreza se crió en la humildad y, hasta la muerte de su piadoso Fundador, permaneció a la sombra de la cruz. Ojalá permanezca siempre junto a ese árbol de vida reciba de él la prosperidad y la gracia de producir fruto abundante.

Desde el comienzo de su obra, el Padre Champagnat fue blanco de contradicción. Y si hasta aquí no hemos hablado de esta clase de pruebas, es porque hemos preferido reunir en un capítulo cuanto tenemos que decir sobre este asunto.

Los hombres, que cifran el éxito en los medios humanos, no podían comprender que aquel humilde sacerdote sin recursos lograra fundar una comunidad. La sola idea de la fundación les parecía una quimera, producto del orgullo y la temeridad. “¿Qué pretende?, decían. ¿Cómo puede soñar en crear una comunidad ese hombre que no dispone de dinero ni de talento? El orgullo lo arrastra a empresa semejante. Sólo la ambición, el deseo de sobresalir, la vanidad de ser llamado fundador le pueden sugerir ese proyecto. ¿Qué va a hacer con esos jóvenes que saca del campo para hacerlos palidecer encima de los libros? Son unos orgullosos y holgazanes que, después de haber gastado la juventud en la vagancia, regresarán a sus familias para las que serán una carga, y se convertirán en un lastre para la sociedad.”

Ésos eran los comentarios que se hacían sobre el Padre Champagnat. Y no sólo lo denigraban así determinadas personas despechadas, sino que pensaban y se expresaban del mismo modo seglares de excepcional piedad, sacerdotes muy virtuosos e incluso algunos de sus amigos. Se le atribuían mil proyectos contradictorios: unos le achacaban que quería fundar un colegio para hacer la competencia al de Saint-Chamond<sup>298</sup> otros pregonaban que deseaba establecer una comunidad de Hermanos maestros o de agricultores o de ermitaños, etc. Se llegó incluso a propagar que quería formar una secta de beguinos<sup>299</sup>.

Criticaban, censuraban<sup>300</sup> duramente los reglamentos que había dado a la pequeña comunidad, su forma de vida, la actividad y el atuendo de los Hermanos. El clamor fue tal que llegó hasta el arzobispado. El señor Bochart<sup>301</sup>, Vicario general, llamó al Padre Champagnat y le repitió los chismes que circulaban sobre él y su obra y le preguntó qué ocurría.

-Es cierto, señor Vicario general, respondió el Padre, que he reunido a unos cuantos jóvenes para dar clase a los niños de Lavalla, que estaban sin maestro. Son ocho en total<sup>302</sup>; viven en comunidad y se ocupan en la enseñanza de los niños, en la propia formación y en el trabajo manual. Estos jóvenes<sup>303</sup>, propiamente hablando, no llevan uniforme ni tienen compromisos

<sup>298</sup>El señor Cattelin, superior de Saint-Chamond, pensaba que el Padre Champagnat iba a arruinar su recién fundado colegio. Es verdad que este último enseñaba latín a unos cuantos alumnos (OME, doc. 166(19), pág. 445).

<sup>299</sup>Acerca de los “beguinos” o “begardos”, véase BENOIT LAURENT, *Les Béguins en Forez*. De. Loire républicaine, Saint-Étienne, 1944. El tiempo de la construcción del Hermitage coincide con el paso de unos cuantos beguinos por el tribunal correccional de Saint-Étienne (enero-marzo de 1825), acusados de dividir la Iglesia romana y establecer en esta ciudad y alrededores una sociedad conocida en otros países con el nombre de “cuáqueros” (pág. 104). Para el público en general, “beguinos” quería decir: individuos de ideas fijas, de cortos alcances, tercios.

<sup>300</sup>El párroco Rebod censuraba mucho la conducta del Padre Champagnat (OME, doc. 166 (20), pág. 446).

<sup>301</sup>Cfr. OM 4, pág. 198. El señor Courbon, en una carta al cardenal Fesch, traza un retrato muy poco favorable del señor Bochart (cfr. OM 1, doc. 31 (2), página 183).

<sup>302</sup>Se trata de los ocho primeros Hermanos Maristas (AFM, 137.139). Por orden de ingreso son los Hermanos: Juan María (Granjon), Luis (J.B. Audras), Lorenzo (J. Cl. Audras), Antonio (Couturier), Bartolomé (Badard), Francisco (Gabriel Rivat), Juan Pedro (Martinol), Juan Francisco (Etienne Roumesy).

<sup>303</sup>En abril de 1822, M. Champagnat manifiesta al inspector Guillard que “espera que el árbol que acaba de plantar hace 4 ó 5 años, se haya enraizado para conseguir su autorización legal. Sin embargo, desea que los Hermanos se vean libres del servicio militar” (OME, doc. 19(10), pág. 76).

religiosos. Están allí voluntariamente y porque les gusta esta forma de vida basada en la soledad, el estudio y la enseñanza.

-Pero se dice que quiere fundar una comunidad, y que usted se ha erigido en superior.

-Los oriento, los formo, pero no pretendo ser su superior. Han elegido ellos mismos director<sup>304</sup> a uno del grupo.

-Vamos a ver, hablando claro: ¿no es cierto que tiene el proyecto de fundar una congregación dedicada a la enseñanza?

-Sí, he tenido la idea de formar maestros para la juventud rural. Y para ello he agrupado a unos cuantos jóvenes. Dios hará de ellos lo que quiera, pues yo sólo pretendo hacer su voluntad.

-Les ha dado el nombre de Hermanos de María; es, pues, evidente que trata de fundar una congregación. Ahora bien, como ya tenemos en la diócesis una institución similar<sup>305</sup> no me parece bien que haya otra igual.

Después de esta conversación, el señor Bochard propuso al Padre Champagnat que uniera sus Hermanos a los que él mismo había fundado en Lyon. El Padre, sin rechazar de plano la sugerencia, desvió hábilmente la conversación y se despidió del señor Vicario general. Pero entendió que le esperaban nuevas presiones para lograr la fundación y nuevas contrariedades si rehusaba.

Al dejar al señor Bochard, fue a ver al señor Courbon<sup>306</sup>, primer Vicario general, que ya conocía sus proyectos. Le dio cuenta de la situación de su pequeña comunidad, de las trabas que le ponían en todas partes y terminó diciendo:

-Señor Vicario general, ya conoce mis proyectos, mis intenciones y lo que hasta aquí he hecho. Dígame, por favor, qué piensa sobre esta obra. Estoy dispuesto a abandonarla si me lo manda, pues sólo busco la voluntad de Dios. En cuanto me desvele usted esa voluntad, la aceptaré.

El señor Courbon le respondió<sup>307</sup>:

-No sé por qué le ponen tantas dificultades. Formar buenos maestros<sup>308</sup>, que tanto necesitamos, es una obra excelente. ¡Siga adelante!

Satisfechísimo con esta respuesta, Marcelino Champagnat fue a ver al señor Gardette, rector del seminario mayor, para exponerle la situación de la comunidad y lo que le habían dicho los

---

<sup>304</sup>El director era el Hermano Juan María que acompañaba al Padre Champagnat en esta entrevista (OME, doc. 166 (24), pág. 448). Más tarde, en las primeras solicitudes de reconocimiento legal, el Padre Champagnat hace firmar a un grupo de Hermanos (cfr. RLF, pág. 39).

<sup>305</sup>Basándonos en los informes de los inspectores de la Academia de Lyon (lista de dichos documentos, OM 1, pág. 100), podemos afirmar con seguridad que antes de 1823 no existían en la diócesis de Lyon más congregaciones de Hermanos que la de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y la de los Hermanos de Lavalla. La fundación del señor Bochard, a la que hace alusión, empieza a tomar importancia en 1823 (cfr. OME, doc. 21, pág. 80). Compárese con la entrevista contada por el señor Bourdin (OME, doc. 166(24), pág. 448).

<sup>306</sup>Señor Courbon, LPC 2, pág. 149. El problema de las atribuciones del señor Bochard viene explicado en su biografía (OM 4, pág. 198; y también en BI números 159, 161, 163 y 165).

<sup>307</sup>Comparar con el texto del señor Bourdin, mucho más concreto (OME, documento 166 (23), pág. 447).

<sup>308</sup>También el señor Courbon había fundado junto a la catedral de Lyon una escuela, en 1783 (cfr. *Bulletin historique du diocèse de Lyon*, 1922, 1er. trimestre, pág. 25).

señores Vicarios generales. El señor Gardette, por cuyos consejos se había guiado siempre, lo animó a continuar su proyecto y se mostró contrario a que los Hermanos de María se unieran con los de la diócesis. “Sea prudente<sup>309</sup>, confíe en Dios, y no se desanime porque su obra se vea expuesta a la contradicción; esta prueba<sup>310</sup> sólo conseguirá consolidarla.

Poco más tarde, el señor Bochard volvió a la carga para conseguir la unión de las dos Sociedades de Hermanos. Y, al ver que el Padre Champagnat se negaba a consentir, le habló con dureza y llegó a amenazarlo con cerrar su casa y trasladarlo<sup>311</sup> de Lavalla por su cuenta. El buen Padre volvió de Lyon afligidísimo, pero con total confianza en Dios y sumisión a su santa voluntad. Estas contrariedades le resultaban más dolorosas por proceder de quien era su superior, y por tener que rumiarlas a solas; pues, por no alarmar ni desalentar a los Hermanos, no les comunicaba nada o lo hacía de forma muy imprecisa. En estas circunstancias dolorosas, mandó rezar oraciones especiales y ordenó que la comunidad hiciera una novena de ayuno a pan y agua. Él mismo realizó una peregrinación a la tumba de san Francisco Regis, en La Louvesc<sup>312</sup>, para conseguir, por intercesión del santo, la luz y fortaleza necesarias. Pero su refugio seguro era la Santísima Virgen. Fue a pedir su protección a una ermita<sup>313</sup> erigida en los alrededores de Lavalla. Varias veces por semana subía allí con sus Hermanos a celebrar la santa misa, consagrar una vez más su obra a María y suplicarle que la acogiese bajo su protección, la defendiera y conservara si era para gloria de su divino Hijo.

Sin embargo, el señor Bochard<sup>314</sup> volvió al ataque para conseguir la fusión de ambas comunidades. Al no conseguir doblegar la resistencia de Marcelino Champagnat, lo tachó de testarudo, orgulloso, rebelde y de espíritu mezquino, terminando por decirle que tomaría medidas para cerrar su casa y dispersar a los Hermanos. Es probable que escribiera, en ese sentido, al señor Dervieux<sup>315</sup> arcipreste del cantón, pues unos días más tarde este venerable sacerdote llamó al Padre Champagnat a Saint-Chamond y le habló aproximadamente en los mismos términos del señor Vicario general: “¡Pero bueno!, le dijo, usted, un pobre cura de pueblo, ¿pretende fundar una congregación? ¡Sin dinero ni talento va a embarcarse en tal empresa contra el parecer de sus superiores! ¿No ve que le ciega el orgullo? Si no quiere tener consideración para consigo mismo, compadézcase, al menos, de esos pobres muchachos a los que va a dejar en situación tan comprometida, pues tarde o temprano su casa se arruinará y entonces sus Hermanos quedarán en la calle.”

<sup>309</sup>El señor Gardette no podía censurar directamente al señor Bochard. Se conforma con decir al Padre Champagnat: “Sea prudente; ponga su confianza en Dios” (OME, doc. 166(26 y 27), pág. 449).

<sup>310</sup>LPC 1, doc. 7 pág. 39.

<sup>311</sup>El Padre Champagnat esperaba, efectivamente, este cambio del que habla con el señor Courbon (OME, doc. 166 (23), pág. 447).

<sup>312</sup>Testimonio de la señora Sériziat acerca de la peregrinación del Padre Champagnat a La Louvesc. “El buen señor Champagnat peregrinaba a menudo a La Louvesc a pie, por la montaña. A su regreso, que efectuaba de noche, se arrodillaba en el peldaño de la puerta exterior de la iglesia, y con la cabeza descubierta, adoraba al Santísimo Sacramento, mientras esperaba que abrieran la iglesia para celebrar la santa misa” (Testimonio, 1886, AFM, 104.13, n.º 13, pág. 104).

<sup>313</sup>Se trata de una ermita del siglo XV a un kilómetro de Lavalla. Se denomina Nuestra Señora de Leytra, pero se la conoce comúnmente por Nuestra Señora de la Piedad. Con motivo de las epidemias del siglo XVII, fue el refugio de los apestados, que, arrojados del pueblo, vivían en sus alrededores.

<sup>314</sup>En septiembre de 1823, el señor Bochard recibió amablemente a M. Champagnat en el retiro para sacerdotes (OME, doc. 166 (25)). Pretendía atraerse la voluntad de los participantes hacia su actitud de oposición contra una reciente disposición del papa León XII, por la que iba a nombrar un obispo administrador apostólico para la diócesis de Lyon. Ese día, el señor Courbon hablará del “galicanismo” del señor Bochard. Este episodio lo aporta SIMÓN CATTET en *Defensa de la verdad acerca del cardenal Fesch*, págs. 291-292. Esta intervención hemos de situarla poco antes de la llegada de Mons. de Pins, entre los meses de septiembre y diciembre de 1823.

<sup>315</sup>El señor Dervieux era presidente del comité cantonal encargado de las escuelas y, con ese motivo, recibía las quejas del director del colegio de Saint-Chamond, entre otros, que achacaba la carencia de alumnos a los sacerdotes que acá y acullá enseñaban latín en las casas parroquiales, privándole de alumnos (OME, documento 18, pág. 71). El inspector Guillard señala que el Padre Champagnat dejó de dar latín en 1822 (OME, doc. 19(9), pág. 75).

Cuando se supo la oposición del señor Bochard a la comunidad de los Hermanitos de María, se suscitó una explosión de críticas e injurias contra el Padre Champagnat. El párroco de Lavalla, que había sido uno de los primeros en censurar al buen Padre, en desautorizar su obra y que informaba al señor Bochard de lo que pasaba en la comunidad<sup>316</sup> arreció en sus invectivas contra él.

Dos cosas resultaron especialmente dolorosas para el Padre Champagnat: la primera, que el párroco dejara traslucir a la opinión pública su oposición al coadjutor y a los Hermanos, llegando incluso a criticarlo y llamarle la atención en público. Un domingo, durante la breve plática que el Padre daba a los fieles después, de completas, entró de pronto el señor cura en la iglesia por la puerta principal y, sin previo aviso, entonó desde allí *O crux ave...*, con el que Habitualmente concluía el acto. Los presentes, sorprendidos y escandalizados, al oírlo cantar, le lanzaron tales miradas de indignación que tuvo que comprender cuán profundamente desaprobaban su actuación. El Padre Champagnat, sin inmutarse, sin aparentar el menor disgusto, siguió tranquilamente su instrucción en cuanto el señor párroco terminó<sup>317</sup> de cantar.

En otra ocasión estaba dando el catecismo preparatorio a la confirmación. Apareció el señor cura en la iglesia en el momento en que el Padre les decía que el ministro del sacramento es el obispo. Se vuelve hacia los fieles y grita: “Hermanos: también los sacerdotes, con autorización, pueden administrar ese sacramento.” En muchas otras circunstancias se permitió parecidas libertades, pero el Padre Champagnat respondió siempre con la misma inalterable paciencia.

La segunda fue que el señor cura le difamaba incluso ante los mismos Hermanos y los invitaba a dejar la congregación. A uno de los mejores le ofreció el puesto de criado en su casa y a otros les propuso una colocación ventajosa en el mundo o facilitarles la entrada en otras comunidades. En 1823<sup>318</sup>, con motivo del traslado del Hermano Luis a Bourg-Argental, hizo cuanto pudo por retenerlo y lograr que desobedeciera. “Yo soy su párroco, usted ha nacido en mi parroquia -le dijo-; no quiero que la abandone. Deje que su Padre Champagnat diga lo que quiera, pues no sabe lo que hace.” El buen Hermano, que no era amigo de titubeos ante el deber y que sólo escuchaba la voz de la obediencia, actuó en esta ocasión como había hecho en Marlies.

En tan crítica situación sólo faltaba que el confesor<sup>319</sup> del buen Padre lo abandonara. Este sacerdote, alertado por informes falsos y harto de lo que oía decir, llegó hasta negarse a confesarlo. Como el Padre Champagnat no había emprendido ni realizado nada sin pedirle consejo, se sintió muy afectado al verse criticado y condenado incluso por aquel que hasta entonces había sido su apoyo y guía. Inútilmente le rogó que continuara dirigiéndolo. No consiguió nada, por lo que se vio obligado a buscarse otro confesor.

La situación en que se hallaba el Padre Champagnat era de las más desesperadas. Sin llegar a sentirse desalentado, no veía claro qué iba a ser de su obra. Para librarla de las persecuciones que amenazaban destruirla, pensó en pedir ser enviado a las misiones de América<sup>320</sup> Varias veces expuso a los Hermanos esta posibilidad, y les preguntó si estarían dispuestos a seguirlo.

<sup>316</sup>OME, doc. 19 (16,20 y 23).

<sup>317</sup>Sabemos, por otra parte, que el señor cura apreciaba mucho a su coadjutor, a quien consideraba, sin embargo, demasiado celoso.

<sup>318</sup>Es el año en que el Hermano Juan María se escapa a la Trapa.

<sup>319</sup>No consta en ninguno de nuestros documentos el nombre del referido “confesor del buen Padre”.

<sup>320</sup>No le cabe duda alguna al Padre Champagnat de que debe fundarse la rama los Hermanos de la Sociedad de María, ya que los demás “fundadores” le han encomendado la misión de encargarse de ella: “La rama de los Hermanos Maristas que me había sido confiada en 1816, escribirá en 1837” (OME, doc. 152, pág. 339). Además, uno de los firmantes de la promesa de Fourvière (Philippe Janvier) se encuentra en USA, adonde siguió a Mons. Dubourg. Esto puede suponer par él un signo providencial.



Todos le prometieron que jamás lo abandonarían, aunque tuvieran que ir hasta el extremo del mundo.

Unos días más tarde llegaron nuevos informes al párroco de San Pedro de Saint-Chamond. Al enterarse el Padre Champagnat, fue a verlo para tratar de alejar la tormenta que se cernía sobre él. Pero al verlo, el señor cura lo llenó de reproches y le advirtió que iba a enviar guardias a Lavalla para dispersar a los Hermanos y cerrar la casa. En vano rogó el Padre con toda humildad que le permitiese hablar para disculparse y dar a conocer su actuación y la de los Hermanos. El señor cura<sup>321</sup> se negó a escucharlo; le cerró la puerta y lo echó fuera con malos modales.

Nos hallamos a principios de 1824. El Padre Champagnat y sus Hermanos, sumidos en el dolor, temían que los guardias aparecieran en cualquier instante; el menor ruido sembraba la alarma y les hacía creer que ya estaban a la puerta. Pero de pronto corrió la noticia de que monseñor de Pins<sup>322</sup>, arzobispo de Amasia, había sido nombrado administrador apostólico de la diócesis de Lyon. Ante esta nueva situación renació la esperanza del piadoso Fundador y le hizo vislumbrar tiempos mejores para su congregación.

Después de haber consultado con Dios en la oración, escribió al nuevo prelado una carta<sup>323</sup> en la que le hacía un resumen de su obra: sus orígenes, su finalidad y la situación en que se hallaba. Terminaba confesando que colocaba esa obra a los pies de Su Excelencia, y que el mismo se ponía en sus manos, firmemente dispuesto a abandonarlo todo o a proseguir, según lo que dispusiera.

Como el Padre Champagnat había seguido siempre los consejos del señor Gardette, rector del seminario mayor, le envió la carta<sup>324</sup>, rogándole que la leyese y se la entregara personalmente al prelado si le parecía oportuno. El señor Gardette remitió la carta e hizo al propio tiempo elogio de su autor y de la obra que con tanto sacrificio había fundado. El venerable arzobispo, al que los Hermanitos de María deben considerar para siempre como padre, no dudó un momento en prometer su protección a la nueva congregación. “Escriba<sup>325</sup> al señor Champagnat, dijo al señor Gardette, que quiero verlo y charlar con él acerca de su obra. Y, mientras tanto, dígame que cuente con oda mi benevolencia.”

El Padre Champagnat se trasladó a Lyon y el señor Gardette<sup>326</sup> lo presentó a monseñor de Pins. Apenas estuvo en presencia del prelado, se postró a sus pies para pedirle su bendición.

“Sí, le dijo el santo arzobispo, lo bendigo a usted y a todos sus Hermanos. Que Dios multiplique su humilde familia para que llene no sólo mi diócesis, sino Francia entera.”<sup>327</sup> Después de haber charlado largo rato con él y haberse informado detalladamente del origen, desarrollo y situación

<sup>321</sup>El documento Bourdin matiza mucho más el asunto. El señor Dervieux, después de leer una carta del señor Courbon, remitida por el Padre Champagnat, le dice: “Me extraña que el señor Courbon sólo le escriba esto” (OME, doc. 166 (22), pág. 447). Luego, el señor Dervieux será uno de los grandes amigos del Padre Champagnat (AA, pág. 447). Luego, el señor Dervieux será uno de los grandes amigos del Padre Champagnat (AA, pág. 318).

<sup>322</sup>Al rehusar el cardenal Fesch presentar su dimisión (OM 4, pág. 279), monseñor de Pins es nombrado administrador de la diócesis de Lyon por breve del 22 de diciembre de 1823; pero no es aceptado por real decreto hasta fines de enero de 1824.

<sup>323</sup>No se conserva esa carta.

<sup>324</sup>El señor Bourdin habla también de estas dos cartas a Mons. de Pins y al señor Gardette (OME, doc. 166 (26), pág. 449). Avit dice: “El Padre Champagnat remitió una carta al nuevo arzobispo por mediación del señor Gardette con el ruego de que se la entregase a Su Excelencia si le parecía oportuno. El señor Gardette, que conocía muy bien al Fundador y su obra, hizo una presentación elogiosa de uno y otra al arzobispo” (AA, pág. 54).

<sup>325</sup>Según el señor Bourdin, Mons. de Pins escribió personalmente (OME, documento 166(27), pág. 449).

<sup>326</sup>El señor Bourdin no menciona la presencia del señor Gardette, sino la de los señores Cholleton y Barou (OME, doc. 166 (27), pág. 450).

<sup>327</sup>M. Champagnat afirmará más tarde: “Todas las diócesis del mundo entran en nuestras miras” (LPC 1, doc. 93, pág. 210).

actual de la congregación, le dijo: “Le autorizo a dar un hábito a sus Hermanos, e incluso a que les permita emitir votos<sup>328</sup>, pues es la única manera de vincularlos irrevocablemente a su vocación.” Luego añadió: “Ya que su casa es demasiado reducida, tienen que construir otra. Prometo ayudarlos.”<sup>329</sup>

Al salir del arzobispado, el Padre Champagnat subió Fourvière para dar gracias a Dios por medio de María, por tantos favores.

Permaneció largo rato ensimismado a los pies de la divina Madre y, con la mayor ternura de su corazón, se consagró una vez más a su servicio.

Aquí es obligado destacar el inmenso servicio que el señor Gardette brindó en esta ocasión a la congregación. A él, fundamentalmente, debemos la protección y benevolencia que el nuevo arzobispo ofreció tan generosa y constantemente al Padre Champagnat. Aquel santo sacerdote no se contentó con orientarlo y animarlo; lo ayudó, además, económicamente; y nunca acudió nuestro buen Padre al seminario mayor, sin recibir consejos, aliento y recursos para mantener su obra. Los Hermanitos de María debemos al venerable sacerdote eterna gratitud.

A su regreso a Lavalla, el Padre Champagnat halló la parroquia soliviantada. Un clérigo<sup>330</sup>, al que el párroco enfermo había mandado llamar para ayudarle con motivo de la Pascua, aprovechó la ausencia del Padre para sublevar a los feligreses contra su pastor. Por su instigación habían firmado una solicitud pidiendo el traslado del párroco y que fuera sustituido por el susodicho sacerdote. El Padre Champagnat, aunque tenía sobrados motivos de queja contra el señor párroco, no dudó en tomar su defensa y respaldarlo. Censuró abiertamente lo que acababan de hacer. Llamó a los influyentes de la parroquia que habían firmado la solicitud, les manifestó su desagrado y les sugirió la idea de desentenderse del asunto. Reprochó su conducta al clérigo instigador y le dijo que no quería saber nada de él, lo que le produjo extrema irritación.

Sin embargo, como la conducta del párroco de Lavalla había dado sobrados motivos de descontento, fue suspendido y reemplazado<sup>331</sup>, no por su rival<sup>332</sup>, sino por el señor Bedoin<sup>333</sup>, sacerdote piadoso, quien por su prudencia y virtud se granjeó en poco tiempo confianza, el afecto y la simpatía de sus feligreses.

El señor arzobispo había ofrecido el puesto al Padre Champagnat<sup>334</sup>, pero no quiso aceptarlo. Llegó, incluso, a pedir al prelado que le dispensase de sus funciones de coadjutor para entregarse totalmente a la obra de los Hermanos, lo que le fue concedido al cabo de unos

<sup>328</sup>Los Hermanos harán los primeros votos en 1826. El señor Bourdin menciona el hábito y el voto de castidad después de la entrevista del señor Champagnat Mons. de Pins, y, al parecer, como consecuencia de la misma (OME, documento 166(30), pág. 450 y notas).

<sup>329</sup>La construcción, iniciada en mayo, estaba rematada a fines del mismo año. Los trabajos interiores tardaron aún unos meses. Los Hermanos pudieron albergarse en la casa al cabo de un año del comienzo de las obras (AA, págs. 55-56).

<sup>330</sup>Juan Bautista Seyve, natural de Saint-Genest-Malifaux, anteriormente coadjutor de Tarentaise (1816-1820) y párroco de Arthun (1821-1823) (OM 4, pág. 354).

<sup>331</sup>En realidad, el arzobispo le permitió permanecer en Lavalla, pero él prefiere irse de capellán a las Ursulinas de Saint-Chamond, donde fallecerá poco después, el 27 de enero de 1825 (AAL, reg. délib. 1, necrología).

<sup>332</sup>El señor Seyve es nombrado párroco de Burdignes el 5 de mayo de 1824. Parece que no dio allí mayores muestras de sensatez. “El pleno del consejo de Burdignes escribió una durísima carta al prefecto de Loira, acusando al señor Seyve, por entonces cura párroco, de despotismo y vejaciones” (ADL, V. 15, número 226).

<sup>333</sup>OM 1, doc. 103, pág. 319.

<sup>334</sup>Según el señor Bourdin, esta oferta se habría hecho después de la primera entrevista con el arzobispo (OME, doc. 166 (27), pág. 449).

meses<sup>335</sup>. Los habitantes de Lavalla, que lo querían mucho, le insistieron para que se quedara de párroco. Cuando lo vieron decidido no sólo a renunciar al cargo, sino incluso a abandonar el pueblo para construir una nueva casa en un lugar más conveniente y de más fácil acceso, le hicieron las proposiciones más ventajosas para convencerlo de que se quedase con ellos. Cierta persona llegó a ofrecerle una propiedad de bastante valor; pero nada pudo hacerle cambiar de propósito.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XII**

*El traslado del noviciado ocasiona nuevas contrariedades al Padre Champagnat. Construcción de la casa del Hermitage*

Cuando bajaba a Saint-Chamond<sup>336</sup>, el Padre Champagnat se había fijado muchas veces en el valle donde hoy se levanta el Hermitage<sup>337</sup>, y en muchas ocasiones había pensado: “Un noviciado aquí estaría muy tranquilo, y sería muy apropiado para el estudio. Con la ayuda de Dios, podremos situarnos aquí algún día.”

Sin embargo, antes de decidirse por este lugar, recorrió los alrededores con dos de los principales Hermanos para ver si existía algún sitio mejor. Después de verlo y examinarlo todo, no encontró nada más adecuado para una casa religiosa<sup>338</sup>. El vallecito del Hermitage, dividido y regado por las transparentes aguas del Gier, recortado a levante y occidente por un anfiteatro de montañas cubiertas casi hasta la cima de hierba, robles y árboles frutales, es un lugar pintoresco y de lo más ameno, sobre todo en primavera. Pero su excesiva angostura no permite el desarrollo de una comunidad demasiado numerosa. Y, por otra parte, las corrientes de aire y la persistente humedad ocasionada por las aguas, son perjudiciales a las personas débiles y de salud quebrantada por los trabajos de la enseñanza. Estas razones obligarán más tarde a llevar a otro sitio<sup>339</sup> la casa principal del Instituto.

Para la prudencia humana, podría parecer una temeridad que el piadoso Fundador emprendiera, sin recurso alguno, una construcción que tantos gastos tenía que ocasionar. Sólo el terreno<sup>340</sup> le

<sup>335</sup>No se sabe a ciencia cierta cuánto M. Champagnat, nombrado coadjutor de Lavalla el 12 de agosto de 1816 (OME, doc. 16, pág. 67), fue relevado oficialmente de su cargo. Su última firma aparece el 20 de marzo de 1825 (Arch. parroquial de Lavalla, reg. de cat.), y un recibo del 21 de febrero de 1825 le da aún el título de coadjutor (AFM, cuaderno Champagnat 3, pág. 10).

<sup>336</sup>LPC 2, pág. 542.

<sup>337</sup>La finca comprendía, en la margen izquierda del Gier, el caserío de Gauds (= Bosque), y en la derecha, el monte Coulaud (OM 4, pág. 423). Antes de la construcción del Hermitage, el señor Rouchon, párroco de Valbenoîte, había ofrecido al Padre Champagnat parte de las dependencias de la antigua abadía cisterciense que había adquirido para casa parroquial, pero el Padre Champagnat no la aceptó (OME, doc. 23, pág. 82).

<sup>338</sup>El nombre de Hermitage habrá que atribuírselo probablemente al señor Courveille. El primer texto escrito que lo menciona es el prospecto de 1824 (OME, doc. 28(2), pág. 87). Además, no sería difícil encontrar otros textos en los que el señor Courveille manifiesta su preferencia por un “Hermitage” (OM 2, doc. 780 (2) ç; 784 (1); OM 3, doc. 873 (12); 876(20). Esto no obsta para que fuera el Padre Champagnat quien eligiera el lugar cuya soledad tanto le gustaba (LPC 1, doc. 45, pág. 124).

<sup>339</sup>La publicación de este libro en 1856 coincide con los preparativos ya en trámite para instalar la casa madre en Saint-Genis-Laval (cfr. CSG II, págs. 175 y 186; y también BI X, pág. 31).

<sup>340</sup>Véase el acta de compra de los terrenos donde se levanta el Hermitage, por los señores Champagnat y Courveille (OME, doc. 26, págs. 83-84).

costó más de doce mil francos. Por lo que, al enterarse la gente del proyecto de traslado de la comunidad y de la construcción de un gran edificio, desencadenó una nueva oleada de censuras, críticas<sup>341</sup>, invectivas e injurias, que superaron posiblemente las de la época más borrascosa que hasta entonces había sufrido el Instituto. La aprobación que el señor arzobispo<sup>342</sup> había otorgado a la obra, y el afecto y la benevolencia con que distinguía a su Fundador, no fueron suficientes para calmar la agitación de los ánimos y la malignidad de las lenguas. Se calificó el proyecto de locura<sup>343</sup>, e incluso los mismos amigos del Padre Champagnat lo atacaron y lo intentaron todo para hacerle desistir. ¡Ay!, el mundo no entiende las obras de Dios, por que éstas se hallan por encima de su inteligencia oscurecida por sus pasiones; por eso las califica de locura y llama locos a quienes las emprenden. *El mundo*, dice san Pablo, *nos trata de insensatos*<sup>344</sup>. Hasta el mismo Jesucristo pasó por loco en la corte de Herodes<sup>345</sup>. Y los siervos no han de ser mejor tratados que su Maestro<sup>346</sup>.

Sucedió que el beato de La Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a pesar de la oposición de parientes y conocidos, distribuyó sus bienes entre los pobres y renunció a una canonjía en la catedral de Reims para dar ejemplo de pobreza a sus Hermanos y pertenecer por completo a Dios al no poseer nada en la tierra. Ante esta noticia, la ciudad entera lo trató de loco. Cuando la gente lo veía pasar por la calle, se encogía de hombros en un gesto de conmiseración, y decía: “¡Hay que ver adónde lo han llevado su fanatismo y terquedad.” Poco antes de renunciar a su canonjía, el piadoso canónigo entró en una iglesia e, hincado de rodillas ante Nuestro Señor, quedó sumido en fervorosa oración. Mientras se hallaba así, se presentaron dos amigos de la familia, uno de los cuales, imbuido del espíritu mundano, dijo al otro con simulada compasión:

-Ruegue a Dios por el pobre señor de La Salle<sup>347</sup>, que acaba de perder el juicio.

-Tiene razón, le respondió el otro, pierde realmente el juicio; el del mundo, naturalmente, para llenarse del espíritu de Dios.

Ambos fundadores, cuyas obras son tan similares, presentan en éste, como en muchos otros aspectos, semejanzas sorprendentes que queremos cotejar.

“Este Loco Champagnat, decían algunos de sus compañeros sacerdotes y muchas otras personas, ha perdido la cabeza. ¿Qué pretende ahora? ¿Cómo se las arreglará para pagar esa casa? Hay que ser temerario y haber perdido el juicio para cegarse de ese modo y concebir tales proyectos.”

Un librero<sup>348</sup> de Lyon, que había conseguido para el Padre Champagnat un préstamo de doce mil francos para empezar las obras, se presentó en una casa parroquial de las proximidades de

<sup>341</sup>En las personas sencillas predominaban sentimientos de admiración. El 6 de septiembre de 1824, un vecino del Hermitage escribe a unos parientes: “Ayer asistí a vísperas en el monte Coulaud (nombre del lugar en que se construyó el Hermitage: margen derecha), más para ver lo que allí se hacía que por devoción. Me encontré con verdaderos druidas de otros tiempos. Unos se hallaban en el bosque, otros en el prado (las vísperas tienen lugar, pues, al aire libre y cada cual se acomoda, como mejor le parece, al sol o a la sombra). Los vecinos de Layat (aldea de la parte alta del Hermitage: margen izquierda) salen de sus casas y vienen a sentarse en la parte baja de sus propiedades con el libro en la mano. En fin, todo esto merecería ser publicado en los periódicos. Tienen órgano como los cantores de París” (Archivos privados de la familia Ginot).

<sup>342</sup>Véanse los estímulos dados por Mons. de Pins (OME, doc. 22 ,23 , 24 y 25).

<sup>343</sup>El señor de la Croix, futuro arzobispo de Auch, delega a uno de sus amigos para que manifieste su pensamiento al Padre Champagnat: “Decid al señor Champagnat que está construyendo en vano” (OME, doc. 160 (21), pág. 386).

<sup>344</sup>1Co 1, 27.

<sup>345</sup>Lc 23, 11.

<sup>346</sup>Mt 10, 24; Lc 6, 40; Jn 13, 16 y 15, 20.

<sup>347</sup>J. CL: GARREAU, Vida del señor Juan Bautista de La Salle, I, pág. 126. Éd. Méquignon, Cadet, 1825.

Saint-Chamond por asuntos de su comercio y fue invitado a comer por el párroco. Aquel día estaban reunidos en la casa varios sacerdotes.

-¡Vaya!, le dijeron al verlo. ¡Parece que le sobra el dinero!

-¿Qué quieren decir?

-Se rumorea que acaba de prestar doce mil francos a ese loco de Champagnat.

-No; yo no se los he prestado, pero se los he conseguido, y he salido fiador por él.

-Ha cometido un grave error.

-¿Por qué, señores?

-Porque ese hombre es un temerario, un testarudo y orgulloso, que se ha embarcado en una empresa sin ninguna posibilidad de éxito.

-Mi concepto del señor Champagnat es mejor. Lo considero una excelente persona y espero que Dios lo bendiga.

-Imposible. Ese hombre carece de todo: no tiene preparación, ni recursos, ni habilidad. ¿Cómo quiere que tenga éxito? Acosado por sus acreedores, el día menos pensado tendrá que abandonarlo todo y salir huyendo. Ha obrado usted muy mal en salir fiador, pues con ello fomenta sus ilusiones y se expone a quedarse sin su dinero.

-Aprecio al señor Champagnat, tengo en él plena confianza y estoy convencido de que su obra seguirá adelante. Peor par mí si me equivoco; pero, de momento, no me arrepiento de haberle prestado ese servicio y sigo creyendo que nunca tendré que lamentarlo.

El Padre Champagnat no ignoraba lo que la gente pensaba y decía de él. Pero le tenían sin cuidado las habladurías de los hombres y nunca tomó como norma de conducta los criterios de la prudencia humana. Por eso, aunque tenía a su cargo una numerosa comunidad, aunque pesaba sobre él una deuda de cuatro mil francos y estaba sin dinero,, fiado sólo en Dios, en quien confiaba sin límites, emprendió sin miedo la construcción de una casa con su capilla, capaz para albergar a ciento cincuenta personas.

La adquisición del terreno y el costo de la construcción ascendió a más de sesenta mil francos. Había motivos para desconcertar a la prudencia humana y no debe sorprender que la ejecución de este proyecto le atrajera tantos quebraderos de cabeza. Sin embargo, para disminuir los gastos, toda la comunidad trabajó en la obra<sup>349</sup>, incluso los Hermanos de los colegios fueron llamados para colaborar en ella. Y todos rivalizaron en entusiasmo y abnegación. Nadie, ni siquiera los más débiles o enfermos, quiso permanecer al margen; todos deseaban tener la satisfacción de haber contribuido a levantar un edificio que les era tan entrañable. Pero aquí no sucedía como en Lavalla, donde la construcción fue obra exclusiva de los Hermanos. Ahora, esa

---

<sup>348</sup>El librero en cuestión es el señor Rusand, y el prestamista, ante quien salió fiador del señor Champagnat,, es el señor Maréchal. El balance de agosto de 1826 señala, efectivamente, la suma de doce mil francos, adeudados a este último, y otra de seis mil al señor Rusand. Por otra parte, sabemos que ambos hicieron diversos favores a los aspirantes maristas (cfr. OM 2, doc. 757, pág. 780, nota).

<sup>349</sup>AA, págs. 55-56.

labor fue encomendada exclusivamente a los albañiles<sup>350</sup>; los Hermanos se ocupaban de extraer la piedra, transportarla, sacar arena, y preparar la argamasa y hacer de peones de albañiles<sup>351</sup>.

A primeros de mayo de 1824, el señor Cholleton, Vicario general, bendijo la primera piedra. Era tal la pobreza que no tenían nada que ofrecerle para comer. El Hermano cocinero se presentó al Padre Champagnat y le dijo:

-¿Qué vamos a hacer, Padre? No tengo absolutamente nada que ofrecer al señor Cholleton.

Después de reflexionar un momento, le respondió el Padre:

- Vaya a decir al señor Basson<sup>352</sup> que hoy voy a comer a su casa con el Vicario general.

El señor Basson, hombre acomodado y muy amigo de los Hermanos, los recibió encantado. Por lo demás, no era la primera vez que el Padre Champagnat le pedía ese favor. Se tomaba esa libertad cada vez que se veía en semejante apuro.

Para albergar a los Hermanos, el Padre Champagnat alquiló una casa vieja<sup>353</sup> que se hallaba en la margen izquierda del Gier, frente a la que se estaba construyendo. Los Hermanos dormían casi amontonados, en un desván destartado y estrecho. Su alimento era muy sencillo y frugal. Pan, queso, unas legumbres que les mandaban ciertas personas caritativas de Saint-Chamond; y, de vez en cuando, un trozo de tocino, como algo extraordinario, y siempre agua clara como bebida. Éste era su régimen de vida. El buen Padre compartía el alimento y albergue de los Hermanos, y a menudo se quedaba con lo peor. Por ejemplo, al no encontrar en la casa un mal rincón donde poner su cama, tuvo que acomodarla en una especie de balcón expuesto a los rigores de la intemperie y protegido tan sólo por un voladizo. Allí durmió todo el verano, y durante el invierno bajó al establo. Por lo demás, la casa se hallaba en tan mal estado que los Hermanos y el buen Padre sufrieron mucho a lo largo del año casi entero que la ocuparon.

Mientras duraron las obras, se levantaban a las cuatro. El Padre Champagnat daba la señal y, cuando era necesario, llevaba la luz a los dormitorios.

Después de levantarse, la comunidad se dirigía al centro del bosque donde había una capillita dedicada a la Santísima Virgen, erigida personalmente por el Padre. Una cómoda servía de credencia y altar; un roble, en cuyas ramas se había colgado una campana, hacía de campanario. En la capilla no cabía toda la comunidad<sup>354</sup>: sólo el celebrante, los monaguillos y los principales Hermanos; los demás quedaban fuera. Todos, arrodillados ante la imagen<sup>355</sup> de la santa Madre de Dios, oraban con tal fervor que parecían anonadados y sólo se oía el susurro de las hojas, el rumor de las aguas del torrente que discurría algo más abajo y el canto de los pájaros. Cada mañana, la comunidad se dirigía a la capilla y los Hermanos, después del rezo de las oraciones, hacían media hora de meditación y asistían a la santa misa.

<sup>350</sup>La dirección de las obras correspondía a los señores Roussier, maestro albañil; Matricon, Benito, carpintero, y Robert, yesero" (AA, pág. 56).

<sup>351</sup>AA, pág. 56.

<sup>352</sup>El señor Basson tenía una casa en Lavalla. Hoy pertenece a sus descendientes, la familia Marze.

<sup>353</sup>Los grabados de la época nos muestran unas construcciones que tenían los siguientes servicios: vivienda, granja, batán, pequeña fábrica con una fragua para confeccionar barras de hierro (cfr. *N.-D. de l'Hermitage*, pág. 37. Y también MEM, pág.32).

<sup>354</sup>Escribe el Hermano Avit: "... un oratorio de ladrillo, de doce metros cuadrados. El lugar estaba cubierto de árboles. Una campana, colgada de un roble continuo al oratorio, regulaba los ejercicios del día" (AA, pág. 55).

<sup>355</sup> Se trata de una imagen de María con el Niño Jesús que está chupando el dedo índice. Conservamos dos ejemplares: uno en el Hermitage y el otro en la Casa general de Roma.

Después de la comida, volvían otra vez para hacer una visita a la Santísima Virgen y por la tarde, concluían el día con el rezo del rosario.

¡Cuántas veces los viajeros que pasaban por el camino que bordea la montaña de enfrente, se detuvieron mirando a una y otra parte, intrigados por saber de dónde venían aquellas voces que unánimes cantaban con tanto entusiasmo! Eran los Hermanos que, ocultos entre los árboles y de rodillas ante el altarcito en el que se inmolaba el Cordero sin mancha, cantaban alabanzas a Jesús y María.

Después de la santa misa, cada cual iba a su trabajo y en silencio se entregaba a él según sus fuerzas. Al final de cada hora<sup>356</sup>, el Hermano encargado tocaba una campanilla. Todos interrumpían el trabajo, se recogían y rezaban juntos el Gloria al Padre, el Ave María y la invocación *Jesús, María y José*. Por descontado que el primero en el trabajo era siempre el Padre Champagnat. Él lo organizaba, asignaba a cada cual su tarea y supervisaba todo, lo que no le impedía realizar mayor trabajo que el más hábil de los albañiles, como lo reconocían los mismos obreros.

Como ya indicamos anteriormente, los Hermanos no construían propiamente; sólo el Padre fue autorizado a ello por los mismos obreros, porque lo hacía perfectamente<sup>357</sup>. ¡Cuántas veces le vimos trabajar él solo durante el descanso que toman los obreros a mediodía o por la tarde una vez concluida la jornada! Durante la noche rezaba el oficio, asentaba las cuentas, consignaba los jornales de los obreros, el aprovisionamiento de materiales, y preveía la labor del día siguiente. Con todo eso, se adivina fácilmente que su descanso era brevísimo.

Algo digno de destacar, y que hemos de considerar como señal de especial protección de Dios sobre la comunidad, es que el Padre Champagnat, que durante toda su vida estuvo ocupado en construcciones y empleó a los Hermanos en este tipo de trabajos, nunca lamentó desgracia alguna ni de los Hermanos ni de los obreros que contrató. Hubo, sí, numerosos accidentes que sobresaltaron a la comunidad; pero la divina Providencia, por intercesión de María, siempre nos libró de posibles malas consecuencias. He aquí varios ejemplos:

Un obrero que trabajaba a gran altura del lado del río, se cayó del andamio. Abajo había unos bloques enormes de piedra sobre los que iba a estrellarse. Pero al caer, junto con los materiales que se hallaban en el andamio, tuvo la suerte de rozar un gran árbol y consiguió asirse a una rama, quedando colgado hasta que acudieron en su auxilio. No se hizo ni un rasguño. Lo que manifiesta más a las claras la protección de Dios, es que el árbol era de madera quebradiza y la rama tan débil que normalmente no podría soportar el peso de un hombre<sup>358</sup>.

Un Hermano joven, que hacía de peón de los albañiles en la tercera planta, pisó en un tablón carcomido, que se partió y lo arrastró en su caída. El Hermano se encomienda a la Santísima Virgen, logra agarrarse al andamio con una mano y queda colgado en el vacío. El peligro era tal

<sup>356</sup>Esta oración aparece ya en la Regla de 1837: "Durante la clase se rezará la oración de la hora como en la Casa Madre, mientras los niños permanecen sentados" (art. 12, pág. 37).

<sup>357</sup>El Padre Champagnat era un obrero cualificado. Una carta del Padre Forest, de fecha 20 de junio de 1836, demuestra que le reconocía experiencia en materia de construcción. Cuando tratan de arreglar una casa para los Padres Maristas de Lyon, le escribe así: "Si todo sigue adelante, como es de suponer, esperamos que tenga la amabilidad de venir cuanto antes para ver y examinar el plan de las distintas reparaciones que tenemos que hacer antes de la reanudación de las clases" (OME, doc. 150, pág. 336).

<sup>358</sup>El padre Bourdin escribe: "Un (albañil) cayó al río: misa en acción de gracias." El Padre Coste añade en una nota: "La mención de una misa de acción de gracias por parte del señor Bourdin significa que, a su juicio, de uno u otro modo, se evitó el accidente" (OME, doc. 166(32), pág. 451).

que el primer obrero que acudió otro albañil más intrépido y generoso; lo agarró de la mano y lo rescató sin más daño que un susto de muerte.

Unos diez Hermanos de los más robustos subían piedras al segundo piso. Uno de ellos, al llegar a lo alto de la escalera con un enorme pedrusco al hombro, siente que se queda sin fuerzas y se desploma; la piedra se le cae y derriba al Hermano que lo seguía. Éste, sin sospechar nada, hizo instintivamente un ligero movimiento de cabeza, con lo que la piedra, en lugar de destrozársela, le ocasionó sólo una rozadura. El Padre Champagnat, que se hallaba arriba y fue testigo del accidente, vio tan segura la muerte del Hermano que le dio la absolución. Sin embargo, no le sucedió nada, aunque le entró tanto miedo que echó a correr por el prado como un loco. El susto afectó a todos los Hermanos testigos del accidente y, sobre todo al Padre Champagnat, el cual mandó inmediatamente dar gracias a Dios por la protección que acababa de conceder al Hermano. Al día siguiente ofreció<sup>359</sup> la misa en acción de gracias con la misma intención.

Aunque agobiado por las ocupaciones, el Padre Champagnat encontraba siempre algún momento, al anochecer, o los domingos, para instruir a los Hermanos y formarlos en la piedad. Durante el verano les dio sólidas instrucciones sobre la vocación religiosa, el fin del Instituto y el celo por la educación cristiana de los niños. Para recordar a los Hermanos las enseñanzas que les había dado acerca de estos temas, les entregó un opúsculo<sup>360</sup> que resumía lo esencial de lo que les había dicho. He aquí lo fundamental:

“Los Hermanos, al ingresar en este Instituto, pretenden, en primer lugar, salvar su alma y hacerse dignos de la inmensa gloria que Dios les promete y Jesucristo les ha merecido por su sangre y muerte en la cruz.

Los principales medios que Dios les ofrece para conseguir la virtud, santificarse y merecer el cielo, son: la oración, vocal y mental, la frecuencia de sacramentos, la asistencia diaria a la santa misa, las visitas al Santísimo Sacramento, la lectura espiritual, la Regla y la corrección fraterna.

La caridad fraterna es el primer apoyo externo de los Hermanos y uno de los mejores medio para mantenerlos en el espíritu de su estado, precaver los abusos y alejar del Instituto cuanto podría comprometerlo. Así pues, los Hermanos no olvidarán nunca que, al venir a vivir en comunidad y al juntarse como hermanos, a darse buen ejemplo, avisarse mutuamente de sus defectos y ayudarse a alcanzar la salvación.

La caridad, que Jesucristo llama su mandamiento<sup>361</sup>, ha de ser una de sus principales virtudes. Deben esmerarse en practicarla con todos, pero, de modo especial, con los Hermanos y los niños. Con los Hermanos, sirviéndolos siempre que se les ofrezca ocasión, ocultando o disculpando sus defectos, advirtiéndoles caritativamente, si es necesario, informando al Superior cuando el aviso fraterno no fraterna con los niños estriba en darles la instrucción y educación cristianas. Para que esa educación sea eficaz, deberán tener en cuenta especialmente los puntos siguientes:

Explicar el catecismo mañana y tarde, y esmerarse en dar a conocer a los niños los misterios de nuestra santa religión, las verdades de la salvación y los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

<sup>359</sup>Alusión, sin duda, a la que se dijo después del primer accidente de que habla arriba el señor Bourdin.

<sup>360</sup>No conservamos ese escrito.

<sup>361</sup>Jn 15, 12.



Procurar que los niños se confiesen cada tres meses y prepararles con suma diligencia a la primera comunión; enseñarles a confesarse, darles a conocer las disposiciones necesarias para recibir provechosamente los sacramentos de penitencia y eucaristía, y exhortales acudir a menudo a esas dos fuentes de gracia y salvación.

Emplear cuantos medios pueda sugerirles su celo para inculcarles la necesidad de la oración, aficionarlos a ella y hacérsela amar; insistirles que oren siempre con atención, modestia, respeto y piedad; enseñarles las oraciones de la mañana y de la noche y las demás que se acostumbra en nuestras escuelas.

Hablarles frecuentemente de la Santísima Virgen, inspirarles confianza ilimitada en su poderosa protección dándoles instrucciones a su alcance, e infundirles auténtica devoción a María que es señal de predestinación.

Inspirarles asimismo devoción a los ángeles custodios y a los santos patronos y exhortarles a que recen a menudo por las almas del purgatorio.

Hacerles cantar diariamente cánticos religiosos, formales en el canto gregoriano, enseñarles a ayudar a misa, a participar en las ceremonias de la iglesia; utilizar recursos que puedan atraerlos a los oficios litúrgicos y darles a conocer el modo de asistir provechosamente a ellos.

Mostrarles cómo santificar todas sus acciones, trabajos y sufrimientos ofreciéndoselos a Dios y acatando su santa voluntad; darles a entender que la virtud y la santidad consisten fundamentalmente en evitar el pecado, cumplir las obligaciones profesionales y santificar las acciones ordinarias haciéndolas por motivos de fe y con intenciones sobrenaturales.

Vigilar asiduamente a los niños, no dejarlos nunca solos en clase ni en el recreo o en cualquier otro lugar; acompañarlos siempre para conservar su inocencia; conocer sus defectos para corregirlos, sus buenas aptitudes para desarrollarlas, sus faltas para sancionarlas y prevenir el escándalo y el contagio del mal. Aficionarlos a la escuela<sup>362</sup>, y mantenerlos en ella todo el tiempo posible para preservarlos de los malos ejemplos y de tantas ocasiones de ofender a Dios.

Recomendarles con frecuencia respeto a los ministros de Jesucristo, obediencia al Príncipe y a los magistrados. Combatir incesantemente el espíritu de independencia -la gran plaga de nuestro tiempo- y hacerles comprender claramente que la obediencia a los padres, así como a las autoridades civiles y eclesiásticas, es un mandamiento de Dios y un deber de todo tiempo y lugar.

Infundirles gusto y amor por el trabajo; que lleguen a considerar la pereza, causa de infinidad de faltas, como uno de los vicios más peligrosos para el alma y para el cuerpo.

Formarlos en la modestia y la urbanidad, inspirarles amor al orden y limpieza, obligarlos a llevar a la práctica las lecciones que han recibido sobre los aspectos anteriores y a mostrarse respetuosos con todos, especialmente con las autoridades.

Finalmente, los Hermanos deben ser para los niños modelos de piedad y virtud, de modo que los lleven a Dios mucho más con el ejemplo que con la palabra.”

---

<sup>362</sup>Al no ser obligatoria la escolaridad, los niños asistían a clase con mucha irregularidad, sobre todo durante la época de los trabajos del campo. Les resultaba fácil “hacer novillos” (no ir a clase) (cfr. LPC 1, doc. 298, pág. 543).

Alentados y fortalecidos con estas instrucciones, los Hermanos se mostraron admirables en piedad, modestia, abnegación y trabajo mientras duró la construcción de la casa. Los obreros no se cansaban de admirar el espíritu de mortificación, humildad y caridad que reinaba entre los Hermanos: quedaron tan impresionados que manifestaron públicamente su asombro. Los buenos ejemplos de los Hermanos no fueron estériles. Los obreros empezaron por admirarlos y terminaron por imitarlos en lo que podían, de modo que muy pronto se volvieron silenciosos, modestos, comedidos en sus palabras y atentos caritativos unos con otros.

Pero había que pensar que para la fiesta de Todos los Santos, los Hermanos tenían que volver a las escuelas. El Padre Champagnat les dio los ejercicios durante ocho días. Aconsejó a cada Hermano las resoluciones que le convenían según sus necesidades, defectos, carácter y cargo que había de desempeñar. Y en la cabecera de las resoluciones de cada uno mandó poner la de recordar continuamente la presencia de Dios.

Aquel año, el Instituto fundó dos nuevas escuelas; la solicitud de la de Charlieu<sup>363</sup> fue presentada por el señor arzobispo. Los primeros gastos corrieron a cargo del párroco, señor Térel, y del alcalde de Charlieu, señor Guinot<sup>364</sup>, que siempre fueron protectores y bienhechores de los Hermanos. Éstos encontraron a los niños de Charlieu sumidos en profunda ignorancia y sometidos a los vicios que la suelen acompañar. Su tarea fue ardua y la compensación nula durante bastante tiempo. Pero el interés, la abnegación y paciencia alcanzaron al fin éxito completo. Esta escuela fue en adelante una de las más prósperas del Instituto.

La otra escuela abierta por entonces fue la de Chavanay<sup>365</sup>. El párroco, señor Gaucher<sup>366</sup>, vino personalmente a pedir Hermanos y pagó parte de los gastos iniciales de instalación. Los habitantes de Chavanay manifestaron gran interés por tener Hermanos. Enviaron una delegación de notables al Hermitage para acompañarlos a su destino. La escuela, que contaba con la simpatía de todo el vecindario, pudo acoger desde el principio a todos los niños del municipio.

En torno a la fiesta de Todos los Santos de 1824, el Padre Champagnat fue relevado de su cargo de coadjutor<sup>367</sup> de Lavalla. Hasta entonces, durante la construcción del Hermitage, subía cada sábado por la tarde a Lavalla para confesar y celebrar el domingo la santa misa. Al verse descargado de toda ocupación ajena a su obra, se entregó exclusivamente al servicio y provecho de la comunidad.

Durante el invierno se hicieron los trabajos de interior de la casa.

Como siempre, el Padre estaba continuamente al frente de los obreros, carpinteros, yeseros, etc.; y la obra avanzó tanto que la comunidad pudo instalarse en la nueva casa en el verano de 1825. También se terminó la capilla<sup>368</sup> y quedó apta para el culto divino. El 15 de agosto<sup>369</sup>, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, el señor Dervieux, párroco de Saint-Chamond, la bendijo en nombre del señor arzobispo. El santo sacerdote, cuyos sentimientos respecto al Padre

<sup>363</sup>LPC 2, págs. 544-548 y OME, doc. 32, págs. 91-98.

<sup>364</sup>Guinault, LPC 2, pág. 267.

<sup>365</sup>El Hermano Luis fue su primer director (AA, pág. 61).

<sup>366</sup>LPC 2, págs. 549-550 y OME, doc. 166 (25), pág. 448.

<sup>367</sup>Hubo un intervalo entre el nombramiento del párroco, señor Bedoin, y la renuncia del Padre Champagnat a la coadjutoría. Efectivamente, el señor Bedoin, que rigió la parroquia durante cuarenta años, asegura que el Padre Champagnat fue su coadjutor durante seis meses (AAL, reg. délib. 1, pág. 19 y OM 1, documento 103, pág. 319).

<sup>368</sup>Se encontraba en el tercer piso, coronada por el minúsculo campanario que aún se conserva

<sup>369</sup>En realidad, el 13 de agosto de 1825, según el proceso verbal (cfr. OME, documento 37, pág. 107).

Champagnat y a su congregación habían cambiado radicalmente, regaló un juego de candelabros que se estrenaron el mismo día de la bendición.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XIII**

*El reverendo señor Courveille se une al Padre Champagnat. Intrigas para ser elegido superior. M. Champagnat cae gravemente enfermo. Lastimosa situación de la comunidad mientras dura la enfermedad*

A las preocupaciones y persecuciones del exterior, a los agobios que supuso la construcción de un gran edificio, siguió una cruz, de otra índole, más dolorosa para el piadoso Fundador que todo cuanto había soportado hasta ese momento.

Por entonces, dos de los sacerdotes del grupo constituido en el seminario mayor par fundar el Instituto de los Maristas, se unieron al Padre Champagnat. Eran los reverendos Courveille<sup>370</sup>, párroco de Épercieux, y Terraillon<sup>371</sup>, capellán de las Ursulinas de Montbrison. El señor Courveille tenía la presentación de haber sido el primero en la idea de fundar la Sociedad de los Maristas<sup>372</sup>, y con ese pretexto se consideraba Superior General<sup>373</sup> de los Hermanos. El Padre Champagnat, que por entonces desconocía los designios de Dios sobre la Sociedad de los Padres, y que tenía un elevado concepto del señor Courveille y muy humilde de sí mismo, no puso dificultad alguna para dejarle asumir el cargo de Superior y para que todos los Hermanos lo considerasen como tal. Por entonces todos estaban convencidos de que la Sociedad de los Padres y la de los Hermanos tenían el mismo proyecto, y creían que debían formar una sola obra bajo el mismo Superior. Por eso, los Hermanos no opusieron la menor resistencia para aceptar la nueva situación. Tanto más cuanto que suponían que el Padre Champagnat iba a seguir siempre al frente de ellos, mientras que el señor Courveille sólo llevaría la alta dirección, y se ocuparía de manera especial de los sacerdotes. Con esa convicción siguieron acudiendo en todo al Padre Champagnat y actuando como lo habían hecho hasta entonces.

El señor Courveille, molesto al comprobar que, a pesar de su rango de Superior General, los Hermanos lo dejaban de lado y se dirigían siempre al Padre Champagnat, concibió la idea de hacerse nombrar Superior de los Hermanos con exclusión de cualquier otro. Antes procuró ganar su confianza y atraérselos, valiéndose para ello de todos los medios.

---

<sup>370</sup> Coureveille, LPC 2, pág. 150. Es titular de Épercieux, pueblecito que no llega a la categoría de parroquia, sino de filial. Allí estuvo cinco años (cfr. OM 4, página 254). El Padre Champagnat fue a buscar al señor Courveille por consejo de otra persona que él denomina señor Superior, es decir, el señor Gardette (cfr. LPC 1, doc. 30, pág. 84).

<sup>371</sup> Terraillon, LPC 2, pág. 479.

<sup>372</sup> Es indudable que el señor Courveille se halla en los orígenes del grupo de los futuros Maristas de la diócesis de Lyon. Testimonio del señor Déclas (OM 2, doc. 551 (1), pág. 340) y del señor Terraillon (OM 2, doc. 750 (1-2), pág. 666).

<sup>373</sup> Incluso mientras se hallaban en Épercieux se consideraba ya como responsable de todo lo que se hacía sin contar con él, en la comarca de Feurs, en Lavalla, en Cerdon, etc. Véase el prospecto de 1824 (OME, doc. 28, págs. 87-89), donde da la impresión de atribuirse ese título, firmando en primer lugar.

Durante las vacaciones<sup>374</sup> de 1825, pensando que los ánimos estaban ya preparados para conseguir sus planes, reunió<sup>375</sup> a los Hermanos y, para disimular mejor el lazo que les tendía, les habló largo y tendido acerca del bien que la Sociedad estaba llamaba a realizar y de las diversas obras que iba a abarcar. Terminó con estas palabras:

“Así pues, como los Padres que se hallan aquí, en cualquier momento pueden ser llamados a distintos ministerios, es necesario que escojáis, ahora que estamos todos a vuestra disposición, al que queréis que os dirija. Os aprecio lo suficiente como para sacrificarme por vosotros; tanto el señor Terraillon como el señor Champagnat se interesan también mucho por vosotros. Sin embargo, como cada cual ha de ocuparse de un objetivo concreto y para asegurar mayor unidad, conviene que uno de los tres se encargue de vosotros de modo particular. Desearía que me dijerais quién queréis que os dirija. Pedid a Dios que os ilumine, reflexionad seriamente antes de decidirlos; no os dejéis influir por los motivos que podrían inspiraros los lazos de la carne y de la sangre<sup>376</sup>. No tengáis otros móviles que la gloria de Dios, el provecho de vuestra congregación y el bien de vuestras almas. Cuando hayáis tomado la decisión, escribid en una papeleta el nombre del que hayáis elegido. Dentro de unos minutos volveré par recoger los votos.”

Los Hermanos, que nada sospechaban, cumplieron con sencillez lo que se les ordenó, y ni siquiera les pasó por la imaginación que se pretendía quitarles al que les había reunido y consideraban todos como Padre. Después de unos momentos de reflexión, cada cual escribió un nombre en su papeleta, sin ponerse de acuerdo ni haberse dicho ni una palabra.

Volvió el señor Courveille a la sala, hizo el escrutinio de votos y casi todos fueron para el Padre Champagnat. Al ver el resultado, el señor Courveille, mirando al Padre Champagnat, le dijo con un tono que no pudo disimular; “Parece que se han entendido para darle a usted sus votos.”

El Padre Champagnat, que sólo se fijaba en su propia indignidad, lejos de molestarse por la descortesía, no tuvo inconveniente en apoyar las palabras del señor Courveille. Y, convencido de que los Hermanos habían actuado sin madurar suficientemente la decisión, pidió que se anulase el resultado y se procediera a una nueva votación. Pero antes de esta segunda vuelta, quiso dirigir la palabra a los Hermanos:

“Queridos amigos, les dijo, me temo que no hayáis medido la importancia del asunto que nos ocupa. Me lo demuestra la elección que acabáis de hacer. Si, como no dudo, deseáis que la elección sea conforme a la voluntad de Dios, tenéis que despojaros del espíritu propio, no dejaros llevar por motivos humanos, ni hacer caso de la simpatía que podáis tener para conmigo. No creáis que soy el más indicado para poder orientaros porque hace tiempo que os conozco y me conocéis. Al contrario, considero que estos señores están mucho mejor preparados que yo para dirigiros y formaros; pues, al no haber tenido que ocuparse en trabajos manuales y haberse entregado exclusivamente a la oración y al estudio de la religión, tienen en estos temas conocimientos que yo no poseo. No es mi intención abandonaros, por supuesto, pero sabéis que la preocupación por los asuntos materiales me absorbe más de la cuenta y, a pesar de mi buena voluntad, no puedo hacer por vosotros cuanto quisiera. Por eso es necesario que otro se ocupe de instruiros y formaros en la piedad. Así pues, pedid nuevamente las luces del Espíritu Santo, la protección de María, pensadlo mejor que antes, despojaos de toda consideración y sentimiento humano, y volved a votar.”

<sup>374</sup> El Hermano Avit dice: “Los Hermanos bajaron en mayo” (AA, pág. 63). Las vacaciones escolares tienen lugar en septiembre-octubre.

<sup>375</sup> AA, pág. 67.

<sup>376</sup> Mt 16, 17.

Por obediencia, los Hermanos se sometieron. La nueva elección, como la primera, se realizó en medio de gran recogimiento, y los Hermanos obraron con la misma sencillez, de modo que ni les pasó por la cabeza ponerse de acuerdo. Después de escribir cada cual su papeleta, la depositó, como la vez anterior, en el lugar indicado. El señor Courveille realizó nuevamente el escrutinio y dijo con amargura: “El resultado es el mismo.” Y luego, volviéndose al Padre

Champagnat, añadió: “Usted será su Superior, ya que sólo a usted lo quieren.”

En efecto, a él sólo querían, ya que volvió a reunir casi la totalidad de los votos.

El comportamiento de los Hermanos en esta ocasión fue prueba inequívoca de su buen espíritu y del afecto sincero por su piadoso Fundador<sup>377</sup>.

Aquel año de 1825 tuvo lugar la fundación de la escuela de Ampuis. El señor Hérard<sup>378</sup>, que había sido misionero en América, mandó construir una escuela y garantizó una renta anual de seiscientos francos a los Hermanos.

Después de la fiesta de Todos los Santos, el Padre Champagnat se propuso visitar personalmente todas las escuelas y tratar con las autoridades municipales acerca de diversos asuntos de interés para las escuelas y sobre los que sólo él podía decidir.

El Instituto tenía por entonces diez escuelas<sup>379</sup>, a saber: Saint-Sauveur, Bourg-Argental, Vanosc, Boulieu, Chavanay, Saint-Symphorien-le-Château, Tarentaise, Charlieu y Ampuis.

El Buen Padre hizo estas visitas<sup>380</sup> a pie y con un tiempo bastante malo. Le resultó singularmente pesado el viaje a Charlieu por las lluvias torrenciales que habían caído y que hacían intransitables los caminos. Además, el Padre Champagnat, que era muy riguroso para consigo mismo, no se andaba con miramientos ni se cuidaba lo más mínimo en los viajes. Podemos comprobarlo al juzgar cómo se comportó en otro viaje que hizo a Charlieu algo más adelante. Por la tarde, a las nueve, tomó la diligencia en Saint-Étienne y llegó a Roanne a las ocho de la mañana. Celebró la santa misa y, en ayunas, se fue andando hasta Charlieu, adonde llegó a la una. Al regreso, salió de Charlieu a las cuatro de la madrugada, celebró la santa misa en Roanne, tomó una sopa ligera, y llegó a comer a Vandranges, que se encuentra a seis leguas de Roanne. Después de comer se puso de nuevo en camino y, tras varias horas de marcha, sintiendo mucha sed, pidió de beber a una señora, que le ofreció vino, pero no quiso tomarlo, contentándose con un poco de agua. Habiendo descansado un rato en esta casa, se puso a enseñar el catecismo a los niños y les repartió medallas de la Santísima Virgen. Al anochecer, habiendo llegado a Balbigny, durmió en casa del párroco. Al día siguiente salió a las cuatro y celebró la santa misa después de recorrer cuatro leguas; luego se puso nuevamente en camino hasta La Fouillouse, donde tomó un caldo y algo de fruta. De La Fouillouse, sin detenerse, hasta el Hermitage, adonde no llegó hasta las siete de la tarde<sup>381</sup>. Sabemos todos estos detalles por un obrero<sup>382</sup> que lo acompañaba, y que aseguró que nunca en su vida había pasado tanta hambre

<sup>377</sup> Respecto a este pasaje, véase el testimonio del señor Séon (OM 2, doc. 625(4), pág. 441).

<sup>378</sup> AA, págs. 66-67 y LPC 2, págs. 528-529.

<sup>379</sup> Respecto a estas escuelas, véase LPC 2, índice de nombres de lugares.

<sup>380</sup> AA, pág. 67 y ss. Realizó esas visitas en unos 50 días (AA, págs. 67-68).

<sup>381</sup> De Charlieu a Roanne, por la carretera actual, hay unos 20 km. De Roanne a Vandranges, por la N-7, 14 km. De Vandranges a Balbigny, 16 km. De Balbigny a la Fouillouse, 38 km. De La Fouillouse a Saint-Chamond, 18,5 Kilómetros. Es decir, unos 105 Kilómetros en dos días.

<sup>382</sup> El obrero en cuestión es Felipe Arnaud, sobrino del Padre Champagnat (cfr. AA, pág. 166 y MEM, pág. 36).

como en aquel viaje; y añadió: “Varias veces estuve tentado de dejarle y entrar en alguna venta para comer.”

Tal era el régimen de vida que llevaba el Padre Champagnat en sus viajes. ¿Extrañaremos que la constitución robusta con que la naturaleza lo había dotado se deteriorase tan pronto y que muriese realtivamente joven?

A su regreso al Hermitage lo esperaban nuevas dificultades con el señor Courveille. Este sacerdote, que había quedado profundamente herido por las preferencias de que había sido objeto el Padre Champagnat en las elecciones de las vacaciones últimas, aprovechó el período en que se halló solo en el Hermitage para minifestar su disgusto a los Hermanos. Incluso llegó a escribir, a los que se hallaban en las escuelas, cartas repletas de amargos reproches por seguir dirigiéndose al Padre Champagnat y considerándole como Superior, alegando que tal comportamiento era humillante para él y las maldiciones de Dios sobre el Instituto. No disimuló su despecho ante el Padre Champagnat y considerándole como Superior, alegando que tal comportamiento era humillante para él y una falta de respeto y confianza que no podía por menos de atraer las maldiciones de Dios sobre el Instituto. No disimuló su despecho ante el Padre Champagnat y empezó a criticar todo lo que hacía. Según é, los Hermanos no estaban bien dirigidos, ni los novicios bastante probados, ni suficientemente instruidos y formados en la piedad. La disciplina de la casa no era lo bastante rígida, ni monacal; la economía se descuidaba y se hacían gastos excesivos. En una palabra, el Padre Champagnat no sabía llevar una administración. Y, con ese pretexto, le quitó la bolsa<sup>383</sup>. Pero no por pasar a sus manos se vio más repleta; a menudo se hallaba vacía, y entonces el malhumor del señor Courveille<sup>384</sup> se desfogaba en invectivas contra el Padre Champagnat.

Estos disgustos y sinsabores, que el piadoso Fundador trataba cuidadosamente de ocultar y cuyo amargor saboreaba en la soledad, unidos a las fatigas de los largos y penosos viajes que acababa de realizar, le hicieron contraer una enfermedad que lo llevó a las puertas del sepulcro. Durante su viaje a Charlieu se encontraba ya muy mal, pero no dio importancia alguna a su indisposición, y en vez de cuidarse, en cuanto regresó, se dedicó a trabajos muy duros.

A pesar de que se sentía consumido por una ardiente fiebre, quiso estar presente en el oficio y la misa del gallo, y también en la misa solemne y en las vísperas de Navidad. Y sólo al día siguiente, fiesta de san Esteban, después de celebrar la santa misa, no pudiendo aguantar más, se acostó. La enfermedad se agravó, y, pocos días después, llegó a tal extremo de gravedad que se perdió la esperanza de curación. Hemos de consignar aquí, en alabanza del señor Courveille, que se mostró muy afligido por la enfermedad del Padre Champagnat y que escribió<sup>385</sup> a todas las escuelas para prescribir a los Hermanos que rezaran e hicieran rezar par obtener la curación del buen Padre<sup>386</sup>.

Cuando se hizo pública la situación desesperada del enfermo, los acreedores acudieron en masa exigiendo ser indemnizados. Como no se les podía satisfacer, amenazaron con embargar el

<sup>383</sup> Cartas no conservadas.

<sup>384</sup> El Hermano Teodosio dice: “ Él (Courveille) se lanzaba, se ponía al frente de todo y luego lo abandonaba todo. Era un exaltado. De momento era extraordinario, magnífico, espléndido, y al momento siguiente todo había cambiado, y se hallaba todo por los suelos” (OM 3, doc. 860 (1 y 2), pág. 825) y (OME, documento 40 y notas, pág. 112 y ss.)

<sup>385</sup> El señor Courveille, en una circular del 3 de enero de 1826, pide a los Hermanos que rueguen por la curación del Padre Champagnat (cfr. OME, doc. 41, pág. 115). Esta circular se conserva en los AFM y ha sido publicada en BI XXII, pág. 168.

<sup>386</sup> El 6 de enero de 1826, el Padre Champagnat, temiendo lo peor, hace testamento en favor del señor Courveille y del señor Verrier, rector del seminario menor de Verrières, antiguo compañero de estudios y aspirantes a marista en tiempos del seminario mayor (OME, doc. 42, págs. 116-118).

mobiliario y la casa. Y lo hubieran hecho si el señor Dervieux<sup>387</sup>, párroco de San Pedro, no los hubiera llamado para decirles que respondía de todas las deudas. Unos días después pagó, efectivamente, un total de seis mil francos.

Pero esto sólo era el comienzo de las tribulaciones. En la comunidad, tras el profundo pesar por la enfermedad del Padre Champagnat, cundió un desaliento general. Todos, Hermanos y novicios, estaban convencidos de que, si llegaba a morir, todo se vendría abajo y no tendrían otro remedio que retirarse.

Claro que el comportamiento del señor Courveille no era el más propicio para tranquilizarlos y alejar sus temores. En vez de sosegarlos y animarlos, en vez de infundirles confianza y resignación, se enajenó los corazones de todos por su excesivo rigor y extrema severidad. La zozobra en que todos vivían, pensando en su porvenir y en el del Instituto, se tradujo en relajación e indisciplina. Con un poco de prudencia y suave firmeza, hubiera sido facilísimo restablecer el orden.

Desgraciadamente, sucedió lo contrario. Las menores infracciones a la Regla eran castigadas con duras reprimendas, lo que produjo un descontento generalizado y aumentó el desaliento. Como la disipación y el mal espíritu iban aumentando, pensó el señor Courveille que, para detener el mal, había que tomar medidas tajantes. Empezó, pues, a proferir las mayores amenazas, a imponer duras penitencias e, incluso, despidió a unos cuantos. Con esta medida, lejos de atajar el mal, sólo consiguió agravarlo, pues los Hermanos, que no estaban acostumbrados a ser guiados por la fuerza, pensaron que se trataba de una manera indirecta de forzarlos a retirarse, lo que les irritó en extremo.

Pero la gota que colmó el vaso de su exasperación, fue cuando el señor Courveille, que los había reunido en comunidad, después de abrumarlos con severas censuras, concluyó diciendo que le tenía sin cuidado el desenlace de todo aquello, que iba a retirarse y pedir al arzobispo una parroquia. Esta manifestación provocó descontento y murmuración general, hizo desvanecer el último rayo de esperanza que aún les quedaba, y terminó por llevar el desaliento al corazón de buen número de los Hermanos más antiguos aún no contagiados por la desmoralización general.

A partir de entonces, cada cual dio rienda suelta a su imaginación y a sus palabras. Empezaron a pensar en el porvenir, a hacer sus planes y comunicárselos mutuamente. Uno se proponía volver a su familia y ya había avisado a sus padres; otro quería ingresar en otra congregación; un tercero, ejercer esta o aquella profesión.

En definitiva, todos se disponían o resignaban a alejarse de una Sociedad a la que tanto querían, pero donde ya no encontraban aquella paz, unión, felicidad y contento de que antes disfrutaban.

Sólo el Hermano Estanislao<sup>388</sup> se mostró sensato, animoso y abnegado en estas críticas circunstancias. Fue el único que luchó contra el desaliento de los Hermanos y la excesiva e imprudente dureza del señor Courveille; el único que nunca perdió la confianza y se mostró fiel al Instituto y digno hijo del Padre Champagnat.

<sup>387</sup> No parece probable que el señor Dervieux tuviera una fortuna excepcional, pero estaba respaldado por bienhechores, y, especialmente, por la señorita Fournas que, en 1832, después de la muerte del señor Dervieux, encauzará su generosidad hacia el P. Champagnat (AA, pág. 318). A su muerte, el Señor Dervieux no dejará siquiera el dinero preciso para su entierro. Será la parroquia la que asuma el gasto (cfr. "Biografía", por Jacques de Boissieu).

<sup>388</sup> Respecto al Hermano Estanislao, véase CM II, pág. 67. En 1854, el Hermano Francisco, Superior General, escribió una breve pero conmovedora biografía del Hermano Estanislao (CSG II, págs. 178-184).

Día y noche se le veía a la cabecera del buen Padre prodigándole cuidados. Él fue quien se encargó de ir a entrevistarse con el señor párroco de Saint-Chamond y le expuso la triste situación de la casa, las amenazas de los acreedores, y también el que, con sus apremiantes ruegos y lágrimas, consiguió que se encargase de saldar las deudas.

Con sus consejos, exhortaciones y plegarias consiguió calmar a Hermanos y novicios y detener los planes que se habían trazado de abandonarlo todo. Ni siquiera temió amonestar con humildad y firmeza al señor Courveille por su rigor y procedimiento con los Hermanos. Le echó en cara, sobre todo, que les hubiera declarado su intención de abandonarlos par irse a una parroquia. El señor Courveille, lejos de ablandarse y reconocer sus equivocaciones, le respondió con sequedad: “No he sido yo quien ha contraído las deudas; si las cosas van mal, peor para ustedes; yo no pienso cargar con las consecuencias. Desde luego, si el señor Champagnat muere, yo me retiraré, y todos harán lo mismo.” En efecto, si el Padre Champagnat hubiera muerto, todo se habría perdido, pero Dios, que lo había elegido para fundar y consolidar la obra de los Hermanos, velaba sus días: le conservó la vida y le devolvió la salud contra toda esperanza humana.

En cuanto experimentó mejoría, en cuanto empezaron los Hermanos a abrigar esperanzas de curación, se sintieron aliviados y renació la alegría en todos los rostros. Cuando el Hermano Estanislao le informó de lo que estaba ocurriendo en casa, el Padre Champagnat suplicó insistentemente al señor Courveille que se dirigiese a los Hermanos con actitud más paternal, que se mostrase más comprensivo y, sobre todo, que no despidiese, sin más, a Hermanos que, a pesar de sus defectos, con el tiempo podrían llegar a ser buenos religiosos

Pero las cosas habían llegado a tal extremo que era difícil dar marcha atrás. Los ánimos se hallaban demasiado enconados de ambas partes: los Hermanos habían perdido toda confianza en el señor Couveille, y éste estaba descontento de todo y de todos. Convencido de que la mayoría de los Hermanos no tenían las cualidades necesarias para ser religiosos, no le importaba verles abandonar una vocación que creía que no era la que les convenía. Por otra parte, al exagerar las excelencias y los deberes de la vida religiosa, exigía de los novicios una perfección que ya estarían contentos de haber alcanzado hombres encanecidos en la observancia regular. Quería cargarles con un yugo<sup>389</sup> que nadie era capaz de soportar, despidiendo a quien rata de sacudírselo de encima.

Sin embargo, cuando se dio por cierto que el Padre Champagnat se hallaba fuera de peligro, los ánimos se sosegaron. Renació la confianza en todos los corazones, la alegría, el gozo y la satisfacción reemplazaron a la incertidumbre y al espíritu de murmuración, que se habían generalizado durante tres semanas. Se restableció el orden y la disciplina y se sometieron al yugo con la esperanza de que no tardaría en cambiar la situación y todo volvería a ser como antes.

La reacción que tuvieron cuando el Padre Champagnat apareció por primera vez en comunidad, puede dar una idea del afecto y cariño que le profesaban, de la satisfacción y la dicha que a todos los Hermanos proporcionaba su mejoría. ¡La habían anhelado tanto y tanto la habían pedido a Dios!

---

<sup>389</sup>Lc 11, 46.



Aunque apenas podía sostenerse de pie, al enterarse de que en ese momento tenía lugar el capítulo de culpas y que algún novicio iba a recibir severos reproches, rogó al Hermano Estanislao, que se hallaba a su lado, que lo llevase del brazo a la sala capitular.

Cuando se presentó, todas las miradas se volvieron hacia él. Se produjo una explosión inenarrable de alegría. Todos, como movidos por un resorte, se ponen en pie, los rostros se iluminan, radiantes de dicha, se vuelven hacia él y exclaman: “¡Es el Padre Champagnat, nuestro buen Padre!” Las lagrimas se mezclan con los aplausos manifestando el indecible gozo que sienten todos los corazones. El ejercicio del capítulo de culpas, tan serio e imponente, quedó interrumpido y fue suspendido. El señor Courveille, que lo estaba presidiendo, testigo de estas muestras de afecto, al ver que nadie le hacía el menor caso, salió y no volvió a aparecer en la sala. El buen Padre dirigió a los Hermanos unas palabras de aliento<sup>390</sup> que hicieron renacer la esperanza en todos los corazones, y disiparon todos los temores.

Esta crisis que acabamos de narrar no trascendió los muros de la casa de noviciado, y la enfermedad del buen Padre no ocasionó ningún trastorno a las escuelas.

Pocos días después se presentó un postulante<sup>391</sup> que solicitaba su admisión en el Instituto. Lo hicieron subir a la habitación del Padre Champagnat. Precisamente se encontraba allí el señor Courveille, el cual lo examinó detenidamente y le describió con tal rigor las exigencias de la vida religiosa que el muchacho, desalentado por lo que acababa de oír, estaba a punto de desistir de su propósito. El Padre acababa de oír, estaba a punto de desistir de su propósito. El Padre Champagnat, que se había mantenido en silencio durante la entrevista, pero que no había quitado los ojos del postulante, vio reflejado en su rostro el mal efecto que la descripción exagerada de las obligaciones de la vida religiosa le había producido. Cuando se disponía a retirarse, le hizo una discreta señal y, ya a solas, lo invitó a visitar la capilla. Aunque apenas podía andar, lo acompañó él mismo par tener oportunidad de continuar la conversación. Necesitó un buen rato para subir los cuarenta<sup>392</sup> escalones que llegaban hasta arriba. Y, aun apoyándose en la barandilla y descansando en cada rellano, al llegar se encontraba agotado. Después de unos instantes de adoración al Santísimo Sacramento, dijo al joven, señalando la imagen de María: "Ahí tienes a la augusta Virgen, es nuestra buena Madre. Será también la tuya si te quedas en esta casa que le está consagrada y te ayudará a superar las dificultades de la vida religiosa." Y luego, al salir, añadió: "No podemos decir que el yugo de Jesucristo sea duro y pesado, ya que el mismo divino Salvador, que es la Verdad suma, nos enseña que su yugo es suave<sup>393</sup>, y que llevarlo constituye un consuelo y una dicha. Te garantizo que encontrarás mayor satisfacción, alegría y contento en el servicio de Dios, que los que podrían proporcionarte todos los placeres del mundo. Ven, pruébalo y verás. La vida religiosa nada tiene de difícil para quienes están animados de buena voluntad. No temas; te prometo la protección de nuestra buena madre, que te cuidará como a un hijo. Te espero, pues, uno de estos días, no me falles." Ante tales palabras, el postulante sintió cómo se desvanecían sus temores y su corazón se llenaba de gozo y ánimo. "Sí, le respondió, vendré, se lo prometo." Días después ya estaba en el noviciado; y, como le había dicho el buen Padre, experimentó pocas penas y muchos consuelos. Para

<sup>390</sup> En 1833, el P. Champagnat recuerda estos acontecimientos en una carta al señor Cholleton: "Procuré tranquilizar a mis hijos diciéndoles que nada debían temer; que yo estaba dispuesto a compartir todos sus infortunios, y hasta el último pedazo de pan" (LPC 1, doc. 30, pág. 84).

<sup>391</sup> Se trata de Benito Deville (Hermano Benito), AA, pág. 87. El mismo Hermano que, seis meses después del tránsito del Padre Champagnat, pide al señor Ravery que le haga una copia del retrato del Padre Champagnat, realizado al día siguiente de la muerte (cfr. SMC, vol. 1, pág. 60).

<sup>392</sup> Entre el primero el tercer piso, donde se hallaba la capilla de 1825 a 1836.

<sup>393</sup> Mt 11, 30; 1 Jn 5, 3.

asegurar su perseverancia, iba a menudo a orar a los pies de la divina Madre, que nunca dejó de protegerlo como a hijo. Este joven nunca titubeó en su vocación y fue un excelente religioso.

En cuanto el Padre Champagnat estuvo en disposición de poder salir, vino a buscarlo el párroco de San Pedro para llevarlo a su casa. Temiendo que en el Hermitage no pudieran prestarle suficientes cuidados, o que, a causa de la pobreza de la casa, no pudieran proporcionarle lo que necesitaba, quiso encargarse personalmente de las mil pequeñas atenciones que su situación requería. Lo hizo con tanto esmero y delicadeza que el buen Padre estaba en extremo confuso.

Hasta su muerte, el venerable párroco se mostró siempre protector y bienhechor del Instituto, padre de los Hermanos y amigo fiel del piadoso Fundador, testimoniando de ese modo que, si era cierto que en algún momento les había causado algún pesar, lo había hecho por ignorancia y por haber estado mal informado<sup>394</sup>.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XIV**

*La virtud del Padre Champagnat sometida a nuevas pruebas por la conducta del señor Courveille y la defección de algunos Hermanos*

No bastó cuanto acababa de suceder para corregir al señor Courveille de su ambición, ni hacerle cambiar sus sentimientos contra el Padre Champagnat. Al darse cuenta de que no podía enajenarle la adhesión de los Hermanos, tomó nuevas medidas para lograr sus propósitos.

Una de ellas fue escribir<sup>395</sup> al señor arzobispo para difamar al buen Padre y menoscabar la estima de que gozaba ante el prelado. Entre otras cosas, lo acusaba de recibir indiscriminadamente todo tipo de postulantes, la mayor parte de los cuales se retiraba después de haber causado notables gastos a la comunidad; de no dar a los Hermanos suficiente formación en la piedad y en las virtudes religiosas, de ocuparlos demasiado en trabajos manuales descuidando<sup>396</sup> su instrucción; en una palabra, de ser demasiado indulgente y, como consecuencia, tolerar la relajación, la indisciplina y la irregularidad.

Aunque en el arzobispado<sup>397</sup> no daban demasiado crédito a estas acusaciones, pareció conveniente informarse para ver qué había de cierto en todo aquello. Con ese fin, determinaron

<sup>394</sup> Como complemento de las dificultades y la liquidación de pagos con el señor Courveille, véase AA, pág. 337.

<sup>395</sup> Esta carta no ha sido hallada ni en AAL ni en los escritos pertenecientes a Mons. de Pins (cfr. OM 2, doc. 757, pág. 793, nota 2).

<sup>396</sup> Muy al contrario, el P. Champagnat se preocupaba de formar a los Hermanos, sobre todo por medio de cursillos durante las vacaciones, que, en 1833, causaron admiración al inspector Dupuis (cfr. AA, págs. 98-99 y RLF, pág. 107).

<sup>397</sup> El arzobispo tenía ya ciertas sospechas acerca del señor Courveille. El 25 de agosto de 1825 le había aconsejado que se moviera menos y que “de momento se limitase a la obra de los Hermanos Maristas, y que lo demás estaba fuera de lugar” (OME, doc. 38, pág. 108).

que el señor<sup>398</sup> hiciera una visita al Hermitage. Llegó, pues, cuando el Padre Champagnat se hallaba convaleciente en casa del párroco de San Pedro. en cuanto le informaron de la visita del señor, subió inmediatamente al hermitage para saludarlo y ponerle al corriente de todo. El señor, prevenido como estaba, lo recibió con frialdad y le hizo infinidad de preguntas y observaciones. Luego visitó minuciosamente la casa y sometió a los Hermanos y los novicios a un examen de religión y de los principales contenidos de la enseñanza primaria. Fue muy riguroso en dicho examen, y le pareció que los Hermanos no estaban bastante instruidos. Fue patente su descontento y tampoco hizo esfuerzo alguno por disimular su mal humor. Se quejó abiertamente y criticó todo lo que en casa no era de su gusto. Antes de marcharse reiteró al Padre Champagnat las quejas que ya le había hecho cada vez que se le presentaba ocasión; le aconsejó que dedicase mayor tiempo a la instrucción de los Hermanos, prohibiéndole hacer nuevas construcciones y ordenándole que se ocupase menos de los asuntos materiales.

¿Estaban justificadas las quejas del señor? Creemos que no. Las quejas se centraban en dos aspectos principales, a saber: que la instrucción de los Hermanos dejaba mucho que desear y que el Padre Champagnat se entregaba demasiado a los aspectos temporales y arruinaba a la comunidad con gastos de construcción y reparaciones<sup>399</sup>.

Hay que reconocer que los estudios no eran profundos; pero el noviciado no pretende formar a los Hermanos en las ciencias, sino en la virtud. Los jóvenes que se hallaban por entonces en la casa llegaban del campo y, en la mayoría de los casos, no sabían leer ni escribir. Era de todo punto imposible que en uno o dos años adquiriesen los conocimientos necesarios y que tan precozmente se les quería exigir.

Respecto a las construcciones y reparaciones, al no disponer de dinero, el Padre Champagnat se veía obligado a hacerlas por sí mismo con la ayuda de los Hermanos y los novicios, cuando eran indispensables.

Pero aunque el señor diera la razón al señor Courveille en los asuntos que acabamos de mencionar, pronto supieron a qué atenerse en el arzobispado respecto a las acusaciones y quejas contra el Padre Champagnat.

Pocos días después de esa visita, la justicia divina se encargó por sí misma de vengar al inocente perseguido y poner fin a las trabas de todo tipo que estaba soportando.

El señor Courveille, que sólo veía defectos por doquiera, que se quejaba de no encontrar bastante piedad y regularidad en la casa, que consideraba a los Hermanos y novicios demasiado imperfectos, cometió graves faltas, atrayendo sobre sí la temible frase de nuestro Salvador: *Quien escandalice a uno de estos pequeños, más le valiera que le atasen una rueda de molino y lo arrojasen al mar.*

Después de esta caída vergonzosa, se retiró a la Trapa de Aiguebelle, para recuperar el sosiego espiritual. Pero en vez de abrir los ojos ante el abismo en que su orgullo le había hundido, siempre con la absurda manía de dirigirlo todo, escribió una carta en la que se quejaba de que no le daban los honores que le eran debidos, y terminaba por amenazar con no volver al

<sup>398</sup>En el texto de la segunda edición el auto identificará al señor Cattet, Vicario general con el autor de la visita.

<sup>399</sup>Se ha reprochado muchas veces al Padre Champagnat el afán de construir demasiado. Pero los candidatos eran cada vez más numerosos (cfr. OME, documento 65(1), pág. 151). A su muerte había recibido un total de 50 postulantes, de los cuales 280 eran Hermanos y 49 ya habían fallecido como tales (cfr. AA, pág. 316).

Hermitage si no obtenía promesa formal de que en lo sucesivo le concederían autoridad total y lo considerarían como Superior<sup>400</sup>.

Entretanto, llegó la noticia de la falta cometida a oídos del señor arzobispo. De acuerdo con éste, el Padre Champagnat y el señor Terraillon le escribieron invitándolo a que se quedase en Aiguebelle si se encontraba a gusto, pero que de ninguna forma se le ocurriese regresar al Hermitage<sup>401</sup>.

Estos hechos causaron al Padre Champagnat profundo dolor, como es lógico; pero Dios le tenía aún reservadas otras pruebas.

Por esta misma época, el Hermano Juan María<sup>402</sup>, el primer aspirante que se le había unido en Lavalla, el primero que se había retirado del mundo; el Hermano Juan María, al que profesaba un cariño y afecto especialísimo, abandonó el Instituto, o más bien, tuvo que ser despedido.

Este Hermano, considerando que la Regla no era bastante austera, solicitó permiso par irse a la Trapa. El Padre Champagnat hizo cuanto estuvo en sus manos para disuadirlo de su propósito; pero fueron inútiles todas las exhortaciones y consejos. Abandonó la escuela de Bourg-Argental<sup>403</sup>, de la que era Director, dejando a doscientos niños al cuidado de dos Hermanos jóvenes y se fue<sup>404</sup> sin esperar a su sustituto, aun sabiendo que no había nadie con suficiente preparación para hacerse cargo de la dirección de la escuela.

Después de tres semanas de permanencia en la Trapa, se arrepintió de su falta, vino a arrojarse a los pies del buen Padre y le insistió para que lo readmitiese en el Instituto. El Padre Champagnat lo recibió bondadosamente y hasta con solicitud, creyendo que habría quedado libre para siempre de sus ilusiones; pero se equivocó.

El Hermano Juan María, que unía un talento excepcional para la dirección de escuelas y gobierno de una comunidad una gran piedad y virtud sólida, se echó a perder por su orgullo y falta de sumisión. Se había empeñado en imitar en todo a san Luis Gonzaga. Y, con ceguera increíble, sólo explicable como castigo a su orgullo, fue incapaz de entender que no a todos les es dado hacer lo que los santos hicieron.

---

<sup>400</sup>OME, doc. 171 (24), pág. 473.

<sup>401</sup>En cuanto se publicó el libro, el Padre Favre, Superior General de los Padres Maristas, escribió al Hermano Francisco, el 17 de septiembre de 1856, una carta en la que expresa su desacuerdo respecto a este episodio concerniente al señor Courveille, que vivía aún como benedictino en Solesmes (OM 2, doc. 757, página Courveille, que vivía aún como benedictino en Solesmes (OM 2, doc. 757, página 763). Inmediatamente, el Hermano Juan Bautista, en la segunda edición, modificó el texto de este modo: "El señor Courveille, que veía defectos por doquier, que se lamentaba de la falta de piedad y regularidad en la casa, que juzgaba demasiado imperfectos a los Hermanos y novicios, se vio comprometido él mismo en un asunto escabroso que no es necesario recordar ahora. Poco después fue a hacer un retiro a la Trapa de Aiguebelle; pero, en lugar de abrir los ojos ante sus errores y reconocer lo que había de reprehensible en su comportamiento, se ratificó en su visión de las cosas y en su fatua pretensión de gobernar él solo. Escribió, pues, una carta, en la que se quejaba amargamente de que no se le tributaba el honor que le era debido. Y concluía diciendo que no regresaría al Hermitage mientras no le prometieran formalmente reconocerlo como primer Superior de los Hermanos, tratarlo como a tal, y dejarle plena autoridad par gobernar la comunidad como bien le viniera. Entretanto, llegó todo esto a oídos del señor arzobispo, y con su parecer favorable, el Padre Champagnat y el señor Terraillon le escribieron conjuntamente que se quedaran en la Trapa, si se hallaba a gusto en ella; pero que de ningún modo se le ocurriese regresar al Hermitage."

<sup>402</sup>El Hermano Juan María, LPC 2, págs. 292-301 y OME, doc. 166, pág. 443.

<sup>403</sup>En los Anales de Bourg-Argental, el Hermano Avit relata así los hechos: "Al cabo de un año, al Hermano Juan María se le metió en la cabeza irse a la Trapa. Marchó sin decir nada a nadie, y dejó las dos clases con 200 alumnos al subdirector, de 15 años", que era el Hermano Juan Bautista (cfr. AFM, 213.85 página 4).

<sup>404</sup>Para fijar la fecha de esta fuga, véase LPC 2, pág. 300 y nota, OM 4, página 294, nota 2.

Obsesionado por la idea de una perfección quimérica, exageraba en todo<sup>405</sup>. Se imponía en su alimentación privaciones que arruinaron su salud, se forraba de cilicios, tomaba disciplina, llevaba hasta extremos ridículos la pobreza y la generosidad, se aislaba de todo trato para mantener su unión con Dios.

El Padre Champagnat utilizó cuantos medios le aconsejó su ingeniosa caridad; empleó, incluso, su autoridad para librarlo de sus ilusiones y atraerlo al buen camino. Pero, aferrado a su propio criterio y lleno de orgullo, el Hermano no quiso escuchar las exhortaciones y consejos de su Superior.

Muy pronto hallaría el castigo a su obstinación. Aquella vida de tensión, las interminables meditaciones a que se dedicaba, le trastornaron la mente y le ocasionaron una enfermedad nerviosa tan molesta que a veces no podía soportarse ni soportar a los demás, maltratando a cuantos estaban a su lado o encontraba a su paso. Otras veces le daba por cometer niñerías increíbles con los demás, sobre todo con los Hermanos jóvenes. Cuando se apoderaba de él esta manía de hacer tonterías, no podía contenerse ni guardar el silencio y recogimiento propios de un religioso, de modo que hasta en la oración se reía y molestaba a los demás Hermanos. Sus manías alcanzaron tales proporciones que sembró el desorden en la comunidad, y el Padre Champagnat, que había hecho tantos esfuerzos para conservarlo en el Instituto, se vio obligado a despedirlo<sup>406</sup>. Al tomar una decisión que tanto le dolía, pronunció estas palabras que nunca deberían olvidar los Hermanos de María: “éste ha de ser el trato para aquellos que se aparten de la obediencia y sigan su criterio propio.” Y, al tiempo que pronunciaba estas terribles palabras, cerró la puerta tras el desdichado Hermano.

La salida del Hermano Juan María fue seguida de la del Hermano Esteban Roumesy<sup>407</sup>, no menos valioso y casi tan querido para el Padre Champagnat. Era también uno de los primeros Hermanos. Al principio, piadoso y apegado a su vocación, realizó un bien inmenso en las escuelas en que había sido destinado. Su celo por la instrucción cristiana de los niños, su caridad para con los pobres y huérfanos sobrepasaba todo elogio y le habían granjeado el respeto y afecto de todos.

Pero la virtud degenera pronto en vicios si no está regulada por la obediencia. El apego excesivo de este Hermano a ese tipo de obras fue la causa de su perdición.

Hacia algún tiempo que el Padre Champagnat, abrumado de trabajo, había retirado al Hermano Roumesy de la enseñanza llamándolo a la casa madre para encomendarle la dirección, las obras y la administración. Retirado inesperadamente y contra su voluntad de aquellas obras por las que sentía un especial atractivo, el Hermano lo sintió tanto que cayó enfermo. Por lo demás, desempeñó deficientemente el nuevo empleo que le habían encomendado, y no precisamente por falta de aptitudes, ya que tenía especial talento para la administración, sino porque no se encontraba a gusto en ella y añoraba sus anteriores ocupaciones.

---

<sup>405</sup>El inspector Guillard visita oficialmente la escuela de Bourg-Argental el 23 de abril de 1822. En el informe que presenta al rector de la Universidad, hace constar, por informaciones del señor Colomb: “Que el Hermano Director, al que vi ayer en Bourg-Argental, fue granadero de la guardia imperial, y que, el Jueves Santo, permaneció arrodillado ante el Santísimo desde las 8 de la tarde hasta las 8 de la mañana” (OME, doc. 19 (5), pág. 74).

<sup>406</sup>AA, pág. 66.

<sup>407</sup>LPC 2, págs. 288-290.

En esto, un sacerdote<sup>408</sup>, con el que mantenía frecuentes relaciones, tuvo la idea de fundar una congregación, cuya finalidad iba a ser la instrucción de niños huérfanos y abandonados. Hacía ya tiempo que había comunicado su intención al Hermano Roumesy y le había ofrecido ponerlo al frente de la comunidad que pensaba fundar<sup>409</sup>.

El Hermano, a quien agradaba mucho tal proyecto, habló de él al Padre Champagnat y le rogó que le dejara seguir la inclinación que sentía por ese género de vida. El buen Padre le respondió: “Mire, Hermano, si la Providencia lo hubiera querido en esa nueva comunidad, no le habría llamado a la nuestra. La voluntad de Dios es que permanezca donde está, y la idea de cambio es una peligrosa tentación del demonio, que usted debe rechazar. Para abandonar una vocación, incluso si es para abrazar otra más perfecta, se necesitan señales extraordinarias, que nos convencieran de que ésta es la voluntad de Dios. Y estas señales extraordinarias deben ser reconocidas y avaladas no por el interesado, que se siente inclinado a otra forma de vida, sino por su Superior; pues las acciones de un religioso, para que sean gratas a Dios, han de llevar el sello de la obediencia. Quien se aparta de esta norma de conducta para seguir sus propias luces, se convierte en juguete del demonio, cae en la autopía y se pierde.”

Como quiera que estos consejos acertados no hacían mella en el ánimo del Hermano, el Padre le dijo: “Hermano, le prohíbo formalmente que siga pensando voluntariamente abandonar su vocación. Si sigue usted acariciando ese proyecto, Dios lo abandonará y le entregará a su capricho, se ofuscará, perderá su vocación y acabará mal.”

Al oír estas palabras, el Hermano se entristeció y se volvió taciturno. Pocos días más tarde se fugó sin decir nada al Padre Champagnat y fue a casa del sacerdote que lo había encandilado, el cual lo recibió con los brazos abiertos. Pero como en vano construye el *hombre, si Dios no construye con él*<sup>410</sup>, muy pronto terminaron ambos por no entenderse, y apenas habían transcurrido dos años, tuvieron que abandonarlo todo. El Hermano Roumesy, conforme se lo había advertido el Padre Champagnat, fue un desgraciado. Su vida fue una cadena de tribulaciones, aflicciones y pesares de toda clase.

La pérdida de estos dos Hermanos causó profunda tristeza al piadoso Fundador, pues eran los únicos con los que podía contar para ayudarlo en el gobierno del Instituto. En efecto, ambos Hermanos, llegados a la edad de la madurez, con la experiencia que da la dirección de las escuelas y con muchas cualidades para resolver problemas y dirigir a los Hermanos, estaban en condiciones de prestar grandes servicios a la congregación. Pero al dejarse arrastrar de sus ilusiones personales, ambos perdieron su vocación por idéntico motivo, es decir, por falta de obediencia.

Nuestro Señor, que quería probar la virtud de su siervo, le tocó en lo que más quería: las dos personas más capacitadas, los únicos en los que podía descargarse de la administración, lo abandonaron a la vez y se fueron al mundo. Su pérdida le resultó tanto más sensible, cuanto más necesarios y queridos le eran y más costosa le había resultado su educación e instrucción. Pero Dios permitió que sucediera esto para mostrarle que sólo debía contar con su Providencia y que únicamente en él debía cifrar su confianza.

<sup>408</sup>Se trata del señor Colomb. Cfr. Actas del Consejo de Mons. de Pins, del 1.º de marzo de 1826 y del 15 de marzo de 1826, citadas en LPC 2, pág. 290

<sup>409</sup>LPC 2, pág. 290.

<sup>410</sup>Sal 126, 1.

También por el mismo tiempo, el buen Hermano Luis fue violentamente tentado contra la vocación. La facilidad que tenía para el estudio y el amor que tenía a Nuestro Señor despertaron en él deseos de estudiar latín y abrazar el estado sacerdotal, para poder dar mayor gloria a Dios y unirse más a menudo a Jesucristo.

El Padre Champagnat, a quien se confió, le dijo que era una trampa del demonio, pues, envidioso de su virtud, trataba de engañarlo con el pretexto de una vida más perfecta, para impedir el bien que estaba haciendo. “Querido amigo, prosiguió el Padre, para amar a Jesucristo y ganarle almas no es necesario ser sacerdote. En su santa vocación puede usted estudiar, amar e imitar al divino Salvador tan perfectamente y con más facilidad que en cualquier otro estado. En ningún otro lugar puede hacer mayor bien, pues no existe obra más excelente que enseñar el catecismo a los niños, formarlos en la piedad, prepararlos para la primera comunión y conservarlos en la inocencia.”

Pese a estos oportunos consejos, la tentación del Hermano crecía; y hubiera sucumbido de no haber sido hijo de obediencia. El Padre, que era consciente de su docilidad, al ver preocupado por estos pensamientos, lo llamó a su cuarto y le dijo: “Hermano Luis, estoy convencido de que ésta es su vocación, y que la voluntad de Dios es que continúe en ella. Por eso le prohíbo que piense en estudiar latín.”

A pesar de todas las resistencias de la naturaleza, el Hermano Luis, que era humilde, acató esta prohibición. Y por extraño que parezca, pero que debe considerarse como consecuencia de su docilidad, desde ese día no volvió a verse asaltado por esa tentación. *El hombre obediente alcanzará victoria*<sup>411</sup>, dice el Espíritu Santo.

El buen Hermano pudo comprobarlo: no sólo triunfó de ese enemigo y recuperó la paz y el sosiego que había perdido, sino que además, con el amor y gusto por su vocación, recibió también el fervor y la unción de la gracia, que lo impulsaron a avanzar rápidamente en el camino de la perfección y la práctica de todas las virtudes de su estado.

Así fue como la obediencia mantuvo al Hermano Luis en su vocación y le alcanzó la gracia de morir como predestinado, según veremos pronto. El orgullo, sin embargo, y la falta de sumisión de los otros dos Hermanos, al hacerles abandonar la vocación, los hicieron desgraciados y los arrojaron a un camino lleno de riesgos para su salvación.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XV**

*M. Champagnat recibe los primeros votos de los Hermanos. Nuevas fundaciones. Importancia de las normas relativas a las relaciones con los seglares.*

---

<sup>411</sup>Sal 21, 28.

La salida de los dos Hermanos y la tentación del Hermanos Luis hicieron comprender al Padre Champagnat que se imponía vincular más estrechamente a los Hermanos a su vocación por medio de votos religiosos, y de ese modo dar estabilidad, en lo posible, con un compromiso irrevocable, a la inconstancia humana.

Desde los comienzos, estableció que los Hermanos hicieran promesa<sup>412</sup> de fidelidad a Dios y a su vocación. No se trataba propiamente de votos. Sin embargo, esa promesa era muy idónea para vincular a los Hermanos a su vocación y adherirlos al Instituto por la importancia que se le concedía, la publicidad que se le daba y los sentimientos religiosos con que se hacía.

He aquí la fórmula de la consagración, como la recibimos de puño y letra del piadoso Fundador<sup>413</sup>:

*Todo a mayor gloria de Dios y honor de la augusta María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo.*

*Los infrascritos, certificamos y testificamos que nos consagramos por cinco años, a partir del día de la fecha, libre y voluntariamente, a Dios en la pequeña asociación de los Hermanitos de María, con el fin de trabajar sin descanso, por la práctica de todas las virtudes, en nuestra propia santificación y en la educación cristiana de los niños del campo. Por ello nos comprometemos:*

*1. A buscar sólo la gloria de Dios, el honor de la augusta Madre de Nuestro Señor Jesucristo y el bien de la Iglesia católica, apostólica y romana.*

*2. A dar enseñanza gratuita a todos los niños pobres que nos presente el señor cura párroco y a enseñarles, lo mismo que a los demás que nos sean confiados, el catecismo, la oración, la lectura, la escritura y demás contenidos de la enseñanza primaria, según sus necesidades.*

*3. A obedecer sin réplica a nuestro Superior y a cuantos por su delegación deban orientarnos.*

*4. A guardar castidad.*

*5. A poner todo en común.*

Cada Hermano firmaba esta promesa de rodillas, en presencia de la comunidad. Podemos observar que en esencia contenía todas las obligaciones de la vida religiosa. Y así lo manifestaba el Padre Champagnat cuando admitía a los Hermanos a hacer esta promesa.

La primera vez que se trató de adquirir este compromiso en 1818, el Hermano Luis<sup>414</sup>, que tenía una conciencia muy timorata y que, con razón, era escrupuloso cumplidor de lo que prometía a Dios, asustado por las obligaciones que iba a contraer, se negó a firmar, pese a los consejos del Padre Champagnat y a las invitaciones cariñosas de los demás Hermanos. El Hermano Juan María, extrañado y hasta escandalizado, dijo al Padre:

-¿Qué piensa del Hermano Luis? ¿Qué cree que va a ser de él? Me temo que llegue a extraviarse y lo perdamos.

<sup>412</sup>Promesas de los primeros Hermanos (cfr. A. BALKO, FMS, 1978, n.º 31, pág. 412 y n.º 32, pág. 424).

<sup>413</sup>Respecto al texto, véase OME, doc. 52, pág. 137. Y en cuanto a las modificaciones introducidas por el Hermano Juan Bautista, véase el artículo del Hermano A. BALKO, NOTA 1, anteriormente citada.

<sup>414</sup>Cfr. CM II, pág. 25.



-Conozco al Hermano Luis, respondió el Padre; es un hombre seguro y firme en su vocación. Si no ha firmado, es por una excesiva delicadeza de conciencia. Firmará más tarde y, mientras tanto, no dejará de cumplir puntualmente cuanto se prescribe en nuestra fórmula de compromiso.

Luego agregó, repitiendo la misma idea:

-El Hermano Luis es un joven excelente, guarda aún su inocencia bautismal; es un alma sólida que nunca transigirá ante el deber. Respondo de él y de su perseverancia en la vocación.

¡Hermoso elogio, tanto más honroso para quien lo recibía cuanto que nunca lo desmintió. Al contrario, lo ratificó puntualmente con su conducta hasta el fin de la vida. Cuanto el Padre Champagnat le prohibió que siguiera pensando en estudiar latín para acabar con la tentación y evitar nuevos brotes, pidió enseguida hacer la profesión, cosa que le fue concedida inmediatamente. Siempre fue modelo para los demás, hasta el fin de su vida, por su humildad, espíritu de sacrificio, regularidad, adhesión al Instituto y, sobre todo, por su amor a Dios.

Unos meses antes de su muerte, decía a un Hermano con quien no guardaba secretos:

-Siento oleadas de amor divino. En la meditación y después de la sagrada comunión, siento mi corazón tan cautivado, tan lleno de consuelos que me quedo arrobado.

-O sea, ¿que hace la meditación sobre el amor de Dios?, repuso el Hermano.

-No sólo la meditación; es que no puedo pensar en otra cosa en todos los demás actos. Por lo demás, me basta el amor y, en lo sucesivo, sólo quiero contemplar y amar a Nuestro Señor.

Con tales sentimientos falleció el 3 de agosto de 1847, a consecuencia de una dolorosa enfermedad, durante la cual no dejó de comulgar ni un solo día.

Los primeros votos se emitieron al final del retiro de 1826. Los había de dos clases: votos temporales, que habitualmente se emitían por tres años, y votos perpetuos. El voto de castidad podía suponer ciertas dificultades, por lo cual, posteriormente<sup>415</sup>, la emisión de ese voto, junto con el de pobreza, sólo se haría en la profesión; los novicios, después de dos años de probación, hacían tan sólo el voto temporal de obediencia. Las primeras profesiones no revestían solemnidad especial; los Hermanos admitidos pronunciaban los votos después de la sagrada comunión. Se levantaba acta en un registro para que quedase constancia y el Hermano que había emitido el voto firmaba de rodillas<sup>416</sup>.

A pesar de las adversidades de todo tipo que surgieron a lo largo del año, el Instituto siguió progresando y desarrollándose.

<sup>415</sup>En octubre de 1840 (cfr. AFM, AA, manuscrito, pág. 231).

<sup>416</sup>Acta firmada por el Hermano Bartolomé (cfr. AFM, RVP 1, pág. 10.) Bartolomé (Hermano). "Yo, infrascrito, Hermano Bartolomé, en el siglo Bartolomé Badard, Hijo legítimo de Juan María Badard y de Juana María Teillard, ambos vivos, natural de la parroquia de Lavalla, de veinticinco años de edad, certifico y declaro que, por la gracia de Dios, he sido admitido el 1.º de mayo de mil ochocientos diecinueve en la casa de Lavalla, noviciado de la Sociedad de María; y que el octavo día del mes de septiembre, de mil ochocientos diecinueve, tuve el honor de ser revestido del sto. hábito religioso de los hermanos de dicha sociedad, después de haberlo solicitado humildemente al R.P. Superior; y que, a continuación, con el permiso de mismo superior, también firmante para avalar ese permiso, en el quinto día de octubre de mil ochocientos veintiocho, en la capilla de Nuestra Señora del Hermitage, después de haber comulgado en la santa misa hice, secreta, pero voluntaria y libremente, después de haberlos hecho durante tres años, los tres votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia en manos de los superiores de la mencionada Sociedad de María, según sus estatutos y fines, el diez de octubre de mil ochocientos veintiséis, en fe de lo cual firmo esta acta en presencia del Hermano Francisco y del Hermano Luciano que también han firmado, el veintidós de octubre de mil ochocientos veintinueve, en Nuestra Señora del Hermitage. Champagnat, sup. de los h.M.; h. Bartolomé; h. Francisco; h. Luciano." Comparar con OME, doc. 66, pág. 152; doc. 67, pág. 154.

Los individuos, que se habían retirado o habían sido despedidos durante la enfermedad del Padre Champagnat, fueron ventajosamente reemplazados por otros con mejores disposiciones. Se fundaron tres nuevas casa después del retiro anual, a saber: Saint-Paul-en-Jarret, Mornant y Neuville-sur-Saône<sup>417</sup>.

El señor Tripier, hombre de fe y cristiano piadoso y ferviente, corrió con los gastos de instalación de la escuela de Neuville<sup>418</sup>. Cuando llegaron los Hermanos, habló a solas con el Hermano Director y le dijo: “Hermano, cuando necesiten algo, no tiene más que venir a verme: yo me encargaré de suministrárselo. No quisiera que sufriesen, y me molestaría si, por timidez, dejaran de aceptar mi ofrecimiento.”

El Hermano Director aprovechó con frecuencia este generoso ofrecimiento. Continuamente recurría al señor Tripier, ya en las necesidades de la comunidad, ya para proveer de libros o incluso vestidos a los niños pobres, y nunca quedó defraudado.

Cierto día que el Hermano Director le había pedido quinientos francos, después de haber contado y colocado sobre la mesa los cinco paquetitos de cien francos cada uno, el generoso bienhechor, mirando al cielo, con las manos juntas exclamó: “Dios mío, gracias por el favor que me otorgas de poder utilizar en buenas obras este dinero que tú mismo me has dado. Reconozco que por mí mismo no sería capaz de semejante acto de virtud.” Luego, dirigiéndose al Hermano Director, que mostraba cierta extrañeza ante esas palabras, añadió: “Sí, Hermano, es una inmensa gracia de Dios poder proporcionarle esta cantidad. Considero favor insigne la disposición que la bondad divina me ha concedido de poder distribuir mi fortuna en limosnas y utilizar este vil metal, que lleva a tantos hombres a la perdición, para gloria de Dios y para auxiliar a los pobres, que son mis hermanos. ¡Cuántos hombres, más ricos que yo, no dan nada o dan muy poco, porque no han recibido el don precioso del desprendimiento y la generosidad! Dios mío, prosiguió para terminar, concédeme la gracia de ser consciente de este favor que me dispensas y no permitas que me haga indigno de él y te obligue a retirármelo.”

Este hombre<sup>419</sup> incomparable fue el padre de los pobres, a los que distribuyó su considerable fortuna. Al final de su vida se vio precisado a recurrir a la familia para cubrir sus necesidades, y fue tan fiel a la gracia que Dios le había concedido de distribuir sus bienes en limosnas que, cuando murió, no se halló en su casa dinero suficiente para las exequias.

El Padre Champagnat visitaba a menudo la escuela de Neuville, no sólo por el cariño que tenía a los Hermanos, sino también por tener la oportunidad y el gusto de saludar al señor Durand, cura párroco, íntimo amigo y consejero suyo. El señor Durand<sup>420</sup>, antiguo rector del seminario menor de Alix, era un sacerdote de notable cultura, eminente piedad y juicio profundo. El Padre Champagnat decía de él que nadie le había dado consejos tan atinados ni había llegado a comprender su obra tan bien como él. Por eso siempre le consultaba en los asuntos importantes referentes al bien y al futuro del Instituto<sup>421</sup>. Conocedor de las obligaciones de la vida religiosa, el señor Durand era para los Hermanos director sabio y prudente, lejos por igual del rigorismo y de

<sup>417</sup>Estadística d 1833 (cfr. AA, págs. 133-136).

<sup>418</sup>Neuville, LPC 2, págs. 603-604 y AA, pág. 78.

<sup>419</sup>El 9 de agosto de 1837, el Padre Champagnat escribe al señor Tripier a consecuencia de una desavenencia surgida en la escuela de los Hermanos de Neuville: “El hecho de que nuestra escuela de Neuville tuviera necesidad de una persona como usted, que nada rechaza, que sabe superar las dificultades y preverlas” (LPC 1, doc. 131, pág. 265).

<sup>420</sup>Durand (párroco), LPC 2, pág. 210.

<sup>421</sup>El Padre Champagnat le expone también problemas prácticos de vida.

Escribe al señor párroco de Neuville respecto del alojamiento de los Hermanos (LPC 1, doc. 5, pág. 36).

la relajación. Su espíritu certero y reflexivo captaba con admirable agudeza las consecuencias favorables o adversas de cualquier acción. “Ateneos a vuestra Regla, decía con frecuencia a los Hermanos, y recordad que no haréis nada bueno al margen de ella. Aunque hicierais milagros, si no observáis vuestra Regla, seréis malos religiosos. Un piloto sin brújula ni carta de marear terminará por extraviarse y naufragar; del mismo modo, un religioso que descuida la Regla caerá en los lazos del demonio e indefectiblemente se perderá. Desconfiad de quienes quebrantan la Regla, a la ligera y no esperéis que perseveren, pues quien abandona la Regla, abandona la vida religiosa.”

En dos o tres ocasiones, provocadas por sí mismo, se dio cuenta de que un Hermano, que parecía tener buenas cualidades, menospreciaba la Regla. Dijo, pues, al Hermano Director: “Este Hermano no perseverará. Le prevengo que acabará mal.” Unos días después sorprendió a dicho Hermano comiendo fruta entre comidas y le dijo:

-Su falta de mortificación le hará perder la vocación, y su pereza lo llevará algún día a la mendicidad.

-No pienso abandonar mi vocación, respondió el Hermano un tanto molesto, pero, aunque así fuera, tengo en mi familia recursos suficientes para vivir.

-Por eso precisamente, repuso el sacerdote, le digo que algún día tendrá que mendigar el pan.

No tardó mucho tiempo en cumplirse esta predicción. El Hermano abandonó su vocación, derrochó en poco tiempo un capital de treinta mil francos y se vio obligado a vivir de limosna al final de su vida.

Consideraba tan importantes y esenciales las normas sobre las salidas y relaciones con los seglares que no creía que un Hermano que las quebrantara pudiese perseverar en la vocación.

En una ocasión se encontró con un Hermano que iba solo de paseo; se le acerca y le dice: “Hermano, preferiría encontrarme con un lobo a verle ir solo.” Y como el Hermano se disculpaba, añadió: “Si alguien le acusara de cualquier crimen, nada podría alegar en su defensa, ya que va solo en contra de lo prescrito por su Regla.”

Aquel año se dieron algunos abusos en las salidas y paseos. El Padre Champagnat se enteró de que en varias escuelas había habido reuniones demasiado numerosas, que los Hermanos de dos o tres casas se habían dado cita en el campo y que otros viajaban o salían solos con demasiada frecuencia y con cualquier pretexto; les llamó la atención y les escribió cartas, llenas de afecto paternal, para recordarles su deber y la observancia de la Regla. Pero sus amables advertencias surtieron poco efecto. Hondamente afligido por esta actitud y temiendo, con razón, que la irregularidad en un punto tan importante pudiera acarrear consecuencias lamentables, se propuso cortar el abuso radicalmente.

Cuando los Hermanos llegaron a la casa madre, con motivo de las vacaciones, los reunió y, después de haber hablado enérgicamente contra ese incipiente desorden, castigó a los culpables a hacer el capítulo de culpas de todo el año ante la comunidad. La severa reprensión que les dirigió causó honda impresión en los ánimos de todos los Hermanos, de forma que prometieron que en adelante serían fieles en observar estas normas y todas las demás.

El abuso se cortó de raíz. Este principio de desorden no hubiera tenido mayores consecuencias si no se hubiese infiltrado el mal espíritu. Pero una actitud mundana y los deseos de independencia que habían adquirido en el trato con los seglares, habían conseguido minar los cimientos de la vocación de dos o tres Hermanos. Y, molestos por recibir tales reproches ante la comunidad, como no tenían virtud suficiente para soportar esa pequeña humillación, murmuraron públicamente contra el Padre Champagnat y tacharon de tiránico su comportamiento.

Uno de ellos, que durante mucho tiempo había sido Director piadoso y ejemplar, se mostró particularmente irritado, recibió muy mal la sanción impuesta, faltó públicamente al respecto al buen Padre y, dejándose llevar del orgullo y del mal espíritu, pidió retirarse y, en efecto, abandonó la vocación. Cuando se despedía, un Hermano que lo apreciaba mucho y que había sido compañero suyo de noviciado, lo tomó aparte y le dijo:

-Amigo mío, ¿has pensado bien lo que vas hacer? ¿No te das cuenta de que tu vocación es algo esencial para salvarte?

-Sí, sí; lo sé.

-Y ¿cómo se explica que habiendo sido traído por la Providencia, ahora salgas inducido por el demonio?

-Y ¿qué le voy a hacer? Mi decisión está tomada y ya no puedo volverme atrás.

-Pues claro que puedes.

-No, porque además de haber perdido mi vocación, siento una fuerza irresistible que me arrastra contra mi voluntad.

- Es el demonio el que te arrastra?

-¿Es el demonio o lo que sea, pero tengo que irme, pues sufro tremendamente y no puedo aguantar más.

-Pero, ¿no ves que te vas a condenar?

-Sí, lo sé, lo estoy viendo.

-Pero, ¡bueno!, ¿estás convencido de que vas camino del infierno y sigues adelante? ¿Y no retrocedes?

-Me resulta imposible retroceder, aunque esté convencido de que voy a abismo.

-¡Desgraciado! Tu ceguera y endurecimiento me hacen temblar.

-Tienes razón. Tú también puedes caer como yo. Mientras guardé la Regla, estaba contento en mi vocación como tú. Ahora la detesto tanto como antes la amé.

-¿Confiesas, entonces, que te equivocaste faltando a la Regla?

-Sin duda; lo acepto y nunca lo he negado.

-Entonces, ¿por qué te quejas de que el Padre Superior te haya llamado la atención y por qué te vas al mundo en vez de arrepentirte y reparar el mal que hiciste?

-Me retiro y vuelvo al mundo, porque Dios me ha abandonado, porque soy un réprobo.

Y al decir esto, volvió la espalda y se dirigió a la puerta de salida. Durante todo este diálogo, del cual sólo presentamos una síntesis, mostraba un rostro, un aspecto y un tono de voz tan espantosos que infundieron pavor en el corazón del buen Hermano que pretendía atraerlo al buen camino.

Este desdichado Hermano apóstata marchó a pesar de todo lo que se hizo por retenerlo. Con su conducta vino a confirmar, una vez más, la realidad de aquella afirmación de san Bernardo: “Veréis con más frecuencia convertirse a los seglares que a los religiosos pasar de la relajación a la virtud.”<sup>422</sup> Y estas otras de san Casiano: “Más fácil es convertir a un pecador que a un religioso tibio.”<sup>423</sup> ¿Por qué? Contesta san Agustín: “Porque Dios abandona a las almas negligentes que faltan descaradamente a su deber y abusan de la gracia.”<sup>424</sup>

Al comienzo del curso de 1827, el Padre Champagnat fundó dos nuevas escuelas: la de Saint-Symphorien-d’Ozon, a petición del párroco señor Dorzat, que corrió con todos los gastos de la escuela; y la de Valbenoîte, cuyo fundador fue el párroco, señor Rouchon. El señor Rouchon había intentado fundar una congregación para la instrucción de la juventud, pero al enterarse de que el señor Champagnat había creado otra similar, le propuso la fusión de ambas comunidades. Con esta intención, se vino a Lavalla con diez de sus discípulos en el mes de mayo<sup>425</sup> de 1822, para hacer una visita al señor Champagnat. Pero cuando se encontraron los Hermanos de ambas comunidades, se dieron cuenta de que la unión era imposible. El noviciado de Lavalla estaba formado por jóvenes sencillos, ignorantes, que vestían toscamente; el edificio, el mobiliario y el alimento, todo era muy pobre, como expresión de una vida de renuncia y sacrificio. Por el contrario, los Hermanos de Valbenoîte vestían elegante traje de paisano<sup>426</sup>, tenían un porte cuidado y acicalado; parecían instituidos y tenían modales y aspecto distinguido. Por eso, después de haber visto a los Hermanos de Lavalla ocupados en la construcción, y de visitar el dormitorio, la cocina y el comedor, se despidieron sin mencionar siquiera la unión<sup>427</sup>.

Sin embargo, en ese mismo año de 1827, el señor Rouchon pidió Hermanos al señor Champagnat, porque los suyos, al no ser capaces de entenderse, se habían dispersado dejando desatendidas las escuelas. El buen párroco se ofreció a pagar generosamente los gastos de la escuela. En consecuencia<sup>428</sup>, fueron enviados cuatro Hermanos a Valbenoîte.

### **PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA** **TESTIMONIOS MAYORES** **H. JUAN BAUTISTA FURET**

<sup>422</sup>Epístola 96 a Ricardo, abad de Fontaine. PL 182.229. BAC 130, 1154.

<sup>423</sup>El Hermano Juan Bautista atribuye la frase a Casiano. SAN ALFONSO M.<sup>a</sup> DE LIGORIO, en “La Religiosa santificada”, la atribuye a san Gregorio (*Obras ascéticas*, cap. 14.3).

<sup>424</sup>Comentarios al salmo 103.4 PL 37, 1378. BAC 79, 316

<sup>425</sup>El Hermano Juan Bautista, llegado a fines de marzo de 1822, es, sin duda, testigo presencial de la escena (cfr. OME, doc. 166 (36), pág. 452).

<sup>426</sup>Los Hermanos de Valbenoîte adoptaron un uniforme inicialmente sólo para domingos y días festivos. Consistía fundamentalmente en un calzón de corte aristocrático y una levita hasta las rodillas. Un “carrick” (especie de levitón o gabán muy holgado, con una o varias esclavinas) y un sombrero de copa completaban el uniforme de calle” (NCF, pág. 216).

<sup>427</sup>En 1824, el señor Rouchon volvió a intentar unir a los Hermanos al Padre Champagnat con sus propios discípulos (cfr. AAL, reg. délb. 5, págs. 5-6 y OME, doc. 23, pág. 82).

<sup>428</sup>AA, pág. 81 y LPC 2, págs. 634-637.

**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**

CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XVI**

*El Padre Champagnat completa el hábito de los Hermanos. Adopta, para la enseñanza de la lectura, la nueva pronunciación de las consonantes. Algunos Hermanos se oponen a llevar medias de paño y al nuevo método de lectura.*

Este año 1828, el Padre Champagnat completó la indumentaria de los Hermanos. Desde el año 1824, con la llegada de monseñor Gaston de Pins, administrador apostólico de la diócesis de Lyon, había dado a los Hermanos la sotana, la capa corta, el sombrero triangular y el alzacuello blanco. Con ocasión de la emisión de los primeros votos, añadió un cordón de lana, y por la profesión<sup>429</sup>, una cruz de cobre con incrustación de ébano.

Por aquella época, mandó que la sotana, que hasta entonces llevaba botones, se cerrase con broches hasta la cintura, y luego fuera cosida hasta los pies. Varias razones lo impulsaron a adoptar ese cambio. Las principales eran que la sotana, cerrada de este modo, era más modesta y religiosa; y que se conservaba limpia más fácilmente, pues los botones con el uso se ponían blancos, se manchaban y deslucían la sotana; finalmente, al ser cosida hasta abajo, cubría totalmente las piernas, mientras que de la otra forma se desabrochaba con facilidad y exponía a los Hermanos a no mantener la compostura digna ante los niños.

El calzado<sup>430</sup> no se había modificado y los Hermanos llevaban medias de punto, hechas de lana, hilo o algodón, y en cada casa se adquirían según la necesidad. Pero no tardó el Padre Champagnat en advertir los abusos a que podía llevar esa libertad en el Instituto. En efecto, las medias ordinarias suponían graves inconvenientes:

1. Manteniendo ese tipo de calzado, la administración no podía encargarse de proporcionárselo a los Hermanos, y además, era imposible la uniformidad en este punto.
2. Siguiendo con la costumbre de dejar libres a los Hermanos para adquirir ellos mismos las medias, quedaban expuestos, por más precauciones que se tomaran, a apartarse a menudo del espíritu de sencillez, humildad y pobreza, propios de su estado. La experiencia demostraba que esta clase de abuso era desgraciadamente demasiado frecuente, pues algunos Hermanos ya se habían permitido encargarlas de seda o de florete<sup>431</sup>; otros las compraban de mala calidad, algunos las habían recibido de regalo y bastantes se veían en un aprieto para procurárselas.
3. Por fin, otro inconveniente, no menos grave, era que las medias de punto tenían que ser zurcidas por mujeres. Eso era abrirles la puerta en el Instituto o, al menos, motivo de relaciones frecuentes con ellas.

---

<sup>429</sup>Se trata de la emisión de votos perpetuos.

<sup>430</sup>Aquí, “calzado” está tomado en sentido amplio, hoy jopo usual. Según el Petit Robert: “Parte de la indumentaria que rodea y protege los pies.”

<sup>431</sup>Florete: “Lienzo o tela entrefina de algodón” (*Diccionario de la Lengua Española*).

Éstos fueron los principales motivos que decidieron al Padre Champagnat a dar a sus Hermanos medias religiosas, también llamadas medias de paño<sup>432</sup>.

Sin embargo, para no alterar los ánimos y por prudencia, no suprimió de golpe las medias ordinarias. Se contentó con que aceptaran las medias de tela y ofreció un par a cada Hermano. Mandó que las utilizaran los días que iban a comulgar, y prohibió acercarse a la sagrada mesa con medias de punto.

A estos cambios en el vestido siguió una modificación en el método de enseñanza. Hasta entonces los Hermanos habían seguido el método tradicional para la enseñanza de la lectura, es decir, deletreando y utilizando la antigua denominación de las consonantes. Ahora bien, el Padre Champagnat, convencido de que ese método aumentaba las dificultades del aprendizaje<sup>433</sup> ordenó que se adoptara la nueva denominación de las consonantes y prohibió el deletreo. Los Hermanos, no acostumbrados a ese nuevo método, rechazaron unánimemente la innovación.

Después de ponderarles las indiscutibles ventajas del nuevo método y haberles demostrado los inconvenientes del anterior, el Padre Champagnat se dio cuenta de que sus argumentos no convencían a los Hermanos. Entonces les propuso que hicieran la prueba del nuevo método, diciéndoles: “Utilizadlo con seriedad durante este curso, y en las próximas vacaciones veremos por experiencia si es o no preferible al antiguo; entonces resolveremos el tema.”

El buen Padre, que desconfiaba de sus propias luces, aprovechó ese tiempo para consultar a muchas personas sobre el asunto. Tras maduro examen, todas ellas le aconsejaron la nueva pronunciación de las consonantes por ser más racional y apropiada para acelerar el progreso de los niños. Los Hermanos, que a duras penas se habían resignado a probar el nuevo método, lo experimentaron de forma deficiente, por lo que sólo quedaron satisfechos a medias. Al llegar las vacaciones, casi todos se declararon contra su adopción definitiva.

El Padre los reunió en asamblea deliberativa. Cada cual aportó un montón de objeciones exponiéndolas con tanto mayor ardor y energía cuanto más fundadas las consideraba. Después de haber escuchado las objeciones y observaciones de todos, el Padre Champagnat les hizo ver de modo concluyente las ventajas del nuevo método, y estableció que había que adoptarlo.

-Pero, Padre -replicó un Hermano-, casi todos los Hermanos consideran defectuoso ese método; ¿cómo podemos creer que sea mejor que el anterior? ¿Cómo vamos a adoptar algo que rechaza la mayoría?

-Querido hermano -respondió el Padre-, hay veces que no debemos fijarnos tanto en el número de los votos cuanto en su peso<sup>434</sup>. Vosotros, Hermanos Directores, que no estáis encargados de las clases de párvulos, y que, además, tenéis prejuicios contra este método, no lo conocéis ni lo habéis aplicado seriamente. Los pocos Hermanos que lo han utilizado están satisfechos y no aducen los inconvenientes que acabáis de señalar. Al contrario, afirman que tiene muchas ventajas sobre el anterior y que es más adecuado para acelerar los progresos de los niños. Personas competentes y con experiencia, a las que he consultado, son de la misma opinión; creo, pues, que es correcto adoptarlo contra el parecer mayoritario, dado que esa mayoría juzga con prejuicios y sin conocimiento de causa.

<sup>432</sup>BI XXI, pág. 537, n.º 6.

<sup>433</sup>HERMANO PAUL BOYAT: “Aspectos de la pedagogía de los Hermanitos”, BI XXIX, págs. 101-103. Y también, P.ZIND, *Siguiendo las huellas del P. Champagnat*, vol. 2, págs. 76-79.

<sup>434</sup>Recuerda el refrán: “Vota non sunt numeranda sed ponderanda.”

Sin embargo, los ánimos estaban menos encrespados por el nuevo método que por las medias de paño. Varios Hermanos se quejaban de ellas y las rechazaban. Unos cuantos exaltados, que carecían de espíritu religioso, aprovecharon la ocasión para soliviantar a los Hermanos contra el Padre Champagnat y forzarle a mantener las medias ordinarias.

Habían preparado minuciosamente un informe para demostrar los inconvenientes de las medias de tela. Según ellos, estas medias reunían todos los defectos imaginables; para unos, era demasiado calurosas y provocaban excesiva transpiración en los pies; para otros, al contrario, eran demasiado frías, por lo que ocasionaban catarros. Para la mayoría eran incómodas, hacían daño en los pies e impedían los viajes. Algunos argüían que eran ridículas y provocaban la burla de los seglares. No faltaron otros a quienes hasta el precio les pareció motivo suficiente para dejarlas: son mucho más caras que las otras, decían; adoptarlas sería contrario a la pobreza.

Los Hermanos exponían estos argumentos con energía y obstinación, ya en las conversaciones particulares, ya ante el Padre Champagnat, ya en los consejos organizados para tratar del tema. Después de haber escuchado las objeciones, el Padre Champagnat contestó:

“Amigos míos, veis que hay discrepancias en los argumentos que aducís contra las medias de paño: difícilmente pueden ser al mismo tiempo demasiado cálidas y demasiado frías; la razón del precio es sólo aparente, ya que, si es cierto que un par de medias de tela cuesta más que uno de punto, también lo es que dura el doble: de donde se deduce que en realidad son más baratas y, por consiguiente, más conformes con la pobreza. Pero aun en el caso de que fueran más caras, los inconvenientes son tan grandes que por nada del mundo consentiré en mantenerlas. Por lo demás, veo claramente que la razón fundamental, o más bien, por decirlo con toda franqueza, la única razón que os inclina a aferraros a las medias de punto es que visten más digámoslo de una vez, que son más acordes con la moda. Pero, Hermanos, ¿no os parece vergonzoso rechazar las medias de paño por un motivo tan rastrero que ni siquiera os atrevéis a declarar y que hasta llega a avergonzaros? Durante todo el año he venido pidiendo a Dios que me iluminase en este punto; lo he examinado, he sopesado las ventajas y los inconvenientes de ambas clases de medias; he consultado a personas prudentes e ilustradas; yo mismo he querido hacer la experiencia de usar las medias de paño, las he llevado en mis viajes. Pues bien, tengo que deciros que todo ello me ratifica en la decisión de mantenerlas. Creo que la voluntad de Dios es que las llevemos; por eso estoy decidido a adoptarlas definitivamente.”

Después de esta declaración, parecía concluido el asunto, pues la mayoría de los Hermanos había aceptado las razones del Padre Champagnat y había acatado su voluntad. Pero dos o tres disconformes y que querían abandonar el Instituto, cualquiera que fuera la decisión que se adoptara, se irritaron por la decisión del Padre y por la sumisión de los Hermanos. Se pusieron de acuerdo y trataron de crear una facción en la comunidad que protestase por la decisión que se acababa de tomar.

Comenzaron por atraerse a unos cuantos Hermanos jóvenes; abordaron luego a los más antiguos, terminando por tratar de ganar para su causa a los capellanes. Se las ingeniaron tan bien para insinuarse en su ánimo y poner de relieve los supuestos inconvenientes de las medias de paño, que uno de ellos<sup>435</sup> les dio la razón y prometió apoyar su petición ante el Padre Champagnat. La conquista que acababan de hacer fue todo un triunfo para los intrigantes;

<sup>435</sup>Este capellán no resulta fácil de identificar. Podemos hacer conjeturas a partir de los documentos, pero sin llegar a certezas (OM 1, doc. 196, pág. 472; LPC 2, pág. 469; OME, doc. 11, pág. 47; LPC 2, pág. 101; y OME, doc. 160 (11 a 16), pág. 381-386. ¿Podríamos identificarlas con la intervención del señor Pompallier según la siguiente nota del P. Colin (OME, doc. 165(3), pág. 421 y notas)?



manifestaron públicamente su alegría y se creyeron que ya todo estaba resuelto. Prevaliéndose del prestigio que les daba la autoridad y condición de la persona que acababan de atraer a sus filas, los cabecillas más atrevidos de la conspiración se desataron contra las medias de paño. Durante los recreos formaban corrillos donde no había otra comidilla que la sotana de broches, las medias y el método de lectura. Estaban pensando en los medios que tomarían para conseguir que el Padre Champagnat volviera atrás, cuando se enteraron de que los señores Vicarios generales iban a venir al día siguiente al Hermitage.

Inmediatamente tramaron un plan y decidieron ejecutarlo. acordaron presentar a los señores Vicarios generales una solicitud par que se mantuvieran los usos anteriores. Una vez redactada la petición, la hicieron firmar por todos los que habían ganado para su causa. Pero, temiendo que el número de firmas no fuese suficiente, uno de los cabecillas, mientras los Hermanos estaban en clase, pasó ante cada uno con el escrito en la mano para animarles a firmarlo. Así consiguieron bastantes más, pues algunos Hermanos firmaron sin informarse de qué se trataba y, desgraciadamente, el hermano que presidía no se opuso a la circulación de dicha solicitud que pasó de mesa en mesa y ante cada Hermano.

Uno de los de más edad, indignado por la conducta de los rebeldes, y profundamente afectado por el sesgo que tomaban los acontecimientos, salió de la sala, reunió a unos cuantos de los más piadosos y abnegados, y les dijo: “¿Vamos a cruzarnos de brazos ante la actitud de rebelión de independencia que está surgiendo y que amenaza con invadir a toda la comunidad? ¿Vamos a consentir que unos cuantos intrigantes exciten a la comunidad y maleen a los Hermanos? ¿No creen que debemos hacer algo para contrarrestar semejante abuso y protestar contra ese espíritu de insumisión? Mi opinión es que debemos hacer algo para acabar con este escándalo.”

Todos convinieron en que el mal era grave y que había que contenerlo. Lo primero que se les ocurrió fue ir a manifestar al piadoso Fundador su entera sumisión y testimoniarle al propio tiempo el disgusto que sentían por la falta de los Hermanos descontentos, y pedirle que les dijese qué debían hacer para acabar con aquel desorden. Fueron todos juntos a su cuarto y le dijeron: “Padre, sentimos profundamente lo que está pasando. Venimos a manifestarle nuestro pesar y asegurarle que nosotros estamos dispuestos a obedecerle en todo y, especialmente, a llevar las medias de paño, la sotana cosida y con broches por delante y adoptar el nuevo método de lectura. Y, como sabemos que van a presentar a los señores Vicarios generales una solicitud para que se mantenga lo establecido anteriormente, le rogamos que nos permita presentar otra en sentido contrario.”

Consolaron al Padre Champagnat las buenas disposiciones de estos Hermanos y la sugerencia que le traían. Les manifestó su satisfacción, elogió su buen espíritu y docilidad y, tras un momento de reflexión, les dijo: “Dejadme sólo unas horas para que examine ante Dios qué debo hacer. Pedid también vosotros para que el Espíritu Santo me ilumine e inspire lo que debo aconsejaros. Os llamaré cuando haya examinado este asunto.”

Mientras tanto, el Hermano que había tenido la iniciativa en el asunto que acabamos de narrar, se encontró con un Hermano de los más antiguos que se había dejado engañar y que había escrito y firmado la solicitud y, encarándose con él, le dijo con voz firme: “¡Hermano!, ¡no le da vergüenza su comportamiento?, ¿cómo se le ha ocurrido solidarizarse con esos rebeldes, usted que es uno de los más antiguos y que debería dar ejemplo de docilidad y sumisión? ¿O es que quiere matar de disgusto a nuestro buen Padre? Si supiera el dolor que le están causando, de seguro que no obraría de ese modo. Le advierto que tendrá que dar cuenta a Dios del escándalo que está ocasionando.”

Esas palabras fueron como un rayo para el culpable, que sólo por su excesiva bondad e ingenuidad se había dejado arrastrar.

-¿Tanta pena causa al Padre Superior lo que estamos haciendo?

-Tanta que ni come ni bebe. ¿No se ha dado cuenta de que no ha estado en la comida?

-Pues, ¿dónde estaba?

-Llorando en su cuarto por culpa del escándalo que están dando.

El pobre Hermano, apenado por estas palabras, no vaciló un instante en reparar su error. Va inmediatamente a ver al Padre Champagnat, se echa a sus pies, le pide perdón y le asegura que está dispuesto a la reparación que considere oportuna. Unas horas más tarde, pedía perdón ante toda la comunidad, reunida en el comedor para la cena, y manifestaba de nuevo su total sumisión a cuanto mandase el Superior.

Ese cambio inesperado y la reparación pública impresionaron a todos y, en especial, a los firmantes de la solicitud. Pero los cabecillas, en vez de conmovirse, se rieron. Calificaron esa actitud de debilidad de carácter, de mezquindad de ánimo y se ratificaron cada vez más en su actitud de insubordinación y rebeldía.

Sin embargo, esta conversión sembró la división en la facción. Algunos que se habían dejado arrastrar por debilidad, y especialmente los que habían firmado inconscientemente, se separaron de los rebeldes. Hubo quienes llegaron a pedir públicamente perdón. Por otra parte, según se supo, los señores Vicarios generales acababan de ser llamados urgentemente a Lyon y no vendrían al Hermitage.

Las cosas estaban en ese punto, cuando el Padre Champagnat, que había tomado un día para reflexionar, mandó llamar al grupo selecto que le había manifestado su entera obediencia, y cuando estuvieron en su presencia, les dijo:

“Sólo después de haber reflexionado ante Dios durante mucho tiempo, me decidí a cambiar las medias el año pasado. Desde entonces, no he dejado de orar, reflexionar y consultar a personas prudentes. Pues bien, la oración, la reflexión, las consultas y la experiencia que yo mismo he querido hacer de esas medias, me llevan a ratificarme en mi decisión. Ahora estoy tan convencido de que ésa es la voluntad de Dios, que nada podrá hacerme cambiar. El comportamiento que los Hermanos han adoptado me ha causado profunda aflicción; pero no ha sido capaz de suscitar en mí la idea de ceder lo más mínimo a sus presiones. Al contrario, estoy dispuesto a despedir a todos los que no quiera someterse. Mirad lo que vais a hacer: poned un altar en la nave de la capilla, junto a la pared del lado sur. En ese altar, que decoraréis con sumo cuidado, colocad la imagen de la Santísima Virgen<sup>436</sup> rodeada de muchas velas. Cerrad la puerta de la capilla para que nadie se entere de esos preparativos. Al atardecer, a las ocho y media, cuando vayamos a la capilla para hacer la visita al Santísimo Sacramento, procurad que todas las velas que habéis colocado estén encendidas. Y, cuando ya estén presentes todos los Hermanos, uno de vosotros, en voz alta y en nombre de todos los demás, me presentará la

---

<sup>436</sup>Actualmente en la Casa general de Roma.

solicitud de las medias de paño, la sotana con broches y el nuevo método de lectura. Poned por escrito la petición y enseñadme la antes de leerla.”

Todo se llevó a cabo según lo indicado y en el mayor secreto, de modo que nadie en la casa sospechó de los preparativos de la ceremonia.

Por la tarde, después de la lectura del tema de la meditación, la comunidad se dirigió a la capilla, como de ordinario, para adorar al Santísimo Sacramento. Al ver el altar con tantas luces, todos se quedaron sorprendidos y se preguntaban qué podría significar todo aquello y qué iba a pasar.

Terminada la adoración del Santísimo, el Padre Champagnat, que se había arrodillado ante el altar mayor, se levantó y se volvió hacia los Hermanos. Entonces, uno de los Hermanos más antiguos, adelantándose, se puso de rodillas ante él y leyó la petición con estas palabras:

“Reverendo Padre: Profundamente afligidos de lo que está sucediendo en la casa y queriendo caminar siempre por la vía de la obediencia y sumisión perfectas, nos postramos a sus pies para expresarle nuestro dolor por los escándalos que se han dado entre nosotros y manifestarle nuestra disposición de mostrarnos siempre dóciles a su voluntad. Por consiguiente, arrodillados aquí ante nuestro Señor Jesucristo y en presencia de María, nuestra divina Madre, le pedimos las medias de paño y la sotana cosida y con broches por delante, al tiempo que le prometemos llevarlas toda nuestra vida. Prometemos también que seguiremos en la enseñanza las normas que nos ha indicado y, en particular, la de utilizar la nueva pronunciación de las consonantes. Prometemos, finalmente, identificarnos totalmente con su voluntad en los temas mencionados, así como en cualquier otro asunto.”

Cuando terminó el Hermano, el Padre Champagnat dijo con voz fuerte: “Pues bien, quienes deseen ser buenos religiosos y auténticos hijos de María, pasen aquí, junto a su divina Madre.” Señaló con la mano el altar de la Santísima Virgen donde les invitaba a pasar, y repitió otra vez las mismas palabras: “Todos los hijos de María, que pasen aquí, junto a su Madre.”

En un abrir y cerrar de ojos, todos los Hermanos se precipitaron hacia el altar de la Santísima Virgen y se colocaron en grupo a sus pies. En la parte opuesta quedaban sólo unos cuantos que, sobrecogidos de asombro y terror, no entendieron muy bien dónde debían colocarse. El Padre Champagnat repitió: “El puesto de los hijos de María es éste, junto a su altar; y el de los rebeldes, allí, en el lado opuesto.”

Esta vez sólo permanecieron del lado de los rebeldes los dos cabecillas que, sentados uno junto al otro, seguían, con mirada siniestra, la escena que se desarrollaba ante sus ojos. El Padre Champagnat, dirigiéndose a ellos, les preguntó si querían seguir allí, a lo que respondieron secamente: “¡Sí!”

Al día siguiente fueron despedidos<sup>437</sup>. El mismo día, los Hermanos que se habían dejado arrastrar, pidieron disculpas a toda la comunidad reunida y mostraron gran pesar por su falta. Sin embargo, todo hay que decirlo, de los que firmaron la solicitud, sólo dos perseveraron en su vocación; los demás abandonaron su santo estado y se retiraron del Instituto.

La perversidad, dureza y ceguera de corazón de los dos Hermanos que persistieron en su rebeldía y fueron expulsados del Instituto puede llamar la atención y tal vez alguien se pregunte

<sup>437</sup>Se trata probablemente de los Hermanos Agustín (Cossange), cfr. AA, página 65, y Miguel (Marconnet), cfr. LPC 2, pág. 401. Y también, cfr. AA, pág. 86.

cómo habían llegado a ese extremo. Ambos, como la mayor parte de los que más tarde abandonaron su vocación, eran Hermanos bien dotados. Habían sido consuelo del piadoso Fundador y ejemplo para los demás por su piedad, entusiasmo por la instrucción cristiana de los niños y apego a su vocación.

La única causa de su ruina fue la de quebrantar las reglas concernientes al trato con los seglares. Estos Hermanos eran de los que el año anterior se habían hecho acreedores a una seria reprensión por sus frecuentes salidas y visitas. Estas relaciones con la gente, esas visitas, incluso entre los mismos Hermanos, repetidas con excesiva frecuencia, debilitaron insensiblemente su piedad y su deseo por la perfección y les hicieron perder el gusto por la oración, el aprecio de su estado y el espíritu religioso. Sin advertirlo, fueron adquiriendo los defectos de las personas con las que trataban; su pensar, su sentir y su comportamiento se volvieron totalmente mundanos. ¿Cabe extrañarse después de todo esto que se negasen a aceptar las medias de apaño? Cuando se ha perdido el espíritu religioso, cuando uno se halla hastiado de su vocación y se han dejado de practicar las virtudes, ¿cómo se va a estar dispuesto a llevar el hábito? Un abismo llama a otro abismo, dice el Profeta<sup>438</sup>.

Las primeras desviaciones de estos Hermanos fueron faltas de poca monta que paulatinamente fueron llevándolos a otras más graves, y éstas los arrastraron a la insubordinación, la ceguera, la terquedad y demás escándalos que acabamos de describir. “Las relaciones con el mundo, incluso las necesarias, conllevan siempre algún peligro, decía el Padre Champagnat; son uno de los grandes escollos de la vida religiosa. Por estas relaciones sale el espíritu religioso de las comunidades y penetra en ellas el del mundo; y con él toda clase de vicios y abusos. En ellas se traban amistades y contactos peligrosos, se disipa el corazón, la mente se llena de ideas mundanas y se pierde el tiempo y la devoción.” La firme convicción de esta verdad lo llevó a dictar reglas tan prudentes y sensatas como las relativas al trato de los Hermanos con las personas de fuera. Al explicar estas normas, a las que otorgaba gran importancia, repetía continuamente: “Ateneos a ellas si queréis conservar el espíritu de vuestro estado y vuestra vocación, pues no `podéis quebrantarlas sin exponeros a perder uno y otra.”

Es un hecho que debemos constatar y que confirma el sentir del piadoso Fundador: de los Hermanos Directores que hasta hoy han tenido la desdicha de perder su vocación, las cuatro quintas partes la han perdido por la transgresión de esta norma.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XVII**

*El Instituto sigue prosperando. El Padre Champagnat inicia los trámites para conseguir del gobierno el reconocimiento legal de los Hermanos. Los acontecimientos de 1830 impiden llevar a cabo este asunto. Confianza y serenidad del Padre Champagnat. Tranquiliza a los Hermanos. Visita de inspección a la casa madre. Se cierra la escuela de Feurs. Fundación de la de La Côte-Saint-André*

---

<sup>438</sup>Sal 42, 8.

Esta conmoción interna, que no trascendió al público, no detuvo los progresos del Instituto. Siguieron entrando nuevos candidatos y se abrieron nuevas escuelas. Este año se fundaron dos nuevas casas: la de Millery<sup>439</sup> y la de Feurs<sup>440</sup>.

La primera autoridad del departamento, que siempre se había mostrado benevolente con el Instituto, dio por entonces testimonio público de simpatía y satisfacción por el excelente funcionamiento de las escuelas de los Hermanos. El señor de Chaulieu<sup>441</sup>, prefecto por entonces del departamento de Loira, escribió<sup>442</sup> al Padre Champagnat para comunicarle que el Consejo General, a propuesta suya, había concedido una subvención de 1500 francos como ayuda a la casa de noviciado de los Hermanitos de María. Esta prueba de benevolencia era tanto más halagadora para el piadoso Fundador cuanto que no le había pasado por la imaginación hacer trámite alguno para conseguirla. La subvención continuó hasta 1830, sin que hubiera que reclamarla<sup>443</sup>.

En cambio, hacía ya tiempo que el Padre Champagnat pensaba solicitar del gobierno el reconocimiento<sup>444</sup> legal de su Instituto. La protección que el Consejo General y el señor prefecto de Loira acababan de ofrecerle, lo indujo a pensar que había llegado el momento de ocuparse de asunto de tanta importancia. Los cambios producidos en la legislación de la instrucción primaria, a consecuencia de los famosos decretos<sup>445</sup> de 1828, hacían indispensable dicha legalización para eximir a los Hermanos del servicio militar.

Hasta la fecha, al depender la enseñanza primaria de los obispos, era fácil conseguir las dispensas necesarias para librar a los Hermanos del servicio militar. Además, como el Instituto no contaba con muchos miembros, sólo algunos postulantes habían precisado la dispensa.

El Padre Champagnat redactó, pues, la solicitud y los estatutos de la congregación, que quería presentar al Consejo Real de Instrucción Pública.

Cuando estuvieron ambos documentos a punto, se los presentó a monseñor de Pins, arzobispo de Lyon, que acababa de ser nombrado Par de Francia<sup>446</sup>, y que se encargó de proseguir las gestiones ante el gobierno. Como quiera que el ilustre prelado tenía gran influencia entre los notables del Ministerio de Instrucción Pública<sup>447</sup> y gozaba de la confianza real, la gestión llevada a cabo con este fin obtuvo rápido y pleno éxito. El decreto<sup>448</sup> que aprobaba la congregación de los

<sup>439</sup>En Millery, los Hermanos fueron solicitados por el párroco, señor Desrosiers y por el alcalde, señor Thibaudier. Éste había adquirido un viejo caserón y lo había acomodado con la condición de que los Hermanos y la escuela se instalaran en él" (AA, pág. 90).

<sup>440</sup>OME, doc. 19 (15), pág. 77.

<sup>441</sup>AA, pág. 89 y 79.

<sup>442</sup>Esta carta no se encuentra en nuestros archivos

<sup>443</sup>A este propósito, véase la carta del P. Champagnat al Prefecto de Loira, de fecha 11 de abril de 1829 (LPC 1, doc. 12, pág. 47, y los dos borradores de la carta al párroco de Charlieu (LPC 1, doc. 13, págs. 49-52). Véase, sobre todo, RLF, págs. 68-71.

<sup>444</sup>Las solicitudes de reconocimiento legal se inician en 1822 para concluirse en 1851, con el Hermano Francisco. 1822: autorización de un rector (cfr. RLF, página 21). 1851: decreto n.º 3072 del gobierno (cfr. CSG II, pág. 449).

<sup>445</sup>Estos decretos que el rey Carlos X se vio obligado a firmar arrebatában a los obispos no pocas atribuciones en materia de enseñanza y recortaban la libertad de promoción vocacional de los seminarios menores. Respecto a la enseñanza primaria no eran demasiado molestos. Pero el problema del servicio militar de los Hermanos que no tenían título sería cada vez más acuciante para las congregaciones no autorizadas (cfr. LPC 1, pág. 24 y RLF, pág. 61).

<sup>446</sup>El 15 de noviembre de 1816.

<sup>447</sup>El ministro de Instrucción Pública es por entonces Vatimesnil (cfr. RLF, pág.71).

<sup>448</sup>Para proclamar una ley debía ser votada por las dos cámaras, mientras que el decreto era decisión del Jefe de Estado. En 1825, Carlos X tuvo que aceptar una decisión de las Cámaras según la cual se privaba al rey de la potestad de otorgar por decreto reconocimiento legal a nuevas congregaciones (cfr. RLF, páginas 57-58). El 24 de mayo de 1830, el señor Cattet escribe al señor Champagnat: "Recibí una carta de París en la que me notifican que el decreto para la autorización de su congregación está listo y que sólo espera la vez para ser firmada por el Rey" (OME, doc. 83 (2), pág. 174).

Hermanitos de María y sus estatutos, estaba dispuesto e incluso acababa de ser llevado para ser firmado por el rey, cuando los acontecimientos de 1830 vinieron a obstaculizar la solución de este asunto.

Acostumbrado como estaba a ver siempre las cosas con ojos de fe, el Padre Champagnat no se asustó y menos aún se sintió desanimado por tales acontecimientos. Cuando todos temían<sup>449</sup> y se dejaban dominar por siniestros presagios, él se mantuvo sereno, confiado y seguro.

“No os inquietéis, escribía a los Hermanos<sup>450</sup>; no os turbéis; no temáis ni por vosotros ni por las escuelas. Dios permite y regula los acontecimiento y los dirige a su mayor gloria y bien de sus elegidos. Los malos sólo tienen el poder que Dios les otorga. Como a las olas del mar les dice: Hasta aquí podréis llegar, pero no más lejos.”<sup>451</sup>

Algunos Hermanos le preguntaron si no sería prudente tomar precauciones para evitar cualquier sorpresa, y proveerse de trajes seculares. “La mayor precaución que podéis tomar es no tener miedo alguno, ser prudentes y circunspectos en vuestras relaciones con la gente y con los niños; no os metáis para nada en política<sup>452</sup>, manteneos muy unidos a Dios, y redoblad el celo por vuestra perfección y por la instrucción cristiana de los niños. Sobre todo, poned toda vuestra confianza en Dios. El hábito religioso es para vosotros una salvaguardia y no un peligro. Dejad los trajes seculares; no tienen más eficacia para alejar los peligros que una tela de araña. Ya veis que mucha gente está preocupada, se atormenta y hace toda clase de conjeturas sobre o porvenir de la sociedad y de la religión. No compartáis sus sentimiento ni os dejéis asustar por lo que dicen. Acordaos de esta palabra del Evangelio: *Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados, y ni uno solo caerá sin consentimiento de vuestro Padre celestial*<sup>453</sup>. Y no olvidéis tampoco que tenéis a María por defensora, y que ella es terrible para los enemigos de nuestra salvación como un ejército en orden de batalla.”<sup>454</sup>

Muy lejos de permitir que los Hermanos se despojaran del hábito religioso, el 15 de agosto<sup>455</sup>, fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, se lo impuso a varios postulantes de la casa noviciado. Cuando, según su costumbre, escribió al señor arzobispo solicitando permiso para llevar a cabo esa vestición de hábito, su carta causó profunda impresión tanto en el venerable prelado como en sus Vicarios generales. “¡Qué hombre más admirable este señor Champagnat -dijeron-; cuando todos tiemblan, él nada teme; mientras las demás comunidades tratan de ocultarse, se disuelven y despiden a sus novicios, él aparece en público y, sin temor a las amenazas de los malvados y de las revoluciones que conmueven la sociedad, no piensa más que en incorporar nuevos candidatos.”

<sup>449</sup>Por entonces, escribe el duque de Broglie, en sus Recuerdos, comienza la caza de hábitos negros y de los sombreros “de cacería”, de los jesuitas, capuchinos, hermanos de la Doctrina y hasta de las pobres hermanas de la Caridad. Las procesiones eran apedreadas, las cruces de las misiones derribadas y arrastradas por el suelo. Mal lo pasaba el obispo que pretendía salir de la catedral. ningún sacerdote se atrevía a salir en sotana a la calle. los periódicos se chanceaban diciendo que los revendedores no encontraban bastantes trajes viejos para atender a la imprevista clientela de curas, obligados a disfrazarse... El desconocido contra el que a un rapazuelo se le ocurría gritar: “¡Al jesuita!” corría serio riesgo de que se apoderasen de él y lo arrojaran al agua...¿Cuántos edificios, cuántas casas, fueron allanados y saqueados con el pretexto de buscar las armas que los jesuitas habían escondido en ellos!...” (THUREAU-DANGIN, *Historia de la Monarquía de julio*, t. I, págs. 248-249. Plon-Nourrit et Cie., París, 1888).

<sup>450</sup>Dos cartas del P. Champagnat al Hermano Antonio (15 de agosto y 10 de septiembre de 1830), LPC 1, docs. 16 y 17, págs. 56-57.

<sup>451</sup>Pr 8, 29; Sal 89, 10; Rm 8, 28.

<sup>452</sup>“Además hemos de reconocer que a los Hermanos (maristas) ninguna preocupación política les ha apartado lo más mínimo del fin de su fundación; y el pasado parece garantizar que sabrán seguir siendo fieles a esa línea de conducta” (Registro de las deliberaciones del Consejo general del Loira, 25 de agosto de 1838. En RLF, pág. 186).

<sup>453</sup>Mt 10, 29-30; Lc 12, 6-7; Lc 21, 18.

<sup>454</sup>Ct 6, 10.

<sup>455</sup>Doce días después de las “3 Gloriosas”, es decir, de las jornadas de la Revolución de julio de 1830.

Sin embargo, cuando el Padre Champagnat se disponía a dar el hábito religioso a sus postulantes, el nerviosismo era grande en el país. Numerosas patrullas de obreros en paro recorrían las ciudades próximas cantando canciones impías y revolucionarias, insultando y amenazando a la gente honrada. Varias veces se propusieron llegar al Hermitage para derribar la cruz del campanario y eliminar los demás símbolos religiosos que adornaban la casa.

Un domingo por la tarde, llegaron presurosas varias personas para advertirle que iban a venir. Uno de los capellanes dijo al Padre Champagnat:

-Le aconsejo que haga salir de casa a los Hermanos para evitar que sean testigos de los escándalos que esos desdichados puedan provocar. Si le parece, yo mismo los acompañaré de paseo al monte hasta la noche

-¿Qué necesidad tiene de llevarlos de paseo? -respondió el Padre-. ¿Qué peligro pueden correr aquí? Vamos a cantar vísperas y encomendarnos a Nuestro Señor. y no nos preocupemos de lo que hagan los hombres, pues no pueden hacernos daño alguno contra la voluntad de Dios.

En efecto, los Hermanos cantaron las vísperas tranquilamente y no fueron molestados en absoluto.

Pese a todo, seguían corriendo entre el público rumores alarmantes que podían comprometer<sup>456</sup> a la comunidad. Se decía que en la casa había armas, que los sótanos estaban repletos de ellas. Se llegó incluso a afirmar que habían visto a los Hermanos hacer la instrucción militar por la noche en los dormitorios y por los pasillos. También se hizo correr la falsa noticia de que se escondía en la casa cierto marqués, el cual atizaba en los Hermanos ese fervor contrarrevolucionario y los instruía en el manejo de las armas. Tales rumores calumniosos llegaron a las autoridades superiores, que decretaron inmediatamente una orden de inspección<sup>457</sup> domiciliaria. La llevó a cabo el procurador del rey, escoltado por un pelotón de gendarmes. El procurador dijo al Hermano que le abrió la puerta:

-¿Tienen ustedes por aquí un marqués?

-No sé qué es un marqués -respondió el hermano portero, que era un hombre sumamente ingenuo-, pero el Padre Superior le dirá si tenemos alguno. Espere un momento, que voy a llamarlo.

-Sí, sí -replicó el procurador-, ustedes tienen aquí oculto a un marqués.

Y, en vez de esperar en el recibidor, siguió al Hermano, que encontró al Padre Champagnat en la huerta, y le dijo:

-Mire, Padre, este señor pide un marqués.

El procurador, sin darle tiempo a responder, dijo al señor Champagnat:

-Señor cura, soy el procurador del rey.

-Nos sentimos muy honrados con su visita, respondió el Padre.

<sup>456</sup>GABRIEL MICHEL, *Sinopsis de los tres testimonios: Juan Bautista, Avit y Silvestre* (cfr. BI XXVIII, n.º 208, 1968, págs. 94-113).

<sup>457</sup>En abril y, sobre todo, en julio de 1831 (cfr. AA, pág. 97 y MEM, pág. 47).

Y, al ver a los gendarmes que rodeaban la casa, añadió con voz firme y decidida:

-Pero veo que no viene solo, señor procurador. Me imagino a qué vienen. ¿Bueno! Usted va a hacer una visita en debidas condiciones, para comprobar por sí mismo si tenemos nobles, personas sospechosas o armas. Seguramente le habrán dicho que tenemos sótano. Vamos a empezar por ellos.

Y, sin más acompañó al procurador y a dos de los guardias a la lavandería y a la bodega, donde había un manantial que abastecía de agua a la casa.

“Señores -les dijo-, éstos son nuestros sótanos. Miren bien a ver si encuentran algo que pueda inquietar al gobierno.”

Por el tono de voz el modo de habla del Padre, el procurador real comprendió que las denuncias eran pura calumnia. Así que quiso dar por concluida la visita. Pero el Padre Champagnat le dijo:

-De ninguna manera, señor; tienen ustedes que verlo todo, pues, de otro modo, podrían seguir diciendo que tenemos algo sospechoso.

Entonces, el procurador real dijo a los gendarmes:

-Sigán al señor cura y continúen la visita.

Y él se retiró al recibidor. El Padre Champagnat acompañó a los guardias por todas las dependencias de la casa, diciéndoles cada vez que entraban en una de ellas: “Miren bien a ver si hay armas.” Al llegar a una habitación cerrada, pidió la llave, y como no la hallaron, pues el capellán que la ocupaba estaba ausente, los guardias le dijeron:

-Está bien, ya basta.

-No, no -replicó él-, tenemos que entrar. Tráiganme un hacha para derribar la puerta, pues si no visitamos este aposento, dirán que precisamente aquí es donde se ocultan las armas y el señor marqués.

En un momento se abrió la puerta y dejó al descubierto una pobre cama, una mesita y una silla.

Una vez concluida la visita, el Padre Champagnat invitó amablemente al procurador real y a los gendarmes a tomar unos refrescos que aceptaron gustosos. Pidieron mil disculpas por la penosa misión que acababan de cumplir.

El procurador del rey dijo al Padre Champagnat: “Nada tema, señor cura; le aseguro que esta visita ha de serle útil.” Y, reparando al salir en un edificio sin rematar, agregó:

-Tendrá que terminar esa ala del edificio.

-No nos anima demasiado a terminar la obra -replicó el Padre- el ver derribar las cruces.

El procurador se despidió reiterándole que la visita que acababa de hacer, lejos de perjudicar a la casa le sería provechosa. Efectivamente, unos días más tarde, hizo publicar en el periódico de



Saint-Étienne<sup>458</sup> una reseña sobre la visita, desmintiendo todos los rumores insidiosos que se habían propalado por el contorno. En el mismo artículo se hacía un elogio de la casa y de los religiosos que en ella vivían.

Ya más tranquilo, el Padre Champagnat se ocupó de preparar el retiro anual. La mayoría de los señores párrocos eran partidarios de que los Hermanos no abandonaran las escuelas, sino que tomaran vacaciones e hicieran el retiro en sus propias casas, con el fin de no suscitar en el ánimo de las personas malintencionadas la idea de aprovechar su ausencia para sustituirlos por maestros laicos. El Padre Champagnat pensaba que los acontecimientos que acababan de suceder y los tiempos tormentosos que corrían podrían inquietar a los Hermanos y ser para ellos ocasión de relajación y tentación contra la vocación. Con razón pensó, pues, que nada mejor que un retiro para contrarrestar esa situación, reanimar la piedad y el espíritu religioso y renovar el primitivo fervor, y con ello asegurar el éxito de las escuelas<sup>459</sup>. El retiro se hizo, pues, como de costumbre.

Con motivo de este retiro, el Padre realizó como siempre los cambios que juzgó necesarios sin preocuparse de si con ello surgirían dificultades que pudieran comprometer la existencia de las escuelas. Lo que ante todo le preocupaba era la vocación de los Hermanos. Y hubiera preferido cien veces cerrar una escuela antes que consentir abusos o exponer a un Hermano al peligro de perder su vocación.

Con este modo de obrar serio y prudente tuvo el consuelo de prevenir cualquier defección. A pesar de la inquietud de los ánimos y la agitación en que se debatía el país, las escuelas siguieron prosperando y los Hermanos no fueron molestados en ningún lugar, excepto en Feurs<sup>460</sup>, de donde fueron expulsados. Uno de los Hermanos de esta casa, en contra de las normas establecidas, se permitió ciertas familiaridades con un niño y fue acusado de faltas graves. Esta acusación calumniosa se propaló por el pueblo y sirvió de pretexto a los enemigos de la religión para declarar la guerra a la escuela. El alcalde, filósofo volteriano, empezó a molestar a los Hermanos de mil maneras y a ponerles toda clase de trabas. Luego hizo que les quitaran el sueldo, decretó que la escuela fuera de pago y exigió concesiones totalmente opuestas a la Regla. Al no conseguirlas, la hizo cerrar. Los Hermanos se retiraron de Feurs durante la Semana Santa del año 1831.

Como se ve, la infracción de un punto de la Regla y la conducta irregular de un solo Hermano fueron la razón primera y fundamental de la ruina de esta casa, y causó al Instituto mucho mayor mal que la persecución de los malvados y los esfuerzos de la impiedad. Tan cierto es que las Reglas son la salvaguardia y el amparo de las casa religiosas y que su infracción, tarde o temprano, arrastra consigo la ruina. Tremenda verdad que debería hacer temblar de espanto a los religiosos irregulares. “¿Quién sabe -deberían preguntarse- si las infracciones que me permito no serán causa de la ruina de esta casa? Lo que está claro es que la transgresión de un punto de la Regla ocasionó la primera desaparición de una escuela en el Instituto.”

<sup>458</sup>Seguramente “Le Stéphanois”. La colección se halla incompleta, pero *L’ Ami de la Religion*, del 1.º de septiembre de 1831, publicó un artículo que probablemente es un resumen del artículo del procurador que se llamaba Valentin-Smith (cfr. FMS, n.º 29, 1978, págs. 389-390).

<sup>459</sup>“Los acontecimientos no impidieron al venerable Fundador tener el retiro con los Hermanos. Los señores curas trataban de disuadirlo, Alegando que corrían tiempos malos, que los municipios adversos podían aprovechar la ausencia de los Hermanos para poner maestros laicos en su lugar” (AA, pág. 100). ¿Se llevó a cabo realmente este retiro? La carta del Padre Champagnat al Hermano Antonio suscita la duda (LPC 1, doc. 17, pág. 58 y también OME, doc. 84 (2), pág. 175 y nota 1).

<sup>460</sup>AA, pág. 102.

La pérdida de la escuela de Feurs se vio ampliamente compensada por la fundación de la de La Côte-Saint-André<sup>461</sup>, que tuvo lugar por entonces. El señor Douillet<sup>462</sup>, rector del seminario menor de aquella ciudad, había tenido la idea de fundar una congregación de Hermanos para la instrucción de los niños. Incluso había reunido a varios jóvenes en una casa que había comprado junto al seminario. Pero, en su humildad, no se sentía con virtud y capacidad suficientes para llevar a cabo una obra tan difícil, y como el gobierno le había puesto algunas trabas con motivo de los acontecimientos de 1830, acudió al Padre Champagnat para ofrecerle su pequeño establecimiento. El buen Padre se trasladó a La Côte-Saint-André para tratar el asunto, cuya solución no ofrecía dificultad alguna. Acordaron que los Hermanos de María se harían cargo de la dirección de las escuelas de la villa y del reducido internado de enseñanza primaria adjunto a las mismas. Los postulantes que se hallaban en la casa y que habían llevado hasta entonces la dirección de las clases, irían todos al Hermitage para hacer el noviciado y ser luego destinados donde el Superior creyese oportuno<sup>463</sup>.

Ya antes de encontrarse con el Padre Champagnat, el señor Douillet tenía elevado concepto de su mérito y capacidad; pero creció mucho su estima después de haberlo visto de cerca y haber tratado con él. Durante la visita que hicieron juntos a la casa de La Côte, pasearon un rato por una gran sala donde se hallaban los postulantes. Al salir, el Padre Champagnat le hizo el retrato fiel de cada uno de ellos, y dijo al señor Douillet: “El joven que estaba en tal lugar de la sala, es un pobre hombre. “ Era, efectivamente, el peor de todos.

El señor Douillet decía luego recordando este hecho: “Me quedé estupefacto y no acababa de salir de mi asombro al oírle dar con tal precisión su impresión acerca de cada uno de mis jóvenes. Me había parecido que no los había mirado ni les había prestado atención alguna; y, sin embargo, la opinión que daba de cada uno era totalmente exacta.”

La escuela de La Côte-Saint-André alcanzó notable desarrollo bajo la dirección de los Hermanos. El internado aumentó considerablemente y se transformó en un vivero de vocaciones por el noviciado del Hermitage. Desde este aspecto, la fundación de esta casa fue muy beneficiosa para el Instituto.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
 CEPAM/abm  
 PRIMERA PARTE

**CAPITULO XVIII**

*Nuevas gestiones del Padre Champagnat para conseguir la autorización legal de los Hermanos. Proyecto de unión con los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux. Desarrollo del Instituto, a pesar de las dificultades de todo tipo con que se encuentra. Se imprimen las Reglas*

<sup>461</sup>La Côte-Saint-André, LPC 2, págs. 552-555.

<sup>462</sup>“El señor Douillet trataba de fundar una congregación religiosa docente para la diócesis de Grenoble. Apoyado por las autoridades del departamento, había conseguido, incluso, el reconocimiento real, firmado por Carlos X, y que convertía a su obra en escuela normal para todo el departamento de Isère. Los acontecimientos de 1830 dejaron sin efecto este decreto” (AA, pág. 101; LPC 2, páginas 190-199; NCF, pág. 408 y ss.).

<sup>463</sup>No poseemos el texto del convenio acordado entre el Padre Champagnat y el señor Douillet; pero de las cartas de este último parece deducirse que enviarían a la diócesis de Grenoble un número proporcional al de los novicios que de allí procediesen. El señor Douillet reprocha al Padre Champagnat que no se atuvo a ese contrato.

Entretanto, el Padre Champagnat pensaba reanudar sus esfuerzos para conseguir el reconocimiento legal<sup>464</sup> del Instituto. Cada año era mayor el número de Hermanos afectados por la ley de reclutamiento militar. En especial después de la ley<sup>465</sup> de 1833 sobre la instrucción primaria, resultaba imposible eximirlos del servicio militar<sup>466</sup>, si no tenían título oficial<sup>467</sup>. Revisó, pues, los estatutos, los modificó adaptándolos a la nueva ley, y envió una instancia al rey<sup>468</sup>, que fue presentada a Su Majestad por un diputado amigo del Instituto. Los estatutos<sup>469</sup> fueron examinados y aprobados por el consejo de la Universidad. En cuanto a la autorización, el señor Guizot<sup>470</sup>, ministro a la sazón de Instrucción Pública, contestó de parte del rey que no era procedente<sup>471</sup>.

Cuando el Padre Champagnat solicitó la autorización del instituto, mandó rezar a la comunidad -y él mismo dirigió a Nuestro Señor fervorosas plegarias- por el éxito de este asunto trascendental. Decía a los Hermanos, con el espíritu de fe y la total confianza en Dios que lo caracterizaban: “Estoy convencido de que la divina bondad nos va a escuchar y acudir en nuestra ayuda: si no nos concede la autorización, nos dará otro medio de eximir a nuestros religiosos del servicio militar.”

Su confianza en Dios no se vio defraudada. Como hemos visto, no consiguió la autorización. Y es que Dios quería conceder a la congregación ese favor de modo mucho más perfecto<sup>472</sup> del que entonces se podía conseguir. Sin embargo, fue atendido, ya que la divina bondad le proporcionó un medio más seguro para librar a los Hermanos del servicio militar.

En el momento en que el gobierno denegaba la autorización del Instituto, el Padre Champagnat, en circunstancias totalmente providenciales, conoció al señor Mazelier<sup>473</sup>, Superior de la congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de la diócesis de Valence, cuya casa noviciado se hallaba en Saint-Paul-Trois-Châteaux. Dicha congregación, aunque no era numerosa, tenía el reconocimiento otorgado por decreto real de 11 de junio de 1823 para los tres departamentos del antiguo Delfinado, es decir, los de Drôme, Isère y Hautes-Alpes.

Ya desde la primera entrevista que mantuvieron los dos superiores, les resultaban evidentes dos cosas: la primera, que ambas congregaciones tenían absolutamente el mismo fin; y la segunda, que la fusión no sería difícil y podía ser ventajosa para las dos comunidades. El señor Champagnat manifestó al señor Mazelier su punto de vista con estas palabras: “Nosotros tenemos Hermanos, ustedes autorización; poniéndonos de acuerdo, podríamos conseguir algo.”

<sup>464</sup>OME, doc. 93, nota 2, pág. 198.

<sup>465</sup>AA, pág. 137.

<sup>466</sup>No todos hacían el servicio militar, sino sólo aquellos a quienes les correspondía por sorteo. Este servicio podía durar seis, siete u ocho años (cfr. RLF, pág. 99).

<sup>467</sup>Con el título podían acogerse a la suscripción de un compromiso de enseñanza por diez años y verse así exentos del servicio militar (cfr. RLF, pág. 11 y 16).

<sup>468</sup>El 28 de enero de 1834, el P. Champagnat escribe a Su Majestad Luis Felipe, rey de los franceses, para obtener la autorización de la Sociedad (cfr. LPC 1, documento 34, págs. 98-104).

<sup>469</sup>El año 1834 acabó sin que se resolviera el trámite de la aprobación de los Estatutos. El ministro Guizot se había propuesto no reconocer nuevas congregaciones docentes (cfr. RLF, pág. 113).

<sup>470</sup>LPC 2, págs. 269-272.

<sup>471</sup>El 28 de febrero de 1834, el Consejo Real de Instrucción Pública aprueba los Estatutos de la congregación, pero no concede el decreto real (cfr. CSG Y, pág. 278).

<sup>472</sup>Será el Hermano Francisco quien consiga el reconocimiento legal el 20 de junio de 1851. Decreto n.º 3072: “Se reconoce como institución de utilidad pública a la asociación religiosa dedicada a la enseñanza, con el nombre de Hermanitos de María, cuya sede se halla en Nuestra Señora del Hermitage junto a Saint-Chamond... Por esta razón, disfrutará de todos los derechos civiles inherentes a las instituciones del ramo...” (cfr. CSG II, pág. 450 y 458).

<sup>473</sup>LPC 2, págs. 380-393 y RLF, pág. 280.

Ya entonces hubo algunas proposiciones de unión<sup>474</sup>; pero un asunto de tal envergadura exigía tiempo para madurarlo.

A la espera de que la voluntad de Dios se manifestase con mayor claridad, se comprometieron a ayudarse y apoyarse mutuamente.

Así, por ejemplo, el señor Mazelier aceptó compartir con los Hermanitos de María el beneficio de la autorización: tomó a su cargo a los que estaban llamados a filas, a condición de permanecer en Saint-Paul hasta que consiguieran el título o estuvieran en condiciones tales que les garantizaran la exención del servicio militar. El señor Mazelier prestó este importante servicio al instituto durante casi diez años, es decir, hasta que se produjo la unión<sup>475</sup> de ambas congregaciones.

Esta unión, tan ventajosa para ambas comunidades, no sólo se fue preparando por las relaciones mutuas entabladas durante esos diez años, sino que llegó a hacerse casi necesaria para satisfacer los lazos de afecto, aprecio y cariño que esas relaciones habían generado entre los miembros de ambas congregaciones. Cuando al fin se formalizó la fusión, los dos Institutos eran dos amigos, dos hermanos tan unidos, tan queridos, tan necesitados el uno del otro que ya no podían separarse.

Esa unión contribuyó poderosamente al desarrollo<sup>476</sup> y crecimiento del Instituto, sirvió para preparar la de los Hermanos de Viviers<sup>477</sup> y permitió la expansión de los Hermanos por todo el sur de Francia. De modo que la negativa de autorización, que obligó al Padre Champagnat a llegar a un acuerdo con el señor Mazelier, fue beneficiosa para la congregación.

Razón tenía, pues, el piadoso Fundador al decir a los Hermanos cuando los animaba a orar para conseguir dicha autorización: “Estoy convencido de que Dios nos va a escuchar concediéndonos lo que le pedimos o dándonos algo todavía mejor.”

Por lo demás, el rechazo de la instancia de autorización era la consecuencia de los principios que inspiraban al gobierno que la revolución de julio había dado a Francia. Al principio, el gobierno era hostil a las congregaciones religiosas y en especial a las que se dedicaban a la enseñanza. La ley de 1833 sobre la instrucción primaria estaba encaminada a dominarlas sometiéndolas a la Universidad, a disminuir su influencia, detener su difusión y apartarlas de la enseñanza poco a poco. Ésta es la explicación de la persecución sistemática, de las vejaciones de todo tipo, de las exigencias, formalidades y mala voluntad manifestada con cualquier pretexto y que obstaculizaba y hasta hacía imposible la fundación de nuevas escuelas.

Después de 1830, en varios lugares pretendieron someter a los religiosos al servicio de la guardia nacional<sup>478</sup>: era un modo de obligar a los Hermanos a dejar a los niños y abandonar las clases para ir a hacer la instrucción y montar guardia. Hubo ciertos municipios en los que esas vejaciones duraron varios años. Toda escuela dirigida por un Hermano que no tuviese título

<sup>474</sup>El 4 de noviembre de 1836, el P. Champagnat invita al señor Mazelier a visitar el Hermitage (cfr. LPC 1, doc. 72, pág. 175). Y también LPC 1, doc. 66, página 163 y BI, n.º 178, págs. 177-179, 1960.

<sup>475</sup>La unión efectuada en 1842 se llevó a cabo por medio de un documento privado (cfr. CSG I, págs. 533-536). Esa unión no hacía variar esencialmente la situación ante la administración militar.

<sup>476</sup>El Hermano Juan María (Bonnet) (LPC 2, pág. 292), con la ayuda del Hermano Pablo (CM II, pág. 142), cofundador con el reverendo señor Fièrè de esa congregación, supo llevar a buen puerto esa fusión que tan fecunda iba a resultar. Los cuarenta Hermanos que tenía en el momento de la unión en 1842, pasan a 60 en 1843, a 98 en 1847, a 188 en 1852, para rebasar los 300 en 1856, año del fallecimiento del señor Mazelier (cfr. Saint-Paul-Trois-Châteaux, BI, número 183, pág. 765, 1861).

<sup>477</sup>La unión con los Hermanos de Viviers tuvo lugar en 1844 (cfr. CSG Y, páginas 563-567).

<sup>478</sup>LPC 2, pág. 46.

oficial debía cerrarse, sin que importara la capacidad, abnegación, experiencia o edad del maestro. Y los títulos eran condición indispensable para dirigir o abrir una escuela, y como la Universidad se había reservado el monopolio de los mismos, sólo se conseguían a costa de dificultades increíbles<sup>479</sup>.

Las contrariedades fueron más violentas durante los primeros años posteriores a los acontecimientos de 1830. Una vez consolidado y normalizado el gobierno, se dio cuenta de que le interesaba poner fin a ese tipo de acciones, y adoptar medidas menos arbitrarias y más conformes con la justicia y el sentimiento religioso del país<sup>480</sup>.

Pese a todos estos obstáculos, se pudieron abrir nuevas casas. Así, en 1832, se abrió la escuela de Peaugres, en Ardèche; se reanudó la de Marlihes<sup>481</sup>, cerrada en 1820. En 1833 se fundó el colegio de Viriville; en 1834, los de Saint-Genest-Malifaux, Sury y Lorette, en el Loira; en 1835, los de Terrenoire, Pélussin y Sorbiers, en el mismo departamento<sup>482</sup>.

La ley de 1833, promulgada en parte para obstaculizar a las congregaciones religiosas e ir arrebatándoles la enseñanza de la juventud, tuvo consecuencias insospechadas para el mismo gobierno. Esa ley, por la que se cerraron las Escuelas Normales, sembró muy pronto toda Francia de maestros mercenarios y a menudo impíos que se enemistaron a veces con los señores párrocos, y se convirtieron en peligro para las parroquias y en difusores de las ideas anárquicas. Cuando se llegó a conocerlos, se desencadenó contra ellos un rechazo casi universal. En todas partes los expulsaba el vecindario y pedía educadores religiosos<sup>483</sup>. Y estaban dispuestos a cualquier sacrificio para conseguirlos.

En algunos lugares, el párroco era quien pedía que le concediesen Hermanos para preservar a los niños de las enseñanzas y escándalos de un mal maestro. En otros, el alcalde, apremiado por el concejo y la gente del pueblo, pedía a los Hermanos que tuvieran a bien aceptar la escuela de su municipio, vacía de alumnos, porque el maestro se ocupaba de todo menos de su clase. Lo más frecuente era que el párroco, el alcalde o el pueblo en pleno pidieran a los Hermanos, enviaran delegaciones para conseguirlos y se ofrecieran a realizar cuantos sacrificios fueran necesarios.

En una ocasión, un municipio importante envió la mitad del concejo municipal para pedir al Padre Champagnat que les concediese tres Hermanos. El buen Padre, que no disponía de personal, les repitió más de diez veces que le era imposible poder atender a su petición. Al no saber cómo deshacerse de sus insistentes ruegos, tomó un periódico que tenía encima de su mesa en el que aparecía un artículo contra el Instituto y, entre otras cosas, intentaba demostrar que los Hermanos de María eran unos ignorantes y, por consiguiente, ineptos para dirigir una escuela e instruir a los niños.

<sup>479</sup>Por las exigencias de la Universidad, el P. Champagnat organizó cursillos de formación en el Hermitage y luego en La Grange-Payre (cfr. LPC 2, pág. 574 y LPC 1, doc. 313, págs. 566-570).

<sup>480</sup>Tanto desde el Consejo de distrito de Saint-Étienne, como del Consejo general, esa hostilidad perdurará hasta 1832. Se atenúa en 1833 para ir progresivamente disminuyendo hasta su total desaparición. El 27 de agosto de 1840, el Consejo de distrito de Saint-Étienne expresa, unánimemente, su voluntad de que los Hermanos de María alcancen el reconocimiento legal (cfr. RLF, pág. 232).

<sup>481</sup>AA, págs. 122-123.

<sup>482</sup>LPC 2, índice de nombres toponímicos.

<sup>483</sup>En 1837, el P. Champagnat funda seis nuevas escuelas y deja otras cuantas en lista de espera. He aquí dos tipos de respuestas del Padre Champagnat: -Al párroco Crozier de Coutouvre: "Quisiéramos complacer a todos, pero el campo es demasiado extenso para el número de obreros" (LPC 1, doc. 123, página 253 y nota pág. 252). -Al señor Jovin Deshayes, alcalde de Saint-Jean-Bonnefonds: "Nos es imposible poder proporcionarle Hermanos este año; pero tomamos nota de su solicitud y trataremos de satisfacer su interés por la educación religiosa de la juventud lo antes posible" (LPC 1, doc. 140, pág. 279).

-Miren- les dijo a la vez que les entregaba el periódico<sup>484</sup>-, lean eso y díganme si los Hermanos son como ustedes piensan. Este diario les indicará que son unos ignorantes.

-Que el diario diga lo que quiera -respondieron los consejales-, no nos interesa; dénos usted Hermanos; por malos que sean, lo harán mucho mejor que el filósofo que tenemos de maestro.

El alcalde de un gran municipio, miembro del Consejo general del departamento del Ródano, se marchaba entristecido por no conseguir los Hermanos que solicitaba; y al ver en el patio al encargado de la administración, que en ese instante se ocupaba en preparar argamasa, dijo al Padre Champagnat: “Me dice que no dispone de Hermanos; ahí tiene uno; me conformo con él, démelo.” Y prosiguió: “No me diga que no sirve para la clase; por mal que lo haga, siempre será mejor que el maestro que tenemos; por lo menos cuidará de los niños y no les dará malos ejemplos.”

Otro alcalde, acompañado del cura de la parroquia, después de haber hecho lo imposible para conseguir Hermanos, terminó diciendo: “No saldremos de aquí hasta que no nos prometa -ya que no tiene maestros formados- que nos dará al menos un novicio, o siquiera un criado; nos es absolutamente necesario alguien que se encargue de la escuela para librarnos del pésimo individuo que quieren imponernos.”<sup>485</sup>

De ese modo desbarata Dios los propósitos de los malvados y saca bien del mal. Una ley pensada para quitar la enseñanza primaria a las congregaciones religiosas, indujo a los municipios a recurrir a esas mismas congregaciones para ofrecerles la educación de los niños.

Por entonces, el Instituto alcanzó notable prosperidad<sup>486</sup> en todos los aspectos. Había abundancia de vocaciones, se mantenía la piedad y la regularidad en todas las comunidades y funcionaban con normalidad los noviciados. Prosperaban las escuelas, y de todas partes llegaban al Padre Champagnat elogios de las autoridades eclesiásticas por el entusiasmo, la abnegación, la vida ejemplar de los Hermanos y su celo por la educación cristiana de los niños. Los estudios se consolidaban en las casas, y a pesar de la severidad de los tribunales examinadores, cierto número de Hermanos obtenía cada año su título de maestro.

Los retiros anuales terminaban con numerosas profesiones. Los primeros Hermanos, alcanzada la madurez, habían adquirido experiencia, preparación y prestigio, con lo que podían formar a los demás en la piedad y en las virtudes de la vida religiosa, e implantar en las comunidades la regularidad, la paz y la unión.

Los Hermanos estimaban al Superior como a padre; amaban su vocación, se fortalecían en el espíritu del Instituto, perfeccionaban su método pedagógico y se hallaban unidos por la virtud y el espíritu de familia.

Intencionadamente describimos la situación exacta en que se hallaba el Instituto. Corrió el mayor peligro de cuantos hasta ahora hemos descrito, pues se vio amenazada hasta su propia existencia. M.P.<sup>487</sup>, que desde hacía varios años se hallaba como capellán en el Hermitage, no sólo no estaba de acuerdo con el proceder del Padre Champagnat, sino que criticaba y

<sup>484</sup>Podría tratarse del artículo de la *Gazette des Cultes*, citado en RLF, páginas 76-77.

<sup>485</sup>Una de las plazas vacantes era provista por el inspector.

<sup>486</sup>Las estadísticas señalan 82 Hermanos en 1833 (AA, pág. 133) y 171 en 183 (AA, pág. 206). También LPC 1, acerca de la situación de la fundación de escuelas, el 27 de noviembre de 1837, págs. 310-312.

<sup>487</sup>El señor Pompallier, LPC 2, págs. 432-434.

desautorizaba su administración y la orientación que daba a los Hermanos. Según él, el Instituto, bajo su dirección, iba a la ruina. Y estaba tan convencido de ello que se creyó obligado a comunicar sus impresiones y temores al señor arzobispo.

“El Padre Champagnat, le decía, con toda su piedad y virtud, no posee las cualidades de un buen Superior de comunidad. No es capaz de mantener una correspondencia, de instruir a los Hermanos, de tratar con los fundadores de las escuelas, ni de dirigir convenientemente un noviciado. Además, ni siquiera se ocupa de esto, y emplea casi todo el tiempo en la construcción y en roturar el monte. De todo esto se deduce que los Hermanos no están bastante formados en la piedad, en las virtudes religiosas ni en los conocimientos necesarios a los maestros. Y se resienten muchas otras cosas.”

La conclusión lógica de todas estas críticas era que había que quitarle la dirección de la comunidad y unir los Hermanos del Hermitage a la congregación de San Viator<sup>488</sup>, establecida en Vourles, cerca de Lyon.

M.P. estaba tan convencido de lo que decía, y manifestaba tanto celo y abnegación por los Hermanitos de María que se dejaron convencer por sus palabras. Así pues, el arzobispo le encargó que tratara el asunto con el señor Querbes<sup>489</sup>, Superior de los Hermanos de San Viator. Al propio tiempo llamó al señor Champagnat al arzobispado y le dijo: “Ya ve que no ha podido conseguir autorización para su Instituto y que el gobierno, con la ideología que lo mueve, nunca se la concederá. Por otra parte, como su comunidad aumenta constantemente y no puede seguir sin esa autorización, deseo que una sus Hermanos a los de San Viator, que ya la tienen. El señor Querbes aceptará gustoso esta función y se encargará de sus Hermanos.”<sup>490</sup>

El Padre Champagnat, muy sorprendido por semejante propuesta, que de ningún modo podía sospechar, respondió: “Monseñor, mis Hermanos y yo estamos en sus manos, y Su Excelencia puede hacer de nosotros lo que guste. En cuanto a la fusión que nos propone, no la creo necesaria para eximir a nuestros religiosos, ya que la Providencia nos ha proporcionado un medio<sup>491</sup> para salir del apuro. Me parece que la fusión supondría la ruina de nuestro Instituto y la de los Hermanos de San Viator, pues cada una de las dos congregaciones tiene su propio espíritu, una manera diversa de colocar<sup>492</sup> a sus miembros, diferentes condiciones para la fundación de escuelas y Reglas totalmente contrarias. Proponer a nuestros Hermanos que abandonen sus Reglas, su hábito, su método de enseñanza y su modo de vivir para adoptar los de cualquier otro Instituto es echarlos a perder, obligarlos a volver al mundo.

Con mi experiencia, no creo, monseñor, que en conciencia pueda prestarme a tal medida. Si Su Excelencia, a pesar de todo, lo determina, me resignaré, ya que es mi deber; pero me asustan las consecuencias”.

El señor arzobispo volvió a insistir una vez más. Trató de desbaratar los argumentos expuestos por el Padre; pero, al no conseguir hacerle cambiar de opinión, le despidió recomendándole que reflexionase sobre ese tema.

<sup>488</sup>Sobre este particular, véanse en OME los docs. 108,109,110,111,112,117,119,124 y LPC 1, doc. 30, pág. 82.

<sup>489</sup>LPC 2, pág. 438

<sup>490</sup>OME, doc. 71, pág. 156; doc. 170, pág. 462

<sup>491</sup>El Hermano Juan Bautista hace un resumen de los acontecimientos. En 1830, monseñor Devie, obispo de Belley, creía que los Hermanos del Hermitage podrían conseguir la aprobación adoptando los estatutos de otros Hermanos ya legalizados (OME, doc. 77 (1), pág. 166). Los contactos asiduos entre el Padre Champagnat y el señor Mazelier corresponden a 1835. El intento de unión con los Clérigos de San Viator, iniciado a finales de 1832 o comienzos de 1833, se abandona en 1835.

<sup>492</sup>El clérigo de San Viator podía ir solo a los municipios pequeños. Se alojaba en casa del párroco.

Varios intentos más por parte de uno<sup>493</sup> de los Vicarios generales no obtuvieron mejor resultado.

Las cosas quedaron como estaban. Pero durante algún tiempo el arzobispado manifestó cierta frialdad para con el Padre Champagnat. "El bueno del señor Champagnat -decían- es un santo varón, pero está muy aferrado a sus ideas y perjudica a su comunidad por su modo de ser tan especial."

Algún tiempo después, el arzobispo, mejor informado, cambió de parecer y se dio cuenta del acierto del Padre Champagnat al rechazar la unión. Habiendo coincidido con él en la secretaría del arzobispado, lo invitó a comer, y durante el almuerzo le dijo: "Señor Champagnat, me complace decirle que ha dado muestras de cordura al oponerse a la unión de su comunidad con la de San Viator. Lo felicito por el comportamiento que tuvo. Sin duda hoy tendría que arrepentirme de haber llevado a cabo ese proyecto y reconozco que quienes me habían aconsejado no me habían informado correctamente sobre su Instituto."

¡Cuántas veces en los sucesivos el venerable prelado, al ver la prosperidad de la congregación, dio gracias a Dios por no haberse realizado aquella fusión!

"La Sociedad de los Maristas -manifestó en varias ocasiones- es, de todas mis obras, la que más consuelo me causa. ¡Cuánto lamentaría hoy no haberla mantenido tal como fue fundada!"

Llevaba ya tiempo el Padre Champagnat pensando imprimir las Reglas del Instituto, después de haberlas revisado con los principales Hermanos. Ya desde los comienzos había concebido el plan de la congregación y asentado bien sus bases, como podemos comprobar por el acta de compromiso que firmaban los Hermanos. Ese documento contiene, efectivamente, todos los elementos que constituyen una comunidad: el fin y espíritu del Instituto se hallan claramente expresados, lo mismo que la pobreza, obediencia y castidad, que constituyen la esencia de la vida religiosa. Pero el desarrollo de estos principios básicos, es decir, los medios adecuados para alcanzar aquel fin y para vivir y perfeccionar este espíritu, el modo de practicar las mencionadas virtudes y de establecer cierta uniformidad en las costumbres, la manera de vivir en comunidad requerían tiempo y experiencia. Por eso, las primeras normas<sup>494</sup> fueron pocas, y el piadoso Fundador las proponía sólo a modo de prueba. Convencido de que muchas veces lo que ha sido imaginado, que en teoría parece perfecto, no resulta posible en la práctica, quiso experimentar si resultaba posible la vivencia constante de lo que iba a ser aprobado definitivamente.

Al principio se limitó, pues, a algunas normas generales expresadas en fórmulas muy breves, para organizar los ejercicios de piedad de los Hermanos, para orientar sus relaciones mutuas y con los niños y seglares, y para regular los principales actos del día. Luego, cada año iba añadiendo los artículos referentes a detalles que el tiempo, las circunstancias y el desarrollo del Instituto exigían o aconsejaban. Y, antes de adoptarlos, por más que los hubiese meditado mucho tiempo, los sometía al examen y a la aprobación de los principales Hermanos, a los que reunía para discutir cada uno de los artículos. Más aún, recibía individualmente en su aposento a los Hermanos más antiguos para saber qué pensaban sobre las dificultades o ventajas que veían en este o aquel punto que había que concretar o que estaba de prueba desde hacía algún

<sup>493</sup>M. Cholleton. OME, docs. 119 y 124; y también LPC 1, doc. 30, pág. 82.

<sup>494</sup>En los archivos de la Casa general se conserva un ejemplar de estas primeras Reglas, procedente de Saint-Sauveur-en-Rue (AFM, 361.1-1).



tiempo. Y sólo después de conocer su opinión y haber escuchado atentamente y sopesado sus observaciones admitía los artículos que se discutían.

Tomó las mismas precauciones y medidas para el reglamento de las clases y el método de enseñanza. Su idea, al obrar de ese modo, era ante todo enriquecerse con las ideas y la experiencia de los Hermanos, y, además, adoptar e imponer sólo aquellas normas elegidas de común acuerdo que iban, por lo tanto, a cumplirse por propia opción y a gusto.

Después de casi veinte años de experimentar estas Reglas, como se multiplican las casas y resultaba difícil mantener la exactitud y la uniformidad en los manuscritos, decidió imprimirlas. Pero antes pensó que era prudente y hasta necesario someterlas a un nuevo examen. Para ello reunió a un grupo de Hermanos bien preparados y de los más antiguos, y diariamente, durante seis meses, dedicó con ellos varias horas a esta tarea. Discutieron y examinaron uno por uno cada artículo. Hubo algunos cuyo debate exigió varias sesiones.

A veces, después de escuchar las observaciones y razones a favor o en contra de una norma, antes de decidirse a adoptarla, pedía un tiempo para seguir reflexionando y orar. Así, por ejemplo, para aceptar que en las comidas se tomara vino mezclado con agua, a partes iguales, empleó varias semanas en consultar a Dios y examinar en su presencia qué debía hacer. Temía, en efecto, que esa cantidad de vino fuera excesiva tanto más que hasta entonces había sido menor<sup>495</sup>.

Cuando se hubo discutido y aceptado de ese modo toda la Regla, se la presentó a hombres sabios y prudentes, para que la examinaran y le dieran su opinión. Éstos, después de haberla leído con atención, no hallaron nada que modificar. Tan sólo les pareció que carecía de ciertos detalles y que tal vez no estaba muy completa. En efecto, el Padre Champagnat no consideró oportuno incluir en esta primera edición muchos pequeños detalles vigentes en el Instituto, que necesitaban la sanción del tiempo y la experiencia antes de ser adoptados definitivamente. No quería que fuera aprobado nada sin haberlo experimentado largamente y sin asegurarse de que su práctica resultaba no sólo positiva, sino también posible en todas las casas del Instituto. Prefirió, pues, dejar incompleta la Regla, como lo manifiesta en el preámbulo que encabeza la edición, a incluir cosas que ya se practicaban y que quería mantener, pero que tal vez precisaban alguno retoques, antes de darles el sello de la estabilidad. A su juicio, ni siquiera tenían carácter definitivo las Reglas que entonces adoptaba y hacía imprimir. En su lecho de muerte se expresó del mismo modo y dijo al Hermano Francisco, su sucesor, que le otorgaba plenas atribuciones para concluir y fijar irrevocablemente, con el cuerpo legislativo de la congregación, es decir, el Capítulo General, las Reglas del Instituto, tanto las comunes, como las de gobierno y las relativas a las escuelas y al método pedagógico. Fue lo que se llevó a cabo doce años después de su muerte<sup>496</sup>.

La impresión de las Reglas fue para el Padre Champagnat motivo de gozo y consuelo, pues la Regla daba al Instituto garantía de estabilidad, y, sobre todo, porque ése era un medio poderoso para conseguir que floreciera la regularidad, hacer a los Hermanos más cumplidores y vincularlos a su vocación.

<sup>495</sup>“En las comidas sólo se servirá vino mezclado con dos tercios de agua” (Regla manuscrita de 1830. AFM 361, pág. 11, n.º 42).

<sup>496</sup>Ésa será la tarea del Capítulo General de 1852-53-54. Cfr. Estudio en español sobre la evolución de la Regla, por el Hermano Pedro Herreros (AFM, en Roma y en Notre-Dame-de-l’Hermitage).

“Ahora -les decía en una ocasión- os resulta más fácil estudiar la Regla, meditarla, adquirir conocimiento completo de ella, saber qué os pide y serle fieles, pues todos tenéis un ejemplar y cada uno puede hacer de ella su manual.”

Con el envío<sup>497</sup> de dicha Regla a los Hermanos, les dirigió la siguiente carta<sup>498</sup>: “Carísimos Hermanos: Os ruego, por los dulces nombres de Jesús y María, que recibáis esta Regla por la que tanto tiempo habíais suspirado y que hoy tenemos el consuelo de ofrecerlos. No es mi intención obligaros bajo pena de pecado a cumplir cada artículo en particular; pero os advierto que no seréis felices en vuestro santo estado, sino en la medida en que seáis fieles cumplidores de toda la Regla. La fidelidad a la Regla, al alcanzaros la perseverancia, os merecerá la salvación eterna.”

Los Hermanos recibieron la Regla con gran satisfacción y con deseo de cumplirla y ser fieles a ella toda la vida.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**

CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XIX**

*La Sociedad de los Padres Maristas consigue la aprobación de la Santa Sede. Labor del Padre Champagnat en favor de dicha obra.*

Por esta época, Dios otorgó al Padre Champagnat el mayor consuelo que podía anhelar, a saber: la autorización pontificia de la Sociedad de los Padres Maristas. Pero, para comprender con exactitud lo que vamos a decir sobre este tema, hemos de retroceder un poco en el tiempo.

Después del lamentable incidente del señor Courveille, el señor Terraillon, que no se encontraba a gusto en el Hermitage y tenía sus temores sobre el futuro de la obra de los Hermanos, pidió retirarse; y, a pesar de los esfuerzos del Padre Champagnat por retenerlo, se marchó por la fiesta de Todos los Santos del año 1826. El abandono del señor Terraillon dejó al piadoso Fundador en una situación comprometida. Este abandono, junto con el señor Courveille, provocó los comentarios de la gente, que hizo toda suerte de conjeturas para explicar la salida de los dos sacerdotes. Por otra parte, al quedarse solo, el buen Padre no podía abarcar la dirección de los Hermanos y el gobierno del Instituto<sup>499</sup>. Pero, aún más que esto, le apenaba el hecho de que esta circunstancia<sup>500</sup> comprometía seriamente la pervivencia de la obra de los Padres Maristas en la diócesis de Lyon.

Poniendo en Dios toda su confianza, trabajó sin descanso para superar las pérdidas que acababa de sufrir. Después de haberlo pensado detenidamente y haber orado mucho, se decidió

---

<sup>497</sup>La Regla se imprimió y fue enviada a los Hermanos en enero de 1837. Impresa en formato in-18, contenía, además diversas oraciones y las ceremonias de toma de hábito y profesión, así como la carta de san Ignacio sobre la obediencia (cfr. LPC 1, doc. 89, pág. 203 y AA, págs. 209-212).

<sup>498</sup>Esta carta se publicó en CSG I, pág. 13 y también en LPC 1, doc. 89, página 203.

<sup>499</sup>LPC 1, doc. 4, pág. 34.

<sup>500</sup>OME, doc. 160 (11), pág. 381; LPC 1, doc. 7, 39 y LPC 1, doc. 11, pág. 45.

a escribir al señor arzobispo para suplicarle que le enviara alguien que pudiese ayudarlo en la administración de los asuntos de la congregación. Al mismo tiempo fue a ver al señor Gardette<sup>501</sup>, rector del seminario mayor, para informarle de su situación y pedirle que mediase ante el señor arzobispo para que atendiera a su petición.

También se dirigió al señor Barou, Vicario general, para que interviniese en favor suyo. Lo hizo en estos términos<sup>502</sup>:

“Señor Vicario general: Me dirijo a usted con entera confianza para informarle de mis problemas y exponerle la difícil situación en que me encuentro. Como ya sabrá, me hallo solo, lo que está dando mucho que pensar incluso a quienes aprecian nuestra obra y nos ayudan generosamente. La gente, que habla casi siempre sin conocimiento de causa, me considera culpable de la salida de los señores Courveille y Terrailon. Todo esto lógicamente me duele, pero no me desanima, pues ya lo temía y aún espero pruebas mayores. ¡Bendito sea el santo nombre de Dios! Sigo con la firme convicción de que Dios desea esta obra; pero tal vez, ¡ay!, quiere servirse de otras personas para llevarla a cabo. El desagradable incidente de quien parecía ser su jefe, es quizá el mayor esfuerzo que el infierno haya podido urdir para dar al traste con una obra de la que temía mucho daño. ¡El solo recuerdo de aquella triste historia me causa escalofrío!

En resumidas cuentas, señor Vicario general, ésta es mi situación: tenemos actualmente dieciséis escuelas, que sería absolutamente necesario visitar como mínimo cada tres o cuatro meses, para ver si todo marcha bien, si se cumple la Regla, si los Hermanos actúan conforme al espíritu de su estado, si no tienen relaciones peligrosas con el mundo, si ofrecen a los niños sólida instrucción religiosa y los forman en la piedad. Esas visitas son también indispensables para ponerse de acuerdo con los señores alcaldes respecto a la administración de los recursos de las casas y el cobro de las cuotas escolares. Tenemos más de dos mil niños en nuestras aulas; creo que esto debe tenerse en cuenta. Al llegar las vacaciones, nos reuniremos aquí más de ochenta personas. La contabilidad de la casa, la correspondencia, el suministro ordinario, las deudas que habrá que saldar, en fin, la atención temporal y espiritual de la casa, todo recae sobre mí. Piense si yo solo puedo dar abasto a todo.

Como acabo de exponerle, señor Vicario general, ésta es mi situación. Confío en que me eche una mano enviándome alguien que aprecie la obra de los Hermanos y no exija, a cambio, más que alimentación y vestido. El señor Séon<sup>503</sup> nos vendría muy bien, porque está encariñado con nuestra comunidad, tiene cualidades y puede hacerlo bien.

Termino encomendándome a sus oraciones, pues cada vez me convenzo más de la verdad de la Escritura: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.*<sup>504</sup>

Después de haber interesado en el caso a estas dos personalidades, que gozaban de tanta influencia ante el señor arzobispo, se dirigió también al venerable prelado con una carta en la que destacan sentimientos de profunda humildad y confianza en Dios.

He aquí uno de los párrafos<sup>505</sup>: “Monseñor, el escaso éxito que hasta ahora hemos tenido en lo que a los Padres se refiere, sería motivo suficiente para que no me atreviera a presentarme ante

<sup>501</sup>LPC 1, doc. 3 pág. 32.

<sup>502</sup>LPC 1, doc. 7, pág. 39.

<sup>503</sup>Sr. Séon, LPC 2, pág. 469 y ss.

<sup>504</sup>Sal 126, 1.

<sup>505</sup>En relación con el borrador (LPC 1, doc. 7, pág. 39) hay bastantes diferencias en la expresión y en la importancia dada a los detalles, sin que por ello varíe sustancialmente el sentido.

Su Excelencia para expresarle mi pena. Pero la bondad paternal que con siempre nos ha acogido desde su llegada a la diócesis, me anima a rogarle, en los nombres de Jesús y María, que no abandone una obra a la que ha protegido y honrado con su benevolencia. Estoy más convencido que nunca de que Dios quiere esta obra: la prueba está en los esfuerzos que hace Satanás para destruirla. Pero ¡ay!, todo me induce a pensar que necesitaríamos de otras personas para mantenerla. Sea lo que fuere, pongo mi confianza en Jesús y María. De los sacerdotes ya sólo quedo yo. Esto me duele, pero no me desanima, pues quien me ayuda se llama DIOS FUERTE<sup>506</sup>. Sin duda, el señor Barou y el señor rector del seminario mayor le habrán puesto al corriente de mi situación; confío en que, conmovido por ella, no me abandonará Su Excelencia.”

El Padre Champagnat, en su carta al señor Barou, menciona al señor Séon<sup>507</sup>, porque habiendo tenido ocasión de tratar a este clérigo, que era profesor del colegio de Saint-Chamond, lo había visto inclinado a entrar en el Instituto para dedicarse al servicio de los Hermanos. Temiendo que en la curia le pusieran dificultades para desprenderse de ese presbítero, a quien por su celo y preparación consideraba tan idóneo para cubrir la ausencia de los otros dos, fue a entrevistarse con el señor Barou, para exponerle su parecer sobre el señor Séon, los propósitos de éste al pedir su ingreso en el Hermitage.

“Señor Vicario general -le dijo-, no me cabe la menor duda de que Dios quiere la congregación de los Hermanos: la prueba más convincente es lo que por ella ha hecho la divina Providencia. Pero también estoy persuadido de que quiere la Sociedad de los Padres. El lamentable incidente del señor Courveille y el desaliento del señor Terraillon, lejos de disminuirla, han hecho más firme mi convicción. Sin embargo, en esto, como en todo lo demás, sólo busco la voluntad de Dios. Por eso le expongo mi parecer y mis sentimientos, y estoy dispuesto a acatar lo que usted disponga. Si opina que Dios desea la Sociedad de Sacerdotes, deje que el señor Séon venga con nosotros. Si, al contrario, cree que esta obra no es conforme con los designios de Dios, dígamelo abiertamente y no volveré a ocuparme de ella.”

El señor Barou, que lo escuchaba con suma atención y bondad, le respondió:

-Se trata de algo muy serio; pidamos a Dios que nos dé a conocer su voluntad.

Se pusieron ambos de rodillas y oraron con gran fervor durante unos instantes. Al levantarse, el señor Barou dijo al Padre Champagnat: “Le daremos al señor Séon. Hoy mismo lo comentaré con Su Excelencia.”

Veinticinco años después, recordando el hecho, decía el señor Barou: “Mientras oraba con la mayor atención, me sentí movido a decir al señor Champagnat: Prosiga con la obra de los sacerdotes; creo que Dios la quiere. ¡Cuántas veces, al ver las grandes bendiciones de Dios sobre esa Sociedad y el bien que realiza, me felicito por haberle dado ese consejo!”

El señor Séon, sacerdote piadoso, entregado, lleno de celo apostólico y de gran cordura, no tuvo mayor dificultad en identificarse con el espíritu del Padre Champagnat. Se entendió muy bien con él y le prestó los mejores servicios en la dirección de los Hermanos y en la gestión de las temporalidades del Instituto.

<sup>506</sup> Dt 7, 9; Sal 7, 12; 24, 8; 71, 7.

<sup>507</sup>El señor Séon de Tarentaise y realizó los estudios en el colegio de Saint-Chamond (cfr. LPC 2, pág. 469).

Poco tiempo después<sup>508</sup> siguieron su ejemplo y se agregaron también al Instituto los señores Bourdin Pompallier y Chanut. El señor Bourdin, que era aún diácono cuando llegó al Hermitage, tuvo que superar grandes obstáculos para mantenerse fiel a su vocación. Al ser ordenado de sacerdote, le ofrecieron cargos relevantes, que rechazó generosamente; prefirió la pobreza y la vida humilde y escondida de los Hermanos del Hermitage<sup>509</sup> a todas las ventajas materiales que le ofrecían fuera. Así se constituyó el reducido grupo de sacerdotes que unos años después, con el formado en torno al reverendo Padre Colin, superior del seminario menor de Belley<sup>510</sup>, sirvió para constituir la congregación de los Padres Maristas.

Cada uno por su lado, el Padre Colin y el Padre Champagnat trabajaban de común acuerdo en atraer miembros para dicha obra. Hubieran preferido un centro de unión y un modo de vida común. Pero en 1823, al erigirse el obispado<sup>511</sup> de Belley en diócesis independiente, tuvieron que obrar con prudencia para conseguir el consentimiento de ambas administraciones, sin cuyo beneplácito nada querían emprender.

Ya habían intentado crear un centro de unión antes de 1830. Y el Padre Champagnat, creyéndolo indispensable para dar solidez a la obra y atraerle candidatos, propuso al Padre Colin crearlo secretamente, es decir, sin dar parte a la autoridad superior. Pero el Padre Colin no compartía la idea y le dijo<sup>512</sup>: “Nunca hemos dado un paso por la Sociedad en secreto y a espaldas de nuestros superiores eclesiásticos, así que no debemos obrar ahora de modo distinto. Vayamos hacia la meta por el camino recto. Nuestra obra en ningún otro lugar encuentra tantas dificultades como en Lyon. Dios quiere probarla así, pero no nos desalentaremos por eso. Debería usted enviar una solicitud a sus superiores diocesanos; si quiere, yo mismo le indicaré los términos más convenientes.”

El Padre Champagnat dirigió, pues, nuevas y apremiantes súplicas a la curia diocesana para conseguir libertad de movimientos para unirse con sus compañeros, dirigirse por sí mismos y elegir un superior. Con ese motivo, hizo varios viajes a Lyon y escribió muchas cartas al señor arzobispo y a los Vicarios generales. Al repasar su correspondencia<sup>513</sup>, podríamos pensar que el celo por la gloria de Dios y su entrega a la Sociedad de Padres Maristas lo llevó demasiado lejos, si no supiéramos que las expresiones que utiliza provienen de su carácter franco y de la confianza total que tenía en sus superiores, para quien no tenía secretos. En una de sus cartas, habla así al señor Cattet, Vicario general:

“El interés que hasta ahora ha manifestado por nuestro Instituto me anima una vez más a rogarle que favorezca aún más su desarrollo. Si las sociedades que fomentan el mal se pueden constituir con entera libertad, ¿por qué las que tienen como objetivo la gloria de Dios encuentran dificultades insuperables?”

Llevo quince años como miembro de la Sociedad de María, sin haber vacilado un solo instante en que Dios quiere esta obra. Y, sin embargo, no podemos considerar la congregación de los Hermanos como Sociedad de María, pues es tan sólo una rama nacida más tarde de esa misma

<sup>508</sup>El señor Esteban Séon llega a Hermitage el 30 de mayo de 1825 (OM I, documento 175, pág. 438); el señor Bourdin, en el mes de diciembre siguiente (OM 1, documento 185 (4), pág. 453); el señor Pompallier, en septiembre de 1829 (OM 1, doc. 196 (3), pág. 472); el señor Chanut, probablemente en el transcurso del año 1831 (OM 1, doc. 238 (3), pág. 531).

<sup>509</sup>Carta de 1829, transcrita en CSG I, pág. 150.

<sup>510</sup>En él tuvieron su primer capítulo los veinte Padres el año 1836. El número de los grupos de las diócesis de Belley y Lyon era aproximadamente el mismo (cfr. OM 1, doc. 403 (2), pág. 922).

<sup>511</sup>Desde el Concordato de 1802 hasta 1823 en que se constituye en diócesis, el departamento del Ain, donde se encuentra Belley, formaba parte de la diócesis de Lyon.

<sup>512</sup>El 13 de febrero de 1830 (cfr. OME, doc. 77, págs. 165-166). El Hermano Juan Bautista modifica ligeramente el texto.

<sup>513</sup>Algunas de estas cartas no se conservan.

Sociedad. El núcleo esencial<sup>514</sup> es el de los sacerdotes o, al menos, es lo que siempre hemos creído. Pues bien: demuéstreme que esta obra no es de Dios o ayúdela a triunfar. Me permito recordarle la promesa que me hizo de concedernos todos los candidatos que desearan formar parte de nuestra comunidad y nos convinieran. Ahora mismo hay unos cuantos con los requisitos que exige nuestra forma de vida y que nos prestarían magníficos servicios. Si nos los cede, nos colmaría de alegría y bendeciríamos por ello la Señor.”

El señor Cattet dio a conocer esta carta al señor arzobispo; le recordó el estado floreciente de la congregación de los Hermanos y el ardiente deseo que tenían de consolidar y desarrollar la de los sacerdotes. El venerable prelado prometió conceder los sacerdotes que tuvieran aptitudes e inclinación por dicha obra. También consintió que los Padres del Hermitage se pusieran de acuerdo con los de Belley para la elección de un superior<sup>515</sup>. Y, finalmente, delegó en el señor Cholleton<sup>516</sup>, para que se ocupara de los asuntos relativos al Instituto en sustitución del señor Cattet. Aunque sólo agradecimiento merece la abnegación que el señor Cattet había mostrado con la Sociedad, fue, sin embargo, una suerte que pasara a manos del señor Cholleton<sup>517</sup>, quien conocía la obra desde sus orígenes y se sentía dispuesto no sólo a servirla, sino también a entregarse a ella y ser uno de sus miembros. Por eso, desde que él se hizo cargo, desaparecieron las graves dificultades y la obra avanzó sin obstáculos hacia su constitución definitiva.

Los acontecimientos de 1830, que coinciden con lo anteriormente expuesto, hicieron más urgente la creación de un centro de unión, tan largamente anhelado, que en ambas diócesis se preparaba con el mismo entusiasmo, abnegación y generosidad.

Los Padres que se hallaban en el Hermitage se reunieron en Belley con sus compañeros, y, tras varios días de retiro, eligieron como superior al Padre Colin. Esta elección fue motivo de gran consuelo para el Padre Champagnat<sup>518</sup>. Llevaba varios años preparando este acontecimiento, y había trabajado en ello con tanto ardor y celo que con frecuencia el Padre Colin, que lo deseaba tanto como él, pero que era más reposado, le había aconsejado que se moderase<sup>519</sup> y dejara actuar a la Provincia. Pero el carácter fogoso del Padre Champagnat, su celo por la gloria de Dios y su interés por la Sociedad de los Padres no le permitían descansar. Tanto más, cuanto que trabajar sin tregua y con todas sus fuerzas por esta obra era para él un cargo de conciencia, pues había prometido a Dios dedicar a dicha empresa esfuerzos, salud y, si fuera necesario, la vida misma.

Mientras se afanaba por conseguir del arzobispado los sacerdotes que deseaban unirse al Instituto y el permiso para ponerse de acuerdo y juntarse a los Padres de Belley con el fin de establecer el centro de unión, de que acabamos de hablar, un Hermano le hizo observar que se

<sup>514</sup>El texto que aquí ofrece el Hermano Juan Bautista se aparta notablemente del borrador conservado en nuestros Archivos (LPC 1, doc. 11, pág. 45). Por ejemplo, la frase “ la parte esencial es la de los sacerdotes, al menos es lo que siempre hemos pensado”, no aparece en el documento original.

<sup>515</sup>El hecho no está confirmado en absoluto por los documentos contemporáneos, que, al contrario, parecen manifestar que las autoridades de Lyon quieren conservar la autonomía del grupo del Hermitage al elegir como superior al Padre Champagnat. Véase OM 2, pág. 803, nota 2. Y también OME, doc. 89 (3), pág. 188 y doc. 90, pág. 190.

<sup>516</sup>En febrero de 1833 (cfr. OM 1, doc. 146, pág. 383).

<sup>517</sup>El 1.º de marzo de 1833, carta de Juan Claudio Colin al señor Champagnat: “Tenemos que dar muchas gracias al Señor por habernos dado al señor Cholleton para dirigir los asuntos de la Sociedad. Es un regalo admirable de la Providencia” (OME, doc. 115 (3), pág. 239).

<sup>518</sup>El Padre Champagnat había sido elegido rector provincial del grupo de Padres de Lyon el 8 de diciembre de 1830 (OME, doc. 88, pág. 181). Este nombramiento había sido ratificado por el señor arzobispo administrador (OME, documento 90, págs. 190-191 y doc. 101, pág. 212 y doc. 102, pág. 214).

<sup>519</sup>El 10 de septiembre de 1830, el P. Juan Claudio Colin escribe al P. Champagnat para transmitirle sus dudas acerca del lugar y la fecha de la reunión para la elección de un Superior central (OME, doc. 84(2), pág. 175).

tomaba excesivo empeño en este asunto, que Dios no le pedía tanto, que el Instituto de los Hermanos era suficiente para su celo y que parecía que la divina Providencia lo había preparado exclusivamente para esto.

El Padre Champagnat le respondió:

-Querido amigo, sólo Dios sabe lo que quiero a los Hermanos, y él es testigo de que estoy dispuesto a derramar mi sangre y dar mi vida por ellos. Sin embargo, la obra de los Padres me parece tan superior<sup>520</sup> a la de los Hermanos, y me he entregado de tal modo a ella que daría cuanto tengo -trabajos, fuerzas, la vida misma-, si fuera necesario, para consolidarla. Desconozco aún los designios de Dios sobre la Sociedad de los Padres. Sin embargo, estoy tan profundamente convencido de que la divina bondad la desea, que por mas dificultades que se presenten y suceda lo que suceda estoy resuelto a trabajar con todas mis fuerzas y hasta mi ultimo suspiro hasta verla triunfar.

-¿Sabe, Padre -replicó el Hermano-, que si los Hermanos conocieran su predilección por los Padres iban a sentirse celosos?

-Pues no tendrían razón para estarlo -contestó el Padre-. Los auténticos Hermanos, cuantos aman de veras a Jesús y María, en una palabra, los que poseen el espíritu de su estado, estarán de acuerdo con conmigo y compartirán mis sentimientos. Además, Dios quiere a los Padres y a los Hermanos, ha de bendecir a unos y otros, y los bendecirá tanto más cuanto más se quieran, más unidos se sientan y más dispuestos estén a servirse mutuamente. Por mi parte, pertenezco totalmente a unos y a otros. Desde que Dios me ha otorgado la gracia de entregarme a la Sociedad de María, tengo un solo deseo: verla constituida y desarrollada en todas sus ramas. En el pasado todos mis esfuerzos estuvieron encaminados a conseguir el éxito pleno de esta obra, y, si Dios quiere, en ello seguiré empeñado hasta la muerte.

La elección de un superior y la creación de un centro de unión, como entonces se decía -dado que tal superior no podía considerarse estrictamente hablando como superior canónico, ya que los Padres, tanto los de Belley como los de Lyon, seguían bajo la dependencia del Ordinario-, era un punto trascendental para el éxito de la obra, que desde entonces hizo rápidos progresos. Aunque el Padre Colin sólo ejercía autoridad de dirección y consejo sobre los miembros de la asociación, no por eso fue menor ni menos importante su influjo. Desde entonces, el porvenir de la Sociedad fue esperanzador; su perfecta organización fue sólo cuestión de tiempo cuya duración era fácil de calcular.

Los Padres de la diócesis de Belley se ocupaban unos en la enseñanza en el seminario menor de esa ciudad y otros en dar misiones en la zona rural. los que se hallaban en el Hermitage también se ocupaban de la predicación en las parroquias de los alrededores e incluso en misiones, pues no tenían ocupación suficiente con la dirección de los Hermanos.

Como el tipo de vida de los Hermanos y su Regla no convenía a los sacerdotes, cuyo fin y ministerio eran diversos, el Padre Champagnat entendió que había que separarlos y constituirlos en comunidad aparte. Con este fin ofreció la casa y propiedad de La Grange-Payre<sup>521</sup>, cerca de

<sup>520</sup>Es una reconstrucción de la conversación.

<sup>521</sup>El Hermano Juan Bautista simplifica el desarrollo de los acontecimientos:

Los Padres van a Valbenoîte a fines de 1831 (Carta del 7 de noviembre de 1831, en OME, doc. 100(1), pág. 211). El 15 de mayo de 1833, la señorita Fournas lega al señor Champagnat su propiedad de La Grange-Payre por testamento (OM 1, doc. 321, pág. 720). El 8 de septiembre de 1824, el P. Champagnat, viendo que la situación de los Padres en Valbenoîte era poco conforme con su estado, propone al señor Cholleton ofrecerles la propiedad de La Grange-Payre (LPC 1, documento 45, págs. 120-124). El 13 de octubre de

Saint-Chamond. El proyecto ya había sido aprobado por el señor arzobispo y por el Padre Colin, y estaba a punto de llevarse a efecto, cuando una oferta del señor Rouchon, párroco de Valbenoîte<sup>522</sup>, se lo hizo abandonar. Este venerable sacerdote, que había adquirido el antiguo convento de benedictinos con la huerta y dependencias anejas, lo ofreció a la Sociedad, si los Padres querían habitarlo y ayudarle en el servicio de la parroquia. El señor arzobispo trasladó a los coadjutores, y los Padres se instalaron en la casa y se convirtieron en auxiliares del párroco<sup>523</sup>. El Padre Séon fue nombrado Superior de la comunidad de Valbenoîte. Los Padres Bourdin y Chanut se trasladaron a Belley para enseñar literatura, y fueron sustituidos en el Hermitage por los Padres Servant y Forest, y éstos, a su vez, por los Padres Matricon y Besson, que prestaron inestimables servicios a los Hermanos<sup>524</sup>.

El reverendo Padre Colin, por su parte, se afanaba en conseguir la aprobación de la Sociedad por la Santa Sede. Provisto de cartas<sup>525</sup> de recomendación del arzobispo de Lyon y de los señores obispos de Belley y Grenoble, viajó a Roma en 1833 para solicitar este favor<sup>526</sup>. El objetivo, el historial y las constituciones fundamentales del Instituto fueron presentadas a la Congregación de Obispos y Regulares, la cual, después de largo y maduro examen<sup>527</sup>, lo aprobó todo. Pocos días más tarde<sup>528</sup>, es decir, el 11 de marzo de 1836, nuestro santísimo Padre el papa, Gregorio XVI, concedió el breve de aprobación de la Sociedad de los Sacerdotes Maristas, y les confió las misiones de Polinesia.

Fue indescriptible la alegría, el gozo y la dicha que sintió el Padre Champagnat al recibir la noticia. Mandó dar humildes acciones de gracias a Dios por este insigne favor y escribió al reverendo Padre Colin para pedirle que le permitiera emitir los votos religiosos.

El Padre Colin le contestó<sup>529</sup>: “Ya sabe que el breve de aprobación de la Sociedad nos autoriza a elegir un Superior General. Hasta el momento, no me considero como tal y deseo obrar en consecuencia. Quiero seguir siendo el centro de unión, pero me cuidaré mucho de recibir votos. Eso no quita para que sus disposiciones me edifiquen sobremanera; ojalá todos los demás miembros pensarán y obrarán como usted. Confío en que con el tiempo Dios les concederá esa gracia.”

Como se ve, la modestia del reverendo Padre Colin no le permitía considerarse superior<sup>530</sup>, aunque todos sus hermanos reconocían su autoridad por su condición de fundador y por la libre elección que habían hecho de su persona. Por lo demás, había llegado el momento de normalizar esta situación. Conforme al breve que les permitía la elección canónica de un Superior General, los Padres se reunieron en Belley para proceder a esa elección<sup>531</sup>. Tuvo lugar al final de un retiro. La mayoría de los votos recayeron en el Padre Colin, que no tuvo más

---

1835, el señor Rouchon, párroco de Valbenoîte, constituye una Sociedad Universal con los Padres Maristas (OME, doc. 136, págs. 286-292).

<sup>522</sup>Respecto a la presencia de los Padres en Valbenoîte (OME, doc. 107 (1), página 225 y doc. 160 (23 y 24), págs. 387-388). El señor Rouchon (LPC 2, págs. 455-458); Valbenoîte (LPC 2, págs. 634-637).

<sup>523</sup>Carta del 13 de noviembre de 1832, OME, doc. 107, pág. 225.

<sup>524</sup>Padre Matricon, LPC 2, pág. 375. Padre Besson, LPC 2, pág. 91.

<sup>525</sup>Carta del 23 de junio de 1833, OME, doc. 116, pág. 239.

<sup>526</sup>En realidad, según escribe al P. Champagnat el 27 de febrero de 1834: “...el motivo de (mi) viaje era únicamente para consultar sobre nuestra solicitud” (OME, doc. 127, pág. 267).

<sup>527</sup>Este examen duró más de dos años: Carta del 4 de septiembre de 1834, OME, doc. 129 (4), pág. 271. Carta del 13 de noviembre de 1835, OME, doc. 139 (4 y 5), págs. 301-302. Carta del 29 de diciembre de 1835, OME, doc. 140(3), pág. 305. Carta del 28 de enero de 1836, OME, doc. 142, pág. 310 y doc. 143, pág. 312 y doc. 144, pág. 315.

<sup>528</sup>Carta del 11 de abril de 1836, OME, doc. 145 (1), pág. 317.

<sup>529</sup>Carta del 24 de junio de 1836 OME, doc. 147 (1), pág. 328. Fragmento reproducido con ligeros retoques de estilo.

<sup>530</sup>Carta del 19 de enero de 1836, OME, doc. 141(2), pág. 308 en la cual el Padre Colin propone al señor Cholleton como Superior de la sociedad.

<sup>531</sup>OM 1, doc. 402(17) y 403(19).



remedio que aceptar y reconocer en la decisión de sus hermanos la voluntad de Dios. El Padre Champagnat fue elegido asistente<sup>532</sup>. Incluso hubo algunos Padres que habían pensado nombrarlo Superior General; pero comprendieron que el gobierno de los Hermanos le tenía demasiado ocupado como para poder hacerse cargo al mismo tiempo de la rama de los Padres, sobre todo al principio, cuando todo estaba por hacer en la organización de ambos sectores de la obra.

En aquel mismo retiro, los principales Padres se vincularon al Instituto con los votos religiosos. El Padre Champagnat, que había sido uno de los primeros en solicitarlo, destacó entre todos por el fervor y la satisfacción con que los pronunció<sup>533</sup>.

De este modo, con la autorización de la Santa Sede, la elección de un superior y la emisión de votos de los primeros miembros quedó definitivamente constituida la Sociedad. Antes de dispersarse, los Padres resolvieron lo relativo a la misión de Polinesia<sup>534</sup>, y determinaron que la casa principal del Instituto estuviera en Lyon<sup>535</sup>.

Cuando todo hubo acabado, el Padre Champagnat regresó al Hermitage para preparar el retiro de los Hermanos. En tales ocasiones siempre se encargaba él de dar las charlas sobre la Regla y las obligaciones de los Hermanos. Aunque es cierto que sus instrucciones siempre habían sido interesantes, este año fueron aún más conmovedoras, enjundiosas y patéticas que de costumbre. Las conferencias sobre la felicidad de la vida religiosa, los votos y el celo por la instrucción cristiana de los niños fueron maravillosas, y la impresión que dejaron en los Hermanos fue tan profunda que nunca se ha borrado.

Como hemos dicho, Roma, al aprobar la Sociedad, le había encomendado la misión de Polinesia. El Padre Pompallier, nombrado jefe de dicha misión y consagrado obispo<sup>536</sup> al mismo tiempo, proyectó su partida para finales de 1836. Le asignaron como ayudantes<sup>537</sup> a cuatro Padres y tres Hermanos, que compartirían con él trabajos y sacrificios. El Padre Champagnat, que había dedicado toda su vida a la salvación de las almas, sintió santa envidia de tan hermosa vocación. Pidió al reverendo Padre Colin la gracia de formar parte de la expedición que embarcaba rumbo a Oceanía, para consagrar sus últimos días y las pocas fuerzas que le quedaban a la instrucción y santificación de los infieles. El reverendo Padre Colin, edificado en extremo de tanto celo y abnegación, le respondió<sup>538</sup>:

“Usted está haciendo más bien en Francia que el que podría hacer en Oceanía. Su misión no es ir personalmente a evangelizar aquellos pueblos, sino prepararles apóstoles llenos de celo y espíritu de sacrificio.”

<sup>532</sup>El 24 de septiembre de 1836 tan sólo se eligió un asistente (OM 1, doc. 402 (21)). En la primera votación resultó elegido el P. Colin; pero, a petición de su hermano, se procedió a una segunda ronda (OM 2, doc. 684(3 y 4)), en la que salió el nombre del Padre Terrailon (OM 1, doc. 416(4) y APM, reg. 1, pág. 8). El P. Champagnat fue nombrado asistente al mismo tiempo que los PP. Maîtrepierre y Pedro Colin, en el retiro de 1839 (APM, reg. 1, pág. 12 y OM 2, doc. 757, página 807, nota 1).

<sup>533</sup>El 24 de septiembre de 1836 (OME, doc. 151, pág. 338).

<sup>534</sup>El Hermano Juan Bautista se equivoca. Las disposiciones relativas a la misión de Polinesia fueron concretadas mucho antes de la reunión de septiembre, y el proceso verbal de esta última (OM 1, doc. 403) ni las menciona.

<sup>535</sup>Acerca de esta decisión trascendental, véase los documentos señalados en OM 4, pág. 594, sección 366.03.

<sup>536</sup>Véase OM 1, doc. 378 (2); 383 y 390.

<sup>537</sup>El 24 de diciembre de 1836 acompañaron a Mons. Pompallier los padres Servant, Bataillon, Bret y Chanel; y los hermanos Marie-Nizier, Miguel y José Javier (*Chronologie* de 1976, pág. 71).

<sup>538</sup>No conservamos ninguna carta de este tipo. Debe tratarse de una respuesta oral (OM 2, pág. 808, nota).

Por obediencia no quiso insistir el buen Padre, y su humildad llegó incluso a hacerle creer que era indigno de ese favor; pero, aunque resignado, no pudo dejar de traslucir el deseo que llevaba en su interior.

Algo más tarde, conversando, con el señor Douillet, rector del seminario menor de La Côte-Saint-André, al recaer la conversación en las misiones de Oceanía, exclamó: “¡Ay, si tuviera menos edad y más fuerzas, con qué gusto iría a recoger aquella mies! Pero como estoy achacoso, no piensan en mí porque ya no sirvo para nada.”

Al referir esta anécdota, dice el señor Douillet: “Me convencí de que le consumía el deseo de trabajar por la salvación de las almas y alcanzar la palma del martirio.!”

Si no consiguió dedicar sus últimos días a la salvación de los pueblos de Oceanía, se resarcía preparando excelentes Hermanos catequistas para dicha misión. Durante el poco tiempo que vivió aún, envió unos doce<sup>539</sup>. Y, además, no perdió ocasión de rogar por el éxito de aquella obra e infundir en los Hermanos las virtudes necesarias a un buen catequista.

“Queridos Hermanos -les decía en una conferencia sobre este tema-, tenemos que dar incesantes gracias a Dios por habernos elegido para llevar la luz del Evangelio a aquellos paganos; esta gracia va a constituir una fuente de bendiciones para el Instituto. Si somos fieles a los designios de Dios sobre nosotros, nos concederá al mismo tiempo lo que necesitamos para cumplir esta ardua tarea, es decir, celo, espíritu de sacrificio, virtud y santidad, que son los únicos medios eficaces para lograr la salvación de los hombres. Sí; no creo equivocarme al afirmar -y sólo pensar en ello es para mí motivo de inmensa alegría y consuelo- que aun día llegaremos a tener mártires en el Instituto: Padres y Hermanos que van a ser inmolados por aquellos mismos pueblos a los que van a instruir, que darán su vida por Cristo<sup>540</sup>. ¡Ah, qué dicha morir por una causa tan santa y hermosa! Pero, insisto, tenemos que ser fieles a Dios para merecer esta gracia. Seamos conscientes de que la Providencia, al encomendar al Instituto la misión de Oceanía, nos ha hecho responsables de la salvación de todos esos paganos que duermen en sombras de muerte<sup>541</sup>. Y no penséis que eso es sólo incumbencia de quienes han tenido la suerte de ser designados a ir a aquellas lejanas islas; es misión de todos los miembros del Instituto. Si no nos ha sido concedido consagrarles nuestros desvelos, fuerzas y salud, no por ello estamos menos obligados a colaborar con nuestra oración, buen ejemplo y toda clase de virtudes. Considérese, pues, cada cual responsable de la salvación de aquellos pueblos, y pídasela continuamente a Dios en sus oraciones. Si somos buenos religiosos, si cumplimos puntualmente nuestra Regla, si ponemos empeño en adquirir las virtudes de nuestro santo estado, si nos mantenemos muy unidos a Nuestro Señor, si le decimos a menudo, pero con gran fervor y confianza: santificado sea tu Nombre<sup>542</sup>, nos concederá la salvación de muchos paganos.

<sup>539</sup>En realidad, 9 Hermanos salieron en vida del Padre Champagnat: el 24 de diciembre de 1836: HH. Miguel Colomban, Marie-Nizier Delorme, José Javier Luzu; el 9 de septiembre de 1838: HH. María Agustín Drevet, Florentino Francon, Elías Régis Marin; el 15 de junio de 1839: HH. Atalo Grimaud; el 12 de febrero de 1840: HH. Claudio María Bertrand, Ammon Duperron (CSG I, pág. 468).

<sup>540</sup>La predicción no tardó en realizarse. El Padre Chanel fue martirizado en 1841 y declarado santo en 1954. Otros Padres y Hermanos vertieron también su sangre por la fe: “Queridísimos Hermanos -escribe el Hermano Francisco el 1.º de agosto de 1848-, al comunicaros la necrología de los Hermanos fallecidos este año... tengo la satisfacción de resaltar que entre ellos tenemos un mártir: el Hermano Jacinto. Había ido en 1845 con Mons. Épalle y fue inmolado el años pasado por los salvajes de la isla de San Cristóbal con dos Padres de la Sociedad. Podéis ver detalles de su martirio en los Anales de la Propagación de la Fe y lo sublime y envidiable de su muerte” (CSG I, pág. 137 )

<sup>541</sup> Lc 1, 79.

<sup>542</sup> Mt 6, 9; Lc 11, 2.

Es posible que el día del juicio encontremos algunos de los Hermanos más piadosos y virtuosos y que ahora nos parecen sólo buenos para sí, que contribuyeron más a la conversión<sup>543</sup> de los infieles y ganaron más almas para Dios que los mismos que han sido elegidos expresamente por Dios para esa misión. En resumen, termino diciendo:

1.º, que una de las principales intenciones que hemos de tener en nuestros ejercicios de piedad es la conversión de los pecadores y la salvación de los pueblos que nos ha encomendado la Santa Sede;

2.º, que hemos de trabajar sin tregua para adquirir las virtudes propias de un buen catequista, y que pueden conseguirnos la gracia de ser elegidos para una vocación tan sublime.”

Tres de los misioneros que formaron parte de las primeras expediciones habían sido formados por el Padre Champagnat: eran los señores Pompallier<sup>544</sup>, Servant y Forest<sup>545</sup>. Al buen Padre le cupo el consuelo de ver cómo todos los compañeros, que con tanto esfuerzo logró reunir y conservar a lo largo de diez años, se consagraban a Dios y se vinculaban al Instituto con los votos religiosos. Estos sacerdotes, incluido él mismo, eran diez, a saber: los señores<sup>546</sup>: Séon, Bourdin, Pompallier, Chanut, Servant, Forest, Matricon, Besson y Terraillon. Este último, poco después de dejar el Hermitage, fue nombrado párroco de Nuestra Señora de Saint-Chamond<sup>547</sup>. El Padre Champagnat, buen conocedor de su talento y sus excepcionales virtudes, no escatimó esfuerzos para incorporarlo al Instituto.

Al llegar la autorización de Roma, le dijo: “Ahora ya no tiene la disculpa de dudar del futuro y del éxito de la obra. Dios la quiere, puesto que la Iglesia la aprueba.” Luego, entre bromas y veras, añadió: “Dios le ha dado vocación para esta obra; tiene que responder a esa llamada, si no quiere verse expuesto a algo desagradable. Si entra en la Sociedad y profesa en ella, respondo de su salvación; pero si es infiel a su primera llamada, ándese con cuidado.”

A su regreso de Belley, después de la profesión, le decía el señor Terraillon:

-Ya sabe que hice los votos; ahora no olvide que le corresponde a usted cumplir la promesa de responder de mi salvación.

-Responder de su salvación es harina de otro costal, replicó el Padre Champagnat: no basta con hacer los votos, lo esencial es observarlos. Se salvarán, pues, si los observa. Sólo con esa condición me responsabilizo de su salvación.

Unos instantes después, como el coche iba muy despacio, uno de los padres empezó a decir.

-¡Mal coche, malos caballos, mal cochero! ¡No vamos a llegar nunca!

El cochero, al oírlo, se volvió y dijo con gracia:

<sup>543</sup>Esta intención se halla explícitamente indicada en el extracto de I Regla de los Hermanos incluida por el Padre Colin en el Summarium de 1833 (Ant. Textus, I, pág. 81, n.º 100).

<sup>544</sup>Mons. Popallier había recibido una formación marista, pero al ser nombrado vicario apostólico antes del Capítulo de 1836, no tenía por qué emitir los votos en la Sociedad. Sin embargo, firmó una adhesión espiritual a la Sociedad de María (OM 1, doc. 404, pág. 930). Respecto al Padre Servant (OM 4, pág. 353).

<sup>545</sup> El señor Forest salió para las misiones en el año 1841 (OM 4, pág. 282).

<sup>546</sup> Véase el proceso verbal del retiro general de los Sacerdotes Maristas para la elección de Juan Claudio Colin, Superior General, y par la emisión de los primeros votos (OM 1, doc. 403, págs. 920-929).

<sup>547</sup> El 9 de abril de 1828.

-¡Y malos curas!

Ante semejante salida, todos los Padres se echaron a reír mirando al padre Terraillon, pues de todos, sólo él, en rigor, era cura (párroco).

-Eso de “malos” va sólo por usted, le dijo el Padre Champagnat, pues aquí no hay más curas que usted. Mientras siga al frente de su parroquia, no confíe demasiado en su salvación. Por eso le recomiendo que la deje cuanto antes.

Efectivamente, la dejó sin dificultad unos meses<sup>548</sup> después.

El Padre Terraillon, que siempre había sido sacerdote piadoso y pastor lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, fue, como religiosos, modelo de regularidad, humildad, sencillez y obediencia.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XX**

*Nuevas fundaciones. El Padre Champagnat reanuda los trámites para conseguir la autorización legal del Instituto. La salud del buen Padre se deteriora sensiblemente, por lo que decide que se elija un sucesor.*

Dios seguía bendiciendo de modo particular el noviciado de los Hermanos; las vocaciones eran cada vez más numerosas y cada año se hacían nuevas fundaciones<sup>549</sup>. De este modo se fundaron, en 1835, la Provincia Denuzière<sup>550</sup>, en Lyon; Saint-Didier-sur-Rochefort, en el Loira; Semur-en-Brionnais, en Saona y Loira; y Saint-Didier-Sur-Chalaronne, en el Ain. En 1837, Firminy y Perreux, en el Loira; Anse, en el Ródano, y Thoissey<sup>551</sup>, en el Ain.

Al aumentar notablemente los miembros del Instituto, el Padre Champagnat se vio obligado a ampliar la casa<sup>552</sup> para poder albergar adecuadamente a los Hermanos durante las vacaciones.

Como también la capilla se había quedado demasiado reducida, construyó otra más amplia y un pabellón más. Monseñor Pompallier bendijo esta capilla en el retiro de 1836<sup>553</sup>.

Como siempre, los trabajos se realizaron, en parte, con la colaboración de los Hermanos. El Padre Champagnat, aunque abrumado por las tareas administrativas, se hallaba al frente de los obreros e incluso trabajaba buena parte del día. Cuando estuvo terminada esta parte del edificio,

---

<sup>548</sup>Presentó su dimisión el 20 de noviembre de 1839 (OM 4, pág. 356).

<sup>549</sup>Respecto a estas casas, véase RLF, págs. 131-134.

<sup>550</sup>Léase: Denuzière, orfanato, LPC 2, págs. 588-589

<sup>551</sup>Thoissey, LPC 2, págs. 632-633.

<sup>552</sup>Completa el cuadrilátero del Hermitage, tal como se encuentra en la actualidad.

<sup>553</sup>Descripción de la capilla por el Hermano Francisco (AA, págs. 185-188).

el conjunto del convento formó un rectángulo perfecto. Presintiendo próximo su fin, exclamó: “Es mi última construcción.” No se equivocaba.

Como desde hacía algún tiempo el gobierno se mostraba menos hostil a las escuelas religiosas y, por otra parte, se hacía sentir, cada vez más, la necesidad del reconocimiento legal, el Padre Champagnat se decidió a reanudar las gestiones que había llevado a cabo en 1829 y 1831, para conseguir ese objetivo<sup>554</sup>. Con esta finalidad, emprendió viaje a París en el mes de agosto<sup>555</sup> de 1836. Tenía la impresión de que el señor Sauzet<sup>556</sup>, diputado por Lyon, que era ministro de Instrucción Pública, atendería favorablemente a su solicitud. Pero cuando llegó a la capital, había nuevo ministro y tuvo que regresar al Hermitage sin presentar siquiera la instancia.

En 1838, provisto de cartas de recomendación del arzobispo de Lyon, y de los obispos de Belley y de Grenoble, volvió a París para conseguir el objetivo propuesto<sup>557</sup>. Por entonces era ministro de Instrucción Pública el señor de Salvandy<sup>558</sup>.

En principio pareció acoger benévolamente la petición del Padre Champagnat, y mientras por una parte le decía que los trámites serían bastante largos<sup>559</sup>, por otra le daba a entender que el éxito estaba asegurado<sup>560</sup>. Al expresarse de esta manera, el señor de Salvandy no se mostraba tan sincero como el señor Guizot<sup>561</sup>. Éste, en 1834, había dicho sin tapujos al Padre Champagnat: “En estas circunstancias, es inútil que haga instancias para conseguir la autorización; es imposible concedérsela.”

El señor de Salvandy nunca tuvo voluntad de apoyar la solicitud del Padre Champagnat, como se supo más tarde. Pero, en vez de decirlo con franqueza, prefirió agotar la paciencia del piadoso Fundador, ponerle mil trabas, enredarlo en un laberinto de formalismos arbitrario imposibles de cumplimentar, e imponerle condiciones inaceptables, que habrían supuesto la ruina de la congregación<sup>562</sup>.

La primera medida que tomó para no dar curso a la solicitud, fue dejarla dormir entre los expedientes ministeriales, sin ocuparse lo más mínimo de ella. El Padre se dio cuenta en seguida y escribía el 23 de enero<sup>563</sup>: “Parece que las cosas van a ir despacio. No importa; estamos dispuestos a no ceder en nuestro empeño hasta obtener lo que deseamos. El ministro nos dijo que nuestra solicitud sería presentada al Consejo de Estado y que allí estaría por espacio de tres semanas. Aunque se necesiten tres meses, estamos dispuestos a llegar hasta el final. Me ocupo del asunto de<sup>564</sup> la mañana a la noche. ¡Cuántos trámites<sup>565</sup>, cuántas caminatas, cuántas visitas! No os podéis dar idea. Hace mes y medio que llegué y no he hecho otra cosa que ir venir de acá para allá.

<sup>554</sup>Sólo a partir de 1834 se ocupa del asunto, hasta entonces llevado más bien por el arzobispo (OME, doc. 33, pág. 101).

<sup>555</sup>El 24 o 25 de agosto de 1836, salida del P. Champagnat con Mons. Pompallier y el Padre Chanut hacia París. El 4 de septiembre, el P. Champagnat entrega al señor Germán Delebecque, jefe de sección en el Ministerio de Instrucción Pública, los documentos relativos a la solicitud de autorización legal (cfr. RLF, pág. 153).

<sup>556</sup>El señor Sauzet no era por entonces ministro de Instrucción Pública, sino de Justicia y Cultos (del 22 de febrero al 6 de septiembre de 1836). Él fue quien presentó los documentos al ministro (cfr. RLF, págs. 141, 144 y 153).

<sup>557</sup>El 15 de enero de 1838, acompañado por el Hermano Marie-Jubin (LPC 1, doc. 169, pág. 334).

<sup>558</sup>LPC 2, págs. 462-466.

<sup>559</sup>Respecto a esta época, véase LPC 1, págs. 333-340. Las cartas al Hermano Francisco y el diario del P. Champagnat, en las páginas 335, 338, 349,354,361 y 369.

<sup>560</sup>Respecto a la intervención del señor de Salvandy, véase RLF págs. 147-148 y 163 y ss.

<sup>561</sup>LPC 2, págs. 269-272.

<sup>562</sup>LPC 1, doc. 195, llamada 3, pág. 395.

<sup>563</sup>AFM, 111.31.

<sup>564</sup>LPC 1, doc. 174, pág. 351.

<sup>565</sup>Véase el diario llevado por el P. Chanut y el P. Champagnat, RLF, pág. 138 y ss

Llevo dos días, gastando en coches, para conseguir audiencia con el ministro sin conseguirlo. Unas veces se halla en Consejo, otras, ausente. ¡Dios mío, qué jaleo, cuántos gastos! Como supondréis, el coche hay que pagarlo hasta el último minuto!”

Cuando el ministro no encontró disculpa razonable para no recibir al Padre Champagnat, le concedió audiencia y, para justificarse de la lentitud que había dado al asunto, adujo el pretexto de que faltaban algunos papeles.

Cuando al cabo de unos días llegaron esos papeles, ya no se trataba de presentar la instancia al Consejo de Estado, sino al de Instrucción Pública<sup>566</sup>. Con toda seguridad, el ministro no quiso siquiera mencionar antes dicho Consejo para no dar oportunidad al buen Padre de entrevistarse con sus miembros y predisponerlos en su favor, como había hecho con los del consejo de Estado. Por eso se quedó extrañadísimo cuando oyó hablar del Consejo de Instrucción Pública o de la Universidad.

“Acabo de llegar del Ministerio, escribía, donde me dijeron que el viernes, 2 de marzo, mi solicitud pasará al Consejo de la Universidad. En estos momentos estoy averiguando qué Consejo es ése del que nunca he oído hablar. Me han repetido que mi asunto estará resuelto dentro de tres semanas. Les contesté: ¡Ojalá lo esté dentro de un mes!”<sup>567</sup>

Al cabo de un mes, el asunto seguía estancado, por lo que el piadoso Fundador escribía: “No puedo deciros cómo están las cosas. la única dificultad sería la insoportable espera en las oficinas.” Y añadía unos días después: “Nuestro asunto se halla todavía en el mismo punto y ya no sé cómo arreglármelas para hacerlo avanzar más de prisa. Pese a las trabas y a las continuas caminatas, mi salud resiste. Por otra parte, me encuentro bien, lo único que me preocupa y que es suficiente para estropearlo todo, es la lentitud desesperante con que van las cosas. ¿Qué vamos a hacer con los que van a entrar en quintas?<sup>568</sup> ¡Dios sea en todo bendito!”

Con razón le preocupaba el servicio militar, pues ese año había cuatro Hermanos afectados por la ley de incorporación a filas. No los había mandado a Saint-Paul-Trois-Châteaux<sup>569</sup> para eximirlos, porque daba por descontada la autorización. Pero como ésta no acababa de llegar, los cuatro Hermanos corrían el riesgo de verse obligados a dejar su estado para hacer el servicio militar si les tocaba en el sorteo.

Finalmente, después de muchas demoras y aplazamientos, la solicitud llegó al Consejo de la Universidad. El buen Padre había hecho tantas visitas y comprometido a tantas personas para que influyesen ante los miembros del Consejo en su favor, que el parecer de la mayoría fue favorable a la instancia de autorización. El dictamen era el punto clave, de modo que en cuanto se supo que el Consejo Real de Instrucción Pública lo había aprobado, se creyó definitivamente resuelto el asunto. Los funcionarios del Ministerio, los diputados y muchas otras personalidades aseguraron al Padre Champagnat que su solicitud ya no se encontraría dificultades y que, de un momento a otro, el ministro presentaría al rey el decreto de reconocimiento.

<sup>566</sup>LPC 1, doc. 170 (22), pág. 336.

<sup>567</sup>LPC 1, doc. 174, pág. 352

<sup>568</sup>LPC 1, doc. 179, pág. 364.

<sup>569</sup>LPC 1, doc. 172, pág. 345

El señor Lachèze<sup>570</sup>, diputado por el Loira, que con algunos sus colegas había puesto gran empeño en conseguir del gobierno la autorización legal de los Hermanos, decía después del dictamen favorable del Consejo de la Universidad: “Apostaría diez contra uno a que esto saldrá adelante.”<sup>571</sup>

Efectivamente, la autorización sólo dependía del ministro, que, con un poco de buena voluntad, la hubiera podido otorgar; pero nunca la tuvo, como luego se supo.

En 1849, siendo ministro el señor. Falloux, se reanudaron los trámites y se presentó nuevamente la instancia al Consejo de la Universidad. Pues bien, su dictamen fue contrario al emitido en 1838, lo que hizo exclamar a uno de los jefes del Ministerio: “En 1838 no prosperó su petición porque el ministro no quiso; esta vez el ministro les es favorable, pero el Consejo no. Así que no conseguirán nada.”<sup>572</sup>

Pese a las esperanzas que por doquier le hacían concebir, el Padre Champagnat no las tenía todas consigo. “Aunque me digan, escribía, que el decreto no va a encontrar ya dificultad alguna, que puedo marcharme, ya que la autorización llegará al día siguiente, no me fío del todo. Más que nunca sigo diciendo: *Nisi Dominus aedificave-rit domum*<sup>573</sup>. Estoy totalmente convencido de que sucederá lo que Dios quiera. Si este reconocimiento va a ser contrario a la salvación de las almas, que lo aleje de nosotros. Sin embargo, no escatimo ningún trámite para llevar a buen término este asunto, porque sé que en esas circunstancias la divina Providencia quiere que nos sirvamos de los hombres. Oremos, oremos, insisto; necesitamos oraciones para que en todo busquemos y hagamos sólo la voluntad<sup>574</sup> de Dios.”

El señor de Salvandy, contrariado al ver que la autorización de los Hermanos no encontraba ya en París mayores dificultades, trató de buscárselas en provincias. Dijo al Padre Champagnat que antes de redactar el decreto, quería saber la opinión de los prefectos de los departamentos de Ródano<sup>575</sup> y de Loira. Al oír esto, el Padre, sin desalentarse, salió de París y se vino a solicitar el parecer de ambos magistrados. Al cabo de dos meses llegaban ambos documentos al Ministerio y, gracias a las diligencias del Padre Champagnat y a lo mucho que se había movido, los informes eran favorables. Pero no por eso el asunto avanzó más rápidamente.

Vencido en este terreno, el ministro inventó otra dificultad peregrina. Fingiendo hipócritamente interés y benevolencia para con Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, pretextó que los Hermanitos de María podrían lesionar los derechos de aquéllos, sobre todo si se les permitía establecerse en las ciudades. Por eso no accedería a dicha autorización, a no ser que aceptasen fundar escuelas únicamente en municipios que no excediesen las mil ochocientas almas<sup>576</sup>; y que, en todo caso, para cerciorarse de que el nuevo Instituto no iba a perjudicar a los Hermanos del señor de La Salle, quería saber el parecer del Superior General de dicha congregación.

<sup>570</sup>OM 1, págs. 79 y 81. Allí figura el nombre de “Lachièze”.

<sup>571</sup>LPC 1, doc. 183, pág. 373.

<sup>572</sup>Habrá que matizar esa opinión sobre Salvandy. Véase RLF, págs. 179-180 y LPC 2, págs. 464-465

<sup>573</sup>Sal 126, 1.

<sup>574</sup>LPC 1, doc. 183, pág. 373.

<sup>575</sup>Primero lo hace por escrito (RLF, págs. 170 y 173).

<sup>576</sup>Corresponde esa sugerencia al prefecto de Ródano (1200 habitantes), pues la mayoría de los maestros rehusaban ir a los municipios pequeños (RLF, página 173).

Reducir el Instituto a un círculo tan estrecho, limitarlo a pequeñas poblaciones, que normalmente carecen de recursos, era no sólo ir en contra de su fin, sino también, bajo el pretexto de asegurar su existencia, arruinarlo y asfixiarlo.

El Padre Champagnat no tuvo dificultad en comprenderlo así. Por eso manifestó claramente al señor ministro que a ese precio no aceptaría nunca la autorización<sup>577</sup>. “Es verdad, añadió, que nuestro Instituto trata de proporcionar educación primaria a los niños de pequeños municipios y que la mayor parte de nuestras escuelas se establecerán en ese tipo de poblaciones; sin embargo, para centralizar nuestras fundaciones, para conseguir recursos, hemos de poder fundar en Ayuntamientos más importantes. Por lo que se refiere a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, creo que la razón carece de todo fundamento, ya que no alcanzan a ocupar ni una décima parte de los municipios del reino, y sólo pueden fundar escuelas gratuitas.”

A pesar de estas aclaraciones, tan sensatas como reales, el ministro<sup>578</sup> insistió en conocer el parecer del Superior de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El Padre Champagnat solicitó personalmente ese informe y, contra lo que esperaba, fue más bien en la línea del ministro<sup>579</sup>.

Pero el señor de Salvandy, que sabía perfectamente que ambas congregaciones, lejos de estorbarse, no daban abasto para proporcionar maestros religiosos a las numerosas poblaciones<sup>580</sup> que lo solicitaban, había inventado una dificultad de otro género. Sabiendo, con razón, que el piadoso Fundador estimaba los estatutos de su congregación y no iba a renunciar a ellos, le dijo:

-Si aceptara los estatutos de una Sociedad ya aprobada, creo que sería mucho más fácil concederle la autorización.

-Nuestros estatutos -replicó el Padre Champagnat- no tienen por qué ser un obstáculo al reconocimiento, ya que están aprobados por el Consejo Real de Instrucción Pública.

El ministro, que ignoraba esto, no supo qué responder y, al verse acorralado, salió con que no se podía continuar sin haber consultado antes a los Consejos Generales de los departamentos de Loira y Ródano. Era como decir que no quería conceder nada, pues los miembros de dichos Consejos estaban sometidos a su influencia y tenían que opinar según sus deseos. Sin embargo, la opinión del Consejo general de Loira fue partidario de la autorización, mientras que el del Ródano fue contrario<sup>581</sup>. Era suficiente para echar a pique la solicitud.

Así pues, el Padre Champagnat decidió marcharse de París, con gran pesar suyo, sin haber resuelto nada. Antes de salir, escribía<sup>582</sup>: “Naturalmente querréis conocer cómo están nuestros trámites. ¡Ay! Nada sé, o mejor, sé demasiado, quiero decir que lo que sospechaba se ha convertido ahora en certeza total: no quieren concedernos nada. Estoy muy afligido, pero no desalentado. Sigo teniendo confianza ilimitada en Jesús y María, seguro de que tarde o

<sup>577</sup>Efectivamente, la mayor parte de las escuelas del Instituto se hallaban en municipios con más de 1800 habitantes.

<sup>578</sup>El ministro Salvandy mandó preparar un proyecto par municipios de 1000 habitantes (RLF, pág. 213).

<sup>579</sup>El Hermano Anacleto, Superior General de los H.E.C., termina su carta al Padre Champagnat con estas palabras: “Hago sinceros votos por el éxito de su obra tan útil a los pequeños municipios” (AA, pág. 252 y RLF, pág. 181).

El Padre Champagnat pensaba sobre todo en los “municipios rurales pobres y mal atendidos”. Las dos primeras escuelas, la de Lavalla y Marlhes, se hallaban en localidades que superaban los 2000 habitantes.

<sup>580</sup>En su carta a Mons. Pompallier, de 17 de mayo de 1838, el P. Champagnat habla de 38 o 39 escuelas y de 70 solicitudes de fundación (LPC 1, doc. 194, página 392).

<sup>581</sup>El prefecto del Ródano no tenía demasiados motivos para reconocer la utilidad pública de un Instituto que por entonces sólo dirigía cuatro escuelas en su departamento.

<sup>582</sup>LPC 1, doc. 197, pág. 400, líneas 18-28: con ligeros retoques del Hermano Juan Bautista.



temprano conseguiremos el reconocimiento; sólo desconozco el momento. Por lo demás, lo realmente importante es hacer lo que Dios quiere, es decir, lo que podamos, y luego quedarnos tranquilos y dejar actuar a la Providencia. Dios conoce mejor que nosotros lo que nos conviene y nos es provechoso. Estoy convencido de que una pequeña demora no nos va a perjudicar.”

En el lecho de muerte decía a los Hermanos que lo rodeaban: “Dios no ha querido otorgarme el consuelo de ver reconocido el Instituto, porque no era digno de esa gracia; pero tened seguridad de que la tendréis cuando os sea absolutamente necesaria.”

No podemos por menos de considerar sus palabras como profecía, pues todo sucedió puntualmente como había dicho.

La negativa a la autorización, lejos de haber perjudicado al Instituto, fue, por el contrario, un auténtico beneficio. Si hubiera sido concedida entonces, no habría sido completa y absoluta, como veremos que lo fue más tarde. Y respecto al tiempo en que se alcanzó, fue en el momento preciso en que el Instituto no podía prescindir de ella a consecuencia de la ley de enseñanza de 1850<sup>583</sup>.

Para concluir este asunto, sólo nos queda añadir unas palabras sobre el género de vida que el Padre Champagnat llevó en París. Durante su estancia en la capital<sup>584</sup>, se alojó en el seminario de Misiones Extranjeras, donde se encontró muy a gusto, según su propia expresión, por la regularidad y el buen espíritu que reinaban en esta santa casa. “Me siento en extremo edificado - escribía a un Hermano- por los ejemplos que veo y por la abnegación generosa de los que se preparan para las misiones extranjeras. ¡Qué amable caridad reina entre ellos! Están alegres, pero sin ligereza ni disipación. Sólo les preocupa lo que retrasa su partida, pero no se desalientan.”<sup>585</sup>

Si es verdad que el buen Padre se hallaba edificado por la piedad y los ejemplos que recibía de los piadosos sacerdotes con los que vivía, no lo estaban menos éstos de la conducta ejemplar de aquél. En efecto, fue para los clérigos de la casa modelo de regularidad, piedad, humildad, modestia, caridad y mortificación.

Seguía fielmente el reglamento del seminario, en cuanto se lo permitían las salidas que tenía que hacer. Se levantaba siempre con la comunidad, asistía a la meditación, lectura espiritual, rosario y demás ejercicios piadosos.

Al cabo de seis meses de estancia en París, los monumentos y curiosidades de la gran ciudad le eran tan desconocidos como el primer día. Decía en una carta: “A menudo vienen a invitarme a ver esta o aquella curiosidad de la capital. No puede aceptar, pues nada me satisface, en nada encuentro gusto si no es en lo que pueda contribuir al éxito de mi viaje; no pido más, aparte de que se cumpla la voluntad de Dios.”<sup>586</sup>

Sus visitas se limitaron a las realizadas a los ministros y demás personalidades que tenía que ver. No visitó nada más, excepto algunas iglesias adonde lo llevaba su piedad, como la de

<sup>583</sup>En efecto, esta ley (ley Falloux, de 15 de marzo de 1850), que pretendía ser favorable a la educación religiosa, resultó para las congregaciones no autorizadas mucho más nociva que la ley Guizot, sobre todo a la hora de formar comunidades bajo la dependencia de un superior religioso (CSG II, pág. 432).

<sup>584</sup>Se trata de dos estancias en París en el año 1838: de enero a fines de abril, y de mayo a finales de junio.

<sup>585</sup>Carta al hermano Antonio, de 24 de marzo de 1838 (LPC 1, doc. 183, pág. 373, líneas 39-44), con el texto ligeramente modificado.

<sup>586</sup>Carta al Hermano Francisco (LPC 1, doc. 182, pág. 370, líneas 15-18), con el texto modificado.

Nuestra Señora de las Victorias<sup>587</sup> y la de Nuestra Señora de la Buena Esperanza<sup>588</sup>, en la que había orado san Francisco de Sales.

Estaba totalmente absorto en procurar la gloria de Dios y el interés de su Instituto. Cuando disponía de tiempo libre, acudía a la escuela de sordomudos<sup>589</sup> para formarse en el método de enseñanza, y poder luego transmitírselo a los Hermanos. Cuando hablaba de su intención de ir a dicha escuela, decía: “Iré siempre que pueda, pues es fundamental que no pierda el tiempo en París, sino que lo emplee en beneficio de estos pobres niños desamparados por la naturaleza, que no por ello son menos queridos de Jesucristo ni ha dejado de derramar por ellos su sangre.”<sup>590</sup>

En el seminario de Misiones Extranjeras, el piadoso Fundador era considerado como un santo. El señor Dubois<sup>591</sup>, rector de aquella casa, hombre lleno de méritos y virtudes, decía más tarde a un hermano: “Vuestro Padre Champagnat es el hombre más virtuoso que conozco. ¡Cuántos pasos para conseguir el reconocimiento del Instituto! No lo ha conseguido, pero no por eso es menor su mérito. Nunca he visto humildad, mortificación y resignación a la voluntad de Dios como las tuyas. Tanto les fascinaba y edificaba su piedad que nuestros seminaristas se disputaban la dicha de poder ayudarlo a misa.”

Desde París, el Padre Champagnat se dirigió a Saint-Pol-en-Artois<sup>592</sup>, con el fin de tramitar con las autoridades de aquella ciudad la fundación de una escuela. Dicha fundación le había sido recomendada por el ministro de Instrucción Pública<sup>593</sup>, Precisamente cuando trataba de autorizar el Instituto reduciéndolo exclusivamente a los pueblos pequeños. El Padre Champagnat accedió a su petición<sup>594</sup> sin hacerse de rogar, para ponerlo en contradicción consigo mismo. Y accedió con tanto mayor gusto cuanto que con ello pretendía demostrarle que los Hermanos de María, lejos de perjudicar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sólo trataban de sustituirlos allí donde ellos no podían acudir. Efectivamente, las autoridades de Saint-Pol habían acudido primero a estos Hermanos, pero les habían respondido que era tan grande el número de solicitudes, que, al menos en diez años, no podrían complacerlos. Aquella escuela fue abierta

<sup>587</sup>El párroco señor Desgenettes que en 1836 tuvo la inspiración de consagrar su parroquia al Inmaculado Corazón de María, y fundar luego la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, de la que los hermanos Maristas son miembros desde el 28 de octubre de 1839.

<sup>588</sup>Cfr. LPC 1, doc. 196, línea 45, pág. 398. La oración de san Francisco de Sales relacionada con Nuestra Señora de la Buena Esperanza se rezó en el Hermitage durante más de un siglo en la visita al Santísimo Sacramento que precedía al almuerzo. El P. Champagnat la rezaba con un fervor que se hacía contagioso (MEM, pág. 97).

<sup>589</sup>El P. Champagnat había recibido una solicitud para que se encargara de los sordomudos de Saint-Étienne, pero la ciudad se decidió por los Hermanos de las Escuelas Cristianas (LPC 1, doc. 321, pág. 588). El Hermano Marie-Jubin lo acompañó a París en el viaje de enero de 1838, pág. 374). El P. Champagnat mantuvo correspondencia, además, con el barón de Gérando que en 1824 había publicado una obra sobre sordomudos (LPC 2, págs. 249-251).

<sup>590</sup>Carta al hermano Francisco (LPC 1, doc. 176, pág. 357 y doc. 196, pág. 398) y al Hermano Antonio (LPC 1, doc. 183, pág. 374).

<sup>591</sup>LPC 2, pág. 200.

<sup>592</sup>Se trataba de una subprefectura situada a 700 kilómetros del Hermitage. El P. Champagnat, a raíz de la solicitud del ministro (LPC 1, doc. 195, página 395), viajó al lugar (LPC 1, doc. 197, pág. 400). El Hermano Juan Bautista, primer director de esa fundación, consiguió un éxito brillante (cfr. el diario *L'Ami de la Religion*, n.º 103, pág. 377).

<sup>593</sup>Más exactamente por el señor Delebecque, jefe del gabinete de Salvandy, diputado por el Pas de Calais, de donde procedía (LPC, doc. 221, pág. 436, y LPC 2, págs. 169-170).

<sup>594</sup>Esta ciudad contaba con unos 3 800 habitantes (LPC 2, pág. 615).

unos meses más tarde<sup>595</sup>, como también la de Roches-de-Condrieu, en el Isère, y la de Yzieux<sup>596</sup>, en el Loira.

El padre Champagnat nunca se había repuesto totalmente de la enfermedad que había padecido en 1825.

Durante varios años sufrió un persistente dolor de costado que se intensificaba cuando se ocupaba en trabajos pesados o tenía que caminar largo rato. A todo esto se le añadió una debilidad de estómago que pronto degeneró en gastritis, perfectamente definida. Dicha gastritis seguramente fue consecuencia de las privaciones diarias y de los prolongados ayunos del buen Padre. Ya hemos indicado que en los muchos viajes, que se veía obligado a realizar, con frecuencia pasaba días enteros sin tomar casi nada. Por otra parte, su espíritu de penitencia y mortificación lo llevaban a elegir los alimentos más ordinarios y lo peor que hubiese en la mesa. Este régimen de vida agravó rápidamente su gastritis hasta hacerla crónica, por lo que se perdió toda esperanza de curación.

Anteriormente a su estancia en París, padecía frecuentes vómitos, y no toleraba determinados alimentos; es más, cualquier alimento le producía bascas y su estómago se hallaba siempre lleno de flemas blanquecinas que expulsaba por expectoración y vómitos casi permanentes.

Las fatigosas caminatas por París y los desengaños de todo tipo que allí tuvo que soportar, terminaron por minar su organismo y agotar las pocas fuerzas que le quedaban, de modo que a su regreso no era difícil adivinar que no llegaría muy lejos.

El Padre Colin, el primero en darse cuenta y preocuparse por la enfermedad del Fundador, pensó con razón que, para tranquilidad de los Hermanos, y en previsión de cualquier incidente, habría que pensar en sustituirlo eligiendo a un Hermano como sucesor.

En efecto, desde hacía tiempo, la profunda sabiduría, el juicio certero y la gran experiencia del Padre Colin le hacían intuir las dificultades insuperables de someter a Padres y hermanos a la misma Regla, y a un gobierno y superior únicos. Ante todo, porque el fin, la formación y misión eran distintas y exigían reglamentos y modo de vida diferentes; y, además, porque la administración y dirección de cada rama eran más que suficientes para ocupar a un hombre.

Tampoco se le escapaba que para gobernar debidamente a los hermanos eran indispensable poseer su espíritu, lograr su aprecio y simpatía, tener experiencia de las escuelas, conocer a los miembros y las Reglas de su Instituto. Y todo esto entendía que no se podía dar en quien no hubiera sido formado con los Hermanos y vivido con ellos experimentando su estilo de vida, por muy excepcionales que fuesen su virtud y talento.

Así pues, aun aceptando que ambas ramas debían fomentar lazos de unión para ayudarse mutuamente, apoyarse y conservar los rasgos de similitud y sentimientos de familia propios de su origen común, creía que era indispensable por el bien de todos, que cada una tuviera sus

<sup>595</sup>La escuela se abrió el 14 de noviembre de 1838 (LPC 1, doc. 221 y 222, Al fin del mismo año escolar, con motivo de la entrega de premios, se organizó un solemne acto académico. Los niños ofrecieron una exhibición de ejercicios diversos sobre materias de la enseñanza primaria: gramática, geometría, sistema métrico, geografía, esfera y dibujo lineal. Lo hicieron con tal facilidad y aplomo que dejaron asombrado al numeroso auditorio" (Periódico *L'Ami de la Religion*, n.º 103, pág. 377). Véase también LPC 1, doc. 221, pág. 436. El Padre Champagnat sale hacia Saint-Pol el 24 de junio de 1838. Aprovechará la oportunidad para peregrinar a Amettes, lugar del nacimiento de san Benito José Labre. Este detalle nos lo ofrecerá mucho más tarde el Hermano Luis María en su circular del 15 de diciembre de 1862.

<sup>596</sup>Actualmente, Izieux, el más continuo al Hermitage.

Reglas, gobierno y superior propios. Con el tiempo, la decisión de los superiores eclesiásticos ratifico plenamente este criterio.

Pero el Padre Champagnat, que había trabajado toda su vida con la idea de una Sociedad única, que consideraba, con razón, esa unidad como garantía de conservación del espíritu religioso entre los Hermanos, no admitía fácilmente la opinión del Padre Colin. Y aunque accedió a sus deseos respecto a la elección del Hermano que iba a sucederlo, mantuvo hasta su muerte, como veremos en su Testamento Espiritual, la esperanza de que los hermanos seguirían más o menos bajo la dependencia del Superior General de los Padres Marista.

El Padre Colin, que, por su situación, se hallaba en condiciones de sentir y ver mejor los inconvenientes de la unión de ambas Sociedades, no dejaba pasar ocasión para hacerle ver los peligros que esto suponía para unos y otros. Y, para que comprendiera mejor que no debía contar con los Padres para dirigir a los hermanos, le escribía: “Temo, ¡ay!, el vacío que va a dejar si el Señor lo llama, pero este temor me sugiere una idea: poner la rama de los Hermanos en manos del señor arzobispo de Lyon. Creo que podría ser ventajoso para ellos. Comuniquen a los principales Hermanos esta idea, y pidan todos para que Dios los ilumine en este asunto trascendental.”<sup>597</sup>

El Padre Champagnat jamás pensó en fundar una obra diocesana; por el contrario, había repetido en toda circunstancia que quería que su congregación se extendiese por todas las diócesis<sup>598</sup>. Por eso no necesitó reflexionar demasiado para rechazar la propuesta. Quería que los Hermanos tuviesen por Superior al General de los Maristas; pero si eso no era posible, aceptaba que fuera un Hermano<sup>599</sup> quien los gobernara.

Sin embargo, el reverendo Padre Colin, al ver cómo las fuerzas del Padre Champagnat iban disminuyendo día a día, se presentó, por propia iniciativa, al señor arzobispo y le dio a conocer la situación en que se hallaba el buen Padre, suplicándole que le otorgase los poderes necesarios para proceder a la elección de un Hermano que lo sucediera. El prelado le encargó que procediera él mismo a dicha elección. Así que se trasladó al Hermitage coincidiendo con el retiro anual. Y, después de haber convencido al Padre Champagnat de la urgencia de tal medida para bien de la comunidad y por su propia tranquilidad, se fijó la elección para la clausura del retiro.

La víspera de la elección, el Padre Colin reunió a todos los Hermanos, profesos y no profesos, en la sala de conferencias; y, después de unas palabras de circunstancia, les propuso el orden de la ceremonia<sup>600</sup>. Luego, de acuerdo con el Padre Champagnat y los Hermanos profesos, determinó lo que sigue:

“1. El superior que iban a elegir habría de ser Hermano profeso, pues solos los profesos tendrían voz activa y pasiva en las votaciones.

<sup>597</sup>En 1833, Mons. de Pins había nombrado al señor Cholleton como responsable de la Sociedad de María para la diócesis de Lyon, con gran satisfacción del Padre Colin (OME, doc. 115(3), pág. 239). En 1840, el señor Cholleton rechazó la canonjía que le ofreció Mons. de Bonald e ingresó en el noviciado de los Padres Maristas (LPC 2, pág. 135).

<sup>598</sup>“Todas las diócesis entran en nuestras perspectivas” (LPC 1, doc. 93, página 210 y doc. 112, pág. 238).

<sup>599</sup>Después de ser elegido Director General, y a pesar de haber recaído sobre él toda la responsabilidad de la rama de los Hermanos, el H. Francisco seguirá acudiendo al Padre Cholleton para someterle sus proyectos y solicitar su parecer (CSG I, págs. 338-340). En 1840 vemos también cómo el Padre Cholleton preside la clausura del retiro y recibe la profesión de los Hermanos (*Chronologie* de 1976, pág. 90, citando AFM, AA, manuscrito, pág. 231).

<sup>600</sup>El Hermano Avit ofrece una relación más completa de dicha elección (AA, págs. 285-292).

2. El elegido no podría alegar ninguna excusa, y debería someterse a la voluntad de Dios, manifestada por el voto de sus Hermanos.
3. Cada elector debía nombrar, en escrutinio secreto, los tres Hermanos que, ante Dios, le parecieran los más idóneos para ocupar el cargo de Superior General.
4. De los tres Hermanos que obtuvieren mayor número de votos, uno sería proclamado Superior General de los Hermanos por el Superior General de los Padres Maristas, asistido por un Consejo, y los otros dos serían, por derecho, sus Asistentes y Consejeros.
5. El Hermano Superior General sería nombrado de por vida<sup>601</sup>; pero podría ser depuesto en los casos previstos por las constituciones.
- 6.- Cualquiera que resultare convicto de haber solicitado sufragios directa o indirectamente, por sí mismo o por medio de otros, o de haber intrigado de cualquier modo, quedaría privado ipso facto de voz activa pasiva.”

Por fin, se recomendó a los Hermanos que, con fervientes oraciones, implorasen las luces del Espíritu Santo y la protección de María para conocer la voluntad de Dios en una elección de tanta trascendencia y que despojases de toda consideración humana, espíritu propio y ambición o intriga.

La ceremonia se inició con el canto *de Veni Creator* y la celebración de una misa del Espíritu Santo rezada, a la que asistió toda la comunidad. Concluida la misa, el Padre Colin dirigió a los Hermanos una breve pero patética alocución para animarlos, una vez más, a hacer una buena elección, y terminó con esta oración de los apóstoles: *Señor, tú que conoces el corazón de todos los hombres, muéstranos al que has elegido* (Hch, 1, 24).

Después de estas palabras, los Hermanos profesos, en número de noventa y dos, volvieron a la sala capitular, donde, tras media hora de meditación, cada cual escribió en una papeleta el nombre de los tres Hermanos que consideraba más aptos para gobernar el Instituto. Cuando todos hubieron terminado, el Padre Champagnat recogió las papeletas en una urna, y, a continuación, los escrutadores procedieron al escrutinio. El resultado dio ochenta y siete votos al Hermano Francisco, setenta al Hermano Luis María, y cincuenta y siete al Hermano Juan Bautista. El resultado dio ochenta y siete votos al Hermano Francisco Juan Bautista. El reverendo Padre Colin tomó los tres nombres, se retiró y, después de una breve deliberación, en consejo con el Padre Champagnat y los demás Padres, volvió a la sala capitular y, en presencia de toda la comunidad, proclamó al Hermano Francisco Superior<sup>602</sup> General de los Hermanos y al Hermano Luis María y Juan Bautista, Asistentes.

Concluido el acto, todos los Hermanos se apresuraron a reconocer como superior al reverendo Hermano Francisco y a ofrecerle sus respetos y sumisión. La ceremonia terminó con el canto del Magnificat y una misa de acción de gracias, en la que todos los Hermanos recibieron la sagrada comunión.

---

<sup>601</sup>De hecho, en el Capítulo General de 1860, el Hermano Francisco presentó su dimisión por razones de salud.

<sup>602</sup>La elección del Hermano Francisco le confiere el título de Director General, como manifiesta el Hermano Avit (AA, pág. 286). Y el Hermano Francisco firma así: el Director General, H. Francisco. Con motivo de la 3.<sup>a</sup> sesión del Capítulo de 1854, al haber renunciado el Padre Colin a su título de Superior General de la rama de los Hermanos, se decidió que en lo sucesivo el “Jefe del Instituto llevaría el título de Reverendo Hermano Superior General” (AA, AFM, manuscrito, pág. 270).

Tuvo lugar la elección el 12 de octubre de 1839. Fue oportunísima, y hemos de considerarla como efecto de la protección de Dios sobre el Instituto, pues unos meses más tarde, el piadoso Fundador, ya maduro para el cielo, se dormía en el Señor.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XXI**

*Fundación del noviciado de Vauban. La enfermedad del Padre Champagnat se agrava. El piadoso fundador pone en orden los asuntos temporales del Instituto. Hace confesión general y recibe el santo Viático. Alocución a los Hermanos con este motivo. Algunos reproches que se hace a sí mismo*

Aunque el Padre Champagnat notaba cómo sus fuerzas disminuían y su enfermedad se iba agravando día a día, nunca se resignó a cuidarse y descansar. Y así, pocos días después de terminar el retiro de los Hermanos, se fue con otro Padre a La Côte-Saint-André para dar un retiro a los internos<sup>603</sup>. Se hallaba tan extenuado, tan débil, que cuantos lo veían se sentían movidos a profunda compasión. Su aspecto bondadoso, la piedad y santidad que irradiaba su rostro causó tal impresión en los alumnos del internado que la mayoría quiso confesarse con él.

No se cansaban de contemplarlo y de admirarlo y se les oía decir unos a otros: “Este sacerdote es un santo.” Las instrucciones y exhortaciones del buen Padre obtuvieron abundantes frutos de salvación; y su recuerdo perduró largo tiempo en muchos de ellos como bálsamo de piedad y virtud.

Después del retiro de La Côte-Saint-André, el piadoso Fundador emprendió viaje a Autun<sup>604</sup>. Monseñor Benigno del Troussset de Héricourt<sup>605</sup>, obispo de la diócesis, había comprado el castillo de Vauban<sup>606</sup> con la idea de instalar en él noviciado de Hermanos educadores. Y con el deseo de ofrecer esta obra al Instituto de los Hermanos de María<sup>607</sup>, había pedido al Padre Champagnat que fuera a verlo para tratar del asunto<sup>608</sup>. Su Excelencia hizo cesión de la casa de Vauban<sup>609</sup> y de todas sus dependencias a la Sociedad con la única condición de que se instalara en ella un noviciado y que se fundaran escuelas en las parroquias de su diócesis que estuvieran dispuestas a proporcionar a los Hermanos cuanto exigía su Regla.

---

<sup>603</sup>“En noviembre de 1839, el buen Padre Champagnat, aunque muy fatigado, vino a dar el retiro a los alumnos, con el Padre Chavas... Como de costumbre, realizó el viaje, a pie por espíritu de pobreza y mortificación” (*Anales de La Côte-Saint-André*, AFM, 214.43, pág. 12).

<sup>604</sup>LPC 2, pág. 534.

<sup>605</sup>LPC 2, págs. 501-503.

<sup>606</sup>LPC 2, págs. 641-642.

<sup>607</sup>Cartas del P. Champagnat a Su Excelencia antes de la apertura del noviciado (LPC 1, docs. 208, 240, 268).

<sup>608</sup>Una carta del año 1855, de Mons. de Marguerie, sucesor de Mons. d'Héricourt, nos indica que se conservaban los convenios en los archivos del obispado (*Anales de Vauban*, AFM, 212.54, pág. 641).

<sup>609</sup>Vauban se convierte en noviciado y en 1855 el Hermano Francisco se ve precisado a cerrarlo por diversas causas (cfr. LPC 2, pág. 641).

El venerable prelado quedó tan edificado de la humildad, modestia y sencillez del Padre Champagnat; tan satisfecho de su conversación, de su espíritu y actitud que después de haber firmado el acta de donación de la propiedad de Vauban, echándose en brazos del piadoso Fundador, lo abrazó tiernamente, diciendo: “¡Gracias a Dios, ya soy totalmente Marista!”

Un mes más tarde, el Padre se trasladó a Vauban con algunos Hermanos para tomar posesión de la casa e inaugurar el noviciado. La apertura se realizó el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Por ese motivo, y por la especial devoción que el Padre Champagnat profesaba a ese glorioso privilegio de la Madre de Dios, el noviciado quedó bajo el patrocinio de María sin pecado concebida.

Ésta fue la última fundación del piadoso Fundador. En algunos aspectos era distinta de la primera. Se lo recordaba a uno de los Hermanos más antiguos que lo acompañaba, con palabras impregnadas de sentimientos de temor y gratitud:

“Hermano<sup>610</sup> -le dijo-, ¡qué poco se parece esta casa a la pobre casita que nos sirvió de cuna en Lavalla! ¡Cuán cierto es que se da el céntuplo a los que siguen a Jesús!<sup>611</sup> Por cuatro nonadas que hemos dejado, Dios nos regala un castillo. Pero en una casa así, ¿no correremos el riesgo de aflojar en humildad, modestia y pobreza? Esto me preocupa e inquieta. Sólo me tranquiliza que no hemos deseado esta casa ni hemos hecho nada por conseguirla y que ha sido Su Excelencia quien, de alguna manera, nos ha obligado a aceptarla.”

Luego, mientras la recorría con el Hermano Director<sup>612</sup>, mandó retirar los objetos lujosos que encontró y cuanto podía herir el espíritu de pobreza. Cuando hubieron recorrido todas las estancias de la casa, lo llevaron a los pajares, graneros y cuadras. Mirando en derredor, exclamó: “Hermanos, esto es lo que nos hacía falta, aquí sí que hubiéramos estado alojados con la modestia que requiere nuestra condición.” Y volviéndose al Hermano Director, añadió: “Recuerde, Hermano, que somos hijos de Belén, Hermanitos de María; conserve cuidadosamente en su persona los sentimientos que tendrían Jesús y María en el establo de Belény en la pobre casita de Nazaret, y esfuércese por inspirárselo a los novicios.”<sup>613</sup>

Todos estos viajes, en los que sufría sobremanera, terminaron por agotar sus fuerzas y arruinar la poca salud que le quedaba. no podía ser menos, pues a menudo pasaba días enteros sin apenas probar bocado, ya que su estómago no soportaba ningún género de alimento. “Cuidaos, comed bien -decía a los Hermanos que estaban con él-; lo necesitáis para conservar la salud y trabajar con brío en la obra de Dios. Por lo que a mí se refiere, parece que estoy reñido con el alimento, ya que, lejos de aprovecharme y fortalecerme, me agobia y me pesa como una montaña. No puedo tomar nada, niquiera verlo; es el anuncio de que me hallo al fin de mi carrera.”

Pasó muy mal el invierno. Su alimentación se limitaba a caldos, algo de leche u otros alimentos ligeros que sólo podía tomar en pequeña cantidad; y, aun así, a menudo se veía obligado a devolverlos.

<sup>610</sup>Como por entonces se encontraba muy cansado, el buen Padre se hizo acompañar del Hermano Estanislao y fue a Vauban a dar posesión a los Hermanos Casiano, Paulino y Teófilo” (*Anales de Vauban*, AFM, 212.54, pág. 4).

<sup>611</sup>Mt 19, 29.

<sup>612</sup>Hermano Casiano (AA, pág. 312).

<sup>613</sup>Se cerró el noviciado de Vauban en 1855, y fue sustituido por el de Hautefort (BI XXI, pág. 392 y CSG VII, pág. 278 y XIII, págs. 458.459).

A pesar de los sufrimientos, no quiso eximirse de seguir el reglamento de la casa. De modo que continuó levantándose a las cuatro, como los Hermanos, celebrando la misa comunitaria, acudiendo al refectorio a la hora de las comidas -aunque en la mayoría de los casos casi nunca tomara nada-, asistiendo a los recreos y yendo al trabajo. Su mayor satisfacción y consuelo consistía en estar con los Hermanos, orar y trabajar con ellos y encontrarse con la comunidad.

Unos días antes de verse obligado a guardar cama, aún quiso ir a trabajar con los canteros<sup>614</sup>; y aunque se hallaba tan débil que apenas podía caminar, tomó las herramientas con la energía de siempre y se puso a trabajar hasta que se le cayeron de las manos. Los Hermanos y obreros, que presenciaron la escena y le habían rogado que no se le ocurriese trabajar y que se conformase con mirar, se conmovieron hasta llorar. Uno de ellos lo tomó del brazo para sostenerlo y ayudarlo a volver a casa. Desde ese día ya no volvió al trabajo y apenas salió de casa.

El Miércoles de Ceniza<sup>615</sup> sufrió un violento ataque de riñones que ya no le abandonó hasta su muerte. El dolor se hizo tan intenso que apenas podía permanecer acostado.

Ya durante el invierno se le hinchaban las piernas de vez en cuando; pero ahora aumentó considerablemente la hinchazón que tampoco le abandonó más.

Siempre sereno, siempre alegre, siempre conforme con la voluntad de Dios, veía sin miedo ni tristeza cómo el dolor y la descomposición iban invadiendo todos sus miembros.

Un día, mirando al Hermano<sup>616</sup> que le daba masajes en las piernas para reducir la inflamación, le dijo bromeando: “¡Cuántas veces va a contar después de mi muerte que me ha trotado las piernas! Le agradezco de veras este acto de caridad; no tiene que ser agradable frotar las piernas de un cadáver y menos aún las de un pecador. “

Pese a los dolores nefríticos y a la hinchazón de las piernas, seguía, en lo posible, acompañando a la comunidad.

Hizo con gran fervor el mes de san José para pedir una buena muerte. Rezaba diariamente las letanías del santo esposo de María; y cuando ya al final de su vida no podía hacerlo por sí mismo, quiso que un Hermano las rezara junto a su cama.

El día de la fiesta de este gran santo, después de haber dado la bendición con el Santísimo, dijo que era la última vez que la daba en ese día.

Desde entonces, tuvo presentimiento de su muerte cercana y, dando de lado a todos los demás asuntos, incluso los buenos, sólo quiso ocuparse en prepararse a bien morir.

En primer lugar, puso en orden los asuntos temporales de la casa tomó todas las precauciones para asegurar que los Hermanos pudieran disfrutar del patrimonio de la congregación, que hasta entonces figuraba a su nombre. Para no equivocarse en punto tan importante, llamó a un notario<sup>617</sup> y a otras personas idóneas, para asesorarse sobre la fórmula más segura de testamento. Después de haberlo estudiado con ellas mucho tiempo y haberlo tratado

<sup>614</sup>Probablemente alusión a los obreros que cortaban la roca (LPC 1, doc. 172, página 344). “No hay que llamar a otros obreros para la roca” (LPC 1, doc. 174, página 351).

<sup>615</sup>El 4 de marzo de 1840.

<sup>616</sup>Probablemente, el Hermano Jerónimo (LPC 2, pág. 305).

<sup>617</sup>El notario, señor Viennot, que luego se hará Padre Marista y será quien solucione con Mons. de Pins todos los problemas de sucesión de los Padres (OM 4, págs. 359-360).



detenidamente con los principales Hermanos, se decidió a traspasar los bienes del Instituto a los Hermanos de su Consejo por contrato de sociedad ante notario<sup>618</sup>. Hizo, además, un testamento por el que nombraba como herederos universales a los mismos Hermanos.

Poco después de haber concluido estos requisitos, vino a visitarlo el padre Maîtrepierre<sup>619</sup>, al que rogó que se quedase unos días con él para que lo ayudara a hacer confesión general. Se confesó, efectivamente, con profundos sentimientos de arrepentimiento y dolor. Su alma, tan delicada, hallaba defectos aun en las acciones más santas y se reprochaba como falta e imperfección aquello que una conciencia menos acrisolada consideraría bueno o indiferente. El temor del juicio divino turbaba a veces la serenidad de su alma; pero la gran confianza que tenía en los méritos de nuestro divino Salvador apaciguaba pronto sus temores y lo tranquilizaba de nuevo.

El Jueves Santo quiso ir a celebrar la santa misa a La Grange Payre<sup>620</sup>. Intentaron disuadirlo, pero les dijo: “Dejadme, ya que es la última vez y, si espero un poco más, ya no podría despedirme de aquellos buenos Hermanos y de sus niños.” Viajó a caballo y, después de celebrar el santo Sacrificio, quiso ver a los internos. Les dijo: “Hijos míos, Dios os ha concedido una gracia especial al procuraros maestros piadosos y virtuosos, que continuamente os están dando buen ejemplo y os ofrecen sólida instrucción sobre las verdades religiosas. Aprovechad bien sus enseñanzas, seguid las exhortaciones que os dan e imitad sus buenos ejemplos. Recordad que Jesús os ha amado mucho, que murió por vosotros y os reserva una dicha eterna en el cielo. No olvidéis que el pecado, que es el peor de todos los males, os puede hacer perder esa felicidad. Temed, pues, el pecado, consideradlo como vuestro mayor enemigo, y pedid diariamente a Dios que os preserve de cometerlo. Conseguiréis esa gracia y salvaréis vuestra alma si tenéis mucha devoción a la Santísima Virgen y le rzaís cada día el *Acordaos* u otra oración para ponerlos bajo su amparo. Sí, queridos niños, si tenéis confianza en María, ella os obtendrá la gracia de ir al cielo, os lo aseguro.”

Al llegar al Hermitage, dijo: “He visto La Grange-Payre por última vez. Estoy satisfechísimo de haber hecho esta visita y ha sido para mí muy consolador ver a aquellos niños y animarlos a ser buenos.”

La víspera del mes de mayo, aunque se hallaba muy débil y con fuertes dolores, quiso iniciar personalmente el ejercicio del mes de María y dar la bendición con el Santísimo Sacramento. Pero quedó tan extenuado y se encontró tan mal que de vuelta a su aposento exclamó: “Esto se acabó: siento que me voy.”

En aquel momento llegaba el Hermano Estanislao. Al verlo el buen Padre, más contento de lo habitual, le preguntó:

-¿Qué le pasa, Hermano, que lo veo tan contento?

-Pues verá, Padre -respondió el Hermano-, durante el ejercicio del mes de María que acabamos de iniciar, se me ha ocurrido la idea de que la Santísima Virgen, movida por nuestras oraciones, le devolverá la salud antes de terminar el mes.

<sup>618</sup>El 23 de marzo de 1840, ante la señora Juana-Francisca Noël Mioche, notario de Saint-Chamond (AFM, Testamento del P. Champagnat, 142.39).

<sup>619</sup>En 1839, el señor Maîtrepierre vino a instalarse en Puylata (Lyon) para ayudar al P. Colin en sus quehaceres administrativos ordinarios (OM 3, páginas 429-430).

<sup>620</sup>Desde 1834, La Grange-Payre se había convertido en prenoviciado. Recibían aspirantes demasiado jóvenes para pasar directamente al noviciado del Hermitage (LPC, doc. 132 (30), pág. 267).

-Se equivoca, Hemano -replicó el Padre-, el final del mes de María va a ser muy doloroso para mí. Me esperan grandes sufrimientos, pero cuento con la ayuda de la divina Madre para sobrellevarlos con paciencia y resignación.

No se equivocaba. A finales de mayo, los dolores se hicieron insoportables; pero gracias a la protección de la Santísima Virgen, en la que tenía plena confianza, su paciencia y resignación fueron superiores.

Al día siguiente vino a verlo uno de los primeros Hermanos y, después de haber conversado un rato con él, le dijo:

-Padre, ¡cuánto necesitamos que Dios nos lo conserve aún por algún tiempo! ¿Qué será de nosotros y quién dirigirá la Sociedad si usted llega a faltarnos?<sup>621</sup>

-Querido Hermano -le contestó el piadoso Fundador-, no sufra por ese motivo. ¿Cree que le faltan hombres a Dios para llevar adelante su obra? El Hermano que habéis elegido para sucederme lo hará mejor que yo. El hombre es sólo un instrumento, o mejor, no es nada: Dios es quien lo hace todo. Usted debería entender mejor esta verdad por se de los más antiguos y haber sido testigo de los comienzos del Instituto. ¿Acaso la Providencia no ha cuidado de nosotros? ¿No ha sido ella quien nos ha reunido y nos ha sacado airosos de todos los obstáculos que hemos encontrado? ¿Quién nos ha proporcionado recursos para construir esta casa, quién ha bendecido las escuelas y las ha hecho prosperar, a pesar de que somos hombres de escasas dotes? En resumidas cuentas, ¿no es acaso la divina Providencia quien lo ha hecho todo entre nosotros? Ahora bien, si se ha ocupado del Instituto hasta ahora, ¿por qué no va a seguir cuidándolo en lo sucesivo? ¿Piensa que va a dejar de protegerlo porque haya un hombre menos? Desengáñese, amigo. Insisto: los hombres nada significan en esta obra. Dios la bendecirá, y no en atención a los hombres que la dirigen, sino por su inmensa bondad y por los designios de misericordia que tiene con los niños que nos están encomendados.

Del mismo modo habló al Hermano Estanislao que se lamentaba y lloraba, tanto por el dolor de la separación como por el temor del perjuicio que su muerte ocasionaría al Instituto.

“Pobre Hermano -le dijo un día-, ¡qué poca fe y confianza tiene en Dios! O sea, ¿creía usted que la prosperidad de la casa se debía a mi persona? Pues le advierto que todo irá mejor después de mi muerte, y los progresos de la congregación van a ser más rápidos que nunca. Podrá comprobar por sí mismo la verdad de cuanto le estoy diciendo y entonces acabará por comprender que no hemos de poner nuestra confianza en los hombres, sino en Dios que lo es todo y lo hace todo.”

En su profunda humildad, el piadoso Fundador pronunciaba así una profecía que el Hermano vio cumplida en toda su amplitud. A la muerte del Padre Champagnat, el Instituto contaba con sólo cuarenta y cinco casas<sup>622</sup>, trece años después, al morir el Hermano, eran ya doscientas cincuenta.

Pero no sólo los Hermanos temían que la muerte del buen Padre paralizase su obra. Cuantos venían a verlo le hablaban en este sentido y le decían:

---

<sup>621</sup>El Hermano Francisco hacía seis meses que había sido elegido, pero, como dice el Hermano Avit: “Aunque todos le querían, el Hermano Francisco no tenía el carácter, la creatividad, la energía y el arrastre del Padre Champagnat” (AA, pág. 327).

<sup>622</sup>48 establecimientos, sin contar el Hermitage y Oceanía (AA, pág. 317).

-Dios le devolverá la salud, pues usted es imprescindible para la comunidad.

-Dios no tiene necesidad alguna de mí -respondía-. Estoy convencido de que soy más bien un estorbo y que después de mi muerte la comunidad funcionará mucho mejor.

El tres de mayo celebró la santa misa por última vez. Después de la acción de gracias dijo: "Acabo de celebrar la última misa, y me alegra que haya sido la de la santa Cruz<sup>623</sup>: por esta santa Cruz nos vino la salvación, y en ella murió nuestro divino Salvador."

Desde entonces sus dolores se agudizaron día a día y apenas le dejaban un momento de reposo. Más que sus propios sufrimientos lo afligía y preocupaba la pena y el dolor que su enfermedad ocasionaba a los Hermanos. La tristeza en que los veía sumidos le arrancaba lágrimas y lo movía a ocultar, el mayor tiempo posible, la gravedad de su estado.

Pero al ver que sus fuerzas se agotaban y presintiendo, por los síntomas de la enfermedad, que la muerte no podía estar lejana, llamó al Hermano Estanislao y le dijo:

"Me gustaría poder aplazar lo que voy a decirle por la pena que les va a causar a todos. Pero no puedo, pues siento que esto se acaba. Deseo que esta tarde me administren los últimos sacramentos. Prepare lo necesario en la sala de comunidad, para que todos los Hermanos sean testigos de la ceremonia y pueda verlos reunidos, despedirme de ellos y dirigirles unas palabras de consuelo."

Si por un lado este acto supremo era motivo de consuelo para el corazón paternal del buen Padre, por otro le resultaba penoso en extremo; y pensar que iba a ser la última vez que veía a los Hermanos le oprimía el corazón.

A las cinco, todos los Hermanos y postulantes se hallaban reunidos en la sala de conferencias, donde todo estaba dispuesto para la ceremonia. Llegó revestido de sobrepelliz y estola. Su aspecto y estado de debilidad y sufrimiento impresionaron profundamente a los Hermanos, hasta hacerles llorar.

Después de haberse sentado en un sillón, juntó las manos y se recogió unos momentos para prepararse a la recepción de los últimos sacramentos. Recibió primero la extremaunción. Un Hermano se le acercó para quitarle los calcetines, pero no lo consintió y se los quitó el mismo. Luego le administraron el santo viático, que recibió con visibles muestras de humildad, respeto y amor. Una vez concluida la ceremonia, quedó unos minutos recogido, adorando y dando gracias a Jesucristo con aquella piedad y fe viva que le eran habituales al celebrar la santa misa, y que la solemne circunstancia en que se hallaba hizo más intensa y sensibles.

Alzó luego la mirada y, dirigiéndola en torno a los Hermanos, con una voz débil, enternecida, pero patética, les habló así:

"Mis queridos Hermanos, *acordaos de vuestras postrimerías y no pecaréis jamás*<sup>624</sup>. Ahora comprendo, como lo comprenderéis vosotros el día que os encontréis en mi situación, que con razón afirma el Espíritu Santo que si pensáramos en la muerte y lo que va a seguirla, nunca cometeríamos pecado, jamás nos aferraríamos al mundo ni a los bienes terrenales. ¡Ah!, a la

<sup>623</sup>En 1840, el 3 de mayo era la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz.

<sup>624</sup>Si 7, 36.

hora de la muerte sólo se tiene un pesar: no haber trabajado bastante por Dios, por la salvación del alma y para merecer el cielo.

Amigo míos, nos encontramos juntos por última vez. Lo que os encarezco<sup>625</sup> sobre todas las cosas, antes de separarnos, es que os améis unos a otros<sup>626</sup>. Acordaos de que sois hermanos, que María es vuestra Madre común y que todos estáis llamados a la misma herencia, que es el cielo. Amaos, pues como Jesucristo os ama, como os ama María vuestra Madre. Mostrad ese amor tolerándoos, prestándoos servicio, ayudándoos mutuamente. Y no olvidéis nunca que, por la caridad, la vida religiosa será para vosotros agradable, un paraíso en la tierra. Tenéis que manteneros tan unidos, tan acostumbrados a toleraros, a procurar haceros la vida dichosa, que se os puedan aplicar las palabras de la Sagrada Escritura: *¡Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos!*<sup>627</sup>

Después de la caridad, la virtud que deseo y os recomiendo más encarecidamente es la obediencia. No es que tenga queja de ninguno de vosotros en este aspecto; al contrario, me es grato manifestar que siempre os he hallado dóciles a mi voluntad. Lo que deseo, pues, es que obedezcáis a mi sucesor como me habéis obedecido hasta hoy. Obedeciendo, estáis seguro de cumplir la voluntad de Dios. Para un religioso, la obediencia es el camino real paraíso; si no se aparta de esa vía, llegará a él infaliblemente. ¡Oh, qué dichosos seréis a la hora de la muerte y qué recompensa os aguarda si se puede decir de vosotros: ha sido obediente toda su vida!

Hijos míos: ¡ah, qué a gusto se muere en la Sociedad de María! Os aseguro que éste es hoy mi mayor consuelo. Sed, pues, fieles a vuestra vocación, y para ello, observad la Regla, pues la sumisión a la Regla os alcanzará la perseverancia, os hará apreciar las obligaciones de la vida religiosa y os las volverá fáciles. Amad vuestra vocación, perseverad en ella; por ella quiere Dios salvaros. Y, en efecto, os salvaréis si tenéis la dicha de morir en la Sociedad de María. He visto morir a muchos Hermanos. Pues bien, no he encontrado uno sólo que en su lecho de muerte se haya arrepentido de haberse hecho religioso, de haber perseverado en su vocación y morir con el hábito de Hermano de María.”

Al pronunciar estas palabras, se le apagó la voz, le fallaron las fuerzas y no pudo proseguir. Después de una breve pausa, continuó:

“Hijos míos, no puedo continuar. Termina, pues, pidiendo perdón aquí, ante Nuestro Señor, a todos vosotros por los malos ejemplos que haya podido daros. No recuerdo haber causado voluntariamente pena a nadie; pero si lo he hecho, le pido perdón sinceramente.”

Los Hermanos, que habían escuchado sus exhortaciones con profundo recogimiento, estaban conmovidos, enternecidos y afectados en sumo grado, tanto por las palabras que les había dirigido como por el estado en que lo veían. Cuando le oyeron pedir perdón, prorrumpieron en sollozos y cayeron de rodillas ahogados por el dolor. Uno de los Padres capellanes<sup>628</sup>, testigo de esta escena desgarradora, exclamó: “¡Queridos Hermanos, somos nosotros quienes hemos de pedir perdón al venerable Padre Champagnat!” Pero los Hermanos estaban tan profundamente impresionados, tan sumidos en la angustia que ni siquiera le oyeron y continuaron como anonadados.

<sup>625</sup>El P. Champagnat volverá sobre este tema en su Testamento Espiritual

<sup>626</sup>Jn 13, 34.

<sup>627</sup>Sal 132.1.

<sup>628</sup>Los capellanes eran por entonces los PP. Matricón y Besson.

El mismo Padre se hallaba en extremo conmovido y enternecido; y a pesar de los esfuerzos que hizo para contener los sentimientos de su corazón y aparentar entereza varonil, el tono de su voz y las lágrimas, que a pesar suyo se le escapaban de los ojos, delataban sobradamente cómo le afligía el dolor de los Hermanos.

Para no alargar más su aflicción, se retiró a su aposento y, a pesar de su intenso sufrimiento, permaneció largo rato en oración, entretenido con Nuestro Señor.

El día que se le administró era lunes, once de mayo. Los días siguientes fueron aumentando sus sufrimientos, y los dolores de riñones se hicieron tan agudos que apenas podía permanecer levantado dos horas seguidas. El mismo día que recibió el santo viático se inició una novena por él a santa Filomena<sup>629</sup>. Al terminarla, se operó una mejoría que hizo abrigar esperanzas: cesó la inflamación de pies y manos desapareció el dolor nefrítico que desde el Miércoles de Ceniza tanto le había hecho sufrir; hasta el punto de que el buen Padre pudo salir de su habitación e ir a la capilla para adorar al Santísimo Sacramento y a la sacristía para ver una credencia<sup>630</sup> recién adquirida.

-Estará satisfecho -dijo al Hermano sacristán-. Ahora ya tiene una credencia decente y cómoda para guardad los ornamentos.

-Sí, Padre -respondió el Hermano-. Pero lo estaría mucho más si pudiera servirle a usted.

-No, querido amigo -replicó el Padre-, no me servirá a mí, pero es lo mismo, servirá a otros.

Al regresar a su habitación, vio que un Hermano estaba haciendo en un muro una especie de nicho que podía servir de escondrijo. Hizo llamar al punto al encargado de la obra y le dijo: "Por favor, fíjese en ese individuo y no lo pierda de vista ni a él ni a cuantos trabajan con él. Esté siempre al tanto de lo que hace y no le confíe jamás Hermanos jóvenes. La vigilancia, añadió, es algo esencial en una casa como la nuestra, en la que hay tantos jóvenes cuya virtud necesita este apoyo exterior para no decaer."

En otra ocasión, al ver que unos Hermanos trabajan con desgana, dijo al hermano Director: "Procure que los novicios estén ocupados y no pierdan el tiempo, pues la ociosidad es uno de los peores vicios; tal vez es el que causa mayores estragos a los religiosos. Tengo que lamentarme de no haber sido bastante exigente en el trabajo y de haber sido demasiado indulgente con los perezosos."

Este reproche no tenía ciertamente mucho fundamento, pues sabemos cómo le gustaba el trabajo y cómo se preocupaba de que a su alrededor todos estuvieran ocupados. Pero este escrúpulo nos manifiesta una vez más hasta qué punto el buen Padre odiaba la ociosidad y la consideraba como una de las cosas más peligrosas para los Hermanos.

Los agudos dolores, lejos de debilitar su piedad y religiosos sentimientos, como sucede a muchos cuando se encuentran gravemente enfermos, aumentaron su fervor y su fe. Deseaba, pedía, incluso, que le hablaran a menudo de Dios y le gustaba que hubiera siempre alguien a su lado para sugerirle actos de amor y confianza en Nuestro Señor y ayudarle a hacerlos. Le

<sup>629</sup>Esta santa, mártir romana de las catacumbas, poco conocida, fue objeto de gran devoción, especialmente a causa de la importancia que le concedía el Cura de Ars. Si la nueva liturgia no le concede culto oficial, es por no disponer de información histórica sobre ella.

<sup>630</sup>Esta credencia se conserva aún en la sacristía de N.ª S.ª del Hermitage.

agradaba sobre todo escuchar al querido Hermano Francisco, y le consolaba tenerlo a su lado. En las conversaciones frecuentes que mantenían, le abría su corazón y le manifestaba todas sus aspiraciones y temores. Su profunda humildad le inquietaba a veces por no haber hecho cuanto Dios le había pedido, o por no haberlo hecho debidamente. Y entonces, como al Rey profeta, le sobrecogía el temor del juicio divino. Pero pronto su corazón se abría a la esperanza y a la gratitud, cuando el buen Hermano le recordaba las extraordinarias gracias que Dios le había concedido y el bien que le había permitido realizar con la fundación del Instituto, bien que los Hermanos, que dejaba tras de sí, debían proseguir.

Cierto día, el piadoso Fundador se hallaba muy preocupado por una buena obra que le había propuesto. Se lamentaba de no haberla realizado y le asustaba tener que dar cuenta a Dios por ella. La obra en cuestión era una especie de colonia agrícola<sup>631</sup> que se pretendía fundar en favor de los niños huérfanos y abandonados. Un piadoso vecino de Lavalla había ofrecido para este fin su casa y una extensa propiedad; otras personas también habían prometido colaborar en esta fundación y suministrar los recursos necesarios. El Padre Champagnat hubiera querido visitar a esas personas para tratar del asunto y realizar el proyecto. El Hermano Francisco, a quien hizo confidente de su inquietud y deseos, le dijo: “Padre, quédese tranquilo; no tiene por qué sentir ningún pesar de no haber emprendido antes esa obra. Ya empleó bastante tiempo en fundar el Instituto, consolidarlo, y dirigir y formar a los Hermanos. Además, como quiera que ese proyecto de colonia agrícola se aparta totalmente de lo nuestro, ha actuado correctamente al no emprenderla sin haberlo pensado antes detenidamente. Más aún, la congregación de los Hermanos necesitaba todos sus esfuerzos, cuidados y solicitud. Usted no podía ocuparse de otros asuntos sin perjudicar el desarrollo de su obra y tal vez sin comprometer su futuro. Por eso, creo que es mejor dejar la fundación de la colonia de huérfanos. Dios encontrará a alguien a quien le sugerirá la idea y le dará los medios para llevarla a cabo.”

Estas reflexiones lo tranquilizaron y no volvió a hablar de este asunto.

Finalmente, otro de los reproches que se hacía y que también comunicó al Hermano Francisco, era no haber visitado suficientemente a los Hermanos enfermos. También en esto la conciencia timorata del buen Padre y su afecto a los Hermanos le movían a reprocharse algo que no merecía, pues los enfermos habían sido siempre sus preferidos y no habían ahorrado nada para aliviarlos, si estaba en su mano. Había mandado construir un sala para instalar una enfermería cómoda. También montó, sin escatimar gastos, una farmacia con toda clase de medicamentos y varios Hermanos, formados en el cuidado de los enfermos, les prodigaban las mayores atenciones. Cuando un Hermano caía enfermo en una escuela, el piadoso Superior lo hacía venir o mandaba traerlo para que estuviera mejor atendido.

Al enterarse un día de la enfermedad de un Hermano al que no podían traer a la casa madre por la gravedad e índole de la enfermedad, se le saltaron las lágrimas y exclamó: “¡Ah, mucho me temo que dejen sufrir a ese Hermano! ¿Cuánto me gustaría que estuviera aquí para cuidarlo! Daría cuanto tengo por aliviarlo.”

---

<sup>631</sup>La idea de colonia agrícola procede de Villeneuve-Bargemont, primeramente político y luego cristiano comprometido en la cuestión social. Creía que muchas tierras de barbecho podrían ser asignadas a familias o comunidades religiosas que se ocuparan de los huérfanos y los emplearan en un trabajo agrícola para frenar el éxodo hacia la ciudad. El Padre Champagnat veía, quizá, en la oferta que había recibido al fin de su vida, una señal del Señor para llevar a cabo, de modo distinto del escolar y artesanal, lo que tuvo que abandonar en el Hermitage por razones morales, ya que la relación con los huérfanos era perjudicial para los postulantes. (La oferta de una obra parecida le había sido ya hecha en otra religión (Bresse), pero no había conseguido llevarla a cabo (OME, docs. 115 y 116, pág. 237 y ss. También OM 1, doc. 273, pág. 594).

Se preocupaba siempre de los Hermanos enfermos, los visitaba, los encomendaba a las plegarias de la comunidad, los hacía cuidar día y noche y los rodeaba de toda clase de atenciones. Y después de todo esto, ¡aún se reprochaba no haber hecho bastante por ellos!

Así se juzgan y se tratan a sí mismos los santos. San Juan el Limosnero, después de haber dado todos sus bienes a los pobres y haberse despojado de todo para socorrerlos, creía no haber hecho bastante por ellos. Y el temor de que Dios pudiese reprocharle haber descuidado o dejado sufrir a alguien le impedía conciliar el sueño.

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XXII**

*Lo que hizo el Padre Champagnat en pro de la instrucción primaria de los niños y la adecuada disciplina escolar*

El espíritu de Dios, que guiaba al Padre Champagnat en la fundación de su Instituto, le dio a entender que la educación impartida por los Hermanos sólo podía ser eficaz si respondía, en lo posible, a las necesidades y exigencias de nuestro tiempo.

Y la primera de esas necesidades es mantener al niño mucho tiempo en la escuela para apartarlo del contagio de los malos ejemplos que encuentra a cada paso hasta en el mismo seno de su familia.

Una de las mayores exigencias de nuestra época es pretender que el maestro ofrezca una enseñanza muy amplia e inicie al alumno en una gran variedad de conocimientos, que la opinión pública considera muy importantes, aunque, en realidad, de poco le van a servir al niño; incluso, a veces, pueden resultar nocivos por el mal uso que hace de ellos.

En esa situación, el piadoso Fundador comprendió que, aun dando a la religión el rango que le corresponde en la educación, era indispensable que las escuelas de los Hermanos no desmerecieran en cuanto a seriedad y organización en los estudios. Así las preferían los padres, tanto por garantizar a sus hijos una sólida instrucción primaria, como por la seguridad de proporcionarles una educación eminentemente cristiana.

Por eso no dudó en incluir en el programa de enseñanza de los Hermanos todos los conocimientos<sup>632</sup> relacionados con la enseñanza primaria. Llegó, incluso, a establecer que todos los centros importantes del Instituto tuvieran una clase donde se enseñaran todas esas materias. Bastaba que hubiera un número suficiente de alumnos interesados para que la congregación se comprometiera a proporcionar un Hermano para impartir estas materias.

---

<sup>632</sup> Circular del P. Champagnat a los Hermanos, de 10 de enero de 1840, sobre la organización de conferencias pedagógicas (LPC 1, doc. 313, pág. 567).

No se le ocultaban los peligros que una instrucción tan elevada podía suponer para chicos destinados, en su mayoría, a la agricultura o a profesiones industriales. Pero también se daba cuenta de que vivimos en un siglo en que el hombre está ansioso de ciencia, que los malos, instigados por el enemigo de la salvación, aprovechan este afán de saber, que invade al hombre, para captar a los niños, y, con el pretexto de ofrecerles enseñanza primaria, les inculcan sus perniciosas doctrinas y les hacen perder la fe y las buenas costumbres. Por eso no tuvo dificultad el Padre Champagnat en pasar por alto los inconvenientes que las ciencias pueden presentar. Estos inconvenientes que atenúa o elimina una sólida educación cristiana, son indudablemente mucho mayores sin aquel atenuante en las escuelas regidas por maestros laicos y mercenarios<sup>633</sup>.

Su primera preocupación era atraerse a los niños. Ahora bien, para conseguir que abandonasen aquellas escuelas, tenía que ofrecerles una enseñanza tan completa como la que les impartían los maestros laicos. No ignoraba que si la enseñanza de las ciencias profanas tiene algunos inconvenientes, ofrece, en cambio, la ventaja de ocupar al niño, de retenerlo más tiempo en clase y preservarlo así de la ociosidad, apartarlo de las malas compañías y demás ocasiones peligrosas que diariamente se le presentarían si, en lugar de estar en la escuela, viviera a su aire y pasara la juventud en la ociosidad.

Efectivamente, la ocupación y el estudio serio, al preservar al niño de las pasiones peligrosas, conservan su fe, piedad y virtud. Los conocimientos que va adquiriendo lo ayudan a desarrollar sus facultades intelectuales y le preparan a recibir con más facilidad los principios religiosos y a ponerlos en práctica.

Para que una clase progrese y sea sólida la enseñanza que en ella se imparte, el maestro necesita a toda costa la colaboración de los alumnos: lo que hace por sí mismo, con su abnegación y sus lecciones, es muy poco; lo que consigue que realicen los alumnos por el estudio, la aplicación y el trabajo personal, lo es todo. La clave consiste, pues, en lograr la participación voluntaria de los alumnos. Para lograrlo, el Padre Champagnat consideraba la emulación como medio seguro y eficaz; y quería que los Hermanos hicieran todo lo posible para lograrla y mantenerla.

No se conformaba con una emulación entre los alumnos de una misma clase o del mismo centro. Quería también que se premiara entre todos los alumnos de las escuelas dirigidas por los Hermanos. Por eso organizó un concurso general de caligrafía. Al acudir al retiro anual, cada profesor<sup>634</sup> debía llevar el primer ejercicio que había dado a sus alumnos al comienzo del curso escolar, y el último realizado antes de las vacaciones. Una comisión, compuesta por los Hermanos más capacitados, cotejaba ambas muestras, comprobaba los progresos de los alumnos de cada centro, y clasificaba a estos por orden de méritos.

---

<sup>633</sup> Carta del Rdo. Sr. Bartolomé Artru, párroco de Peaugres, de 7 de septiembre de 1835: "Desde siempre me di cuenta de la necesidad de ofrecer a los niños de mi parroquia una educación mejor que la que se había venido impartiendo hasta el tiempo en que yo realicé mis estudios. Ni los pedagogos saboyanos que venían durante el invierno a dar unas cuantas lecciones de cálculo y caligrafía, ni los secuaces hipócritas de la Escuela Normal acababan de satisfacerme... Por fin, en 1833, llamé a los Hermanos... Su escuela ha conseguido un éxito clamoroso en mi parroquia. Fueron suficientes unos meses para desvanecer las reticencias de ciertas personas. Y argumento manifiesto del bien que realizan es la presteza con que las familias, no ya de mi parroquia, sino de las contiguas, les confían sus hijos" (AFM 129.15). Cfr. LPC 2, pág. 56.

<sup>634</sup> "Anualmente, por las mismas fechas (vacaciones), traerán una hoja que contenga muestras de las escritura de los niños al comienzo y al final del curso escolar. El Hermano Director de la escuela más próxima confirmará su autenticidad cotejando dichas muestras con la escritura del cuaderno de caligrafía de las mismas épocas y comprobando que coinciden con las características del alumno en cuestión" (*Regla de 1837*, cap. X, art. 4, pág. 63).



Para estimular a maestros y alumnos, el Padre había establecido dos tipos de premios: uno para los Hermanos cuya clase se había clasificado en los primeros puestos, y otro para los alumnos que más progreso habían demostrado a lo largo del curso escolar y que tenían la escritura más bella. Ni que decir tiene que se habían adoptado precauciones para evitar cualquier trampa.

Otro medio empleado por el Padre Champagnat para conseguir calidad en la enseñanza, progreso en los alumnos y seguridad de que se impartía instrucción religiosa y educación cristiana, fue la visita anual a las escuelas.

Si alguna clase andaba floja, no se conformaba con visitarla una sola vez; repetía la visita cada tres o cuatro meses. Además, en cada zona había un Hermano encargado de inspeccionar las escuelas. Este Hermano debía visitar cada dos meses las clases de su distrito<sup>635</sup>, y enviar un informe detallado de las mismas al Superior.

Por buenos que fuesen los resultados de las visitas y demás medios adoptados por el Padre para estimular el celo de los Hermanos y la emulación de los alumnos, comprendía que todo ello resultaba insuficiente, que lo esencial era tener maestros capacitados. Es indecible el trabajo que se impuso para lograrlo.

Él mismo les daba lecciones de lectura, ortografía, aritmética, historia, geografía y canto. Con frecuencia llegaba incluso a emplear tiempo del recreo para formarlos en alguna de estas disciplinas. No satisfecho con darles los rudimentos de esas distintas áreas, les enseñaba también como transmitir las a los niños, y los formaba asimismo en la metodología de la enseñanza.

El método simultáneo, creado por el venerable señor de La Salle, le pareció el mejor; por eso mandó a sus Hermanos que lo adoptaran. Y, para que se ejercitasen en él, llamó a un maestro que lo conocía a la perfección.

El Padre Champagnat, cuando era niño, tuvo enormes dificultades para aprender a leer<sup>636</sup>. Luego, reflexionando sobre las causas de tales dificultades, llegó a la conclusión de que provenían de la ineptitud de los maestros y la deficiencia del método de lectura que por entonces se empleaba.

Tras mucha reflexión y análisis del problema, después de muchos tanteos y de experimentar los diferentes sistemas o métodos de esa enseñanza, se confirmó en que la vieja denominación de las consonantes y el consiguiente deletreo multiplicaban las dificultades de la lectura y retrasaban el aprendizaje de los alumnos. Con tal experiencia, parecería normal que desechara inmediatamente un método considerado defectuoso. Pero desconfiando de sus propias luces, antes de decidirse a introducir cambio alguno en asunto de tanta importancia, quiso conocer la opinión de personas sensatas y más capacitadas. Todas ellas, después de haber estudiado seriamente el asunto, fueron de su mismo parecer. Entonces se decidió, a pesar de las numerosas protestas de algunos Hermanos, a romper con la inercia, adoptando en las escuelas de su congregación un método más rápido y racional, cuya teoría y práctica condensó en un

<sup>635</sup> “Existe un Hermano primer Director por distrito. Él es el responsable de velar sobre todos los Hermanos pertenecientes a su demarcación” (*Regla de 1837*, cap. III (2), art. 15, págs. 30-32).

<sup>636</sup> “Natural del cantón de Saint-Genest-Malifaux (Loira), conseguí aprender a leer y escribir con enorme dificultad. Por eso me di cuenta personalmente de la urgente necesidad de fundar una Sociedad que, con menor costo, pudiera brindar a los niños del campo la calidad de enseñanza que los excelentes Hermanos de las Escuelas Cristianas ofrecen a los de las ciudades” (Carta al rey Luis Felipe, LPC 1, doc. 34, págs. 98-104. También al ministro de Instrucción Pública, LPC 1, doc. 159, págs. 306-312).

librito titulado *Principios de lectura*<sup>637</sup>, que compuso en colaboración con los Hermanos más preparados.

El buen Padre Champagnat amaba tiernamente a todos los niños, pero sentía especial predilección por los más pequeños, a los que llamaba “angelitos” por su inocencia. Cuando hablaba de la clase elemental<sup>638</sup>, no paraba, y decía que era la más importante<sup>639</sup>. Bajaba a los detalles más insignificantes cuando hablaba del esmero con que deben exponérseles las nociones básicas de la religión, inculcarles la piedad, el amor a la virtud y aligerarles las dificultades de la lectura.

Preguntó un Hermano por que consideraba que la clase elemental era la más importante. Le respondió: “Por cinco razones:

1. Porque todo el éxito de la educación que recibe un niño depende casi siempre de las primeras lecciones que recibe. Para dar a entender esa verdad, san Jerónimo<sup>640</sup> se vale de dos comparaciones tan acertadas como exactas. La lana, dice, nunca pierde totalmente el color con que se tiñó la primera vez. Y la vasija de arcilla mantiene mucho tiempo el sabor y olor del primer licor que guardó. Pues de igual modo -añade el santo doctor-, las primeras impresiones recibidas en la infancia difícilmente se borran, y los hábitos adquiridos en esa tierna edad pocas veces se cambian. Por eso, si los niños adquieren desde párvulos buenas costumbres y sentimientos nobles, los conservaran toda la vida.

2. Porque en muchos pueblos, la educación de la mayoría de los niños se reduce al nivel elemental. Luego dejan la escuela para irse

a trabajar, o si pasan a la clase superior<sup>641</sup>, permanecen en ella poco tiempo.

3. Porque el éxito de las demás clases depende de la elemental. Si en ella reciben los niños buenos principios, si se los forma correctamente en la piedad y la lectura, no les costará demasiado aprender de memoria las lecciones que tengan que estudiar más tarde. Saldrán airoso en las demás partes de la enseñanza primaria y llegarán a ser excelentes alumnos. Por el contrario, si acaban la primera clase sin haber aprendido a leer, sin saber las oraciones, sin las nociones básicas de la religión, darán muchísimo trabajo a los profesores de las clases sucesivas, y aun así, serán siempre y en todas partes los últimos. Es más, sucederá que después de haber permanecido en la escuela ocho o diez años, admitidos por fin en el grado superior, seguirán flojos en todos los contenidos esenciales de la enseñanza primaria: en caligrafía, ortografía, aritmética, e, incluso, en lectura, ya que no han recibido formación adecuada desde la base. De donde se deduce que, si el Hermano responsable de la clase elemental no desempeña debidamente su cometido, frena el progreso del centro y pone en serio compromiso toda la tarea educativa de los niños.

<sup>637</sup> La circular del 11 de noviembre de 1916 anuncia la 42.ª edición de este tomo (CSG XIII, pág. 426).

<sup>638</sup> “Bajo la Restauración, y hasta 1839, prevaleció la idea de distribuir a los niños en dos aulas de distinto nivel: la “clase elemental”, con los niños que aprendían a leer; y la de los “mayores”, en la que, además de la lectura, se impartía también caligrafía y cálculo. Eran, pues, imprescindibles dos maestros por escuela y un número suficiente de alumnos” (P. ZIND, SMC, vol. 2, pág. 77 y *Présence Mariste*, n.º 151).

<sup>639</sup> En una carta al Hermano Eutimio, de 19 de marzo de 1832, el P. Champagnat destaca la importancia de la “clase elemental” (LPC 1, doc. 102, pág. 223 y cuaderno 4, pág. 33, AFM 0132.4014 d.).

<sup>640</sup> “Carta a Leta”, trad. Charpentier. Éd. Garnier, 1936, *Cartas* de SAN JERÓNIMO, tomo 2, pág. 61. BAC 220, 235.)

<sup>641</sup> Véase más arriba, nota 7.

4. Porque estos niños, por su inocencia, son muy queridos por Dios y atraen sus bendiciones sobre la escuela.

5. Porque el Hermano encargado de esa clase necesita mucha caridad, celo, paciencia y abnegación para repetir continuamente las mismas lecciones, para ponerse al alcance de los más pequeños, para mantenerlos disciplinados y hacerles trabajar sin castigos ni excesiva severidad. Por eso, el Hermano que no sabe volverse niño, que no gusta de repetir las mismas cosas, que prefiere estar siempre avanzando, no es apto para una de estas clases. Pues el medio más seguro de garantizar los progresos de los principiantes es adoptar un lenguaje comprensible a su débil inteligencia, volver a menudo sobre lo aprendido y aplicarse a consolidar los conocimientos más que pretender ampliarlos.

Conforme a este principio, tan importante, el Hermano debe repasar frecuentemente las lecciones ya explicadas, lo que los niños han aprendido o recitado. Y para que tales repeticiones no roben demasiado tiempo, ha de recabar ayuda de los alumnos más adelantados. Por ejemplo, cuando ha hecho leer a los alumnos en el panel de lectura, confiara a un monitor la tarea de hacer repetir esa misma lectura mientras el se ocupa de la de los principiantes. Luego hará lo mismo con las demás lecturas. Para las oraciones y el catecismo seguirá el mismo método.

Así es como el piadoso Fundador combinaba, sin advertirlo, el método simultáneo con el (modo<sup>642</sup>) mutuo, tomando lo mejor de éste para perfeccionar aquél. De ese modo iba preparando a los Hermanos para adoptar definitivamente más tarde el método simultáneo-mutuo.

La importancia que daba a las clases elementales lo llevó también a recomendar con tanto ahínco a los Hermanos Directores<sup>643</sup> que las atendieran con sumo esmero: visitarlas al menos quincenalmente, estar informados de los adelantos de los niños, encargarse personalmente de los cambios de sección y, sobre todo, formar a los Hermanos responsables de las mismas y no descuidar medio alguno para inculcarles las virtudes cristianas y sentimientos paternos, medio único de educar a la infancia.

El Padre Champagnat, siempre preocupado por los intereses de la religión, se dio cuenta de que en los pueblos, con excesiva frecuencia, se celebraban mal las funciones litúrgicas por falta de cantores. Pensó que enseñar a los niños el canto gregoriano era un modo de contribuir eficazmente a la gloria de Dios, a la edificación de la gente y a la solemnidad de los oficios, al tiempo que formaba y preparaba cantores para las parroquias. No se equivocó. Los señores curas vieron con mucha alegría la introducción del canto llano en las escuelas, y así se lo manifestaron.

“Bendito sea Dios -le escribía uno de ellos-, que le ha hecho comprender las necesidades más apremiantes de nuestra época y le ha inspirado el modo de remediarlas. Por la enseñanza del canto, sus Hermanos prestarán grandes servicios a los párrocos, despertarán y renovarán la piedad de los fieles, atraerán a muchos a las celebraciones e infundirán en los niños aprecio y gusto por las ceremonias de la Iglesia.

<sup>642</sup> El H. Juan Bautista escribe “mode” por método. El método mutuo y el método simultáneo (P.ZIND, *Siguiendo las huellas del P. Champagnat*, vol. 2, páginas 76-77 y *Présence Mariste*, n.º 151 y n.º 152).

<sup>643</sup> Cfr. Capítulo XVII, nota 5.

Otra razón por la que se propuso el Padre Champagnat introducir el canto en las clases fue atraer a los niños a la escuela y encariñarlos con ella por el gusto puro e inocente que el canto<sup>644</sup> proporciona, mantenerlos alegres y contentos, hacerles saborear los encantos de la virtud, instruirlos agradablemente en las verdades de la religión, inspirarles sentimientos de piedad y desterrar las canciones profanas. Efectivamente, el canto produce todos esos efectos cuando se enseña debidamente a los niños.

En los comienzos del Instituto, el canto estaba lejos de formar parte de los programas de enseñanza primaria. Más tarde se incluía; pero cabe al Padre Champagnat la gloria y el mérito de haber sido el primero en introducirlo, al menos en las escuelas rurales<sup>645</sup>.

Otro asunto que preocupó mucho al Padre Champagnat fue la disciplina escolar. Pero para no alargarnos demasiado en este aspecto, vamos a limitarnos a transcribir algunos de sus pensamientos acerca de los dos puntos más esenciales en dicha materia: su necesidad y la característica fundamental de una buena disciplina.

“La disciplina -decía- es la mitad de la educación del niño; sin ella, la otra mitad resulta casi siempre inútil. Efectivamente, ¿de qué sirve que un niño sepa leer y escribir, que haya aprendido el catecismo, si no sabe obedecer, ni comportarse debidamente; si no ha adquirido el hábito de dominar sus malas inclinaciones y de seguir la voz de su conciencia? A qué se debe que los hombres sean hoy tan inconstantes, sensuales, incapaces de privarse de nada, ni soportar nada contrario a la naturaleza? Es que no les han acostumbrado a ello desde la niñez, se les ha dejado excesiva libertad, no les han enseñado a dominarse, a violentarse y luchar contra las malas inclinaciones.

La disciplina es el cuerpo de la educación, la religión es su alma. Ahora bien, así como por su aspecto exterior se puede deducir el interior del hombre, del mismo modo por la disciplina podemos catalogar a un centro educativo.

Una disciplina firme impresiona, agrada a todos, merece el aprecio y la confianza de la gente y basta con frecuencia para prestigiar a una escuela y atraerle alumnos.

Es preferible un Hermano con disciplina en clase, aunque apenas sepa hacer otra cosa, que otro muy capacitado, pero que no da importancia a la disciplina o que no es capaz de implantarla. El primero, con una prudente disciplina, al menos enseña a los niños a obedecer, que no es poco. Porque la mayor plaga de nuestro siglo -y en eso todo el mundo está de acuerdo- es el espíritu de independencia. Cada uno, según su capricho, se cree más apto para mandar que para obedecer: el hijo se resiste a obedecer a sus padres, los súbditos se rebelan contra su soberano, la mayoría de los cristianos desprecian la ley de Dios y de la Iglesia; en resumidas cuentas, por doquier reina la insumisión. Así pues, se presta un servicio precioso a la religión, a la Iglesia, a la sociedad, a la familia y, sobre todo, al niño, sometiendo su voluntad y enseñándole a obedecer.

Otra ventaja de la disciplina, casi tan importante como la primera, es favorecer el trabajo, manteniendo ocupado al niño y librándolo de la ociosidad, que es madre de todos los vicios<sup>646</sup>. Cuando reina el orden en una clase, el niño se ocupa en sus lecciones y deberes, aprecia el

<sup>644</sup> En la solicitud oficial de reconocimiento legal de 15 de enero de 1825, el programa incluye ya el “canto litúrgico” (OME, doc. 34(2), pág. 103).

<sup>645</sup> 1“Con la enseñanza del canto a los alumnos y aficionándolos a las celebraciones litúrgicas, los Hermanos prestarán un servicio inestimable a las parroquias y a los señores párrocos y contribuirán en buena medida a la solemnidad de los oficios y a la edificación de los fieles” (*Guide des Écoles à l'usage des Petits Frères de Marie*, parte cuarta, cap. IX).

<sup>646</sup> Si 33, 28.

estudio, se encariña con la escuela, se entrega totalmente a la tarea de su propia educación y ni siquiera tiene tiempo de pensar en el mal. La paz y el orden en que vive lo hacen dócil, respetuoso con sus maestros, complaciente, servicial con sus discípulos, honrado, afable y bondadoso con todos. Huelga decir que la catequesis sólo se dará bien y la piedad sólo reinará en las aulas donde haya disciplina.

En cambio, el otro Hermano, con toda su ciencia, ¿qué servicio presta a los niños? No sabría decirlo, pero estoy convencido de que muy poco. Dudo, incluso, de que valga la pena que los niños asistan a clase. Quizá fuera preferible que se quedaran en casa.”

Un día, después de visitar las clases de una escuela, mandó llamar al Hermano Director y le dijo:

-¿Cómo consiente que los niños se peguen en clase?

-Que yo sepa, mis alumnos no se pegan en clase.

-Pues se pegan y usted ni se entera. Y no es extraño que sucedan en ella muchas cosas sin que usted se dé cuenta. Como no tiene

disciplina y hay tanto ruido, ni se entera del grandísimo desorden ni de si hay faltas graves. ¿Sabe que sus alumnos pueden hacer mucho mal sin que usted se dé cuenta?

-¡Libreme Dios de que eso ocurra! Pero, en cualquier caso, mi conciencia no me acusa de tener yo la culpa de ello.

-Pues la tiene, y más de lo que piensa.

-¿Por qué, Padre?

-Porque con su proceder está provocando constantemente el desorden en el aula y no hace nada para imponer disciplina. Siembra el desorden en su clase no quedándose en la cátedra, perdiendo así de vista a los niños, amonestando con palabras en vez de hacerlo con la chasca<sup>647</sup>, dando voces y hablando sin necesidad, castigando demasiado y pecando por exceso de campechanía. No hace nada por implantar la disciplina: descuida la puntualidad y el orden, y no exige que los alumnos se presenten a la hora exacta; no se preocupa por pedir las tareas y lecciones; permite que los niños salgan de sus puestos; no le importa el silencio: por eso se oye un murmullo y ruido continuos. Con este ruido y dispersión, es imposible que le escuchen cuando da la catequesis, que sus alumnos recen piadosamente e, incluso, que puedan trabajar. Ahora bien, si no escuchan durante el catecismo, si no rezan, si no están ocupados, ¿qué van a hacer? Contagiarse los defectos, enseñares el mal: lo que he podido ver esta tarde es una prueba inequívoca.

-En tal caso, lo mejor que puedo hacer es cerrar la clase.

-Una escuela indisciplinada es el azote de la parroquia; mejor que no existiese. Sin embargo, más que cerrarla es preferible reorganizarla, imponer en ella la disciplina. Y cuanto antes, mejor.”

---

<sup>647</sup> Los Hermanos “se impondrán la obligación de usar la palabra exclusivamente cuando la chasca no sea suficiente para darse a entender” (Le Guide des Écoles, parte segunda, cap. IX, secc. 4) Y también *Présence Mariste*, n.º 151 y SMC, tomo 2, pág. 76.

“La disciplina -decía en otra ocasión- no se consigue sin trabajo, pues tal vez sea lo que el niño teme más. Las lecciones, las tareas escolares se le hacen más llevaderas que la disciplina. Casi siempre llega a aceptarlas, y a menudo con gusto. Pero el orden, la reglamentación le resultan pesadas; y lo primero que hace, cuando puede, es sacudírselas de encima. Y es que la disciplina va siempre contra la naturaleza y mantiene a raya todas las facultades y sentidos del niño. En ello radica precisamente su importancia y necesidad.

Para implantar y mantener la disciplina en un aula, dos cosas son imprescindibles a un maestro: carácter y constancia. Quienes carezcan de estas cualidades no sirven para la educación de los niños.

El carácter no es algo que pueda adquirirse, porque no puede cambiarse la naturaleza humana. A lo más se podrán atenuar sus inconvenientes y tristes consecuencias, siguiendo con gran docilidad los consejos y advertencias del Superior, manteniendo con exactitud el método de enseñanza y reglamento de la escuela y vigilando atentamente a los niños para darse cuenta de cuanto hacen y prevenir sus faltas. Estos medios valen también para corregir la inconstancia.”

Como se habrá podido comprobar, el Padre Champagnat era partidario de una disciplina exigente, ya que es fundamental en la educación y sin ella es imposible formar al niño; pero quería que tal disciplina fuera paternal.

“La finalidad de la disciplina -decía- no es contener a los niños en su deber por coacción o temor del castigo, sino preservarlos del mal, corregirlos de sus defectos, formar su voluntad, orientarla suavemente hacia el bien, ir acostumbrándolos al orden y a la virtud por motivos religiosos, por amor al deber.” Por eso alzó tanto la voz contra el abuso de los castigos afflictivos, tan generalizado por entonces, y recomendó tanto a sus Hermanos que se abstuvieran de aplicarlos.

“¿Acaso se puede educar a un niño e inspirarle el temor a la virtud a palmetazos? Imposible. Sólo la razón y la religión logran mover el espíritu y ganar el corazón para el bien, no los castigos. Es curioso que se pretenda utilizar en la educación del niño un sistema que ni siquiera se nos ocurriría emplear con los animales. Cuando se los quiere domar o amaestrar, se pone sumo cuidado en no maltratarlos. Al contrario, se los trata con suavidad, se los acaricia y se emplea el freno con prudencia y precaución. Con pruebas y ejercicios, muchas veces repetidos, con paciencia, se les va haciendo dóciles y aptos para lo que se pretende de ellos. Y al niño, creado a imagen de Dios, dotado de razón y libertad, generalmente lleno de buena voluntad, de las mejores disposiciones y deseos de obrar bien, ¿habría que educarlo por la fuerza bruta?

Semejantes métodos educativos ofenden la dignidad de la persona, degradan al niño, hacen despreciable a quien los utiliza, introducen el desorden en la escuela, destruyen todo sentimiento de amor, aprecio, confianza y respeto que se deben mutuamente maestro y alumnos e inutilizan todas las atenciones prodigadas al niño.

Se me objetará, tal vez, que el Espíritu Santo recomienda castigar al niño y corregirlo cuidadosamente. Y que, además, el castigo es condición indispensable para conseguir la disciplina que hemos recomendado. Es verdad que el Espíritu Santo quiere que se corrija a los niños, que incluso lo considera como uno de los deberes de los padres y, por consiguiente, de quienes hacen sus veces o comparten su labor en la educación de la juventud. Pero castigar a

los niños no quiere decir que haya que golpearlos, y en la Sagrada Escritura la palabra “castigar”<sup>648</sup> no significa necesariamente corrección aflictiva, sino cualquier penitencia.

Indudablemente, para mantener la disciplina hay que corregir las transgresiones al reglamento y cuanto se aparte del deber. Pero recordad que no se logra la sumisión de los niños mediante castigos corporales, sino por la autoridad moral, fruto de una conducta digna y siempre ejemplar, de una entrega ilimitada a su instrucción, y de un porte modesto, serio y sin altibajos. Mostraos siempre más bien padres que maestros: veréis cómo os respetan y obedecen sin mayor dificultad.

El espíritu de una escuela de Hermanos debe ser un espíritu de familia. Ahora bien, en una familia bien avenida, en una familia ordenada, predominan los sentimientos de mutuo respeto, amor y confianza y no el temor del castigo. La cólera, la brutalidad, el rigor son sugerencia del demonio para destruir los frutos de los buenos principios inculcados al niño. Y así como la cizaña sofoca la buena semilla, así los malos tratos ahogan los sentimientos nobles que las enseñanzas y buenos ejemplos han hecho brotar en el corazón del niño.”

Tan grave consideraba el buen Padre el abuso de ese tipo de castigos, que decía que un Hermano duro y violento, que maltrata a los niños con palabras o golpes, no sirve para la enseñanza; sólo vale para picapedrero o destripaterrones.

Para evitar los castigos corporales, el rigor excesivo y cualquier exceso en las correcciones, no quería que se castigase a los niños en el momento<sup>649</sup> en que cometían la falta, por temor a que la vehemencia, la irreflexión o cualquier otra reacción que puede suscitar el ver a un niño faltar a su deber, llevase a exagerar la culpabilidad y extremar así el castigo.

Tenía tal aversión a los castigos corporales, que para prevenir los que pudieran derivarse de un accidente o de una fogosidad involuntaria ordenó que el puntero que se utiliza para señalar las letras o dígitos en los paneles de lectura y aritmética, estuviese atado<sup>650</sup> con un cordelillo, de modo que no se pudiera pegar con él a los niños.

Para implantar una disciplina exigente y paterna, tan necesaria para la educación del niño, “el maestro -decía el Padre Champagnat- ha de ejercer continua vigilancia. Pero no se pretende con ello únicamente garantizar el orden y lograr que los alumnos realicen las tareas escolares; se trata, ante todo, de prevenir el contagio del vicio y mantener la inocencia de los niños. Así considerada, la vigilancia es una cualidad indispensable en un maestro. Sin ella el maestro no logra ningún bien; y la clase, que debiera ser para los alumnos escuela de virtud y medio de santificación, se convierte en motivo de depravación y causa de ruina y perdición eterna.

Un Hermano debe ser el ángel custodio de los niños. Dios le pedirá cuenta de ellos: las faltas de éstos le serán achacadas a él como faltas personales. ¡Ay de él si, por negligencia, permite que las ovejas sarnosas contagien al pequeño rebaño<sup>651</sup> que se le ha encomendado, o si, por falta de vigilancia, permite al enemigo de la salvación, que merodea continuamente alrededor de los niños<sup>652</sup>, arrebatarles la inocencia bautismal, la vida de la gracia y sembrar la cizaña en su

<sup>648</sup> Pr 13, 24; Pr 23, 13-14; Si 30, 1.

<sup>649</sup> “Diferirán el castigo de las faltas graves para el comienzo de la clase siguiente. Se puede empezar por mandar al culpable que aprenda unas líneas de memoria” (*Regla de 1837*, cap V, art. 20, pág. 43).

<sup>650</sup> “El puntero que se utiliza para señalar los paneles de lectura y aritmética estará atado por uno de sus extremos” (*Regla de 1837*, cap. V, art. 28, página 45).

<sup>651</sup> Lc 12, 32; 1 P 5, 2.

<sup>652</sup> 1 P 5, 8.

corazón! El solo pensamiento de tal desgracia debe estremecer a un Hermano y mantenerle en alerta permanente. No olvide que, si salvar un alma es salvar la suya, dejar perder un alma es perder la propia.

En los demás campos de la educación, si se carece de una cualidad, puede subsanarse con otra. Por ejemplo, la entrega y el celo pueden sustituir a una preparación excepcional. Pero ni la piedad ni la virtud, ni el buen ejemplo, y menos aun un gran talento, puede reemplazar o suplir la vigilancia. Por muy santo que sea un maestro, si descuida la vigilancia, sus alumnos se pervertirán; sus enseñanzas y cuanto le haya inspirado su celo resultará inútil. Su deber primero y más importante es, pues, ejercer vigilancia continua sobre los niños, una vigilancia que aleje de ellos el peligro para su virtud, cuanto pudiera ser una trampa para su inocencia; en definitiva, una vigilancia que impida totalmente el mal.

Sólo así podrá ser útil a los niños una escuela de Hermanos. Y si, por falta de vigilancia, llegara a ser la tumba de su inocencia en vez de protección y refugio, más valiera que esos tiernos niños no hubieran puesto nunca los pies en ella.”

Para cumplir bien el deber de la vigilancia<sup>653</sup>, el Padre Champagnat ordena que los Hermanos no dejen nunca solos a los niños, y, por tanto, que no salgan del aula. Si durante la clase alguien pregunta por un Hermano, hágase saber al interesado que no puede dejar a los niños; y que si desea hablar con él, que venga, por favor, en otro momento.

Esta norma suscitó viva polémica y fue motivo de numerosas protestas. Muchos Hermanos consideraban que era difícil negarse a salir un instante para atender a un padre o una madre que llega de lejos para informarse sobre su hijo o pagar la mensualidad. El buen Padre, sin embargo, se mantuvo inflexible; cientos de veces pulverizó las razones, más plausibles que sólidas, que le aducían.

Entre otras cosas, decía: “El tiempo de clase no es vuestro ni de las personas que os visitan: pertenece a vuestros alumnos. Por eso no podéis disponer de él ni perderlo sin perjudicarlos y cometer injusticia. Mirad que en este aspecto el asunto puede llegar a ser grave. Imaginemos que dejáis el aula durante unos cinco minutos. Pues bien, esos cinco minutos, multiplicados por los cuarenta o cincuenta alumnos que tenéis, suponen tres o cuatro horas que les hacéis perder. ¿Creéis que eso es tan poca cosa como habíais pensado? Ese pequeño lapso de cinco minutos basta para que el enemigo arroje en vuestra clase una chispa capaz de originar un incendio. Así considerada, vuestra falta es aun mucho más grave.”

El gran argumento de los Hermanos era que no se podía despedir a personas de cierta posición social, ni a los que venían de lejos: se sentirían ofendidos. Les contestó el Padre “Nadie puede echaros en cara que seáis fieles a la Regla y que cumpláis vuestro deber. Al contrario, los padres verán complacidos vuestra asiduidad en estar al frente de sus hijos; quedarán edificados de vuestra abnegación y entrega a su educación. Y aunque el cumplimiento de ésta norma sea motivo de algunas quejas (que yo no acepto, si habéis avisado a los alumnos para que sus padres no vengan durante el tiempo de clase), tal inconveniente es cien veces menor que dejar solos a los niños. Conozco una clase en que por haberse ausentado el maestro durante unos

<sup>653</sup> “Mientras los alumnos permanezcan en el centro, deben estar acompañados. Los Hermanos ejercerán siempre por si mismos esta obligación. Y si por serios motivos se vieren obligados a ausentarse, se asegurarán de que les sustituya alguien de confianza” (*Regla de 1837*, cap. V, art. 21, pág. 43).” No atenderán a los padres durante el tiempo de clase, y hagan saber a quienes soliciten verlos, que no pueden abandonar a los niños, rogándoles que vengan con otro momento”, (*Reglas Comunes de 1852*, parte tercera, cap VII, art. 8, pág. 111).



minutos, el vicio que ya se había apoderado del corazón de un muchacho, se propagó y su veneno alcanzó a todos los demás.”

Durante los recreos<sup>654</sup>, los Hermanos tienen que estar con los niños para animar sus juegos, ver lo que hacen, oír lo que hablan y ser testigos de todo. En la iglesia y durante las celebraciones litúrgicas no deben perderlos de vista, ni dejarlos solos ni siquiera para cantar o ayudar a misa, a no ser que haya Hermanos suficientes para atender y vigilar a todo el grupo. En una palabra, los alumnos deben estar siempre vigilados mientras estén con nosotros. Y los Hermanos han de cumplir personalmente con este deber y no confiárselo a un monitor de confianza, a no ser por razones graves.

Finalmente, el piadoso Fundador consideraba tan importante el deber de la vigilancia, que llegó a decir que negaría la comunión al Hermano que, sin razones poderosas y sin haberse hecho sustituir, abandonase a sus alumnos durante la clase, en el recreo o en cualquier otro momento en que estén bajo su responsabilidad.

Ejerciendo estricta vigilancia sobre los niños y manteniéndolos siempre ocupados - añadía--, un Hermano puede estar seguro de que hace un bien real y de gran utilidad para todos los alumnos de la escuela:

1. Conserva la inocencia de los pequeños y a menudo consigue que lleguen a la primera comunión sin haber cometido faltas graves.
2. Hace evitar a todos muchos pecados. Efectivamente, los niños que se hallan abandonados a su propia suerte, se emancipan con suma facilidad y, a menudo, sin darse cuenta, siguen las malas inclinaciones de la naturaleza, los malos ejemplos que presencian, y se dejan arrastrar por un sinnúmero de faltas que ni se les ocurriría cometer si estuviesen bajo la tutela de un buen Hermano.
3. Impide la propagación del mal, sofoca los malos pensamientos en el corazón mismo de los chicos viciosos y los obliga a refrenar sus malas inclinaciones y, a veces, a luchar contra sus pasiones, a pesar suyo.
4. Acostumbra a los niños al trabajo, a la aplicación; los mantiene en el sosiego y recogimiento, disponiéndolos a aprovechar de la enseñanza religiosa.
5. Conserva la disciplina en la clase, garantiza los adelantos de los alumnos y, con ello, la prosperidad del centro.

Pero, no hay que forjarse ilusiones, la vigilancia es un deber muy costoso. Para desempeñarlo adecuadamente se necesita celo, circunspección, asiduidad, exactitud, constancia: virtudes que sólo se hallan en Hermanos que poseen gran espíritu de sacrificio, de entrega, que saben sacrificar sus gustos y descanso en aras de la gloria de Dios y la santificación de los niños.”

## PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA TESTIMONIOS MAYORES

---

<sup>654</sup> Ni siquiera durante el recreo deben ser. los Hermanos demasiado familiares con los niños, ni jugar con ellos, a no ser para animar el juego. Evitarán asimismo entretenerse hablando en un corrillo para no distraerse y para que no sufra menoscabo la vigilancia general” (*Reglas Comunes de 1852*, parte tercera, cap IV, art. 9, pág. 98).

**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**

CEPAM/abm  
PRIMERA PARTE

**CAPITULO XXIII**

*Los Hermanos testimonian su amor al Padre Champagnat con fervientes oraciones por el descanso de su alma y por la total sumisión a su sucesor. Unión de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux, a la que sigue la de los Hermanos de Viviers. Creciente prosperidad del Instituto. Fundación del noviciado de Beaucamps. Autorización legal del Instituto. Revisión, examen y aprobación definitiva de las Reglas por el Capítulo General. Estado actual de la congregación.*

258

Los Hermanos testimonian su amor al Padre Champagnat con fervientes oraciones por el descanso de su alma y por la total sumisión a su sucesor. Unión de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux, a la que sigue la de los Hermanos de Viviers. Creciente prosperidad del Instituto. Fundación del noviciado de Beaucamps. Autorización legal del Instituto. Revisión, examen y aprobación definitiva de las Reglas por el Capítulo General. Estado actual de la congregación.

No bien hubo fallecimiento el Padre Champagnat, el Hermano Francisco se apresuró a escribir una carta circular<sup>655</sup> a los Hermanos para comunicarles la dolorosa noticia.

“Queridos Hermanos -les decía-, el sábado, 6 de junio, a las cuatro y media de la madrugada, se dormía apaciblemente en el Señor, después de tres cuartos de hora de dulce agonía, nuestro venerado Superior. En esta triste ocasión, os exhortamos a mezclar con nosotros vuestra lágrimas y esperanzas. Lloramos a un tierno Padre, a un digno Superior Fundador, a un santo sacerdote<sup>656</sup>, nuestro apoyo, guía y consuelo. Lloremos, porque la muerte nos arrebató al que tan bien sabía compartir nuestras penas y guiarnos por el camino de la salvación. Ha concluido una vida penitente, laboriosa y pletórica de obras, de celo y entrega, con los sufrimientos de una larga y cruel enfermedad. Su muerte, como su vida, fue una sucesión constante de ejemplaridad: no dudamos de que habrá sido preciosa a los ojos de Dios<sup>657</sup>. Que este pensamiento<sup>658</sup>, queridos Hermanos, nos consuele y nos aliente. Tendremos un protector menos en la tierra, pero lo será más eficaz y poderoso en el cielo, junto a la divina María, pero lo será más eficaz y poderoso en el cielo, junto a la divina María, a la cual nos ha confiado al morir. Ahora nos corresponde a nosotros recoger y proseguir cuidadosamente sus últimas y conmovedoras instrucciones; hacerlo revivir en cada uno de nosotros por la imitación de las virtudes que en él admirábamos.”

259

El Hermano Francisco indica luego las preces que en cada casa deberán aplicar por el eterno descanso del alma del Padre amadísimo.

---

<sup>655</sup> CSG I, págs. 41-42.

<sup>656</sup> ...” santo Sacerdote”. La circular añade; “... de María”.

<sup>657</sup> Sal 115, 15.

<sup>658</sup> “Mis”. El Hermano Francisco escribe NTCF. (Nos très Chers Frères, Nuestros queridísimos Hermanos).

Fieles a esos prudentes consejos del nuevo Superior, los Hermanos, aunque muy afligidos por la muerte de su piadoso Fundador, no se desalentaron. Comprendieron que el mejor modo de expresar su afecto y piedad filial a su tierno Padre no era dejarse llevar por el sentimiento de un dolor estéril, sino imitar su ejemplo, conservar y perpetuar su espíritu y proseguir su obra. El elevado concepto que tenían de su virtud no fue óbice para que dirigieran fervientes plegarias por el eterno descanso de su alma, pues eran conscientes de que la pureza de Dios halla sobra hasta en las acciones más santas y que la vida de los hombres más piadosos y perfectos, dada la debilidad humana, no se halla exenta de imperfecciones.

Al morir el Padre Champagnat, mucha gente abrigaba serias dudas sobre el porvenir y continuidad de su obra<sup>659</sup>. ¿Será capaz, el Hermano nombrado para sucederle, de llevar esa pesada Carga? ¿Aceptarán los Hermanos su autoridad? ¿Serán bastante sólidas las Reglas del Instituto y su gobierno tendrán suficiente virtud y experiencia como para regirse por sí mismos? ¿Serán capaces de conservar el espíritu del Fundador, de ser fieles a los principios que les dejó y de proseguir el camino que les trazó?

Tales eran algunas de las preguntas que la gente se hacía y que el tiempo vino a responder de modo tan elogioso para los Hermanos.

Efectivamente, estos últimos, penetrados de afecto y respeto hacia el Superior que se habían elegido, le ofrecieron toda la confianza, y su primera preocupación fue la de darle muestras de entera sumisión. Fieles totalmente en su guía y solicitud paternales, continuaron entregándose con celo a su perfección y al cumplimiento de sus obligaciones con todo el empeño de que eran capaces. Tal vez la piedad, el buen espíritu, la adhesión al Instituto y la unión fraterna resplandecieron como nunca en las vacaciones que siguieron al fallecimiento del Padre Champagnat.

260

Por entonces se fundaron tres nuevas escuelas<sup>660</sup>: Saint-Lattier, en Isère; Digoín, en Saona y Loire, y Carvin, en el Pas-de-Calais.

Totalmente identificado con el piadoso Fundador, y deseoso de imitarlo en el modo de dirigir a los Hermanos y hacer el bien, el Hermano Francisco no cambió nada de lo que estaba establecido, y prosiguió actuando en todo como antes. Este sensato proceder le ganó el aprecio de todos, hizo amable su gobierno y le dio plena autoridad sobre los Hermanos: todos vieron con gran satisfacción que la nueva situación no había supuesto cambio alguno en la administración y que el Padre Champagnat seguía vivo, actuando por medio de su sucesor<sup>661</sup>.

Uno de los primeros actos de gobierno del hermano Francisco fue la culminación de la unión de los Hermanos de María con los de Saint-Paul-Trois-Châteaux<sup>662</sup>. Viendo el señor Mazelier<sup>663</sup> que su Instituto no podía desarrollarse por escasez de miembros, fue el primero en urgir la conclusión de ese proceso.

<sup>659</sup> El Padre Colin, entre otros, se hace eco de tal desconfianza en carta de fecha 26 de mayo de 1841, al Hermano Luis María: "La gente que está pendiente de vosotros para ver qué va a pasar al morir el Padre Champagnat, no dejará de retiraros su confianza en cuanto os vea con problemas" (AFM 51.020.11).

<sup>660</sup> LPC 2, repertorio, en las palabras correspondientes.

<sup>661</sup> Al recibir el retrato del P. Champagnat de Ravery, el Hermano Francisco escribe en su libreta de notas, el 20 de febrero de 1841: "ser su retrato vivo" (AFM, nota n.º 1, pág. 51).

<sup>662</sup> CSG I, págs. 533-536 y AFM 221.121.

<sup>663</sup> Cfr. LPC 2, págs. 390-391 y BI XXIV, págs. 176-178. Unos años después, el señor Mazelier se retiró y terminó sus días como canónigo en Valence. Falleció en Bourg-Péage, su pueblo natal, el 26 de junio de 1826.

El reverendo Padre Colin, con sus buenos consejos, contribuyó también en gran manera a allanar las dificultades que parecían interponerse a dicha fusión, tan necesaria a ambas comunidades.

Las mayores dificultades provenían de la idea del señor Mazelier, de que se pudiera enviar un Hermano solo a las parroquias más pequeñas, y que se confiara el gobierno de las Provincias a un Hermano Provincial bajo la autoridad del Superior General. El Padre Champagnat nunca había querido aceptar ninguna de estas dos condiciones, pues se oponían a lo que hasta entonces se usaba en el Instituto.

261

Sin embargo, como ambas partes estaban en las mejores disposiciones de entenderse y sólo se trataba de buscar la mayor gloria de Dios; como los Hermanos de ambas comunidades deseaban y pedían la unión con insistencia, y como, por otro lado, era imposible determinar definitivamente por entonces el modo de colocación, gobierno y constituciones del Instituto, se contentaron con proponer y establecer<sup>664</sup> lo que sigue:

1. Que ambos Institutos tuvieran un solo y único fin, una sola y única Regla, un solo y único gobierno.
2. Que los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux acatarían la autoridad del Hermano Francisco, se podrían bajo su obediencia y adoptarían el hábito y la Regla de los Hermanos de María. En una palabra, que ambas congregaciones constituirían una sola y tendrían un solo y único jefe<sup>665</sup>.”

La unión se efectuó y se llevó a cabo sobre estas cláusulas. En abril de 1842, enviaron al hermano Juan María<sup>666</sup> para tomar posesión de la casa de Saint-Paul-Trois-Châteaux y dirigir el noviciado. Como se preveía, la unión no ocasionó inconveniente alguno y fue ventajosa para todos. los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux no eran muy numerosos, pero eran religiosos de gran piedad y sólida virtud<sup>667</sup>. Maristas de espíritu y corazón desde tiempo atrás, no tuvieron inconveniente en someterse a la nueva Regla adoptada por ellos y en asimilar el espíritu del Instituto del que pasaban a ser miembros.

262

A esta unión de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux siguió la de los Hermanos de Viviers. Esta última congregación, fundada en 1803 por el venerable señor Vernet<sup>668</sup>, rector del seminario mayor de Viviers, era poco numerosa. El celo y los esfuerzos del señor Vernet en pro del desarrollo de su obra sirvieron de poco. Y la causa del fracaso se hallaba en las raíces mismas del Instituto: dejar al arbitrio de cada uno de los Hermanos la vinculación a su vocación. El señor Vernet quiso introducir en la congregación una disposición que había encontrado en la Compañía de San Sulpicio; y ése fue el escollo de la incipiente comunidad. En efecto, los Hermanos, después de concluido el noviciado, al encontrarse nuevamente en contacto con el

<sup>664</sup> Se trata aquí de un brevísimo extracto de lo que se acordó en ambas deliberaciones: una del Consejo del Hermitage, el 20 de octubre de 1841, y otra del Consejo de Saint-Paul-Trois-Châteaux, el 29 de noviembre de 1841 (CSG I, páginas 530-536).

<sup>665</sup> De hecho, un solo Superior General, el Padre Colin; un solo Provincial, el Padre Cholleton, y un solo Director General, el Hermano Francisco.

<sup>666</sup> Su vida se halla recogida en un librito, fuera de la serie Biografías de algunos Hermanos (cfr. LPC 2, págs. 292-302).

<sup>667</sup> En las Biografías de algunos Hermanos, ver la del Hermano Paul (CM II, página 142 y ss.) que, con el señor Fièrè, era el confundador de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Valence.

<sup>668</sup> LPC 2, págs. 506-510.

mundo, en razón de su misma actividad, iban perdiendo insensiblemente el primitivo fervor. Su voluntad, que sólo por los votos podía verse libre de los vaivenes de la inconstancia, quedaba inerme ante las tentaciones y el desaliento, en medio de las dificultades inherentes a su misión de educadores, y resultaba demasiado débil para mantenerlos en la vocación. Por eso, la mayor parte de los Hermanos mejor dotados, en cuanto se veían en posesión de su título de maestro, renunciaban a su santo estado y volvían al mundo.

Tantas deserciones causaron profunda pena al señor Vernet, y le hicieron perder las esperanzas. Convencido de la necesidad de la profesión religiosa, nació en él la idea de seguir el ejemplo del señor Mazelier y unir su congregación a la de los Hermanitos de María, que, con los votos, tenía una Regla y gobierno sólidamente establecidos.

Con ese objetivo dirigió varias cartas al reverendo Padre Cholleton para rogarle que se ocupara de gestionar dicha unión, pero le sorprendió la muerte antes de llevarla a cabo.

263

Monseñor Guibert<sup>669</sup>, a quien al morir había encomendado la obra de los Hermanos, culminó felizmente la gestión en los primeros meses de 1844. La unión se realizó en las mismas condiciones que la de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux. Aunque no se hallaban tan preparados como aquéllos, no por eso fue recibida con menos satisfacción por la mayoría, pues eran conscientes de que su congregación carecía de los elementos indispensables para promover la gloria de Dios y asegurar a sus miembros plena seguridad de cara al futuro. Los Hermanos de Viviers<sup>670</sup>, al unirse a los de María, al adoptar su hábito y sus Reglas, se esforzaron al mismo tiempo en asimilar su espíritu, y muy pronto la unión de los corazones fue mucho más fuerte que los signos externos que los convertían a todos en una sola comunidad.

Ambas fusiones, con tres familias religiosas bajo un mismo guía, una misma Regla y un mismo gobierno, son posiblemente un caso único en la historia monástica. Pero lo más admirable -signo de que la Provincia lo dirigía todo- fueron las consecuencias felices que se siguieron.

Estas uniones que, según el desarrollo normal de las cosas, suelen sembrar en la congregación el germen del mal espíritu y de la discordia, en este caso sólo trajeron motivos de paz, caridad y ganas de hacer el bien. Nunca se vio tanto afecto y caridad entre los Hermanos y tanta piedad, regularidad y buen espíritu en las casas. Los Hermanos unidos, que formaron la Provincia del Mediodía, se caracterizaron siempre por su docilidad, abnegación y apego al Instituto.

El señor obispo de Viviers, que quería tener un noviciado en su diócesis, compró para su instalación un amplio edificio en la Bégude<sup>671</sup>, próximo a Aubenas. Dicho noviciado fue vivero de excelentes religiosos para el Instituto.

264

El de Saint-Paul-Trois-Châteaux, que hasta entonces había tenido muy pocas vocaciones, se desarrolló poco a poco y muy pronto acudieron los postulantes en tan gran número que hubo que ampliar las instalaciones.

<sup>669</sup> El señor Vernet murió en 1843. Monseñor Guibert, a la sazón obispo de Viviers, deseaba mucho más ardientemente aún dicha unión. Se llevó a cabo sin mayor dificultad, el 15 de abril de 1844. El Hermano Francisco, Director General, nombró al Director provincial, Hermano Bernardino, maestro de novicios (LPC 2, pág. 647 y 510).

<sup>670</sup> Deliberación del Consejo del Hermitage, del 17 de agosto de 1843 (CSG I, pág. 553), y Acta de fusión de los Hermanos de Viviers con los del Hermitage (CSG I, pág. 564).

<sup>671</sup> Se abrió el noviciado el 3 de marzo de 1844, con unos veinte novicios (Anales de Viviers, AFM 221.222, pág. 45 y 221.224, págs. 61-62).

La prosperidad de los dos noviciados fue tal que en pocos años los Hermanos se distribuyeron por todos el mediodía de Francia, y se fundaron más de cien casas.

El noviciado del Hermitage, núcleo de la vida y del auténtico espíritu del Instituto, no sólo facilitó los principales elementos humanos que constituyeron la Provincia del Mediodía, sino que al mismo tiempo siguió fundando numerosas escuelas en los departamentos de Loira, Ródano, Isère, Saona y Loira, Ain, Alto Loira, Puy-de-Dôme, Oise, Pas-de-Calais y Norte. En este último se llegó a fundar, en el transcurso del año 1846, un noviciado.

265

La señora condesa de la Grandville<sup>672</sup>, mujer de piedad y virtud excepcionales, corrió con todos los gastos en un gesto de generosidad que sólo puede ser inspirado por su espíritu cristiano.

Su primera idea era sencillamente fundar una escuela para los niños de Beaucamps, pequeña población del cantón de Haubourdin, cerca de Lille, donde vivía y en la que su caridad inagotable se había hecho Providencia visible. pero luego, por el bien que los Hermanos realizaban en Beaucamps, dedujo el que podrían hacer en las demás parroquias de aquella región, cuyas necesidades eran mayores todavía. Comprendió que el único medio eficaz para conseguirlo era la fundación de un noviciado y no dudó en hacer todos los sacrificios que fueran necesarios para lograr esa fundación<sup>673</sup>.

Así pues, mandó construir una amplia casa y una capilla que ofreció al Instituto, junto con una finca cuya renta ascendía a 1800 francos, para el mantenimiento de los tres Hermanos encargados de la escuela de las parroquias de Beaucamps y Ligny. Este noviciado, obra exclusiva de la señora de la Grandville, comparte con esta generosa bienhechora una gran parte del bien que el Instituto puede realizar y le granjea la eterna gratitud de los Hermanitos de María.

Los acontecimientos de 1848 no consiguieron frenar la prosperidad del Instituto. Los Hermanos, ocupados exclusivamente en la educación de los niños, siguieron disfrutando de la simpatía de los partidos y en ningún lugar fueron molestados lo más mínimo. Las elecciones del 10 de diciembre dieron el poder del Estado al príncipe Luis Napoleón, sosegaron las preocupaciones respecto al futuro del país y permitieron vislumbrar esperanzas en una etapa de seguridad en la que iba a entrar Francia. Se produjo una reacción religiosa en todos los espíritus deseosos del orden, y el señor Falloux -hombre profundamente religiosos, que llegó a ser ministro de Instrucción Pública y de Cultos-, el clero y los buenos católicos aprovecharon la ocasión para exigir libertad de enseñanza. Sus constantes esfuerzos se vieron premiados por la ley del 15 de marzo de 1850.

266

Esta ley<sup>674</sup> otorgaba libertad de enseñanza secundaria y concedía a las congregaciones religiosas, dedicadas a la enseñanza primaria y reconocidas por el Estado, el derecho de presentación para escuelas públicas, la libre distribución de sus miembros y la exención del servicio militar. Pero al mismo tiempo creaba, a las no autorizadas, dificultades insuperables y las

<sup>672</sup> BI IX, págs. 361-368 y CSG II, págs. 496-498 y III, pág. 303.

<sup>673</sup> BI II, pág. 496 - AFM BEA, 606.012.01/02.

<sup>674</sup> Esta ley es llamada "Folloux", aunque el conde de Falloux ya no era ministro de Instrucción Pública en el momento de ser promulgada.

impedía realizar el bien<sup>675</sup>. Como quiera que la congregación se hallaba en esta comprometida situación, los Superiores no vacilaron en reanudar los trámites que ya en dos ocasiones se habían emprendido bajo el reinado de Luis Felipe y después del fallecimiento del Padre Champagnat, para conseguir el reconocimiento legal del Instituto.

Monseñor Parisis, obispo de Langres, se encargó de presentar personalmente la solicitud<sup>676</sup> al ministro de Instrucción Pública y consiguió que, entre otras instancias del mismo género, fuera la primera- y la única- en ser estudiada. El señor ministro la acogió con mucho interés y tuvo la amabilidad de presentarla personalmente al Consejo Superior<sup>677</sup>, el cual, tras el informe favorable del señor Portalis, presidente primero del Tribunal Supremo, la aprobó por unanimidad y sin discusión alguna.

267

Pocos días después, fue enviada al Consejo de Estado, con el informe favorable del Consejo Superior y un proyecto de decreto para el reconocimiento legal del Instituto y la aprobación de sus estatutos. Todo inducía a pensar que la solicitud se tramitaría sin dificultad, pero no sucedió así. En el Consejo encontró fuerte oposición y, tras una enconada discusión que duró más de tres horas, no se llegó a ninguna conclusión, pese a los esfuerzos del señor de Crouseilhès, ministro de Instrucción Pública, que apoyaba a los Hermanos. Se aplazó la discusión a la semana siguiente. Mientras tanto, los consejeros honrados y cuantos habían aprobado la ley del 15 de marzo de 1850, se esforzaban por lograr que se aprobara la solicitud de autorización, no sólo por el interés que les merecía la congregación de los Hermanitos de María, sino también porque se trataba de que el gobierno ratificara el derecho de reconocer, por simple decreto, a las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza, conforme a la citada ley.

Desde este punto de vista, el asunto era de gravedad e importancia sumas; por eso, los católicos le habían prestado el mayor interés e hicieron esfuerzos inauditos par conseguir el triunfo de la causa de los Hermanos y del principio en que se fundamentaba.

Gracias a tanto esfuerzo fue reconocido finalmente dicho principio por el Consejo de Estado. El artículo principal del decreto de autorización del Instituto fue promulgado con todas las ventajas que se podían desea. por ejemplo, se contempla el carácter religioso de la congregación y su existencia civil para todo el territorio francés, sin traba ni restricción alguna. Además, se garantiza el derecho de presentación de los miembros a las escuelas públicas, la exención del servicio militar, la posibilidad de recibir legados, tanto para el Instituto como para las escuelas, y la de adquirir y poseer bienes.

Tres días después<sup>678</sup>, el decreto era firmado por el Príncipe Presidente de la República.

---

<sup>675</sup> Concretamente, el nombramiento de maestros dependía de un Consejo Académico (AA,AFM, manuscrito, págs. 368-369). El Hermano Francisco, basándose en una carta de 1842 del ministro Villemain, el cual admitía personalmente el principio de hacer extensiva la disposición concedida a los Hermanos de Saint-Paul -válida en los departamentos de Drôme, Isère y Hautes-Alpes-, también al departamento de Loira, siguió destinando a los Hermanos como si fuera Superior de una congregación legalmente reconocida, pero no sin provocar la reacción de los inspectores. El curso escolar 1850-1851 resultó bastante polémico (CSG I, pág. 501).

<sup>676</sup> El 30 de enero de 1851, el Hermano Francisco había enviado a Mons. Parisis, delegado en la Asamblea nacional, la petición escrita destinada al señor ministro de Instrucción Pública, y la memoria en apoyo de la solicitud de autorización (CSG II, págs. 443-444).

<sup>677</sup> Se trata del Comité del Interior, cuyos miembros más influyentes fueron el vizconde de Montesquiou, ponente, y Pérignon, presidente (CSG II, pág. 59).

<sup>678</sup> El 20 de junio de 1851 (CSG, págs. 440-450). La circular del 3 de julio describe los trámite emprendidos por el Fundador para llegar a esta meta y los que acaban de concluir (CSG II, págs. 56-74).

Así pues, la autorización, como había prometido el padre Champagnat en su lecho de muerte, llegó en el momento preciso en que era imprescindible, y fue concedida en condiciones mucho más ventajosas que lo hubiera sido de haberla conseguido cuando la solicitaba él mismo. No cabe duda de que Dios quiso otorgarnos tal favor gracias a sus oraciones y a las de tantos buenos Hermanos que sin duda gozan con él de la gloria eterna.

Antes de morir<sup>679</sup>, decía el Hermano Lorenzo al Hermano Superior General que se disponía a salir hacia París para activar los trámites General que se disponía a salir hacia París para activar los trámites de la autorización: “No se preocupe; cuando esté arriba con el Padre Champagnat, ya verá cómo arreglamos el asunto entre los dos.”

La piedad y la virtud de aquel buen Hermano eran suficientes como para hacernos pensar que tal pensamiento le había sido inspirado por Dios para hacernos palpar la protección evidente que íbamos a recibir de nuestro piadoso Fundador en esta coyuntura.

268

Otro asunto, no menos importante, que desde hacía tiempo preocupaba al Hermano Francisco y a sus Asistentes, era la revisión de las Reglas y su aceptación definitiva por el Instituto.

Ya hemos advertido más arriba que el Padre Champagnat no consideró conveniente incluir en la primera edición de la Regla numerosos detalles cuya práctica era habitual, pero que podrían necesitar la sanción del tiempo y la experiencia, antes de quedar definitivamente aceptados. y comprendía, además, que las mismas Reglas que promulgaba, a excepción de los artículos fundamentales, podían ser revisadas y modificadas, si se creía oportuno, por el Capítulo General que se iba a convocar después de su muerte.

Para llevar a cabo este trabajo, el Gobierno del Instituto hizo tres cosas:

1. Consignó por escrito todas las reglas que sólo lo eran de tradición, pero cuya práctica y uso eran habituales desde los tiempos del Padre Champagnat, y que habían sido establecidas por él.
2. Cotejó minuciosamente todos los escritos, notas e instrucciones acerca de las Reglas que había dejado el piadoso Fundador. Recopiló cuanto podía iluminar, explicar, relacionar o completar determinados puntos de la Regla.
3. Coordinó el conjunto, lo ordenó y dividió en tres grandes apartados con los títulos de Reglas Comunes, Reglas de Gobierno y Guía de las Escuelas.

Una vez realizado este trabajo, tras larga discusión y maduro examen, el Hermano Superior General convocó el Capítulo General para sometérselo, estudiarlo, examinarlo y modificarlo, si hacía falta, y para adoptar y fijar definitivamente las Reglas, el gobierno y el método de enseñanza del Instituto.

Los Hermanos capitulares, en número de treinta, fueron elegidos y nombrados por todos los Hermanos profesos. Se reunieron en el Hermitage, a finales de mayo de 1852<sup>680</sup>.

<sup>679</sup> El Hermano Lorenzo muere el 8 de febrero de 1851 (CSG II, pág. 70 y página 62, nota).

<sup>680</sup> El 31 de mayo.



Después de tres días de retiro, tuvo lugar la apertura del Capítulo General con una misa del Espíritu Santo y la procesión a la tumba del padre Champagnat.

269

Después de revisar el trabajo preparado por el Gobierno general, los Hermanos capitulares consideraron que no era posible estudiar y examinar todo en una sola sesión. Por eso determinaron que fueran tres, es decir, una por cada tema del proyecto. En la primera se ocuparían de las Reglas Comunes; en la segunda, de la Guía de las Escuelas, y en la tercera, de las Constituciones y Reglas de Gobierno.

Los miembros del Capítulo se entregaron con mucho entusiasmo al estudio y análisis de las Reglas que les habían presentado. Al ver que eran la expresión fiel de la voluntad de su piadoso Fundador, y que contenían su pensamiento y espíritu, las adoptaron con ligeros retoques tal como se las había presentado el Gobierno general. No podía ser de otro modo, ya que los capitulares eran hombres piadosos y profundamente entregados al Instituto. Formados, en su mayoría, por el mismo Padre Champagnat y penetrados de su espíritu, se aferraban a cuanto procedía de él, comprendiendo que su primera obligación era conservar las normas dadas por el buen Padre, mantener los usos por él establecidos y perpetuar su espíritu entre los Hermanos.

A pesar de algunas discusiones, a veces un tanto acaloradas, sobre determinados detalles, nunca se apartaron lo más mínimo de esta norma, ni se produjeron serias discrepancias en el seno del Capítulo. El único deseo, empeño y preocupación de los Hermanos capitulares fue conservar el Instituto tal como había sido fundado por su amadísimo Padre.

Queriendo transmitir a todos los Hermanos sus propios sentimientos y su línea de actuación en el examen de las Reglas del Instituto, se expresaban así en el prólogo que encabeza las Constituciones<sup>681</sup>.

“Queridísimos Hermanos: Creemos necesario advertiros que las Reglas y Constituciones de la congregación no son invención nuestra, sino obra de nuestro amadísimo Padre. Aunque no todas fueron escritas por él, todas son suyas; pues, o se las hemos oído de su boca, o las hemos entresacado de sus escritos y de los usos que estableció entre nosotros. Son, pues, la fiel expresión de su voluntad, y contienen su espíritu, es decir, su modo de practicar la virtud, de formar y orientar a los Hermanos y de realizar el bien con los niños. Sí, esta Regla en todas sus partes es obra del Padre Champagnat. Él estableció nuestros ejercicios diarios de piedad; de él proceden las prácticas de virtud, los votos y demás medios de santificación

270

que hallamos en nuestro santo estado. Él estableció las relaciones de los Hermanos entre sí, con la gente y con los niños: con los Hermanos para ser buenos religiosos; con los niños, para ser sabios y piadosos educadores; con la gente, para edificarla y difundir por doquier el buen olor de Jesucristo<sup>682</sup>. Él es quien ha dado al Instituto su espíritu, carácter y finalidad y quien ha establecido su estructura externa, es decir, el hábito de los Hermanos, su régimen alimenticio, la forma de vida que los caracteriza, el alojamiento, mobiliario, método de enseñanza y sistema de

<sup>681</sup> El Hermano Juan Bautista ofrece extractos fidedignos de la “carta a los miembros del Capítulo General en Constituciones y Reglas de Gobierno. Párisse, Lyon, 1854.

<sup>682</sup> 2 Co 2, 15.

gobierno con un Superior General vitalicio, auxiliado por los Asistentes<sup>683</sup>, Visitadores y representado, en las casas ordinarias, por los Directores y subdirectores.

No teníamos por qué discutir estas líneas maestras, ni menos aún añadir o suprimir ninguna, sino aceptarlas como nuestro piadoso Fundador nos las legó. El objeto de nuestra reflexión no podía ser otro que su desarrollo y aplicación. y hemos de añadir que la mayor parte de este trabajo nos ha sido facilitado por las normas y escritos que nos dejó el Padre Champagnat. Nuestro cometido se ha limitado, pues, a recopilar, ordenar, explicar y completar esas diversas enseñanzas. ha consistido, especialmente, en discernir y aceptar, para nosotros y para todos los demás Hermanos, el precioso patrimonio de nuestro venerado Padre. Nuestro cometido primordial y sagrado consiste en entregárselo como lo hemos recibido, par que, a vuestra vez, lo transmitáis a las generaciones venideras.

Antes de separarse, y a petición del Hermano Superior, el Capítulo eligió un tercer Asistente, elección que recayó en el Hermano Pascal.

271

Durante la celebración del Capítulo General se presentó el reverendo Padre Colin en el Hermitage para animar a los Hermanos capitulares y ofrecerles sus consejos. Aprovechó la coyuntura para comunicarles la inviabilidad de unir ambas ramas bajo un superior único. Después de testimoniar a los miembros del Capítulo su satisfacción por un buen espíritu, les dijo<sup>684</sup>:

“Queridos Hermanos, he de deciros que me hallaba preocupado cuando vi cómo se deterioraba la salud del Padre Champagnat. No veía claro el porvenir de vuestra congregación. Pero Dios, que velaba por ella, se ocupó de todo e inspiró a vuestro piadoso Fundador la idea de nombrar un sucesor.

No ignoráis que, a pesar de haber cedido a mis ruegos insistentes para que os diera un sustituto, el Padre Champagnat me había hecho depositario de su autoridad y de su última voluntad. Por ello hubiera podido inmiscuirme en vuestros asuntos. Pero comprendí que sólo contribuiría a dificultar vuestro gobierno. Por consiguiente, mi deber era renunciar totalmente en favor de vuestro Hermano Superior y sus Asistentes. Y, la verdad, no podéis quejaros de su gestión, pues han dirigido prudentemente el Instituto. Todo esto me convence cada vez más de que la voluntad de Dios es que os gobernéis vosotros mismos.

Al principio, como niños recién nacidos, necesitabais ser guiados y rodeados de toda clase de cuidados por los Padres. Ahora, que habéis llegado a la edad adulta, podéis caminar solos y, por así decirlo, tenéis que emanciparos. Hijos míos, estad seguros de que los Padres ya no deben ni pueden inmiscuirse en vuestro gobierno, pues, al no estar al tanto de vuestros usos, sólo podrían obstaculizarlo. Después de haber orado mucho tiempo y examinado meticulosamente el asunto, tengo que confesaros que no creo posible someter a la autoridad del mismo Superior a Hermanos y Padres.

<sup>683</sup> Los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux y algunos otros exigían un gobierno menos centralizado. Algunos proponían que hubiese, además de los Asistentes, Provinciales que residieran en el centro de la Provincia. Los Visitadores desempeñaban un papel más bien pedagógico que pastoral y, además la visita de las escuelas era tan sólo una parte de su cometido (AA. Manuscritos página 454 y ss.).

<sup>684</sup> En su conjunto, el extracto reproduce textualmente el original. Sin embargo, es interesante la supresión de determinados párrafos: admiración por el emplazamiento del Hermitage; la Sociedad de María que se configura no sobre las congregaciones precedentes, sino sobre la Iglesia primitiva y Nazaret; la característica de la Sociedad que es humildad, sencillez y modestia; sus humildísimos comienzos, prenda de su expansión mundial que hay que preparar por medio de este Capítulo, pues una “fisura” podría dar origen a una avalancha devastadora (AFM, Actas del Capítulo de 1852, págs. 122-125).

272

La voluntad de Dios se ha manifestado palpablemente con motivo de mi viaje a Roma; pues, cuando presenté al cardenal Protector de nuestra congregación mi proyecto de unir las dos ramas bajo el mismo Superior, me repitió varias veces que eso no era posible. Y recordó aquellas palabras de la sagrada Escritura: No uncirás asno con buey para labrar<sup>685</sup>. Así que, hijos míos, la voluntad de Dios es que tengáis un Superior, elegido de entre vosotros, que os gobierne en todo.

Con ello no quiero decir que rompa con vosotros y que me desinterese de todo lo vuestro. Al contrario, en cuanto de mí dependa, no perderé ocasión de seros útil. Mi voluntad es que Hermanos y Padres sigan siempre unidos, y me propongo incluir en nuestra Regla un artículo que perpetúe esta unión que viene de nuestro origen común.”

Esta declaración<sup>686</sup> del reverendo padre Colin no sorprendió a nadie, pues hacía mucho tiempo que todos los Hermanos sabían que Roma había rechazado la unión de la congregación de hermanos y Padres bajo un mismo Superior.

Los Hermanos acogieron gustosísimos la nueva edición de las Reglas. Todos se sintieron alegres y confiados. Se acrecentó su amor a la vocación y al Instituto al ver que las Reglas y las Constituciones se habían fijado definitivamente, y que quedaban garantizados así el modo de vivir del Instituto y su futuro.

Desde la autorización legal y la celebración del Capítulo General, el Instituto conoció un florecimiento asombroso. Al morir el Padre Champagnat sólo había cuarenta y cinco<sup>687</sup> casas: hoy<sup>688</sup> cuenta con más de trescientas. En ellas viven y trabajan más de 1500 Hermanos, ocupados en proporcionar instrucción y educación cristiana a cincuenta mil alumnos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

---

<sup>685</sup> Dt 22, 10.

<sup>686</sup> Desde hacía diez años, el P. Colin había dado a entender que ése era el sentir de la Santa Sede. Sin embargo, se mantendrían relaciones de amistad entre Padres y Hermanos, pero no lazos de dependencia (cfr. OM 1, págs. 13 y 14). En 1854, el Hermano Francisco asumirá el título de R.H. Superior General. En 1863, el Capítulo General, a petición de la Santa Sede, será presidido por el Padre Favre, Superior General de los Padres Maristas (cfr. AFM, Actas del Capítulo de 1862-1863).

<sup>687</sup> 48 escuelas además del Hermitage y Oceanía (AA, pág. 316).

<sup>688</sup> En 1856.

## SEGUNDA PARTE

### CAPITULO I

*Retrato y carácter del Padre Champagnat. Qué pensaba de la tristeza y de la santa alegría. Su interés por moldear el carácter de los Hermanos.*

El Padre Champagnat<sup>689</sup> era alto, erguido y majestuoso; tenía ancha la frente, los rasgos del rostro bien definidos, la tez morena. Su aspecto grave, modesto y reposado infundía respeto, y hasta, a primera vista, temor<sup>690</sup>. Pero estos sentimientos se trocaban en confianza y afecto en cuanto se le trataba un poco, pues bajo esta capa un tanto adusta y en apariencia severa, se ocultaba la persona más jovial.

Tenía conciencia recta, juicio certero y profundo, corazón bondadoso y sensible, sentimiento nobles y elevados. Era de carácter alegre, abierto, sincero, firme, entusiasta, ardiente, tenaz y siempre ecuánime.

Tan preciosos dones y cualidades, perfeccionadas por la gracia y realzadas por una profunda humildad y exquisita caridad lo hacían amable en sumo grado a los Hermanos y a cuantos lo trataban. Dios, que lo destinaba a formar educadores de la juventud, lo había dotado del carácter más idóneo para la enseñanza. Así, los Hermanos, en esto, como en todo lo demás, pudieron seguir su ejemplo y hallaron en él un modelo de las virtudes y cualidades necesarias a un maestro, par realizar el bien entre los niños.

Buena parte del éxito que consiguió el Padre Champagnat en el desempeño de su ministerio y en la fundación del Instituto hay que atribuirlo a su carácter alegre, abierto, sencillo, atento y conciliador. Sus modales sencillos y afables, la franqueza y el aspecto bondadoso que se dibujaban en su rostro, le cautivaban los corazones y predisponían a recibir sin dificultad, e incluso con alegría, sus observaciones, enseñanzas y reprensiones.

“Es tan bueno y sabe arreglárselas tan bien -decían de él los vecinos de Lavalla- que no hay más remedio que hacer lo que manda o aconseja. Lo mismo decían los Hermanos.

Uno de éstos exclamaba al salir del despacho del Padre: “Si otro cualquiera me hubiese dado tal reprensión, no la hubiera aguantado, pero al mismo tiempo que me cantaba las verdades supo ingeniárselas de tal modo que no sólo no estoy enfadado contra él, sino que lo quiero más que antes.”

Al preguntarle<sup>691</sup> qué le había dicho el Padre, respondió: “Me guardaré de decíroslo; no quiero hacer confesión pública. Lo que sí puedo aseguraros es que sus palabras me han herido en

<sup>689</sup>El pasaporte de fecha 22 de agosto de 1836 señala: talla, 1,79 m; cabello, castaño; frente, despejada; ojos, grises; boca, regular; rostro, alargado; tez, pálida (cfr. AFM, 140.06).

<sup>690</sup>El Hermano Silvestre deja constancia de la impresión que le causó “su estatura elevada y majestuosa, su actitud bondadosa y grave al mismo tiempo, el rostro que imponía respeto, las mejillas enjutas, los labios finos que esbozaban una sonrisa, la mirada penetrante y escrutadora, la voz potente y sonora, la dicción clara de su palabra, sin laconismos ni prolijidad...” (MEM, pág. 84).

<sup>691</sup>Se trata del Hermano Silvestre, autor de las Memoires (MEM, pág. 90).

carne viva, pero su modo de presentar las cosas ha suavizado totalmente la dureza de la corrección y me ha cautivado el corazón.”

Lo más admirable en el carácter del Padre Champagnat era que siempre se mantenía ecuánime. Las contrariedades, pruebas, trabajos y preocupaciones de la administración de tan numerosa comunidad, que con frecuencia carecía de muchas cosas; las enfermedades y dolencias... nada conseguía alterar la paz de su alma y la serenidad de su rostro. Nunca se quejaba, nunca lo vimos triste o desalentado; al contrario, disimulando sus propias penas y cansancio, trataba de levantar el ánimo de los Hermanos.

“Amigos -repetía a menudo-, recordemos que trabajamos por Dios, y que el premio que nos tiene preparado es eterno. Si creyéramos esto con fe viva, ¿cómo íbamos a dejarnos dominar por la tristeza? ¿Nos atreveríamos a quejarnos cuando tenemos que hacer algún sacrificio o cuando en nuestro empleo encontramos alguna dificultad? La gente del mundo trabaja más que nosotros y canta a veces todo el día porque ganan unas cuantas monedas; y nosotros, que ganamos el cielo, ¿vamos a estar tristes y dejarnos dominar por el desaliento? ¿Dios nos libre de ánimo tan menguado, de tan poca virtud?”

En uno de los viajes que realizaba a pie, acompañado de un Hermano, al ver a éste triste y quejicoso, el Padre Champagnat, que conocía el carácter melancólico del Hermano, trataba por todos los medios de levantarle el ánimo y alegrarlo.

-¿No le parece, Hermano -le decía-, que el camino se está haciendo muy largo?

-Pues sí, y ya tengo ganas de que acabe.

-Todo llegará, y entonces lamentará no haber soportado con paciencia el cansancio.

-No me importaría tanto el cansancio si pudiera beber un poco de agua; tengo una sed rabiosa.

-Si no fuera la sed, sería cualquier otra necesidad. En este mundo, el sufrimiento nos acompaña por doquier; quien lo acepta con resignación y no lo rehúye es quien menos sufre. ¿No se da cuenta de que multiplica sus penas y pierde el mérito de su cruz cuando cede al mal humor? Cantemos una canción a la Santísima Virgen, y nos ayudará a soportar la sed y demás incomodidades del camino.

E inmediatamente el buen Padre entonó el himno *Memento salutis auctor*, que cantó él solo hasta el final, repitiendo tres veces la segunda estrofa, *Maria, Mater gratiae*.

Poco después, al dar con una casa rica al borde del camino, entró y pidió un refresco para el Hermano. Él, aunque estaba muy cansado y sufría un fuerte dolor de costado, no quiso tomar nada, ni una gota de agua.

Al reanudar la marcha, dijo al hermano: “Ahora que ya está satisfecho y no tiene sed, ¿verdad que siente no haber tenido suficiente aguante para sobrellevar esta ligera molestia? Bueno, pues para la próxima vez sea un poco más valiente y no se deje llevar del mal humor, que, además de debilitar y destruir los buenos sentimientos, aumenta los sufrimientos y los hace insoportables. Usted, más que nadie debe precaverse contra la tristeza, pues por su carácter se halla naturalmente penoso a ella.”

Según el Padre Champagnat, las personas tristes y melancólicas no sirven para la enseñanza. Quizá, por ello, este defecto fue el que más combatió. “La tristeza<sup>692</sup> -decía en cierta charla- produce cuatro graves males:

1.º *Mata la piedad*, pues oscurece el entendimiento y agosta los buenos sentimientos, priva de la confianza en Dios y mantiene al hombre en inquietud y sobresalto permanentes. Ninguna otra práctica resulta tan difícil a quien se deja dominar por la tristeza, como la oración: le resulta un martirio insoportable, o más bien un infierno indescriptible.

2.º *Es madre y nodriza de tentaciones*. Hay dos clases de hombres de los que el demonio hace lo que quiere: los perezosos y los que se dejan llevar de la tristeza y el desaliento. No preguntéis qué tentaciones experimentan, pues las tienen todas. Los religiosos de carácter taciturno, melancólico, que tratan de estar solos y ocultarse, casi siempre alimentan en su espíritu pensamientos perversos. Cada cual aprecia al que se le parece: como el demonio es el espíritu de las tinieblas, prefiere a los hombres de carácter sombrío y pesimista. Este enemigo de la salvación, que es sumamente desgraciado, se complace en los que están tristes, y, en cuanto los ve hundidos en este defecto, les llena la mente y los asedia con toda clase de tentaciones. Por eso dijo un gran santo que, de todas las tentaciones del demonio, la más temible es la tristeza. A quienes el demonio hace caer en pecado, los seduce por la tristeza y el desaliento. Si le quitan esas armas, no puede hacerles daño.

3.º *Siembra la discordia y destroza la caridad fraterna*. La tristeza engendra ira, impaciencia, resentimiento, mal humor. Hace al hombre sospechoso, susceptible, huraño, trastorna su espíritu, le hace perder la razón y lo vuelve insoportable a todos. Por eso, basta un Hermano dominado por este vicio para perturbar la unión de una comunidad y sembrar la discordia entre quienes tienen la desgracia de vivir con él.

4.º *Escandaliza al prójimo*, porque da motivo para pensar que quienes sirven a Dios son desgraciados y que la tristeza es inherente a la práctica de la virtud. Mirad, dicen los mundanos al ver a un religioso dominado por la tristeza, mirad cuánto sufre; en su cara se ve que no le gusta su vocación, que permanece en ella porque no tiene otro remedio y no sabe adónde ir.”

Un día le dijeron al Padre Champagnat que un Hermano joven estaba triste y que desde hacía tiempo apenas hablaba. Lo mandó llamar y le dijo:

-No le gusta su vocación, ¿verdad?

-Perdone, Padre, siempre me ha gustado.

-Entonces, ¿son los Hermanos los que no le gustan?

-No tengo nada contra los Hermanos, y no puede quejarme de ninguno.

-¿Quizá el empleo no es conforme a sus gustos?

-Mi empleo no tiene mayor dificultad y me gusta bastante.

-Entonces, ¿le desagrada la casa o el lugar?

<sup>692</sup>Texto basado en PPC, parte segunda, tratado VI, cap. 1, “De los graves males de la tristeza”.

-No, Padre, nada de eso me disgusta.

-¿Por qué, pues, está triste y no habla?

-Pues no lo sé; ésa es la verdad. Estoy triste a pesar mío.

-Eso no es todo cierto. Es verdad que usted es propenso a la tristeza, pero esa inclinación ha aumentado por su descuido en luchar contra ella. Al dejarse llevar de la tristeza, de la impresión de que todo le disgusta, y que todo en la vida religiosa le resulta insoportable. Y esto es tan cierto que, entre sus compañeros, unos me dicen que no aprecia su vocación, que no le gustan los Hermanos; otros que le desagrada la casa o su empleo. Ya ve que dejándose llevar de su mal humor, hace que sospechen de usted lo peor. De donde deduzco que, si no corrige ese defecto, no sirve para la vida religiosa, pues será motivo de escándalo para los Hermanos y para los niños, y hará desdichados a quienes estén a su alrededor.

Se leía en el comedor la vida de san Francisco de Asís. El buen Padre aprovechó la ocasión para dar a los Hermanos una sólida lección sobre la santa alegría. “Hermanos -les dijo-, el santo cuya vida estamos leyendo nos ofrece excepcionales ejemplos de virtud. Pero hay uno que hemos de destacar especialmente: el cuidado que ponía en huir de la tristeza y mantener la santa alegría. Los motivos que da para ello son:

1.º Que el demonio nada puede contra quienes viven en paz, confianza y alegría<sup>693</sup>.

2.º Que la alegría espiritual es el tormento de los espíritus de las tinieblas, pues envidian la vocación del religioso, los favores que recibe de Dios y los premios que le aguardan.

3.º Que es propio de los demonios estar tristes, mientras que los religiosos deben ser alegres, porque son hijos de Dios. San Francisco agregaba que la alegría y el gozo deben ser disposiciones habituales del alma religiosa. Ésta es la disposición que a todos os deseo, y nada debéis temer tanto como la tristeza y el mal humor; pues, después del pecado, no hay nada peor, nada más peligroso.”

Para mantener entre los Hermanos la alegría y el gozo moderado que trataba de inspirarles, el Padre Champagnat les permitía jugar durante los recreos<sup>694</sup>, y prefería verlos entretenidos en juegos ingenuos que verlos charlar o pasear. “El juego durante los recreos es lo mejor, especialmente par los Hermanos jóvenes”, decía. Él mismo jugaba a veces con los Hermanos; pero, en el juego, como en todo lo demás, era siempre noble, digno, comedido, aunque muy alegre y amable.

Algunos Hermanos de una comunidad se quejaban amargamente de la ligereza de un Hermano joven. Decían que sólo pensaba en jugar y divertirse y que sus chiquilladas no estaban de acuerdo con la gravedad y modestia religiosas y perturbaban el orden de la casa.

-Vamos a ver -preguntó el Padre-. Ese Hermano, ¿es diligente, limpio y hace bien la cocina?

-No tengo quejas de cómo hace la cocina -respondió el Hermano Director

<sup>693</sup>Texto inspirado en PPC, parte segunda, tratado VI, cap. 6, “De la alegría que proporciona una buena conciencia”.

<sup>694</sup>Después del almuerzo, si no tuvieran que atender a los niños, los Hermanos tomarán juntos el recreo en la huerta. Pueden ocuparse también en el cultivo. Lo mismo harán después de la clase de la tarde” (Regla de 1837, cap. II, art. 27, pág. 23).

-¿Está usted satisfecho de cómo reza?

-No hace mal los ejercicios de piedad; tampoco las demás cosas. Sólo tengo que reprocharle su afición exagerada al juego, su ligereza y el alboroto que produce. Para que se dé cuenta de la gravedad de estos defectos, le bastará un botón de muestra. El otro día, después de haberse divertido un buen rato en el patio con la carretilla y haberla metido en la cocina y las aulas, terminó por subirla a la sala de comunidad.

El buen Padre, que conocía perfectamente a dicho Hermano joven y que le profesaba especial cariño por su candor y docilidad, respondió a sus acusadores: “¡Qué lástima que sólo la haya subido hasta la sala de trabajo! Si llega a subirla hasta el desván, le habría regalado una estampa. Prefiero que se divierta de ese modo a que permanezca ocioso y se aburra. No veo qué mal ha podido causar con su carretilla; también ustedes se divertían cuando eran jóvenes. Me parece que son ustedes los que tienen la culpa: en vez de jugar con él a ciertos juegos inocentes u ocuparse en actividades que le diviertan y le distraigan, lo dejan solo, mientras se entretienen por su lado en el estudio y en hablar de cosas serias. ¿Qué extraño es, pues, que él juegue con la carretilla? No veo por qué tienen que echárselo en cara como si se tratara de un crimen, y menos aún dejarlo solo, con peligro de que se hastíe de su trabajo y de la vocación.”<sup>695</sup>

El piadoso Fundador consideraba el gozo y la santa alegría como síntoma de vocación. “El que está alegre y contento -decía-, muestra que le gusta su santo estado, que se siente feliz en él y que no encuentra nada demasiado difícil.”

En cuanto veía a un Hermano joven triste y abatido, hacía todo lo posible para ayudarle a combatir esa tentación.

Tenía un don y un tacto especiales para sacar a los Hermanos jóvenes de esta situación. Muchos Hermanos han comprobado, por propia experiencia, que bastaba un rato de conversación con él para que se desvanecieran sus pensamientos de tristeza y desaliento. Alguno ha llegado a afirmar que era suficiente verlo para librarse de esa molesta tentación.

Un postulante<sup>696</sup> de cualidades excelentes fue a ver al Padre, a los dos o tres días de su llegada, y le pidió retirarse, porque se aburría y creía imposible acostumbrarse.

-Efectivamente -le contestó el Padre-, ya me había dado cuenta de que sufría y no estaba contento. Para ser un buen Hermano hay que estar alegre y contento, y si no lo consigue, no le dejaré que darse. Pero preferiría que no se retirase mientras esté triste, no sea que con ello se desanimen los postulantes de su pueblo que quieren venir. Dentro de unos días, si ya se le ha pasado el aburrimiento, y lo desea, podrá volver a casa de sus padres.

Luego añadió unas palabras graciosas y despidió al joven, que se fue muy satisfecho.

Dos o tres días después, volvió el postulante.

-Padre -le dijo-, ya no me aburro tanto; me encuentro más tranquilo, así que me parece que puedo retirarme.

<sup>695</sup>Se trata asimismo del Hermano Silvestre (AA, págs. 109-111).

<sup>696</sup>Se trata del Hermano Fermín, que falleció a la edad de 73 años (CSG XIII, pág. 325 y Reseñas necrológicas, vol. 2, pág. 72).



-Mi querido amigo -replicóle el Padre-, ¿y por qué se va a marchar ahora si está contento? Ya lo ve, la tristeza que sentía no era más que una tentación. En vez de volver al mundo, donde es tan difícil salvarse, debería iniciar hoy mismo el noviciado. Si me hace caso, le garantizo que llegará a ser un excelente Hermano y salvará su alma.

-También yo lo he pensado -respondió el joven-; pero todavía me preocupan dos cosas: la primera, el temor de que, cuando no esté con usted, me asalte de nuevo el aburrimiento; y la segunda, los gastos que voy a ocasionar y que de nada servirán si luego no persevero.

-No tema -le dijo el Padre-, le prometo ocuparme de usted y no enviarle a las escuelas hasta que se encuentre totalmente satisfecho y consolidado en su vocación. Respecto al dinero, no va a tener gastos: si no llega a acostumbrarse y tuviera que retirarse, no le cobraré nada.

Y abriendo su escritorio, tomó el dinero del joven -doscientos francos- y poniéndolo aparte en un cajoncito, le dijo sonriente: “Aquí queda su dinero; no lo he tocado, ni nadie lo tocará; y si se marcha, se lo devolveré tal como me lo ha entregado.”

Encantado por tal delicadeza, el postulante se fue muy satisfecho. Unos días después, volvió a ver al buen Padre, y radiante de gozo, le dijo: “Haga de mi dinero lo que guste, pues se me ha pasado totalmete el aburrimiento. Ahora sólo tengo un temor: el de no perseverar y hacerme indigno de la gracia extraordinaria que Dios me ha concedido llamándome a esta vocación.”

El mal carácter es uno de los mayores obstáculos par realizar el bien. El gozo, la santa alegría y la modestia son indispensables a los Hermano para tener éxito con los niños. Efectivamente, para atraer a los niños, para captar su atención, hay que ser simpático.

Ahora bien, se gana su respeto y atención y se merece su confianza cuando se poseen cualidades sociales, como los buenos modales, la afabilidad, y un carácter alegre, abierto, sencillo, servicial, ecuánime y modesto.

“A todos resulta agradable -dice san Ambrosio<sup>697</sup> -el carácter bondadoso; y si va acompañado de amabilidad en los modales, de suavidad en el mando, de afabilidad y decoro en las palabras, de modestia y discreción en la conducta, es imposible expresar hasta qué punto cautiva los corazones.” Por eso nada nos recomiendan tanto los santos como las cualidades sociales, indispensables para ser útil al prójimo cuando se quiere procurar su salvación. “Los siervos de Dios -dice san Agustín- deben ser modestos, graves, prudentes, afables, sin defecto ni tacha, para que cuantos los vean digan con admiración: quienes gozan de carácter así, no pueden por menos de ser hombres de Dios.”

San Gregorio de Nisa, al hablar de las eminentes virtudes de san Melecio, patriarca de Antioquía, alaba especialmente su aspecto jovial, afable, modesto y digno, con el que cautivaba todos los corazones.

San Francisco<sup>698</sup> Javier escribía a uno de sus compañeros, a quien había enviado a catequizar a los paganos: “Que tus modales sean atractivos, llenos de alegría y serenidad, para que no seas de los que asustan y repelen a todo el mundo. Ya existe demasiada aversión por todo lo bueno, como para no intentar hacerlo fácil y agradable.”

<sup>697</sup>SAN AMBROSIO, De Officiis Ministrorum, 2.7, Pl 16.118 C.

<sup>698</sup>SAN FRANCISCO JAVIER, “Instrucción para el Padre Barzeo, que había de ir a Ormuz”, Goa, abril de 1549. BAC 101, 323

El mismo santo aconseja a los religiosos de la Compañía de Jesús que estaban en Cochín: “Evitad cuidadosamente en vuestra conversación esa gravedad exagerada que da la impresión de que pretendéis atemorizar y buscar honores. Más bien mostraos abiertos y accesibles, con mucha alegría en el rostro y gran afabilidad en las palabras.”

San Vicente de Paúl<sup>699</sup> recomendaba lo mismo a los miembros de su congregación, y les decía: “Hay personas que, por su aspecto jovial, atraen y conquistan a quienes los ven; en cambio, otras, por su aspecto triste, ceño fruncido, rostro seco y arrugado, repelen y desconciertan. “ Y añadía: “Un catequista debe esforzarse por conseguir modales atractivos y complacientes, que cautiven los corazones; sin eso no conseguirá resultado alguno y será como tierra árida, que sólo produce cardos.”

La convicción profunda de esta verdad llevaba al Padre Champagnat a luchar sin descanso contra los defectos de carácter. Estaba persuadido de que, si conseguía formar a los Hermano en este aspecto fundamental, eliminaba con ello el mayor obstáculo a su éxito personal y al bien que estaban destinados a realizar entre los niños.

“Querido amigo -decía a uno de los primero Hermanos, que se sorprendía que le insistiera tanto en censurarle ciertos defectos exteriores, que no parecían demasiado graves-, si hubiera sido llamado a santificarse en una Trapa, me importarían menos sus defectos de carácter, pues reconozco que dañarían poco a su perfección y no le impedirían ser buen religiosos. Pero pueden ahuyentar a los niños, hacerles desagradable su presencia y por lo mismo ser un obstáculo al bien que usted puede realizar. Cuantos por vocación trabajamos en la santificación del prójimo, no nos basta con ser gratos a Dios por la pureza de intención, tenemos que agradar también a los hombres con un carácter amable, una conversación amena y un trato delicado.”

E sus instrucciones, el piadoso Fundador insistía a menudo en este mismo tema:

“No me gustan -decía- los Hermanos que ahuyentan a los niños con sólo su presencia; pero considero muy aptos para hacer amar la religión a aquellos cuyo carácter alegre y modales afables y educados traslucen un corazón feliz y virtuoso. Para dar buen ejemplo a los niños y ganarlos para Dios, es indispensable auténtica piedad y virtud sólida; pero no basta. Se necesita, además carácter y modales agradables y atractivos. Ahora bien, el carácter más idóneo para realizar el bien es el que reúne las cualidades de alegre, abierto, atento, afable y constante. Pero no puede conseguirse ese carácter sin un corazón humilde, caritativo y respetuoso. La humildad y la caridad son origen y fundamento de todas la cualidades que cautivan y conquistan el afecto y el aprecio de los hombres

Fijaos en que no sin razón coloco el respeto a los niños a la misma altura que la caridad y la humildad, pues, aparte de que naturalmente de ambas virtudes, nada es tan indispensable en educación -no sólo para el maestro, sino también para los alumnos- como el respeto mutuo. Entre vosotros, lógicamente, nadie duda del respeto que se ha de tener al maestro: todos queréis, exigís incluso, que vuestros niños os respeten, porque estáis convencidos de que no podríais educar a quien os niegue ese derecho. Pues bien, también os resultará imposible educar debidamente a un niño, si no lo respetáis. Pero, ¿por qué hay que respetar al niño? Os responderé:

---

<sup>699</sup>L. ABELLY, La vie du Vénérable Serviteur de Dieu, Vincent-de-Paul, libro III, cap. XII, pág. 194. Florentin Lambert, Paris, 1664.

1.º Porque queréis que él os respete también. En esto, como en todo, debéis cumplir primero lo que exigís a los demás.

2.º Porque el niño es semejante a vosotros; porque es como vosotros, hijo de Dios, miembro de Jesucristo y templo del Espíritu Santo.

3.º Porque es inocente, y la inocencia y la virtud son las cosas más dignas de nuestro respeto y veneración.

4.º Porque sólo por el respeto que le manifestéis y los buenos modales que empleéis con él conseguiréis su aprecio, confianza y afecto.

5.º Porque el respeto que le profeséis lo ayudará a cumplir su deber y a evitar la mayor parte de las faltas propias de su edad o inmadurez.

6.º Porque ese mismo respeto es para vosotros salvaguardia de vuestra virtud, baluarte que os protegerá de vuestra propia debilidad y de los peligros que podáis encontrar en la enseñanza y en vuestra relación con los niños.

7.º Porque ese respeto es el mejor freno para dominaros y serenaros en los momentos de enfado e irritación, y, por consiguiente, el medio más eficaz para evitar los malos tratos y los castigos o correcciones injustas o demasiado rigurosas.

8.º Porque sin ese respeto y sin la serena prudencia que deben guiaros siempre, el decoro, las atenciones, la afabilidad, mansedumbre y amabilidad que debéis usar con los niños, se convertirían en adulación ruin y culpable que os envilecería y os merecería su desprecio.

Si me preguntáis qué defectos son los más opuestos al respeto debido al niño, os responderé:

1.º La grosería y la dureza, y, como consecuencia, los malos tratos.

2.º La ligereza, que lleva a la falta de discreción y gravedad, a no medir el alcance de las palabras, y a decir y hacer tonterías que causan mala impresión en el niño.

3.º Toda familiaridad que induzca al niño a infringir las normas de respeto que debe a su profesor, o que le haga menos dócil y cumplidor de su deber.

4.º Las amistades particulares, el cariño excesivamente natural, las caricias y otras muestras de afecto que son sus secuelas. El Hermano que es excesivamente bonachón y se permite bajas familiaridades se envilece tanto como el que es duro, brutal y maltrata a los niños. Un maestro juicioso, celoso de su prestigio, consciente de su dignidad, y, sobre todo, deseoso de hacer el bien y evitar cualquier peligro, no toca nunca a los alumnos, ni para acariciarlos ni para corregirlos.

5.º La inconstancia en el trato con los niños y en los métodos pedagógicos. Cambiar de conducta con cualquier pretexto: castigar hoy y mañana tolerarlo todo; obrar ahora de esta manera, luego de la otra, es prueba inequívoca de que no se ha comprendido la importancia de la educación, ni los principios del éxito y de que se desempeña negligentemente el ministerio más noble y elevado.

6.º La debilidad de carácter que disimula los defectos del niño o que no se atreve a corregirlos. Pues permitir la indisciplina, los defectos, o dejarle hacer lo que quiera, no es amar ni respetar al niño. Tal actitud es indigna, especialmente en un maestro religioso, y contraria al respeto que se le debe al niño.

7.º Finalmente, uno de los defectos más opuestos al respeto debido al niño es la falta de dignidad, falta que lleva a permitirse multitud de cosas contrarias al respeto que uno se debe a sí mismo y que genere en el niño un concepto negativo de su profesor, que acaba en desprecio.”

Para mantener a los Hermanos en la ecuanimidad, para preservarlos de los arrebatos temperamentales y alejarlos de cuanto pudiera menguar el respeto que maestros y alumnos deben profesarse mutuamente, el Padre Champagnat prescribió esas normas tan prudentes, que prohíben a los Hermanos familiarizarse<sup>700</sup> con los niños, e incluso jugar con ellos, tutearlos, darles apodos<sup>701</sup> aflictivos. En otras normas no menos prudentes, prescribe a los Hermanos:

1.º Ser siempre corteses con los niños y educarlos en los buenos modales más con el ejemplo que con las palabras<sup>702</sup>.

2.º Aplazar hasta el día siguiente<sup>703</sup> el castigo de las faltas graves para que la corrección se haga con serenidad y justicia, caridad e indulgencia.

3.º Levantar el corazón a Dios cuando tenga que castigar a los niños, llamarles la atención o reprenderlos.

El objetivo de estas normas e instrucciones del piadoso Fundador no era sólo preservar a los Hermanos de cualquier exceso de severidad, sino también hacer de la escuela una familia por el respeto, amor y confianza que deben reinar siempre entre maestros y alumnos.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO II**

*Del espíritu de fe del Padre Champagnat*

<sup>700</sup>“Bajo ningún concepto hablarán nunca en privado con un niño” (Regla de 1837, cap. V, art. 22, pág. 44). “No se permitirán familiaridad alguna con ellos, como tomarlos de la mano, u otra cosa parecida” (Regla de 1837, art. 23, pág. 44).

<sup>701</sup>“Un Hermano jamás tuteará a nadie, ni siquiera a los niños, y nunca pondrá motes” (Ibid., art. 4, pág. 38).

<sup>702</sup>Carta al Hermano Bartolomé, de 31 de enero de 1830: “Veo también que tiene muchos niños, de modo que tendrá otras tantas copias de sus virtudes, pues los niños se modelan sobre las personas de sus educadores y acomodan su comportamiento a sus ejemplos” (LPC 1, doc. 14, pág. 53).

<sup>703</sup>El pasaporte de fecha 22 de agosto de 1836 señala: talla, 1,79 m; cabello, castaño; frente, despejada; ojos, grises; boca, regular; rostro, alargado; tez, pálida (cfr. AFM, 140.06).

La fe -dice san Ambrosio- es fundamento<sup>704</sup> de todas las virtudes; cuanto más ilustrada, viva y firme, tanto más sólidas y excelentes serán las virtudes que sobre ella se levanten.

El Padre Champagnat fue modelo de virtudes sacerdotales y religiosas; pero todas esas virtudes estaban enraizadas en su fe, y esa fe fue la que las hizo brotar, las fortaleció y desarrolló. Lo mismo que para el Rey Profeta, la fe era la luz<sup>705</sup> que guiaba sus pasos e iluminaba sus palabras, decisiones, proyectos y acciones.

Aquella fuerza y energía que hacían tan patéticas sus instrucciones y le ganaban la atención de unos oyentes que lo escuchaban embelesados, procedía de su fe. Tan impregnado estaba de ella, con tal convicción hablaba de las verdades religiosas, que se podría pensar que las veía con sus ojos y las palpaba con sus manos.

En la conversación y en las entrevistas personales con los Hermanos, se le escapaban a menudo exclamaciones y anhelos profundos, fruto de su fe viva, que iban directos al corazón y producían impresiones imborrables. He aquí algunos ejemplos:

“Pero, ¡hombre! -decía a un Hermano que se veía desanimado por ciertas dificultades-, ¿no teme injuriar a Dios, descorazonándose por tan poca cosa? ¿Se puede dudar del éxito cuando se tiene a Dios de su parte y se hace su obra?”

A otro, al que quería infundir sentimientos generosos, le dijo abrazándolo después de haberlo escuchado en confesión: “Ah, Hermano, tenemos que salvarnos; pero salvarnos para Dios y, por lo tanto, dejar de lado todo temor e inquietud y ocuparnos exclusivamente en amar a Dios.”

A otro, que se quejaba de las dificultades de la vida religiosa, le respondió: “Si tuviera más fe, no sería tan cobarde en el servicio de Dios, y no le parecerían tan grandes las dificultades de su vocación. En todas partes hay tribulaciones; todos los hombres tienen su cruz; pero quien lleva la suya por Dios y medita las verdades de la fe la encuentra siempre suave.”

“Amigo mío -decía a un Hermano joven al que costaban mucho las prácticas de la vida religiosa-, lo que hoy le ocasiona mayor sufrimiento, será algún día motivo de mayor satisfacción.”

No había transcurrido un año, y ya este Hermano podía hablar de la felicidad de haber hecho esta experiencia. “¡Oh, qué contento estoy -exclamaba en su lecho de muerte- de haber hecho algunos sacrificios para perseverar en mi vocación y haberme esforzado por cumplir la Regla: en estos momentos es mi mayor esperanza de salvación!”

Del espíritu de fe nacía en nuestro piadoso Fundador el celo por la gloria de Dios y santificación de las almas que lo consumían, el gran amor que profesaba a los niños, aquel deseo ardiente que le acuciaba de consagrar los últimos días de su vida a la conversión de los infieles<sup>706</sup>.

Decía a menudo a los Hermanos: “¡Ay, si supiéramos el precio de un alma! ¡Si conociéramos cómo ama Jesús a los niños y con qué ansia desea su salvación, lejos de parecernos penosa la clase y quejarnos de las dificultades de nuestro estado, estaríamos dispuestos a sacrificar la vida para proporcionarles el beneficio de la educación cristiana!”

<sup>704</sup>“Fides enim virtutum omnium stabile fundamentum est” (AMBROSIO, Salmos, 40, 4, PL 14, 1121 A ).

<sup>705</sup>Sal 36, 10.

<sup>706</sup>OM 2, doc. 757, pág. 808, nota.

Los Hermanos que lo acompañaron en sus viajes, le oyeron exclamar muchas veces al encontrarse con un niño: “Ahí tenéis un alma creada a imagen de Dios, rescatada por la sangre de Jesucristo, destinada a la felicidad eterna. ¿Y pensar que tal vez este niño ignore estas verdades sublimes o que no haya quien se preocupe de enseñárselas!” E inmediatamente, si le era posible, se acercaba a él, le hablaba con bondad y le preguntaba el catecismo.

Ese espíritu de fe le hacía ver a Dios siempre presente y le mantenía en fervor constante. Después de ocupaciones diversas, se le veía y oía orar con tal ternura y piadosa unción que animaba a los más tibios y despertaba deseos de orar en los más indiferentes. Por eso no soportaba que se orase de cualquier manera, que adoptaran posturas poco respetuosas, ni tan siquiera que se hiciese mal la señal de la cruz. ¡Cuántas veces reprochó enérgicamente a los Hermanos el hacer esa señal precipitadamente o sin atención! “¿Así hacéis -lesdecía- una señal que nos recuerda los misterios más conmovedores e inefables? ¡No entiendo cómo puede haber religiosos que puedan olvidarlo hasta ese punto! ¿Qué ejemplo pueden ofrecer a los niños y a los fieles? ¿Qué pensarán si os ven hacer con tal ligereza un gesto que debería inspirar piedad y fervor? ¿Cómo vais a enseñar a los niños a hacer ese signo sagrado, si vosotros lo hacéis tan mal?”

Un sacerdote, después de una visita al Hermitage, decía: “Nada me ha impresionado ni edificado tanto como la piedad del señor Champagnat. Al oírlo rezar, uno se convence de que es un santo; quienes tienen la dicha de vivir con él no pueden por menos de ser piadosos. Tan sólo hice un ejercicio de piedad con él (se trataba de la oración de la noche) y me ha inspirado sentimiento de devoción que espero conservar largo tiempo.”<sup>707</sup>

Este mismo espíritu de fe le inspiraba profundo respeto a los objetivos religiosos y a cuanto tenía relación con Dios. Si hallaba en el suelo páginas de libros religiosos, las recogía con cuidado. “Procurad -decía a los Hermanos- que vuestros alumnos no dejen caer las hojas de sus libros. Si se desprenden, quemadlas, pues aparecen en ellas el nombre de Dios y su palabra. Dejarlas tiradas por el suelo o abandonadas en los muebles, supondría profanar aquel adorable nombre y esta divina palabra. Preocupaos también de los objetos religiosos de las casas, como crucifijos, estampas de santos, pila de agua bendita: colocadlos convenientemente y mantenedlos siempre muy limpios. Y enseñad a los niños que hagan lo mismo en casa de sus padres.”

Tenía el mismo respeto para el hábito religioso y muchas veces lo hemos visto recoger un trozo de cordón, un sombrero viejo, u otra prenda cualquiera del hábito de los Hermanos.

“Vuestro hábito ha sido bendecido; es la librea de María -decía-; por eso hay que respetarlo y cuidarlo con la máxima solicitud<sup>708</sup>. Desestimar el hábito religioso supone no apreciar la vocación y desconocer la santidad del propio estado. Siento honda pena cuando veo por el suelo cualquier prenda de vuestro hábito. Por eso os recomiendo que las mantengáis siempre recogidas; ni siquiera con la disculpa de que están fuera de uso debéis dejarlas tiradas en cualquier sitio: todo objeto que nos recuerde la santidad de nuestro estado, cualquiera que sea su valor, hemos de respetarlo.”

<sup>707</sup>“Cuando hacía la oración en voz alta... no leía la oración, sino que la rezaba con fervor, energía e inteligencia; de modo que los sentimientos del corazón se traslucían en sus palabras, y todos, sin querer, se sentían movidos a piedad y devoción” (MEM, pág. 97).

<sup>708</sup>LPC 1, doc. 107, PS, pág. 231.

Quería que cada mañana besaran el hábito y la cruz<sup>709</sup> antes de ponérselos. Era tal su empeño por inspirarles respeto a las cosas santas y aprecio a la vocación religiosa y a todo lo que a ella se refiere, que repitió estos avisos a los Hermanos en multitud de ocasiones.

Pero no hay palabras para expresar su respeto y veneración por las iglesias, los sacramentos, la santa misa. Su fe profunda en la presencia real, lo mantenía como anonadado y abismado ante el Santísimo Sacramento. No era posible asistir a su misa sin sentirse movido Sacramento. No era posible asistir a su misa sin sentirse movido a devoción y transido de profundo respeto hacia los sagrados misterios. Cuando distribuía la comunión, pronunciaba las palabras *Ecce Agnus Dei* tan convencido y con tal devoción que parecía estar viendo a Nuestro Señor, que Dios no era para él un Dios oculto.

Muchas personas quedaron profundamente impresionadas y movidas a devoción al oírle pronunciar esas palabras con tanto fervor y devoción.

En un viaje que realizó a Saboya<sup>710</sup>, solicitó permiso para celebrar la santa misa en una parroquia rural. El mantel del altar y los corporales que le pusieron estaban muy sucios; le causó tal disgusto que se puso enfermo. “¡Ya ve -dijo a su acompañante- cómo tratamos a Nuestro Señor, cuyo amor hacia nosotros le movió a que darse en el altar! La gente tiene ropa limpia para vestir y para la mesa; sin embargo, al cuerpo del Hijo de Dios se le deja en la más asquerosa suciedad. Mantenemos nuestras casas bien decoradas y limpias, y la iglesia, donde mora Nuestro Señor, se halla llena de polvo y telarañas.”

El profundo respeto que profesaba a Jesucristo no le hubiera permitido decir una sola palabra en el lugar santo sin extrema necesidad. Más aún, no quería que se hablara en la sacristía sin motivo. En una ocasión, un Hermano, por descuido, entró en ella sin descubrirse. “Pero, Hermano -exclamó-, ¿cómo no se descubre al entrar aquí? ¿No se da cuenta de que la sacristía<sup>711</sup> forma parte de la iglesia? Hemos de entrar siempre en ella con respeto y modestia.”

Al disculparse el Hermano, añadió: “No hay disculpa que valga. Si tuviera fe más viva en la presencia de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del altar, no cometería faltas de este tipo.” El Hermano que refiere esta anécdota, añade: “Hace más de veinticinco años que recibí esa corrección del buen Padre y aún conservo intacta la impresión que me produjo.”

En los comienzos del Instituto, cuando aún nos encontrábamos en Lavalla, la comunidad tenía un oratorio reducido para hacer los ejercicios de piedad. “¿Cuándo tendremos -decía a menudo a los Hermanos- la dicha de disponer de una capilla<sup>712</sup> y tener al Señor con nosotros? Esperamos alcanzar ese favor. Pero, ¿sabremos agradecerlo y apreciarlo como se merece? Pues es una gracia insigne poder gozar de la presencia de Aquel que constituye la bienaventuranza de los ángeles y los santos. Esa divina presencia, por oculta y velada que esté en el Santísimo Sacramento, no es menos digna de nuestro respeto y adoración.”

Estimaba especialmente la dicha de haber nacido en el seno de la Iglesia católica y no se cansaba nunca de agradecerse a Dios. Toda su vida consideró festivo el día de su bautismo y

<sup>709</sup>En la Regla de 1837, en la página 107, figuran las oraciones que han de rezar al ponerse la sotana, el cordón y la cruz.

<sup>710</sup>El Hermano Avit afirma en sus Anales: “El Hermano Juan Bautista, por descuido, coloca esta escena en Saboya” (AA, pág. 108). Se trata de un viaje a La Côte-Saint-André, adonde el Padre Champagnat acompañaba al Hermano Luis María. La anécdota sucede en la parroquia de Anjou (Isère), a 18 kilómetros de Chavanay.

<sup>711</sup>Por entonces, la sacristía se hallaba contigua a la capilla.

<sup>712</sup>El Hermano Francisco da fe de que en 1820 hizo su retiro en la capillita del primer piso en Lavalla. Quiere esto decir que por entonces el deseo del P. Champagnat se había hecho realidad: ya tenía una capilla en la casa (AFM, cuaderno n.º 1, pág. 121).

lo celebraba con grandes muestras de gratitud y alegría<sup>713</sup>. Lo mismo sucedía con el aniversario de su ordenación sacerdotal.

*El justo vive de la fe*<sup>714</sup>, dice la Sagrada Escritura. En el Padre Champagnat era grande esta vida de fe. Leed en la Regla el capítulo del espíritu de fe: es la expresión fiel de sus sentimientos y enseñanzas y de los principios que guiaban su conducta. Por este mismo espíritu veía sólo a Dios y su santa voluntad en los acontecimientos y en todo lo que le sucedía<sup>715</sup>. “Dios -decía- dirige y guía los acontecimientos y los hace redundar en bien de sus elegidos. Por más que se esfuerzen los malos, sólo podrán hacer lo que la Providencia les permita; por eso no tenemos por qué temerlos; sólo a Dios hay que temer. Incluso hemos de temerlos más a nosotros mismos que a los hombres y al infierno entero, pues somos nuestro mayor enemigo y nos hacemos más daño que el que pueden causarnos los malos y todos los demonios juntos.”

Iluminado por este espíritu de fe, veía con nitidez su propia debilidad, la nada de la criatura, la vanidad de los medios humanos, y sólo de Dios esperaba el éxito de sus proyectos. Empleaba, naturalmente, todos los medios normales, porque era consciente de que entran en los planes de la Providencia, pero lo esperaba todo de Dios<sup>716</sup>. “Perderíamos el tiempo -decía a veces- si esperáramos de nuestro esfuerzo y talento, de nuestra habilidad o de los hombres el éxito de nuestras obras, pues únicamente Dios puede concedérmolo. En cuanto a nosotros, sólo valemos para estropearlo todo.”

En vacaciones, cuando tras madura reflexión había hecho la distribución de los Hermanos y, con su consejo, había determinado el puesto y la función de cada uno, decía: “Lo hemos calculado todo, hemos tomado todas las precauciones para dar a cada Hermano lo que le conviene; creemos que hemos acertado, que hemos arreglado bien las cosas. pero, ¡cuidado!, guardémonos de contar sólo con nuestra prudencia; si Dios no pone su mano y no bendice estas previsiones, nada hemos hecho, y las combinaciones que nos parecen mejores, serán las menos acertadas. Así pues, oremos a Nuestro Señor para que bendiga nuestros esfuerzos, pues, *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.*” (Sal 126,1.)

Tomando luego la lista de destinos, la ponía sobre el altar durante la santa misa, y dirigía fervientes plegarias por espacio de varios días, junto con la comunidad, para alcanzar la protección de Dios sobre los cambios que había decidido.

En sus instrucciones, así como en las exhortaciones personales que daba a cada Hermano, no se cansaba de repetir: “Acertaréis, haréis el bien y alcanzaréis el éxito por la gracia de Dios y la protección de María, por la piedad y la virtud; así pues, guardaos de contar con vosotros mismos o con la benevolencia y el apoyo de los hombres. Sin duda que debéis ser merecedores de la confianza de las autoridades y de su interés por la escuela; pero la prosperidad de vuestras casas no la esperéis por la escuela; pero la prosperidad de vuestras casas no la esperéis de los hombres ni de vuestras dotes, sino de Dios.”

<sup>713</sup>Marcelino, nacido el 20 de mayo, fue bautizado el 21. Tal día coincidió ese año con la fiesta de la Ascensión. Con motivo del aniversario de su bautismo, que celebraba cada año el día de la Ascensión, y no el 21 de mayo, le gustaba renovar sus resoluciones (OME, doc. 1, pág. 29, nota). El 3 de mayo de 1815 escribe en una nota: “Hoy, víspera de la Ascensión de Nuestro Señor, víspera del aniversario de mi bautismo, reitero la resolución de cumplir todas las que tomé ...” (OME, doc. 11(5), pág. 50).

<sup>714</sup>Rm 1, 17; Ga 3, 11; Ha 2, 4.

<sup>715</sup>LPC 1, doc. 16, pág. 57.

<sup>716</sup>“No por esto descuido ninguna gestión que permita llevar a término este asunto (el reconocimiento legal), porque sé que en estas circunstancias quiere la Providencia que nos sirvamos de los hombres” (LPC 1, doc. 183, pág. 373).



Un Hermano Director, al darle cuenta de su escuela, le aseguraba que los Hermanos contaban con la simpatía de las personas influyentes del pueblo, que habían sabido granjearse su aprecio y que podían estar seguros de contar con su apoyo. Unos días después, el Padre supo de buena fuente que esas mismas personas, a quienes el Director consideraba tan adictas a la escuela y de quienes esperaba los recursos necesarios para la subsistencia de los Hermanos, tramaban la ruina del centro y maquinaban a ocultas el modo de deshacerse de los Hermanos.

El buen Padre, que se había reunido con los Hermanos Directores por asuntos de administración, aprovechó la ocasión para dar a todos una lección ocasional acerca de la inutilidad de los medios humanos para realizar el bien. Y se dirigió al Hermano Director en cuestión en estos términos:

-Querido Hermano, ¿no me había asegurado que las autoridades y personas influyentes del municipio protegían la escuela, la estimaban y que nada tenían ustedes que temer por el porvenir de su establecimiento?

-Así es, Padre, respondió el interesado.

E inmediatamente volvió a elogiar a las autoridades, sin omitir las promesas que le habían hecho.

-Pues miren, queridos Hermanos -prosiguió el Padre-, vuelvo a reiterarles la misma recomendación que tantas veces les he hecho de que se comporten siempre de modo irreprochable con todos, especialmente con las autoridades y demás personas cuya ayuda necesitan para realizar el bien, pero que cuenten sólo con Dios a la hora de esperar el éxito de sus escuelas y en sus trabajos. El Hermano, a quien acaban de escuchar, ha contado demasiado con el apoyo de las autoridades de su municipio. Pues acabo de saber que están haciendo lo imposible para deshacerse de los Hermanos y cerrar la escuela. Cuando ponemos nuestra confianza en los hombres, Dios nos retira su apoyo; y entonces podremos estar seguros de que nos sucederá lo que dice el profeta: *Nisi Dominus aedificaverit domum, invanum laboraverunt qui aedificant eam*<sup>717</sup>. Nunca olvidéis que sólo con la ayuda de Dios podremos realizar el bien, no con los medios humanos.

Al terminar la reunión, tomó aparte al Hermano y le dijo: “Tal vez le haya molestado lo que acabo de decir, pero me pareció que la lección sería provechosa para todos. Por lo demás, estoy persuadido de que Dios ha consentido esto para castigarle por la excesiva confianza que había puesto en los hombres. Para lograr su confianza, les ha hecho usted muchas visitas. Una sola al Santísimo Sacramento le hubiera sido infinitamente más provechosa. No olvide que confiar en los hombres es apoyarse en una caña que se dobla y nos hace caer.”

Un día, el Padre Champagnat acertó a ver en el bolso de un Hermano que llegaba de viaje, un rollo de papel con estas palabras: *Grandes medios de éxito*. Queriendo informarse de cuáles eran esos medios, desata el rollo y ve que contenía grecas, pájaros pintados a mano y dibujos diversos. Apenado al ver la importancia atribuida a tales bagatelas, mandó llamar al Hermano encargado de la formación de los Hermanos jóvenes y, señalando todas aquellas hojas, le dijo: “Así que son éstos los grandes medios de éxito de los Hermanos jóvenes que usted está formando; éstas las cartas de su triunfo. ¿Puede resultar extraño que tengan tan poco éxito entre los niños? ¿De qué les va a servir que aprendan todas esas cosas si no saben emplearlas

---

<sup>717</sup>Sal 126, 1.

mejor? En lo sucesivo, dé menos importancia a las ciencias y más a la piedad; pero, sobre todo, repita a esos Hermanos que harán el bien y obtendrán la prosperidad de las escuelas con la virtud y la ayuda de Dios, pero no poniendo su confianza en tales frivolidades.” Luego mandó llamar al dueño de los papeles y, después de haberle reprendido, tomó el rollo y le prendió fuego en su presencia, diciendo: “Ahí tiene cómo acaban sus grandes medios de éxito, porque, efectivamente, sólo son eso, un poco de humo.”

“La fe es una virtud generosa, dice santo Tomás; es audaz y valiente, dice san Agustín; es la fortaleza de las almas grandes<sup>718</sup>, añade san León.” Todo esto fue la fe para nuestro piadoso Fundador. Ella le proporcionó generosidad para no retroceder ante ningún sacrificio; ella le impulsó a unir su suerte a la de los Hermanos yendo a vivir con ellos y compartiendo sus privaciones; por ella sacrificó fuerzas, salud y vida en beneficio de su obra.

La fe le hizo intrépido, animoso y capaz de embarcarse en empresas cuyo éxito parecía imposible a los ojos de la prudencia humana. Le comunicó fortaleza, magnanimidad para superar todas las dificultades y obstáculos, y lo elevó sobre los acontecimientos y vicisitudes de la vida.

“El Padre Champagnat -dice un piadoso sacerdote que había sido su condiscípulo de seminario- no era precisamente un águila, ni un sabio; su capacidad era limitada; pero era hombre de fe. Ya en la época de sus estudios brillaba en él esa virtud con todos esplendor; era el móvil de todo lo que hacía. Una fe firme como una roca, que le hizo triunfar en todo. Dios le había dicho: Haz esto; y lo hizo, contando exclusivamente con él, sin otro apoyo ni ayuda.”

¡Ojalá los Hermanitos de María no olviden con qué medios realizó el bien su Padre, y nunca sientan la tentación de buscar otros distintos! Cuando no consigan todo el éxito que podrían esperar de sus esfuerzos, que se pregunten si la auténtica causa no estará en el olvido del espíritu de fe que movió a su piadoso Fundador o en el uso de ciertos medios que él desconocía.

A veces se oye decir: ¿Cómo es posible que tantas instrucciones, tanta solicitud por los niños, obtenga tan escasos resultados? ¿Cómo es posible que con tantos medios de perfección haya tan poca virtud entre los Hermanos? San Agustín<sup>719</sup> nos va a responder con dos palabras: “*Fides dormit*, es que la fe está dormida.” Las instrucciones que damos a los niños, los medios que empleamos en la propia perfección no están animados, no están vivificados por el espíritu de fe. En invierno, las plantas no crecen ni producen nada porque la savia se halla dormida. Del mismo modo, cuando la fe duerme, el religioso no puede, a pesar de sus esfuerzos, hacer bien alguno, ni para sí mismo, ni para los demás.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

<sup>718</sup>La fe es una virtud generosa. Este elogio se lo hace santo Tomás. Es audaz y valiente -dice san Agustín-; es -dice san León (Serm. de Ascens.)- la fuerza de las almas grandes” (ÉTIENNE DE SAINT FRANCOIS XAVIER, Exhortations Monastiques, t. 3, 314. Aubanel, Aviñón, 1836).

<sup>719</sup>SAN AGUSTÍN habla de Jesús dormido en la barca: “Quiero exhortaros a que no dejéis dormir la fe en vuestros corazones... No debéis creer... que el sueño haya cerrado, a pesar suyo, los ojos del Todopoderoso durante esta travesía. Si lo creéis, Jesucristo está dormido en vosotros; pero si Jesucristo vela en vosotros, vuestra fe vela con él” (Evangelios, t. 16, sermón 63. Louis Vivès, París, 1871.

## SEGUNDA PARTE

### CAPITULO III

#### *Su confianza en Dios*

Como hemos comprobado en su vida, el Padre Champagnat triunfó en todas sus empresas; y, lo más admirable, es que lo hizo sin recurso humano alguno. ¿Cuál fue la causa principal de este éxito? Sin duda, su espíritu de fe y su inmensa confianza de Dios.

“Cuando se tiene a Dios consigo -repetía con frecuencia a los Hermanos-, cuando sólo se cuenta con él, nada resulta imposible. Es verdad de fe de la que no podemos dudar, pues el Apóstol nos dice; *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*<sup>720</sup>, y en otro lugar: *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*”<sup>721</sup>

La vida de nuestro piadoso Fundador es una confirmación clara de esta verdad. Tenía tan escasas dotes intelectuales que sus padres hicieron todo lo humanamente posible para disuadirlo de estudiar latín. Tras ocho días de estancia en el seminario menor de Verrières, quisieron despedirlo a toda costa, porque, después de examinarlo, lo consideraron incapaz de acertar en los estudios y de adquirir los conocimientos necesarios a un sacerdote. El piadoso joven conocía mejor que nadie sus dificultades para el estudio, pero puso su confianza en Dios, se mantuvo firme y no se dejó amilanar.

“Ya que Dios quiere que siga esta vocación -dijo a sus padres-, me dará inteligencia y cuanto necesite para realizar mis estudios. Voy a comenzar. Espero su ayuda, que no puede negarme, ya que él es quien me llama.”

“Póngame a prueba -dijo al superior del seminario-, y si al cabo de unos meses no logro triunfar, puede despedirme; pero confió en que Dios me concederá la gracia de seguir la clase y darle a usted satisfacción.”

No fue inútil su confianza en Dios: ya hemos visto en su vida que, sin llegar a ser un alumno brillante por sus talentos<sup>722</sup>, consiguió, sin embargo, realizar sus estudios con relativo éxito. y en el mismo año, en que quisieron despedirlo, aprobó dos cursos.

Al llegar al sacerdocio y ser nombrado coadjutor de Lavalla, emprendió la reforma de la parroquia y la consiguió, no tanto por sus dotes oratorias, cuanto por sus plegarias y total confianza en Dios. Efectivamente, sus pláticas eran sencillas; la mayoría de las veces se limitaban a una lectura comentada y desarrollada, y, sin embargo, produjeron copiosos frutos en las almas. Aunque apenas tenía tiempo para cuidado de su comunidad le ocupaban casi todo el día, nunca subía al púlpito sin haber preparado y meditado lo que iba a decir. La sencillez en sus instrucciones no era fruto de la improvisación, sino de la desconfianza de sí mismo y de su confianza de Dios. Podemos comprobarlo por estas palabras que a menudo repetía a los Hermanos: “La palabra del hombre puede agrandar e incluso convencer las inteligencias, pero es incapaz de conmover y cambiar los corazones. Tenemos que estudiar, sin duda, la religión y preparar a conciencia la catequesis, pues no podemos enseñar a otros lo que ignoramos; pero

---

<sup>720</sup>Rm 8, 31.

<sup>721</sup>Fip 4, 3.

<sup>722</sup>AA, pág. 25.

estaríamos totalmente equivocados si pensáramos que esto es suficiente para obrar el bien. No se infunde la piedad ni se ganan las almas para Dios con frases bonitas. La conversión del corazón es obra de la gracia y no resultado de la elocuencia y del talento del hombre. ¿De qué vale la destreza del jardinero o del labrador, si Dios no bendice sus trabajos y no da el crecimiento? Desconfiemos de nuestros talentos; son ineficaces para el bien: en vano los emplearemos y nos cansaremos inútilmente, si Dios no está con nosotros. *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam* (Sal 126). Si Dios no vivifica nuestras palabras con su gracia y su espíritu, serán sonidos vanos que impresionarán los oídos, pero no llegarán al corazón.

Lo que derriba la muralla o incendia un edificio no es el estruendo del cañón, sino la bala. El hombre puede hacer ruido, pero sólo la gracia, simbolizada en la bala, es capaz de derribar los obstáculos, cambiar los corazones y abrasarlos en amor de Dios.

Por eso, la oración, el oficio y el rosario piadosamente rezados, la misa oída con devoción, la comunión fervorosa, contribuyen más eficazmente al éxito de la catequesis que la ciencia y los talentos naturales, pues los ejercicios piadosos nos unen a Dios y nos alcanzan la gracia que lo realiza todo.

Algo de lo que me gustaría que estuvierais profundamente convencidos, es que no hay defecto que perjudique más a las obras de Dios y las condene al fracaso, como la presunción, la autosuficiencia y la confianza en sí mismo. Por eso me atrevo a afirmar que las personas mejor dotadas, si no tienen al mismo tiempo una profunda humildad, son las menos indicadas para realizar el bien, porque confían demasiado en sí mismas y demasiado poco en Dios.”

Un día respondió con viveza a uno de los miembros de su Consejo que había propuesto para un cargo de mucha responsabilidad a uno de los Hermanos más capacitados:

“Ni hablar; no haría nada, pues está demasiado pagado de sí mismo. para ese puesto necesitamos un hombre piadoso, humilde, que desconfíe de sí mismo y cuente más con Dios que con su propia capacidad.”

En otra ocasión estaban ponderando las dotes naturales de un Hermano joven. “Sin duda que ese Hermano posee talento -replicó-; también lo tiene el diablo, y aún mayor, pero no por eso es más apto para el bien. No es necesario ser un genio para realizar las obras de Dios y hacer de los niños buenos cristianos, sino gran abnegación, virtud sólida, espíritu de oración y confianza en Dios. Las cualidades de ese Hermano -añadió- son funestas para él, pues lo vuelven fatuo, presumido y lo exponen a perder el espíritu de su estado y tal vez su vocación.”

El buen Padre no iba descaminado. El Hermano alcanzó grandes éxitos que lo hincharon de orgullo y lo volvieron mundano y desobediente. Hubo que expulsarlo del Instituto.

En los retiros anuales, el piadoso Fundador era quien daba todas las pláticas. Un año inició la primera con esta observación:

“Queridos Hermanos, he oído que alguien de vosotros preguntaba si el Padre misionero es buen predicador. Ésta es mi respuesta. Por favor, no la echéis en saco roto. No haréis el retiro con éxito si estáis pendientes de las dotes oratorias del predicador y de lo que yo pueda deciros. Las palabras de los hombres pueden conmover, exaltar la imaginación, impresionaros por algún tiempo, pero si Dios no mueve vuestros corazones, esa impresión fugaz desaparecerá con la voz

que la produjo, y saldréis de este retiro como habéis entrado. Las instrucciones más impresionantes y mejor preparadas no producen ningún efecto duradero si Dios no habla al corazón; sólo la gracia puede conmoveros, producir en vosotros sentimientos de compunción y convertirlos. Orad, pues, si queréis hacer un buen retiro, poned vuestra confianza en Dios, pues en esto, más que en cualquier otro asunto, tenemos que decir: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.*<sup>723</sup>

El estilo del Padre Champagnat, aunque muy sencillo, era elegante; sus expresiones, enérgicas; su palabra, de fuego; el tono de su voz, convencido; el rostro, animado. Todo revelaba en él a un hombre empapado del espíritu de Dios; y eso era lo que conmovía, lo que hacía tan interesantes sus pláticas a los Hermanos, y les hacía preferir sus sermones a los de los más afamados predicadores. Cuando subía al púlpito, una expresión de satisfacción iluminaba todos los rostros. Nunca se cansaban de escucharlo, y preferían sus pláticas familiares, sus exhortaciones paternas, incluso sus repeticiones, a los discursos más elocuentes.

No hay virtud más recomendada por el Padre Champagnat que la confianza en Dios<sup>724</sup>. Miles de veces comentó los dos primeros versículos del salmo *Nisi Dominus aedificaverit domum*, y las explicaciones que de ellos dio llenarían volúmenes. “No os extrañéis -decía- de que insista continuamente en el mismo punto, porque es el más importante, lo es todo. En efecto, lo propio del hombre es la debilidad, la miseria y la nada. Nada tiene, nada puede sin la ayuda de Dios. Nuestra flaqueza, nuestras necesidades permanentes son otros tantos motivos que deben conducirnos a poner en Dios nuestra esperanza. Pero hay una razón aún más poderosa para infundirnos confianza ilimitada: el grado de esperanza es la medida de las gracias que vamos a recibir; gracias que Dios nos da siempre en proporción a la confianza que en él depositamos. Él nos dice como a los israelitas: *Todo lo que pisen vuestros pies será vuestro*<sup>725</sup>, es decir, os daré todo lo que esperéis de mi bondad. Si esperáis fuerza para luchar contra las pasiones, para corregir los defectos y triunfar de todos vuestros enemigos, la tendréis; si esperáis de mí la virtud, os la daré; si deseáis éxito en las empresas, os lo concederé. Confíad en mí: seré vuestro protector, vuestro amigo, vuestro padre. Bendeciré vuestros pasos; colmaré vuestros deseos; os otorgaré los dones materiales que necesitéis, los bienes de la gracia y los de la gloria; en una palabra, confíad en mí, sacad de mí todos los favores y mercedes que deseéis.”

Mucho le complacía al buen Padre ver a los Hermanos en la necesidad de practicar esta virtud. “No me disgusta -escribía a uno de ellos- que tenga dificultades y se vea acosado: así se sentirá en la feliz necesidad de poner toda su confianza en Dios.” A otro le respondía: “Me dice que la muerte le ha arrebatado al primer bienhechor de la escuela; eso no es exacto: el primero de sus bienhechores es Dios, que no muere. Ponga en él su confianza y nada le faltará; si se ha llevado a esa persona, es para que cuente sólo con él.”

Se le veía apenado cuando alguien se desalentaba y perdía la confianza en Dios. “Pero, ¡Hermano! -escribía a uno de ellos-, ¿cómo se le ocurre injuriar a Dios desconfiado de él? ¿Cree que no es poderoso para ayudarlo, o duda de su bondad para con usted? ¿Sabe de alguien que

<sup>723</sup>Sal 126, 1.

<sup>724</sup>Escribe al Hermano Francisco. “Estamos en manos de Jesús y de María... Hágase su santísima voluntad y tratemos de querer lo que Dios quiere... Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene” (LPC 1, doc. 195, pág. 396).

Al Hermano Dominique: “Ponga firmemente su confianza en Jesús y María y convéncese de que todo redundará en gloria de Dios y salvación de su alma” (LPC 1, doc. 234, pág. 455).

Al Hermano Antonio: “...tenemos a Dios por defensor, nadie podrá hacernos daño si Dios no se lo permite” (LPC 1, doc. 17, pág. 58).

<sup>725</sup>Dt 11, 24. (cfr. PPC, parte cuarta, tratado I, cap. 16).

haya depositado en él su confianza y se haya perdido o no hay sido atendido? Si conociera la bondad de Dios, no lo trataría de ese modo.”<sup>726</sup>

Recuperando ya de la enfermedad que tuvo en 1825, al enterarse de que los Hermanos se habían desanimado por este motivo y que, incluso varios habían pensado retirarse, y que todos daban por seguro el fracaso de la congregación si tenían la desgracia de perderlo, se quedó sorprendido y apenado por esa falta de confianza en Dios. El mismo día que conoció detalladamente la situación, reunió a la comunidad y se lo reprochó con dureza, como podemos deducir de estas palabras:

“Queridos Hermanos, ¿Cuándo vamos a tener sentimientos dignos de Dios? ¿Acaso no nos ha dado muestras suficientes de su bondad como para que nos fiemos de su Providencia y nos abandonemos en sus manos? ¿Nos ha dejado tal vez carecer de algo al sacarnos del mundo? ¿No ha sido él quien ha fundado el Instituto, quien nos proporcionó los medio para construir esta casa, quien nos ha multiplicado y bendecido nuestras escuelas? ¿Alguno de vosotros puede levantarse y decir que Dios ha dejado de ayudarlo desde que se entregó a él? Si nadie puede quejarse de su bondad, ¿por qué vamos a retirarle nuestra confianza cuando nos somete a prueba? ¿Por qué vamos a temer por nuestro futuro? ¿Por qué dudar del porvenir de nuestra congregación y pensar que, si Dios hubiera retirado el instrumento de que se ha valido para guiarla, iba a verse condenada al fracaso? Esta comunidad es obra suya, él la ha fundado; no necesita de nadie para sostenerla, y la sacaré adelante sin los hombres y a pesar de los hombres. No olvidemos nunca: Dios no tiene necesidad de nosotros ni de nadie. Si nuestros sentimientos e ideas son terrenos, acabaremos por desinteresarnos del Instituto y perder nuestra vocación; otros ocuparán nuestro puesto; Dios los bendecirá, porque serán más fieles, y con ellos proseguirá Dios su obra.

Por lo demás, para tranquilizaros y para que comprendáis de una vez vuestra equivocación al haberos dejado llevar del desaliento, debo deciros que la casa no tiene tantas deudas como dicen; que Dios ha provisto a todas nuestras necesidades, y su auxilio no se ha dejado nunca esperar; por eso debemos poca cosa, y de eso poco, yo mismo me hago cargo.”

En 1830 dio también a los Hermanos<sup>727</sup> varias pláticas para exhortarlos a la práctica de esta virtud. “Dios es quien permite todos los acontecimientos -exclamó en una de esas charlas- y los dirige para gloria y bien de los elegidos; si depositamos en él nuestra confianza, nada malo podrá sobrevenirnos. Nadie en el mundo puede perjudicarnos ni hacer caer un cabello de nuestra cabeza<sup>728</sup>, si Dios no se lo permite. Dios dijo a los malvados: Podéis llegar hasta aquí, pero no más allá<sup>729</sup>. Por eso nada acontecerá sin su consentimiento. Los hombres sólo tienen sobre nosotros el poder que él les otorga y todo el mal que su malicia pretende ocasionarnos, se volverá a favor nuestro.”<sup>730</sup>

Algunos Hermanos le preguntaron si no sería prudente adoptar ciertas precauciones para ponerse a salvo en caso de peligro.

“La primera precaución que debéis tomar - les respondió- es fiaros de la Providencia y redoblar la confianza en Dios. Esforzaos en merecer su protección por la mayor fidelidad a la Regla, el celo

<sup>726</sup>No se han hallado las cartas a que alude este párrafo.

<sup>727</sup>Carta al Hermano Antonio y Hermanos de su comunidad, de 15 de agosto de 1830 (LPC 1, doc. 16, pág. 57).

<sup>728</sup>Lc, 21, 18.

<sup>729</sup>Pr 8, 29; Sal 89, 10. También carta al Hermano Antonio (LPC 1, doc. 16, página 56).

<sup>730</sup>Rm 8, 28.

en la instrucción de los niños y la práctica de las virtudes de vuestro estado. Basta con esa precaución; las demás, sin ésta, resultarían inútiles para tranquilizaros y protegeros de los peligros que teméis.”<sup>731</sup>

Varios Ayuntamiento dejaron de pagar a los Hermanos, y éstos comunicaron al buen Padre los temores que les producía la situación en que iban a verse. Les respondió:

“Los hombres os han retirado el salario, pero Dios, que sabe que necesitáis comer, nos ha retirado su protección. Él se preocupará de vosotros, puesto que hacéis su obra. El que alimenta a los pájaros, da pan a los malos que blasfeman su santo nombre e insultan a la religión, no os abandonará ni os dejará carecer de lo necesario, si ponéis en él vuestra confianza; una confianza debe ser tanto mayor cuanto que no tenéis otro apoyo y amparo que él. Por lo demás, cuando no podáis subsistir, venid a casa; mientras haya un trozo de pan<sup>732</sup>, lo compartiremos.”

Cuando emprendía alguna obra buena, sólo le preocupaba una cosa: saber si Dios la quería. Si llegaba a la convicción de que tal era su voluntad, no le importaban los obstáculos ni la falta de recursos, convencido como estaba de que Dios iría apartando los obstáculos y proveyendo a todas las necesidades. Por eso, cuando creyó llegado el momento de poner los cimientos de su Instituto, no temió hacerlo con jóvenes pobres e ignorantes, ni comprarles una casa y amueblarla, aunque también él fuera pobre y no tuviese dinero. Todos le auguraban que infaliblemente fracasaría en dicha fundación. Un benemérito sacerdote<sup>733</sup>, que luego llegó a ser obispo, después de haberlo intentado todo para disuadirle de ese proyecto, al ver que no conseguía hacerle cambiar de propósito, mandó a decirle:

-Construye usted en vano: no saldrá adelante y se convertirá en el hazmerreír de la gente.

-¡Ay! -respondió el Padre-, estoy totalmente persuadido de que, si Dios no está con nosotros, en vano trabajamos<sup>734</sup>; pero si él quiere esta obra, como pienso, la sacará adelante, aunque carezca de posibilidades de éxito. Respecto a la vergüenza que podamos sentir en caso de fracasar, me tiene sin cuidado; más temo ser infiel a Dios, que ser despreciado de los hombres.

Cuando emprendió la construcción del Hermitage, le advirtieron que era una imprudencia lanzarse a semejante construcción careciendo de recursos. El Padre contestó:

-Confieso que, efectivamente, sería gran imprudencia y extrema temeridad, si contáramos con nosotros mismos; pero contamos con la Providencia que nunca nos ha faltado y que todo lo ha hecho entre nosotros: no puede abandonarnos, puesto que realizamos su obra.

-Pero, ¿tan seguro está -le replicaron- de que dios quiere esa obra?

-¿Cómo voy a dudarle después de las bendiciones con que nos ha colmado y la ayuda que nos ha concedido? Si no quisiera esta comunidad, no nos enviaría tantos aspirantes, no bendeciría nuestras escuelas, no nos porporcionaría medios de subsistencia, como la ha hecho hasta el

<sup>731</sup>Carta al Hermano Luis María, de 21 de enero de 1837 (LPC 1, doc. 86, página 200; y LPC 1, doc. 30, pág. 84).

<sup>732</sup>LPC 1, doc. 86, pág. 200; y también LPC 1, doc. 30, pág. 84

<sup>733</sup>El Padre Séon nos ha conservado su nombre: “El señor Champagnat construía en el Hermitage cuando el señor de la Croix, por entonces párroco de Chartreux, y actualmente arzobispo de Auch, le mandó a decir: Diga al señor Champagnat, que construye en vano” (OME, doc. 160 (21), pág. 386 y nota 3). Este tal Nicolás Augusto de la Croix d’ Azolette era uno de los directores del seminario de Lyon durante los años de estudio del Padre Champagnat (OM 4, pág 191).

<sup>734</sup>Sal 126, 1.

presente. Si favorece a la congregación, es prueba de que la desea; y si la quiere, ya nos mandará fondos para construir una casa amplia en que alojarnos.

Algunos fueron aún más lejos y, al ver que no hacía caso de sus recomendaciones, imaginaron que le orgullo le hacía trastornado, y que muy pronto iría a la quiebra y abandonaría tan descabellada empresa. Cuando llegaron a oídos del Padre semejantes rumores, se limitó a responder tranquilamente: “Dejemos hablar a los hombres y pongamos nuestra confianza en Dios que jamás nos abandonará, si antes no lo abandonamos nosotros.”

Tanta palabrería maldiciente no hubiera causado mella alguna en el Padre Champagnat, de no haber contribuido a cambiar ente la gente la idea que tenía de aquella obra y cortar, en consecuencia, unas ayudas que tanta falta le hacían. Efectivamente, varias personas ricas que tenían intención de ayudarlo, desviaron sus ayudas en otra dirección.

Ante una necesidad urgente, un Hermano fue a casa de una de esas personas para pedir alguna ayuda. “Me cuidaré mucho -le respondió- de dároslo. No quiero favorecer las locuras de vuestro Superior. ¿Qué pretende con esa enorme construcción que está levantando? Antes de acabarla se verá obligado a venderla y abandonarlos todo. No volveré a dar un céntimo, ni se me ocurrirá aconsejar a nadie que lo dé.”

Cuando el Hermano comunicó la respuesta al padre Champagnat, éste exclamó: “Hace mucho que estoy convencido de que nada hemos de esperar de los hombres; Dios quiere hacerlo todo entre nosotros. Redoblemos, pues, nuestra confianza en su bondad; pongámonos en manos de su Providencia: corresponde a su gloria ampararnos y ofrecernos el auxilio que los hombres nos niegan. Aunque todos estuvieran contra nosotros, nada hemos de temer si Dios está a favor nuestro”.

La confianza del buen Padre no fue vana. Las ayudas llegaron, efectivamente, y no precisamente de donde se esperaban. La protección de Dios se hizo por eso más patente.

Por lo demás, su estilo no era el del pedigüeño que pasa la vida mendigando dinero. Prefería dejar a la Providencia el cuidado de su ministrarlo. Parecerá mentira, pero esa confianza total fue tachada de irresponsable. “Ya veis -decían-, no hace caso a nadie tiene tan metido el mal de la piedra que sólo piensa en construir. Luego, que pague quien pueda; poco le importa con tal de seguir construyendo paredes que mañana tendrá que demoler para volver a levantarlas otro día.”

Esas insinuaciones calumniosas engañaron a muchos, y hasta el mismo señor arzobispo cayó en la trampa. De tanto oír decir que el señor Champagnat sólo se ocupaba en construir y que gastaba el dinero sin ton ni son, lo creyó. Mandó llamarlo, le dirigió severos reproches y le prohibió<sup>735</sup> seguir construyendo. En el arzobispado sentían pavor ante la posibilidad de que el buen Padre llegase a quebrar.

“Es imposible -decían- que no acabe arruinándose: hace gastos excesivos; apenas tiene entradas; debe más de lo que tiene; sus acreedores acabarán dándose cuenta de su situación y se apoderarán de la casa y, al no poder ser resarcidos, se producirá el escándalo.” Esta idea

<sup>735</sup>El señor Cattet, Vicario general, escribe el 31 de Septiembre de 1829: “ Tiene que tratar por todos los medios de hacer economías; pero lo más indicado es que disminuya o aplace lo más posible las reparaciones y construcciones... Estoy convencido de que en lo sucesivo no construirá en el Hermitage o en otro sitios más que lo indispensable” (OME, doc. 65 (3), pág 152).



llegó a ser tan generalizada que el señor arzobispo se creyó en la obligación de quitarle la dirección de la casa, y lo hubiera declinado el encargo<sup>736</sup>.

Apresurémonos a decir que Su Excelencia no mantuvo estos criterios mucho tiempo, sino que muy pronto recuperó la confianza y aprecio hacia el Padre Champagnat. Pero no sucedió lo mismo con otras personas que, viendo las cosas con ojos humanos, nunca llegaron a comprender la postura del buen Padre y, pensando que tenía más deudas que fondos, se preguntaban qué sería de los Hermanos cuando él muriese y cómo se las arreglarían para pagar a los acreedores.

Durante su vida nunca cesó el piadoso Fundador de infundir a los Hermanos confianza en Dios, empeñándose su palabra de que cuidaría de ellos y que su solicitud nunca les iba a faltar. En el lecho de muerte, fue ésta la última recomendación: “Poned vuestra confianza en Dios -les dijo-, y contad con él; su Providencia os sostendrá, os ayudará, os bendecirá y proveerá a todas vuestras necesidades.”

La divina Providencia tenía que recompensar tan gran confianza y ratificar que no en vano se cuenta con ella. Durante su vida, este hombre de Dios había recibido ayuda tan a tiempo que pudo decir confidencialmente a uno de sus amigos: “Nunca me ha faltado dinero cuando he tenido absoluta necesidad de él.”

Al morir, dejaba a sus hijos más de doscientos mil francos en bienes raíces y ni una sola deuda, excepto unos miles de francos, de una finca<sup>737</sup> adquirida el mismo año de su muerte. Y como si Dios se empeñase en recompensar hasta el fin su confianza, un generoso bienhechor satisfizo esa cantidad poco tiempo después<sup>738</sup>.

Esta confianza absoluta en Dios lo mantenía tranquilo e inalterable en medio de las mayores dificultades. “Nuestro Señor -decía en tales situaciones- nos socorrerá según nuestras necesidades. Cuanto mayores son las dificultades tanto más confianza hemos de depositar en él, pues tenemos más derecho a ser ayudados.”

Una vez cayó enfermo un Hermano, y, como no tenía a nadie disponible para reemplazarlo, se vio obligado a enviar al maestro de novicios.

-¿Cómo se las va a arreglar ahora? -le preguntó alguien-. ¿Dónde va a encontrar un hombre para gobernar la casa?

-Lo esperamos de Dios -le respondió.

-Entonces me temo que va a tener que esperar mucho tiempo.

-No tanto como le parece. Dios no tiene dificultad para hallar hombres; puede valerse del primero que pasa por la calle; cualquier instrumento es bueno para él. Mientras esperamos que su bondad nos envíe uno, voy a confiar ese empleo a tal Hermano. Aunque sólo tiene dieciséis

<sup>736</sup>Cuando se conocieron las faltas del señor Courville, todavía pasó algún tiempo (mayo-agosto de 1826) en que el señor arzobispo trata de proponer a un “sacerdote (Sr. Coindre) para que se haga cargo de los Hermanos del Hermitage”. Una carta del señor Coindre, de 3 de mayo de 1826, manifiesta que de ninguna forma es partidario (OME, doc. 44, pág. 119). El 8 de agosto de 1826, un acuerdo del consejo de Mons. de Pins da por cerrado el asunto (OME, doc. 48, página 128).

<sup>737</sup>La propiedad de la familia Patouillard se compró el 1.º de enero de 1839 (AA, pág. 271).

<sup>738</sup>Este gran bienhechor es el señor Thiollière (LPC 2, pág. 494).

años<sup>739</sup>, estoy convencido de que lo hará bien y que Dios le ha de bendecir porque no tengo otro<sup>740</sup>.

Un Hermano Director ponía cierto reparo en aceptar a un Hermanito, porque era demasiado joven. “Lleve al muchacho -le dijo el Padre-, le garantizo que le dará plena satisfacción. Dios tiene que bendecirlo, pues es él quien lo envía; por otra parte, Dios lo saca todo de la nada. Ponga en Dios su confianza, y ya verá cómo ese Hermanito hará maravillas.” No se equivocó, pues el joven consiguió éxito completo.

En 1823, cuando se encontraba aún en Lavalla, en carta a un Hermano<sup>741</sup>, después de haberle comunicado noticias de diversas escuelas, le decía: “Por lo que se refiere a Lavalla, en da la impresión de que este año vamos a tener muchos pobres; haremos lo posible para alimentarlos. La Providencia que nos los envía, sabe que no tenemos nada. Espero, pues, que nos dará lo necesario no sólo para ellos, sino también para nosotros. También se han presentado muchos postulantes, pero casi todos sin recursos y jovencitos. Con todo, tres tienen ya uso de razón, pues han pasado de los treinta; uno es hombre de negocios, otro zapatero<sup>742</sup>, y el tercero, hombre de nada: pero de la nada hace Dios cosas grandes.”

Para mantener la comunidad y alimentar a los pobres que tenía recogidos, el Padre Champagnat no disponía de más fondos que su sueldo de coadjutor. Por eso, todos se preguntaban sorprendidos cómo podía arreglárselas para dar de comer a tanta gente. “No comprendo -le confesaba uno de sus amigos- qué pretende llenando su casa de niños pobres, y admitiendo tantos postulantes que no traen nada. A no ser que tenga bula especial para extraer del tesoro público, no puede por menos de ir a la bancarrota.”

El Padre, sonriendo, le contestó: “Dispongo de mucho más que eso: del tesoro de la Provincia, que tiene para todos y no se agota.”

Otra persona le decía:

-¡Debe tener la bolsa bien repleta, para encargarse de tantas miserias!

-Mi bolsa -respondió el Padre- no tiene fondo; es la de la Providencia, cuanto más se saca, más tiene.

En una ocasión dijo a quienes le censuraban de que siempre estaba construyendo: “Me reprochan porque construyo; no tengo más remedio que hacerlo para alojar a los hermanos. Una de dos, o construimos, o no admitimos postulantes.” Y como le arguyesen que no tenía dinero y resultaba temerario realizar nuevas construcciones sin fondos, replicó: “Siempre lo hice así. Si hubiera esperado a tener dinero para empezar, no habría colocado aún la primera piedra.”

Fue a visitarlo un amigo, y viendo las obras, le preguntó de donde iba a sacar dinero para pagar el pabellón que se construía. Le respondió el buen Padre: “Lo sacaré de donde siempre lo he sacado, del tesoro de la Providencia.”

<sup>739</sup>Probablemente se trata del Hermano Luis, en 1822 (LPC 2, pág. 339).

<sup>740</sup> Puede contrastarse este diálogo con el mantenido por el Padre Maitrepierre (OME, doc. 164 (55), pág. 417).

<sup>741</sup>Carta del P. Champagnat al Hermano Juan María Granjon, de 1.º de diciembre de 1823 (LPC 1, doc. 1, págs. 28-30).

<sup>742</sup>Es probable que el zapatero no se quedara mucho tiempo, a no ser que se hubiera hecho profesor, pues al menos hasta 1826, el Padre Champagnat acude a los zapateros de Lavalla (AA, pág. 77).

En una época en que el personal era muy numeroso y los alimentos carísimos, un Hermano de su Consejo que sabía que no había dinero en caja, le dijo cierto día:

-Padre, este año no tendremos para cubrir gastos.

-Cierto -replicó el Padre-, si usted se fija sólo en los recursos que poseemos; pero, ¿dónde deja usted la Providencia? Ella nos ayudará, ya que nos envía estos jóvenes.

-Desde luego -respondió el Hermano-, hemos de fiarnos de la Providencia, pero no estaría mal ser algo más exigentes con los postulantes, y no admitir a los que no traen nada.

-Jamás se me ocurriría -respondió el piadoso Fundador- rechazar a un candidato con vocación y capacidad de hacer el bien sólo por razones económicas. Al contrario, estaría dispuesto a pagar, si fuera preciso, para conseguir un joven capaz de llegar a ser un buen religioso.

Un día necesitaba urgentemente dos mil francos para pagar una deuda, pues le amenazaban con recargo si no lo hacía. Mandó llamar al Hermano administrador y le encargó que diera los pasos para pedir prestada esa cantidad. "Padre -le dijo el Hermano-, sabe muy bien que la semana pasada no puede conseguir nada, y que la gente se esconde al verme pasar: es inútil que vaya a Saint-Chamond para eso; le ruego me dispense." Como insistiera el Padre, respondió el Hermano en tono desabrido: "Ya que se empeña, iré; pero le advierto que volveré con las manos vacías."

El Padre no replicó. Como se aproximaba el plazo del pago, subió a su aposento y se puso en oración. Al cabo de unos instantes, lo llaman al locutorio. Baja y, apenas entra, una persona pone sobre la mesa una bolsa con tres mil francos diciendo: "Ahí tiene, señor, lo que se me ha ocurrido traerle hoy." El Padre lo abraza efusivamente al tiempo que exclama: "Dios lo bendiga, querido amigo. Lo envía la Providencia. Me encontraba en un apuro y usted me presta un servicio que nunca olvidaré."

En otra ocasión, el Hermano ecónomo vino a advertirle que ya no quedaba harina y que habría que pensar en comprar más. El Padre, abriendo el cajón de su escritorio, le entregó todo el dinero que tenía en casa en aquel momento.

-Pero, Padre, con esto sólo tendremos para dos sacos de harina -dijo el ecónomo-, y con los que somos en comunidad, no alcanzará este pan para quince días.

-Compre ahora esos dos sacos -replicó el Padre-; Dios nos ayudará antes de que se acaben.

Diez días más tarde, el ecónomo vino a recordarle que la harina se estaba agotando. "Ahí tiene -le dijo el Padre-, acaban de entregarme lo suficiente para comprar treinta sacos. ¿No cree que estaba en lo cierto cuando le decía que Dios no nos abandonaría?"

Al ver el desarrollo que estaba tomando el Instituto, alguien le dijo:

-¡Qué maravillas haría usted con unos cientos de miles de francos!

-Si la Providencia me enviase cincuenta buenos Hermanos, las haríamos aún mucho mayores -replicó-. No es dinero precisamente lo que nos falta, sino personas. Una comunidad es siempre rica cuando tiene religiosos santos. Es lo que pido a Dios todos los días.

En cuanto al dinero, siempre recuerdo aquellas palabras del divino Salvador: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*<sup>743</sup>.

Confiaba tan poco en los medios humanos que, cuando veía un asunto fuertemente apoyado por los hombres, empezaba a dudar de su éxito.

Como al salir hacia París para proseguir las gestiones de la autorización del Instituto, mucha gente se interesaba por el éxito de su tarea, escribía desde Lyon<sup>744</sup>: “Humanamente hablando, todo parece que va bien; pero yo sigo diciendo más que nunca: *Nisi Dominus...* Mucho me temo que todos estos apoyos perjudiquen los designios de la Providencia, y que, lejos de favorecer nuestra solicitud, contribuyan a su fracaso. Rogad, pues, y hacer orar, pues sólo de Dios tenemos que esperar todo.”

VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO IV**

*Su amor a la oración. Interés en forma a los Hermanos en este santo ejercicio*

Una de las mayores gracias que Dios me ha concedido -decía el humilde san Francisco de Asís-, es el espíritu de oración; gracias a ella he conseguido todos los demás dones que la divina bondad me ha deparado.

Otro tanto podría haber dicho el Padre Champagnat. Dios le otorgó la gracia insigne de la oración. De este santo ejercicio sacaba la fe ardiente que animaba todas sus acciones y la confianza sin límites que tenía en la Providencia y con la que todo lo conseguía.

Gracias a la oración alcanzó un grado sublime de virtud, ganó almas para Dios y fundó una obra tan útil a la Iglesia.

En la oración vivía como en su elemento, y se entregaba a ella con tal facilidad y gusto que parecía serle connatural. Además de las oraciones comunitarias, de la santa misa y el oficio, dedicaba tiempo considerable a la conversación con Dios. Para ello se levantaba muy de madrugada; pues como a lo largo del día se hallaba tan ocupado, se veía obligado a quitar tiempo al descanso para entregarse a la oración por la necesidad que sentía de tratar con Dios.

---

<sup>743</sup>Mt 6, 33.

<sup>744</sup>Al Hermano Francisco, el 10 de enero de 1838 (LPC 1, doc. 169, pág. 334), texto ligeramente modificado.

En la oración concibió todos los proyectos y realizó todas sus obras. Con la oración iniciaba, proseguía y concluía todo. “Jamás me atrevería a emprender algo sin habérselo encomendado mucho tiempo al Señor -afirmaba-: primero, porque es fácil que el hombre se equivoque siguiendo sus propios criterios o creyendo que las ilusiones son proyectos inspirados por Dios; y, luego, porque nada es posible sin la ayuda y protección del cielo.”

No sólo obraba así en los asuntos importantes; seguía la misma costumbre en los detalles de su conducta, comenzando siempre sus acciones con una plegaria y realizándolas en actitud de oración. Tal es el origen de las piadosas y santas prácticas que tanto recomendó a los Hermanos y que dejó plasmadas en artículos de Regla: cómo iniciar las clases con una oración; encomendarse a Dios cada vez que hay que tratar con una persona, antes de castigar a un alumno o al dar el aviso fraterno; rezar con frecuencia oraciones jaculatorias y hacerlas tan habituales que transformen el trabajo en oración y prolonguen<sup>745</sup>, a lo largo del día, la meditación matinal.

En los peligros, en las situaciones comprometidas, la oración era para él puesto seguro. Por eso casi empalmaba una con otra las novenas en comunidad<sup>746</sup>, y, no bien había terminado una, ya encontraba motivos para empezar la siguiente<sup>747</sup>.

Urgía continuamente a los Hermanos a rezar, y a rezar con fervor, y tenía tal confianza en el poder de la oración que no temía afirmar: “Estoy convencido de que seremos escuchados y que, suceda lo que suceda, los acontecimientos redundarán en beneficio nuestro.”

Convencido de que la oración es para el religioso el medio más adecuado para adquirir las virtudes de su estado, trabajar en la propia santificación y en la de aquellos que le están encomendados, quiso que los Hermanos consagrasen a la oración tiempo considerable y tuvieran muchos ejercicios de piedad.

Hubo quienes no eran partidarios de imponer a los Hermanos el rezo del oficio de la Santísima Virgen, y aducían como razones:

1.º Que la enseñanza es muy dura y los Hermanos, que ya habían tenido que hablar mucho en clase, terminarían agotados con el rezo del oficio y arruinarían su salud.

2.º La escasa utilidad de su rezo, porque los Hermanos no entendían el latín.

El Padre les respondió: “Estoy convencido de que el oficio de La Santísima Virgen es un consuelo, un alivio para los Hermanos y no una sobrecarga, ya que pueden salmodiarlo con un moderado tono de voz y paseando. Para ellos es una satisfacción unirse a tantas congregaciones religiosas y fieles piadosos que ofrecen esta alabanza a María. Por lo que se refiere a que no comprenden el latín, es verdad: pero lo comprende Dios, y no por eso la oración le será menos grata, si lo acompañan el espíritu interior y la intención del corazón.

<sup>745</sup>No deben contentarse con esta media hora de meditación, sino que han de prolongarla a lo largo del día, por el recuerdo de la presencia de Dios y la práctica de oraciones jaculatorias” (*Regla de 1837*, cap. II, art. 2, pág. 15). “Antes de responder a las preguntas de los padres acerca de la conducta de sus hijos, deben elevar el corazón a Dios diciendo: Señor, di en mi lugar lo que te es grato y pueda redundar en tu gloria” (*Regla de 1837*, cap. V, art. 18, pág. 42).

<sup>746</sup>Carta al Hermano Bartolomé, de 1.º de noviembre de 1831 (LPC 1, doc. 24, páginas 72-73).

<sup>747</sup>P.S. de la carta al Hermano Dionisio, de 5 de febrero de 1838: “... Cuando hayan terminado la novena que están haciendo, empiecen otra a mis intenciones. Que la hagan también todos los niños” (LPC 1, doc. 168, pág. 333).

También le objetaron que los niños sacaban poco fruto del rezo del rosario, que repetían maquinalmente las avemarías, sin darse cuenta de lo que decían, y, por lo tanto, era tiempo perdido.

“Los niños que gritaban *Hosanna al Hijo de David* -replicó-, ¿sabían lo que decían? Y, sin embargo, su oración agradó tanto a Jesucristo que la elogió públicamente y afirmó que de la boca de los niños recibe Dios la más perfecta<sup>748</sup> alabanza. Si los niños no tienen la devoción y el fervor de las personas mayores, tienen, en cambio, más sencillez e inocencia; por eso su oración es tan grata a Dios.”

En los orígenes del Instituto, había prescrito numerosas prácticas de piedad que luego se vio obligado a suprimir, al menos en parte, porque sobrecargaban a la comunidad y no todos los Hermanos las podían cumplir. Entre otras: hacer diariamente varias visitas al Santísimo Sacramento<sup>749</sup>, que redujo a una sola al día; pasar la última hora del año que termina y la primera del que comienza en oración; los seis domingos en honor de san Luis Gonzaga; en fin, diversas oraciones que se añadían a los rezos habituales o que cada cual practicaba en privado.

Pero le gustaban, sobre todo, las oraciones litúrgicas; las prefería a todas las demás. Por eso estableció las procesiones de rogativas; celebraba, según el ritual, incluso las fiestas suprimidas por el Concordado de 1801, y cantaba los oficios de la víspera de Navidad y los de la Semana Santa. Al principio recaía casi exclusivamente sobre él el canto de los oficios, porque los Hermanos, además de ser pocos, no estaban preparados para ayudarlo. Sin embargo, los cantaba íntegros y con la misma solemnidad que en las iglesias más importantes.

Continuamente recomendaba a los Hermanos que orasen por los niños que les estaban confiados. “Haréis mayor bien -les decía- con la oración que con cualquier otro medio. Un Hermano que se limite a instruir a sus alumnos, cumple sólo con la mitad de su cometido; si quiere cumplirlo totalmente, debe, además, orar continuamente por ellos, es decir, no dejar de encomendarlos a Dios cada vez que se presente ante él. Debe orar sobre todo por los más difíciles, por los que más le cueste formar en la virtud o tengan mayores dificultades. Puede que un Hermano no tenga grandes dotes intelectuales para dar la catequesis, para mantener la disciplina entre los alumnos e instruirlos a su gusto, pero siempre puede orar por ellos. Y con esto, les será realmente útil y alcanzará ascendiente sobre ellos, ganará su confianza y lo escucharán con atención. Y es que no hay nada mejor que la oración para conseguir la docilidad de los niños. Por eso, algunos Hermanos me han confesado que, desde que se han impuesto el deber de orar mucho por sus alumnos, consiguen de ellos lo que quieren.”

La caridad del Padre Champagnat alcanzaba a todos los hombres. Incesantemente pedía a Dios misericordia para todos. Oraba por los pastores de la Iglesia, por la conversión de los pecadores y paganos, por los alumnos de las escuelas y, especialmente, por los miembros de la congregación. Diariamente consagraba los Hermanos a la Santísima Virgen, y presentaba continuamente a Dios las necesidades de cada uno.

<sup>748</sup>Mt 21, 15-16.

<sup>749</sup>La *Regla de 1837* recomienda la práctica de la visita al Santísimo Sacramento:

-Después de la clase de la mañana, cap. II, art. 19, pág. 20; con los niños para enseñarles cómo hacerla con respeto y devoción, cap. IV, art. 13, pág. 37.

-Al llegar a la casa madre, cap. VIII, art. 7, pág. 56.

“Quiero tanto a los Hermanos -decía confidencialmente a alguien-, y anhelo su salvación con tanto ahínco, que no me canso de orar por todos ellos y presentárselos constantemente a Nuestro Señor y a su santa Madre.”

Un día le hablaban de un Hermano joven<sup>750</sup> que sufría graves tentaciones. “¡Pobre Hermano! -exclamó-, no me acerco un solo día al altar sin dejar de encomendarlo con insistencia a los sagrados Corazones de Jesús y de María. ¡Pobre Hermano, cómo deseo que Dios lo bendiga y lo libre del pecado! En ninguna de mis oraciones me olvido de pedir para él esa gracia.” Y lo que hacía con aquel Hermano, lo hacía igualmente con cuantos se hallaban en la misma situación.

Ponía sumo empeño en inspirar a los Hermanos amor a la oración, en hacerles comprender su necesidad y ventajas, y en formarles en tan santo ejercicio. En sus instrucciones, no se cansaba de insistir en este tema, que denominaba *el punto capital*.

En su opinión, tener el don de oración equivale a poseer todas las virtudes. Y desarrollaba así su pensamiento:

“Si Dios os otorga la gracia de la oración, os concede por el mismo hecho todas las virtudes, pues podemos decir de la oración lo que Salomón decía de la sabiduría: *Con ella me vinieron todos los bienes*<sup>751</sup>. No es posible, en efecto, conservar a menudo con Dios sin impregnarse de su espíritu, sin asemejarse a él por la imitación de sus virtudes. Por eso siempre he comprobado que quien posee el espíritu de oración, tiene también el espíritu de obediencia, de mortificación y celo y trabaja con empeño en conseguir la perfección.

Los Hermanos piadosos son las columnas del Instituto, y cualesquiera que sean sus talentos, fuerzas y salud, son útiles en todas partes, porque llevan consigo el buen espíritu y Dios bendice cuanto se les confía. Por algo san Pablo dice que *la piedad es útil para todo*<sup>752</sup>. La piedad no sólo engendra virtudes; nos consigue también acierto en los asuntos temporales. Si Dios bendice al Instituto, se debe a este o aquel Hermano, quizá considerados inútiles porque tienen escasas dotes o están enfermos, pero que son los predilectos de Nuestro Señor y de su santa Madre por su piedad sólida.

Por el contrario, un Hermano que carece de piedad, no hace nada bueno, ni para él ni para los demás; es incapaz de obrar el bien, porque carece de los *medios necesarios* para realizarlo: la oración y la unión con Dios. Más aún, una larga experiencia me ha demostrado que un Hermano sin piedad *es un hombre que no vale para nada*; siempre se halla fuera de lugar, es un estorbo para todos. Tal vez os sorprenda mi modo de hablar, pero no resulta difícil de entender. Sin piedad es imposible amar la vocación ni entregarse con empeño al trabajo; sin piedad no hay virtud. Ahora bien, un hombre sin virtud, que desempeña mal su oficio, que lo cumple por motivos humanos y que no se encuentra a gusto en su estado, resulta inevitablemente una carga para la comunidad. En vez de serle útil, la perjudica y paraliza los esfuerzos de los demás.”

Nada afligía tanto al piadoso Fundador como ver que, con cualquier pretexto, los Hermanos faltaran a los ejercicios comunitarios. Consideraba esa falta como una de las más peligrosas. En una de sus instrucciones se expresaba de este modo: “¡Cómo vais a estar satisfechos, cómo

<sup>750</sup>Seguramente, el mismo Hermano Juan Bautista que en 1839 era director de Saint-Pol-sur-Ternoise y que tenía como ayudante al joven María Lorenzo, que por entonces atravesaba momentos difíciles y a quien el P. Champagnat escribe una carta llena de compasión, el 8 de abril de 1839 (LPC 1, doc. 249, pág. 479).

<sup>751</sup>Sb 7, 11.

<sup>752</sup>1Tm 4, 8.

gozar de paz, cuando habéis omitido vuestros ejercicios de piedad? ¿Acaso no sabéis que la meditación, la santa misa, el oficio, el rosario y la lectura espiritual son el consuelo de los buenos religiosos; que no es posible ser feliz en comunidad descuidándolos? ¿No habéis aprendido por experiencia que vuestras caídas, más lamentables has sido precedidas del descuido en la oración, y que los días que hacéis mal los ejercicios de piedad están llenos de faltas? Convinceos de que el lazo más funesto que puede tender el demonio a las almas para llevarlas a la perdición es apartarlas de la oración; pues sabe que abandonar tan santo ejercicio es caer infaliblemente en la tentación.”

Como dejó consignado en la Regla, quería que quien no hubiera podido asistir a los ejercicios con la comunidad, buscara tiempo para hacerlos en privado<sup>753</sup>. Y lo justificaba, diciendo: “Cuando no habéis podido estar en la comida con los demás Hermanos, no por eso dejáis de comer, y, por muy apurados que estéis, siempre encontráis tiempo para poder dar al cuerpo el alimento necesario; ¿por qué no hacer lo mismo con vuestra alma? ¿La apreciáis menos que al cuerpo? Un Hermano, por absorbentes que sean sus ocupaciones, siempre puede encontrar tiempo para hacer sus ejercicios de piedad.”

Por otra parte, nada puede dispensarle de este deber, que es el más importante y debe primar sobre cualquier otro. Nunca me ha cabido en la cabeza que un Hermano pueda dejar el oficio, el rosario o cualquier otra oración, y aducir como disculpa que no ha tenido tiempo para ocuparse de estos ejercicios. Si no podéis hacerlos en el oratorio de rodillas, hacedlos mientras trabajáis, caminando o mientras acompañáis a los niños. Nunca, ni cuando era coadjutor, ni de viaje, me ha faltado tiempo para rezar las oraciones. En ninguna ocasión he oído decir a un sacerdote que no había encontrado tiempo para rezar el oficio. Sin embargo, ese oficio es mucho más largo que el vuestro, y las ocupaciones de un sacerdote, mucho más numerosas que las de los Hermanos.”

En efecto, ocurría con frecuencia que el buen Padre estaba ocupado todo el día; entonces sacaba tiempo del recreo o del sueño para rezar el oficio o las demás oraciones. En los viajes ocupaba el tiempo con el rezo del breviario y el rosario, en hacer algunas lecturas espirituales, y, cuando iba solo, cantando himnos religiosos. Incluso confesaba que le gustaban los viajes porque le dejaban más tiempo para meditar y orar que los días normales.

Los ejercicios de piedad que consideraba más importantes y por los que sentía predilección eran la meditación y la santa misa. Quería que, incluso en los viajes, se oyera misa y se recibiese la comunión siempre que fuera posible.

“Para el Hermano que tenga espíritu de fe -decía-, tiene que ser un inmenso sacrificio no poder oír misa todos los días. El que la pierde por su culpa, por dedicarse al estudio o a cualquier otra ocupación que no sea indispensable, manifiesta que nada le importa su perfección y que no ama a Jesucristo. La santa misa, la comunión, la visita al Santísimo Sacramento, en una palabra, la divina Eucaristía, es la fuente de la gracia. ésa es la primera y más necesaria de todas las devociones, la que nos proporciona mayores beneficios y consuelos. ¡Qué pena me dan los que no comprenden esta verdad!”

La meditación le parecía tan necesaria, que estaba convencido de que el religioso que la descuida no puede alcanzar la perseverancia en su vocación. Así se expresaba sobre este tema:

---

<sup>753</sup>“No podrán dispensarse del oficio, a menos que exista grave enfermedad o permiso explícito del Superior” (*Regla de 1837*, cap. II, art. 4, pág. 16).



“Si la tierra, en palabras del profeta, está llena de desolación y crímenes, es porque los hombres no meditan<sup>754</sup> la ley de Dios. Del mismo modo, porque hay pocos hombres de oración en las comunidades, existen tantos abusos y defectos y tan poca virtud.

La vocación religiosa es el tesoro escondido en un campo<sup>755</sup> del que habla Nuestro Señor. pues bien, por la meditación se descubre ese tesoro<sup>756</sup>; por ella se calibra su precio y excelencia; en la meditación se toman los medios para conservarlo y hacerlo fructificar. El que no medita, no conocerá jamás el valor de ese tesoro: no le prestará atención y, si lo menosprecia, cuando le sobrevenga la primera dificultad, a la primera tentación que se le presente, abandonará la vida religiosa, perdiendo así este tesoro.

La meditación, la oración, la gracia actual, la gracia habitual, la perseverancia en la vocación y la eterna salvación, son seis eslabones engarzados, que dependen uno del otro. Sin meditación, no hay oración; sin oración, no se lograrán las gracias actuales; sin gracias actuales, es imposible resistir a las tentaciones, ni conservar la gracia habitual, y, por lo tanto, la vocación. El pecado mortal, que es la muerte del alma, mata al mismo tiempo la vocación y destruye los cimientos mismos de la salvación. ¡Ay, cuántos jóvenes han sufrido la amarga experiencia de esta verdad! Pero ocurre precisamente lo contrario a quien es fiel en meditar las verdades eternas. La meditación les infunde amor y gusto por la oración, porque les descubre su necesidad y ventajas. la oración les consigue abundantes gracias actuales con las que pueden resistir a las tentaciones, evitar el pecado, mantenerse en estado de gracia, conservar su vocación, practicar la virtud, asegurar la perseverancia en el bien y trabajar en la salvación<sup>757</sup>.

En mi opinión, ser auténticamente piadoso equivale a ser buen religioso, pues un buen religioso es necesariamente hombre de oración, y un hombre de oración es siempre un santo religioso. Pero no olvidemos que sólo por la meditación de las verdades eternas se puede alcanzar sólida piedad.”

Estaba tan persuadido de la eficacia de la oración mental, que dijo a varios Hermanos<sup>758</sup>: “Si sois fieles a la meditación, respondo de vuestra salvación y os garantizo que tarde o temprano llegaréis a ser buenos religiosos.”

No exageraba al pensar de este modo. Varios santos piensan igual:

“La oración mental y el pecado -afirma san Alfonso de Ligorio<sup>759</sup> - no pueden convivir bajo el mismo techo. Quienes hacen meditación, caen rara vez; y si caen, se levantan con prontitud.”

“Se puede asegurar -añade santa Teresa<sup>760</sup> -que un alma que persevera en el ejercicio de la oración no se puede perder; por muy grandes y repetidas que sean sus caídas, por fuertes y

<sup>754</sup>La falta de reflexión es una de las principales causas de los males que suceden en el mundo, según las palabras de Jeremías: “Toda la tierra se halla desolada con desolación universal, porque no existe nadie que haga reflexión alguna en su corazón... La tierra se halla desolada porque no hay casi nadie que entre dentro de sí mismo, que medite en su espíritu los misterios inefables de la religión y las infinitas bondades de Dios” (PPC, parte primera, tratado V, cap. 8, “De la necesidad de la meditación”, pág. 302).

<sup>755</sup>Mt 13, 44.

<sup>756</sup>“Y quien sabe pesar y reflexionar estas cosas, se desengaña fácilmente de todo lo demás, y se decide a abrazarlas; y conociendo perfectamente de qué valor es la piedra preciosa que ha hallado, nada más le interesa, vende cuanto tiene y la compra” (PPC, parte primera, tratado V, cap. 9, “Ventajas que podemos sacar de la meditación”, pág. 306).

<sup>757</sup>Fjp 2, 12.

<sup>758</sup>Sobre todo al Hermano Eutimio (LPC 1, doc. 132, pág. 223).

<sup>759</sup>“La oración mental y el pecado no pueden vivir juntos. La experiencia demuestra, en efecto, que quienes se entregan a la oración difícilmente caen en desgracia de Dios; pero, si por desdicha les acontece caer, entrarán pronto en sí mismos y se convertirán a Dios si no abandonan la oración” (ALFONSO DE LIGORIO, *La religiosa santificada*, t. 8, cap. XV, 1, VI, pág. 407).

continuas que sean las tentaciones con que la asalta el demonio, tarde o temprano Dios la librá del peligro y la llevará al cielo.”

Las instrucciones del piadoso Fundador acerca de la oración contribuían a inspirar gran confianza en Dios. He aquí algunos de sus pensamientos:

“Cuanto más gracias se piden a Dios, más se consiguen. Pedir mucho a los hombres es la mejor manera de no conseguir nada; para obtener algo, hay que ser parcós en pedir. Pero con Dios hemos de obrar de forma distinta: pedirle favores es la mejor manera de honrar su grandeza y su bondad. Así como se ofendería un rey poderoso si se le pidieran unos centimillos, del mismo modo pedirle poco es en cierto modo despreciar a Dios y desconocer su poder y bondad. Por muy rico que sea un hombre, se queda sin lo que da, y su don, por mínimo que sea, disminuye sus riquezas. Con Dios es distinto: son tales sus riquezas, que no pueden agotarse; tan liberal que jamás se cansa de dar. Para él, en cierto modo, es una necesidad con ceder gracias a los hombres. Además, cuanto nos concede sigue siendo posesión suya; al contrario de los hombres, nos enriquece sin deshacerse de sus bienes. Incluso puede decirse que aumenta sus riquezas al colmarnos de favores. En efecto, las gracias que nos concede, que, al estar ocultas, como sepultadas en el seno de su misericordia, en nada contribuían a su gloria externa, lo glorifican en cuanto llegan a nuestras manos, a causa de las buenas obras que realizan por medio de nosotros.

Nunca se ha mostrado Dios tan grande y generoso con los hombres, como cuando ha usado con ellos de misericordia. David, que conocía el corazón de Dios, se dirigía a él diciendo: Perdona mi culpa, que es grave<sup>761</sup>, y resplandecerá tu gran bondad. De ese modo, lo que habitualmente suele desalentar a los hombres -graves delitos, grandes necesidades- era para aquel santo Rey el mayor motivo de confianza, porque tenía alto concepto de Dios. Terminó insistiendo: pedir poco a Dios es un modo de no conseguir nada. Si queremos complacerle, pidamos mucho, pidamos cosas grandes; cuanto más larga sea la letanía de peticiones, más grata le resulta y antes seremos escuchados.”

Para formar a los Hermanos en la piedad, no se conformaba con hablarles a menudo de ella en las instrucciones; mantenía, además, frecuentes conversaciones personales con ellos sobre este tema fundamental, les pedía cuenta de la meditación y del cómo practicaban los demás ejercicios. En una de estas conversaciones, un Hermano le manifestó que para él no había nada tan difícil como la oración, y que en ningún otro momento sentía tantas tentaciones. “No se sorprenda -le respondió el buen Padre-, el demonio sabe muy bien los grandes beneficios que se consiguen en la oración; prevé las gracias extraordinarias y las virtudes que Dios quiere concederle mediante ella; por eso desata su furia contra usted y le suscita tales tentaciones. No se asuste ni se desanime: esta prueba es un feliz presagio. Combatir las distracciones, resistir a las tentaciones, soportarlas con paciencia, ya es oración; más que oración, es practicar la virtud, o, mejor, practicar una serie de virtudes.”

Otro Hermano le confesó que le costaba mucho ocupar el tiempo de la meditación y que no sentía la menor devoción. El Padre le contestó:

---

<sup>760</sup>“Pues para lo que he tanto contado esto... es para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad... y cómo, si en ella persevera, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación, como, a lo que ahora parece, me ha sacado a mí” (SANTA TERESA DE JESUS, *Vida*, 8, 4, BAC 212.50).

<sup>761</sup>Sal 24, 11.

“El motivo es que vive disipado durante el día. Nunca se concentra en sí mismo e ignora sus propios defectos y las necesidades de su alma. Si hiciera mejor el examen particular, oraría mejor. Fíjese en cómo reza el santo rey David: Dios mío -exclama-, soy pobre y ciego; estoy lleno de vicios<sup>762</sup>, las miserias me rodean por doquier; la corrupción ha penetrado hasta la médula de mis huesos. Habla así porque conocía sus necesidades. Y las conocía, porque a menudo entraba en sí mismo. Usted se encuentra vacío de virtud, está lleno de defectos, ¡y dice que no sabe qué hacer durante la meditación! Presente a Dios sus defectos y dígame: Dios mío, aquí tienes a un hombre superficial, orgulloso, perezoso, sensual, inconstante. ¡Ah, Dios mío!, diariamente caigo en éstos y en muchos otros defectos. Diariamente te ofendo de pensamiento, de palabra, con mis ojos, con mis oídos, con todos los sentidos. ¡Oh Jesús!, cura las heridas de mi alma, perdona mis pecados. Ya ves que no tengo ni humildad, ni modestia, ni obediencia, ni mortificación, ni celo, ni piedad; concédeme todas estas virtudes y, sobre todo, tu santo amor. Haga este ejercicio diariamente y le aseguro que muy pronto llegará a ser un Hermano excelente y verá cómo no le cuesta ocuparse durante la meditación.”

Una vez, al terminar la meditación, el Padre preguntó al Hermano Lorenzo cómo había empleado el tiempo. El buen Hermano le respondió con una encantadora sencillez:

-Ha acertado usted, Padre; sin duda, Dios le ha inspirado que me pregunte para castigarme, pues hoy no he hecho nada, porque me olvidó del tema de la meditación. Sin embargo, para ocupar provechosamente el tiempo, se me ocurrió imaginarme a san Juan Francisco Regis<sup>763</sup> postrado noches enteras a la puerta de las iglesias para adorar a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Me pasé el tiempo contemplando al santo en esa actitud. y me dije: Ése sí que no olvidaba el tema de la meditación, pues le ocupaba toda la noche, mientras que yo no tengo ni para unos minutos.

-Está bien, Hermano Lorenzo -le dijo el Padre-; así debe hacer cada vez que lo olvide.

Concluyamos con unas palabras del piadoso Fundador, que de algún modo pueden resumir la idea que tenía de la oración y que nos darán a conocer la importancia que atribuía a la piedad:

“Los Hermanos piadosos -decía- son hombres maravillosos; nunca podremos apreciarlos suficientemente: ellos son el cimiento del Instituto; cuanto más tengamos, más pujante estará la congregación y mayores bendiciones atraerá de Dios.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO V**

---

<sup>762</sup>Sal 38, 5-11.

<sup>763</sup>El párroco de Saint-Bonnet-le-Froid “le encontró a la puerta (de la iglesia) de rodillas, con las manos juntas y la cabeza descubierta, a pesar de que soplaban un cierzo violento... Regis siguió pasando las noches en la iglesia, a pesar del rigor del invierno insoportable de aquel año” (DAUBENTON, *Vida*, libro IV. Lyon, 1803).

*Recogimiento y cuidado por mantenerse en la presencia de Dios*

El ejercicio preferido del Padre Champagnat era el de la presencia de Dios<sup>764</sup>. Lo estimaba más que cualquier otro por inclinación natural, por atractivo y, sobre todo, porque Dios mismo lo dispuso como el medio más directo y eficaz para alcanzar la perfección<sup>765</sup>. *Anda en mi presencia* -dijo el Señor a Abraham- *y serás perfecto* (Gn 17, 1). David dice de sí mismo que trataba de tener siempre presente a Dios en su mente, para no ser arrastrado (Sal 15, 8) ni por la tentación, ni las dificultades inherentes a la práctica de la virtud. Si no hubiera olvidado esa resolución, jamás habría ofendido a Dios, ni habría caído en adulterio y homicidio.

El ejercicio de la presencia de Dios no sólo es el más eficaz para santificarse; es también el más sencillo, cómodo y agradable. El más sencillo, porque abarca y suple a todos los demás; el más cómodo y agradable, porque el recuerdo de Dios fortalece el alma y la colma de gozo y felicidad.

En uno de los retiros, el predicador que lo dirigía enumeró, como suele hacerse en esas ocasiones, gran cantidad de medios para hacer bien las acciones ordinarias, corregir los defectos y adquirir la virtud. El Padre Champagnat, que ardía en ansias de agradar a Dios, empezó practicándolos todos; pero luego, por su misma complejidad, en lugar de ayudarle, le estorbaban y turbaban.

Entonces fue a entrevistarse con el predicador, que era también su confesor, y le expuso con naturalidad su preocupación, diciéndole “Los medios que nos ha aconsejado para conseguir la perfección, por excelentes que sean, me han desconcertado. He pasado de uno a otro, y no consigo nada. ¿No podrían sustituirse todos ellos por la presencia de Dios? Hasta ahora me había aplicado a este solo ejercicio, y si fuera suficiente, lo preferiría a todos los demás.”

El misionero no vaciló en decirle que la presencia de Dios era el mejor de todos los medios que pueden llevar a la perfección, y que él solo equivalía a todos los demás y los sustituía con ventaja. Muy satisfecho con aquella respuesta, el buen Padre se despidió dando las gracias a su confesor y se entregó con mayor ahínco a su ejercicio preferido, con el que tan a gusto se sentía y del que sacaba tanto fruto.

San Francisco de Sales advierte que la multiplicidad de medios para progresar en el camino de la perfección, a muchas personas les resulta un estorbo más que una ayuda. “Les ocurre -dice este santo obispo- como al viajero que ante un gran número de caminos que llevan al punto adonde quiere llegar, pierde el tiempo en buscar cuál es el mejor.”

Según eso, aquel sabio y prudente director aconsejaba centrarse en un ejercicio particular o en una virtud especial, pues Dios no ha condicionado nuestra perfección al número de cosas que

<sup>764</sup>En este capítulo, el Hermano Juan Bautista, siguiendo al Padre Champagnat, se inspira mucho en Rodríguez (PPC, parte primera, tratado VI, “De la presencia de Dios”).

<sup>765</sup>“El bienaventurado Basilio, en muchas partes, el remedio que da para todas las tentaciones y trabajos, y para todas las cosas y ocasiones que se pueden ofrecer, es la presencia de Dios. Y así, si queréis un medio breve y compendioso para alcanzar la perfección, que contenga y encierre en sí la fuerza y eficacia de todos los otros medios, éste es, y por tal se le dio Dios a Abraham: *Anda delante de mí y serás perfecto*” (RODRIGUEZ, *Ejerc. de Perfección.*, parte primera, tratado VI, cap. 1, pág. 402. Madrid, 1946) (CM I, nota 1, pág. 372).

emprendamos para complacerle, sino únicamente al modo<sup>766</sup> de realizarlas; modo que no es otro que hacer lo poco que hagamos con todo el amor y esmero posibles.

Por ejemplo, aconsejaba aplicarse al ejercicio de la presencia de Dios, que era su ejercicio predilecto; o al de la conformidad<sup>767</sup> con la voluntad de Dios o, incluso, al de la pureza de intención que también apreciaba mucho.

“No hagamos -añade el santo prelado- como los avaros espirituales<sup>768</sup>, que nunca se conforman con las prácticas que se les prescriben, sino que siempre están dicurriendo cómo inventar nuevos medios para, si fuera posible, acaparar para sí la santidad de todos los santos. Obrando de ese modo, nunca están satisfechos, porque no tienen fuerzas suficientes para llevar a cabo todo lo que quisieran realizar. Es incalculable, ciertamente, el freno que la multitud de ejercicios supone para nuestra perfección; porque nos priva de la suave y tranquila atención que hemos de poner en hacer por Dios con todo esmero lo que hacemos. Aquellos que en un banquete van picando de aquí y de allá, comiendo un poco de todo, estropean su estómago y se indigestan hasta no poder dormir y tener que pasar la noche devolviendo. Igualmente, las almas que quieren probar todos los métodos y medios de perfección, no están en el buen camino; pues el estómago de su voluntad carece del calor necesario para poder asimilar y poner por obra tantas cosas. Por eso se produce en su alma cierta indigestión que les quita la paz y el sosiego interior, aquel único necesario<sup>769</sup>, que María eligió y no le podrán arrebatarse.”

Creemos que no nos hemos apartado del tema al traer esta observación de san Francisco de Sales, que es de extrema importancia en la vida espiritual y puede ser muy provechosa a los Hermanos. Tanto más cuanto que le servía de pauta a nuestro venerado Padre, y está en conformidad absoluta con su espíritu y enseñanzas. Como el santo obispo, cuya doctrina solícitamente leía y practicaba, nuestro piadoso Fundador no se cansaba de decir:

“La perfección no consiste en cargar con toda clase de prácticas, ni en emplear todos los medios que hallamos en los libros, sino en ceñirnos a lo que es propio de nuestro estado y practicar continuamente la virtud a la que nos inclina la gracia y nos aconseje nuestro director espiritual.”

El modo como el Padre Champagnat practicaba el ejercicio de la presencia de Dios, consistía en creer con fe viva y actualizada en Dios, presente en todo<sup>770</sup>, que llena el universo con su inmensidad, con las obras de su bondad, con su misericordia y su gloria. Nada repetía tan a menudo en sus conferencias, meditaciones, e incluso *en las entrevistas personales, como estas palabras del Apóstol: En Dios vivimos, nos movemos y existimos*<sup>771</sup>; o *aquellas otras del Profeta Rey: ¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada? Si escalo el cielo, allí estás tú, y allí muestras tu gloria; si desciendo al abismo, allí te encuentro, y tiemblo ante la vista de la*

<sup>766</sup>“Dios no ha puesto la perfección en la multiplicidad de actos que hacemos, sino en el modo de hacerlos, que consiste en hacer lo poco que hacemos según nuestra vocación, en el amor, para el amor, por el amor” (SAN FRANCISCO DE SALES, *Oeuvres*, X, 211. Éd. Niérat, Annecy, 1898).

<sup>767</sup>Cfr. SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, libro VII, cap. 1. Carta a la Sra. de Chantal de 23-06- 1619. Directorio espiritual, art. 8 (recreo), artículo 2 (levantarse). Conformidad con la voluntad de Dios, libro VIII, 7; IX, 6. Pureza de intención, libro XII, 7, 8, 9 (*Oeuvres*. Éd. Niérat, Annecy, 1898).

<sup>768</sup>“Contemplad, por favor, a esos avaros espirituales: jamás se contentan con los ejercicios reglamentados... Están siempre moviéndose para inventar nuevos medios de *acumular* la santidad de los santos en una santidad personal. Nunca están satisfechos, máxime que no tienen capacidad de asimilar todo lo que intentan abarcar, pues quien mucho abarca, poco aprieta” (*Oeuvres*, X, 211. Éd. Niérat, Annecy, pág. 401).

<sup>769</sup>LC 10, 42.

<sup>770</sup>“Algunos, para ayudarse más en esto, consideran todo el mundo lleno de Dios, como lo está, e imagínanse a sí en medio de este mar infinito de Dios, cercados y rodeados de él, como una esponja en medio del mar” (RODRÍGUEZ, *Ejerc. de Perfección*, parte primera, tratado VI, cap. 2, pág. 405. Madrid, 1946) (CM I, nota 10, pág. 375).

<sup>771</sup>Hch 17, 28.

*terrible justicia que allí muestras; si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha. Si digo: “Que al menos la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día. De lejos percibes mis pensamientos, distingues si camino y si descanso, y todas mis sendas te son familiares; no ha llegado la palabra a mi lengua y ya, Señor, te la sabes toda. Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma”<sup>772</sup>.*

Esta visión de Dios le mantenía en profundo recogimiento aun en medio de las ocupaciones más dispares, y le facilitaba extraordinariamente la oración. Todo le movía a elevar su espíritu a Dios y a bendecirlo; de modo que continuamente prorrumplía en actos de amor, alabanza y acción de gracias.

A un postulante que le pidió poder quedarse toda su vida en el noviciado para vivir en mayor soledad y pensar menos en el mundo al no tener que verlo, le respondió: “Nada le impedirá vivir en soledad en una escuela llena de niños. Por lo que a mí se refiere, me parece que tan solitario me sentiría en medio de las calles de París como en los desiertos de Siberia. Durante mi estancia en aquella capital, después de mis ocupaciones, me encerraba en mi habitación. Nadie sabía que yo estaba en París. Me interesaba tanto por la ciudad y por las curiosidades que encierra, como si estuviera a cien leguas de distancia.

A una persona que se quejaba de no poder rezar, y de las distracciones ocasionadas por el recuerdo de lo que había visto en sus recorridos por la capital, le manifestó que para él toda aquella barahúnda, la multitud que cruza las calles en todas direcciones, los objetos que cautivan la vista y son tan propicios para satisfacer la curiosidad, no le llamaban la atención, y que le era tan fácil recogerse y mantenerse unidos a Dios en las calles de París como en los bosques del Hermitage<sup>773</sup>.

La vivencia de la presencia de Dios mantenía su alma en una paz y tranquilidad inalterables. Su máxima favorita era que nada hay que temer cuando se tiene a Dios consigo, pues ningún daño pueden recibir quienes se abandonan a su divina Providencia.

No cesaba de recomendar a los Hermanos el santo ejercicio de la presencia de Dios. Deseaba que ésa fuera una de las resoluciones al final del retiro anual. Con tal motivo citaba la sentencia de san Francisco de Sales, es decir: “La presencia de Dios debe ser el pan<sup>774</sup> de cada día para las almas piadosas.” Lo que significa que, así como para el alimento del cuerpo el pan acompaña a los manjares más variados, del mismo modo para el alimento del alma no debe haber acto, ni menos aun ejercicio espiritual alguno, que no vaya acompañado y santificado por el recuerdo de la presencia de Dios. Siguiendo el ejemplo del santo obispo de Ginebra -que en las constituciones de las Hermanas de la Visitación introdujo una norma<sup>775</sup>, según la cual en los recreos y demás ejercicios, una Hermana debía recordar de vez en cuando a las demás este santo ejercicio con estas palabras: “Recuerden todas nuestras Hermanas la santa presencia de Dios”-, nuestro piadoso Fundador quiso que las conversaciones de los Hermanos durante el recreo girasen habitualmente en torno a temas edificantes<sup>776</sup>, o que, al menos introdujeran en la

<sup>772</sup>Sal 138, 2-5 y 7-8.

<sup>773</sup>Carta al Hermano Hilarión, de 18 de marzo de 1838: “Me encuentro más solitario en el centro de París que en el Hermitage. Puedo garantizarle que si Dios lo quisiera, me encataría la soledad” (LPC 1, doc. 181, pág. 368).

<sup>774</sup>Cfr. SAN FRANCISCO DE SALES, *Oeuvres complètes*. Éd. Niérat, Annecy, 1898, vol. 7, pág. 183 y vol. 10, pág. 271.

San Agustín propuso ya esta comparación: “Dice que así como los alimentos corporales alimentan el cuerpo, también la palabra de Dios y la oración sostienen y alimentan al hombre interior” (PPC, parte primera, tratado V, cap. 2, página 280).

<sup>775</sup>“Una de las Hermanas, por turno, recordará la presencia de Dios, de vez en cuando, durante el recreo, y al final dirá alguna máxima santa” (*Directorio espiritual*, art. 8. BAC 127, 612) (CM I, nota 14, pág. 376)

<sup>776</sup>“Procuren los Hermanos intercalar algún pensamiento espiritual en sus conversaciones para no perder el recuerdo de la presencia de Dios y para hacerlo todo a su mayor gloria” (AFM, *Appendice à la Règle de 1837*, art. 6) (CSG I, página 86)

conversación algún pensamiento edificante, para no perder el recuerdo de la presencia de Dios y orientar todas las acciones a su gloria.

“Tal vez me preguntéis -decía en una plática- por qué insisto tanto en este tema. Pues porque es la base de la vida espiritual. ¿En qué consiste la vida espiritual? En huir del pecado y en practicar la virtud. Ahora bien, la presencia de Dios hará que evitéis el pecado, os dará fortaleza para practicar la virtud y soportar las contrariedades de vuestro estado y os infundirá sentimientos de piedad. Cuando estemos tentados, este solo pensamiento: “¡Dios me ve!, bastará para ahuyentar las tentaciones. Efectivamente, si no nos atrevemos a hacer el mal ante los hombres, ¿cómo seríamos capaces de comentarlo ante Dios en cuya presencia nos encontramos?”<sup>777</sup> El olvido de Dios es la causa fundamental de todos los crímenes.”

El piadoso Fundador había tomado esta doctrina de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. *El país -exclama el profeta Ezequiel- está lleno de crímenes; la ciudad colmada de injusticias, sacrilegios e idolatrías, porque los hombres han creído que Dios no los ve (Ez 9, 9). El impío no tiene a Dios delante de los ojos; por lo cual, todos sus pensamientos, sentimiento, palabras y obras, todo está echado a perder y corrompido (Sal 10,5).* Si recordáramos que Dios nos ve, que es testigo de cuanto hacemos, rara vez lo ofenderíamos. “No le ofenderíamos nunca”, dice santo Tomás. Y añade santa Teresa<sup>778</sup>: “Nos perdemos sólo porque creemos que Dios está lejos de nosotros.” San Jerónimo<sup>779</sup>, comentando el reproche que Dios hace a Jerusalén por haberle olvidado, advierte que el recuerdo de Dios aleja toda clase de pecados. “¿Qué medios podemos adoptar -pregunta san Basilio- para dominar la ligereza de espíritu, para evitar las distracciones en la oración, para combatir eficazmente los vicios y evitar cualquier pecado?” “Ninguno mejor que el pensamiento de que Dios nos ve -responde el santo doctor-; pues el recuerdo de la presencia divina es el antídoto por antonomasia contra todo pecado.”<sup>780</sup>

Análoga respuesta daba el Padre Champagnat a un Hermano que le preguntaba cuál podría ser la causa del escaso progreso que experimentaba en la piedad y de las numerosas faltas que a diario cometía. “No conozco otra -le respondió- que la disipación, que le hace olvidar la presencia de Dios. Todas sus faltas proceden de la facilidad con que pierde de vista a Dios.”

A otro le escribía: La disipación lo perjudica mucho. Esfuércese, pues, en adquirir el recogimiento y recordar la presencia de Dios: de ese modo conseguirá corregir la superficialidad que le hace cometer infinidad de faltas y que hasta puede hacerle perder el alma.”<sup>781</sup>

Hablaban en cierta ocasión de un Hermano que tenía excepcionales dotes para la enseñanza, y alguien dijo de él que bastaba su sola presencia en clase para imponer orden y hacer trabajar a los alumnos. “Amigos míos -repuso con viveza el Padre-, lo mismo ocurre, y aún más, con la presencia de Dios en un alma. Esa divina presencia basta para implantar en ella el orden, inundarla de paz, alejarla del pecado, y moverla a trabajar sin descanso en su perfección.”

<sup>777</sup>“Ciertamente, grande obligación nos pone de vivir justa y rectamente considerar que hacemos todas las cosas delante de los ojos del juez que todo lo mira, y a quien nada se puede encubrir. Si la presencia de un hombre grave nos hace estar compuestos, ¿qué será la presencia de Dios?” (RODRÍGUEZ, *Ejerc. de Perfección*, parte primera, tratado VI, cap. 1, pág. 401. Madrid, 1946) ( CM Y, nota 16, pág. 377)

<sup>778</sup>“Viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino imaginarle lejos, ¡y cuán lejos, si le vamos a buscar al cielo!” SANTA TERESA, *Camino de perfección*, cap. 50.1. BAC 212, 285).

<sup>779</sup>Cfr.: RODRÍGUEZ atribuye este pensamiento a san Jerónimo, Ez 8, 12 (PPC, parte primera, tratado Y, cap. 1).

<sup>780</sup>“¿Quién podría consentir un mal pensamiento o realizar una acción mala si pensara que Dios está en todas partes, presente a todo lo que hacemos, que ve todas nuestras acciones y que sondea el interior del corazón?” (PPC, parte primera, tratado VI, cap. 1).

<sup>781</sup>No se ha conservado esa carta.

Recorriendo un día la casa, el buen Padre sorprendió en falta a un Hermano. Éste, confuso a más no poder, se puso de rodillas y exclamó:

-¡Perdone, Padre, no sabía que estuviese usted ahí!

-Y ¿no se le ocurrió pensar que estaba Dios? -replicó el Padre-. Pero, Hermano, ¿así que se permite en presencia de Dios lo que no se atrevería a hacer delante de mí? Mientras obre así, de religioso no tendrá más que el hábito, su vida estará plagada de faltas y vacía de virtudes.

“Otra ventaja de la presencia de Dios -decía el Padre Champagnat- es infundirnos entusiasmo y diligencia para trabajar en la perfección. Ningún sacrificio es costoso cuando se piensa en lo que Dios ha hecho por nosotros. ¿Qué clase de religiosos se arrastran por el camino de la virtud? Los superficiales que difícilmente se recogen en su interior; los que no observan el silencio; los que hablan mucho con los hombres y poco con Dios; los religiosos habitualmente infieles a la gracia, que, como los judíos, sólo escuchan la palabra de Dios cuando se manifiesta entre truenos, es decir, cuando los amenaza con el infierno. Este tipo de religiosos, sin espíritu de fe, olvidando que Dios los ve, se portan como los siervos malos que, en cuanto se ausenta el amo, dejan de trabajar, se tumban o se ponen a divertirse. No imitemos su conducta, y para ello recordemos que nos contempla Aquel por quien trabajamos, ante cuya presencia nos hallamos permanentemente. Lo que inducía a los Patriarcas a practicar las virtudes sublimes que en ellos admiramos era únicamente la presencia de Dios. Tan familiarizados estaban con su recuerdo que su expresión más habitual era ésta: *Vive el Señor en cuya presencia estoy*.”<sup>782</sup>

“Otra consideración que puede contribuir a despertar nuestro entusiasmo y ayudarnos a realizar bien las acciones, es que Dios se conforma con la buena voluntad y el esfuerzo, sin exigirnos el acierto. Muy al revés de los hombres, que de ordinario no se fijan en la buena voluntad y sólo recompensan los servicios efectivos que se les prestan. Dios sólo mira nuestra intención; sólo tiene en cuenta nuestros buenos deseos y nos colma de sus favores en cuanto hacemos lo poco que podemos por agradecerle y cumplir nuestras obligaciones<sup>783</sup>. Basta un poco de buena voluntad, para llegar a ser un santo religioso, capaz de obrar maravillas. Si, pues, nos encontramos pobres y sin virtud, se debe a nuestra desidia: no tenemos buena voluntad y nos falta buena voluntad, porque carecemos de espíritu de fe, no meditamos las verdades eternas y pasamos días enteros sin pensar en Dios.”

“Querido amigo -decía el piadoso Fundador a un Hermano al que se le hacían cuesta arriba las obligaciones de la vida religiosa-: si recordase con frecuencia las palabras del Apóstol: *En Dios vivimos, nos movemos y existimos*<sup>784</sup>, no sería tan pusilánime, no le costaría tanto la observancia de la Regla, y no estaría discutiendo todo de el día con el demonio de la pereza.”

“Por el modo de realizar sus acciones -advertía a otro-, es claro que no piensa en Dios, ni pone gusto en agradecerle.”

A otro le escribía: “Si encuentra tantas dificultades en su clase, si se deja llevar por la impaciencia, el hastío y el desaliento, no le quepa la menor duda de que es porque no recuerda la presencia de Dios y porque en su actuar no se ha propuesto buscar su gloria.

<sup>782</sup>“Grande fue el ejercicio que los santos y aquellos patriarcas antiguos tuvieron de andar siempre en la presencia de Dios... Era tan continuo este ejercicio en aquellos santos, que era también su común lenguaje: *Vive el Señor en cuyo acatamiento estoy*” (RODRÍGUEZ, *Ejerc. de Perfección*, parte primera, tratado VI, cap. 1. Edición citada, pág. 400) (CM I, nota 26, pág. 379)

<sup>783</sup>LPC 1, doc. 24, pág. 72.

<sup>784</sup>Hch 17, 28.



Nada le costarían los actos de paciencia, caridad y celo que tanto descuida y que tantas ocasiones tiene de practicar, si estuviera persuadido de que Dios lo mira y que su ángel bueno va anotando en el libro de la vida todo lo que sufre y los actos de virtud que practica.”

Resumiendo, según el Padre Champagnat, en esto consiste el ejercicio de la presencia de Dios para un Hermano de María:

1.º mantenerse en estado de gracia; cuidar los pensamientos, palabras y el comportamiento en general para no decir ni hacer nada contra la conciencia y con ello desagradar a Dios. Combatir las tentaciones con este pensamiento: *DIOS ME VE*.

2.º Ofrecer a Dios todos los actos, y proponerse en todos ellos su mayor gloria.

3.º Rezar con frecuencia a lo largo del día, e incluso en los intervalos del sueño, oraciones jaculatorias<sup>785</sup>.

4.º Tomar como modelo en todas las acciones a Nuestro Señor Jesucristo; recordar sus virtudes, sufrimientos, modo de relacionarse con los demás, y tratar de hablar y obrar como lo hizo o lo habría hecho él.

5.º Ver a Dios en las criaturas, alabarle y bendecirlo en los servicios que nos prestan; ponernos en manos de Dios, acatar sus designio en todos los acontecimientos, cualesquiera que sean, y esperar sólo de él la ayuda en las dificultades y necesidades.

Como se puede comprobar, este modo de practicar la presencia de Dios es a la vez facilísimo y muy provechoso<sup>786</sup>.

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO VI**

*Amor a Nuestro Señor*

Toda la virtud y santidad se resume en conocer, amar e imitar a Jesucristo. El Padre Champagnat, que estaba convencido de esta verdad, tomaba como tema habitual de sus meditaciones la vida del divino Salvador.

---

<sup>785</sup>“El tema (de la meditación) se preparará de víspera, para ocuparse durante los intervalos del sueño... No han de conformarse con la media hora de meditación, sino tratar de prolongarla a lo largo del día con el recuerdo de la presencia de Dios y el rezo de oraciones jaculatorias” (*Regla de 1837*, cap. II, artículo 2, págs. 15-16).

<sup>786</sup>Esta última frase se halla también inspirada en Rodríguez (PPC, parte segunda, tratado I, cap. 5).

Tenía especial devoción al Niño Jesús. Cada año ponía sumo cuidado en prepararse a la fiesta de Navidad y la celebrada con toda solemnidad. En Nochebuena mandaba instalar el belén para representar el divino nacimiento con todos los detalles que lo rodearon. Iba con la comunidad a adorar al divino Niño recostado sobre pajas en el pesebre, y le dirigía fervorosas oraciones.

“Hermanos -exclamaba en una plática sobre esta fiesta-, mirad al divino Infante reclinado en un pesebre, desprovisto de todo. Nos tiende sus manecitas y nos invita a acercarnos, menos para compartir su pobreza que para colmarnos de bienes y gracias. Se ha hecho niño para conquistar nuestro amor y alejar de nosotros todo temor. Nada más amable que un niño: su inocencia, sencillez y dulzura, sus caricias y hasta su misma fragilidad son capaces de conmover y conquistar los corazones más duros y empedernidos. ¿Cómo vamos a resistirnos a amar a Jesús que se ha hecho niño para estimular nuestra confianza, manifestarnos el exceso de su amor y darnos a entender que todo lo conseguiremos de él? Nada tan cercano ni tan amable como un niño: lo da todo, todo lo perdona, lo olvida todo; cualquier chuchería lo hace feliz, lo sosiega y contenta. Su corazón no tiene hiel ni amargura: sólo ternura y amor. Acudamos, pues, al divino niño cuyo corazón posee todas las perfecciones divinas y humanas. Pero vayamos a él por el mismo camino que él siguió para venir a nuestro encuentro, es decir, por el camino de la humildad y la mortificación. Pidámosle estas virtudes; pidámosle su amor y cuanto necesitemos: nada nos puede negar.”

El misterio de la Redención era también una de las grandes devociones del Padre Champagnat. Durante toda la cuaresma meditaba los sufrimientos del divino Salvador. Y, considerando que el tema era más que suficiente para ocupar a los Hermanos y alimentar su piedad, no les daba otro para meditación, lectura espiritual y, a veces, incluso para las lecturas del refectorio.

Dedicaba especialmente la Semana Santa la contemplación de este inefable misterio del inmenso amor de Dios a los hombres; la celebrada con gran recogimiento y como si fuera tiempo de retiro. Los tres últimos días celebrada los oficios litúrgicos íntegramente y con toda la piedad y solemnidad posibles. Durante muchos años, el buen Padre ayunó e hizo ayunar a la comunidad a pan y agua el Viernes Santo. Ese día no había recreo después del almuerzo<sup>787</sup>: en toda la casa reinaba un profundo silencio; el día entero se consagraba a la asistencia a los oficios y a la lectura y meditación de los sufrimientos de Jesucristo.

El piadoso Fundador había hecho de la Semana Santa, para sí y para sus hijos, tiempo de renovación en la piedad y el fervor. Muchos de los que se hallaban en las escuelas se reunían con él durante esos días santos. Los recibía en particular para animarlos y avivar en ellos el espíritu de su estado. En los ratos libres que le dejaban los oficios, les daba conferencias y charlas sobre la Pasión de Jesucristo o sobre los deberes de la vida religiosa. En fin, aquella semana, como lo indica su nombre, era realmente santa, pues la dedicaba enteramente a la oración, a su propia santificación y a la de los Hermanos.

Pero le gustaba manifestar su amor a Jesucristo de modo especial en el Santísimo Sacramento del altar. Tan viva era su fe en la presencia real, que se diría que veía cara a cara a Nuestro Señor en este inefable misterio<sup>788</sup>. Cuando era seminarista, pedía a menudo permiso para visitar

<sup>787</sup>Almuerzo = comida de mediodía.

<sup>788</sup>“Me gustaba verle celebrar misa; parecía un ángel. En la visita de las 11.30, yo asistía casi siempre, junto con otras personas, al rezo de la oración: “Te saludamos, dulcísima Virgen María...” ¡Qué unción ponía el Padre al pronunciarla!” (Hermana Saint-Louis, que formaba parte de la comunidad de Hermanas del Hermitage en el censo de 1841 y que aduce el testimonio de Gabriela Fayasson que vivió varios años en el Hermitage. AFM, doc. 140/3, n.º 9, pág. 21 y CPO, fol.261).

al Santísimo Sacramento, y hubiera pasado gran parte de sus recreos al pie del altar si la prudencia de sus superiores no hubiera puesto límites a su piedad y fervor.

Mientras fue coadjutor en Lavalla, nunca dejaba de hacer una visita al Santísimo Sacramento después del almuerzo, y se impuso como norma visitarlo antes y después de las salidas que tenía que hacer para visitar a los enfermos o por cualquier otro motivo. Al salir, la visita era para pedir a Jesucristo que le preservase de toda falta y suplicarle que bendijera la obra que iba a realizar; y, al regreso, para revisar su comportamiento, agradecer al Señor las gracias recibidas y pedirle perdón por las faltas cometidas.

Como es de suponer, no dejaba de inspirar a los Hermanos esta devoción, que él llamaba la primera de todas las devociones. En los primeros horarios que les dio estableció la visita al Santísimo Sacramento<sup>789</sup> dos veces al día no sólo en el noviciado, sino también en las escuelas. De ese modo, los Hermanos llevaban a los niños a la iglesia tres veces al día: por la mañana, antes de clase, para la santa misa; después de las sesiones de mañana y tarde para adorar al Santísimo Sacramento y encomendarse a la Santísima Virgen. Prescribió también a los Hermanos una visita<sup>790</sup> al Santísimo Sacramento cada vez que salieran de paseo; y, en las casas de noviciado y en las que hubiera reserva, al inicio y regreso de un viaje o salida.

“Nunca salgáis de una casa donde more el Santísimo Sacramento -les decía- sin ir a pedir a Jesucristo su bendición; y, al regreso, lo mismo que cuando entréis en una parroquia, la primera visita ha de ser igualmente para Jesucristo.”

Daba tanta importancia a esas prácticas que más de una vez impuso penitencias a los Hermanos que las omitían. Muy a pesar suyo se vio obligado más tarde a suprimir algunas de esas visitas, pero hasta su muerte no dejó de inspirar a los Hermanos amor a Jesús sacramentado.

“Por nosotros -les advertía- y para que podamos acudir a él en todas nuestras necesidades, permanece el divino Salvador día y noche en nuestros altares desde hace más de mil ochocientos años. Y nada aflige tanto a su divino Corazón como nuestra ingratitud ante tal regalo y nuestra apatía en visitarlo y pedirle favores. Si supiéramos lo provechosas que son las visitas al Santísimo, estaríamos postrados continuamente ante el altar. Los santos comprendían esa realidad; sabían que Jesucristo es la fuente de todas las gracias; por eso, cuando se les presentaba algún asunto complicado, o tenían que pedir algún favor especial, acudían ante el Santísimo Sacramento. San Francisco Javier, san Francisco Regis y muchos otros pasaban horas enteras cada día y gran parte de la noche al pie del altar. Por estas prolongadas conversaciones con Jesucristo prosperaban las obras que les encomendaban, convertían a los pecadores y conseguían éxito en cuanto emprendían para gloria de Dios y propia santificación.”

Al hablar de este modo, nuestro piadoso Fundador hacía suyo el lenguaje de los santos, que unánimemente reconocen que las visitas al Santísimo Sacramento son fuente de gracias para los cristianos.

<sup>789</sup>“Inmediatamente después de la clase harán una visita al Santísimo Sacramento, si le parece bien al señor cura. Si no van a la iglesia, harán las oraciones propias de la visita en la misma clase. Las oraciones prescritas son: acto para la comunión espiritual, y los actos de fe, esperanza y caridad, la oración “Te saludo, oh dulcísima Virgen María” y el Ángelus” (*Regla de 1837*, cap. II, artículo 19, pág. 20).

<sup>790</sup>“En cuanto les sea posible, los Hermanos harán una visita al Santísimo Sacramento antes de salir de viaje o de paseo, lo mismo que al regreso” (*Regla de 1837*, cap. VIII, art. 1, pág. 55).

“Es indudable -dice san Alfonso de Ligorio<sup>791</sup> -que, después de la comunión, la visita frecuente a Jesús sacramento es una de las prácticas de piedad más agradables a Dios y provechosas para nosotros. A menudo se consiguen más gracias durante un cuarto de hora ante el Santísimo Sacramento que con todos los demás ejercicios piadosos del día.”

San Pedro de Alcántara<sup>792</sup> asegura: “Nuestro Señor en el Sacramento del altar tiene las manos llenas de gracias, y está dispuesto a derramarlas sobre quien viene a pedírselas.”

“En ninguna parte escucha Jesucristo las oraciones con mayor facilidad, como ante el Santísimo Sacramento”, añade el beato Enrique Susón<sup>793</sup>.

Finalmente, san Pablo nos enseña que “Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento es el trono de la gracia y de la misericordia.”<sup>794</sup>

Cuando el Padre Champagnat tenía que resolver algún asunto complicado o sufría alguna contradicción; cuando acontecía algo desagradable, Jesús sacramentado era su refugio. A sus pies examinaba lo que tenía que hacer, y nunca tomaba decisión alguna, por muy insignificante que fuera, sin habérsela encomendado.

En tales ocasiones solía decir: “Vamos a encomendar esto al Señor en la santa misa, en la comunión y en las visitas que le hagamos; luego veremos qué hemos de hacer.”

¡Cuántos casos aparentemente sin salida se solucionaron inmediatamente, contra todo pronóstico humano, después de una fervorosa plegaria ante el Santísimo Sacramento!

En una ocasión en que se debatía un asunto importantísimo entre personas respetables e interesadas en el tema, se estaba muy lejos de la unanimidad y las posturas eran tan divergentes que parecía imposible llegar a un acuerdo. En lo más crudo de la discusión, el Padre Champagnat parece recogerse, luego se levanta sin decir palabra, se va a la capilla, se postra a los pies de Jesucristo y, transcurridos unos minutos de ferviente oración, se incorpora a la asamblea. Apenas lo ven, los ánimos se serenán; pronuncia unas palabras que todos consideraron llenas de cordura y la discusión acaba a gusto de todos.

Un día vino un Hermano a buscarle a su despacho y sin rodeos le comunicó que había decidido retirarse y que su decisión era tan firme que por nada del mundo la revocaría.

-Pero, ¿por qué se va a retirar? -repuso el Padre-. No veo razón alguna que justifique esa decisión; siempre he creído que estaba usted hecho para la vida religiosa y que Dios lo había llamado a ella.

- También yo lo creí mucho tiempo -replicó el Hermano-, pero hoy me he convencido de lo contrario y, de unos meses a esta parte, la vida comunitaria se me hace insoportable.

---

<sup>791</sup>“Ciertamente que, entre todas las devociones, la de visitar a Jesús en el Sacramento es la primera después de la recepción de los sacramentos, la más grata a Dios y la más útil para nosotros” (SAN ALFONSO M.<sup>o</sup> DE LIGORIO, *Visitas al Santísimo*, Introducción. BAC 78, 964) (CM I, NOTA 9, PÁG. 386)

<sup>792</sup>La misma idea atribuida al P. Baltasar Álvarez: el Señor se le apareció “con las manos llenas de gracias” (SAL, vol. XI, cap. XVIII, pág. 92).

<sup>793</sup>Jesucristo más que en cualquier otro sitio escucha en el Santísimo Sacramento las oraciones de quienes lo visitan, y les otorga gracias en mayor abundancia” (SAL, vol. XI, cap. XVIII, pág. 92 ).

<sup>794</sup>Hb 4, 16.

-Esta tentación es peligrosa -le dijo el Padre-; el demonio, envidioso de su felicidad y adivinando el bien que está destinado a realizar, quiere de un solo golpe impedirlo y llevarle a la perdición. No se le ocurra ceder a la tentación: tendría que arrepentirse toda su vida y acaso toda la eternidad.

Después de haber agotado todos los medios que le inspiró su celo para hacerle cambiar de idea, viendo que no conseguía convencerle ni siquiera decirle a retrasar unos días para orar y reflexionar, añadió: “Espere aquí un momento; vuelvo en seguida y le diré lo que tiene que hacer.”

Corre a la capilla y suplica ardientemente a Nuestro Señor que se apiade del Hermano, que lo detenga al borde del abismo y que lo libre de la terrible tentación que lo acosa. No había orado más que unos minutos cuando siente que ha sido escuchado. Vuelve y encuentra al Hermano de rodillas.

-Padre -exclama el Hermano-, ¡qué gran servicio acaba de prestarme! El demonio que me atormentaba acaba de dejarme. No sé qué me ha pasado, pero me siento tan aliviado como si me hubieran quitado una montaña de encima de los hombros. He cambiado por completo de ideas, y no comprendo cómo he podido dejarme seducir por tan absurdas ilusiones.

-Amigo mío -le respondió el Padre-, ame mucho a Nuestro Señor, pues a él debe esa gracia; trabaje en dar a conocer y hacer amar a Jesús: para eso lo ha liberado de esa tentación y lo mantiene en su vocación.

Otro Hermano, que padecía violentas tentaciones contra la castidad y que no acababa de librarse de los malos hábitos contraídos en el mundo, venía con frecuencia a ver al Padre para informarle de su situación y pedirle algún remedio. Después de haberle dado muchos consejos y sugerido medios que apenas le dieron resultado, el buen Padre le prescribió lo siguiente:

1.º Ofrecer y consagrar diariamente el corazón a Nuestro Señor durante la santa misa. Le exhortó a hacerlo con las letanías del Sagrado Corazón, y añadir a cada invocación: “Yo me consagro a ti.”

2.º Renovar esta ofrenda y consagración durante la acción de gracias, los días que tuviese la dicha de comulgar.

3.º Aprovechar los ratos libres del día para ir dos veces a la capilla y pedir a Nuestro Señor su bendición.

Esas prácticas dieron el resultado apetecido: disminuyeron las tentaciones y muy pronto llegó el Hermano a corregir totalmente los hábitos que lo esclavizaban desde hacía tanto tiempo.

El respeto profundo y el amor tierno que el Padre Champagnat profesaba a Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, lo impulsaban a celebrar con gran solemnidad los oficios litúrgicos y a observar con minuciosa exactitud las rúbricas y cuanto estaba establecido por el ceremonial diocesano. En este aspecto, la capillita del Hermitage se parecía a la catedral de Lyon o a la iglesia del seminario mayor, por la forma de celebrar los oficios divino. No pocas personas lo comentaban así.

Aunque estimaba de modo especial la pobreza y procuraba con esmero que reinase en la comunidad, como luego veremos, quería que la capilla y cuanto tocase al culto divino fuera excepción; que los ornamentos y vasos sagrados no sólo estuvieran limpios, sino que fueran ricos hasta donde los recursos de la comunidad pudieran alcanzar<sup>795</sup>.

Al llegar a Lavalla, encontró la iglesia sucia. Se puso él mismo a quitar el polvo y las telarañas, que cubrían las paredes; a enlucir algunos lienzos de pared que se hallaban en estado lamentable; a limpiar candelabros, cruces, imágenes y cuanto servía de ornato; a encerar semanalmente la tarima del altar y conservar limpia la sacristía. Desempeñó tales tareas hasta que un Hermano estuvo suficientemente preparado para encargarse.

Para contribuir a la solemnidad de los oficios litúrgicos y estimular la devoción de los fieles, enseñó a los niños a ayudar a misa y los formó en las ceremonias de la iglesia, y, en la procesión de Corpus, a incensar al Santísimo y echar flores a su paso con la debida seriedad y modestia. Para lograr que los niños hicieran todo esto con la mayor piedad de que eran capaces, les sometía a una especie de noviciado, admitiendo al servicio de la iglesia sólo a los que se lo habían merecido por su comportamiento irreprochable durante cierto tiempo.

Por respeto a Nuestro Señor, se abstenía escrupulosamente de escupir en el lugar sagrado; y quiso que los Hermanos hicieran lo propio, y así lo determinó en las Reglas<sup>796</sup>. También prescribió que entraran en la iglesia convenientemente aseados, prohibiéndoles presentarse sin el hábito religioso, con zuecos o cualquier otro calzado sucio.

“El profundo respeto que debemos a la persona de nuestro divino Salvador -decía-, exige que incluso nuestro exterior esté limpio cuando tenemos la dicha de comparecer en su presencia; un porte descuidado manifiesta que no hemos comprendido lo que Jesucristo se merece.”

Era admirable su piedad en la celebración de la santa misa; su actitud modesta, su aspecto convencido, la gravedad de sus movimientos, el tono de voz piadoso y animado, todo revelaba los sentimientos que embargaban su corazón y la impresión profunda que le infundía el augusto sacrificio que ofrecía a Dios.

Nunca omitía la celebración diaria de la santa misa, y en sus viajes lo vimos caminar cinco o seis leguas para gozar de ese consuelo. En tales ocasiones se pasaba frecuentemente en ayunas toda la mañana, con la esperanza de poder celebrar el santo sacrificio al llegar a su destino.

En un viaje que hizo a Gap, al apearse de la diligencia, preguntó qué hora era. Le dijeron que eran las once. Entonces se acercó a la catedral y pidió celebrar la misa. Después de la acción de gracias, al reunirse con su compañero de viaje, exclamó: “¡Qué gracia me ha otorgado Dios en este día! Ya creí que no iba a tener la dicha de subir al altar sagrado, aunque mucho lo deseaba.”

En otra ocasión, al llegar a Bourg-Saint-Andéol<sup>797</sup>, ya sin esperanzas de celebrar el santo sacrificio, por carecer de la licencia necesaria, dispuso la Provincia que tropezase con un sacerdote conocido, lo que le deparó la satisfacción de celebrar la santa misa. Después de la acción de gracias, fue también a dárselas al sacerdote en cuestión y le dijo: “¡Querido amigo, le

<sup>795</sup>El P. Champagnat escribía al hermano Francisco desde París, el 7 de marzo de 1838: “... he comprado un copón muy bonito...” (LPC 1, doc. 175, página 356).

<sup>796</sup>“En lo posible, es conveniente abstenerse de toser, escupir o sonarse en la iglesia” (*Regla*, AFM, doc. 362.1). Manuscrito.

<sup>797</sup>Pequeña ciudad de Ardèche, a unos diez Kilómetros de Saint-Paul-Trois-Châteaux.

debo un favor que nunca olvidaré!” “Pronunció estas palabras con tal fe y piedad -decía luego el interesado al recordar la anécdota-, y me causaron tal impresión que veinte años no han podido borrarla de mi mente.”

Después de lo dicho, a nadie sorprenderá que haya recomendado tan encarecidamente a los Hermanos la asistencia a la santa misa y la comunión frecuente.

“El daño que os ocasionáis -les decía-, dejando la santa misa o la comunión, es irreparable, una pérdida infinita, de la que nunca podríais consolaros si comprendierais el bien inmenso que encierra la Eucaristía. Nunca debierais omitir ninguna de las comuniones que os autorice el confesor, a no ser que hayáis tenido la desgracia de cometer un pecado mortal. Dejar la comunión, con el pretexto de falta de preparación o de devoción sensible, o por ciertos descuidos o faltas leves, es un engaño; es tratar de reparar un error con otro más grave.”

Un día preguntó a uno de los Hermanos más antiguos por qué dejaba la comunión de los jueves tan a la ligera.

-Porque tengo demasiadas imperfecciones y estoy lleno de defectos.

-Querido amigo, precisamente por considerarse tan imperfecto y lleno de defectos quisiera verlo comulgar con mayor frecuencia. El sacramento de la Eucaristía es el medio más eficaz para corregir esos defectos y sacarle del estado de tibieza en el que se encuentra. Jesucristo no dice: *Venid a mí los perfectos, sino Venid a mí los que sufrís<sup>798</sup>, los agobiados, los perseguidos, los que gemís bajo el peso de vuestras imperfecciones, y yo os aliviaré.* No se corrigen los defectos, no se alcanza la piedad ni se adquieren las virtudes alejándose de la comunión, sino acercándose con frecuencia al divino Salvador.

-Pero si no saco provecho alguno de la comunión.

-La comunión nunca es infructuosa cuando se está exento de faltas graves, pues este sacramento actúa de dos modos: por sí mismo, *ex opere operato<sup>799</sup>*; y por las disposiciones que acompañan al que lo recibe, *ex opere operantis*. No vaya a pensar que porque no ve progresos en la virtud no saca ningún provecho de la comunión. La comunión le ayuda por lo menos a mantenerse en estado de gracia, que no es poco. ¿Imagina que el alimento corporal es inútil porque sus fuerzas y salud no aumentan? Seguro que no, pues sirve para reponer el desgaste diario y sostener las fuerzas y la salud.

“Algunos se quejan, sin razón, de que no sacan fruto de los sacramentos. Combatir las tentaciones, verse libre del pecado mortal, perseverar en su santo estado, desempeñar decorosamente el empleo, ser fiel a los ejercicios de piedad, sentir la propia imperfección, ¿qué son sino frutos de los sacramentos? Y no reconocerlo es mostrarse ingrato con Jesucristo. A semejantes religiosos, ¿qué les falta para adelantar notoriamente en la virtud y adquirir la perfección que Dios les pide? Un poco más de esmero y esfuerzo en la oración, un poco más de exactitud en la observancia de la Regla, un poco más de entrega en su empleo, un poco más de amor por Jesucristo, un poco más de celo por darle a conocer y hacerle amar. Ahora bien, el modo más eficaz de lograr lo poco que les falta en todo eso, es la asistencia fervorosa a la santa misa, la meditación de los misterios y la vida de Nuestro Señor, la comunión frecuente. Pues no lo olvidemos: todo lo tenemos en Jesucristo y nada tenemos sin él.”

<sup>798</sup>Mt 11, 28.

<sup>799</sup>Cfr. Santo Tomás, 3.<sup>a</sup>, q. 62, art. 1-6. Apéndice 11, cap. VII

Otro Hermano se excusaba de haber dejado la comunión del jueves, diciendo que sufría muchas tentaciones. El Padre le dijo: “Alejarse de la comunión por sentirse tentado, es ceder sin resistencia la victoria al demonio, que le tienta precisamente para que deje la comunión, porque sabe, por experiencia, que le resulta fácil hacer caer en pecado mortal a quienes se privan de este alimento celestial, que es remedio infalible contra el pecado. ¿No se ha dado cuenta de que el demonio le atiborra la mente de malos pensamientos, y lo persigue sin tregua la víspera del día de comunión, y que, en cambio, le deja tranquilo en cuanto ha tomado la decisión de omitirla? ¿Por qué obra de este modo? Porque odia a más no poder la sagrada comunión, y la odia porque conoce muy bien los grandes bienes que nos proporciona, porque sabe que es el antídoto del pecado. El medio más rápido para triunfar de las tentaciones y hacerlas desaparecer, es acercarse a menudo a Jesucristo.”

Pero lo que más apenaba al piadoso Fundador era ver que se dejase la comunión o la santa misa por falta de devoción, por incuria, por falta de interés en la propia perfección o como consecuencia de viajes o visitas innecesarias. Mil veces clamó contra este abuso; y siempre con una energía y fuerza que manifestaban a la vez su tierno amor a Jesucristo y el dolor profundo que sentía al ver que los Hermanos se alejaban de Aquel que es el manantial de todas las gracias.

Finalmente, el amor que profesaba a Jesucristo le inspiraba celo ardiente de su gloria y lo movía a exhortar y animar continuamente a los Hermanos a que conocieran y amaran al divino Salvador y lo dieran a conocer y amar. En sus instrucciones volvía siempre sobre este asunto.

“Dar a conocer a Jesucristo, hacer amar a Jesucristo -repetía continuamente- es el fin de vuestra vocación, el fin del Instituto. Si no trabajáramos en ello, nuestra congregación sería inútil, y Dios le retiraría su ayuda. Insistid, pues, en los misterios y la vida de Nuestro Señor; hablad a menudo a los niños de sus virtudes y sufrimientos, del amor que les ha manifestado al morir en la cruz<sup>800</sup> y de los tesoros de gracia que les ha dejado en los sacramentos. La ciencia de la religión consiste únicamente en conocer a Jesucristo, que es la vida eterna; los santos en el cielo no tienen otra ocupación que conocer, contemplar y amar a Jesucristo; ésa es su bienaventuranza. El conocimiento de Nuestro Señor debe ser, pues, el objetivo de todas vuestras catequesis, en ninguna debéis dejar de hablar del divino Maestro. Cuanto más lo deis a conocer, más lo haréis amar, más debilitaréis el reino del pecado y estableceréis el de la virtud; más aseguraréis la salvación de vuestros alumnos.”

En muchas de sus cartas les da los mismo consejos y les pide que recuerden sin cesar a los niños lo mucho que Jesucristo los ha amado, y, por consiguiente, lo mucho que tienen que amarlo<sup>801</sup>.

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**

---

<sup>800</sup>LPC 1, doc. pág. 72.

<sup>801</sup>Las cartas al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 14, pág. 53 y doc. 19, pág. 61).



CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

## CAPITULO VII

### *Devoción a la Santísima Virgen*

Podemos afirmar de nuestro amadísimo Padre que había mamado esta devoción con la leche materna. En efecto, su madre y su piadosa tía<sup>802</sup>, ambas devotísimas de la Santísima Virgen, se habían esmerado en inculcársela suavemente desde la más tierna infancia.

En su juventud, y mientras estuvo en el hogar familiar, se limitó a honrar a María con el rezo de las breves oraciones que le habían enseñando. Pero cuando se decidió a abrazar la vida sacerdotal y entrar en el seminario, aumentó sensiblemente su devoción a la Madre de Dios, y se impuso numerosas prácticas para merecer su protección y mostrarle su afecto. Por entonces se propuso rezar diariamente el rosario, resolución que cumplió con fidelidad toda su vida. También le gustaba visitar con frecuencia a María y en sus largas conversaciones con ella, al pie de su altar, comprendió que Dios quería santificarlo y prepararlo para trabajar en la santificación del prójimo por medio de una devoción especial a esta divina Madre. Desde entonces tomó por divisa: *Todo a Jesús por María, y todo a María para Jesús*<sup>803</sup>. Esta máxima nos manifiesta el espíritu que le guió y que fue la norma de conducta durante toda su vida.

Considerando a María como Madre y camino que debía llevarlo a Jesús, puso bajo su protección estudios, vocación y proyectos todos.

Diariamente se consagraba a ella y le ofrecía todas sus acciones, para que se dignara presentarlas a su divino Hijo.

En una de esas frecuentes visitas a la Santísima Virgen tuvo la inspiración de fundar una congregación de maestros piadosos<sup>804</sup> y darles el nombre de la que le había inspirado dicho proyecto. Al sentir gusto especial en honrar a la Santísima Virgen<sup>805</sup>, y suponiendo que todos sentirían lo mismo, pensó que el solo nombre de María sería suficiente para atraer candidatos a la congregación que pensaba fundar. No se equivocó.

Fiel a su consigna de ir siempre a Jesús por María, al terminar el seminario mayor, una vez recibidas las sagradas órdenes, subió a Fourvière para consagrar su ministerio a la Santísima

---

<sup>802</sup>"Marcelino, por línea paterna, tenía una tía y una tía-abuela que eran Hermanos de San José...(Luisa) sor Teresa se retiró a casa de su hermano en 1791" (AA, págs. 13-14).

<sup>803</sup>La parte primera de esta divisa se encuentra frecuentemente en muchos autores espirituales, sobre todo del siglo XVII. La parte segunda debe interpretarse, como en Griñón de Montfort, en un sentido de humildad: pasar por María en cuanto se ofrezca a Jesús. Griñón llega incluso a decir: "Todo para María." Véase sobre este asunto el comentario de JUAN MORINARY: *Marie et la faiblesse de Dieu, le message spirituel du Père de Montfort*. Éd. Nouvelle Cité, 1988, págs. 266-268.

<sup>804</sup>Esta idea la confirma el Hermano Francisco cuando escribe al ministro en 1851, en su solicitud de autorización legal: "El señor Champagnat tuvo muchas dificultades para aprender a leer y escribir. Tales dificultades le hicieron sentir... la necesidad de formar buenos maestros para la instrucción de los niños del mundo rural" (AFM, ADL, V, 480).

<sup>805</sup>El P. Champagnat escribe en su carta al rey Luis Felipe, el 24 de enero de 1834: "Les di el nombre de Hermanitos de María, totalmente convencido de que ese solo nombre atraería gran número de candidatos. El éxito inmediato, en pocos años, ha justificado mis previsiones y superado mis esperanzas" (LPC 1, doc. 34, pág. 100). Expresa la misma idea al ministro Salvandy, el 27 de noviembre de 1837 (LPC 1, doc. 159, pág. 307).

Virgen. Y cada vez que algún asunto lo llevaba a Lyon, renovaba su consagración a los pies de María, en dicho santuario.

Nombrado coadjutor de Lavalla, hizo su entrada en la parroquia en sábado<sup>806</sup>, e inició su sagrado ministerio el día de la Asunción, par que María bendijera sus primicias y se las presentase a su divino Hijo.

Ésta fue la pauta de toda su vida: ofrecer y confiar todos los proyectos y tareas a la Santísima Virgen y no realizar obra alguna sin habérsela encomendado.

Diariamente, en las visitas al Santísimo Sacramento, tributaba también homenaje a la Santísima Virgen. Pero como esto no le bastaba para satisfacer su piedad, levantó en su aposento un altarcito en el que colocó su imagen; y allí le dirigía fervientes oraciones, permaneciendo a menudo largo rato postrado a sus pies.

Al ver que el altar dedicado a María en la iglesia parroquial estaba destartalado, mandó hacer uno nuevo a sus expensas, e hizo restaurar toda la capilla.

No lejos del pueblo, existe un santuario dedicado a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Misericordia<sup>807</sup>. El buen Padre lo visitaba con frecuencia; y varias veces a la semana, acompañado de algunos fieles devotos, subía en procesión a celebrar el santo sacrificio de la misa. A la ida cantaban el Miserere mei, y al regreso, las letanías de la Santísima Virgen.

Ya desde el primer año de su ministerio estableció en la parroquia el piadoso ejercicio del mes<sup>808</sup> de María, por entonces poco difundido, y que, años más tarde, produciría tan copiosos frutos de salvación en Francia y en todo el mundo cristiano. Cada mañana dirigía él mismo este ejercicio<sup>809</sup>. Con tal motivo distribuyó por la parroquia numerosos ejemplares de un librito titulado Mes de María<sup>810</sup> y otras obras propias para inspirar devoción a la augusta Madre de Dios. De este modo, muy pronto el ejercicio del mes de María se celebraba en todos los caseríos<sup>811</sup>, e incluso cada familia erigió su oratorio donde se reunía al caer la tarde ante la imagen de la Reina del cielo par implorar su protección, cantar sus alabanzas y meditar sus privilegios y bondades.

Al fundar el Instituto, Hizo del mes de María un acto comunitario, e incluso implantó su celebración en las escuelas, consignándolo en un artículo de Regla en estos términos: “Todos los Hermanos se esmerarán en hacer cuidadosamente el mes de María, y procurarán que sus alumnos lo hagan también con gusto y devoción.”<sup>812</sup>

Al igual que todos los santos, estaba persuadido de que la devoción a María es señal de predestinación; y le gustaba repetir esta consoladora verdad en sus instrucciones. Seguramente

<sup>806</sup>El registro de acuerdo de los Archivos de la diócesis de Lyon señala, el 12 de agosto de 1816, como fecha de su nombramiento para Lavalla: era lunes. Podemos suponer que desde el momento de salir de Lyon (24 de julio) sabe ya su nombramiento y que irá a Lavalla en cuanto pueda, por ejemplo, el sábado 3 o 10 de agosto (OM 4, pág. 220, nota).

<sup>807</sup>Es el nombre dado en los libros maristas a aquel santuario del siglo XV, por la imagen de la Piedad que en él se encuentra. El nombre oficial es el de ermita de Leytra.

<sup>808</sup>Cfr. Costa R., Francisco das Chagas, Champagnat -Primer Mês de Maria em La Valla, 1817. Marianum, Roma, 1983.

<sup>809</sup>El P. Champagnat escribe desde París al Hermano Francisco, el 20 de mayo de 1828: “... Durante el trayecto, es decir, en la diligencia, hice con los que nos acompañaban el mes de María y rezamos el rosario...” (LPC 1, doc. 193, página 389).

<sup>810</sup>El Hermano Francisco dice que “él recibió un ejemplar de manos del Padre Champagnat” (AFM, *Mélanges*, cuaderno 1, pág. 93).

<sup>811</sup>En el caso de una población tan diseminada como la de Lavalla, era oportunísimo proponer la iglesia para los vecinos del pueblo y una casa determinada para cada caserío.

<sup>812</sup>Regla de 1837, cap. IV, art. 11, pág. 36.

por esta razón se esforzaba tanto en dar a conocer y hacer amar a esta augusta Virgen e inspirar a sus feligreses y a los Hermanos confianza ilimitada en su protección. Más aún, estaba convencido de que todos los Hermanos que tuvieran la dicha de morir en el Instituto se salvarían. Se le oyó decir en diversas ocasiones: “Confío en que María no dejará perecer a ninguno de los que perseveren hasta la muerte en su vocación y salgan de este mundo revestidos con su librea.”

Éstas son las razones en que basaba su idea -puede comprobarse por su solidez lo apropiadas que son para justificar aquella confianza-:

1.º La vocación a la vida religiosa es, de por sí, en sentir de los santos, señal de predestinación.

2.º La especial devoción que el Instituto profesa a María, las numerosas prácticas de piedad establecidas para honrarla y merecer su protección. “Si vemos -decía- que tantos cristianos se salvan porque han sido constantes en rezar a esta Virgen poderosa o practicar en su honor algún acto de virtud, ¿cómo va a perderse un Hermano que reza diariamente el rosario, el oficio y otras plegarias; que consagra un día cada semana a la divina Madre y celebra sus fiestas con especial devoción?

Si, por una maldad infrecuente, alguien abusara de tantos medios de salvación como le ofrece su santo estado, es de esperar que las oraciones y buenas obras de sus Hermanos le alcanzarán la conversión. Mi parecer es que así sucederá o que el Hermano se retirará del Instituto.”<sup>813</sup>

3.º La promesa de salvación vinculada al santo escapulario. Ante todo, porque todos los Hermanos llevan este santo hábito; y luego también porque, si la Santísima Virgen preserva de la eterna condenación a quienes llevan el escapulario, con mayor razón librará a quienes, además del escapulario, llevan también su nombre, su hábito, viven en su casa, diariamente le rinden homenaje, trabajan por hacerla amar y extender su devoción entre los niños y practican infinidad de acciones encaminadas a honrarla y alcanzar su protección.

4.º La experiencia del pasado. “Recordad -decía- a cuantos han fallecido en el Instituto; consultad los registros de defunciones y decidme si hay uno solo cuya muerte haya dejado inquietud acerca de su eterno destino. No, gracias a Dios no hay ninguno; y todos esos buenos Hermanos han muerto con disposiciones muy cristianas y tranquilizadoras. Podemos incluso añadir, por gloria de María, nuestra buena Madre, que la mayoría ha muerto con señales visibles de predestinación.”

Como confirmación de estas palabras, podríamos traer aquí numerosos testimonios; nos conformaremos con uno solo.

En 1838, el Hermano Justino<sup>814</sup>, Director de la escuela de Perreux, cayó enfermo de una tisis pulmonar, que en poco tiempo lo llevó a las puertas del sepulcro. Consciente de la gravedad de su estado, el buen Hermano, como perfecto religioso, se dispuso a bien morir. Uno de los Hermanos lo animaba a pedir a Dios su curación. “Me cuidaré mucho de hacerlo -le respondió-. ¿Para qué quiero la salud? Me basta con cumplir la voluntad de Dios. Si usted supiera la dicha

<sup>813</sup>Éste era también el sentir del P. Colin, referido por el P. Mayet: “Confío en que cuantos mueran en la Sociedad serán predestinados, y que la Santísima Virgen hará que se retiren de la Sociedad los que no pertenezcan al número de los elegidos... porque serán corazones corruptos. Sí, mi confianza llega hasta ese extremo” (OM 2, doc. 425 (13), pág. 136).

<sup>814</sup>Pierre Champallier, nacido en Lavalla en 1814 o 1815 (cfr. BI, vol. XXIV, página 505 y LPC 2, pág. 309).

que siento de poder sufrir algo por Nuestro Señor y morir para verlo en el cielo, no se le ocurriría hablarme de pedir la curación.”

Embargado con estos sentimientos, pasó los últimos días de su vida en diálogo permanente con Jesús y María. Ya había recibido los últimos sacramentos y le habían aplicado la indulgencia in articulo mortis. Con el crucifijo y el rosario en las manos, esperaba con ansias el momento de partir para el cielo. Hacia la medianoche del 23 de junio, los que lo velaban, al verlo sumido en profundo recogimiento, lo llaman, le preguntan, y, por las respuestas que reciben, se cercioran de que se halla plenamente consciente. Como sabían que le gustaba conversar con Dios, lo dejan tranquilo, limitándose a no perderlo de vista. Tras media hora de contemplación, su rostro se anima y aparece radiante, junta las manos, hace por incorporarse y sonríe repetidas veces. Los Hermanos que lo velan le preguntan qué quiere y por qué sonríe. “Sonrío -les respondió- porque estoy viendo a la Santísima Virgen; está ahí, viene a buscarme.” Momentos después se dormía apaciblemente en el Señor con la sonrisa en los labios y los ojos fijos en el punto donde dijo que veía a la Santísima Virgen.

Testigo de tan preciosa muerte, un postulante, cuyo comportamiento dejaba mucho que desear y cuya vocación se hallaba tan vacilante que había pedido retirarse en diversas ocasiones, se sintió completamente transformado.

El mismo día, muy de madrugada, fue al encuentro del Padre Champagnat para asegurarle que quería vivir y morir en el Instituto. Le suplicó que lo admitiese en el noviciado, le diese el nombre del Hermano que acababa de fallecer y lo enviase a las misiones de Oceanía. La conversión de este Hermano joven<sup>815</sup> fue definitiva: desde ese día fue otra persona y obtuvo los tres favores que había solicitado.

No sorprenderá tanto esta seguridad del Padre Champagnat respecto a la salvación de los miembros del Instituto si se conocen las prácticas que ha prescrito a los Hermanos para honrar a María y merecer su protección.

En sentir del piadoso Fundador, todo en el Instituto debe ser propiedad de María y todo debe emplearse en su gloria. Amar a tan augusta Reina; servirla y propagar su culto, según el deseo de la Iglesia, como medio excelente de amar y servir más fácilmente a Jesucristo: tal fue el fin que se propuso al fundar su congregación. Con estas bases, quiso que los Hermanos considerasen a la Santísima Virgen como Madre, patrona y modelo; más aún, que tuvieran para con ella los sentimientos que los permitan llamarla Madre, patrona, modelo y primera superiora<sup>816</sup>. Partiendo de estos principios, se establecieron en el Instituto las siguientes prácticas en honor de María:

Ya de mañanita, se le consagra el día entero con el canto de la Salve Regina en las comunidades numerosas o el rezo de las tres avemarías. Otro tanto deben hacer por la noche, antes de acostarse. El oficio, el rosario, el rezo del Ave María al dar las horas, y algunas oraciones más, son el tributo de admiración que los Hermanos le ofrecen cada día.

<sup>815</sup>El Hermano Justino, segundo de este nombre (Esteban Perret), nacido en Chamelet (Ródano), en 1814, salió para la misión de Oceanía y volvió para morir en Lyon en 1871 (CSG I, pág. 468 y XIII, pág. 305).

<sup>816</sup>LPC 1, doc. 23, pág. 71 y doc. 260, pág. 493. También en el Testamento Espiritual.

Todos los ejercicios de piedad, y la mayor parte de los ejercicios comunitarios, concluyen con el *Sub tuum*<sup>817</sup>.

El sábado está dedicado de modo especial a honrar a María. En este día se le ofrecen plegarias especiales para obtener la hermosa virtud de la pureza. Y todos los Hermanos ayunan. Si alguien se encuentra impedido, debe obtener permiso para sustituir el ayuno por alguna oración o acto de virtud. El sábado es también día de comunión<sup>818</sup> para quienes tienen permiso de recibirla.

Todos los miembros del Instituto deben celebrar sus fiestas con santa alegría y respeto, amor y gratitud filiales. Prescribe la Regla que los Hermanos se preparen a ellas con una novena u otra práctica de piedad. La víspera se ayuna. El día de la fiesta, después de la comunión, deben renovar personalmente los votos y consagrarse a tan tierna Madre. En las casas de noviciado son de guardar las cinco principales fiestas<sup>819</sup> de la Santísima Virgen, y esos días se celebran los oficios con gran solemnidad. Todos los Hermanos del Instituto deben dedicar enteramente estos días santos a honrar a su divina Madre, ya con la lectura de algún libro que trate de sus glorias o dando a los alumnos alguna instrucción sobre el tema de la fiesta y las ventajas de la devoción a María.

A todas estas prácticas establecidas en el Instituto para honrar a la Madre de Dios, era deseo del piadoso Fundador -y así lo prescribió- que se añadiesen dos cosas indispensables, y que, según él, deben ser el complemento del culto a María, y consecuencia de la devoción que se le profesa.

La primera es la imitación de sus virtudes. Desea el Fundador que el amor de los Hermanos a María los mueva sobre todo a asimilar su espíritu y a imitar su humildad, modestia, pureza y amor a Jesucristo. La vida pobre y oculta de la divina Madre y los ejemplos sublimes que nos dejó deben ser la norma de conducta de los ejemplos sublimes que nos dejó deben ser la norma de conducta de los Hermanos, y de tal modo deben esforzarse en parecerse a ella que todo, en sus actos y persona, recuerde a María y reproduzca su espíritu y sus virtudes<sup>820</sup>.

La segunda es que los Hermanos se sientan especialmente obligados a hacerla conocer y amar, extender su culto e inspirar su devoción a los niños<sup>821</sup>.

He aquí algunos pensamientos de nuestro venerado Padre respecto a este interesante tema:

“La salvación procede de los judíos<sup>822</sup>, decía nuestro divino Salvador a la samaritana. Queridos Hermanos, con mucha mayor razón, nosotros podemos decir que la salvación viene de María. De ella nació Jesús; por ella bajó del cielo para salvar a los hombres; por su medio e intercesión realizó la primera aplicación de sus méritos en la santificación de san Juan Bautista<sup>823</sup>; por sus ruegos realizó su primer milagro<sup>824</sup>, desde lo alto de la cruz la confía a todos los hombres, en la

<sup>817</sup>El *Sub tuum* es una de las plegarias marianas más antiguas. Aparece ya en el siglo III (BI, n.º 213, 24).

<sup>818</sup>La mayoría de los Hermanos comulgaban los jueves y domingos. Eran contadísimos quienes, como el Hermano Francisco, comulgaban diariamente.

<sup>819</sup>Asunción, Inmaculada Concepción, Natividad, Anunciación, Visitación (AFM, *Reglas Comunes de 1852*, cap. VI, pág. 14, nota).

<sup>820</sup>“Como Hermanos e hijos de María, debéis acudir a ella en todas vuestras necesidades, y renovar a diario vuestra consagración y entrega a su santo y grato servicio... hacerlo todo en unión con ella y bajo su amparo” (*Regla de los Hermanitos de María*, parte segunda, cap. XII, art. 5. AFM 362.1, Manuscritos del Hermano Francisco).

<sup>821</sup>“Los Hermanos pondrán el mayor empeño en inculcar a los niños gran devoción a la Santísima Virgen” (*Regla de 1837*, cap. IV, art. 14, pág. 37).

<sup>822</sup>Jn 4, 23.

<sup>823</sup>Lc 1, 44.

<sup>824</sup>Jn 2, 1-11.

persona del discípulo amado<sup>825</sup>, para darnos a entender que es nuestra Madre, y que, por medio de ella, quiere otorgarnos su gracia y aplicarnos los méritos de su muerte y de su cruz. Pues bien, si las gracias se conceden por medio de María, y si para salvarnos necesitamos su intercesión, como lo afirman los Santos Padres de la Iglesia, hemos de concluir, con san Alfonso de Ligorio<sup>826</sup>, uno de los mayores santos de nuestra época, que la salvación de los hombres depende de su devoción a la Santísima Virgen y de la confianza sin límites en su protección. Por eso, si tenéis la dicha de infundir esa preciosa devoción en el corazón de los niños, los habéis salvado. Pues, una de dos: o no se apartarán demasiado del cabéis salvado. Pues, un de dos: o no se apartarán demasiado del camino de la virtud, o regresarán a él por medio de aquella a quien a Iglesia invoca como Madre de misericordia y refugio de pecadores.”<sup>827</sup>

Para que los Hermanos lograran infundir la devoción a la Santísima Virgen, quería el Padre Champagnat que aprovecharan todas las ocasiones para hablar de ella a los niños y les dieran frecuentes enseñanzas con este objetivo; que hicieran interesantes sus instrucciones y las confirmaran con ejemplos bien escogidos de la vida de los santos.

A menudo se servía de estos ejemplos, los refería tan oportunamente y sacaba aplicaciones tan claras y atinadas, que era una delicia escucharle.

El celo en propagar la devoción a la Santísima Virgen no sólo es un medio para ganar a los niños para Dios, sino también un manantial de bendiciones para el catequista. El Padre no dejaba de recordárselo a los Hermanos:

“¿Quiere usted -escribía a uno de ellos- que Dios bendiga su escuela y derrame sobre usted y los Hermanos el espíritu de piedad? Inspire a sus alumnos la devoción a la Santísima Virgen.” “Si tiene celo en hacer honrar a María -escribía a otro-, triunfará de las tentaciones que lo acosan, perseverará en su hermosa vocación, será feliz en el estado religioso y la Santísima Virgen le concederá gracias especiales. Si la Santísima Virgen se muestra bondadosa con todos, ¡cuánto más misericordiosa se mostrará con aquellos que, no satisfechos con servirla, trabajan también en hacerla amar y honrar por los demás!”<sup>828</sup>

Como se ve, el Padre Champagnat no hacía consistir la devoción a la Santísima Virgen en sólo prácticas externas; quería, además, que se esmerasen en imitar sus virtudes y pusieran mucho celo en extender su devoción. Sin embargo, como estas prácticas contribuyen no poco a alimentar la piedad y merecer la protección de María, y como sin ellas no existe verdadera devoción a la Santísima Virgen, quería que se cumpliesen estrictamente y con gran devoción.

Como ya hemos dicho, hubo quienes le insistieron para que suprimiere el oficio de la Santísima Virgen, pero nunca lo consintió. Recomendaba continuamente a los Hermanos que no lo omitieran nunca y les animaba a rezarlo con toda piedad y devoción posibles. “Acordaos -les insistía- de que lo que pronunciáis es palabra de Dios, y que esas fórmulas para orar y honrar a la Madre de Dios están inspiradas por el Espíritu Santo.”

<sup>825</sup>Jn 19, 25-27.

<sup>826</sup>“Todos los bienes que obtenemos del Señor nos vienen por intercesión de María. Y ¿por qué? Porque tal es la voluntad de Dios - responde san Bernardo-. Pero la razón concreta brota de este pensamiento de san Agustín: que a María se la llama con razón nuestra Madre, porque ha colaborado con su caridad a hacemos nacer a la vida de la gracia... La santa Iglesia quiere que la invoquemos con los títulos de vida, dulzura y esperanza nuestra” (S. ALFONSO DE LIGORIO, *Obras dogmáticas*, vol. VII, pág. 298. Éd. Casterman, 1867).

<sup>827</sup>Aquí, el Hermano Juan Bautista incluye un largo desarrollo que colocamos al final del capítulo, bajo el epígrafe de Anexo 1.

<sup>828</sup>Aquí, nuevo desarrollo remitido al Anexo 2.

Lo mismo recomendaba respecto del rosario<sup>829</sup>. Quería que los Hermanos lo llevaran siempre consigo, lo mismo que el escapulario. “Si por cualquier imprevisto o por ocupaciones extraordinarias -les decía- no habéis tenido tiempo de rezarlo completo, rezad dos o tres decenas; y si ni siquiera esto os resulta factible, rezad tres avemarías o, al menos, tomad el rosario y besadlo antes de acostaros; de ningún modo dejéis por completo esta oración. Quien ama a María tendrá siempre a la vista algún objeto que le recuerde a su divina Madre, y llevará consigo, día y noche, el rosario y el escapulario. El rosario y el escapulario son armas de salvación que nos defienden contra las tentaciones, y, a menudo, basta con tomarlas en la mano o sólo recordar que se las lleva, para hacer huir al enemigo.”

Un día se encontró a un Hermano que no llevaba el rosario, por haber cambiado de hábito. “Si amara a la Santísima Virgen -le dijo-, si supiera lo útil que le puede resultar el rosario en los momentos de peligro y las bendiciones que le atrae cuando lo lleva, no lo dejaría olvidado con tanta facilidad.”<sup>830</sup>

¿Puede sorprenderse alguien, después de lo que acabamos de ver, de que el buen Padre tuviera tal confianza en María? Era tan ciega que nada le parecía imposible con la ayuda de la Virgen. Se le oyó decir repetidas veces: “Aunque toda la tierra estuviera contra nosotros, nada hemos de temer si la Madre de Dios está con nosotros.”

Tras los acontecimientos de 1830, como la congregación no tenía el reconocimiento gubernativo, corrieron rumores de que iba a ser disuelta. Efectivamente, el prefecto de Loira<sup>831</sup>, ya por haber recibido orden ministerial, ya por dejarse llevar de las perversas inclinaciones de su corazón y del odio que tenía a todo lo religioso, estaba decidido a cerrar el noviciado.

En esta situación, en vez de asustarse y desanimarse, el Padre Champagnat acude, como de costumbre, a la Santísima Virgen y le encomienda la comunidad. Habiendo reunido a los Hermanos, que ya empezaban a inquietarse, les dijo: “No os apuréis por las amenazas, ni tengáis miedo ante el futuro; María, que nos ha reunido en esta casa, no consentirá que seamos expulsados de ella por la maldad de los hombres. Redoblemos nuestra fidelidad honrándola, mostrándonos auténticos hijos suyos por la imitación de sus virtudes; reavivemos nuestra confianza en ella; recordemos que es nuestro Recurso ordinario. Para merecer su protección y alejar de nosotros todo peligro, antes de la meditación, cantaremos cada mañana la Salve Regina.”

Fue la única precaución que adoptó. Y María, en quien había depositado toda su confianza, jamás lo abandonó: el prefecto fue trasladado<sup>832</sup> y nadie molestó a la comunidad. Desde entonces se mantuvo la costumbre de cantar la Salve Regina y se convirtió en artículo de Regla<sup>833</sup>.

<sup>829</sup>“Llevarán siempre con ellos el escapulario y el rosario” (*Reglas Comunes de 1852*, parte primera, cap. VI, art. 13). “No basta con rezarlo, es conveniente llevarlo consigo, en el hábito... como arma defensiva y poderosa ayuda” (*Regla de los Hermanitos de María*, AFM, manuscrito, doc. 362.1; 262.2 y 362.3).

<sup>830</sup>De camino hacia París, el P. Champagnat escribe al Hermano Francisco desde Lyon, el 10 de enero de 1838: “He dejado olvidado mi rosario, envíemelo sin falta” (LPC 1, doc. 169, pág. 334).

<sup>831</sup>El señor Escipión Mourgue, prefecto desde el 23 de septiembre de 1830 hasta el 4 de mayo de 1831, dice al Consejo General: “Señores: esta Institución (de los Hermanos Marista) es tanto menos digna de apoyo cuanto que es del dominio público que sus miembros, por su deplorable ignorancia, lejos de enseñar a los niños los conocimientos más elementales, lo que hacen es perder el tiempo... Sin embargo, esta Institución se empeña obstinadamente en querer enseñar; una prueba es la temeraria resistencia que han opuesto en Feurs, para aceptar el método simultáneo, afortunadamente defendido por el alcalde, hombre enérgico e ilustrado” (RLF, pág. 82).

<sup>832</sup>El 4 de mayo de 1831 fue sustituido por el señor De Norvins (LPC 2, página 13).

<sup>833</sup>“A las cuatro y cincuenta minutos, Salve Regina, oración de la mañana seguida de la meditación...” (*Reglas Comunes de 1852*, parte primera, cap. IX, artículo 3).

Cuando había encomendado a la Santísima Virgen algún asunto, cualquiera que fuera el cariz que tomara, permanecía sereno, totalmente confiado. “No tengáis miedo alguno -decía-; las apariencias están contra nosotros, pero María lo solucionará todo, y sabrá superar las dificultades, dominar los acontecimientos y hacerlos redundar en favor nuestro.”

Por eso, en las necesidades, en las circunstancias difíciles, recurría siempre a María; sólo a ella, después de Dios, quería debérselo todo. Todo lo esperaba de su protección. MARÍA ES NUESTRO RECURSO ORDINARIO<sup>834</sup> era su expresión favorita. En toda circunstancia, después de animarlos a pedir las virtudes o las cosas temporales que necesitaban, se le oía repetir a los Hermanos: “Ya sabéis a quién tenemos que acudir para alcanzar favores, a nuestro Recurso ordinario. No temamos acudir demasiado a ella, pues su poder es ilimitado, e inagotables su bondad y el tesoro de sus gracias. Además, tiene la misión de atendernos, pues es nuestra Madre, patrona y superiora, y contamos con ella para todo. Esta comunidad es obra suya; ella nos ha reunido; por eso nos debe conceder las virtudes que quiere que practiquemos<sup>835</sup>, lo mismo que los recursos temporales que necesitamos.”

El piadoso Fundador consideraba la devoción a María y el deseo de servirla y vivir bajo su amparo, como señales de vocación. Una vez preguntó a un postulante:

-¿Por qué se le ha ocurrido venir a nuestra congregación, que es la más pequeña de todas?

-Vengo a su comunidad -le respondió el joven- porque lleva el nombre de María; porque quiero llevarlo yo también y vivir bajo la protección de esa divina Madre.

-Siendo así -repuso el Padre-, ¡ánimo, amigo!; María lo bendecirá, será feliz en su Instituto, y llegará a ser un excelente religioso.

Otro joven pedía con insistencia ser admitido en el Instituto, pero el Padre se resistía a aceptarlo porque no lo conocía ni traía cartas de presentación.

Afligido por un rechazo que no se esperaba, el postulante se echó a llorar insistiendo en que no quería volver al mundo. Sorprendido y satisfecho al mismo tiempo por esta reacción, el Padre, después de hacerle varias preguntas, acabó diciéndole:

-Al menos traerá la bolsa bien repleta para pagar la pensión del noviciado...

-Sólo tengo una moneda de veinte céntimos, respondió el joven.

-¿Ama usted a la Virgen? -repuso el Padre.

Ante esta pregunta, el postulante rompió a llorar con mayor fuerza.

-¿Ama usted a la Virgen?, le preguntó el Padre por segunda y tercera vez.

-Sí, señor -respondió resueltamente el postulante- ;por eso he venido precisamente aquí.

---

<sup>834</sup>Dicha escritura, en letras mayúsculas, reproduce la de la Regla de 1852.

<sup>835</sup>LPC 1, doc. 259, pág. 492.



-Está bien, amigo mío -le dijo el Padre-; traiga esa moneda; lo admito; pero nunca olvide que ha venido para amar y servir a María y que para eso ha sido usted admitido en este Instituto<sup>836</sup>.

Vamos a terminar este capítulo con un rasgo significativo de la protección de María en favor de nuestro venerado Padre.

Corría el mes de febrero de 1823. Uno de los Hermanos de Bourg-Argental<sup>837</sup> se hallaba gravemente enfermo. El Padre Champagnat no quería dejar morir a su hijo sin el consuelo de verlo y darle su bendición.

Hacía mal tiempo y el suelo estaba cubierto de nieve, lo que no le arredró para emprender el camino a pie e ir a la cabecera del enfermo, en cuanto se enteró de que estaba en peligro. Después de bendecirlo y consolarlo, se dispuso a regresar a Lavalla, por más que porfiaron en disuadirle, por la cantidad de nieve caída aquel día y del persistente temporal. Llevado de su audacia, el Padre decidió no hacer caso de los ruegos de los Hermanos ni de los consejos de sus amigos, Pronto se arrepentiría.

Para regresar a Lavalla, en compañía del Hermano Estanislao, tuvo que cruzar los montes Pila<sup>838</sup>. Apenas habían transcurrido dos horas de marcha<sup>839</sup>, se extraviaron. Incapaces de dar con rastro alguno de camino, anduvieron a la deriva o, más bien, a la buena de Dios. Una fuerte cellisca les daba en la cara y les impedía ver hacia dónde caminaban, hasta el punto que no sabían si adelantaban o retrocedían. Después de varias horas de andar perdidos, el Hermano se sintió tan desfallecido, que el Padre Champagnat tuvo que tomarlo del brazo para guiarlo y mantenerlo en pie. Pero pronto, transido de frío y asfixiado por la nieve, también él se sintió desfallecer, y tuvo que detenerse. Se dirigió al Hermano y le dijo:

“Querido amigo, si la Santísima Virgen no viene en ayuda nuestra, estamos perdidos. Acudamos a ella y supliquémosle que nos saque del peligro en que nos hallamos de perder la vida cubiertos por la nieve, en medio de estos bosques.”

Al decir estas palabras, sintió cómo el Hermano se le iba de las manos y se desplomaba de cansancio. Lleno de confianza, se pone de rodillas al lado del Hermano, que parecía haberse desvanecido, y reza fervorosamente el Acordaos. Después, trata de incorporar al Hermano y hacerlo caminar. Apenas habían dado diez pasos, vieron una luz que brillaba no lejos de allí, pues era de noche. Se encaminan hacia la luz y llegan a una casa<sup>840</sup>, donde pasan la noche. Ambos estaban congelados de frío; y el Hermano, sobre todo, tardó en recobrase.

El Padre Champagnat confesó en diversas ocasiones que de no haberles llegado la ayuda en el momento preciso, ambos hubieran perecido, y que la Santísima Virgen los había librado de una muerte segura<sup>841</sup>.

<sup>836</sup>Podría tratarse de José Antonio Falque (Hermano Cecilio), que entregó un franco (20 monedillas) y prometió entregar luego otros 100 francos (AFM, Cuaderno de Entradas, R.E. 1, pág. 96).

<sup>837</sup>Se trata del Hermano Juan Bautista, según el Hermano Avit (AA, págs. 50-52).

<sup>838</sup>El camino posible que siguieron atraviesa un puerto de 1202 metros de altitud: “la Croix de Chaubouret”.

<sup>839</sup>De Bourg-Argental al lugar del “ Acordaos “ hay unos diez kilómetros.

<sup>840</sup>Los pobladores de la casa eran José Donnet, su mujer María Magdalena Despinasse y la hija de ambos, María Antonieta, de cinco años.

<sup>841</sup>“En mi juventud me gustaba mucho ir a ver a mis primos los Donnet, donde siempre era bien recibido. En una de mis visitas, cuando ya llevaba el hábito religioso, el señor Donnet, padre, me enseñó muy ufano la cama en que había descansado el Venerable, una cama limpia, adornada con flores pintadas en los soportes de madera” ( Escritos del Hermano Francisco María (Juan Claudio Naime ) en los Archivos AFM 0144.0002). También en “Présence Mariste”, pág. 21 n.º 176,1988.

## ANEXO 1

Los santos consiguieron la santificación del mundo por medio de la devoción a la Santísima Virgen.

San Vicente Ferrer consideraba y propagaba la devoción a la Santísima Virgen como el medio más eficaz para infundir en las almas horror al pecado y espíritu de penitencia.

El Padre Honorato, religioso franciscano, tan conocido por sus predicaciones evangélicas y por los frutos de salvación logrados con ellas, propagaba sin cesar la devoción a María, enseñando al pueblo a honrarla con prácticas diversas, especialmente la del rosario. A quienes le criticaban y le echaban en cara que perdía el tiempo, les respondía: “Esperad hasta el final de la misión y ya veréis par qué sirve la devoción a la Santísima Virgen y si he perdido el tiempo infundiéndola en los fieles y enseñándoles a rezar el rosario.”

La misión concluía siempre con la conversión de multitud de pecadores; con el restablecimiento de la piedad, la devoción y las prácticas religiosas, con la transformación total y la vuelta a la senda de la virtud de los pueblos evangelizados por el santo religioso.

Todos saben que santo Domingo no conseguía resultado alguno cuando predicaba a los albigenses. Se le apareció la Santísima Virgen y le dijo: “Has de saber, hijo mío, que el medio de que se ha valido la Santísima Trinidad para restaurar el mundo ha sido el Ave María, que es la base del Nuevo Testamento. Por eso, si quieres ganar a los pecadores, predica mi rosario.” El santo, muy consolado y advertido por esta visión, se pone a predicar los misterios del rosario, infunde la devoción a la Santísima Virgen y en poco tiempo convierte más de cien mil herejes y una inmensa multitud de pecadores.

San Gregorio Taumaturgo, al ser consagrado obispo de Neocesarea, sólo encontró diecisiete cristianos en su diócesis. Acude a la Santísima Virgen, pone bajo su protección su episcopado, le pide la conversión de su grey y le ruega insistentemente que le dé a conocer el mejor modo de instruirla y ganarla para Dios. La Santísima Virgen escucha la plegaria de su fiel siervo, se le aparece resplandeciente de gloria, acompañada de san Juan Evangelista, al que ordena que explique a Gregorio los misterios de la fe y el modo de transmitirlos. En resumen, bendijo de tal modo los esfuerzos del santo obispo que a su muerte, sólo quedaban diecisiete paganos o herejes, cuando al tomar posesión de ella, lo eran casi todos.

El gran secreto de san Ildelfonso, arzobispo de Toledo, para convertir a los pecadores, fue llevarlos a María. Y se sentía seguro de ellos al verlos perseverar en el culto de la que llamaba Reparadora del universo y Tesorera de las gracias. Era incansable su celo por hacer honrar a María; hablaba continuamente de ella y llegó a componer un libro en defensa de su virginidad perpetua. La Santísima Virgen no se dejó vencer en generosidad, y concedió al santo obispo muchísimos favores, de los que vamos a citar tan sólo uno.

El dieciocho de diciembre, día en que a la sazón se celebraba en España la fiesta de la Anunciación, Ildelfonso se hallaba en su sitial para iniciar el oficio. La Reina del cielo se le apareció, acompañada de multitud de ángeles. Traía en la mano el libro que el santo había escrito acerca de su virginidad, y después de haberle manifestado su satisfacción, le regaló, como prenda de su amor, una magnífica casulla, al tiempo que le decía: “Porque has unido a una fe viva y a una conciencia pura gran celo por mi gloria, te entrego este ornamento, sacado de los tesoros de mi Hijo.” Este hecho quedó consignado en las actas de uno de los concilio de España,

que instituyó una fiesta para perpetuar su recuerdo. Lo relatan Mariana, Baronio, Tritenus, san Francisco de Sales y muchos otros.

San Bernardino de Siena, ya desde su infancia, comenzó a servir a la Santísima Virgen y a rezar horas enteras ante una de sus imágenes. Un día la divina Madre se le apareció y le dijo: “Hijo mío, en recompensa por la piedad y amor que me profesas, te otorgo tres gracias: la primera, la vocación religiosa; la segunda, talento y dones especiales para anunciar la palabra de Dios y la conversión de los pecadores; y la tercera, sólida virtud y gran santidad.” Algún tiempo después, Bernardino llenaba Italia con sus predicaciones y con la fama de sus milagros: los pecadores más contumaces se convertían por su palabra; florecía por doquier la piedad; la virtud sustituía al vicio. El santo llegó a resucitar cuatro muertos a la vista de muchísimos testigos. Tales maravillas y frutos de salvación eran la recompensa de su devoción a María. Tenía en ella tal confianza que le pedía con la misma naturalidad un milagro que cualquier otro favor. De tanto predicar, su voz se había apagado casi por completo. Acudió a María y obtuvo la curación. Este santo nació, tomó el hábito religioso, hizo la profesión, dijo la primera misa y predicó su primer sermón, el ocho de septiembre, fiesta de la Navidad de la Santísima Virgen. Y murió este mismo día.

El señor de Nobletz, uno de los hombres más extraordinarios del siglo pasado, restableció la piedad y el espíritu de fe en toda Bretaña con sus instrucciones familiares y la catequesis a los niños. Todo cuanto consiguió, se lo atribuía a la Santísima Virgen, como manifestó ante el Santísimo Sacramento, unas horas antes de morir. En aquellos momentos supremos declaró: es un deber de conciencia descubrir las extraordinarias gracias que Dios me ha otorgado por intercesión de María, mi divina Madre. Cuando realizaba mis estudios en Agen, tuve una gran crisis. La Santísima Virgen, a quien siempre he servido y amado, se me apareció, me consoló y me dijo: “Hijo mío, he conseguido para ti tres coronas: la primera, la de la virginidad, que conservarás intacta toda la vida, incluso en medio de los peligros a los que te expondrá tu ministerio; la segunda, la del menosprecio del mundo y desprendimiento de todas las cosas; y la tercera, la de doctor y maestro de vida espiritual; de modo que muchas almas se salvarán por ti.”

No son, pues, de extrañar los frutos de salvación que logró este siervo de Dios.

San Felipe Neri, desde niño, se había impuesto el deber de no dejar pasar un solo día sin dedicar a María algunas prácticas de piedad. La llamaba su tierna Madre, su dulce dueña, sus delicias. Se esforzaba de continuo en hacerla amar e infundir su devoción. Cuando hablaba de ella, su rostro irradiaba gozo, los corazones de quienes lo escuchaban experimentaban incremento de fervor, e incluso, a veces, sentían deseos de abrazar la vida religiosa. Nunca daba una charla, exhortación o discurso, sin hablar de María. Jamás concluía la dirección de sus penitentes, ni las charlas con los que venían a consultarle, sin añadir unas palabras sobre de la devoción a la Santísima Virgen. “Hijos míos, honrad a María -decía-: es la dispensadora de las gracias. Si queréis la perseverancia, servid y honrar diariamente a María si queréis la conversión, pedídsela a María.” Es incalculable el número de pecadores empedernidos que convirtió y apartó del vicio, prescribiéndoles ciertas prácticas de devoción a la Santísima Virgen. Con esta piadosa devoción transformó la ciudad de Roma y obró prodigios de gracias entre todos, particularmente entre los jóvenes.

El Padre Gonçalo da Silveira, de la Compañía de Jesús, tenía costumbre de encomendar todos sus proyectos a la Santísima Virgen. Al conocer que había sido destinado a las misiones de Etiopía, se empeñó en obtener la protección de la Santísima Virgen con toda clase de homenajes y plegarias. Diariamente, durante la travesía, pasaba varias horas en oración encomendándole la empresa a que la divina Providencia le destinaba y suplicándole con insistencia que concediese

a los infieles que iba a evangelizar el don de la fe y la gracia de la salvación. Cada día reunía a los marineros y pasajeros para hablarles de las grandezas de la Madre de Dios e inspirarles la devoción a esta augusta Virgen. Al llegar al reino de Monomotapa, que era la meta de su viaje, intensificó sus plegarias y mortificaciones para lograr de la Madre de Dios que le facilitase la entrada en el reino y que dispusiera el corazón del príncipe al que había sido enviado para escuchar la verdad que venía a anunciarle. ¿Cuál fue el resultado de tal devoción y celo por la gloria de María? Sencillamente, que pese a todos los obstáculos que dificultaban la conversión de este rey idólatra, el santo misionero la consiguió gracias a la protección de aquella que es omnipotente. Le administró el bautismo, junto con más de trescientos de los principales del país. En fin, para colmo de dichas, después de haber preparado a los cafres para recibir el Evangelio, consiguió la corona del martirio. Éste es el éxito y la bendición otorgados a los trabajos de quienes se ponen bajo el amparo de María.

En la Vida del Padre Francisco Vépèze, muerto en olor de santidad el año 1617, el Padre de Varasco refiere que, por revelación, supo este santo que los demonios se quejaban sobre todo de dos tipos de personas que les causaban sensibles pérdidas, a saber: las que propagan sobre todo de dos tipos de personas que les causaban sensibles pérdidas, a saber: las que propagan la devoción a la Santísima Virgen y las que llevan el santo escapulario.

Un misionero ve un día acercarse a él, después de un sermón, a un venerable anciano que desea comunicarle algo importante.

-¿Qué quiere decirme?

-Una... una...

Y se le quiebra la voz. El respeto hacia el ministro de Jesucristo le corta la palabra y no le permite contarle lo que Dios le había inspirado.

-Tranquílese, buen hombre, hable con libertad.

-¿Cómo? Yo, el más miserable de los hombres, ¿tener que recordar su deber al ministro de Dios? Nunca me decidiré a ello.

-No tenga ningún reparo; explíquese. ¿Qué es lo que no cumplo debidamente?

-Ministro de Jesucristo, se lamenta usted de que sus sermones tan conmovedores no consiguen la salvación de las almas. Pues bien, yo sé por qué.

-Dígame.

-Le falta algo fundamental.

-Por favor, explíquese.

-Pues mire, señor: se olvida de hablar de la Santísima Virgen. Sin ella está perdiendo el tiempo, pues el fruto de la palabra de Dios está en sus manos.

El misionero, un santo sacerdote, que ardía en deseos de salvar las almas, tuvo muy en cuenta la observación. Al día siguiente dio una instrucción sobre la devoción a la Santísima Virgen, y

toda la ciudad se conmovió. Los pecadores se confesaron, y, desde aquel día, la misión tuvo éxito rotundo.

El misionero contó con frecuencia, en tercera persona, esta anécdota como prueba evidente de la necesidad de la devoción a María para ganar las almas para Dios y hacerlas progresar en la virtud.

## ANEXO 2

El beato Herman, obispo de Suecia, tenía la piadosa costumbre de añadir en todas sus instrucciones unas palabras en honor de la Santísima Virgen para inspirar su devoción a los fieles. Se le apareció la Virgen a santa Brígida y le encargó que dijera al santo prelado que por esta costumbre ella lo serviría de madre, le conseguiría una santa muerte y se encargaría de presentar personalmente su alma a Dios.

Para honrar a María, un profesor componía canciones sobre sus grandezas y se las enseñaba a sus alumnos. La Santísima Virgen encargó también a santa Brígida que dijera a ese piadoso maestro que su trabajo sería recompensando, y que le reservaba en el cielo tantas coronas como cánticos había compuesto en su loor.

San Antonio refiere que la Santísima Virgen vino a asistir en la hora de la muerte a su fiel siervo santo Domingo y que llevó en triunfo su alma al cielo. Le concedió la misma gracia a san Felipe Neri, a san Francisco Regis, a san Alfonso María de Liguorio y a muchos otros, para premiarlos por el celo que todos ellos habían desplegado en hacerla honrar y extender su devoción.

San José de Calasanz, fundador de los Escolapios, no cesaba de propagar la devoción a la Santísima Virgen, y se impuso la obligación de acostumar a los niños a honrarla y rezarle cada día. Un día en que estaba rezando ante una de sus imágenes con todos sus imágenes con todos sus alumnos, la divina Madre se apareció a todos y los bendijo. Seguramente concedió esa gracia a aquel gran santo para mostrarle lo grato que le resultaba su celo y para premiarle por lo que estaba haciendo en su honor.

Un santo religioso de la Compañía de Jesús, llamado Ignacio, abandonó por orden del cielo el oficio de predicador en el que sobresalía, para dar catequesis a los niños. Como era muy devoto de la Santísima Virgen, se esforzaba continuamente en inspirar a sus alumnos idéntica devoción. Su celo lo impulsaba a dar la catequesis en las plazas públicas. En cada instrucción hacía que alguien contase un ejemplo o un milagro de la Santísima Virgen. El pueblo escuchaba las explicaciones que el santo religioso añadía.

Con gran avidez y mucho fruto. Un día, en el mercado de Lisboa, preguntó a una multitud de campesinos si alguno de ellos quería rezar el Ave María. Por timidez o respeto humano, ninguno quiso hacerlo. Entonces un bebé de seis meses, en brazos de su madre, levantando la voz, inició con voz clara la salutación angélica y la rezó completa, ante el asombro de todos. La Santísima Virgen permitió aquel milagro para ratificar el ministerio de su siervo y dar a0 entender lo mucho que le agradaba su celo. En su lecho de muerte, aquel buen religiosos fue visitado por María, que lo consoló y lo colmó de alegría y felicidad. Había pedido ser sepultado con el puntero que le había servido durante más de diecisiete años para enseñar las letras a los niños y darles el catecismo. Su petición fue atendida.

## SEGUNDA PARTE

VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO VIII**

*Obediencia y respeto a la jerarquía eclesiástica*

La obediencia, virtud característica del cristianismo, es el fundamento de la vida religiosa, la síntesis de la perfección y el camino más seguro para alcanzar las demás virtudes.

Absolutamente convencido de esta verdad, el Padre Champagnat practicó ante todo la obediencia y se puso a disposición de los Superiores. Hasta tal punto desconfiaba de su propio criterio, se hallaba tan persuadido de que sin la obediencia ni siquiera con las mejores acciones se puede agradar a Dios, y profesaba tan profundo respeto a los Superiores, que una sola palabra hubiera sido suficiente para determinarle a abandonar la obra más querida de su corazón: la fundación del Instituto.

En varias ocasiones dijo al señor arzobispo de Lyon a los Vicarios<sup>842</sup> generales: “Si creen que esta obra no procede de Dios, díganmelo y la dejaré inmediatamente, pues sólo quiero lo que Dios quiere; y sólo a través de ustedes puedo saber lo que él desea de mí.”

Una de las máximas del piadoso Fundador era que el hombre sólo es feliz y sólo puede realizar el bien, donde Dios lo quiere; y Dios quiere donde le reclama la obediencia. Por eso, nunca pidió, ni siquiera deseó, cargo alguno. Tampoco hizo nada a espaldas de sus Superiores, ni emprendió nada sin haber obtenido su beneplácito.

Según él, *la obediencia es imprescindible a los Hermanos, por tres razones.*

“1.<sup>a</sup> Porque es el fundamento del estado religioso, y por ella se nos transmiten las gracias de estado, tan necesarias para la fidelidad en la vocación. Así pues, si queréis que Dios se valga de vosotros para realizar el bien entre los niños, obedeced, estimad el cargo y el empleo que os confía la obediencia. *Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos pescado nada* - dijeron los apóstoles al Salvador-; *pero ya que lo dices tú, echaremos las redes*<sup>843</sup>. Lo hicieron así y recogieron tal cantidad de peces que las redes se rompían. Imitad a los apóstoles: echad la red en el lugar que os señale la obediencia y atraeréis la bendición de vuestro trabajo y lograréis ganar a los niños para Dios.

---

<sup>842</sup> (OM 2, doc. 757 (5), pág. 771). Más tarde, el Padre Champagnat dirá lo mismo al señor Barou, Vicario general, LPC 1, doc. 7, pág. 39; al señor Vicario general de Lyon, LPC 1, doc. 4, pág. 35; y al señor Cattet, LPC 1, doc. 11, pág. 47.

<sup>843</sup> Lc 5, 5-6.

¿Sabéis lo que sucede cuando la obediencia os pide un trabajo determinado? Si lo aceptáis dócilmente, Dios os depara inmediatamente todas las gracias<sup>844</sup> necesarias para cumplirlo debidamente y cuanto más os cueste lo que os pide la obediencia, tanto más abundantes serán tales gracias.

Dios enviará su ángel por delante para que os prepare el camino, remueva las dificultades, disponga el ánimo de la gente en vuestro favor y haga dócil el corazón de los niños. Comprobaréis por experiencia que no hay nada difícil, que todo es posible cuando se obra por obediencia. Al contrario, si seguís vuestra voluntad; si buscáis vuestros gustos en los cargos o empleos; si tanto insistís que obligáis vuestros gustos en los cargos o empleos; si tanto insistís que obligáis a vuestro Superior a cambiaros, no tendréis derecho a esperar las gracias especiales: recordad esta frase de la Imitación de Cristo<sup>845</sup>: *Quien se sustrae a la obediencia, él mismo se aparta de la gracia*.

Al veros privados de la gracia y auxilio de Dios, no alcanzaréis éxito alguno. Y donde pensabais encontrar gozo y satisfacción, sólo hallaréis penas y aflicción. En esa situación y de haberos buscado esos sufrimientos por vuestra falta de obediencia.

En esta coyuntura no cabe esperar consuelo ni de Dios ni de los hombres. Nada podréis esperar de Dios porque no hacéis su voluntad, sino la vuestra. Y no os atreveréis a acudir al Superior, pues podría muy bien contestaros: “Usted me obligó a darle ese empleo, ese cargo; si fracasa, si es desgraciado, la culpa es suya, tiene lo que buscaba”.

Para explicar mejor su pensamiento, se valía de esta comparación: “Si el soldado enviado a una guarnición sigue las órdenes escritas en su hoja de ruta, en cada etapa y por doquiera que pase encontrará protección, alojamiento, víveres y cuanto necesite. Pero si se aparta del camino, no puede exigir nada y se verá abandonado a su suerte; tendrá que viajar por su cuenta, con riesgo de ser capturado y encerrado como desertor. Lo mismo sucede con el religioso: mientras sigue la senda de la obediencia, Dios lo colma de su gracia y lo protege con su auxilio; nada le falta y Dios bendice cuanto emprende. Pero si se aparta de esa senda para caminar por la de su propia voluntad, ya no tiene derecho al auxilio de Dios, y queda abandonado a su debilidad; comete tantas faltas como pasos; es desdichado y hace desdichado a quienes le rodean”.

*2.ª La obediencia es indispensable a los Hermanos* porque están obligados a infundir esta virtud a sus alumnos. Todos admiten que el único medio de regenerar a la sociedad es dar buena educación a los niños. Ahora bien, la obediencia ocupa el primer lugar entre los elementos básicos de una buena educación<sup>846</sup>. Pero en esto, como en todo, nadie da lo que no tiene. Y si el Hermano no es obediente, nunca podrá comunicar esa virtud a sus alumnos; y por el mero hecho de no enseñarles a obedecer, deteriora su obra educativa. De nada sirve aducir que se puede conseguir la obediencia con la firmeza de carácter o por la fuerza. La obediencia no puede imponerse; se propone. El orden exterior y la disciplina pueden imponerse y mantenerse mediante una autoridad y voluntad enérgica, pero sólo la obediencia y la gracia, que siempre la acompaña, pueden comunicar dicha virtud y hacerla brotar en el corazón de los niños.

*3.ª La obediencia es también indispensable a los Hermanos* porque es para ellos un deber de estado; sin ella no hay progreso en la virtud, ni satisfacción personal. La obediencia es una obligación para los Hermanos, un precepto, ya que han hecho la promesa, se han comprometido

---

<sup>844</sup> LPC 1, doc. 24, pág. 72.

<sup>845</sup> Libro 3, 13.1.

<sup>846</sup> LPC 1, doc. 31, pág. 86.

por voto a obedecer. La vida del Hermano, como consecuencia del voto, es esencialmente vida de dependencia; y aquel que en religión sigue apegado a su propia voluntad y se sustrae a la obediencia para seguir su propio capricho, falta a su deber de estado y no cumple el voto.

Algo que no debemos olvidar es que los Hermanos deben obediencia especialmente a quienes han sido puestos para guiarlos; que no cumplen el voto si no obedecen a sus Hermanos Directores. Efectivamente, debéis obediencia al Hermano Director porque es el representante del Superior; dependéis de él en los pormenores de vuestra conducta. El que sólo obedece al Superior o cuando lo ordena el Superior<sup>847</sup>, casi nunca obedecerá; pues el Superior, en contadas ocasiones, manda por sí mismo. Y, en la práctica, muchísimos religiosos nunca recibirán ninguna orden suya. De ahí deduzco que un Hermano que no está unido a su Director ni se le somete, no es obediente ni cumple su voto.

Ahora bien, si no cumple el voto, no preguntéis qué progresos hace en la virtud: no hace progreso alguno. No avanza, retrocede. Día a día va perdiendo insensiblemente la piedad, el amor a la vocación, la abnegación por su empleo, el horror al pecado y el celo por la salvación del alma. Y, a no tardar, sólo conservará el hábito de religioso y perderá la paz y la alegría. La dicha y santo gozo que antes, cuando era dócil y obediente, experimentaba, serán sustituidas por el desorden, el mal espíritu, la amargura de corazón y el hastío y cansancio de su santo estado.

He aquí una verdad que quisiera que no olvidarais. Hay dos personas de las que depende nuestra felicidad; para estar satisfechos, para ser felices en la vocación, os es indispensable estar a bien con ellas. Esas dos personas son Dios y el Superior. Para estar en paz con Dios, se necesitan dos cosas: temer el pecado y evitarlo cuidadosamente; ser fieles a todos los ejercicios de piedad y hacerlos con el mayor fervor posible. Para estar en paz con el Superior, se necesita también otras dos cosas: total y entera apertura de corazón y docilidad.

Traedme un religioso que esté en paz con Dios y con el Superior y que no sea feliz en su vocación y en su empleo; no creo que lo encontréis. Presentadme un religioso que se relacione poco con el Superior, que le oculte su interior, sus defectos y debilidades; un religioso que guarde cierta antipatía contra el Superior, que se crea maltratado por él, y que al mismo tiempo se sienta feliz, satisfecho y sea sólidamente virtuoso: podréis recorrer toda la tierra y no encontraréis uno solo. Para un religioso, obediencia, felicidad y virtud sólida son palabras sinónimas; quien no posea la primera nunca poseerá las otras dos.”

El amor que el buen Padre sentía por la obediencia lo movía a buscar ocasiones de ejercitarla. Por ejemplo, cada vez que quería celebrar una toma de hábito, pedía permiso al señor arzobispo<sup>848</sup>. Alguien le hizo observar que podía conseguir un permiso definitivo, evitándose así tener que escribir varias veces al año para solicitar siempre lo mismo. “Es cierto -respondió- que eso me evitaría trabajo; pero, además de que me gusta tener relaciones frecuentes con los Superiores, es bueno hacer a menudo actos de dependencia y buscar ocasiones de practicar la obediencia.”

Ejemplo admirable, y muy apropiado para avergonzar a los espíritus independientes, amantes de la falsa libertad, que consideran penosas las Reglas que les obligan a mantener frecuentes relaciones con el Superior y, en determinadas circunstancias, a pedirle permiso.

<sup>847</sup> “Superior” quiere aquí decir: Superior General.

<sup>848</sup> LPC 1, doc. 127, pág. 259; y doc. 200, pág. 405.



El piadoso Fundador tenía profundo respeto a los pastores de la Iglesia. Ante todo a nuestro Santo Padre el Papa, cuyas decisiones, advertencias y cuanto de él procedía consideraba como oráculos. Un día que leían en comunidad una carta encíclica de León XII<sup>849</sup> sobre los malos libros, quiso que los Hermanos la escucharan de pie como muestra de respeto profundo a la palabra del Papa.

Con motivo de esta carta, dio a los Hermanos esta norma tan prudente, prohibiéndoles la lectura de toda obra peligrosa: “Los libros<sup>850</sup> sospechosos tomados a los niños, se entregarán al Hermano Director, sin tomarse la libertad de leerlos; y el Hermano Director, si los considera peligrosos, sin examinarlos, los entregará al señor cura.”

“Al ver que un Hermano mayor leía un libro con mucho interés, le preguntó:

-¿Qué está leyendo?

-Padre, estoy leyendo un libro sobre la infalibilidad del Papa.

-¿Quién es el autor?

-El cardenal Mauro Cappellary<sup>851</sup>, actualmente nuestro Santo Padre el papa Gregorio XVI.

-¡ Enhorabuena! Pero ¿cree usted en la infalibilidad del Papa?

-Sí, Padre, creo firmemente.

-Yo también -repuso-; siempre he creído en ella y nunca he tenido la menor duda.

Para infundir adhesión firme a la Iglesia y sumisión total a su augusto Jefe, en diversas circunstancias les puso esta comparación:

“Así como la luz que ilumina la tierra procede del sol, del mismo modo, toda la luz que ilumina a los hombres procede del Santo Padre el Papa. El Papa es para el mundo moral lo que el sol para el mundo físico. Sin el sol, la tierra se transformaría en un caos total; sin el Papa, la Iglesia desaparecería en la nada, y sólo nos quedaría la tiniebla profunda del error. Lo que está sucediendo entre los protestantes, que ya han llegado a negar hasta la misma existencia<sup>852</sup> de Jesucristo, es una prueba evidente. Mientras permanezca unido a los pastores, el católico está en la verdad, sigue unido a Jesucristo. La Iglesia actual se mantiene tal como Jesucristo la fundó y los apóstoles la establecieron. Si san Pedro y san Pablo volvieran hoy a la tierra, no tendrían que quitar ni añadir un solo ápice a su doctrina; encontrarían la Iglesia tal como la dejaron, es decir, con los mismos dogmas, moral, enseñanza, sacramentos, medios de salvación y jerarquía. Me atrevo a afirmar que esos santos apóstoles<sup>853</sup> se sentirían contentos y satisfechos y podrían

<sup>849</sup> Elegido papa en 1823, León XII publica el 3 de mayo de 1824 la incíclica “Ubi primum”, que exhorta a los obispos a velar por la enseñanza impartida en los seminarios (cfr. LEFLON, *HISTOIRE DE L'Église*, vol. 20, págs. 388-389, 1951).

<sup>850</sup> *Regla* de 1837, cap. V, art. 31, pág. 46.

<sup>851</sup> Este libro, “Il trionfo della Santa Sede e della Chiesa”, es un “grito de esperanza en el triunfo inmediato y definitivo de la Iglesia. Los católicos, se decía en el prólogo, deben comprender por los hechos que es más fácil, según la expresión de san Juan Crisóstomo, apagar el sol que destruir la Iglesia” (*Dict. de théologie*. L. LETOUZEY, pág. 1822, 1920).

<sup>852</sup> Alusión al protestantismo liberal que a veces pone en tela de juicio la divinidad de Jesucristo.

<sup>853</sup> El Hermano Francisco precisa que estos comentarios proceden de una instrucción dada por el P. Champagnat el día de la fiesta de san Pablo (CSG II, página 231).

exclamar: Ésta es realmente la Iglesia que nosotros fundamos, la esposa de Jesucristo, sin mancha ni arruga<sup>854</sup>; sigue siendo la misma que dejamos al morir.”

No era menor su respeto a los obispos. En cuanto llegaba a su presencia, se postraba de rodillas y pedía humildad y sencillez del piadoso Fundador. Todos le dieron muestras del gran aprecio y se manifestaron totalmente favorables a su obra, lo que constituyó para él una de sus mayores satisfacciones. “¡Qué consolador resulta -exclamaba a veces- tener de nuestra parte a todos estos santos obispos! ¡Qué vamos a temer si nos guían y protegen como sucesores de los apóstoles, aquellos que son luz del mundo, columnas de la verdad, sal de la tierra!<sup>855</sup> Los obispos son nuestros padres, hemos de considerarnos hijos suyos y darles en todo momento muestras de profundo respeto y entera sumisión. Es imprescindible que los Hermanos se entiendan bien con el clero; hoy, más que nunca, es necesario para hacer el bien.”

Tal vez nada recomendó tanto a los Hermanos como el respeto al sacerdocio y la docilidad a los pastores de la Iglesia. Basta leer la Regla y los escritos que ha dejado para convencerse. Así nos ha dejado expresada su voluntad:

- 1.º Consideren los Hermanos a su párroco como a padre, y pórtense con él como hijos dóciles.
- 2.º Pídanle consejo en todos los asuntos de cierta importancia relativos a la escuela, especialmente cuando se trate de despedir a un alumno; pónganse también de acuerdo con él para la distribución de premios, y no hagan nada contra su parecer y sin su consentimiento.
- 3.º Reciban gratuitamente en la escuela a todos los indigentes que les presente.
- 4.º No suspendan las clases ni salgan nunca de la parroquia sin advertírselo previamente.
- 5.º Soliciten su bendición cada vez que sean llamados a la casa madre o cuando tengan que ir al retiro o emprendan un viaje.
- 6.º pídanle que visite a menudo las clases y bendiga de vez en cuando a los niños.
- 7.º No realcen visita alguna a los padres de los alumnos sin advertírselo, para cerciorarse de que tales visitas son oportunas y pueden favorecer a la escuela.
- 8.º Pongan mucho empeño en infundir en los niños gran aprecio del sacerdocio, inculcarles respeto hacia el clero y docilidad a los señores párrocos<sup>856</sup>.

Durante su vida exigió el cumplimiento de estos puntos. Hubiera querido incluir el quinto y sexto como artículos de Regla; pero teniendo en cuenta que algunos párrocos se avienen difícilmente a su cumplimiento, consideró más conveniente dejarlos como simple consejo y no declararlos de Regla.

Finalmente, recomendaba de continuo a los Hermanos que se mantuviesen siempre muy unidos con el señor cura; que recibieran sus consejos, advertencias y hasta sus reproches, con profundo respeto; que lo apoyasen siempre en todo lo relacionado con la educación de los niños y en las actividades conformes con el espíritu de la Regla, como formar a los niños en el canto

---

<sup>854</sup> Ef 5, 27.

<sup>855</sup> Mt 5, 13-14; 1 Tm 3,15.

<sup>856</sup> Regla de 1837, cap. V, arts. 8 y 15; también, cap. VIII, art. 5.

litúrgico, enseñarles a ayudar a misa, acompañar las procesiones del Santísimo Sacramento, cuidar de ellos durante el retiro de primera comunión. Debían hacer todo esto con el consentimiento del párroco y siguiendo sus instrucciones.

En una palabra, quiere que los Hermanos se identifiquen con el señor párroco y que se porten siempre de modo que la escuela y su conducta personal le den satisfacción completa.

Éste es el espíritu que el piadoso Fundador se empeñó en infundir en los Hermanos, no sólo con sus instrucciones y exhortaciones, y con las correspondientes Reglas llenas del espíritu de Dios, sino, sobre todo, con su ejemplo.

A petición del clero fundó todas las escuelas; y jamás habría consentido enviar a los Hermanos a una parroquia, por muy ventajoso que fuera el puesto, sin el beneplácito del señor cura. Al llegar a una parroquia para inspeccionar la escuela, la primera visita era siempre para el señor párroco; iba a presentarle sus respetos, incluso antes de ver a los Hermanos.

En esas ocasiones, deducía habitualmente el estado de la escuela y la conducta de los Hermanos por la actitud e informes del señor cura. Si el informe era satisfactorio, deducía que todo marchaba bien. En este caso, la mayoría de las veces le bastaba con hacer una corta visita a los Hermanos para saludarlos y felicitarlos y se despedía sin haber entrado siquiera en las clases.

Si surgía alguna dificultad en una casa, nunca quería solucionar nada sin haber consultado al señor párroco y sin conocer su opinión.

Con frecuencia, la humildad del piadoso Fundador y el profundo respeto que profesaba a los sacerdotes, allanaron muchas dificultades, calmaron muchas susceptibilidades y solucionaron los casos más desesperados.

La última vez que pasó por Lyon, cuando regresaba de fundar el noviciado de Vauban, pese a que se hallaba muy enfermo, quiso ir a saludar respetuosamente al párroco de San Juan, encargado del orfanato de la Denuzière<sup>857</sup>. Trataron de hacerle desistir por el estado de su salud y por el agotamiento en que se hallaba. “No -dijo-, tengo que ir; tal vez no me reciba bien por problemas surgidos en la administración de esa casa, pero no importa; hay que superar esas minucias, para realizar las obras de Dios, y, además, pienso que mi visita le complacerá.”

Efectivamente, al principio fue acogido con frialdad, de modo que el buen Padre se sintió violento; pero fue tan franco, sencillo y humilde en sus explicaciones, que el señor cura quedó desarmado y se despidió del Padre con mil muestras de amistad y afecto.

A tal extremo llevaba su respeto al clero, que varios sacerdotes creyeron que su comportamiento obedecía a timidez y miedo. Convencidos de esto, le exigieron a veces ciertas concesiones relativas a la situación financiera de las escuelas. Pero el piadoso Fundador era tan enérgico como humilde y modesto. Si en alguna ocasión el interés por el bien lo llevó a condescender en asuntos de orden meramente material, jamás transigió en lo que pudiera suponer peligro para la virtud de los Hermanos u ocasión de exponerlos a perder el espíritu de su estado.

---

<sup>857</sup> LPC 2, pág. 588. Y también LPC 1, doc. 306, págs. 552-555.

Algo que recomendaba a menudo a los Hermanos, y que llegó a plasmar en un artículo de Regla, es que se mantuvieran siempre al margen de todo partido u opinión que pudiera dividir a la parroquia. Llamados exclusivamente para la instrucción y educación de los niños, deben los Hermanos poner sumo cuidado en no criticar la conducta de las autoridades ni mezclarse de ningún modo en asuntos de administración eclesiástica o civil<sup>858</sup>.

Un Hermano muy piadoso, pero muy ingenuo, se permitió echar en cara a su párroco que no apoyaba suficientemente a los Hermanos ni visitaba la escuela. Durante las vacaciones, el Padre Champagnat se enteró de esa falta, lo mandó llamar y le dijo: “¿Quién le mandó encargarse de la conducta de su párroco, y con qué derecho fue a hacerle reproches? Ha cometido usted una falta que nunca debería permitirse un Hermanito de María. Mañana de madrugada vaya a ver al señor cura, y, de rodillas, pídale perdón.”

El bueno del Hermano recibió y cumplió esta penitencia con mucha humildad; lo único costoso fueron para él las diez leguas que tuvo que caminar para cumplirla.

Para que esta docilidad que él desea que los Hermanos mantengan hacia el clero no llegue nunca a debilitar la regularidad y la vida comunitaria, estableció prudentemente que en caso de que el señor cura propusiera a los Hermanos algún cambio en el modo de dirigir las escuelas o en la forma de vida propia del Instituto, o si intentara conceder algún permiso extraordinario, le dieran a conocer respetuosamente lo que la Regla establece y les permitiera acomodar a ella su conducta. Pero si el señor cura insiste, como puede suceder, entonces, para evitar toda porfía, conviene suplicarle que, antes de actuar, les deje escribir al Superior General para obtener permiso<sup>859</sup> y así darle gusto.

Es fácil apreciar lo sabio y prudente de esta norma, y lo adecuada que resultaba para evitar todo conflicto, pues al remitir al Superior la solución, coloca a los Hermanos al margen de toda polémica, asegura su unión con el señor párroco, y priva a éste de la posibilidad de abusar de la sumisión y dependencia que los Hermanos le deben.

De ese modo, el piadoso Fundador supo hallar el medio de dar al señor cura la autoridad e influencia que debe ejercer sobre los Hermanos y la escuela, sin que esa autoridad e influencia puedan alterar nunca el espíritu de regularidad y uniformidad que deben reinar en todas las casas del Instituto.

## ANEXO

Preguntó un Hermano al Padre Champagnat qué debía hacerse en la visita del señor obispo a la parroquia. Le contestó:

1.º Si se sale procesionalmente al encuentro de Su Excelencia, no deje de ir con todos los niños, recomendándoles que se mantengan modestos, silenciosos y ordenados.

<sup>858</sup> Regla de 1837, cap. V, art. 10, pág. 40. Los Hermanos cumplían este artículo de la Regla, como lo atestigua el Consejo General de Loira: “Hemos de reconocer en los Hermanos (maristas) que jamás preocupación política alguna les ha desviado del fin esencial de su institución” (Registro de deliberaciones, de 25 de agosto de 1838).

<sup>859</sup> “Cuando los párrocos les hagan observaciones contrarias al espíritu de la Regla, les responderán que podrán conformarse a ellas cuando hayan obtenido permiso” (Regla de 1837, cap. V, art. 11, pág. 40).

2.º Vaya a la casa parroquial con los demás Hermanos para saludar respetuosa y humildemente a Su Excelencia; pónganse antes de acuerdo con el señor párroco para elegir el momento más adecuado y conveniente.

3.º Al presentarse ante Su Excelencia; póstrense de rodillas ante él para recibir su bendición. Hagan lo mismo al despedirse.

4.º Después de expresarle sus sentimientos de profundo respeto, le darán un breve informe de la situación de las clases, y le rogarán que se digne visitar su escuela y bendecir a los niños.

5.º Si les concede ese favor, dispónganlo todo de manera que el orden, la disciplina, la limpieza, la sencillez y modestia resplandezcan por doquier tanto en la escuela como en el porte de los Hermanos y alumnos.

6.º Saldrá usted a esperar a Su Excelencia a la puerta principal de la escuela, y le acompañará hasta la sala en que estén reunidos los niños con los Hermanos, y donde habrá dispuesto un lugar para que se sienten el señor obispo y quienes lo acompañan.

7.º En cuanto el señor obispo y su séquito se hayan acomodado, uno de los niños, preparado de antemano, le dirigirá una palabras de saludo para agradecerle la visita que ha tenido la amabilidad de hacerles y manifestarle los sentimientos de respeto, amor, sumisión y religiosa veneración debidos al primer pastor y sucesor de los apóstoles.

8.º Los Hermanos y los niños se podrán luego de rodillas para recibir su bendición.

9.º Acompañe a Su Excelencia a visitar la escuela. Terminada la visita, lo acompañará hasta la puerta principal; y antes de despedirse, pídale de nuevo la bendición.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO IX**

*Amor a la pobreza*

El Padre Champagnat practicó la pobreza toda su vida. Su exiguo patrimonio apenas le alcanzó para pagar la pensión del seminario y proveer a su sustento; de modo que, al ser ordenado de sacerdote, no poseía nada.

Como era tan generoso, mientras fue coadjutor no se le ocurrió ahorrar; cuanto tenía iba a parar a los pobres o a pagar los gastos de su comunidad.

Nunca dudó en unir su suerte a la de los Hermanos ni en compartir sus necesidades y pobreza, aunque se hallasen en la mayor indigencia. Desde que fue a vivir con ellos, no tuvo nada propio y en todo se amoldó a la vida de comunidad.

Un Hermano utilizó la palabra “suyo” refiriéndose a un objeto que formaba parte del ajuar que había traído de la casa parroquial. “¿Qué es eso de “suyo” o “mío”? - le replicó vivamente el Padre-. Ese objeto es tan suyo como mío: pertenece a la comunidad, es decir, a cualquier Hermano que lo necesite.”

Pero para comprender cuántas privaciones y sacrificios supuso para él la vida de comunidad, vamos a resumir brevemente la vida de los primeros Hermanos.

Cuando fundó el Instituto, el buen Padre no tenía recursos; se vio obligado a pedir prestado el dinero<sup>860</sup> necesario para pagar la casita que iba a ser la cuna de sus primeros hijos.

los jóvenes que eligió para la fundación eran todavía más pobres que él, Para sustentarlos, sólo disponía de su módico sueldo de coadjutor y de las colectas que se hacían en la parroquia de Lavalla. Dichas colectas fueron la principal fuente de ingresos de la comunidad durante ocho años.

El régimen alimenticio de la casa era lo más sencillo y frugal: pan moreno, queso, patatas, legumbres, a veces un poco de cerdo<sup>861</sup>, y, para beber, siempre agua; así era la alimentación de los Hermanos. Todos los platos se servían sin condimento: ante todo, por espíritu de mortificación y pobreza, y, además, porque los Hermanos, que eran todos jóvenes, no sabían cocinar y desempeñaban bastante mal su cometido, aunque pusieran en ello la mejor buena voluntad. Sólo dos cosas se permitían a discreción: pan y agua; los demás alimentos, por muy corrientes que fueran, se servían racionados.

Un día, a la hora de la cena, pasó por el refectorio el señor párroco de Lavalla, y al ver en la mesa como único plato una ensalada, cuya cantidad era desproporcionada al número de los ocho comensales que estaban a la mesa, exclamó encogiéndose de hombros: “¡Pobres hijos, vuestra cena cabe en el cuenco de mi mano!”

El vino y la carne de matadero fueron desconocidos en el Instituto por espacio de casi quince años. Sólo después de 1830 se empezó a teñir el agua y a tomar algo de carne fresca. En las escuelas seguían, más o menos, el mismo régimen que en la casa de noviciado. Por lo demás, para hacerse idea exacta de la vida pobre y frugal de los Hermanos, bastará con conocer la lista de sus gastos. Helo aquí, según lo hemos hallado, escrito de puño y letra del Padre Champagnat, en los libros de contabilidad de la casa del Hermitage:

Hermanos de Bourg-Argental, en el año 1825, 364,59 frs., Hermanos de Boulieu, 306 frs.

<sup>860</sup>El 1.º de octubre de 1817, el P. Champagnat, junto con el señor Courveille, párroco de Épercieux, compró el inmueble, por contrato de escritura, al precio de 1000 francos. El vendedor y el P. Champagnat hicieron una nueva escritura el 26 de abril de 1818, acerca del mismo inmueble, pero elevado la cantidad de 1000 a 16000 francos que el P. Champagnat pidió prestados y pagó al contado. El señor Courveille no aparece en este segundo contrato (AA, pág. 40 y OME, doc. 16 y 17, págs. 67-70).

<sup>861</sup>Carne de cerdo curada (*Dictionnaire de l'Académie française*, 6. éd. París, 1845, vol. 2, pág. 696). Compárese con las costumbres rurales de la época. Adolfo Blanqui hace una encuesta en 86 departamentos entre los años 1849 y 1851, y llega a esta conclusión: “Son millones... (los hombres) que sólo beben agua, casi nunca prueban la carne, ni siquiera pan blanco...” (cfr. G. CHOLVY, *Société, genres de vie et mentalités dans les campagnes françaises de 1815 à 1880*. Artículo publicado en “L'information historique”, n.º 4, septiembre-octubre de 1974, pág. 157).

Hermanos de Saint-Symphorien-le-Château, 518 frs., pero es probable que dejaran provisiones, pues al año siguiente, es decir, en 1826, sólo 342 frs., y 389 en 1827.

Hermanos de Charlieu, en 1827, 350 frs.; en 1828, 402,50 frs.; en 1829, 462 frs.; en 1830, 403 frs.

Hermanos de Mornant, en 1827, 400 frs.; en 1828, 425 frs.; en 1829, 446 frs.

Hermanos de Saint-Paul-en-Jarrêt, en 1828, 521 frs.; y en el año siguiente, 457 frs.

Durante el mismo año 1828, los Hermanos de Neuville, 420 frs.; los Hermanos de Saint-Symphorien-d'Ozon, 456,85 frs.

Hermanos de Chavanay, 300 frs.; pero el tercer Hermano permaneció sólo hasta Pascua, mientras que en las demás casas señaladas anteriormente fueron tres todo el año.

Los de Saint-Sauveur gastaron también 300 frs.; pero el libro de contabilidad añade que la casa tenía provisión de leña, unas diez libras de tocino y cincuenta libras de sal. Esta nota hace sospechar que dichos gastos parecían excesivos, ya que en años anteriores fueron más reducidos. En Chavanay, por ejemplo, el año de 1824 gastaron tan sólo 250 frs. Conviene subrayar que los gastos de calefacción, luz, lavandería y similares se hallaban incluidos en las cifras que acabamos de señalar<sup>862</sup>.

El alojamiento, ajuar y vestido de los Hermanos guardaban relación con la comida. La ropa era ordinaria. Todos los Hermanos dormían en jergones de paja, y ni siquiera los enfermos usaban colchón. Los Hermanos viajaban a pie, por largos y duros que fueran los desplazamientos. Durante más de veinte años, ningún Hermano dispuso de maleta para llevar sus cosas; bastaba una sencilla bolsa. Nunca usaban paraguas. En fin, se privaban de todo lo que no fuera indispensable.

Y lo más digno de admiración es que aquella vida agradaba a los Hermanos; la amaban y la abrazaban libremente y por virtud, y rechazaban cuanto pudiera olvidarla de alguna forma.

He aquí algunos ejemplos: En cierto lugar, una persona caritativa ofreció a los Hermanos un pan de azúcar. No quisieron aceptarlo de ninguna manera, porque en el Instituto no se acostumbraban tales refinamientos. Como aquella persona insistiera y se molestara por un rechazo que no acababa de entender, el Hermano Director le dijo: “Ya que se empeña en obsequiarnos, en lugar de ese pan de azúcar, preferíamos un saco de patatas, si tiene la amabilidad de mandárnoslas.” Aquella persona se retiró con su pan de azúcar, y la misma tarde un criado llevó a los Hermanos el saco de patatas que habían pedido.

Al llegar a una casa, fundada en 1825, los Hermanos se encontraron en el sótano una cuba de vino abandonada por los fundadores. Se vieron en un aprieto al no saber qué hacer con ella. Finalmente terminaron por confesar a los fundadores que no bebían vino, y pedirles que retirasen el que estaba en la bodega<sup>863</sup>.

---

<sup>862</sup>AFM, 132.8002-8019.

<sup>863</sup>“El señor Tripier, cristiano excelente, corrió con todos los gastos de Neuville y agradecía públicamente el haber podido emplear así su fortuna en tan magnífica obra. El Hermano Juan Bautista, primer Director, de 18 años de edad, aprovechó de su generosidad sin abusar. Él es quien rehusó el barril de vino que el señor Tripier había dejado en la bodega” (AA, pág. 78).

En otra casa, un Hermano cayó enfermo y algunas personas acomodadas del lugar, que apreciaban mucho a los Hermanos hicieron frecuentes visitas al enfermo. Cuando se hallaba ya convaleciente, le enviaron gran cantidad de dulces y tonificantes que ni siquiera probó. Un día, mirando todo aquello, dijo: “¿Qué vamos a hacer con tanto azúcar, tarros de confitura y botellas de vino? Yo no quiero nada, pues no lo necesito.” No sabiendo qué hacer, los Hermanos determinaron, previa deliberación, llevarlo a los enfermos del hospital, que no distaba mucho de allí.

Cuando se fundó la escuela de Bourg-Argental, en 1822, la señora de Pleyné, que se había encargado de proporcionar las camas a los Hermanos, mandó poner un buen colchón en cada una de ellas. Los Hermanos, en vez de usarlos, los amontonaron en el desván. Algún tiempo después, el criado de la señora, que solía suministrar provisiones a los Hermanos, tuvo ocasión de ver los colchones en el desván, y se lo comunicó a su señora. Le faltó tiempo a ésta para acudir a casa de los Hermanos y conocer la razón del hecho.

-¿Así que no les parecen bastante buenos los colchones? -dijo al Hermano Director<sup>864</sup>.

-Señora, son muy buenos.

-Pues, ¿por qué los han sustituido por otros?

-Que yo sepa, no se han sustituido.

-Entonces, ¿duermen en jergones de paja? ¿Creen ustedes que les he comprado colchones para que los amontonen en el desván? Quiero que los pongan en sus camas y no los vuelvan a quitar. Cuando se gasten, ya les compraré otros.

-Se lo agradezco sinceramente, señora; pero no usamos colchones.

-Cometen un error. Después de una jornada agotadora con los niños, al menos deberían tener una cama cómoda para descansar durante la noche.

-Pero en nuestro Instituto no es costumbre, y ninguno de nosotros usa colchón.

-En ese caso, los mandaré quitar.

-Creo que es lo mejor.

Después de insistir inútilmente para que pusieran los colchones en las camas, la buen señora, no habiendo logrado nada, y muy apesadumbrado, los mandó retirar y los Hermanos muy satisfechos al verse libres de ellos.

Otra persona de Bourg-Argental regaló a los Hermanos seis pares de sábanas de gran calidad y belleza. Les pareció que no debían usarlas, y se las llevaron al Padre Champagnat para que dispusiera de ellas como le pareciese oportuno.

Por estos hechos, que podríamos multiplicar, es fácil colegir que la comida frugal y el espíritu de pobreza eran connaturales a los Hermanos: viviendo y actuando de ese modo, les parecía que

---

<sup>864</sup>El Hermano Juan María (Granjon), primer Director de aquella escuela.



no hacían sacrificio alguno, sino cumplir sencillamente un deber; tan convencidos estaban de que en su estado no podían obrar de otra manera.

Si añadimos que los Hermanos sólo de lejos imitaban los ejemplos del Padre Champagnat, comprenderemos hasta qué perfección llevó él la virtud de pobreza.

No se vaya a pensar que fue fácil formar a los Hermanos en este estilo de vida. Sólo con el ejemplo diario, las instrucciones y lecciones que repetía a menudo, las exhortaciones personales, las observaciones día a día recordadas, y siguiéndoles en su comportamiento diario consiguió inculcarles el amor a la pobreza y el sentido del ahorro. Semanalmente, e incluso con mayor frecuencia, reunía a los Hermanos responsables de las temporalidades, ecónomos, cocineros, hortelanos, jefes de sastrería y zapatería, para pedirles cuenta del uso del tiempo y para enseñarles a cuidar las cosas, a sacar el máximo partido de todo y darles los consejos oportunos, de acuerdo con problemas planteados a lo largo de la semana. Igualmente formaba a los obreros que trabajaban en la casa. El maestro carpintero<sup>865</sup> decía más tarde: “Me inculcó tanto la costumbre de aprovechar la madera, que ya no puedo hacer de otro modo: antes de emplear un madero del que pudiera sacar mejor partido recorrería todos los rincones de la casa.”

Rara era la vez que el Padre Champagnat pasaba por la cocina, la despensa o los talleres, sin hacer alguna observación relativa al orden o al ahorro. Nada le molestaba tanto como ver que, por descuido, dejasen echar a perder alimentos o enseres del ajuar. “Después de la ofensa de Dios -decía a veces-, nada me entristece tanto como ver estropearse o malgastar las cosas.”

Con frecuencia llamó la atención e incluso castigó al Hermano cocinero, al ver restos de grasa o de mantequilla en el fondo de las fuentes después de haberlas servido. Pasando un día por el comedor, al ver migas de pan bajo las mesas, mandó llamar al Hermano encargado de la despensa y le dijo con tono severo. “¿Por qué deja caer ese pan? ¿No se da cuenta de que mucha gente no tiene lo suficiente? Permitir que ese don de Dios se eche a perder no deja de ser una falta de pobreza.”

En otra ocasión vio cómo un postulante, en vez de recogerlo, pisaba un objeto que se hallaba casualmente a su paso. Lo mandó llamar y lo despidió. A quienes se hallaba casualmente a su paso. A quienes se extrañaban de tal severidad, les dijo: “Ya no es ningún niño; una falta así, a su edad, prueba que no reflexiona o que carece de hábitos de orden, ahorro y entrega; y que si ha venido aquí, es para asegurarse el pan. En cualquier caso, no nos conviene: necesitamos hombres parcos, naturalmente inclinados al ahorro y amantes del espíritu de pobreza.”

Otra vez mandó comer de rodillas a uno de los primero Hermanos porque sin necesidad había dejado encendida una lámpara durante unos minutos.

Como de costumbre, uniendo el ejemplo a la doctrina, era el primero en cumplir lo que pedía a los demás. Por eso lo vimos muchas veces recoger un trozo de madera, una fruta caída del árbol o cualquier otro objeto que hallaba a su paso. Un día, viniendo de Saint-Chamond, recogió unas cuantas hojas de maíz<sup>866</sup> que el carretero de casa había dejado caer.

No dejaba un solo día de recorrer la casa, colocando aquí un objeto en el lugar que le correspondía, cerrando allí una ventana que había quedado sin asegurar y el viento podía romper, colocando más allá unas herramientas que se habían dejado olvidadas.

<sup>865</sup>El carpintero que trabajaba en el Hermitage con el Padre Champagnat era el señor Felipe Arnaud (AA, pág. 17).

<sup>866</sup>Es decir, maíz.

Hablando de ahorro, contaba una anécdota que creemos oportuno relatar, así como la moraleja con que la acompañaba.

Un padre de familia era tratado de mezquino y avaro por sus criados y hasta por sus propios hijos, porque evitaba el más mínimo gasto inútil, y porque reprendía a los suyos por malgastar o usar innecesariamente las cosas. Él se limitó a responder con estas palabras: “Me sería fácil obrar de otra manera, pero no creo que con ello nadie saliera ganando y sí perdiendo todos. Mucho me temo que en el futuro se ahorre menos; pero también se dará menos.” Efectivamente, este excelente cristiano con sus ahorros pudo hacer abundantes limosnas; pero terminaron con su muerte, pues el hijo, que no tenía el mismo afán de ahorrar, lejos de poder socorrer a los pobres, ni siquiera alcanzaba a pagar a los criados.

“Ahí tenéis -añadía el Padre Champagnat- lo que sucede con frecuencia entre nosotros. El Hermano ahorrador, que no hace gastos inútiles, con las módicas entradas que recibe tiene suficiente para atender aceptablemente que no pueden pagar. Mientras que el Hermano que no lo es, que no cuida las cosas, que compra mil chucherías, de las que podría prescindir, empeña la casa, deja estropearse las cosas y ni siquiera alcanza a pagar su vestuario.

Hombres así no son ni buenos religiosos, ni buenos maestros; son desordenados en todo: en lo intelectual y en lo material; en lo espiritual y en lo temporal. Estas personas son auténticos azotes para las casas por donde pasan; todo lo estropean; son una ruina.

Para los Hermanos, el ahorro no es sólo un consejo, es una obligación; porque al ser religiosos, están obligados a comer y vestir pobremente y cuidar de cuanto usen y les hayan confiado. Por eso me atrevo a afirmar que quienes dejan deteriorarse lo que los Ayuntamientos o el Instituto les da, pecan contra la justicia<sup>867</sup>, y están obligados a la restitución.”

Para inducir a los Hermanos a cuidar las cosas, mandó que quienes dejaran estropear o romper, incluso sin querer, un objeto, fueran a confesar su descuido al Superior, y a ponerse de rodillas en el comedor durante el almuerzo. Igualmente, quienes fueran conscientes de haber dejado abandonada una prenda de vestir u otro objeto de su uso, debían pagar su falta con una penitencia pública.

Quería que todos los Hermanos aprendiesen a cocinar y a mantener y cuidar<sup>868</sup> la casa; y ello, en primer lugar, por espíritu de pobreza y para valerse por sí mismos, y luego, por la salud de los Hermanos.

A veces decía bromeando: “Amigos, ¿os parece que suprimamos la cocina y tratemos de vivir como los ángeles? Voy a contar los votos. Vamos a ver: ¡póngase de pie los que no quieran comer!” Como nadie se levantaba, proseguía en el mismo tono: “Bueno, ya que nadie acepta mi propuesta, y consideráis necesaria e imprescindible la cocina, tenéis que aprender a cocinar debidamente, pues los malos cocineros son enemigos de la caja y de la salud: gastan mucho y para colmo estropean la salud.”

Exigía también que todos supiesen coser, para que cada cual remendara y repasara sus prendas. No toleraba que los Hermanos acudieran a extraños<sup>869</sup> para este menester, ni siquiera

<sup>867</sup>“Quienes dejan deteriorar los objetos que les confían los Ayuntamientos o la casa madre, faltan a la justicia y están obligados a restituir” (*Regla de 1837*, capítulo IX, art. 2, pág. 59).

<sup>868</sup>“Debe reinar exquisita limpieza en todo lo que está a disposición de los Hermanos” (*Regla de 1837*, cap. IX, art. 14, pág. 62).

para lavar las medias y los hábitos. En esto, el piadoso Fundador exigía lo que se acostumbra en casi todas las órdenes religiosas, donde cada cual cuida su indumentaria, la mantiene limpia y la arregla si es preciso.

Varios santos obispos, provenientes de la vida monástica, mantuvieron la costumbre de practicar tales actos de pobreza y humildad. He aquí un ejemplo muy adecuado para edificar a los Hermanos:

Santo Tomás de Villanueva, de la orden de san Agustín, al ser nombrado arzobispo de Valencia, en España, no consintió que se le aumentara su pobre ajuar de religioso. El único gasto que se permitió fue adquirir unas cuantas agujas e hilo, un par de tijeras, dedal y todo lo necesario para arreglar sus prendas, según se fueran deteriorando. Pero procuró que todo esto le llegase indirectamente y como a escondidas. Colocó todos esos objetos en un cofrecito cerrado con llave, junto a sus instrumentos de penitencia. Y este cofre lo depositó en una celda apartada y estrecha desprovista de todo adorno, que prefirió a cualquier otro aposento. A ella se retraba para entregarse a la oración y a la práctica de la mortificación; y también para remendar la ropa y prendas raídas.

Este seguidor fiel de la pobreza evangélica sentía gusto indecible en esta humilde ocupación; pero cuando se entregaba a ella, tomaba extremadas precauciones para no ser sorprendido, por temor a parecer raro o a que alguien pudiera molestarle por ello. En parte, ésta era una de las razones por las que había prohibido celosamente cerrada, y cuya llave él solo guardaba.

Pero un día en que por distracción se olvidó de cerrar la puerta de la celda después de haber entrado en ella, fue sorprendido por un sacerdote íntimo amigo suyo. Éste, que tenía un asunto urgente que comunicar al arzobispo, fue directamente a su aposento y entró sin llamar. El santo arzobispo remendaba unos calzoncillos. El canónigo quedó atónito y exclamó emocionado: “Pero, ¿cómo? ¡Su Señoría se ocupa de tales cosas! Es indigno de su condición. Por un real, cualquier sastre lo hubiera arreglado. No consentiré que siga haciéndolo.” Y diciendo esto, se acercó y quitó el calzoncillo de las manos del arzobispo.

“¡Un momento! -dijo éste sonriendo-, déjeme que termine mi trabajo.” Luego, ya en serio, añadió Tomás: “Efectivamente, soy obispo; pero también sigo siendo religioso; y como tal, tengo la obligación de practicar la pobreza por amor de la misma pobreza. Soy pastor; por eso debo practicar aún más la pobreza por amor a los pobres, tan abundantes en mi rebaño. Ya ve que tengo dos poderosas razones para obrar así, aparte del gusto que tengo en hacerlo. Me dice que podría mandar arreglar este calzoncillo por un real; ya lo sé. pero pensé que con el real que ahorro al hacerlo yo mismo, mañana podré dar de comer a un pobre.” Así obran y hablan los santos.

No podemos dejar de contar otro caso parecido, tanto más edificante para nosotros cuanto que puede servirnos de ejemplo por sernos el protagonista más querido y cercano. Se hallaba el reverendo Padre Colin, Superior General, en una de nuestras casas de noviciado. Su hábito necesitaba un remiendo, por lo que fue a buscar al Hermano sastre y le pidió aguja, dedal, hilo y unos cuantos retazos. El Hermano, que vio de qué se trataba, se ofreció para arreglárselo él mismo e insistió ante el buen Padre para que le concediera ese favor. “No -dijo-, basta que me

---

<sup>869</sup>Sin embargo, hay que tener en cuenta que para encargarse de la ropa, se encontraba en el Hermitage Gabriela Fayasson, hermana de dos Hermanos Maristas, y algo más tarde una comunidad de Hermanas de la Sagrada Familia (6 en el censo de 1841). En el libro de contabilidad de la casa del Hermitage de 1826-1842 quedan consignadas, en plazos fijos, las cantidades destinadas a las “mujeres que lavan la ropa”.

dé lo que he pedido; lo demás corre de mi cuenta, pues estoy acostumbrado a estas tareas.” Fueron inútiles los ruegos del Hermano y no tuvo más remedio que desistir. El venerado Padre se encerró en su cuarto y remendó él mismo sus vestidos, que estaban muy raídos.

Más de una vez hizo lo mismo el Padre Champagnat en situaciones parecidas. Ante tales ejemplos, ¿qué Hermano considerará humillante remendar sus prendas y cuidar del propio vestuario? Quienes posean realmente el espíritu de su estado se considerarán obligados a seguir las huellas de estos hombres admirables, que son nuestros padres y modelos.

El amor que nuestro piadoso Fundador tenía a la pobreza le hacía tomar las mayores precauciones para mantenerla entre los Hermanos. Así se explican las sabias reglas que nos ha dejado sobre este punto y en cuya observancia se empeñó toda su vida. Cada año, en el retiro, se cercioraba personalmente de que ningún Hermano poseía nada en propiedad, y mandaba que le entregasen todos las chucherías que habían ido acumulando sin permiso, y todo aquello que no era de clara utilidad o que por su calidad desdecía del espíritu de la Regla, como tabaqueras, libros lujosamente encuadernados, carteras y navajas de elevado precio, libros de ciencia, instrumentos de dibujo<sup>870</sup>, etc. No era menos riguroso a la hora de corregir los abusos que hubieran podido infiltrarse en las comunidades. En cuanto se enteraba de que los Hermanos de una casa se habían desviado del espíritu de sencillez y pobreza, aunque fuera circunstancialmente o en asuntos de poca importancia, se daba prisa en poner remedio; y no temía, si era necesario, emprender para ello largas caminatas.

Alguien le dijo cierto día que, con motivo de una reunión de Hermanos, iba a darse en una escuela una comida algo extraordinaria, donde podían comprometerse las reglas de la sencillez religiosa. Allá se fue el mismo día de la reunión; y, después de haber reprendido seriamente al Hermano Director y haberle ordenado que sirviera una comida acorde con la Regla, se sentó a la mesa con los Hermanos, como si tal cosa. Incluso se mostró bondadoso y trató de alegrar a todos.

En otra ocasión, le dijeron que un Hermano Director había comprado un hermoso juego de vajilla. Hizo expresamente la visita a esa escuela para ver qué había de cierto. Cuando llegó, fue directamente al aparador donde sabía que guardaban la vajilla y al ver sólo piezas totalmente corrientes y sencillas, dijo al Hermano Director:

-¿De modo que ésta es toda la vajilla que tienen?

-Sí, Padre -le respondió.

-Me alegro de que se hayan equivocado. Me habían dicho que su vajilla no era conforme con el espíritu de pobreza y sencillez que conviene a los Hermanos. Ahora ya sé qué debo contestar a quienes les han censurado. Pero esos rumores, por falsos que sean, deben hacerle comprender que usted, uno de los más antiguos, debe dar ejemplo, pues todo lo que hace tiene mucha repercusión; según se porte, puede hacer mucho bien o mucho daño.”

Una persona que se hallaba en un apuro económico, vino a ofrecer un pantalón de seda a un Hermano Director. Tanto insistió para que se lo comprase, que el pobre Hermano cayó en la

---

<sup>870</sup>No está permitido llevar objetos de una escuela a otra. Esta prohibición abarca también a los libros de texto e instrumentos de geometría y dibujos” (*Regla de 1837*, cap. IX, art. 4, pág. 60). En la continuación del “Apéndice a la Regla”, del año 1841, el Hermano Francisco añade: “Los Hermanos deben renovar anualmente el permiso para usar personalmente objetos que no son de uso corriente, como estuche de matemáticas, gafas, relicarios, etc.” (CSGI, página 64).

tentación, y le pagó cinco francos por una prenda que valía mucho más. Durante el retiro, el Padre Champagnat, que se enteró de esta adquisición contraria a la Regla, mandó llamar al Hermano, y, después de haberle dado una seria amonestación, le prohibió usar el pantalón. Trataba el Hermano de disculparse por la desproporción entre la dureza de la reprensión y lo módico del precio. El Padre le replicó:

“Amigo mío, le voy a demostrar que usted mismo se dio cuenta de que su proceder no fue correcto, y que obró contra su conciencia. Dígame: ¿ha traído el pantalón? ¿Ha consignado la compra en el libro de contabilidad?” Al verse obligado el Hermano a negar ambos extremos, el Padre añadió: “Ahí tiene dos pruebas de que se dio cuenta de que obraba mal. Nunca ocultaría usted gastos conformes a la Regla. Un buen religioso jamás se permite comprar algo que no pueda consignar en el libro de cuentas o que, de consignarlo, merecería la desaprobación de los Superiores.”

Así quedó el asunto. Pero poco después del comienzo de las clases, y en cuanto el buen Padre estuvo algo más libre, visitó la escuela donde ocurrió el hecho, y apenas llegó, quiso ver el ajuar. “Abra el armario”, dijo al Hermano Director. No tardó en encontrar lo que buscaba. Tomó el pantalón de seda y, manteniéndolo retirado, como si tuviera miedo de contagiarse, le dijo: “Venga conmigo.” Fueron a la cocina, y lo echó a la lumbre diciendo por dos veces: “Sólo vale para el fuego.” Luego añadió muy serio: “¡Ojalá no vuelvan a entrar cosas como ésta en nuestras casas! Un Hermanito de María no debe tocar la seda, ni tener nada lujoso en su comunidad.”

No sólo quería que resplandeciera la pobreza en la persona de los Hermanos; también la deseaba en los objetos de su uso, como vivienda, muebles y ajuar. Según él, la limpieza y sencillez deben ser el único adorno de una casa religiosa. Partiendo de este principio, no admitía tapicerías, ni cuadros de valor, ni objetos exclusivamente decorativos.

Llegó un día a una comunidad cuyas habitaciones se hallaban tapizadas<sup>871</sup>. Sin rodeos expresó su disgusto y desacuerdo. Sabemos, le advirtieron, que en nuestra congregación no hay costumbre de tapizar las habitaciones, pero nos ofrecieron esta casa tal como la ve, y no nos ha parecido conveniente cambiarlas. “Si esta casa fuera mía -repuso el Padre Champagnat-, antes de la noche mandaría enlucir todas la paredes.”

En resumen, nuestro piadoso Fundador consideraba la pobreza como algo necesario al fin del Instituto.

“Amigos míos -recordaba con frecuencia-, no olvidemos el fin que nos hemos propuesto al fundar la congregación: llevar la instrucción cristiana a las parroquias pobres; para ello hemos de conformarnos con honorarios muy módicos. Ahora bien, si nos alejamos del espíritu de pobreza; si queremos vivir como ricos y disfrutar de todas las comodidades de la vida, no nos llegará el sueldo y tendremos que subir las cuotas; entonces la mayor parte de los municipios no podrán pagarnos por falta de presupuesto, con lo que estaremos de sobra. Por nuestra profesión religiosa, y por el fin que nos hemos propuesto, estamos, pues, obligados a practicar la pobreza, conformándonos con lo estrictamente necesario, evitando con sumo cuidado no sólo el lujo y lo superfluo, sino también cuanto suponga comodidad y mundanidad o cuanto pueda herir la sencillez y modestia del Instituto.”

<sup>871</sup>Probablemente se trata del castillo Vauban (AA, pág. 299).

Como ya hemos advertido repetidas veces, el Padre Champagnat siempre ratificaba sus instrucciones con el ejemplo, y no pedía nada a los Hermanos sin haberlo practicado antes. Así, por espíritu de pobreza hacía casi todos los viajes a pie, y cuando se veía obligado a tomar un transporte público, se conformaba con el más económico.

Durante su estancia en París, sus numerosas correrías lo dejaban agotado. Un amigo sacerdote le dio a entender que le sería fácil tomar autobuses que, por muy poco precio, lo llevarían a los distintos lugares adonde le reclamaban sus asuntos. “Ya sé que no sería difícil encontrar autobuses -repuso el Padre-; los hay por todas partes; pero no nos hemos hecho religiosos par hacernos llevar como los señores. Si no nos costara nada el voto de pobreza, no tendríamos mérito alguno. Es verdad que los coches no son caros; sin embargo, muchos pocos hacen un mucho. En una comunidad numerosa, si cada uno busca sus propios caprichos, con la disculpa de que son minucias, al final del año, con la suma de todos esos gastillos, podríamos recibir varios postulantes.”<sup>872</sup>

Un Hermano a quien reprendía por haber hecho algunos gastos inútiles, se disculpó diciendo que se trataba de poca cosa. “No llame poca cosa -repuso el Padre- a lo que le permite cumplir el voto de pobreza y mantenerle en el espíritu de su estado. Con un razonamiento y actitud semejantes nada costaría el voto de pobreza. Ahora bien, si los votos no le cuestan diariamente algún sacrificio, puede estar seguro de que no los cumple; tendrá que presentar a Dios una promesa que no ha cumplido. Imaginarse que uno cumple con su deber porque no quebranta gravemente los votos es forjarse ilusiones. Una cosa es no infringir los votos y otra muy distinta observarlos como buena religiosa. En efecto, para no quebrantar el voto de pobreza basta con abstenerse de todo acto de propiedad prohibido por la Regla, como comprar, vender, dar, prestar o poseer algo como propio; pero para llevar la práctica del voto hasta sus últimas consecuencias, para tener el mérito de la pobreza, es preciso, además, obrar y vivir en conformidad con el espíritu del propio estado, es decir, contentarse con lo que la Regla permite en cuanto a alimentación, vestido y demás necesidades personales. En resumidas cuentas: un Hermano que vive conforme a la Regla, vive conforme a los votos; y en la medida en que se aparta de la Regla, vive conforme a los votos; y en la medida en que se aparta de la Regla, se aleja de la perfección de los votos.”

Nuestro piadoso Fundador consideraba la vida de comunidad y la pobreza como algo fundamental, y no consentía que ningún Hermano, profeso o novicio, se apropiase absolutamente nada.

Pensaba que la Regla era igual para todos, y que los candidatos, en cuanto entraban a formar parte de la comunidad, debían abandonar las costumbres contrarias a los usos del Instituto y no conservar dinero ni objeto alguno prohibido por la Regla.

Un día encontró el Hermano Administrador en la mesa de un Hermano joven unos libros tomados sin permiso de la capilla u otro lugar, junto con cuatro o cinco francos que guardaba sin que nadie lo supiera, en contra de lo establecido en la Regla. Llevó ambas cosas al Padre Champagnat, que se sintió muy disgustado por esta conducta. Mandó llamar inmediatamente al interesado, y después de una severa reprensión, lo despidió en el acto, añadiendo que no estaba hecho para la vida religiosa, ya que se portaba de ese modo. Y lo despidió de la casa, aunque eran las cuatro de la tarde y nevaba copiosamente.

<sup>872</sup>Compárese con LPC I, doc. 174, pág. 351, líneas 37-39.

Terminemos con un ejemplo más consolador y que nos muestra hasta qué punto llevó nuestro piadoso Fundador su amor a la pobreza.

Dos o tres días antes de su muerte vino a verlo el señor Janvier, párroco de Saint-Julien-en-Jarrêt, íntimo amigo suyo, quien después de un rato de charla, le pidió, como prenda del afecto y santa amistad que los había unido durante la vida, el crucifijo de madera que tenía encima del reclinatorio. “Con gusto se lo daría -le respondió el padre Champagnat-, pero tengo voto de pobreza y nada me pertenece ni de nada puedo disponer. Le prometo que pediré permiso al Padre Superior General para hacerle ese pequeño regalo, y espero que me lo conceda.”

Lo pidió y, efectivamente, lo consiguió. El pequeño crucifijo fue entregado al señor Janvier.

Dichosos los Hermanitos de María si, dóciles a las instrucciones y ejemplos de su venerado Padre, y fieles en seguir sus ejemplos, conservan siempre el espíritu de pobreza y sencillez que les ha dejado como precioso patrimonio.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO X**

*Desasimiento de la familia y desapego de las criaturas*

Al consagrarse a Dios, el Padre Champagnat sacrificó cuanto tenía en el mundo, para amarle y dedicarse única y exclusivamente a él. En adelante, pues, ya no se ocupó de las cosas terrenas, ni siquiera de sus parientes.

Aunque siendo seminarista pasaba las vacaciones con los suyos, se mantuvo al margen de sus asuntos materiales y se limitó a darles buen ejemplo, instruirlos y guiarlos hacia Dios.

Ya ordenado de sacerdote y en el ejercicio de su santo ministerio, sólo los veía ocasionalmente y cuando tenía que visitar a los Hermanos de la escuela de Marlihes.

Su intención al abrazar el estado eclesiástico fue servir a la Iglesia y trabajar por la salvación de las almas, y no el ser útil a su familia. Por eso, aunque sus hermanos se hallaran en dificultades, nunca recibieron de él ayuda económica alguna; ni siquiera consentía que le distrajeran con sus asuntos temporales.

Pese a ello, uno de sus hermanos, que se hallaba en apuros, vino a verlo y le apremió tanto para que le prestara cierta cantidad de dinero, que el Padre, de corazón bondadosísimo y en extremo sensible, se dejó ablandar y le entregó la cantidad deseada. Pero apenas se había ido, se

arrepintió de haberse dejado llevar del sentimiento familiar y, temiendo que esa debilidad pudiera servir de precedente a los Hermanos del Instituto, envió tras él a uno de la comunidad para reclamar la cantidad que acababa de prestarle, con la orden de no regresar sin ella. El buen Padre no quedó tranquilo hasta ver el dinero sobre la mesa de su despacho<sup>873</sup>.

El desasimiento de la familia y el desapego de los bienes terrenos es la primera disposición que Dios infunde en el corazón de quienes llama a la vida religiosa; pues el desprendimiento es la base de la perfección evangélica<sup>874</sup>. *Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, luego ven, y sígueme*<sup>875</sup>. *Si alguno viene a mí y no me prefiere a su padre y a su madre, y hasta a su propia vida, no puede ser discípulo mío*<sup>876</sup>.

Quien abraza la vida religiosa con auténtica vocación, trae siempre consigo esta disposición; desasido de sus parientes y de los bienes que deja en el mundo, sólo anhela entregarse totalmente a Dios. Tan convencido estaba el buen Padre de esta realidad que no dudaba en asegurar que normalmente se puede calificar la vocación de un joven por esta actitud. Por eso no confiaba en la perseverancia de aquellos que tenían apego excesivo a su familia o a lo que habían dejado en el mundo. “Para perseverar en la vida religiosa -decía-, hay que entrar en ella con cuerpo y alma, y no conformarse con entrar con un solo pie, como hacen quienes vienen sólo para ver, para probar, o que sienten pagar la pensión del noviciado.”

Un joven, que llevaba cierto tiempo con la idea de ingresar en el noviciado, por fin, después de muchas vacilaciones, se decidió y entregó la pensión completa del primer año de noviciado. Refiriéndose a él, dijo el Padre a uno de los Hermanos: “Ha venido con buena señal de vocación; desde ahora cuento con él.” Y al preguntarle el Hermano cuál era esa señal de vocación, le respondió: “Los trescientos francos que me ha entregado. Ese joven se los ha ganado; si no estuviera desasido de los bienes terrenos y decidido a perseverar, a pesar de las dificultades que espera encontrar en la vida religiosa, no haría el sacrificio de entregarlos.”

“Si se quiere ser feliz en comunidad -repetía con frecuencia el piadoso Fundador-, no se puede ingresar y vivir como criado, sino como hijo de la casa. La Sagrada Escritura nos enseña que *el hombre abandona a su padre y a su madre, para unirse a su mujer*.

Del mismo modo, el religioso, si quiere hallarse a gusto en su santo estado, si quiere disfrutar de los consuelos de la vida religiosa, debe abandonar padre y madre, hermanos, hermanas y cuanto tiene en el mundo, para unirse a los Superiores, a los Hermanos, al Instituto, que constituyen su familia. Por eso, quien no se entrega totalmente a su comunidad; quien no se esfuerza por adquirir los sentimientos de un hijo bien nacido, no es un religioso, sino un criado.

Ahora bien, ¿queréis saber qué diferencia hay entre el Hermano criado y el auténtico hijo del Instituto?

<sup>873</sup> Dice el Hermano Avit: “Fue a Juan Bartolomé a quien el piadoso Fundador prestó 500 francos, e inmediatamente envió al Rosey a Felipe Arnaud para reclamarlos” (AA, pág. 17).

<sup>874</sup> “El mayor obstáculo a la vocación de los religiosos son sus parientes... Los maestros de la vida espiritual eshortan a quienes quieren alcanzar la perfección, a que dejen a sus parientes y no se inmiscuyan en sus negocios” (A.M. DE LIGORIO, *La religiosa santificada*, vol. 8, cap. X (1), pág. 252). De santa Teresa, citada en el mismo capítulo: “¿Cómo puede usted, que ha dejado el mundo para alcanzar la santidad, desear que vengan a visitarla con tanta frecuencia?” (Id., pág. 255). Cfr. Santo Tomás, 2-2, q. 189, 10 ad 2.

<sup>875</sup> Mt 19, 21.

<sup>876</sup> Lc 14, 26.



El Hermano *criado* considera al Superior como a un amo, un guardia que lo vigila. Por eso lo teme, lo rehúye y esquiva su presencia, le oculta su conducta y con mayor motivo sus defectos, desconfía de él e imagina que el Superior lo maltrata, le tiene ojeriza, que lo fastidia y reprende sin motivo.

El Hermano *criado* considera a los demás Hermanos como extraños; por eso los trata sin caridad, delicadeza, cortesía, ni miramientos. Exclusivamente centrado en sí mismo y en sus intereses, se reserva siempre lo mejor, lo menos duro, sin preocuparse de si los demás sufren o se hallan agobiados o necesitados.

El Hermano *criado* le tiene sin cuidado el bien de la comunidad, le importa muy poco su prosperidad o su ruina; por eso cumple su empleo por compromiso; no tiene interés ni abnegación por el bien común; es derrochador, le da igual que se echen a perder las cosas, y deja deteriorarse el ajuar y los enseres que se le han confiado por no tomarse la molestia de tratarlos con cuidado.

El religioso que es *hijo de la casa* obra de modo totalmente distinto. Considera al Superior como padre; tiene fe ciega en sus palabras y se fía totalmente de él. Convencido de que el Superior sólo desea y buscaba su bien, recibe sus advertencias y reprensiones como pruebas de afecto y señal de amistad sincera.

Lejos de ocultar y disimular los propios defectos, es el primero en dárselos a conocer; no queda satisfecho hasta que el Superior conoce las circunstancias de su proceder y sus penas interiores.

El religioso que es *hijo de la casa* mira a los miembros del Instituto como a hermanos; por eso se afana en ayudarlos, aliviarlos y prestarles servicio; en todo los apoya, los sostiene, los defiende y disculpa y oculta sus defectos.

El religioso que es *hijo de la casa* a nada quiere tanto después de Dios como a su Instituto, ni desea tanto como verlo prosperar, es decir, desarrollarse, mantener su espíritu, alcanzar su finalidad, preocupado como está de la gloria de Dios y la salvación de las mas. Sintiendo, con razón, corresponsable del Instituto, se esfuerza en dar siempre y en todas partes ejemplo de regularidad, piedad, docilidad, buen espíritu y entrega. No teme el trabajo ni la fatiga con tal de conseguir el éxito de las escuelas y la buena administración de las temporalidades. No retrocede ante ningún sacrificio cuando se trata del bien común, de la ejemplaridad, de la utilidad de los Hermanos o del servicio al Instituto.

Sólo el religioso que tiene sentimientos y espíritu de familia encuentra en la vida religiosa el céntuplo de bienes y la satisfacción prometidos por Jesucristo<sup>877</sup>. Como sólo vive para su Instituto, se desvive por el bien de sus Hermanos y no deja ocasión alguna de serles útil y agradarles. Ellos le corresponden y le devuelven centuplicado lo que les da: lo estiman, se sacrifican por él, le están agradecidos y tiene tantos servidores, o más bien, tantos Hermanos y amigos como miembros el Instituto.

En cuanto al Hermano *criado*, no sólo no recibe el céntuplo, sino que ni siquiera halla en la vida religiosa satisfacción y gusto alguno. Como no ama realmente a ninguno de sus Hermanos y vive como un egoísta, no cuenta con la simpatía de nadie: lo soportan, tratan de no ofenderlo porque así lo exige la caridad cristiana, pero tampoco recibe las atenciones y delicadezas que niega a

---

<sup>877</sup> Mt 19, 29.

los demás, ni los sentimientos de una amistad que no comprende y para los que no está hecho su corazón. Por eso no dudo en afirmar que no hay hombre más desgraciado que el religioso sin espíritu de familia, es decir, el que no se ha entregado al Instituto, que reserva su afecto para los de fuera y vive en comunidad como un extraño, como quien tiene su corazón y su tesoro en otra parte.”

“El desasimiento de la familia -decía en otra charla- es algo tan indispensable a un religioso que, si llega a perder este valor, abre su corazón al amor humano, y pierde con ello el espíritu religioso y el amor a su vocación. Siempre he observado que quienes están excesivamente apegados a sus parientes lo están demasiado poco a su vocación; que quien se ocupa mucho de sus familiares, se preocupa muy poco de sus perfección e incluso de su salvación. Muchos religiosos se han perdido por una falsa compasión para con sus padres. Algunos, después de haber apostatado<sup>878</sup> con la disculpa de atenderlos, sólo han contribuido a arruinarlos por sus despilfarros y amargarles la vejez por su conducta desordenada.”

“Uno de los lazos más peligrosos del demonio es inducir a un religioso a ocuparse de los asuntos temporales de sus deudos, o, por falsa compasión, a exagerar sus necesidades y creerse obligado a ayudarlos por métodos no conformes con la vida religiosa. El enemigo de la salvación llega incluso hasta hacer creer a algunos que pueden abandonar su vocación para atenderlos. Es evidente que un hijo está obligado a atender a sus padres cuando se hallan en extrema necesidad, pero son casos excepcionales los de aquellos religiosos obligados a abandonar su vocación para cumplir esta obligación. Efectivamente, para que se dé ese caso, en opinión unánime de los teólogos<sup>879</sup>, se requiere:

- 1.º Que la necesidad de los padres sea extrema.
- 2.º Que no se halle otro medio de atenderlos.
- 3.º Que el religioso, que abandona su vocación, esté seguro de poder serles útil.
- 4.º Que para ello no siga su propia inclinación, su voluntad -y no sea él el juez de la situación de sus padres ni de los medios de ayudarles-, sino que se guíe por el parecer del Superior, que es el único que tiene derecho a decidir lo que el religioso debe hacer y cómo ha de ayudar a sus padres.<sup>880</sup>
- 5.º Que regrese a la vida religiosa en cuanto se haya remediado, por fallecimiento o por cualquier otro motivo<sup>881</sup>, el problema de sus padres.”

Un Hermano pedía autorización para retirarse con la disculpa de atender a su madre viuda y sin más hijos que él. Inútilmente le advirtió el Padre que se trataba de una tentación del demonio, que, envidioso de su forma de vida, quería precipitarlo en el mundo, donde, debido a su debilidad e inclinaciones, naufragaría tristemente su virtud; y además que en vez de ser útil a su

<sup>878</sup> Según el Hermano Juan Bautista, “apostatarse de la vocación es dejarla cuando ya no es propiamente un consejo, sino un precepto, es decir, después de la profesión” (ALS, cap. III, pág. 37) (CM III, cap. 3, pág. 41)

<sup>879</sup> Santo Tomás 2-2, q. 101, a. 4. q. 189, 6 ad 1.

<sup>880</sup> Citando a san Jerónimo: “¡Cuántos religiosos se han perdido por haberse compadecido de sus padres!” (*La religiosa santificada*, vol. 8, cap. X (7), pág. 258). “Como sucede con demasiada frecuencia que algunos religiosos dejan la vida religiosa para ir, dicen, a atender a sus padres en el mundo, es conveniente señalar que normalmente no es éste el motivo que los impulsa y les hace infieles a su vocación” (PPC, parte segunda, tratado V, cap. 7).

<sup>881</sup> El Padre Champagnat se desvivió por los que se hallaban en auténtica necesidad. He aquí dos ejemplos: “Recibe en el Hermitage, en el asilo para ancianos, a los padres del Hermano Ligorio” (AA, pág. 300). “Recibe asimismo en el Hermitage a su propio hermano Juan Pedro y a cuatro de sus hijos que fueron enterrados en nuestro cementerio” (AA, pág. 18).

madre, necesariamente iba a entristecerla y hacerla desgraciada. La previsión del Padre se cumplió. Después de haber salido, el joven ni siquiera se fue a casa de su madre; por el contrario, pasó varias veces por delante de la casa paterna sin entrar, y la pobre madre se enteró de la salida de su hijo por las habladurías que provocó su mala conducta entre la gente.

Otro Hermano, que sentía tentaciones de abandonar la vocación para consolar a su madre en la ancianidad, venía a ver con frecuencia al Padre Champagnat para exponerle su situación y rogarle que le diera permiso para retirarse. Después de animarle varias veces a luchar contra tal tentación, el piadoso Fundador terminó diciéndole: “¿Sabe, Hermano, cómo debe considerar su vocación? ¿Se preguntó alguna vez a quién se la debe? Veo que mis preguntas lo desconciertan, no responde a ellas. Pues bien, como conozco a su familia, voy a decirle lo que pienso. Su vocación, a mi juicio, es el premio a la piedad y virtud de su madre. Dios le ha concedido la gracia de tener un hijo religioso; en su designio misericordioso ha querido que usted fuese motivo de bendición para su familia.

Si abandona la vocación, privará a su buena madre el premio a su virtud, le quitará la gloria de haber entregado a la Iglesia a uno de sus hijos y se convertirá en causa de perdición para su familia. Al ir a cuidar a su madre, no hará un acto de piedad filial, sino de ingratitud para con ella. Ahora vea qué va a hacer; yo no puedo eximirle de la responsabilidad de seguir su vocación: Dios es quien lo ha llamado a la vida religiosa, con él ha hecho sus compromisos y él es quien le va a pedir cuentas.”

El Hermano, conmovido por tales reflexiones, se arrojó a los pies del piadoso Fundador y exclamó: “Tiene razón, Padre. A los buenos ejemplos y a la piedad de mi madre debo mi vocación. He sido infiel a la gracia porque soy cobarde, por temor al esfuerzo, porque he escuchado demasiado la voz de la carne y de la sangre. En lo sucesivo no va a ser así: le prometo no hacer caso de la tentación y trabajar con todas mis fuerzas para llegar a ser un buen religioso.”

Cumplió lo prometido; y en adelante no sólo no titubeó en su vocación, sino que vivió como un religioso fervoroso.

“Un religioso -decía el Padre Champagnat-, cuando se apega demasiado a sus padres y se inmiscuye en sus negocios temporales, no sólo perjudica su vida espiritual, sino que compromete también el interés de su familia; pues a menudo Dios castiga al religioso permitiendo que los asuntos, en los que interviene contrariamente a su vocación, vayan de mal en peor y terminen en fracaso. Un Hermano es mucho más útil a su familia despreocupándose de ella, llevando una vida de piedad y desprendimiento, que tratando de ayudarla a prosperar en el mundo.

San Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, viviendo como santos religiosos, han contribuido más a la prosperidad y grandeza de sus familias<sup>882</sup>, que si hubiesen empleado la vida en preocuparse de sus intereses temporales. La virtud y santidad de ambos es lo que ha dado brillo a su linaje; sin ellos, las familias Kostka y Gonzaga estaría hoy sumidas en el olvido.”

Un Hermano que había empezado dando señales de auténtica vocación y que había sido durante mucho tiempo piadoso y regular, empezó a sentir un vivísimo afecto por sus familiares. Los llamaba a la escuela, de donde era Director, y se preocupaba de todos sus negocios. Estas

---

<sup>882</sup> Cfr. Padre Meschler, S.J., en la vida de san Luis Gonzaga. Traducción del alemán al francés, por Lebréquier. Éd. Lethielleux, París, 1927, págs. 382-385.

primeras faltas fueron seguidas, como suele suceder casi siempre, de otras más graves: les prestó dinero a escondidas e hizo gastos por ellos.

Cuando el Padre Champagnat se enteró de ello, se sintió profundamente afectado. Con suma bondad hizo ver al Hermano lo reprobable de su conducta y la magnitud de su falta por quebrantar el voto de pobreza. Esta corrección fue bastante bien recibida, pero la falsa compasión que este religioso profesaba a sus padres, le hizo reincidir, y en esta ocasión con mayor gravedad. El Padre llamó de nuevo su atención con caritativa suavidad, pero también con enérgica firmeza; y le aseguró que si no se corregía, algo malo le iba a pasar tanto a él como a sus familiares.

Desgraciadamente, así fue. El Hermano, después de una nueva falta, abandonó la vocación y se retiró a casa de su hermano. Poco después, éste, a quien tan desordenadamente había querido, y por el que había sacrificado su conciencia y su vocación, le robó cuanto tenía y lo echó de casa. Unos años después, el religioso apóstata cayó enfermo, hizo testamento en favor de su hermana, y murió después de haber sufrido mucho. Su hermano entabló proceso contra la hermana a causa del testamento por él ambicionado, y llegó a calumniar a su difunto hermano ante los tribunales, presentando testigos falsos, a los que había sobornado. Pero allí le aguardaba la justicia de Dios, que no le dejó tiempo para ver terminado el asunto. Como consecuencia de los esfuerzos y caminatas que tuvo que dar para ganar el pleito, contrajo una pleuresía, que en pocos días lo llevó al sepulcro, sin que pudiera confesarse ni recibir los sacramentos.

Así, este desdichado religioso, por excesivo apego a su familia, quebrantó sus votos, perdió la vocación, vivió y murió en medio de terribles angustias, sembró la desolación en la familia, incitó al robo a su hermano, fracasó en sus negocios, y, lo peor del caso, se puso en grave peligro de perder su alma. De ese modo se cumplió la amenaza del Padre Champagnat: “Si no se corrige, le irá mal a usted y a su familia.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XI**

*Amor a la mortificación*

*Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias<sup>883</sup>. Todo su interés está en domar su cuerpo, someterlo al espíritu<sup>884</sup> y completar en su carne lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo<sup>885</sup>.*

---

<sup>883</sup>Ga 5, 24.

<sup>884</sup>Co 9, 27; Rm 8, 13.

<sup>885</sup>Col 1, 24.

El deseo de los hombres auténticamente mortificados consiste en sustituir en su corazón el amor de las riquezas por el amor a la pobreza; el amor del placer por el amor a la cruz; el amor de las criaturas por el amor a Nuestro Señor. Como san Pablo, cada día mueren a sí mismos<sup>886</sup>, a las inclinaciones de la naturaleza, a la vida de los sentidos<sup>887</sup>, al goce temporal para vivir exclusivamente para Dios y la eternidad.

Así vivió el Padre Champagnat. Su vida fue una continua inmolación a Dios de las facultades del alma y de los sentidos del cuerpo con la espalda de la mortificación. Resultaría demasiado largo describir aquí su vida austera y mortificada. Con todo, para tener una idea, basta recordar lo que hemos descrito en esta historia. Por eso, para lograr lo que nos proponemos, bastará con narrar algunos hechos de los que aún no hemos hablado y dar algunos detalles más de otros a los que no hemos hecho más que aludir.

Exigente consigo mismo por naturaleza, en cuanto a alimento, descanso y todo tipo de alivio, sólo concedía a su cuerpo lo indispensable<sup>888</sup>.

Se había propuesto no tomar nada entre comidas, y lo cumplió toda la vida, incluso cuando se dedicaba a duros trabajos o en los viajes. Se le vio caminar días enteros, con calor asfixiante, y rechazar al regreso cualquier refrigerio, hasta un vaso de agua. Para disimular su mortificación decía que no estaba acostumbrado a tomar nada entre comidas, y que esta clase de alivios servían más para estropear la salud que para aliviar las pequeñas molestias que la sed o el hambre podían ocasionar. “Además -añadía-, el cuerpo se acostumbra a todo y se hace menos exigente cuanto menos se le consiente. Y, al contrario, si se bebe hoy porque se tiene sed, mañana a la misma hora se sentirá la misma necesidad y más acuciante que el día anterior. Y si complaciéramos sistemáticamente a la naturaleza, ¿dónde quedarían la mortificación, el espíritu de sacrificio y la vida cristiana?”

Desde el seminario, se había acostumbrado a mezclar el agua con un poco de vino. Se privó mucho tiempo del vino, por considerarlo enemigo de la castidad. “Nada -decía- excita tanto la concupiscencia y las pasiones como el vino; el que no es capaz de mortificarse y mantenerse sobrio, nunca llegará a ser casto.”

Por mucho tiempo creyó que los Hermanos podrían prescindir del vino. Luego, cuando se vio obligado a consentirlo, prohibió explícitamente beberlo puro, excepto en caso de enfermedad; y determinó que se tomase mezclado con agua a partes iguales.

En las comidas normalmente sólo tomaba dos platos<sup>889</sup>, y nunca consentía que le sirvieran más cuando estaba solo.

Se mostraba tan indiferente respecto a los alimentos que nunca se supo lo que le gustaba o le dejaba de gustar. Lo que sí sabían todos es que prefería siempre lo más común y ordinario. Tomaba lo que le presentaban y nunca se quejó por muy mal preparados que estuvieran los manjares. Si alguna observación hizo al Hermano encargado de la cocina, fue la de poner demasiado esmero en aderezar lo que le servían. Y si consideraba demasiado refinados los manjares que le presentaban, no los probaba.

<sup>886</sup>1 Co 15, 31; 2 Co 5, 15.

<sup>887</sup>Col 2, 2

<sup>888</sup>El Hermano Silvestre dice: “Realmente no acababa de comprender cómo un cuerpo tan grande podía subsistir con tan poco alimento” (MEM, página 127).

<sup>889</sup>“Para almorzar, sopa, dos platos, postre y vino con agua mezclados a partes iguales” (*Regla de 1837*, cap. II, art. 26b, pág. 22). “A las siete, cena, con el mismo régimen que el almuerzo, menos el postre” (*Ibid.*, cap. II, art. 39, pág. 26).

Cuando visitaba a los Hermanos de las escuelas, vivía con ellos y con ellos compartía la comida, pobre y frugal. Sólo en contadas ocasiones iba a comer con los señores párrocos, cuando razonablemente no podía excusarse.

En tales visitas, nunca consentía que los Hermanos pusieran nada extraordinario por su causa, y nada le complacía tanto como atenerse al régimen normal de la comunidad.

Más de una vez amonestó a los Hermanos Directores por apartarse de esta norma, e incluso llegó a mandar retirar platos que se añadían a lo que estaba dispuesto en la Regla.

En una escuela, donde tuvo que permanecer ocho días por causa de una inundación que hizo intransitables los caminos, sólo le sirvieron patatas y requesón, pues la comunidad era muy pobre. Quedó tan contento con aquel sencillo régimen, y tan edificado del espíritu de pobreza de aquellos Hermanos que luego, en repetidas ocasiones, manifestó su satisfacción y gratitud al Hermano Director y exaltó las excelencias del requesón.

En otra casa donde se presentó a la hora del almuerzo, el Hermano Director se disculpaba lamentándose de no tener nada digno que ofrecerle. El buen Padre le dijo con bondad:

-No se preocupe, querido Hermano, comeré con ustedes de lo que tengan.

-Pero, Padre, sólo tenemos ensalada y queso.

-Y patatas, ¿no tienen?

-Sí; pero no están preparadas, y cocerlas llevaría mucho tiempo.

-Vayan a buscarlas; les ayudaré a prepararlas; entre todos terminamos en seguida.

Las trajeron en seguida. Se puso a pelarlas con los demás; y como el Hermano cocinero era nuevo y no se daba mucha maña para prepararlas, tomó la sartén y le enseñó a freírlas.

En otra ocasión llegaba de viaje; como viera al Hermano cocinero que se disponía a prepararle el almuerzo, le dijo:

-Hermano, no se moleste; tráigame, por favor, lo que haya sobrado de la comida.

-Pero, Padre, no ha quedado nada.

-¿Y la carne que estoy viendo en aquel rincón?

-Está pasada, y los Hermanos no han podido comerla.

La toma, la prueba y se extraña de la delicadeza de los Hermanos. Come una parte y manda que le guarden el resto para la cena. Sin embargo, era indudable que aquella carne olía tan mal, que los Hermanos, que no eran excesivamente exigentes, no habían podido comerla. Pero su amor a la mortificación no le permitía andar con refinamiento y no dejaba escapar oportunidad de ofrecer a Dios un sacrificio y mortificar la naturaleza.

Después de todo esto, nadie se extrañará de que haya recomendado con tanta insistencia a los Hermanos la sobriedad y mortificación en el alimento. A su juicio, éste es el abecé de la vida espiritual. Estaba convencido de que:

1.º Quien no sabe refrenar la gula, difícilmente podrá superar los demás vicios y será siempre débil en la práctica de la virtud.

2.º Quien no domina el paladar y es esclavo de la sensualidad, difícilmente podrá ser dueño de sí a la hora de resistir tentaciones más sutiles y peligrosas.

3.º La gula y la ociosidad preceden siempre a la impureza.

Por eso, la gula era la falta que más le costaba perdonar. No consentía que nadie tomara nada entre comidas sin permiso<sup>890</sup>, y reprendía y castigaba en público a los que sorprendía comiendo fruta o cualquier otra cosa.

“¿No sabéis -decía- que Adán se perdió y con él arrastró a todo el género humano por una falta similar? Da la impresión de que tomar una fruta, un bocado de pan o cualquier otra cosilla es una falta insignificante. Sin embargo, es suficiente para satisfacer la naturaleza, halagar la sensualidad, despertar las pasiones, debilitar la gracia y la piedad, y, por consiguiente, exponer el alma a los mayores peligros. Quien no sabe mortificarse en esas circunstancias y sigue las inclinaciones de la naturaleza, se expone a mayores caídas. Quien desee ser fuerte y no flaquear en los grandes combates, debe ser fiel en mortificarse y vencerse en las cosas pequeñas.”

Se sentía profundamente apenado al ver que algunos Hermanos murmuraban o se quejaban de la comida.

“No hemos venido a la vida religiosa -decía- para estar bien tratados y no carecer de nada, sino para mortificarnos y hacer penitencia. Los Hermanos sensuales no tienen de religiosos más que el nombre y el hábito. Siempre he comprobado que quienes se ocupan mucho de su cuerpo, piensan poco en su alma, y que quienes se preocupan demasiado de su salud, sólo a medias se cuidan de su perfección. La experiencia me ha enseñado también que quienes más se quejan del alimento suelen ser personas que en el mundo carecían hasta de lo necesario, y que se hicieron religiosos para asegurarse una vida cómoda. Los religiosos que en casa de sus padres vivían en abundancia, nunca se quejan en comunidad, aunque les falten o no les gusten ciertas cosas, porque han venido a la vida religiosa para llevar vida de privación e inmolarse a Dios por la mortificación. Por eso siempre están satisfechos del trato que reciben y no dejan de aprovechar cuantas ocasiones se les brinda de sufrir.”

El buen Padre consideraba el cuerpo como su mayor enemigo, y no dejaba de castigarlo y hacerlo sufrir. Ya desde que era seminarista lo mortificaba con cilicio y disciplina, y siguió usando tales instrumentos de penitencia el resto de su vida.

Un día llevó a su aposento al joven que había elegido para hacer de él la primera piedra del Instituto, y después de haberle hablado de diversos temas espirituales, sacó de una cajita dos cilicios y una disciplina, y mostrándoselos al joven, le preguntó:

-¿Conoce usted estos instrumentos?

<sup>890</sup>“En lo posible, las comidas se harán siempre en comunidad; no tomen nada fuera del comedor y de las horas señaladas” (*Regla manuscrita*, AFM, doc. 362, 1; cap. II, art. 61).

-No, señor; es la primera vez que veo algo parecido.

-Adivine para qué pueden servir.

-No veo qué se puede hacer con ellos: dígamelo, por favor...

-Hoy, no. De momento es suficiente que los haya visto; pero más adelante le entregaré uno y le enseñaré a usarlo.

Al cabo de unos meses, cuando ya le hubo formado en las prácticas de la vida interior, le dio a conocer el uso de dichos instrumentos y le entregó una disciplina y un cilicio. El fervoroso novicio no se olvidó de ellos, y los utilizó con tal rigor que el Padre Champagnat se vio obligado a moderarlo.

Aunque el piadoso Fundador daba mucha importancia a las penitencias corporales, no quiso imponer ninguna a los Hermanos, salvo el ayuno del sábado. Y no porque pensara que no debían hacerse, sino porque prefirió dejar esta clase de penitencias a la libre elección de cada uno y al prudente criterio de los Superiores. Además comprendía que, para la mayoría de los Hermanos, los sacrificios y las dificultades inherentes a la enseñanza podían servirles de penitencias corporales.

Cada vez que trataba este tema repetía: “Aunque la Regla no prescriba ninguna penitencia corporal, no quiere decir que no debamos hacerlas. El que quiera imitar a Jesucristo y a los santos, no dejará de imponerse algunas; pero en este punto, nadie debe seguir su propio criterio, sino consultar al Superior, que no va a frenar el fervor mientras las penitencias no atenten contra la salud.

Y añadía, en plan de broma: “Unos azotillos de vez en cuando vienen muy bien para algunos, hasta resultan necesarios.”

Pero, a su juicio, la mortificación corporal sirve de poco si no va acompañada de la mortificación interior. Ésta sobre todo es la que practicaba y recomendaba especialmente a los Hermanos. Según pensaba y comentaba, este tipo de mortificación comprende:

*1.º La mortificación de las pasiones;* especialmente el orgullo, el amor propio, el afecto desordenado a las criaturas, el apego a la propia voluntad y la pasión dominante. “Es posible - decía- salvarse y hasta ser excelente religioso sin ayunos rigurosos y sin entregarse a maceraciones corporales; pero es imposible salvarse, y menos aún trabajar en la propia perfección, sin luchar contra las pasiones, sin hacerse continua violencia. Hay quienes pueden tener razones poderosas para dispensarse del ayuno y la disciplina, pero nadie las tiene para refrenar sus inclinaciones desordenadas, corregir sus defectos y educar su carácter. Hay santos que han hecho muy poca penitencia corporal: no consta siquiera que la Santísima Virgen la practicase; sin embargo, todos los santos empezando por la Reina de todos ellos, se han distinguido por la mortificación interior y la guarda de los sentidos, su consecuencia natural. Así pues, cada uno de nosotros debe esforzarse en declarar guerra sin cuartel a la vanidad, al deseo de agradar a los hombres y merecer sus elogios; a las asperezas de carácter que hacen difícil la convivencia y obstaculizan el bien que se debe realizar con los niños; a la curiosidad y a la avidez de estar al tanto de las noticias del mundo.



Cada cual debe hacer todo lo posible por sobrellevar caritativamente los defectos de sus Hermanos y cuanto le resulte molesto en su conducta; llegar incluso a tolerar con paciencia un insulto, una reprensión inmerecida, mantener la caridad para con los que le han criticado, contrariado, perseguido y devolverles bien por mal.”<sup>891</sup>

Sobre este punto, el Padre Champagnat nos ha dejado ejemplos admirables. De uno u otro modo, toda su vida se vio contrariado, criticado, perseguido. Pues bien, nunca se permitió el desahogo natural del amor propio, no ya de quedarse de sus adversarios o perseguidores, sino ni siquiera de intentar justificarse<sup>892</sup>. Es más, llevó su espíritu de abnegación hasta el punto de alabar a las personas que le habían perjudicado y ayudarlos en cuanto pudo.

Un vecino, hombre grosero e irreligioso, lo humilló durante varios años: lo insultó, le escribió cartas injuriosas, lo amenazó con maltratar a los Hermanos, derribó una presa de la huerta... El buen Padre “se vengó” de todo con paciencia y caridad<sup>893</sup>. Rezó e hizo rezar por quien se había declarado enemigo suyo y consiguió por fin ganarlo para Dios. Al morir, aquel hombre dejaba un pleito interpuesto contra otro vecino. El Padre Champagnat se ofreció como mediador e hizo valer tanto su influencia que arregló el asunto a favor de la viuda e hijos del fallecido<sup>894</sup>.

*2.º La mortificación del empleo*, que consiste, según nuestro piadoso Fundador, en mantenerse en total indiferencia sobre cargos y lugares a que nos destinen, en esforzarnos al máximo en desempeñar el empleo que la Providencia nos señale y en aprovechar las ocasiones de mortificación que en él encontraremos. “Esta clase de penitencia -añadía el Padre Champagnat- es tanto más agradable a Dios, cuanto que es siempre conforme a su voluntad, no puede ser desvirtuada por el amor propio, es la más corriente y supone el ejercicio de una serie de virtudes a cuál más excelentes.

Otra ventaja de esta penitencia es que la podemos practicar cada día y en cada momento. Pongamos como ejemplo al Hermano responsable de una clase. En cualquier instante puede ejercitar la abnegación, la caridad, el celo, la paciencia. Debe estar continuamente atento a mantenerse serio y circunspecto para moderar a los niños y darles buen ejemplo; debe hacerse continua violencia para soportar la rudeza y demás defectos de sus educandos, para ponerse al alcance de todos y repetir continuamente lo mismo. ¡Qué cúmulo de méritos para quien sepa aprovechar tantas ocasiones como a diario se presentan de mortificarse y renunciarse!”

En esta clase de mortificaciones, el ejemplo del Padre Champagnat destaca sobre toda ponderación. Nunca llegaremos a comprender el grado de abnegación que necesitó para compartir las privaciones, trabajos y vida austera de los Hermanos; lo que le costó educarlos, instruirlos, corregir sus defectos, formarlos en la virtud, afianzarlos en la vocación, prepararlos para la misión de maestros de la juventud y hacer de ellos auténticos religiosos.

¡Cuánta abnegación, caridad, paciencia y espíritu de mortificación necesitó para compartir su vida con la de aquellos pobres muchachos ignorantes, montañeses de modales toscos, llenos de los defectos propios de quienes no han recibido educación alguna! ¡Convivir, trabajar, recrearse, orar con ellos, constituirse en su servidor, tener con ellos toda la ternura de un padre!

<sup>891</sup>Rm 12, 14-17 y 21; 1 Tm 5, 15; 1 P 3, 9.

<sup>892</sup>El Padre Champagnat, en una situación comprometida, expresa su incondicional docilidad a Su Excelencia (LPC 1, doc. 150, pág. 295).

<sup>893</sup>LPC 1, doc. 18, pág. 60.

<sup>894</sup>El Hermano Avit puntualiza: “La muerte arrebató también a un tal Motiron, vecino molestísimo que había promovido toda clase de dificultades al Padre Champagnat y a los Hermanos... Monteiller, yerno del difunto, no siguió las excentricidades de su suegro” (AA, págs. 202-203).

Es verdad que la mayoría correspondieron a sus desvelos y bondad y le dieron grandes satisfacciones, pero no lo es menos que su educación le costó muchos esfuerzos, solicitud y sacrificios. Y también, que la actitud poco religiosa de algunos otros llenó su corazón de angustia y amargura y le supuso un largo ejercicio de paciencia y mortificación.

Pero su virtud estuvo siempre por encima de todo, y, a pesar de las dificultades y sinsabores de su trabajo, jamás se le vio desanimarse, enojarse, dejarse llevar del mal humor, prorrumpir en críticas o manifestar el mínimo asomo de hastío o descontento.

Si tenía que hacer alguna observación, reprensión o corrección, actuaba siempre con bondad, procurando levantar el ánimo e inducir a la esperanza. Se veía que era un Padre el que hablaba y que sólo pretendía el bien de la persona a la que corregía.

Sin embargo, en alguna ocasión hubo quienes recibieron la corrección de malos modos e incluso llegaron a faltarle al respeto respondiéndole en tono insolente. En tales circunstancias, en vez de hacer valer su autoridad y mostrarse riguroso, optaba por callarse y orar por los ingratos que abusaban de su bondad e indulgencia.

En una ocasión, un Hermano recibió muy mal una reprensión que le estaba dando y hasta se permitió contestarle con insolencia. El Padre lo dejó y fue a arrodillarse ante el Señor Sacramentado, y a pedirle la conversión de aquel Hermano extraviado.

Otra vez, un Hermano se sintió muy molesto por una corrección, que, sin embargo, le había dado con gran suavidad. Unas horas más tarde, la serenidad y a reflexión le hicieron ver su falta y vino a arrojarse a los pies del buen Padre, le pidió perdón y le rogó que olvidara lo sucedido y no le guardara rencor.

“¡Guardarle rencor! -exclamó el Padre-. ¡Amigo mío, Dios me libre! Gracias a Dios, nunca ha destilado mi corazón una gota de hiel ni he guardado el menor asomo de resentimiento<sup>895</sup> ni contra usted ni contra ningún Hermano.” Y al pronunciar estas palabras, lo alza del suelo y lo abraza con ternura. Podríamos multiplicar casos similares.

*3.º Las mortificaciones del propio estado.* Esta clase de mortificación consiste en la exacta observancia de las Reglas. La fidelidad, la exactitud a la Regla inmolaba totalmente a Dios al religioso, por el sacrificio permanentemente actualizado. Es evidente, en efecto, que para ser fiel a los ejercicios de Regla: estudio, silencio, empleo, pobreza, obediencia, humildad, modestia, caridad, y demás virtudes de estado, hay que mortificarse constantemente y hacerse continua violencia. “El que vive así -añadía el Padre Champagnat-, está practicando una mortificación imperceptible a los ojos de los hombres, pero infinitamente valiosa para el cielo muy grata a Nuestro Señor. El que vive de este modo, vive en definitiva, según Dios. ¿Entendéis bien esto? Vive, no según el hombre, la carne, las pasiones, los vaivenes del capricho; no según su propia voluntad o el mundo, y menos aún según Satanás, sino según Dios, según los ejemplos de Jesucristo y de los santos. Una vida así, no hay por qué ocultarlo, es difícil a la naturaleza, y los santos la llaman con razón martirio. Efectivamente, para vivir según Dios, es decir, según la Regla, hay que declarar guerra sin tregua a la carne, a las pasiones, al mundo y al demonio e inmolar a Dios todas las facultades del alma y los sentidos del cuerpo.”

<sup>895</sup>En su Testamento Espiritual dirá: “... si bien no recuerdo haber disgustado a nadie voluntariamente.”

Como siempre, el Padre ratificaba sus instrucciones con el ejemplo. Por eso, era siempre el primero en los ejercicios comunitarios: en la oración y el trabajo, en la observancia de la pobreza, humildad, modestia y demás virtudes religiosas; el primero a la hora de sacrificarse por la gloria de Dios, la santificación de los Hermanos y el bien del Instituto.

Ahora bien, no hay que pensar que esta fidelidad al reglamento le haya resultado fácil. Para él, como para quienes son fieles cumplidores del deber, constituyó una fuente perenne de abnegación y sacrificio.

La siguiente confidencia que hizo a un Hermano lo confirma de modo irrefutable. “Hace más de veinte años que me levanto a las cuatro; sin embargo, aún no he conseguido acostumbrarme; daca día supone para mí un penoso sacrificio. Cuando lo pienso -añadía-, compadezco a nuestros Hermanos jóvenes, a quienes indudablemente esto ha de costarles mucho. Hay cosas a las que uno nunca llega a acostumbrarse: el levantarme es para mí una de ellas.”

Aunque, como confiesa, le costase tanto, nunca dejó de levantarse puntualmente. Y se puede decir de él lo mismo que de san Vicente de Paúl<sup>896</sup>, que la segunda campanada nunca le sorprendió en la misma postura que la primera. Por lo demás, casi siempre se levantaba antes de las cuatro, pues ordinariamente estaba tan ocupado durante todo el día, que se veía obligado a robar al descanso el tiempo necesario para el rezo del breviario o para entregarse al santo ejercicio de la meditación, que era para él una necesidad y un gozo.

Esta puntualidad en levantarse fue una constante de toda su vida. En sus últimos años, pese a encontrarse casi siempre enfermo y aunque le rogaron que descansara un poco más y él mismo admitía que lo necesitaba y le aliviaba, no podía resignarse a seguir acostado y, en cuanto oía la campana, saltaba de la cama.

Alguien le hizo notar que era demasiado austero y que no debía maltratar tanto a la naturaleza. “Si nos hiciéramos caso a nosotros mismos -le respondió-, sobre todo al llegar a cierta edad, pasaríamos la mitad del tiempo pidiendo exenciones y, con el pretexto de estar enfermos, no cumpliríamos la Regla: o lo que es lo mismo, seríamos religiosos sólo de nombre. ¿Es lógico que sacrifiquemos la perfección, el deber y el alma por conservar la salud del cuerpo o ahorrarle algún ligero y corto sufrimiento?”

*Cuando yo era niño -dice san Pablo-, hablaba como un niño, obraba como un niño*<sup>897</sup>. El Padre Champagnat imitó al gran Apóstol en sus etapas de niño y de hombre maduro. Cuando era niño, le costaba muchísimo levantarse por las mañanas. De modo que cuando sus padres venían a despertarlo y le obligaban a dejar la cama, murmuraba para sí: “Cuando sea mayor y no dependa de nadie, me acostaré cuando quiera y dormiré a mis anchas.” Y cuando fue mayor y dueño de sí mismo, pese a su natural inclinación al descanso, le hubiera resultado más penoso, le hubiera costado mayor sacrificio quedarse en cama que levantarse de joven.

Así transforman al hombre la gracia y el espíritu de mortificación. Pero ¡ay!, ¡cuántos religiosos sólo tienen de hombres la estatura y la barba y siguen toda su vida siendo niños en el sentir y en el obrar! Como si hubieran venido a la vida religiosa únicamente para darse buena vida, procurarse todas las comodidades posibles y vivir largos años. Esos individuos -dice santa

<sup>896</sup>“Imaginarse que la campana es la voz de Dios, y, en cuanto se oiga, lanzarse de la cama” (P. COSTE, S. *Vicente de Paúl*, 3, 542. París, 1921). “Sí, señores, nada me parece tan importante como levantarse por la mañana, y las cosas más insignificantes y molestas me parecen insalvables” (*Ibid.*, 12, 93. París, 1929).

<sup>897</sup>1 Co 13, 11.

Teresa- siempre encuentran disculpas para satisfacer a la naturaleza en detrimento de la Regla<sup>898</sup>. Hoy no se levantan o dejan de cumplir cualquier otro punto del reglamento, porque les duele la cabeza; mañana, porque les ha dolido la víspera, y los días sucesivos, por temor a que les vaya a doler.

“¡Desdichados religiosos, añade san José de Calasanz<sup>899</sup>, que prefieren la salud a la santidad!”

4.º *Las mortificaciones que nos manda la Provincia*, como enfermedades y achaques corporales, tentaciones y sequedad, angustias y pruebas de la vida espiritual; el rigor de las estaciones, el frío, calor y cuantas ocasiones de sufrimiento pueden traer consigo las situaciones que se viven, como lugares, ambiente, casas donde se reside, acontecimientos, percances inesperados, o aflicciones de cualquier tipo de variada procedencia. “Esta clase de penitencia -decía el piadoso Fundador- es muy grata a Dios, porque él es quien nos la envía directamente, y, al aceptarla, estamos haciendo al mismo tiempo un acto de conformidad con su santa voluntad.”

Un postulante que pedía su ingreso en el Instituto, preguntaba qué penitencias extraordinarias prescribía la Regla. Ninguna, le respondió el Padre Champagnat. Como vio que quedaba sorprendido y casi escandalizado, el buen Padre añadió: “Aunque la Regla no obligue a llevar cilicio ni darse disciplina, no le faltarán ocasiones de mortificarse, si quiere aprovecharlas. La vida de comunidad, la enseñanza, la fidelidad a la Regla son campo amplio de privaciones y sacrificios para quien esté dispuesto a renunciarse a sí mismo e inmolarse a Dios. Puede ir empezando por éstas. Ejercitarse en todas esas formas de mortificarse le hará llegar a ser un santo religioso. Luego, si es necesario, podremos ir añadiendo algunas más.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
 CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XII**

*Humildad*

San Agustín<sup>900</sup>, cuando habla de la obligación que tiene todo cristiano de practicar la humildad, no teme afirmar que esta virtud es esencial y la más importante de todas. “Si me preguntáis - dice- cuál es lo más necesario en la religión cristiana, os responderé que la humildad; y si cien

---

<sup>898</sup>Para santa Teresa, el cumplimiento de la Regla es una mortificación muy meritoria: “No guardamos unas cosas muy bajas de la Regla -como el silencio, que no nos ha de hacer mal- y no nos ha dolido la cabeza, cuando dejamos de ir al coro -que tampoco nos mata-, y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza para que no podamos hacer ni lo uno ni lo otro” (TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección*, cap. X. 6, pág. 572, en “Obras completas”. Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1977. Cfr. A-M. LIGUORI, *La religieuse sanctifiée*, vol. 8, cap. VII, pág. 148). “Pues, con que procuremos guardar cumplidamente nuestra Regla y Constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos; que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y a lo que estamos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho” (SANTA TERESA, *Camino de Perfección*, cap. IV. 1, pág. 535. “Obras completas”. Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1977).

<sup>899</sup>“¡Ay del religioso que estima más la salud que la santidad!” (TALENTI, *Vie de saint Joseph de Calazance*, Livre VI, cap. 9).

<sup>900</sup>“Ese camino es: primero, la humildad; segundo, la humildad; tercero, la humildad; y cuantas veces me preguntes, otras tantas te diré lo mismo” (SAN AGUSTÍN, *Cartas*, 118, a Dióscoro, 22. BAC 69, 864).

veces me volvéis a preguntar, otras tantas os daría la misma respuesta. Si queréis saber, además, quién me parece el mejor de los hombres, os responderé que el más humilde.”<sup>901</sup>

San Cipriano, en un sermón sobre el nacimiento de Jesucristo, dice: “El primer paso que hay que dar en la práctica de la virtud, el primero que dio nuestro divino Salvador al llegar a este mundo, es humillarse; pues la base de la santidad es indefectiblemente la humildad.”

“El edificio de la perfección<sup>902</sup> -dice nuevamente san Agustín- no puede tener otro cimiento que la humildad, y su profundidad debe estar en relación con la altura del edificio que se quiere levantar.”

Lo mismo nos enseña san Juan Crisóstomo<sup>903</sup> con estas palabras: “Si tus limosnas, oraciones, mortificaciones y demás obras buenas no tienen como base la humildad, es inútil tu esfuerzo: toda tu obra se desmoronará.”

San Gregorio expone la misma doctrina con otras palabras: “Aquel que se afana en acumular muchas virtudes sin humildad, se parece al que recoge polvo y lo arroja al viento: en el acto se dispersa.”<sup>904</sup>

La convicción de estas verdades llevó al Padre Champagnat a sentir especial estima por la humildad; y también a cifrar en esa virtud el carácter distintivo del Instituto.

Desde el momento en que decidió entregarse totalmente a Dios, examinó su vida para conocer sus defectos, y se propuso combatir predominantemente el orgullo, considerándolo, con razón, como el mayor enemigo de la virtud y el mayor obstáculo en el camino de la perfección. Durante muchos años llevó su examen particular sobre este punto y compuso una oración, que rezaba diariamente, para pedir a Nuestro Señor la humildad por intercesión de la Santísima Virgen y sus santos patronos<sup>905</sup>. Eligió el *Libro de oro*<sup>906</sup> y el *Desprecio de sí mismo*<sup>907</sup> para lectura espiritual. Ambas obras eran sus libros de cabecera: los leyó y meditó toda su vida.

Tenía tan bajo concepto de sí mismo que los actos de humildad apenas le costaban nada. Vivía y actuaba entre los Hermanos como el servidor de todos; compartía sus trabajos y se reservaba siempre lo más difícil y desagradable. ¡Cuántas veces lo hemos visto transportado argamasa, sacar estiércol de la cuadra, bajar al pozo negro para limpiarlo! Cuando había que hacer algo difícil, era el primero en prestarse para ello; y estaban tan acostumbrados a verlo actuar así, que ya a casi todos les parecía lo más natural.

Terminaba un retiro en Belley. Los demás Padres le pidieron que les dirigiese unas palabras de edificación. Se resistió cuanto pudo, pretextando ineptitud. Finalmente se vio obligado a ceder a sus instancias y, con gran satisfacción de todos, les habló unos minutos. Extrañado y confuso de

<sup>901</sup>PPC, parte segunda, tratado III, cap. 2.

<sup>902</sup>SAN AGUSTÍN, *Sermón* 69, 2. BAC 53, 538.

<sup>903</sup>SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía sobre san Mateo*, 15, 2. BAC 141, 273

<sup>904</sup>SAN GREGORIO, *Salmo* 3, 3.

<sup>905</sup>OME, doc. 6(3), pág. 38.

<sup>906</sup>El *Libro de oro* o *La práctica de la Humildad* para guiar a la perfección es útil a todos los fieles (Nueva edición, París. Víctor Lecoffre, J. Gabalda, 1917, formato 7,5 cm X 11; 126 páginas). Prólogo: “Este tratadito no es sólo una obra nueva que se ofrece a los fieles; desde hace un siglo se acepta como uno de los mejores tratados sobre la humildad. Cinco o seis ediciones de este librito, publicadas sucesivamente en distintas épocas y casi inmediatamente agotadas, certifican su utilidad.”

(El *Libro de oro* era uno de los que todos los Hermanos debían llevar al retiro. *Regla* de 1837, cap. X, art. 5).

<sup>907</sup>JOSÉ IGNACIO FRANCHI, *Traité de l'Amour du mépris de soi-même*. Lyon, 1803. Al Padre Colin también le gustaba mucho esta obra (cfr. OM 2, doc. 471(2); 550; 726).

la atención que le prestaban, se interrumpe de pronto y se retira, diciendo: “Estoy abusando de su paciencia y haciéndoles perder el tiempo; ustedes saben y practican todo esto mejor que yo.”<sup>908</sup>

En otra ocasión, al volver del retiro con los mismo Padres, algunos de los cuales se disponían a marchar para las misiones extranjeras, tomó sus bolsos de viaje diciéndoles: “Déjenme llevarlos, así al menos participaré un poco del bien que van a realizar.” Y al ver que se resistían, añadió: “Déjenmelos; yo soy un campesino<sup>909</sup> acostumbrado a trabajos pesados.” Y diciendo esto, se los echó al hombro y los llevó largo trecho con gran satisfacción.

Ni el éxito del Instituto, ni el fruto abundante que conseguían sus Hermanos de los que todo el mundo se hacía lenguas, consiguieron alterar la baja consideración que de sí tenía. “La fundación del Instituto y su desarrollo -repetía continuamente- son obra de Dios y no nuestra. Él es quien lo ha hecho todo. A la protección de María debemos tanta bendición y éxito. Por nuestra parte, sólo valemos para estropear la obra de Dios; por eso hemos de orar continuamente para que no deje de favorecer a nuestra comunidad a pesar de nuestros defectos.”

En cierta ocasión en que viajaba con dos o tres Hermanos, un sacerdote que iba en el mismo coche, impresionado por la modestia de los Hermanos, le preguntó de qué clase de religiosos se trataba.

-Son -le respondió el Padre Champagnat- unos Hermanos que se dedican a dar clase a los niños de los pueblos.

-¿Cómo se llaman?

-Se llaman Hermanitos de María.

-Y ¿quién los ha fundado?

-No se sabe a ciencia cierta -respondió un tanto confuso el Padre Champagnat-. Se han reunido unos cuantos jóvenes, se han trazado un reglamento acorde con el objetivo que se habían propuesto, un coadjutor se ha ocupado de ello y Dios ha bendecido y hecho prosperar su comunidad por encima de toda previsión humana.”

Pronunció estas breves palabras con toda sencillez y cambió de conversación.

Alguien le dijo un día:

-Padre, algunos hacen correr el rumor de que al comienzo del Instituto ocurrieron cosas maravillosas<sup>910</sup>.

-Pues ese rumor -repuso el Padre- tiene posiblemente mas fundamento de lo que cree: ¿qué mayor milagro, por ejemplo, que el que Dios se haya servido de personas semejantes para iniciar

<sup>908</sup>“Encargaron al Padre Champagnat que nos diera unos consejos durante un retiro. Después de un rato de charla... se disculpó porque nos hacía perder el tiempo escuchándole” (OME, doc. 155, pág. 362).

<sup>909</sup>El Padre Terraillon quería dejar su bolso de viaje para no atravesar la ciudad con él... “Déjemelo a mí -dijo el Padre Champagnat que ya llevaba otro mayor-, yo soy un campesino y eso no me preocupa.” Y llevó los dos bolsos (OME, doc. 159, pág. 372).

<sup>910</sup>En julio de 1920, el papa Benedicto XV publicaba el decreto de proclamación de la heroicidad de las virtudes del Padre Champagnat. Con este motivo alude “al prodigio de la imagen de la Virgen que apareció, desapareció y volvió finalmente a ser hallada en el lugar que ocupa el edificio del Hermitage” (CSG XIV, pág. 386) (Cfr. OME, doc. 156 (1), pág. 362; AA, págs. 148-149)

esta obra? A mi parecer éste es el prodigio que demuestra claramente que esta comunidad es obra suya. Dios se ha valido de hombres sin virtud, sin talento, desprovistos de toda ayuda humana; ha querido valerse de la misma miseria humana para fundar esta congregación, para que fuesen sólo suyos el honor y la gloria y nadie pudiera dudar de que él lo ha hecho todo entre nosotros.”

Tales sentimientos de humildad fueron una constante en su vida y aumentaron con los años. Esto le hacía exclamar, poco antes de morir, cuando le hablaban del trastorno que su muerte iba a causar al Instituto: “Yo sobro ya en el mundo; más aún, tengo la firme convicción de que soy sólo un estorbo<sup>911</sup> para el bien; la comunidad irá mejor después de mi muerte que durante mi vida.”

Nos queda ahora dar a conocer lo que hizo para infundir esta virtud en los Hermanos y hacérsela amar.

Al fundar el Instituto, el Padre champagnat se propuso un doble objetivo: instruir cristianamente a los niños pobres del campo y honrar a María imitando sus virtudes y extendiendo su devoción. Ahora bien, como la Santísima Virgen se distinguió en la perfección de todas las virtudes, pero de modo especial en la humildad, y, teniendo en cuenta que la tarea de maestro es ya de por sí una ocupación humilde, quiso que la humildad, sencillez y modestia constituyesen el carácter distintivo del nuevo Instituto. Y para que los Hermanos captasen perfectamente su idea, les dio el nombre de *Hermanitos de María*, para que el mismo nombre les recordase continuamente lo que deben ser. Este diminutivo, *Hermanito*<sup>912</sup>, que a algunos les molesta, que es un enigma para quien desconozca el espíritu de la congregación, que a otros les resulta superfluo e inútil, no se les ha dado a los Hermanos porque sí, sin motivo. En el pensamiento del piadoso Fundador<sup>913</sup>, esta palabra debe recordarles que el espíritu de su vocación es de humildad; que deben llevar vida humilde, oculta y desconocida ante el mundo<sup>914</sup>; que la humildad debe ser su virtud predilecta, y que por la práctica diaria de la humildad trabajarán eficazmente en su propia santificación y en la de los niños.

La palabra *Hermanito* es, en cierto modo, el sello y troquel del Instituto; el espejo que refleja constantemente el espíritu del piadoso Fundador y en el que cada Hermano pueda ver lo que debe ser.

Después de haber dado a conocer a los Hermanos, incluso a través del nombre, el espíritu que debe animarlos, se esforzó continuamente en formarlos en la humildad y sencillez. Al recibirlos en el noviciado, la primera lección que les daba era sobre la humildad, exhortándoles a esforzarse en la adquisición de dicha virtud como fundamento de todas las demás. El primer libro que les entregaba era el *Libro de oro o Tratado sobre la humildad*. Todos debían leerlo y meditarlo cuidadosamente, para imbuirse profundamente de los sentimientos y de la virtud que esta obra pretende infundir en la mente y corazón del lector. Por esto mismo, acostumbraba a los postulantes y Hermanos al trabajo manual, los formaba en el cuidado de la casa y quería que la pobreza resplandeciera siempre en los vestidos y alojamiento, pues la pobreza y la humildad deben ser, para el auténtico religioso, dos amigas inseparables.

<sup>911</sup>Cfr. AA, pág. 115.

<sup>912</sup>El diminutivo tenía inicialmente un significado social, que contraponía los Hermanos del ámbito rural a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los (Grandes) Hermanos, que enseñaban en las ciudades (cfr. P. Zind NCF, pág. 86). Pero, incluido en el título de la congregación, conserva todo el contenido que aquí se expone.

<sup>913</sup>El Padre Champagnat rara vez utiliza en sus escritos el diminutivo; ordinariamente habla de Hermanos de María.

<sup>914</sup>Consigna muy empleada por el Padre Colin respecto a los Padres Maristas. (La divisa: AMDG et DGM.)

El defecto que más se esforzaba en eliminar de los postulantes y Hermanos jóvenes, era el orgullo, porque lo consideraba como el enemigo número uno de la humildad, el más opuesto al espíritu del Instituto. Lo desenmascaraba bajo cualquier apariencia lo combatía donde lo descubría. Por eso no cesaba de probar a aquellos en los que notaba vanidad o suficiencia, ya reprendiéndolos públicamente, ya ocupándolos en los empleos más bajos, o retirándoles de la enseñanza cuando comprobaba que la ciencia los engreía, o limitando sus estudios a las materia indispensables.

Un día oyó a un Hermano usar términos demasiado elevados en la catequesis; lo mandó llamar, después de clase, y le dijo: “Me ha causado pena la ridícula presunción que ha mostrado en sus instrucciones. ¿Por qué no utiliza palabras más comprensibles para expresar lo que quiere decir? ¿Qué significan para sus alumnos las palabras *Sión celestial*? ¿No le habrían entendido mejor diciendo, sencillamente, *el cielo o el paraíso*? Si tuviera el espíritu de su estado, si fuera humilde y sencillo, en lugar de dejarse llevar por la vanidad, en vez de emplear frases rebuscadas, hablaría más sencillamente para hacerse entender de los niños más pequeños y atrasados.”

A otro Hermano que, al escribirle, utilizó términos rebuscados, le respondió: “Hermano, no entiendo su carta: venga a explicármela.” Al llegar, le reprendió severamente, terminando con estas palabras: “Los auténticos Hermanitos de María se afanan en imitar a su divina Madre y asimilar su espíritu. Para ello se mantienen sencillos y modestos; y, al hablar o escribir, utilizan las expresiones más corrientes. Al contrario, quienes, como usted, pierden el tiempo en componer frases rebuscadas para hacerse pasar por sabios -cuando en realidad nada saben- no poseen el espíritu de la Santísima Virgen, ni el del Instituto. No vuelva a incurrir en semejante falta, pues la próxima vez le costará algo más que una simple reprensión.” El Hermano prometió no reincidir y cumplió su palabra.

El Padre Champagnat sentía repugnancia de los halagos. Tan conocido era esto de todos que se decía que bastaba con halagarlo para hacerle huir. Una de sus máximas favoritas era que no había que alabar a nadie en vida; y en plan más familiar, que sólo tenía confianza en las reliquias de los santos ya fallecidos. “Las alabanzas -decía- pueden causar a los jóvenes un daño irreparable. Mientras ignoran las propias virtudes y cualidades, las conservan; pero si selas ponderáis con alabanzas, exageradas, se aprovecha el demonio del orgullo para arrebatarnos ese tesoro.”

En una ocasión, visitaba en compañía del Hermano Director al alcalde de cierto municipio. El alcalde hizo los más encendidos elogios del modo de llevar la clase, de la valía y entrega de dicho Hermano. Al salir, el buen Padre dijo al Hermano: “¿Verdad que las alabanzas que me han hecho de usted le han dejado muy satisfecho? Pues todo eso es humo. Mucho me temo que lo aturdan y trastornen. Se lo digo con toda franqueza, porque lo quiero y porque me dio la impresión de que esos elogios lo han halagado. Le advierto que si hace caso de tales fruslerías, está usted perdido.”

El piadoso Fundador no iba descaminado. El Hermano, engreído por su talento y aciertos, perdió la piedad, el espíritu de su estado y acabó por abandonar la vocación.

Para combatir el orgullo y adquirir auténtica humildad, el Padre Champagnat proponía los cuatro medios siguientes:

1.º *Conocerse a sí mismo*. “Cuando el demonio -decía- os sugiere sentimientos de vanidad, y os pone ante los ojos vuestras aptitudes, dad la vuelta a la moneda; considerad vuestros defectos y



el mal que habéis hecho. O bien, bajad al abismo de vuestra nada y ved qué sois ante Dios y qué sois por vosotros mismos. Si sois objetivos, veréis dos cosas: que no hay en vosotros demasiado bien, y aun el poco que hay es obra de Dios; y en segundo lugar, que estáis llenos de vicios, malas inclinaciones y defectos; que no existe crimen por enorme que sea, que no seáis capaces de cometer y al que no os pueda arrastrar vuestra naturaleza corrompida. Y que si no habéis caído en graves desórdenes, se lo debéis a la misericordia de Dios, según la expresión de san Agustín<sup>915</sup>: No hay pecado cometido por un hombre, que otro no sea capaz de cometer, si el que ha creado al hombre le deja de su mano.”

2.º *Meditar a menudo sobre las ventajas de la humildad y los males que acarrea el orgullo.* En cierta ocasión, al aconsejar la lectura del libro que hemos mencionado más arriba, el Padre Champagnat preguntó por qué a este libro se le llamaba *Libro de oro*, y respondió él mismo: “Porque la humildad -de la que el libro trata- es, entre todas las virtudes, como el oro entre los metales. El oro, como sabemos, es el más precioso de los metales; el más raro y codiciado. Cuando se quiere hacer un elogio especial de alguien o de algo, se dice simplemente. “Es oro molido”, que quiere decir que no sólo es bueno, sino buenísimo, perfecto. Lo mismo pasa con el religioso que posee humildad profunda: podemos decir de él que es “oro de ley”, pues todas sus virtudes son auténticas, sólidas y robustas.

La humildad es un bálsamo que conserva las virtudes. El orgullo es un veneno que las corrompe y echa a perder; vicia las acciones y obras buenas, antes de realizarlas, mientras se realizan, y después de terminadas.

En una persona dominada por el orgullo, las mejores acciones pierden su brillo y su mérito y se convierten en barro. El orgullo es como una gotera que cae sobre la viga maestra; pronto la pudre, hace caer la techumbre y con ella todo el edificio.

No sucede con el orgullo como con los demás vicios, que normalmente sólo se oponen a una virtud. El orgullo se opone a todas y a todas la destruye. Resulta imposible la práctica de la virtud a quien se deja dominar por este vicio nefasto. Efectivamente: ser piadoso, tratar a menudo con Dios en la oración, frecuentar los sacramentos con provecho y no ser humilde es imposible. Obedecer, ponerse en manos del Superior, ser indiferente a lugares y empleos y no ser humilde, es algo imposible. Ser caritativo, vivir en paz con los Hermanos, aceptar los propios defectos, ceder cuando la ocasión lo pide y no ser humilde, es algo que nunca veréis. Quitad la humildad, y se vendrán abajo todas las virtudes.

Por algo nos dice Nuestro Señor: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*<sup>916</sup>. Por algo nos ha dado ejemplos tan conmovedores de humildad<sup>917</sup>: sabía que tal virtud nos es absolutamente necesaria, conocía el mal que el orgullo puede causarnos. ¡Es absurdo ver un hombre orgulloso ante un Dios tan profundamente humillado!”

3.º *Esforzarse en practicar la obediencia y la caridad.* Las faltas más corrientes -también las más peligrosas- en que nos hace caer el orgullo son: murmuraciones, réplicas; recibir las órdenes del Superior con frialdad e indiferencia, realizar a regañadientes, con desgana y caprichosamente lo

---

<sup>915</sup>SAN AGUSTÍN, *Sermón* 99, 6.

<sup>916</sup>Mt 11, 29.

<sup>917</sup>“Empieza inmediatamente a enseñar con el ejemplo lo que luego va a enseñar con la palabra, y a decir: Aprended de mí que soy sencillo y humilde (Mt 11, 29)... Os conjuro, pues, con todas mis fuerzas que no consintáis que modelo tan precioso sea inútil ante vuestros ojos: vacíaos en él, y renovaos en el mismo fondo de vuestra alma” (SAN BERNARDO, *Primer sermón del día de Navidad*, 1).

mandado; resistirse incluso a obedecer; vanagloriarse, querer dominar siempre; ser desconsiderado con los Hermanos y sentir antipatía por los que no nos caen bien.

Ahora bien, la obediencia y la caridad nos ayudan a evitar todas esas faltas. Por lo demás, cualquier acto de obediencia o de caridad, es al mismo tiempo actos de humildad. Por lo que -decía el Padre Champagnat: “No hay medio más eficaz de combatir el orgullo que la práctica de esas dos virtudes. Imaginar una casa en la que todos los Hermanos se dejaran guiar como niños, siguieran las orientaciones que reciben, se respetaran y aceptaran mutuamente; en fin, donde todos se quisieran -ya que la caridad lo abarca todo-: nunca se produciría en ella la menor discordia, la unión sería perfecta; esa comunidad parecería un cielo.

Al contrario, allí donde viven individuos orgullosos, la casa se convertirá en un infierno; porque el orgullo engendra insubordinación, altercados, desorden y división entre los Hermanos. ¡Qué abominable es el orgullo! No me extraña que Dios resista al soberbio y que reserve toda su predilección par los humildes.”<sup>918</sup>

4.º *Guardar modestia siempre y en todo.* “Es característica de los orgullosos -añadía el buen Padre- aparentar, exhibir los propios talentos y aptitudes, buscar a fama, la lisonja, la adulación y hacer el bien con ostentación. Lo peculiar de la modestia es ocultarse. Quien posee esta virtud vive en comunidad sin llamar la atención; es sencillo en su porte y modales, en sus palabras y acciones. Si tienen talento, no lo va pregonando, no es autosuficiente, ni jactancioso, ni altanero, ni nada que pueda ofender la modestia. Busca sólo la gloria de Dios, hace el bien sin ruido y no pretende aplausos ni dar que hablar.

Conozco a un Hermano que puede ser modelo para los demás. Excelente religioso, dotado de un talento excepcional y gran cultura, se dedicaba a enseñar a los párvulos. Sin embargo, era el titular de la escuela ante el Ayuntamiento. Él preparaba los modelos de caligrafía y era el secretario de la casa. Pero tenía tal modestia y humildad, que realizó esas tareas durante varios años sin que nadie del público, ni siquiera entre los niños, llegara a sospecharlo. La gente atribuía al Hermano Director el título profesional, los modelos caligráficos y todo lo que llamaba la atención de los niños y estimaban los padres.

Por otra parte, el profesor de párvulos nunca dijo una palabra que pudiera dar a entender la parte que le correspondía en el éxito de la escuela; al contrario, ocultaba tan celosamente sus aptitudes y lo que hacía en pro de la escuela, que en la parroquia llegó a creerse que aquel Hermano no sabía escribir. El buen espíritu, la modestia y humildad de aquel Hermano de María son admirables y están por encima de toda ponderación. De ese modo deben actuar todos los miembros del Instituto. Hombres así son un tesoro para la comunidad y fuente de bendición para las casas que tienen la dicha de contar con ellos.”

Digamos, finalmente, que el Padre Champagnat no se conformaba con que los Hermanos practicasen individualmente la humildad. Quería, además, que consideraran al Instituto como el último y más pequeño de la Iglesia. Él mismo se hallaba tan imbuido de esos sentimientos que a menudo aconsejó a los candidatos que se le presentaban que acudieran a otra congregación, especialmente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. “Allí -les decía- hallaréis todo mejor estructurado y una regularidad perfecta; emplearéis mejor vuestras aptitudes y podréis hacer mayor bien.”

---

<sup>918</sup>Pr 3, 34; Lc 1, 51; 1 P 5, 5; St 4, 6.)

Un día, el señor Douillet, director del seminario menor de La Côte-Saint-André, le presentó a un muchacho e hizo de él grandes elogios. Le preguntó el buen Padre: “¿Por qué no va a los Hermanos de las Escuelas Cristianas? Creo que es la congregación que mejor le conviene; yo, en su lugar, no lo dudaría.”

A menudo recomendaba a los Hermanos que tuvieran sentimientos de profundo aprecio para con los miembros de otras congregaciones y que les prestasen cuantos servicios estuvieran en su mano. “Guardaos -decía- de envidiar a nadie, y menos aún a quienes Dios ha llamado al estado religioso a trabajar, como vosotros, en la instrucción cristiana de la juventud. Sed los primeros en alegraros de sus éxitos y apenaros por sus fracasos. Jamás prestéis oídos a los dichos que pudieran perjudicarlos; y tenedlos en gran estima.”<sup>919</sup>

El piadoso Fundador ajustó siempre su conducta a estos sabios principios. Las autoridades de varios municipios le instaron muchas veces a que les concediera Hermanos para sustituir a los de las Escuelas Cristianas, con el pretexto de que éstos, al no aceptar retribuciones mensuales, resultaban excesivamente onerosos para los Ayuntamientos. Él rechazó siempre con energía tales propuestas, asegurando que jamás se iba a prestar a semejante maniobra. “No estamos - hacía observar a los Hermanos- para reemplazar a los discípulos del venerable señor de La Salle. Nunca seríamos capaces de ello; hemos sido fundados para suplirlos, par hacer lo que ellos no pueden, y por eso vamos a los pueblos pequeños, donde, normalmente, según sus Constituciones, ellos no pueden establecerse. Esos excelentes religiosos son nuestros modelos: nunca podremos hacerlo tan bien como ellos lo hacen; pero, si no somos capaces de alcanzarlos, hemos de esforzarnos por seguirlos de lejos y convencernos de que cuanto más nos acerquemos, mejor lo haremos.”

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XIII**

*Amor a la pureza. Horror sumo que tenía al vicio opuesto y, en general, a todo pecado.*

Una persona tan humilde y mortificada no podía por menos de ser muy casta; pues la pureza es fruto y premio de la humildad y de la mortificación.

Desde su más tierna edad, el Padre Champagnat manifestó grande aprecio por la modestia, y aversión a toda palabra o acción opuesta a dicha virtud. Una persona que lo conoció cuando era niño, atestigua: “Aunque le gustaba mucho jugar con los chicos de su edad, se ponía serio y

---

<sup>919</sup>Cfr. Testamento Espiritual del Padre Champagnat (OME, doc. 153 (4), página 344).

mostraba su disconformidad e, incluso se retiraba, cuando alguno de sus compañeros de juego se permitía ante él la menor cosa contraria a la modestia.”<sup>920</sup>

Su amor a la santa virtud aumentó notablemente durante los estudios, debido a la formación que sobre este punto le dieron en los seminarios menores. Comprendió entonces que la pureza es don de Dios que no podemos alcanzar por nosotros mismos y la pidió con mucha insistencia a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

Era una de las principales intenciones en sus plegarias, comuniones y en las visitas frecuentes que hacía al Santísimo Sacramento.

Pero, convencido como estaba de que su oración iba a ser escuchada en la medida en que emplease los medios prescritos por la religión para guardar perfecta castidad, ejerció continua vigilancia sobre sus sentimientos, pensamientos y acciones para evitar toda tentación y librarse de las insinuaciones del enemigo.

Y dado que la ociosidad<sup>921</sup>, la intemperancia y el orgullo son causas del vicio impuro, les declaró guerra sin cuartel, y puso empeño especial en adquirir las virtudes contrarias. Por el ejercicio asiduo de dichas virtudes, por la oración, el amor a Nuestro Señor y la devoción tierna a la Santísima Virgen, por la vigilancia y la huida de las ocasiones, alcanzó tal grado de pureza que, aun viviendo en cuerpo mortal, se asemejó a los ángeles.

Toda virtud es comunicativa por sí misma. El padre Chamagnat tenía un don particular para inspirar el amor a la pureza, para consolar, aliviar y alentar a los que sufrían tentaciones violentas contra tan hermosa virtud. Bastaba a menudo con abrirle el corazón para sentir que se esfumaban esas penosas y humillantes tentaciones o desaparecían totalmente. Incluso hubo quienes afirmaron que les bastaba tomar la decisión de acudir a él par que al punto se viesen libres de ellas.

Persuadido de que el medio más seguro de conservar sin mancilla la castidad es la huida de las ocasiones, el piadoso Fundador trazó reglas muy prudentes para preservar a sus Hermanos de los lazos del enemigo y evitar cuanto pudiera poner en peligro su virtud.

Quiere, por ejemplo, que vivian separados del mundo; que nunca salgan de casa sin verdadera necesidad; que vayan siempre acompañados en las visitas; que sean breves en la conversación con todos, especialmente con las mujeres<sup>922</sup>, las cuales han de ser atendidas únicamente en el locutorio. Desea, además, que el locutorio<sup>923</sup> permanezca abierto mientras dure la visita.

En sus relaciones con los alumnos, los Hermanos deben ser muy circunspectos y evitar toda familiaridad<sup>924</sup>, manifestación de afecto excesivamente sensible y cuanto pueda chocar con la más estricta modestia o ser causa de tentación. Por eso dispone que se abstengan de tomar a los niños de la mano, acariciarles el rostro, besarlos o darles cualquier muestra de cariño, en sí tal vez indiferente, pero que la malicia del demonio pudiera aprovechar para dar entrada a la tentación.

<sup>920</sup>La palabra “modestia” está tomada en el sentido de pudor, reserva, decoro.

<sup>921</sup>Eclesiástico recomienda: “Haz trabajar al siervo para que no esté ocioso, porque la ociosidad trae muchos males” (Si 33, 28).

<sup>922</sup>Regla de 1837, cap. VIII, art. 4, pág. 55.

<sup>923</sup>Regla de 1837, cap. IX, arts. 9 y 10, pág. 61

<sup>924</sup>Regla de 1837, cap. V, art. 23, pág. 44.

Daba tanta importancia al cumplimiento de estas normas, consideradas, con razón, como la salvaguarda de la castidad, que anualmente las recordaba en el retiro e instaba a los Hermanos a que fueran fieles a ellas. Es más, obligaba a los que conocieran alguna infracción que le informasen inmediatamente.

El Vicario general, señor Cattet, en una visita que hizo al Hermitage, recomendó a los Hermanos que evitasen los castigos aflictivos y que corrigieran a los niños procurando no desanimarlos. Añadió luego que, en determinadas circunstancias, cuando el castigo hubiera hecho llorar a un niño, se le podía dar un beso para consolarlo y ganar su confianza. El Padre Champagnat se le acercó y le indicó que esa prueba de cariño estaba expresamente prohibida en la Regla, y le rogó que rectificase, lo que hizo al punto el señor Vicario general, añadiendo que esa norma era muy prudente.

Aunque el Padre Champagnat era sumamente bondadoso y corregía las faltas de los Hermanos con gran indulgencia, cuando se trataba de las normas que acabamos de exponer, se mostraba riguroso.

Después de haber amonestado varias veces a un Hermano director, que salía solo y recibía frecuentemente mujeres en casa, lo mandó llamar y le dijo: “¿Cómo, a pesar de mis advertencias y sus remordimientos de conciencia, sigue usted quebrantando la Regla en puntos de tanta importancia? ¿Ignora que quien se expone al peligro perecerá en él?<sup>925</sup> ¿Nole he dicho que nadie se burla impunemente de Dios<sup>926</sup>, que él abandona a quienes, con gran escándalo de los Hermanos, introducen tales abusos en las comunidades? Le prevengo que, si no cambia de conducta, atraerá sobre sí los castigos de la justicia divina y no morirá en el Instituto.”

Esta severa y profética amonestación no tardó en cumplirse. El Hermano no se aprovechó debidamente de ella, cayó en una falta grave y abandonó la vocación.

A cierto Hermano, que no se mostraba bastante reservado con los niños, le dijo el buen Padre: “Querido amigo, es más peligroso para el alma permitirse esas libertades, que para el cuerpo jugar con serpientes. Sólo la observancia de la Regla referente a ese punto y la vigilancia sobre sí mismo pueden darle seguridad; nunca faltará a esas reglas sin exponerse a caer más o menos gravemente. Ahora bien, quien ama realmente la pureza, procura huir hasta de la sombra de peligro.”

A otro Hermano, que le pedía permiso para que una señora piadosa, bienhechora de la escuela, pudiera entrar en casa para examinar el mobiliario y encargarse de su reparación y conservación, le respondió: “Creo que el cumplimiento de la Regla que prohíbe el acceso de las mujeres a nuestras casas, es mucho más importante que todo el bien que esa piadosa dama pueda hacer. el Instituto se perderá cuando los intereses temporales se antepongan a la Regla. Además, las personas que quieran favorecernos, se verán tanto más impulsadas a hacerlo cuanto más fieles seamos a Dios y al deber, según aquellas palabras de Nuestro Señor: *Buscad el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.*<sup>927</sup>

Daba una conferencia a los Hermanos sobre este mismo tema. Uno de ellos se levantó y le dijo:

---

<sup>925</sup>Si 3, 27.

<sup>926</sup>Ga 6,7.

<sup>927</sup>Lc 12, 31.

-Perdone, Padre, pero creo que hay situaciones en que no puede impedirse el acceso a la casa a determinadas personas.

-Pues yo no veo en qué situaciones, repuso el Padre, y después de casi veinte años, en esta casa, donde, por cierto, recibimos tantas visitas, aún no se nos ha presentado ninguna.

-Así que, ¿no admite que nadie se desvíe de esa norma?

-No, nunca; a no ser que esa persona venga acompañada por el señor cura párroco o el señor alcalde.

-Pero si fuera una señora de alta alcurnia, ¿cómo le impediría entrar en casa?

-Si se trata de la reina, recíbanla, dijo el Padre con cierta sorna.

Y luego añadió con voz tranquila y firme: Queda prohibida la entrada a las mujeres<sup>928</sup> en nuestras casas; y aquellos que bajo falsos pretextos faltan a esta norma e introducen abusos incurren en gran responsabilidad.”

El amor que el Padre Champagnat profesaba a la pureza y el odio que le inspiraba el vicio opuesto, le hicieron adoptar numerosas precauciones para conservar en los Hermanos esta hermosa virtud. Pero consciente de que la vigilancia más atenta y las normas más prudentes son insuficientes si no van acompañadas de la oración, pedía continuamente a Nuestro Señor, por intercesión de María, que concediera a todos los Hermanos perfecta pureza de alma y cuerpo. Quería, y así lo estableció, que todos los días se elevaran al cielo plegarias especiales en todo el Instituto para alcanzar la virtud de la castidad. A menudo aplicaba la misa votiva de la Santísima Virgen por esta intención. “María -repetía con frecuencia- fue admirable por su pureza. Nosotros, que somos sus hijos y tenemos el honor de llevar su nombre, hemos de amar especialmente esta hermosa y sublime virtud, combatir sin tregua en nosotros mismos y en los niños cuanto pueda mancillarla o hacémosla perder y esforzarnos por sobresalir en su práctica.”

El piadoso Fundador tenía tal horror al vicio impuro, que con sólo oír hablar de él se estremecía de espanto. Una caída ostensible contra la pureza le arrancaba lágrimas; se mostraba terrible e inexorable cuando había contagio, y los corruptores jamás hallaban compasión a sus ojos.

Estando todavía en Lavalla, como el número de novicios era escaso, para contribuir al sostenimiento de la comunidad, se recibían algunos niños internos. Un postulante que se ocupaba del internado, cayó en una falta. El Padre, que por entonces se hallaba ocupado en la construcción de la casa del Hermitage<sup>929</sup>, se enteró el mismo día de aquella falta y quedó desolado. Subió inmediatamente a Lavalla, y al enterarse de que la falta era conocida por varios niños y Hermanos, determinó cortar por lo sano y sofocar el mal de raíz aplicando un castigo terrible al culpable. Convocó en su cuarto a todos los Hermanos y novicios. Cuando se hubieron congregado, les indicó que se pusieran en círculo. Luego, sin advertencia previa, se revistió de sobrepelliz y estola y mandó llamar al culpable. Cuando llegó, le dirigió una mirada fulminante y le dijo: “¡Desdichado! ¡Ya que no has temido crucificar a Jesucristo en tu corazón y profanar sus miembros vivos, tampoco temerás pisotear su imagen!”

---

<sup>928</sup>Regla de 1837, cap. IX, art. 9,

<sup>929</sup>El Hermano Silvestre, relatando este hecho en sus *Memorias*, página 93, dice: “...lo cito porque he conocido al interesado...”

Y poniendo en el suelo un gran crucifijo ante el postulante, le gritó con voz fuerte: “¡Eres un monstruo! ¡Pisa la imagen de tu Dios! El crimen que cometerías pisando este sagrado símbolo de la redención, sería menor que el que cometiste ayer!”

El joven, asustado, llorando, se hincó de rodillas y pidió perdón y misericordia.

“¡Malvado! -repuso el Padre-. ¿Qué te había hecho ese niño para arrebatarte su inocencia? ¡Vete!, ¡no mereces compasión!”

Seguía el novicio solicitando perdón sin levantarse del suelo.

“¡Sal de aquí, monstruo, vete!, gritó el Padre; has profanado esta casa; ¿no vuelvas a poner los pies en ella!”

El culpable estaba tan asustado, tan avergonzado, que no sabía lo que hacía ni daba con la puerta, aunque la tenía abierta ante él. El Padre lo empujó hacia fuera y le dijo al mismo tiempo: “¡Vete, desdichado, y no aparezcas más ante mi vista!”<sup>930</sup>

En cuanto salió el joven, se arrodilló ante la imagen de Jesucristo que se hallaba aún en el suelo y exclamó: *¡Perdón, Jesús mío, por éste y todos los demás crímenes que os han clavado en la cruz! ¡Oh Jesús, por tus sagradas llagas, libranos de tan enorme pecado, y no consientas que esta casa vuelva a ser profanada por el demonio impuro!*

Luego se levantó y, mirando a los Hermanos, les dijo: “Amigos, pidamos a Dios que nos libre de cometer jamás una falta semejante. Pidámosle también que arroje a Satanás de esta casa. Ha entrado en ella, pero lo expulsaremos con la ayuda de María. ¡Traigan agua bendita!”

Entonces, precedido de un Hermano que llevaba el acetre y acompañado del resto de la comunidad, recorrió todas las estancias, asperjando todos los rincones y repitiendo sin cesar con una voz lastimera y conmovida: *Asperges me hyssopo, et mundabor: lavabis me et super nivem dealbabor*<sup>931</sup>. Y concluyó la ceremonia rezando, de rodillas, una fervorosa oración, para pedir la pureza.

No es posible imaginar la impresión que produjo esta escena en el ánimo de los Hermanos. Quedaron tan conmovidos y asustados que todos temblaban y lloraban como si hubieran sido los culpables.

La escena tuvo lugar hacia las cuatro de la tarde. Durante el recreo de la cena, seguía siendo tan fuerte la impresión que nadie se atrevió a hablar y el recreo transcurrió en silencio angustioso.

Unos años después, otro postulante de veinticinco años cometió una falta similar.

El Padre se enteró a las diez de la noche, una hora después de que la comunidad se hubiera acostado. No quiso dejar al culpable en casa hasta el día siguiente. Lo obligó a levantarse y lo despidió en el acto. El joven le suplicaba de rodillas que le consintiera pasar la noche en un rincón de la casa o en la cuadra, porque era demasiado tarde para hallar posada.

<sup>930</sup>En el proceso de la heroicidad de las virtudes, Benedicto XV defiende al Padre Champagnat frente al Promotor de la Fe (“abogado del diablo”) que veía en este pasaje una falta de caridad.

<sup>931</sup>Sal 50, 9.

-¡No, no! -le contestó el Padre-. Mientras se encuentre usted aquí, seguiré temblando por miedo a que la maldición de Dios caiga sobre nosotros.

Y mientras decía estas palabras, le apremió a que saliese y cerró la puerta tras él. Poco después, un Hermano fue a decirle que el postulante se había dejado sus cosas.

“Vaya a recoger su vestuario y arrójelo al otro lado del río. Tenemos que estar totalmente separados de él par que el agua nos impida contagiarnos.”

Prescindiendo de ciertos matices de carácter, de diferencias de lugar y tiempo, en lo esencial todos los santos se parecen; porque el Espíritu de Dios, que los guía y anima, les inspira idéntico modo de pensar y de sentir. Hay una serie de gustos, ciertas inclinaciones, comunes a todos los santos, por las que podríamos reconocerlos.

Estos rasgos son: horror y temor del pecado; espíritu de piedad y amor a la oración; amor a Jesús; celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas obediencia; las pruebas y el amor a la cruz; la humildad.

No existe santo sin estas siete características. Y, ciñéndonos exclusivamente a la primera de ellas, no hay santo que no haya temido el pecado más que la muerte. Los hechos que acabamos de narrar y los que añadiremos a continuación -que leemos en sus vidas- son un reflejo de los ejemplos que nos han dejado los santos.

San Ignacio de Loyola tenía tal horror al pecado que decía: “No me atrevería a pasar la noche y dormir en una casa donde supiera que hay un hombre en pecado mortal, por temor a que el tejado se desplomase y nos aplastara bajo sus escombros.”

“Salgo de este mundo -exclamaba en su lecho de muerte santa Magdalena de Pazzi- sin acabar de comprender un espantoso misterio: cómo puede cometerse tan fácilmente el pecado.”

San Juan Crisóstomo afirmaba que preferiría verse poseído del demonio, antes que cometer un pecado venial.

San Luis, rey de Francia, hubiera preferido tener todas las enfermedades del mundo, antes que cometer un solo pecado mortal.

Santa Dorotea exclamaba: “Prefiero la muerte o que despedacen todos mis miembros, a una herida en mi alma por el pecado más insignificante.”

Una palabra deshonesto, la menor sombra de pecado hacían desmayarse a san Estanislao de Kostka. San Francisco de Asís, san Benito, san Bernardo y otros muchos santos se revolcaban en la nieve o en las zarzas ante el solo pensamiento de cometer un pecado.

Los acontecimientos más adversos, los accidentes y todo cuanto el mundo considera una desgracia, como las aflicciones, contradicciones y pérdida de bienes materiales, no conseguían alterar la paz del alma, ni la alegría y ecuanimidad del Padre Champagnat, como lo hemos visto más arriba. Sólo el pecado le afectaba sensiblemente; lo expresaba en la tristeza de su rostro. Como los santos, sólo temía el pecado. “Ver ofender a Dios y perderse las almas son para mí -



decía- dos cosas insoportables que me parten el corazón.” En tales casos le resultaba imposible contener la emoción, ocultar su dolor y dejar de corregir a quien ofendía a Dios.

En uno de sus viajes se vio obligado, junto con otro sacerdote, a entrar en una posada para comer. Mientras estaban a la mesa, una banda de jóvenes desvergonzados se pusieron a su lado. Y, sin miramiento alguno hacia su condición sacerdotal, se permitieron las conversaciones más obscenas e impías. Al principio, el Padre manifestó su desaprobación y pena poniéndose triste y serio; pero al ver que aquellos jóvenes proseguían, se sintió arrebatado por el celo y no pudo contener su dolor: se levantó de improviso y fulminándolos con su mirada, dio un terrible puñetazo en la mesa y exclamó: “¡Desgraciados! ¡Si no sois capaces de respetaros a vosotros mismos, respetad al menos a los demás! Una de dos: o salís de aquí o calláis.” La pandilla, aterrorizada más por el tono y la expresión de su rostro que por el golpe que acababan de oír, bajó los ojos, se quedó muda y se retiró sin decir palabra.

El pecado, sus consecuencias desdichadas y sus castigos eran los temas más frecuentes en las instrucciones del Padre Champagnat. De este modo consiguió renovar la parroquia de Lavalla y conquistar para Dios a los primeros Hermanos.

Estaba profundamente convencido de la palabra del Espíritu Santo: *El temor del Señor es el principio de la sabiduría*<sup>932</sup>. Por eso, en sus instrucciones y en las entrevistas particulares con los Hermanos, no se cansaba de volver sobre lo mismo. No fue inútil su empeño, pues tuvo la dicha de inculcar tan profundamente este santo temor en sus corazones que fue la base de la alta perfección que alcanzaron. Se ha podido constatar que todos los Hermanos tenían una conciencia delicada: la sombra del pecado y el menor peligro de ofender a Dios ya les asustaban.

Uno de ellos decía: “Me horroriza tanto el pecado mortal, el temor de cometerlo, que su solo nombre me estremece, y siento ganas de huir como de un grave peligro.”

Propusieron al bueno del Hermano Antonio<sup>933</sup>, enfermo en Bourg-Argental, que viniera una señora mayor para que lo atendiese. “No se os ocurra -respondió-; prefiero morir antes que permitir que una mujer entre en casa para atenderme.” Ante la insistencia de los demás, agregó: “Perdéis el tiempo. Os aseguro que, si viene, por muy mal que me encuentre, me levantaré e iré a clase.”

El Padre Champagnat no se conformaba con infundir a los Hermanos aversión al pecado mortal; se esforzaba también por inculcarles horror al pecado venial y a las faltas más ligeras.

Viajando un día con el Hermano Luis, se puso a hablar de temas espirituales, como tenía por costumbre. La conversación recayó en la enormidad y malicia del pecado venial.

“Algunos apenas le dan importancia -decía-, y, sin embargo, después del pecado grave, es el mayor de todos los males. Sí, todas las calamidades que inundan la tierra: guerras, pestes, hambre, enfermedades, dolencias de todo tipo que aquejan a la humanidad, la muerte y el infierno mismo, con su fuego y suplicios eternos, son males menores que un pecado venial. Todos estos males lo son de la criatura, mientras que el más ligero pecado venial es mal de Dios. Todos estos males, excepto el infierno, pueden ser para nosotros, si queremos, medios de salvación y santificación y fuente de méritos y nos pueden proporcionar una gloria inmensa.

<sup>932</sup>Sal 110, 10; Pr 1, 7; 9, 10.

<sup>933</sup>LPC 2, págs. 45-46.

Mientras que el pecado es mal en sí mismo y sólo males puede acarrear. Por lo que hemos de concluir que, si con un solo pecado venial pudiéramos evitar todas las calamidades que acabamos de mencionar, no nos sería lícito cometerlo.”

-¡Cómo, Padre -replicó con viveza el Hermano Luis-, ¿de modo que no sería lícito cometer un solo pecado venial para librar a los hombres de los males que les abruman?

-No, amigo mío, no sería lícito, ni se debería consentir una mentira, cuando, por un imposible, con ella lográramos eliminar de la tierra los males que la inundan<sup>934</sup>. Es más, no sería lícito cometer un solo pecado venial, aunque con él consiguiéramos convertir a todos los pecadores.

-Pues si es así, mejor sería que nos encerrásemos entre cuatro paredes, lejos de toda ocasión de pecado, en vez de vivir en medio de los peligros del mundo para educar a los niños.

-Se equivoca, Hermano; pues la educación de los niños, lejos de ponerle en peligro de ofender a Dios, le ofrece, por el contrario, los medios más adecuados para evitar el pecado y le brinda ocasión de combatirlo y destruirlo no sólo en su persona, sino también en las de los demás.

-Padre, ya que el pecado es un mal tan tremendo, me parece que lo mejor y más seguro es evitarlo uno mismo, y para ello tomar los medios más eficaces, adoptando un modo de vida que nos aisle totalmente del mundo, incluso de los niños; pues nuestra tarea en medio de ellos nos expone a una serie de faltas podríamos evitar ocupándonos exclusivamente de nosotros mismos.

-También en esto se equivoca, querido amigo; pues para evitar un fallo no hay que incurrir en otro mayor, que es lo que ocurriría al no ser fiel a su vocación, pensando sólo en sí mismo egoístamente, y faltar a la caridad que debe al prójimo. ¿Qué diría de una persona que, hallándose en una casa en llamas, se limitase a ponerse a salvo y dejase perecer en el incendio a sus hermanos y amigos, a los que podría haber salvado exponiendo ligeramente su vida? Ante un peligro no basta alejarse y huir si nuestros hermanos siguen amenazados. La caridad exige que los salvemos a ellos también. Además, el principal motivo que debe impulsarnos a huir y detestar el pecado, es que ofende a Dios.

“Ahora bien, el pecado ofende a Dios en todos los hombres; de modo que si sólo lo odiamos en nosotros mismos y no en nuestros hermanos; si sólo tratamos de evitarlo nosotros mismos y no nos esforzamos en hacer que los demás lo eviten, además de demostrar que no amamos a Dios, sólo parcialmente odiamos y detestamos el pecado. Lo rehuimos por los males que nos acarrea en lugar de temerlo, combatirlo y evitarlo porque desagrade a Dios y es la causa de los padecimientos y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.”

Tales eran los sentimientos de nuestro piadoso Fundador acerca de pecado venial. ¡Ojalá los Hermanitos de María se impregnen de ellos y, a ejemplo de su Padre, teman y rehúyan el pecado más que todos los males del mundo!

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

---

<sup>934</sup>Nunca, pues, está permitido decir una mentira para librar a nadie de un peligro (Santo Tomás de Aquino, 2-2, q. 110, a. 3, ad. 4).

## SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XIV***Amor al trabajo*

Dice el Espíritu Santo en el libro de Job: El hombre ha nacido para trabajar, como el pájaro para volar<sup>935</sup>. El hombre está obligado a trabajar no sólo por su misma naturaleza, sino también por voluntad expresa de Dios. Efectivamente, dice la Escritura que, después de haber creado a Adán, Dios lo colocó en el paraíso para que lo guardara y cultivara<sup>936</sup>. Es más, cuando perdió su inocencia, esta ley se vio reforzada por el nuevo mandato que Dios le impuso de comer el pan con el sudor de su frente y cultivar la tierra con el trabajo de sus manos<sup>937</sup>.

Al establecer el trabajo por Regla, nuestro piadoso Fundador no añadió una nueva ley; no hizo más que recordarnos la que Dios, con su autoridad soberana, nos había impuesto. Pero, como siempre, también en esto nuestro buen Padre nos enseña con su ejemplo y es el primero en cumplir lo que nos pide. El trabajo nunca supuso para él una carga, y se sometió gustosamente a él desde la infancia. Ya lo vimos ejercitarse en casa de sus padres con éxito en toda clase de trabajos.

Dotado de inteligencia y habilidad innatas, trabajó con aplicación y entusiasmo, se adiestró al lado de su padre y más aún por propia iniciativa en las profesiones más necesarias para la vida: agricultura, albañilería, carpintería, etc. Esta capacidad para los más variados trabajos iba a ser, andando el tiempo, de gran provecho para la congregación, y le permitiría realizar, con la colaboración de los Hermano, muchas tareas que hubieran ocasionado enormes gastos a la comunidad si las hubiera tenido que encargar a obreros profesionales.

Gracias a estas habilidades pudo construir la casita de La valla<sup>938</sup>, y en gran parte la del Hermitage; y también llevar a cabo las reparaciones, el mobiliario de la casa, el cercado de la finca y su embellecimiento.

Su amor al trabajo, y mucho más aún su humildad, lo impulsaban a trabajar en todo. Lo mismo levantaba un muro con los albañiles, enlucía un tabique con los yeseros, fabricaba un mueble o un entarimado con los carpinteros, que extraía piedra con los canteros<sup>939</sup>. Cultivaba la huerta, roturaba un terreno, acarreaba piedra o abono: valía para todo, nada se le resistía; y en todo sobresalía por su destreza y rendimiento.

Los obreros más acostumbrados estaban de acuerdo en reconocer que era imposible competir con él, y que siempre hacía más trabajo que cualquiera de ellos. Su ejemplo animaba a los pusilánimes; a su lado todos trabajaban y nadie permanecía ocioso ni se negaba a una tarea por penosa o humillante que pareciese.

---

<sup>935</sup> Jb 5, 7.

<sup>936</sup> Gn 2, 15.

<sup>937</sup> Gn 3, 17-19.

<sup>938</sup> Es decir, la ampliación de 1823, que se hacía indispensable por la llegada de ocho postulantes, seguida luego de algunos más (AA, págs. 46-47).

<sup>939</sup> "Canteros", es decir, terraplenadores. El Padre Champagnat conservó toda la vida ese interés por el trabajo manual. Desde París escribe al Hermano Francisco el 4 de enero de 1838: "¿Consiguió por fin Poncet cortar la roca?" (LPC 1, doc. 172, pág. 344). De regreso al Hermitage, a primeros de julio, se puso él mismo a cortar la roca (AA, pág. 241).

Un día hablaba con el grupo de canteros. El jefe, que era un hombre robusto y animoso, con fama de no amilanarse ante ninguna dificultad, le dijo:

-Padre, hemos desistido de arrancar esta roca: la piedra es tan dura<sup>940</sup>, que estábamos perdiendo el tiempo.

El Padre, que estaba empeñado en cortar aquel peñasco, porque rezumaba humedad sobre el edificio y hacía inhabitables las habitaciones afectadas, le contestó bromeando:

-¡Pero hombre!, ¿no tiene usted más agallas? No me extraña que no pueda partir esa peña: sus golpes son tan flojos que no perforarían ni la suela de mis zapatos.

Luego, dirigiéndose a otro, le dice:

-¡Y usted, que no tiene más hígados que una gallina mojada!

Esta ironía, unida a su ejemplo, produjo el efecto deseado. Los obreros, al verlo empuñar el pico y golpear con tal furia la roca que saltaba hecha trizas, toman sus herramientas y se ponen a trabajar de tal forma que al día siguiente aquellas rocas habían desaparecido totalmente.

No hace falta añadir que se ocupaba en el trabajo manual no tanto por gusto como por necesidad, y que era ésta la última de sus ocupaciones. Dedicaba largos ratos al estudio, a la instrucción y formación de los Hermanos, a despachar la correspondencia, a ocuparse de los balances de la administración del Instituto, a visitar las escuelas, a elaborar, estudiar y meditar las Reglas que quería dar a la comunidad, atender a cuantas personas le consultaban sus problemas, recibir en entrevista a Hermanos y postulantes. Éstas eran las ocupaciones que llenaban su jornada, o, mejor, su vida entera. Tanto, que agotaron sus fuerzas, minaron su robusta constitución y lo llevaron prematuramente al sepulcro mucho antes de lo que cabría esperar de haberse moderado en su trabajo o si éste hubiera sido menos agotador.

Pasemos ahora a exponer lo que hizo para inspirar a los Hermanos amor al trabajo y aversión a la ociosidad.

Al margen de la ley común del trabajo, que alcanza a todos los hombres, la vida religiosa es ya por sí una vida de abnegación, penitencia y mortificación y, por tanto, una vida de trabajo y fatiga.

Es lo primero que recordaba el Padre Champagnat a los postulantes cuando los recibía. El amor al trabajo era la disposición primordial que exigía de todos ellos. La primera prueba a que los sometía era el trabajo manual o de otro tipo. Y despedía sin más a quien no salía airoso de ella, al que temía el trabajo o, como solía decir, a los que padecían “la enfermedad de los codos”.

Este modo de proceder es idéntico al de los fundadores de órdenes religiosas antiguas, que consideraban unánimemente el amor al trabajo como condición imprescindible para ser admitido en religión. San Jerónimo, san Benito<sup>941</sup> y Casiano afirman que la pereza era causa de expulsión en todas las comunidades de su tiempo. Las órdenes religiosas que vinieron más tarde, no han

---

<sup>940</sup>Cfr. Hermano Avit, AA, pág. 56.

<sup>941</sup>“La ociosidad es enemiga del alma. Los Hermanos deben dedicar, pues, algunas horas al trabajo manual y otras a la lectura de cosas divinas. Por eso creemos oportuno regular una y otra ocupación...” (*Regla de san Benito*, cap. XLVIII, pág. 69. Éd. J. Duculot, 1945).

sido menos exigentes respecto a punto tan trascendental y, siempre y en todas partes, el amor al trabajo se ha considerado como actitud absolutamente indispensable para ser admitido en la vida religiosa.

El fin del Instituto es proporcionar educación religiosa a los niños; de ahí se deduce lógicamente que la ocupación prioritaria de los Hermanos ha de ser el estudio y la enseñanza. Pero como la Regla también los obliga a ocuparse de las temporalidades, al estudio y a la enseñanza deben unir el esfuerzo físico que suponen el cuidado de la casa y el cultivo de la huerta. Para formarlos en estos diferentes menesteres, durante el noviciado se reparte el tiempo entre el estudio, el cultivo de la huerta, los trabajos de cocina, la limpieza y demás tareas que suelen presentarse en una casa. El Padre quería que, en cuanto fuera posible, todos los Hermanos y postulantes pasaran por las diversas faenas caseras y aprendieran a desempeñarlas debidamente y según el espíritu del Instituto. Para ello exigía especialmente tres cosas:

1.º Que cada cual acatase con docilidad el empleo confiado y no ambicionara ningún otro.

2.º Que estuvieran siempre ocupados y nunca ociosos.

Sin embargo, en lo referente al tercer punto, no exigía cantidad de trabajo, sobre todo si era duro; lo que no quería era que se perdiese el tiempo o se trabajara con desgana. Tampoco le gustaba que, si trabajaban en el campo, se sentaran a descansar, porque dicha postura, de ordinario, denota pereza y abandono, y, además, porque sentarse en el suelo puede perjudicar la salud.

Un Hermano, por lo demás buen religioso, pero algo indolente, tenía que sacar un montón de piedras que había en un lugar de la huerta. Después de haber transportado unas cuantas, se sentó encima del montón y, piedra a piedra, iba tirando las más pequeñas al punto indicado. El Padre Champagnat, que lo vio desde su ventana, quiso darle una lección, estimulando su amor propio, que le ayudara a corregirse de un defecto que en diversas ocasiones le había señalado. Llamó a un Hermano joven, le dio un cojín y le dijo: “¿Ve allá arriba aquel Hermano sentado en las piedras? Llévele esta almohada y dígame, de mi parte, que se siente en ella.” Al ver la almohada, y mucho más al recibir el mensaje, quedó tan avergonzado, que se levantó al punto y se puso a trabajar sin levantar la cabeza hasta la hora de comer. Lo que más le preocupaba era la almohada que el Hermanito le había llevado y que tenía que devolver. Supo arreglárselas tan hábilmente, y la suerte le fue tan propicia, que consiguió dejarla en la habitación del Padre sin que éste se diera cuenta. El bueno del Hermano se juró así mismo no volver a merecer por segunda vez semejante lección<sup>942</sup>. Era precisamente lo que pretendía quien se la había dado.

En sus charlas, el Padre Champagnat nunca olvidaba infundir a los Hermanos el amor al trabajo y la aversión a la ociosidad. “El trabajo -les decía- es imprescindible para conservar la salud del cuerpo y la pureza del alma, lo es, incluso, para su felicidad. Efectivamente, con el movimiento y el uso todo se mejora, y se deteriora con la inacción. El agua estancada se corrompe; el hierro que no se utiliza se oxida; la tierra en barbecho se llena de malas hierbas, zarzas y espinas; el edificio deshabitado se deteriora y destruye mucho antes que si estuviera ocupado. El

<sup>942</sup>“El piadoso Hermano Mateo, algo enfermizo, trabajaba en la huerta. Después de un rato de trabajo, se sentó en un montón de piedras” (AA, pág. 182). En 1852, este Hermano fue elegido suplente para el Capítulo General. El Hermano Avit (AA, pág. 417, manuscrito en los AFM) dice de él: “Era un saboyano que armonizaba la sencillez con una gran delicadeza. Su salud era precaria y deficiente su preparación; lo que no impedía que atuviese una conversión alegre y muy espiritual. Monseñor de Bruillard, obispo de Grenoble, le quería mucho y charlaba largo y tendido con él...” (AA, pág. 641, manuscrito en los AFM).

movimiento, la actividad y el uso transforma todas esas cosas en instrumentos útiles, en fuente de prosperidad.

El Hermano poco amigo del trabajo y para quien los libros son carga pesada, al cabo de diez años de vida religiosa, es más imperfecto en lo físico y en lo moral que el primer día que llegó. Su mente es menos capaz de reflexionar; sus pensamientos, sentimiento y gustos, más carnales; su alma tiene menos fuerza y energía, es más vulnerable a las tentaciones y menos inclinado a la práctica de la virtud; su cuerpo, por falta de movimiento, se entumece, enferma y no soporta el menor esfuerzo. He ahí el terrible castigo de la ociosidad: hace al hombre desdichado e inútil.”

Un día charlaba con un Hermano, cuando acertó a pasar por allí uno de los ancianos recogidos por caridad. Éste, como de costumbre, se puso a jugar, ya que no podía dedicarse a trabajo alguno por hallarse trastornado. Al verlo el Hermano, se le ocurrió decir:

-¡Qué suerte! Por lo menos es feliz: no tiene nada que hacer.

-¿Cómo? -repuso el Padre con viveza-. ¿Llama usted feliz a un hombre que no hace nada? ¿Dios me libre de tal felicidad que considero enorme desgracia! No hay personas más dignas de lástima y que lleven más triste existencia que los ociosos. Su disfrute es el de los irracionales; ignoran totalmente la felicidad que ocasiona la virtud; su vida es más animal que humana.”

El Hermano se quedó cortado ante tal respuesta y no le quedaron ganas de volver a llamar felices a los ociosos.

“Aunque el hombre no estuviera obligado al trabajo por mandato de Dios, a ganarse el pan con el sudor de la frente<sup>943</sup>-solía repetir el Padre Champagnat-, un Hermano sí que lo estaría. Y esto por cuatro motivos:

1. Para evitar las tentaciones y perseverar en la virtud. Lo dice el Espíritu Santo: La ociosidad es madre de todos los vicios<sup>944</sup>. Es causa de las mayores tentaciones y origen de los pecados más abominables. El demonio pierde el tiempo cuando tienta a un hombre ocupado; pero consigue hacer caer en el mal a quienes entregan a la pereza.

A este propósito, solía contar la fábula siguiente: cierto santo oyó la conversación de dos demonios que se comunicaban el resultado de sus respectivas insinuaciones para tentar a dos hombres. Uno de ellos decía: “Pierdo el tiempo tentado a ese albañil. Siempre pendiente de la piedra, no mira más que a la piedra, no se ocupa más que de la piedra. Si trato de sugerirle malos pensamientos, responde a mis insinuaciones con martillazos, de modo que pierdo el tiempo con él. Este hombre no alcanzará un elevado grado de virtud, porque su motivación no es demasiado sobrenatural, pero salvará su alma, pues nunca podré inspirarle amor al vicio.”

El otro demonio contestó: “Pues a mí me sucede todo lo contrario. El hombre al que tengo que tentar no tiene nada que hacer. Me basta con susurrarle por la mañana lo que deseo de él durante el día, para que lo haga e incluso vaya a veces más allá de lo que yo pretendía.”

“Ahí tenéis -terminaba el Padre. lo que acontece a los ociosos. Un religiosos entregado a este vicio se halla expuesto a grandes caídas; y, aunque por privilegio especial pudiera evitarlas, la pereza, que es un pecado capital, basta para perderlo. Al árbol estéril, por el mero hecho de

<sup>943</sup>Gn 3, 19.

<sup>944</sup>Sl 33, 28-29.

serlo, se le corta y se le echa al fuego<sup>945</sup>; así el siervo inútil es arrojado a las tinieblas exteriores, por el solo crimen de su flojera y pereza.”<sup>946</sup>

2.- Para perseverar en su vocación. “Respecto a este punto -decía el Padre a uno de los principales Hermanos-, estoy convencido de que casi todos los Hermanos jóvenes que han salido del Instituto, han perdido la vocación por dejarse llevar de la pereza. No porque dicho vicio haya sido la causa directa de su abandono, sino porque les ha inducido a faltas graves y éstas, al quitarles el gusto y aprecio por la vocación, les han llevado a abandonarla. Así pues, a mi juicio, la ociosidad es el mayor enemigo de la vocación religiosa, y las faltas de este tipo son las que causan mayor daño a los Hermanos jóvenes.”

Se comprenderá ahora por qué el piadoso Fundador daba tanta importancia al trabajo e instaba tanto a los Hermanos Directores para que tuvieran continuamente ocupados a los Hermanos jóvenes.

“El Hermano cocinero -decía- debe ser competente en su oficio, así podrá ocuparse la mayor parte del tiempo en clase y ayudar a los demás Hermanos en la enseñanza de los niños. Si los alumnos no fuesen bastante numerosos para necesitar su colaboración, no por eso dejará de acudir a clase; aunque en ese caso se puede ocupar en el estudio. El mejor servicio que un Hermano Director puede prestar a un Hermano joven, es tenerlo ocupado, sin dejarlo ni un momento ocioso. Si lo abandona a su suerte; si consiente que permanezca ocioso, por excelentes que sean las aptitudes del Hermano, correrá grave riesgo de perderse. He conocido multitud de jóvenes excelentes, que hoy podrían ser magníficos religiosos y honra del Instituto, que perdieron su vocación porque los Hermanos Directores no los ocuparon debidamente ni los formaron en la virtud.”

3.- Para capacitarse. Pero, ¿para qué debe capacitarse un Hermano? “Un Hermano -decía el Padre Champagnat- debe prepararse para desempeñar todos los oficios, todos los empleos del Instituto. Por ejemplo, ha de saber cocinar, cultivar la huerta, dar clase, acompañar a los alumnos y cualquier otro empleo que pudieran encomendarle. Para ello debe amar el estudio y dedicarse a él con asiduidad. Tanto en el noviciado como en las escuelas veo cosas que se echan a perder o se malgastan porque nadie la cuida o porque no saben aprovecharlas. Y cuando hago alguna observación al respecto, me duele que algunos digan: yo no sé hacer esto o aquello; no estoy acostumbrado a trabajar en la huerta, a cuidar esto, yo no entiendo nada de cocina, etc. Un Hermano no puede emplear ese lenguaje; por eso debe acostumbrarse a todo, prepararse para todo. Lo mismo sucede con los estudios y los programas de enseñanza: no podemos conformarnos con un conocimiento superficial, sino profundizar en ellos y estudiarlos hasta dominarlos. Y esto exige de nosotros dedicación continua y tenaz al estudio.”

Para infundir en los Hermanos el amor al estudio y espolear su emulación, aprovechando las vacaciones, les ponía ejercicios de composición<sup>947</sup>; es más, durante muchos años, mientras no fueron demasiado numerosos, los sometía a exámenes públicos de todas las áreas de enseñanza, anotando minuciosamente sus calificaciones, para comprobar al año siguiente los progresos realizados. Para obligarlos a adquirir los distintos tipos de caligrafía, exigió a los profesores de las clases primera y segunda que confeccionasen sus propios modelos de escritura, y no les permitía utilizar los litografiados.

<sup>945</sup>Mt 3, 10; 7, 19.

<sup>946</sup>Mt 25, 30.

<sup>947</sup>LPC 1, doc. 313, pág. 570, líneas 88-105.

También estableció que anualmente, cada Hermano, al ir al retiro, llevase por lo menos diez modelos manuscritos; todo ello con el mismo objetivo de estimularlos y comprobar los progresos de cada uno.

Para inculcar a los Hermanos Directores el amor al trabajo, al orden y disciplina, y para formarlos debidamente en la administración de las finanzas y las temporalidades, no sólo revisaba personalmente los libros de contabilidad, sino que estableció un concurso sobre teneduría de libros. Se encargaba de seguir y examinar los libros una comisión constituida por los principales Hermanos: consideraba la exactitud de las cuentas, los detalles exigidos por la Regla y los usos del Instituto y la presentación caligráfica, y luego hacía una relación, por orden de mérito, y la entregaba al Padre Champagnat.

Como, a pesar de todo, algunos Hermanos podían descuidarse durante el año y dedicar sólo los últimos meses a preparar esos exámenes de vacaciones, había organizado cursillos trimestrales. Por medio de una circular, se determinaban las materias pedagógicas que iban a tratarse en dichos cursillos. Cada cual debía prepararse minuciosamente y tratar los temas por escrito<sup>948</sup>. Ordinariamente desarrollaba él mismo las conferencias, lo que le ocasionaba penosos y largos desplazamientos; pero nada le arredraba con tal de fomentar en los Hermanos el amor al trabajo y mejorara su preparación profesional.

Ni que decir tiene que el estudio que más encarecidamente recomendaba era el de la religión. Lo prefería a cualquier otro y deseaba que los Hermanos le dedicaran, al menos, una hora diaria. “Sería vergonzoso que un religioso educador -decía- no conociera suficientemente la religión; y constituiría auténtico escándalo que estuviese menos capacitado para explicar el catecismo que para enseñar las demás asignaturas. Un Hermano no puede descuidar el estudio del catecismo sin faltar a su deber, porque el fruto de sus instrucciones está en relación con el esmero puesto en prepararlas. De donde se colige que dar la catequesis sin haberla preparado es casi equivalente a perder el tiempo.

El descuido en estudiar la religión es una falta que acarrea consecuencias funestas:

En primer lugar, porque uno se expone a ignorar las verdades de la religión y a ser toda la vida un hombre superficial; a escandalizar a los demás Hermanos y quebrantar la Regla.

Y además porque sin información no es posible educar religiosamente a los niños ni formarlos en la virtud. En consecuencia, las escuelas se irán volviendo laicas, con lo que se traiciona el fin del Instituto. En una palabra, es faltar al deber primordial de un educador: el de impartir enseñanza religiosa y educación cristiana a los niños.

Quienes descuidan el estudio de la religión, ¿se han parado a pensar alguna vez en estas consecuencias tan evidentes como fatales? Si lo pensarán, difícilmente encontrarían excusas suficientes.

Hay quienes dicen que carecen de tiempo: no es cierto. Para estudiar otras materias, para dedicarse a cosas menos importantes, y para divertirse, lo encuentran. Además, tiempo no les va a faltar, puesto que la Regla les garantiza una hora diaria que de ninguna manera deben emplear en otros temas.

---

<sup>948</sup>LPC 1, doc. 318, pág. líneas 28-35.



Otros alegan que ya han leído varias veces todos los catecismos de la biblioteca. El estudio de la religión no se limita sólo a la lectura de estas obras; abarca, además, la lectura asidua de libros ascéticos, de vidas de santos, de historia de la religión y meditación de cuanto se ha leído.”

Estas últimas palabras dieron pie a que un Hermano le preguntase si podría emplear parte del estudio religioso en la reflexión y meditación:

“Es evidente -respondió el Padre-; y creo que está muy bien emplear media hora de reflexión sobre lo leído durante la otra media; es la manera de profundizar en las ideas para hacérselas atractivas a los muchachos.”

Un día preguntó a un Hermano qué sabía acerca de su santo patrono y sobre los hechos principales de su vida. El Hermano, aunque piadoso e instruido, le respondió:

-Perdone, Padre, pero confieso que desconozco la biografía de mi patrono.

-¡Cómo, Hermano! -repuso el Padre-, ¿es posible que haya llegado hasta hoy sin leer y meditar la vida del gran siervo de Dios cuyo nombre tiene la dicha de llevar? Ese descuido no deja de ser una vergüenza para usted. ¿De qué le sirve llevar el nombre de un santo? Hubiera sido lo mismo haberle impuesto el de un pagano. ¿No sabe que la Iglesia impone el nombre de un santo para que imitemos sus virtudes? Pues para poder hacerlo, tenemos que estudiar su vida. Además, usted tiene la obligación de exhortar a sus alumnos a que lean la vida de sus respectivos santos patronos e intenten imitar sus virtudes. ¿No debería cumplir primero lo que aconseja?

“Un Hermano -añadió- debe leer a menudo la vida de los santos, no sólo para su edificación personal, sino también para sacar ejemplos apropiados que ocasionalmente confirmen las verdades de la religión que tiene que enseñar.”

4. Para no alterar el orden de la casa ni sobrecargar a los demás Hermanos. “Para que reinen la paz y la caridad en una casa religiosa, es necesario que cada cual desempeñe debidamente el empleo que le han encomendado. Pero a quien lo le gusta el trabajo, realiza mal su oficio e impide que los demás hagan el suyo como es debido. Por ejemplo, si el Hermano cocinero no tiene la comida a la hora, siembra el descontento entre los Hermanos, los expone a murmurar y quejarse; hace quebrantar la Regla y siembra el desorden en la casa. Si, por descuido o pereza, no prepara bien los alimentos o es manirroto, puede comprometer seriamente la salud de los Hermanos; y, en cualquier caso, compromete inevitablemente la economía: pues una cocina mal llevada resulta siempre excesivamente cara.

Y lo dicho de los Hermanos encargados de las temporalidades, puede aplicarse igualmente a los responsables de las escuelas: quien no desempeña su trabajo, carga necesariamente a los demás con lo que él no hace, de modo que unos se ven en la obligación de hacer lo que el otro descuida por pereza.”

En fin, aunque el buen Padre no se cansó de dar ejemplo<sup>949</sup> a los Hermanos, ni dejó pasar ocasión para inculcarles el amor al trabajo; aunque estableció regla idóneas para tenerles ocupados continuamente y para precaverles contra la ociosidad, su mayor remordimiento a la hora de su muerte y lo que más se reprochaba era no haber dado suficiente importancia al trabajo y no haber insistido bastante a los Hermanos en que huyesen de la ociosidad. Y así decía

---

<sup>949</sup>“Marcellin Champagnat et sa mission: Le travail”. Cfr. *Voyages et Missions*, n.º 132.

con hondo pesar: “Tengo que reprocharme no haber hecho trabajar bastante a los Hermanos; cuídenlos mucho en este punto; ténganles siempre ocupados: no hay vicio que cause mayores estragos en los religiosos que la ociosidad.”

¡Ojalá no olviden nunca los Hermanitos de María estas palabras de su Padre moribundo y se entreguen, como él, al trabajo y huyan siempre de la ociosidad!

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XV**

*Cariño y afecto a los Hermanos*

Ningún padre manifestó tanta ternura por sus hijos como el Padre Champagnat por sus Hermanos. Su corazón, naturalmente bueno y caritativo para con todos los hombres, rebosaba ternura hacia los miembros de su Instituto. Amaba a todos los Hermanos por igual, tanto a los jóvenes como a los ancianos, a los imperfectos como a los más virtuosos, que le proporcionaban mayor consuelo.

Nadie iba a verlo o le escribía sin recibir alguna muestra de afecto. Sus cartas<sup>950</sup> están salpicadas de expresiones como éstas: “Ya sabe, querido Hermano, que lo quiero de corazón.” O al despedirse: “Afectuosamente en Jesucristo.” O esta otra: “Ya conoce mi cariño hacia usted, y cómo me afectan sus penas.” O bien, al escribir a un Hermano Director: “Diga a los Hermanos que los quiero como a hijos<sup>951</sup>, que pienso en ellos y que rezo continuamente por ellos.”

A los Hermanos de una escuela, poco antes de visitarlos, les escribía: “Tengo muchas ganas de veros, abrazaros y mostraros el gran afecto que os tengo en Nuestro Señor. Nada podía darme mayor satisfacción como saber, por vuestra carta, que estáis todos bien y contentos. Vuestro gozo y felicidad durarán mientras os mantengáis unidos, y os queráis de veras.”<sup>952</sup>

---

<sup>950</sup>He aquí algunas expresiones de amistad tomadas de las cartas del Padre Champagnat (LPC 1):

Al H. Antonio, pág. 59: “Le quiero mucho” (hablando del Hermano Dominique).

Al H. Bartolomé pág. 74: “Le abrazo en los corazones de Jesús y de María a quienes lo encomiendo.”

Al H. Teófilo, pág. 150: “Mi querido amigo, diga al Hermano Silvestre que le quiero mucho.”

Al H. Francisco, pág. 167: “Reciba la seguridad del tierno afecto con el cual...”

Al H. Apolinar, pág. 258: “Estoy muy triste al saber que se encuentra enfermo...”

A los Hermanos, pág. 152: “Con la esperanza de tener la dicha de abrazaros.”

<sup>951</sup>El Hermano Lorenzo pudo escribir: “Ninguna madre manifestó tanta ternura por sus hijos como el Padre Champagnat por nosotros.” (OM 2, doc. 757 (7), página 762).

<sup>952</sup>LPC 1, doc. 20, pág. 64(27-33).

No hay carta circular en que no hable de la caridad. El tierno afecto que profesaba a todos los miembros del Instituto se manifiesta en ellas con tal fuerza que no podemos resistirnos a la tentación de citar aquí algunos fragmentos.

En enero de 1836, escribía<sup>953</sup>: “Queridísimos Hermanos: Mi corazón se complace al recordaros a diario y ofreceros al Señor en el altar. Pero hoy no puedo por menos de manifestaros mi ternura paternal. Sois, queridos Hermanos, el motivo principal de mis desvelos. Todas mis ansias y deseos se cifran en vuestra felicidad. Pero, ya lo imagináis, la felicidad que os deseo no es la que busca y cree conseguir el mundo con la codicia de los bienes materiales. Lo que yo deseo y pido para vosotros son bienes mucho más reales y consistentes: servir a Dios fervorosamente, cumplir fielmente los deberes de estado, esfuerzo diario para desprenderos de las criaturas y ofrecer vuestro corazón a Jesús y María y abandonarlo a los impulsos de la gracia: éstos son los bienes que os deseo. Ansío también, queridos Hermanos, que la unión y la caridad, de que habla el discípulo amado<sup>954</sup>, reinen siempre entre vosotros. Que los que tienen que obedecer, lo hagan con humildad, y los que mandan, procedan con suave caridad. Así conseguiréis que el gozo y la paz del Espíritu Santo estén siempre con vosotros.

Otra cosa que pido especialmente a Dios para vosotros, es que tengáis deseo ardiente de vuestra perfección; y ya que sólo por la observancia de la Regla podéis alcanzar esa perfección, ruego encarecidamente a Nuestro Señor que os conceda amor grande a vuestra Regla y la gracia especial de observarla en su integridad. ¡Ánimo, pues, queridos Hermanos! Los contratiempos y dolores de esta vida no duran más que un instante. Levantemos los ojos hacia la gloria inmensa con que seremos recompensados por toda la eternidad. Y recordemos siempre que el justo juez sólo concede la corona a quienes perseveran hasta el fin.”<sup>955</sup>

En otra carta escrita por las mismas fechas a los Hermanos de una escuela, les decía<sup>956</sup>: “Excuso deciros que os deseo un año feliz; pues ya sabéis que no hay bien auténtico que no pida a Dios diariamente para vosotros y que no esté dispuesto a alcanzároslo aun a costa de los mayores sacrificios.”

Pero no se conformaba con manifestarles su amor con palabras; les daba pruebas inequívocas con las obras. Efectivamente, siempre estaba pendiente de las necesidades temporales y espirituales de cada uno. Su instinto paternal le permitía adivinar inmediatamente si el Hermano que tenía delante necesitaba alguna cosa. Al enviarlos a las escuelas, nunca dejaba de recomendar a los Hermanos que llevarsen todo lo necesario, y cuando venían a despedirse y pedirle su bendición, siempre les hacía algunas preguntas para cerciorarse de que nada les faltaba.

Cierto día en que venía a despedirse de él un grupo numeroso de hermanos, después de haberlos mirado afectuosamente y haberles preguntado si se habían provisto de todo lo necesario, ante su respuesta afirmativa, preguntó a un jovencito que iba a la escuela por vez primera: “Y usted, amigo mío, ¿lleva su equipo completo? Estoy seguro de que algo le falta. Vamos a ver, ¿cuántos pares de calcetines tiene?”

La solicitud y el amor del Padre habían intuido la distracción; el Hermanito, poco previsor, no había pensado en ese detalle, y no llevaba más calcetines que los puestos.

<sup>953</sup>LPC 1, doc. 63, pág. 156 (11-18).

<sup>954</sup>Jn 15, 12-17; 1 Jn 4, 7-11; 2 Jn 1,5.

<sup>955</sup>Mt 10, 22; 24, 13.

<sup>956</sup>LPC 1, doc. 168, pág. 332 (32-37).

El buen Padre recomendaba continuamente a los Directores que los Hermanos no careciesen de nada y los atendieran en todas sus necesidades, ya en lo tocante a vestuario y alimento, como en el material escolar u otro relacionado con su empleo; quería que les atendiesen inmediatamente para que no se vieran obligados a pedir varias veces las mismas cosas.<sup>957</sup>

Cuando alguien llegaba de viaje, si lo veía sudoroso, le mandaba cambiarse de ropa, tomar algo caliente, y le aconsejaba evitar las corrientes y retirarse a una habitación cálida y seca. “Una imprudencia o un simple descuido en estas circunstancias -decía- puede acarrear una enfermedad mortal o una dolencia prolongada.”

Durante las vacaciones llegaron varios Hermanos en un día lluvioso. Mandó llamar inmediatamente al Hermano Administrador para que se pudiesen cambiar. Como el Hermano se hallaba fuera y había llevado consigo la llave de la ropería, el Padre Champagnat, impaciente por aliviar a sus hijos, tomó una herramienta, descerrajó la puerta y repartió ropa y hábitos a los que venían empapados. Muchas veces lo vimos, en ausencia del cocinero, preparar la comida a los que llegaban o salían de viaje.

Un día, después de entregar a un Hermano joven la carta de obediencia para una escuela no muy distante, abrió el cajón de su despacho para darle algún dinero. Al ver que sólo quedaban dos francos y cincuenta céntimos, el Hermano le dijo que no necesitaba dinero, pues podía llegar a su destino sin gasto alguno. “Es posible, hijo -le respondió el Padre-, pero puede sucederle cualquier imprevisto y no quiero que se encuentre en necesidad y sin tener con qué remediarla. Es cierto que ya no queda nada; pero la Providencia nunca abandona.” Y al decir esto, le entregó un franco y veinticinco céntimos<sup>958</sup>.

Al anochecer, se le veía frecuentemente recorrer la casa, sobre todo los dormitorios, para comprobar si todos los Hermanos se habían acostado y si no quedaba alguna ventana abierta, o alguien corría riesgo.

Pero si el piadoso Fundador se mostraba tan atento con los Hermanos cuando disfrutaban de buena salud, su solicitud era mucho mayor cuando caían enfermos. Quería que se atendiera siempre a las necesidades de los enfermos antes que a las de los sanos, y no reparaba en atenciones y sacrificios para procurarles cuanto pudieran necesitar.

Al construir la casa del Hermitage, como no halló lugar apropiado para colocar la enfermería, construyó expresamente un pabellón para los enfermos. “No quedaré tranquilo -dijo en aquella ocasión- hasta que tengamos habitaciones adecuadas para acoger a los Hermanos que han agotado sus fuerzas y su salud trabajando por la santificación de los niños. ¿No es justo que tengamos atenciones especiales con ellos y hagamos lo posible para ayudarlos a recuperar una salud que tan generosamente han sacrificado para gloria de Dios y bien del Instituto?”

Y algunos años más tarde, al no quedar totalmente satisfecho con esta enfermería, por estar demasiado próxima al río, construyó otra más amplia y cómoda, e instaló en ella una farmacia con todas las medicinas necesarias. Al frente de la farmacia puso a uno de los primeros

<sup>957</sup>Las constituciones de 1852 conservan esta recomendación: “Está obligado a proveer a todas las necesidades de los Hermanos; debe velar para que cada uno tenga lo necesario y cuidar de que nadie sufra o carezca de nada ni en alimento ni en vestido. Cuando los Hermanos le expongan sus necesidades o le pidan algún permiso conforme a la Regla, debe escucharlos solícito y concederles lo que sea justo y razonable, sin obligarlos a pedirlo varias veces.” (*Constitutions et Règles de Gouvernement*, parte segunda, cap. IV, 2.<sup>a</sup> sección).

<sup>958</sup>MEM, pág. 99.

Hermanos, al que previamente había preparado para desempeñar convenientemente su cometido, y encargó a varios Hermanos de los más inteligentes, abnegados y caritativos, para que, bajo su dirección, atendiesen a los enfermos. Diariamente debían darle cuenta del estado de cada paciente.

Pero todo esto no era suficiente para satisfacer el tierno afecto que les profesaba. Los visitaba con frecuencia para comprobar personalmente que no carecían de nada, darles ánimo y consuelo, ayudarles a santificar sus sufrimientos, y, si se daba el caso, prepararlos a bien morir.

En cuanto un Hermano caía enfermo en una escuela, lo hacía venir o mandaba traerlo para cuidarlo debidamente<sup>959</sup>.

Un día, ya acostada la comunidad, fue a ver a un Hermano gravemente enfermo. Éste, después de oír las palabras de consuelo que le dirigió el Padre, le dijo: “Me siento confundido, Padre, por su amabilidad. le confieso que siento muchísimo causar tantas molestias a los Hermanos y ocasionar tantos gastos a la comunidad, pues nada he hecho por ella todavía.”

-¡Hermano mío! -repuso el Padre con presteza-, ¡qué equivocado está, y qué pensamiento más disparatado! Un enfermo no es una carga para la comunidad, sino motivo de bendición. Es usted más útil al Instituto y le presta mayor servicio aceptando con resignación la enfermedad que si estuviera dando clase. Servirle no es para nosotros una molestia, sino un consuelo. Deseche, por tanto, esas ideas si vuelven a molestarle. Si supiera que sigue preocupado por ellas, no podría dormir esta noche.”

Y dicho esto, lo bendijo, lo abrazó y volvió a recomendarle que rechazase pensamientos tan absurdos. El enfermo, muy conmovido por estas palabras de cariño, se vio totalmente libre de su tentación.

El buen Padre, que amaba a sus Hermanos como a hijos, les pedía que se quisieran como hermanos. En sus instrucciones, en las entrevistas personales con cada uno, en la correspondencia, nunca dejaba de recomendarles que se quisieran, que se diesen buen ejemplo y vivieran en paz unión. Escribía a los Hermanos de cierta comunidad<sup>960</sup>:

“De sobra sabéis que os quiero a todos en Jesucristo; por eso deseo ardientemente que os améis unos a otros como hijos de un mismo Padre, que es Dios; de una misma Madre, la Iglesia; y, en definitiva, como hijos de María. ¿Podría esta divina Madre ver con indiferencia que abrigásemos sentimiento de rencor o simplemente de antipatía contra alguno de sus Hermanos, al que tal vez quiere ella más que a nosotros? ¡Os lo pido por favor, no causemos tal pena y dolor a su corazón de Madre!”

Ver reinar la caridad y unión fraternas era para él fuente de gozo y consuelo inmensos. “Queridos Hermanos -escribe en una circular de invitación al retiro<sup>961</sup>-, qué hermoso, qué grato me resulta pensar que dentro de unos días tendré el suave gozo de estrecharos en mis brazos y exclamar con el salmista: Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!<sup>962</sup> Qué consolador me resulta saber que vivís con un solo corazón y una sola alma, formando una sola familia, buscando únicamente la gloria de Dios, el interés de nuestra santa religión y luchando bajo el

<sup>959</sup>LPC 1, doc. 126, pág. 257, líneas 1-17

<sup>960</sup>LPC 1, doc. 168, pág. 332, líneas 43-50.

<sup>961</sup>LPC 1, doc. 132, pág. 267.

<sup>962</sup>Sal 132, 1.

mismo estandarte, el de su Santísima Madre. ¡Hasta pronto, amigos míos! Os dejo en los Sagrados Corazones de Jesús y de María, centro<sup>963</sup> de amor y de unidad.

El ansia que tenía de ver reinar la caridad entre los Hermanos despertaba su ingenio para encontrar toda clase de razones y medios para inculcarles esa virtud.

“Amadísimos, queridos Hermanos -les dice en una carta circular de principio de año<sup>964</sup>-: Amémonos unos a otros. En este momento no encuentro expresión más adecuada a mis gustos y cariño. Efectivamente, si dejo hablar a mi corazón, si hago caso del disgusto que me ocasiona la menor de vuestras desgracias y penas, que son las mías; de vuestros contratiempos, que me afligen tanto como a vosotros; de todo lo que más quiero, de veinte años de desvelos: entonces tendría la osadía de dirigiros las palabras con que el Discípulo amado encabeza todas sus cartas: Amadísimos, amémonos unos a otros, porque la caridad proviene de Dios<sup>965</sup>.”

Los deseos y anhelos que diariamente siento por vosotros son muy distintos de los del mundo. Los mundanos se desean bienes terrenos, placeres y honores; en cuanto a mí, queridos Hermanos, suplico cada día al divino Maestro en el altar, que derrame sobre vosotros gracias y bendiciones abundantes, os haga huir del pecado como del único mal aborrecible y os ayude a practicar las virtudes propias de la vida religiosa, y muy especialmente las propias de los hijos de María. Finalmente, ruego a nuestra Madre común que nos obtenga una santa muerte para que, después de habernos amado en la tierra, nos amemos para siempre en el cielo.”

Las enseñanzas y exhortaciones incesantes del piadoso Fundador no fueron estériles; tuvo el consuelo, gratísimo a su corazón de padre, de ver reinar esa virtud entre los Hermanos y, con ella, la paz y armonía que constituyen la felicidad de las casas religiosas. Pero, para que nunca sufriese menguan entre sus hijos, a ejemplo de Jesucristo, se la recomendó en su Testamento Espiritual, como expresión de su última voluntad. Y para que esta voluntad fuese para ellos más sagrada, suave y fuerte a la vez, la expresó en forma de plegaria, convencido de que los hijos bien nacidos no pueden rehusar nada al Padre moribundo. “Os encarezco también, muy queridos Hermanos, con todo el cariño de mi alma y por el que vosotros me profesáis, que os comportéis de tal modo que la caridad reine siempre entre vosotros. Amaos unos a otros como Jesucristo os ha amado<sup>966</sup>. No haya entre vosotros sino un solo corazón y un mismo espíritu<sup>967</sup>. ¡Ojalá se pueda afirmar de los Hermanitos de María, como de los primeros cristianos: “Mirad cómo se aman”! Es el deseo más vivo de mi corazón en estos últimos instantes de mi vida. Sí, queridos Hermanos míos, escuchad las últimas palabras de vuestro Padre, que son las de nuestro amadísimo Salvador: Amaos unos a otros<sup>968</sup>.”

El amor que el Padre Champagnat deseaba para sus Hermanos, ha de ser un amor efectivo. Pedía que se manifestara especialmente en estas cuatro cosas:

1. En prestarse mutuo servicio en toda ocasión, sustituir a otro en el cuidado de los niños, ayudarlo o suplir a otro en el empleo; comunicarse las pequeñas técnicas que la experiencia les haya enseñado para implantar la emulación en clase o atraerse el afecto de los niños y formarlos con mayor facilidad en la ciencia y la virtud; animarse y consolarse en las penas y momentos

<sup>963</sup>La carta aludida (cfr. nota 13, más arriba) dice “la Augusta María” en vez de la expresión que utiliza el H. Juan Bautista. También modifica el último párrafo.

<sup>964</sup>LPC 1, doc. 79, pág. 190.

<sup>965</sup>1 Jn 4, 7.

<sup>966</sup>Jn 13, 34.

<sup>967</sup>Hch 4, 32.

<sup>968</sup>Jn 13, 34.

difíciles, tratarse con respeto y cotería; en una palabra, estar siempre dispuesto a mostrarse mutuamente complacientes. A este respecto decía el Padre Champagnat: “En el Instituto deben compartirse no sólo los bienes temporales y materiales, sino también los bienes espirituales, es decir, los talentos<sup>969</sup> de cada uno deben repercutir en provecho de todos. Lo mismo digo de las dotes físicas, fuerza y salud, y de los dones del alma, es decir, los talentos de cada uno deben repercutir en provecho de todos. Lo mismo digo de las dotes físicas, fuerza y salud, y de los dones del alma, es decir, las virtudes. De modo que quien posea conocimientos especiales o don de enseñar y dirigir, debe ponerlos a disposición de sus Hermanos. El fuerte y robusto que alivie a los enfermizos o achacosos. Finalmente, todos deben hacer que los bienes espirituales que Dios les ha concedido aprovechen a todos sus Hermanos, orando por ellos y dándoles continuamente buen ejemplo. Así tiene que entenderse y aplicarse este principio: entre Hermanos<sup>970</sup> todo debe ser común.”

2. En disculpar y disimular los defectos de los demás. Para ello les dio reglas muy prudentes. Una de ellas ordena que los Hermanos Directores exijan que se respete a los Hermanos jóvenes, que refuercen su autoridad y disculpen, en cuanto sea posible, las faltas que cometan ante los alumnos; y les prohíbe expresamente castigar o reprender<sup>971</sup> a un Hermano ante los niños o ante los extraños.

Otra prohíbe a todos los Hermanos comentar las irregularidades cometidas, manifestar las pequeñas antipatías que sientan por determinados Hermanos, las dificultades en sus relaciones mutuas. Sólo a los Superiores<sup>972</sup> deben comunicar lo que hayan observado contrario a la Regla en la comunidad o en la conducta de los Hermanos.

Tenía en tanta estima la fama de los Hermanos que llegó a prohibir que se informase a los extraños del destino de cada uno. Decía: “Puede ocurrir que un Hermano no tenga éxito en un lugar, por que es principalmente porque su carácter no sintoniza con el pueblo o por cualquier otro motivo. En cambio, puede acertar en otra escuela. También puede suceder que haya que cambiar a un Hermano por haber cometido una imprudencia. Ahora bien, si decís al señor párroco, al señor alcalde o a cualquier otra persona dónde se encuentra, es posible que éstos se pongan en relación con las autoridades o los vecinos del municipio donde se halla el Hermano, y comuniquen los fallos que han motivado su traslado. Y esto puede ser suficiente para crear mala fama a ese Hermano e impedirle triunfar. Así pues, cuando alguien os pregunte dónde se halla tal o cual Hermano, contestad sencillamente: “No sabría decirle.”

Finalmente, no quiere que se comenten los defectos de los demás; que cuando se hable de un Hermano, sea sólo para decir de él algo bueno.

“Es tan importante -decía- mantener el prestigio de los Hermanos entre los miembros de la comunidad como ante el público. El Hermano tiene incluso mayor derecho al precio de sus Hermanos que al de los extraños. Un religioso desacreditado ante el público puede componerse con la satisfacción de conservar el afecto y la confianza de sus Hermanos. Pero si se siente mal visto entre los suyos, entre aquellos con quienes convive, la vida de comunidad se convierte para él en un tormento y no es posible que pueda soportarla, a menos que se trate de un religioso de virtud acrisolada.

<sup>969</sup>Este compartir los “talentos” es, de uno u otro modo, una tradición constante entre los Hermanos de nuestras comunidades. Véase, por ejemplo, el artículo 32 de las *Constituciones* de 1986.

<sup>970</sup>En la fórmula de las promesas escritas por el Padre Champagnat se decía: “Lo ponemos todo en común” (OME, doc. 52, pág. 138, línea 18).

<sup>971</sup>*Regla de 1837*, cap. V, art. 3, pág. 38.

<sup>972</sup>*Regla de 1837*, cap. V, art. 6, pág.39.

Además -añadía-, estamos tanto más obligados a evitar toda maledicencia, cuanto que es facilísimo incurrir en responsabilidad grave al publicar los defectos o faltas de nuestros Hermanos:

a) Porque de algo insignificante, a menudo se hace una falta grave, o al menos se la exagera al pasar de boca en boca y difundirse.

b) Porque un defecto o falta leve que se comunica puede crear mal concepto de un Hermano, indisponerlo con quienes tiene que convivir, enajenarles su aprecio y ser causa de discordia, desunión, desavenencia y desorden a lo largo de todo el año.

c) Porque la maledicencia puede suscitar en el corazón de la víctima tal odio, aversión y resentimiento contra el murmurador que necesite años para olvidarlo.

d) Porque este tipo de faltas se comete sin escrúpulo, se las toma por nimiedades y con frecuencia ni se acusan en confesión, exponiéndose a cometer sacrilegio; pues sucede a menudo<sup>973</sup> que aquella maledicencia o aquella expresión injuriosa, que se toma por falta leve, es pecado mortal. Las faltas contra la caridad, de cualquier modo que se las considere, son sumamente peligrosas; por eso, los Hermanos deben evitarlas con gran esmero.”

3. En soportarse mutuamente. “No hay nadie sin defectos -decía el piadoso Fundador-; unos tienen más y otros menos, pero todos tenemos alguno. Por eso es evidente que por muy piadoso y virtuoso que sea un Hermano, siempre tendrá algunos defectos que resulten molestos a los demás. Si ésta es la realidad, para conservar la caridad no hay otro camino que sobrellevar los defectos de los demás como queremos que ellos toleren los nuestros.”

Un Hermano Director se quejaba de los defectos de sus Hermanos, diciendo que no podía congeniar con ellos ni amoldarse a ciertos modales que le sacaban de quicio. Al principio, el Padre trató de darle ánimos y le habló de los motivos que tenemos para aguantarnos mutuamente. Pero al comprobar que aquel Hermano apenas lo escuchaba y seguía acusando a sus Hermanos y exagerando sus defectos, le dijo:

“Querido amigo, es usted demasiado estricto para con los demás y demasiado indulgente para consigo mismo. Ve la paja en el ojo ajeno y no ve la viga del suyo<sup>974</sup>. Le gustaría que todos sus Hermanos fuesen perfectos, que sólo tuvieran cualidades, y mientras tanto usted no mueve un dedo para corregir los defectos propios y lo que en su persona les desagrade. Nunca se le ha ocurrido pensar que hay en su conducta muchos aspectos censurables, que es el más imperfecto de su comunidad, que se necesita mucha virtud para aguantarle y vivir en su compañía. Le confieso que a menudo admiro la paciencia de los Hermanos que dirige, y la caridad con que lo soportan sin quejarse. Por lo que a mí respecta, no puedo disimular que, aunque estoy convencido de que es un buen religioso, le encuentro tantos defectos de carácter, que no podría entenderme con usted. Sea más razonable, sea más comprensivo con esos Hermanitos; pero, sobre todo, no olvide que ellos han de aguantarle cosas mucho más desagradables que las que usted les achaca en su modo de proceder con usted.”

---

<sup>973</sup>El mismo autor desarrolla también el pensamiento del P. Champagnat en las *Enseñanzas Espirituales*, cap. XXVI.

<sup>974</sup>Mt 7, 3.



Aquel Hermano, que era muy virtuoso, pero de carácter duro y difícil, reconoció su equivocación, aprovechó aquella corrección oportuna y en adelante fue mucho más afable, caritativo y menos exigente; de modo que la paz y la armonía no volvieron a alterarse.

4. En avisarse caritativamente de los defectos e infracciones a la Regla. El piadoso Fundador hizo del aviso fraterno un artículo de Regla. Dicho aviso se hace cada ocho días, después del capítulo de culpas. Después que cada uno ha manifestado las faltas exteriores de que se cree culpable, los hermanos presentes deben decirle los defectos que le han notado y las faltas consiguientes que haya omitido en su acusación. Otro modo de practicar el aviso fraterno, muy aconsejado por el Padre Champagnat, consiste en que un Hermano, previamente designado, se ocupa especialmente de la conducta de otro y le dé a conocer caritativamente cuantos defectos observe en él y las faltas en que le vea incurrir. Este modo de aviso se practicaba, con gran provecho, en los comienzos del Instituto.

Finalmente, un tercer método de ejercer este acto de caridad fraterna consiste en que los Hermanos se digan unos a otros cordial, sencilla y francamente, cuando la ocasión lo exija, lo que en la conducta, en clase, o en el empleo deberían enmendar, especialmente si es algo contra la Regla o la edificación del prójimo. Puede consistir también en animarse, darse consejos y observaciones oportunos. “Veis, por ejemplo -decía el Padre Champagnat-, que un Hermano se encuentra triste, disgustado o que le cuesta mucho desempeñar su empleo: no lo dejéis solo, manifestadle que os afectan sus penas, consoladlo, animadlo, sugeridle medios para superar el disgusto que le atenaza o al menos para luchar contra él.

Obsrváis que otro recibe mal los avisos del Hermano Director, que murmura, se queja o censura su comportamiento con él: decidle, como amigo, que se equivoca, que el Hermano Director lleva razón, pues se limita a cumplir su obligación. Dadle a entender la gravedad de las consecuencias que su falta le puede ocasionar y animadlo a que se someta y se enmiende. Una advertencia, hecha de este modo, tiene que ser eficaz; es casi siempre el medio más idóneo para ayudar a un hermano a cumplir su deber y hacerle entrar en razón.

Por lo demás, en tales circunstancias, el aviso no es sólo de consejo, es un deber. Quien lo descuida podría ser culpable, sobre todo si se solidariza con el Hermano amonestado, pues entonces, además de destruir el intento del Superior, haría inútil la corrección y reafirmaría al Hermano en su extravío y obstinación.

Se oye a veces decir a ciertos religiosos demasiado indulgentes o de cortos alcances: A ese Hermano lo tratan con severidad excesiva, no ha cometido tantas faltas como le atribuyen; hay que ser condescendientes con los débiles.

Les responderé: ¿Por qué juzgáis al Superior? ¿Por qué le achacáis severidad exagerada? ¿Os creéis más inteligentes que él? ¿Quién os ha dicho que el Hermano no está equivocado? ¿Creéis que es compasión dejar morir a un enfermo, consintiéndole sus caprichos, permitiéndole lo que le perjudica? Si fueseis espirituales, comprenderíais sin dificultad que ser bueno e indulgente consiste en aborrecer el pecado y procurar la enmienda de los culpables. Obrar al revés es faltar a la caridad. Al alentar a este Hermano, al aprobar o disculpar su conducta, sois más culpables que él. Quien impide curar una herida se hace más culpable que quien la ha producido. Al herir, no siempre se mata; pero al impedir la curación, se causa la muerte.

El Hermano cuyos defectos disculpáis y cuyas pasiones halagáis, perecerá porque no tuvisteis la caridad de reprenderle, ni siquiera la sensatez de dejar que el Superior lo corrigiera. Es más,

vuestra falta puede destruir la paz y armonía de una comunidad, sembrar en ella la discordia, poner en peligro la autoridad del Superior y paralizar el bien que podría realizar con los Hermanos.”

El Padre Champagnat protestaba también enérgicamente contra otro abuso: molestarse por el aviso fraterno y tolerar difícilmente la amonestación u observación del Superior.

“Este defecto -decía- es diametralmente opuesto al espíritu religioso; es muestra inequívoca de estar dominado por el orgullo. Quien no soporta la corrección, nunca enmendará sus defectos, desempeñará su empleo a medias y muchas veces mal. Un Hermano con el que hay que andar con demasiadas contemplaciones y a quien no se pueden decir las cosas con claridad, será siempre un religioso imperfecto, problemático para el Superior, un enfermo que hará sufrir a todo el organismo, es decir, a toda la comunidad.

Temer la reprensión es señal inequívoca de orgullo o de error. Aceptar la corrección, venga de donde viniere, es prueba inequívoca de juicio recto y virtud sólida.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XVI**

*Esmero que ponía en corregir los defectos de los Hermanos y en formarlos en la virtud.*

El amor que el Padre Champagnat profesaba a sus hijos lo basaba ante todo en corregirlos de sus defectos y formarlos en la práctica de la virtud. Poseía un profundo conocimiento del corazón humano y sabía que el hombre, como consecuencia de su origen, se halla sometido a toda clase de defectos y lleva en sí el germen de todos los vicios. Por eso no se sorprendía cuando veía cometer faltas, y decía con frecuencia: “Es natural que el hombre caiga; si Dios nos retirase su gracia y nos abandonase a nosotros mismos, seríamos capaces de cometer toda clase de crímenes.”

Como las llagas del enfermo provocan la compasión de un buen médico, las miserias de los Hermanos le afectaban, pero no lo irritaban nunca. Se le vio reprender, a veces, a algunos Hermanos con energía, pero nunca se enfadaba con los culpables, ni les hablaba airadamente.

No le agradaba que se empezara la corrección echando en cara la falta. Por su parte, trataba de insinuarse primero en el ánimo del culpable, ganarse su corazón y hacerle reconocer su falta. Luego le sugería con mucho afecto los medios oportunos para enmendarse.

Casi siempre aplicaba la corrección en forma de avisos, diciendo con sencillez, llaneza y bondad lo que convenia hacer o evitar. Cuando no bastaba esta primera advertencia, se conformaba con repetirla sin manifestar impaciencia.

Cierto Hermano Director recibió mal una amonestación que le había dado con suavidad exquisita. El Padre le escribió después: “Querido amigo, si desea que siga advirtiéndole de sus defectos, no debe molestarse de ese modo; pues no lograremos que se corrija irritándonos ambos, sino procediendo con humildad, paciencia y caridad.”<sup>975</sup>

Aborrecía sobremanera los caracteres descontentos, y nunca se le vio caer en ese defecto. Una vez hecha la corrección, olvidaba la falta; y si se la recordaban, contestaba: “Está bien, está bien, querido amigo, yo ya olvidé su falta; procure usted no pensar más en ella y portarse mejor en lo sucesivo.”

Si sorprendía a uno in *fraganti*, se contentaba con mirarle seriamente o reprochárselo con pocas palabras. Un día entró en la cocina y encontró al cocinero subido al horno contando chistes a otros Hermanos. Por toda reprensión, le dijo: “¡Vaya proceder edificante para un Hermano que debería dar ejemplo!” Esta escueta reprensión -decía más tarde el interesado- me cayó como un rayo, y me causó mayor impresión que si me hubiera sermoneado durante media hora, y bastó para corregirme de la disipación, defecto al que, por carácter, me hallaba muy propenso.

Un día, un Hermano joven dotado de excelentes cualidades, pero un tanto atolondrado, dio con el Padre al pie de la escalera, y, tomándolo por otro Hermano, saltó sobre él a horcajadas y le dijo: “Calle y súbame hasta el primer piso.” Efectivamente, nada dijo el Padre, y el Hermano<sup>976</sup> nada sospechó hasta verlo ir a su despacho y entrar en él. Abochornado por su ligereza, supuso que aquello le costaría una penitencia rigurosa.

El Padre lo dejó dos o tres días en la zozobra e inquietud, y luego lo mandó llamar. Al verlo muy avergonzado y con los ojos bajos, le dijo con voz seria pero paternal: “¿Cuándo dejará de ser un niño? ¿Ha venido a esta casa a distraer a los Hermanos y meter desorden? Ande, tiene un año para corregirse; esmérese en luchar contra ese defecto si quiere que olvide sus niñerías; de otro modo, le advierto que me la tendrá que pagar.”

A otro al que sorprendió en falta, se conformó con decirle:

-Me la debe usted.

-Sí, Padre -le respondió el Hermano-, pero le aseguro que no tendré que pagársela.

-Eso es lo que quiero -repuso el Padre-; cumpla su palabra.

Para interpretar correctamente este hecho, se necesita saber que el buen Padre tenía por costumbre perdonar las dos primeras veces que sorprendía a alguien en una falta, y castigar sólo a la tercera. He ahí la explicación de aquella expresión habitual en él: “La primera, la perdono; la segunda, me la debe; y la tercera, me la paga.”

<sup>975</sup>LPC 1, doc. 168, pág. 331. Hermano Denis, Bron, LPC 2, págs. 171-172.

<sup>976</sup>MEM, pág. 86.

Por tanto, el Hermano a quien dijo “me la debe” era ya la segunda falta que cometía; y, al decir que no pensaba pagarla, se comprometía a no reincidir.

Aun en las reprensiones más duras y cuando se mostraba más severo, era siempre bondadoso y compasivo. Después de haber hecho reconocer al culpable sus faltas, lo animaba, le recordaba incluso sus cualidades, indicándole cómo podía desarrollarlas para corregir sus defectos.

“El hombre es tan débil -decía- que es peligroso hacerle ver solamente sus debilidades y aspectos negativos. Para animarlo a luchar contra sus malas inclinaciones, hay que hablarle también de las aptitudes propias con que le ha dotado la Providencia, indicarles la forma de perfeccionarlas y hacerle comprender que con ellas puede corregir sus defectos.”

Ponía también sumo cuidado en medir las circunstancias atenuantes o agravantes de la falta: momento, edad, carácter, etc. Normalmente solía ser muy benévolo con los jóvenes si advertía en ellos sentimientos nobles y muestras de buena voluntad.

A un Hermano Director<sup>977</sup> que exageraba un tanto los defectos de sus súbditos, le respondió: “Quien sólo ve defectos en el prójimo, no posee el espíritu de Jesucristo. Para ser ecuánime, hay que tener en cuenta las virtudes y la parte positiva de cada uno. ¿No es admirable y consolador ver casi trescientos<sup>978</sup> jóvenes que pasan años enteros sin desviarse de su deber y sin incurrir, al menos ostensiblemente, en faltas graves? Es normal que entre tantos Hermanos haya alguno cuya conducta podría mejorar, pero si esos Hermanos son imperfectos, si cometen faltas en la vida religiosa, donde se encuentran protegidos de tantos peligros, muchas más cometerían en el mundo. No seamos, pues, demasiado exigentes. Seamos tolerantes con la debilidad humana, y no exijamos a esos jóvenes, llevados por un celo exagerado, una perfección impropia de su edad.”

Otro Hermano Director le manifestaba el dolor que sentía al ver la falta de piedad de los Hermanos de su comunidad. Aprovechó la ocasión para hacer esta observación pública a todos los Hermanos Directores:

“Queridos Hermanos, no os extrañéis de que Hermanos de quince a veinte años no sientan en los ejercicios de piedad el fervor y la devoción que experimentáis vosotros. Se hallan en la edad más crítica de la vida; en el momento en que despiertan las pasiones y declaran al hombre una lucha cruel que sólo acaba con la muerte. En esos años, el alma, seducida por el atractivo de los placeres sensuales, abrumada por sus debilidades y fatigada por los esfuerzos que tiene que realizar, no siente gusto por nada. Las cosas más santas la dejan indiferente y las verdades esenciales apenas logran sacarla de su letargo y frenar sus malas inclinaciones. Todos los hombres tienen que pagar un triste tributo a esa edad; e incluso los naturalmente buenos y piadosos suelen sentir poco atractivo por la gracia y la oración. Por eso, en vez de quejaros del poco fervor y devoción de quienes pasan por esta etapa de la vida, debéis tenerles compasión, orar por ellos, tratarlos con bondad y animarlos. Pero no se os ocurra, de ningún modo, regañarlos o maltratarlos con una severidad exagerada: podrías hacer que abandonasen el camino de la virtud y emprendieran el del vicio que tanto los atrae, o que llegaran incluso a perder su vocación.

<sup>977</sup>Conducta que el P. Champagnat tenía con el Hermano Silvestre (MEM, página 85 y ss.).

<sup>978</sup>Statistique. AA, pág. 316.

Para afianzar a tales Hermanos, para ayudarlos a atravesar sin riesgo estos años difíciles y conservarlos en el Instituto, son indispensables cuatro cosas:

1. *Hacer que recen.* Me diréis: Eso es precisamente lo que ellos no quieren y el motivo de nuestra queja. Os respondo: El mero hecho de que la oración les aburra o no sientan interés ni inclinación por ella, demuestra que les es imprescindible. Intentad, por todos los medios que os sugiera vuestro celo ingenioso, que practiquen con asiduidad este santo ejercicio. Dadles consejos oportunos, animadlos a leer libros que les inspiren gusto por la oración y aprecio por su santo estado. Pedidles a menudo cuenta de cómo hacen la meditación, invítadles a que hagan alguna novena a la Santísima Virgen para pedirle el don de la oración, y, sobre todo, procurad que cumplan exactamente los ejercicios de piedad prescritos por la Regla.

2. *Mantenerlos siempre ocupados.* La ociosidad es para todos un grave riesgo; pero para los jóvenes es causa segura de tentaciones y pecados. Por eso, un Hermano Director que logre que se guarde silencio, que fomente el estudio, según lo establece la Regla, que exija que cada cual desempeñe su empleo con esmero y abnegación, consigue evitar diariamente multitud de faltas, preserva a los Hermanos de infinidad de peligros y tentaciones, y les presta un servicio excelente.

3. *Animarlos.* A cualquier edad necesita el hombre ser animado y estimulado. Pero esa ayuda es imprescindible a los jóvenes, porque carecen de experiencia y al menor dificultad los paraliza y hace desistir de sus buenos propósitos. Como no tienen una personalidad definida y están dotados de una gran imaginación, fácilmente se dejan convencer y arrastrar por los impulsos. Si son educados correctamente, si se los aconseja como es debido y se los alienta, emprenden la senda de la virtud y caminan por ella con paso decidido. Pero si se los abandona a sí mismos o, peor aún, si se comete la torpeza de darles a entender que la virtud es difícil, que no valen, que carecen de aptitudes para cumplir su empleo o para seguir su vacación, es suficiente para que se desanimen, lo echen todo a rodar y sigan ciegamente el camino del vicio.

4. *Conseguir que observen la Regla.* La observancia de la Regla proporciona gracias abundantes y aleja de graves riesgos. Las pequeñas victorias que un Hermano haga sobre sí mismo para ser fiel a la Regla, lo preparan para los grandes combates y para los actos de virtud heroica, pues según el oráculo del Espíritu Santo, *quien es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho*<sup>979</sup>. El que, por el contrario, quebranta la Regla y sigue habitualmente el propio capricho, se mostrará débil en las circunstancias decisivas y sucumbirá con facilidad a la tentación. A cuántos Hermanos he oído decir: No puedo resistir a las tentaciones cuando falto a la Regla. He sido desdichado, he sido vencido porque falto a la regla; porque no soy puntual a la hora de levantarme, no hago los ejercicios de piedad en el momento indicado. ¡Qué responsabilidad la del Hermano Director que descuida la Regla! Las faltas ligeras que considera como minucias, pueden resultar causa de graves caídas de las que tendrá que rendir cuentas a Dios. Los Hermanos Directores que poseen auténtico espíritu de su estado entienden lo que estoy diciendo; toman las medidas que acabo de señalar y tienen el consuelo de ser útiles a los Hermanos jóvenes, de mantenerlos en la piedad y conservarlos en su vocación.”

Pero lo más admirable del Padre Champagnat es que era tan firme como compasivo. Una firmeza y compasión que más que afecto de su temperamento eran fruto de la gracia y de las virtudes adquiridas.

---

<sup>979</sup>Lc 16, 10.

Era bondadoso y compasivo, porque estaba lleno del espíritu de Nuestro Señor. Y ese espíritu lo guiaba en todos sus actos y le comunicaba aquel carácter bondadoso y enérgico que le hacía merecer amor, respeto y temor a la vez.

Por lo demás, confesaba que de todos los deberes de un Superior, la corrección es el más difícil.

“Para cumplirlo debidamente -decía-, es preciso tener abnegación y evitar cuidadosamente los cuatro defectos siguientes: la costumbre de reñir, el enfado, los arrebatos y la debilidad de carácter o condescendencia fácil. Los cuatro tienen consecuencias funestas. *La costumbre de reñir* en un Hermano Director le enajena el precio de los Hermanos, provoca críticas y siembra infaliblemente el mal espíritu en la comunidad. En el Hermano encargado de una clase, este defecto sofoca la disciplina de la escuela, vuelve a los niños duros, mohínos y ariscos y provoca en ellos una oculta animosidad hacia el maestro y la escuela. *El silencio afectado y el enfado*, que son síntoma de debilidad, destruyen la autoridad y echan a perder el respeto y confianza debidos a los Superiores, hacen insolentes a los súbditos y los vuelven desafiantes. *Los arrebatos*, como las tormentas y el granizo, provocan el terror y obligan a los súbditos a adoptar actitudes de miedo y aprensión permanentes. *La debilidad de carácter* o condescendencia fácil tolera los abusos, induce a disculpar los defectos, abre la puerta a los desórdenes y hace al Superior responsable de todo el mal que de esta actitud se siga en una casa o en una clase.”

El piadoso Fundador poseía en grado eminente el espíritu de abnegación; por eso, sus advertencias y correcciones iban siempre envueltas de tino, firmeza, caridad y compasión.

Sin embargo, andaba con menos contemplaciones al tratarse de Hermanos antiguos o de quienes poseían virtud sólida. Perseguía sus defectos hasta en los últimos repliegues del amor propio. Si advertía que alguien se vanagloriaba de sus cualidades, lo humillaba públicamente o le encargaba de la cocina, de la clase de párvulos o de un empleo manual. Si veía que alguno aflojaba en el espíritu de oración y se enfrascaba demasiado en los libros, le prohibía todo estudio profano, obligándolo a limitarse a libros religiosos. Si observaba que un Hermano había conseguido grandes éxitos y era felicitado, lo trasladaba a otro lugar sin previo aviso.

Un Hermano Director vino al Hermitage a pasar el jueves. El Padre lo envió a trabajar a la huerta. Al cabo de un rato, como hacía frío y empezaba a nevar, el Hermano, sin pedir permiso, dejó el trabajo, se fue a las cuadras donde se puso a charlar con un Hermano joven. El Padre se enteró de la falta. A la hora del almuerzo, una vez hecha la bendición de la mesa, llamó al Hermano, le dio en público una severa reprensión y le mandó comer de rodillas en medio del refectorio. El bueno del Hermano recibió esta penitencia tan religiosamente y la cumplió con tanta humildad, modestia y sencillez, que un sacerdote secular, que acompañaba al Padre en la mesa, se quedó maravillado. Al regresar a su parroquia, contó el hecho a unos cuantos muchachos que se reunían con él los domingos. Quedaron tan edificadas, que dos de ellos decidieron entrar en el Instituto, donde llegaron a ser excelentes religiosos.

Cuando los defectos o faltas se debían a una actitud superficial, a criterios erróneos, o podían escandalizar a los Hermanos, se mostraba inflexible y, a veces, riguroso.

Un Hermano joven conservaba un apego excesivo a sus padres. El Padre se limitó primero a llamarle varias veces la atención con gran bondad para que evitase aquella tendencia. Pero cuando se enteró de que dicho Hermano, al ser enviado a sustituir a otro Hermano enfermo, había ido a ver a su madre sin permiso, lo mandó llamar y lo despidió.

Este modo de proceder pareció demasiado riguroso a un Hermano de edad. El Padre le contestó: “Un Hermano que ama a su padre o a su madre más que a la Regla y al deber, es un religioso sin consistencia. Esa clase de religiosos sobran entre nosotros; cuanto antes nos desprendamos de ellos, mejor.”

Un postulante hacía alarde de un atildamiento exagerado y, a pesar de las observaciones que el maestro de novicios le había hecho, seguía conservando ciertos modales mundanos. El Padre, después de haberle llamado la atención dos o tres veces, sin resultado alguno, lo mandó llamar y le dijo: “Mañana mismo se vuelve con sus padres.” El postulante se resistía a retirarse. Entonces el Padre añadió: “Váyase y llévese sus modales mundanos, que aquí están de sobra.”

Un Hermano, so pretexto de viajar a menudo, por ser el encargado del caballo, había hecho cierta provisión de alimentos que guardaba en un bolso y probablemente iba consumiendo cuando salía de viaje. El Padre, que se enteró de esa falta, mandó llamarlo y lo despidió en el acto. Éstas son la palabras que pronunció en la sesión de consejo en que se trató el asunto de la expulsión: “Quien se esconde, no vive como los demás y se deja llevar de la sensualidad, no está hecho para vivir en comunidad; pues la vida religiosa exige rectitud, mortificación y aprecio a la vida común.”

No se conformaba el piadoso Fundador con corregir a los Hermanos de sus defectos. Trabajaba constantemente en ayudarles a progresar en la virtud, y su mayor preocupación consistía en que cada día fueran más piadosos, humildes, mortificados, desprendidos de las criaturas y de sus propios caprichos, y más fieles a la Regla.

Quería para ellos virtud sólida; por eso, en sus enseñanzas insistía continua y machaconamente en la humildad, la pobreza, la mortificación y demás virtudes que liberan al hombre de sí mismo y de los defectos que se ocultan en lo más profundo del alma: como el apego a la voluntad propia, la vanidad, la autosuficiencia, la pereza y todo lo que halaga a la naturaleza. Tenía un arte especial para descubrir y desenmascarar estos defectos e inspirar horror a los mismos.

Poseía también un don particular para inspirar amor a la virtud, par inducir a los jóvenes a desealarla y dirigir su voluntad a realizar generosos esfuerzos para adquirirla. Sabía que no todas las almas están llamadas a la misma perfección, que cada una tiene su camino propio, que el mejor modo de hacerlas progresar es colaborar con la gracia y esmerarse en guiarlas según el atractivo personal. Por ello exigía la perfección adecuada al grado de gracia y a las aptitudes que descubría en cada uno. Su método consistía en exigir poco al principio, llevar a la persona paso a paso por la senda de la perfección, pero sin pausas ni retrocesos: “¡Despacito! -decía a quienes, llevados de un fervor efímero, querían abarcar demasiado a la vez o se empeñaban en cosas difíciles-: la virtud no consiste en prometer o emprender muchas cosas, sino en ser constantes y hacer bien las cosas ordinarias.”

Un Hermano le presentó las resoluciones del retiro. Después de leerlas, le dijo: “¿Qué diría de un niño que quisiera echarse al hombro un peso que apenas podría soportar un hombre de veinticinco años? Pues eso es lo que usted intenta, al menos tal como aquí está escrito. Suprima las tres cuartas partes de sus resoluciones y trate de ser fiel a las demás. Le bastará para ser buen religioso.”

Velaba atentamente por mantener la regularidad en la comunidad y conseguir que reinase en ella el fervor; ejercitaba en la virtud a los Hermanos y, dado el caso, la sometía a prueba.

Un Hermano magníficamente dotado, y que poseía buenas disposiciones para la virtud, vino a pedirle autorización para comprar un tratado de geometría. “No -le dijo el Padre-, pues quiero que estudie otra materia que le es mucho más necesaria que la geometría: la de la humildad.” Y añadía, mientras tomaba de su biblioteca el tratado *Menosprecio de sí mismo*<sup>980</sup>: “Éste es el libro que le ayudará a adquirirla; léalo atentamente, estúdielo y medítelo durante todo el año. En el próximo retiro presénteme por escrito un resumen de la obra. También me dará cuenta de su adelanto en el conocimiento de sí mismo y en la práctica de la humildad.”

El estudio y la meditación recomendados no fueron inútiles al interesado, y el buen Padre, si no hubiera tenido tanto empeño en la perfección de los Hermanos, se habría dado por satisfecho con los esfuerzos del Hermano para combatir el orgullo y adquirir la humildad. Pero sabía que tan felices comienzos necesitaban constancia, ya que para consolidar la virtud hay que ejercitarla.

Así pues, no perdió de vista al Hermano y, al enterarse de que en el recreo se había permitido ciertas palabras de vanidad refiriendo los éxitos que había conseguido a lo largo del curso en su clase, le mandó llamar y le dijo: “Se va a encargar de fregar la vajilla; este empleo le caerá maravillosamente. Y le vendría muy bien hacerlo todo el año; procuraré dejarle el mayor tiempo posible. Esmérese en tener todo muy limpio y no rompa nada.” Aunque se trataba de un Hermano Director, le mantuvo en este empleo los dos meses de vacaciones.

Otro Hermano Director, cuya obediencia quiso poner a prueba, estaba trabajando en la huerta. El Hermano responsable de las cuadras se le presentó y le dijo: “Sígame; el Padre lo llama.” Momentos después, al pasar junto a los servicios, le dice: “El Padre me ha encargado que le diga que baje al pozo negro con esta escalera y que saque el ternero muerto, arrojado allí hace dos días. Yo esperaré aquí a que lo haya sacado y le ayudaré luego a arrastrarlo hasta el río.” Cuando el Hermano Director llegó al fondo de las letrinas y consiguió agarrar al animal en descomposición en medio de las inmundicias, el Hermano encargado de los animales<sup>981</sup> le gritó: “¡Basta, suéltelo! A mí me encargaron que no le permitiera hacer más. Vuelva a subir y vaya a lavarse, que buena falta le hace.”

A los dos días, el Padre mandó llamar a dicho Hermano Director y le dijo: “Ya sabe que somos muchos y que necesitamos un buen cocinero. He pensado que usted podía desempeñar muy bien este empleo. Vaya, pues, a tomar posesión del cargo. Procure que reine el orden y la limpieza por doquier: desde ahora queda usted encargado de la cocina y sus dependencias.”

Lo dejó en ese empleo durante los dos meses de vacaciones, no porque fuera necesario, sino para ejercitarlo en la humildad, mortificación y obediencia. Unos días más tarde, se topó con él y le dijo:

-¿Qué ha pensado desde que tiene el oficio de cocinero?

-¡Ay, Padre! -le respondió el bueno del Hermano-, estoy tan ocupado de la mañana a la noche que no tengo tiempo ni de pensar en otra cosa fuera de mi empleo. Por lo demás, estoy convencido de cumplir la voluntad de Dios al hacer la de usted. Esto me basta; ¿qué más voy a pensar?

<sup>980</sup>OM 2, pág. 177, ilustración 49.

<sup>981</sup>El pastor es el Hermano Doroteo (AA, pág. 190). Cfr. LPC 2, pág. 185



El buen Padre quedó encantado de semejante respuesta y con ánimo de redoblar su celo en aquilatar la virtud de su discípulo. Conociendo el gran aprecio de que gozaba en el pueblo donde ejercía la enseñanza, y temiendo que se apegase a aquella escuela, simuló durante aquellas mismas vacaciones que iba a cambiarlo. Efectivamente, lo destinó a otra escuela donde todo estaba por hacer y en la que, por consiguiente, iba a pasar muchas privaciones.

Para conocer a fondo sus disposiciones y cerciorarse de que no se quejaría por este traslado, mandó que lo observaran y él mismo lo hizo durante varios días. Cuando vino a pedirle permiso para partir a su nuevo destino, le preguntó el Padre:

-¿No siente dejar la escuela donde tan a gusto se encontraba?

-Padre -le respondió el Hermano-, no niego que me gustaba la escuela de donde usted me manda salir; pero ante todo quiero obedecerle y cumplir la voluntad de Dios.

-Muy bien -repuso el Padre-; en ese caso prepárese a regresar al lugar donde se hallaba; pues he cambiado de parecer.

El piadoso Fundador quiso también probar la obediencia de otro Hermano Director y medir su docilidad y buen espíritu. Precisamente cuando el Hermano conseguía los mayores éxitos y las autoridades lo elogiaban unánimemente, le envió un Hermano<sup>982</sup> con una carta que decía así:

“Querido amigo: Salga inmediatamente y siga al portador de esta carta. No se despida de nadie, ni siquiera del señor cura párroco. No pregunte tampoco adónde lo mandan ni qué quieren de usted: fíese enteramente de la obediencia.”

Dicho Hermano cumplió puntualmente la voluntad de su Superior. Siguió sin rechistar a su guía, que no le informó del lugar de su destino hasta llegar a él, después de dos días de camino. Su nuevo empleo consistía en dar la clase superior bajo la dirección de otro Hermano. Así volvió de nuevo a someterse a la obediencia, después de haber sido Director por espacio de unos diez años<sup>983</sup>.

Dos meses después, un compañero, deseoso de conocer sus sentimientos, le dijo:

-Corre el rumor de que ha sido para usted un sacrificio tremendo volver a ser súbdito, después de haber sido Director diez años. Y añaden que su nueva situación le resulta penosísima y que ha tenido que valerse de toda su virtud para aguantarla.

-No haga caso de los rumores, ni de lo que diga la gente, y no piense que es cierto todo lo que oye.

-Sinceramente, y en confianza, dígame qué sintió en aquel momento y cómo se encuentra en su nuevo puesto.

-Ya que lo desea, se lo diré llanamente. Desde el día que me vi libre de los engorros y responsabilidad de la dirección, rezo cada noche un Te Deum para dar gracias a Dios por haberme otorgado semejante favor. Me encuentro tan feliz obedeciendo, que anhelo y le pido a

---

<sup>982</sup>AA, pág. 191.

<sup>983</sup>“Excepto durante el año 1830, el Hermano Juan Bautista permaneció diez años en Neuville... Hacia 1836 lo volvemos a encontrar en Charlieu, donde había sustituido al Hermano Luis” (*Nos Supérieurs*, pág. 21). Podría, pues, tratarse del Hermano Juan Bautista.

Dios que me deje así toda la vida. Hay personas, incluso entre religiosos, que no comprenden los deberes de un Hermano Director y desconocen las ventajas y la felicidad de la obediencia; por eso levantan rumores, a los que un buen religioso no debe hacer caso alguno. “

Podríamos traer otros casos parecidos. Basten los aquí referidos para conocer el espíritu profundamente religioso de los primeros Hermanos y la prudencia con que el Padre Champagnat ejercitaba su virtud, la fortalecía y desarrollaba, probándola de múltiples formas.

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XVII**

*Esmero en la formación de los Hermanos Directores*

La tarea del piadoso Fundador habría sido más fácil de limitarse sólo a los religiosos. Pero, por la naturaleza misma de su Instituto, los Hermanos deben ser todos, o casi todos, Superiores, pues todos van a tener bajo su responsabilidad a otras personas, ya se trate de Hermanos o de niños, a los que deben vigilar, orientar y educar. Por eso tenía que inculcarles y hacerles adquirir las cualidades necesarias para desempeñar debidamente esta función, tan importante como difícil.

Efectivamente, nada hay más sublime que la dirección de almas. Por eso dice san Gregorio<sup>984</sup> que el gobierno de las personas es el arte de las artes y la ciencia de las ciencias. “Si es difícil obedecer -añade el santo doctor-, incomparablemente más difícil es mandar. Y estas dificultades se multiplican cuando se trata del gobierno de una comunidad, donde no basta con preparar a los religiosos para una vida digna, honrada y civilizada, sino que hay que llevar los a Dios y a la perfección.”

Una comunidad -y en ciertos aspectos también una clase- es un cuerpo moral, cuya cabeza es el Superior, y los súbditos, los miembros. Ahora bien, lo mismo que la cabeza transmite al resto del cuerpo todo su influjo, bueno o malo, igualmente el Superior transmite a los súbditos su espíritu y actitudes, sus defectos y virtudes. Por eso afirman los Santos Padres que una comunidad es casi siempre lo que es su Superior<sup>985</sup>.

“Los defectos que se dan en una comunidad -dice san Vicente de Paúl- proceden ordinariamente del descuido del Superior, lo mismo que el buen comportamiento de los miembros y sus virtudes dependen de la regularidad y prudencia en el gobierno de quien los guía.

Normalmente, las mismas causas producen los mismos efectos: así, una oveja viene de otra oveja, un hombre de otro hombre. Si el responsable de guiar a los demás está imbuido del

<sup>984</sup> SAN GREGORIO MAGNO, Règle Pastorale, vol. 1, cap. I. BAC 170, 108.

<sup>985</sup> Si 10, 2. En las Biografías de algunos Hermanos, el autor escribe: “Una comunidad es, de ordinario, lo que es el jefe. Esto es lo que ha querido darnos a entender el Espíritu Santo cuando dice: “Como es el príncipe, así son los ciudadanos” (Eclo 10, 2).

espíritu humano, quienes lo escuchen y traten de imitarlo se volverán humanos. Cuanto diga y haga contribuirá a inculcarles apariencia de virtud, pero no virtud sólida.

Les infundirá el espíritu que lo anima, lo mismo que los maestros modelan a sus discípulos según su propia conducta. Cuando un Superior se halla empapado del espíritu de Dios, sus actos son otras tantas lecciones mudas que inducen al bien; sus palabras son siempre eficaces, ya que irradia cierto influjo que edifica a sus súbditos y los mejora sin que ellos lo adviertan<sup>986</sup>.”

Un Superior, en una palabra, es para su comunidad como el injerto para el árbol. Si la planta matriz es de buena especie y el injerto de calidad, el árbol dará frutos excelentes; por el contrario, si el injerto es una especie degenerada y silvestre, el árbol producirá frutos silvestres. El Superior modela a los discípulos a su imagen y semejanza. Sus faltas se imitan indefectiblemente, su contagio se propaga como el fuego; son como pecados originales que contraen cuantos son testigos de ellos.

El Superior es el espejo de la comunidad, y ésta el eco de la conducta del Superior. Así como el éxito o el fracaso de una guerra se atribuye al general del ejército, los vicios y las virtudes de una comunidad tienen casi siempre su origen en los defectos y las virtudes del Superior<sup>987</sup>.

El Padre Champagnat repetía con frecuencia estas máximas y estaba tan profundamente convencido de su valor que afirmaba que el porvenir del Instituto dependía totalmente de los Hermanos Directores. Después de esto, no sorprenderá que fuese tan cauto y, en ocasiones, meticuloso en la selección de Directores y considerase su formación en la dirección de las escuelas y gobierno de las casas como uno de sus deberes fundamentales.

Para acertar en tarea tan difícil utilizaba los tres medios siguientes:

1. Durante los meses de vacaciones<sup>988</sup> daba frecuentes charlas a los Hermanos Directores sobre el gobierno de las comunidades, la administración de las temporalidades y la dirección de las clases. En estas conferencias trataba exhaustivamente de las virtudes imprescindibles a un buen Superior y de los medios para conseguirlas; de las obligaciones del educador y del Hermano Director, y del modo de cumplirlas.

Después de una instrucción sobre este tema capital, un Hermano Director le dijo:

-Padre, si ésas son las obligaciones de un Superior, no me considero capacitado para serlo. Le ruego, pues, que me releve de un cargo cuya responsabilidad me asusta.

-Hermano, cuando Dios confía un empleo por vía de obediencia, da al mismo tiempo las ayudas y gracias necesarias para desempeñarlo debidamente<sup>989</sup>. Así, las obligaciones de estado, lejos de suponer un obstáculo para la salvación, son, por el contrario, un medio de perfección y

<sup>986</sup> (LOUIS ABELLY, *La Vie Vénérable Serviteur de Dieu, Vincent-de-Paul*, Liv. III, secc. 3, págs. 360-363. Lambert, Paris, 1664).

<sup>987</sup> Esta doctrina la repite o completa el H. Juan Bautista en la “Introducción” al Superior Perfecto (cfr. pág. 10 y ss.). Ed. Luis Vives, Zaragoza, 1945. Y también CM II (cfr. pág. 244). Ed. Luis Vives, Zaragoza, 1979.

<sup>988</sup> Hubo años en los que las vacaciones se iniciaban a finales de septiembre (LPC 1, doc. 132, pág. 267). El Padre Champagnat sigue con los Hermanos Directores la misma estrategia que con los dedicados a la enseñanza, según atestigua el inspector Dupuy: “El señor Champagnat... durante quince días de vacaciones, reúne a todos los maestros y los prepara con un cursillo que va mejorando cada año. El inspector ha estado presente por dos veces en tales cursillos, ha leído sus programas y sólo elogios le merece tal iniciativa. En su jira examinó de modo especial las escuelas que dirigen... y en todas ha comprobado que hay orden, excelentes métodos y una enseñanza que, en Bourg.Argental, será muy pronto de primer grado” (RLF, pág. 107). Para la organización de conferencias, véase también LPC 1, doc. 313, pág. 566 y ss.

<sup>989</sup>SANTO TOMÁS, Suma 3.27. 4c.

ocasión de ejercitarse en grandes virtudes, si se corresponde a las gracias recibidas. Rechazar un cargo que Dios confía no es huir de los peligros que amenazan la salvación, es exponerse al mayor de todos ellos: escamotear los planes de la Providencia, dejar baldíos los dones y gracias de Dios y correr el riesgo de condenarse como el siervo holgazán que había escondido<sup>990</sup> su talento.

“¿Qué habría ocurrido si san Francisco Javier, con la disculpa de que su misión era peligrosa, hubiera rehusado obedecer y seguir la voz de Dios que lo llamaba a las Indias? Hubiera tenido que responder ante el tribunal del supremo juez de las almas por las que trabajó con tanto éxito y que, sin él, hubieran permanecido sumidas en sombras de muerte<sup>991</sup>. San Francisco Javier<sup>992</sup> estaba tan persuadido de esta verdad, que llegó a decir que no lograría evitar el infierno si rehusaba ir a predicar el Evangelio al Japón.

El peligro no está, pues, en el cargo, sino en la infidelidad a la gracia. Quien rechaza un cargo que Dios le confía, asume la mayor y más terrible de las responsabilidades.”

En dichas conferencias, el piadoso Fundador daba a los Hermano total libertad para que le plantearan sus dificultades, le expusieran las dudas y cuanto les preocupaba en el ejercicio de sus fundaciones. Los Hermanos aprovechaban ampliamente dicha libertad y cada uno hacía sus observaciones, manifestaba sus sentimientos y escrúpulos sobre numerosos aspectos de la administración y dirección de las casas o le preguntaba cuál era, en determinados casos, la solución más conforme con la Regla y con el espíritu del Instituto, y cómo debían actuar en infinidad de asuntos propios del Hermano Director.

2.- Con frecuencia admitía en su Consejo a los principales Hermanos y casi nunca resolvía nada sin consultarlos. Opinaba que iniciar a los Hermanos en los problemas del Instituto y consultarlos sobre las Reglas que estaba elaborando y sobre el método pedagógico que iba a adoptar, era una manera segura de ir formando su pensamiento, rectificar sus ideas, desarrollar sus criterios, hacerles adquirir experiencia y enseñarles a enjuiciar y apreciar las cosas para poder realizarlas luego con competencia y acierto.

A veces, después de haber discutido en Consejo las ventajas y los inconvenientes de alguna decisión o de un asunto, encomendaba su ejecución a un Hermano, dejando a su criterio realizarla como mejor le pareciese. Concluida la tarea, le pedía cuenta de cómo la había realizado; elogiaba y aprobaba lo que consideraba acertado; indicaba qué medios habían podido utilizarse para obviar tal dificultad, vencer un obstáculo, conciliar una discrepancia; o bien se limitaba a decir que, si se hubiera seguido otro camino, podría haber resultado mejor.

3.- Tenía frecuentes contactos con cada Hermano Director para pedirles cuenta de su gestión, de las dificultades que habían encontrado con los Hermanos, con las autoridades, con los alumnos o los padres. Elogiaba o reprendía la conducta seguida en cada caso y les indicaba el camino que, en situaciones parecidas, podían seguir en lo sucesivo.

En dichas entrevistas personales, pedía transparencia total. “No se forma uno ni adquiere experiencia ocultando las faltas o imprudencias cometidas, sino exponiendo con sencillez su comportamiento a quien tiene el derecho y la obligación de examinarlo. El que en comunidad teme la supervisión y no le gusta ser amonestado ni dirigido, no es capaz de responsabilizarse

<sup>990</sup> Mt 25, 25.

<sup>991</sup> Jb 3, 5; Sal 22, 4; 87, 7; 106, 14; Lc 1, 79.

<sup>992</sup> Carta al P. Ignacio de Loyola, de 12 de enero de 1549 (BAC 100, 283).

de los asuntos ni de guiar a los Hermanos. Más aún, le resultará imposible desempeñar debidamente ningún empleo y terminará por ser un inútil. Por perfecta que sea la visión de una persona, es siempre débil y limitada: las gafas o los instrumentos ópticos le permiten ampliarla hasta alcanzar los espacios siderales. Lo mismo sucede con la perspicacia y la inteligencia de un Hermano: por muy agudas que sean, si este Hermano se reduce a sí mismo y a su débil razón, sólo captará y comprenderá las cosas a medias; y nunca será capaz de desempeñar un empleo de confianza ni logrará hacer el bien que Dios espera de él.”

A lo largo del año, todos los Hermanos Directores debían escribirle al menos cada dos meses<sup>993</sup>, para darle cuenta de los asuntos de la casa, del comportamiento de los Hermanos, de la situación de la escuela y para conocer a su opinión sobre casos imprevistos.

En fin, a estas medidas para formar a los Hermanos en la dirección de las casas, añadía fervientes plegarias para pedir a Dios hombres idóneos par este cargo.

Quería, y lo repetía a menudo, que el rezo diario del oficio de la Santísima Virgen y la comunión<sup>994</sup> del jueves se ofrecieran par conseguir de Dios buenos Hermanos Directores y Superiores dignos.

Buen espíritu, entrega al Instituto, mucho tacto, amor al orden y a la economía, fidelidad a la Regla, auténtica piedad y, ante todo, caridad, humildad y prudencia eran las cualidades y virtudes que exigía a un Hermano para encargarle la dirección de los demás. No le importaban demasiado la capacidad y los talentos, si no iban acompañados de esas virtudes en grado suficiente para gobernar debidamente una comunidad. Por eso, a los Hermanos con mayor preparación académica no siempre los nombrara Directores; al contrario, a veces los ocupaba en los oficios más modestos de la casa. Esto desconcertaba a la gente que juzga sólo por apariencias y por lo que llama la atención.

En cierto municipio, las autoridades locales, después de visitar la escuela, que funcionaba muy bien, comentaban al despedirse: “No hay quien entienda a estos Hermanos. Actúan al revés de los demás: el Hermano mejor preparado lleva la clase de párvulos; en cambio el que parece menos instruido dirige la casa.” Y era cierto. Lo que no impedía que las clases funcionaran a la perfección, pues el Hermano Director, con una preparación muy deficiente, poseía las mejores cualidades para dirigir la escuela y orientar a los Hermanos.

Aunque el piadoso Fundador solía colocar al frente de las casas a personas de edad madura, no siempre consideraba la edad como factor determinante en el nombramiento o en la exclusión del cargo.

Cierto día, alguien le manifestó su extrañeza al ver que encargaban la dirección de un centro importante a un Hermano joven. El Padre le respondió: “Hay jóvenes que son viejos y viejos que han sido niños toda la vida<sup>995</sup>. Ese Hermano, aunque joven, tiene madurez de juicio, prudencia y sabiduría, cualidades fundamentales en un Director. Por eso está más preparado para asumir el cargo que otros con más años que él.”

<sup>993</sup> Regla de 1837, cap. VII, art. 1, pág. 52.

<sup>994</sup> “En 1831, varios Hermanos comulgaban ya los martes. La comunión del sábado se generalizó algo más tarde... El Padre permitía, a veces, comulgar dos días seguidos, y excepcionalmente tres, pero nunca cuatro comuniones seguidas, por temor a que se acostumbraran a hacerlas sin preparación” (AA, págs. 328-329).

<sup>995</sup> Qo 4, 13.

Sin embargo, sólo nombraba Directores a Hermanos profesos<sup>996</sup>, que, por tanto, habían vivido ya unos cuantos años en el Instituto y habían tenido tiempo de identificarse con su espíritu, formarse en la virtud y adquirir experiencia. “La profesión -decía al respecto- es imprescindible para asumir el gobierno de una casa. Y ello por tres motivos:

1. Porque es conveniente que los Hermanos sean dirigidos, orientados y formados por un profeso perpetuo y no por un extraño o novicio.
2. Porque hacer la profesión supone poseer las virtudes propias de un buen religioso, tener las cualidades necesarias a un miembro del instituto y estar preparado para alcanzar la finalidad del mismo.
3. Porque la dirección de las almas y la santificación de los niños son fruto de la cruz, y sólo por la cruz se pueden conseguir. El cargo de Director exige, pues, necesariamente religiosos crucificados, es decir, hombres abnegados, sacrificados, mortificados; hombres que conozcan el misterio de la cruz. Ahora bien, conocer el misterio de la cruz exige estar profundamente persuadido de que las obras de Dios llevan este sello sagrado; supone considerar la cruz como prenda de éxito e instrumento eficaz para aceptar en el oficio de catequista y en la dirección de los Hermanos.

Es imposible realizar el bien sin encontrar la oposición del demonio y del mundo. La cruz y el sufrimiento son necesariamente el premio del hombre que realiza la obra de Dios y trabaja útilmente en la salvación de las almas. Por tanto, quien teme las contradicciones, las persecuciones y las pruebas; el que retrocede y se desconcierta ante los obstáculos; el que se desalienta y descorazona ante las dificultades, demuestra que no entiende nada del misterio de la cruz y, por tanto, no sirve para el cargo de Director.”

Para desempeñar convenientemente un empleo es necesario tener idea exacta de dicho empleo y de las obligaciones que conlleva. Desgraciadamente no es difícil encontrar personas de gobierno que tienen una idea peregrina de la autoridad, que consideran el cargo como un medio de conseguir ventajas personales o como halago del amor propio. No menos sorprendente es encontrar, a veces, personas que desean el cargo de Superior. ¡Se necesita estar ciego, carecer de virtud y espíritu religioso, para dejarse dominar por pensamientos semejantes! Desear un cargo es, normalmente, señal de que no se poseen las aptitudes necesarias para desempeñarlo; es manifestar que no se conocen los deberes ni la responsabilidad propia de un Superior.

Sin duda, a esos religiosos se refería el Padre Champagnat cuando decía en una conferencia:

“Hay Hermanos Directores que cifran su autoridad en dar la clase superior, ser dueños del dinero, reservarse lo mejor, acumular chucherías, exhibirse ante el público, permitirse toda clase de libertades, hacerse servir y, a veces, tratar con despotismo a los Hermanos. ¿Qué despreciables son tales Directores y qué dignos de lástima sus súbditos! Bastan unos cuantos individuos así para introducir los abusos más peligrosos, para acabar con el espíritu religioso de una comunidad, trastornarla y echarla a perder. Dios nos libre de poner en manos de un Hermano con tal espíritu, capaz de portarse así, una sola de nuestras escuelas.”

Después de pronunciar estas palabras con tono de voz enérgico, el piadoso Fundador tomó un respiro. Uno de los Hermanos veteranos se levantó y le dijo:

---

<sup>996</sup> Cfr. Status de la Société de Marie, art. 7: “Un Hermano no podrá ser nombrado Director de una casa hasta que haya hecho la profesión” (AFM 132.7, página 3).

-Padre, todos ratificamos y aceptamos lo que acaba de exponer y confiamos en que Dios no consentirá que ninguna de nuestras casas llegue a estar gobernada por un Hermano que desconozca hasta ese punto sus obligaciones. Pero antes de terminar esta conferencia, quisiéramos que nos dijese en qué debe hacer consistir la autoridad un buen Hermano Director.

-Con mucho gusto -respondió el Padre-. Un Hermano Director que tenga el espíritu de su estado y comprenda las obligaciones que le impone el cargo, hace consistir su autoridad en lo siguiente:

“1. Hacer observar la Regla y mantener el espíritu de piedad en la comunidad. A tal fin, primero empieza por dar ejemplo de puntualidad y regularidad: exhorta, instruye y enseña con su ejemplo lo que debe hacerse. Luego procura, con prudente firmeza, que todos los Hermanos cumplan con su deber, sean fieles a la Regla y se porten en todo según el espíritu y modo de vivir del Instituto. A este propósito, me complace referir la hermosa respuesta de un Hermano Director a uno de sus súbditos. Se trataba de un Hermano que después de haber cambiado varias veces de comunidad, sin que por ello hubiera alcanzado mayor fidelidad a la Regla, argumentaba que en las casas de donde venía se hacían determinadas cosas contrarias a la Regla, que había comunidades que hacían de este o del otro modo, y que no comprendía por qué no se hacía igual en la casa adonde llegaba. Hermano-le contestó el prudente Director-, aquí no nos guiamos por lo que hacen en otros sitios. Nos conformamos con cumplir lo mejor que podemos lo establecido por la Regla. De modo que no vuelva a hablarme de lo que ha visto o de lo que se hace en otras comunidades. Limítese a indicarme las faltas a la Regla que pueda observar: le aseguro que haré todo lo posible por remediarlo.

Así debieran hablar y actuar todos los Hermanos Directores.

2. Entregarse en cuerpo y alma a su oficio, a la dirección de la casa: estar siempre al frente de su comunidad; presidir los ejercicios de piedad, los recreos, estudios y comidas; ser siempre el primero en guardar el silencio, entregarse al estudio, mantener el orden y limpieza, trabajar en la huerta<sup>997</sup>, acompañar a los niños. El tiempo del Hermano Director, su talento, sus desvelos y trabajos son de la comunidad. Éstas son las ocupaciones que han de llenar su jornada: entregarse a la enseñanza y educación de los niños; interesarse por las clases y estar al tanto del trabajo que en ellas se realiza<sup>998</sup>; orientar a los Hermanos, formarlos en la virtud y en los conocimientos propios de su profesión, seguir cuidadosamente su conducta para darles avisos, consejos, reprimendas o ánimos, según convenga, y administrar las temporalidades de la casa. No debe inmiscuirse en asunto extraño alguno, ni entregarse a ningún estudio ajeno a su trabajo y cargo de Director.

3. Hacerse el servidor de todos sus Hermanos, de modo que pueda decir, a ejemplo de Jesucristo: Estoy entre vosotros como quien sirve<sup>999</sup>. Una de sus primeras obligaciones era preparar a los Hermanos para los distintos cargos del Instituto. Para ello necesitaba saber de todo, a fin de darles lecciones prácticas, ejecutando a la vista de los Hermanos lo que éstos no sabían hacer. Un Hermano Director ha de gobernar a los súbditos, como una madre a sus hijos o una hermana de la caridad a sus enfermos: con amor, solicitud, cuidados asiduos, y una atención

<sup>997</sup> El prospecto de 1824 exigía una huerta (OME, doc. 28[11], pág. 88).

<sup>998</sup> “Hermano Director examinará cada quince días a los alumnos que estén preparados para cambiar de lección; además de esto, estará perfectamente enterado del comportamiento y de los progresos de todos los alumnos para poder informar en cualquier momento” (Regla de 1837, cap. III, art. 9, pág. 29).

<sup>999</sup> Lc 22, 27; Mt 20, 26-28; Mc 10, 43-45.

permanente para aliviar a los que sufren, socorrer a los necesitados, animar a los abatidos y proveer a las necesidades de todos.

4.- Ser el intercesor de los Hermanos ante Dios, orando continuamente por ellos. El Superior, como Moisés<sup>1000</sup>, debe tener los brazos continuamente levantados hacia el cielo para atraer la misericordia de Dios sobre sus Hermanos y suplicarle que los libre de los lazos del enemigo de la salvación. Un Hermano Director debe pedir a Dios con fervor y perseverancia lo que sus lecciones, consejos oportunos y reprensiones no han podido conseguir. el bien sólo puede lograrse por medio de la oración. Por eso, un Hermano Director que no posea sólida piedad carecerá de la gracia para acertar en su empleo y formar en la virtud a los Hermanos y a los niños.

5. Velar por la pequeña grey que Dios le ha confiado. Una vigilancia que debe abarcar estos aspectos:

a) Informarse de todo lo que sucede en la casa y cerciorarse de que se sirve a Dios en ella, se observan las Reglas, se administran correctamente las temporalidades, reina el orden y los Hermanos se entregan con celo y abnegación a su empleo.

b) Acompañar a los Hermanos en su actuación diaria, para conocer sus defectos y cualidades, sus errores y progresos en la virtud, sus necesidades espirituales y materiales; para corregir lo defectuoso, conservar y perfeccionar lo bueno, y proporcionar a cada uno lo que necesita para adquirir las virtudes de su estado y cumplir el fin de su vocación.

c) Prevenir las faltas, asignando a cada uno lo que tiene que hacer; evitando las ocasiones de quebrantar la Regla, de molestar a los Hermanos o inducirlos a perder el tiempo y el recogimiento; amonestando y corrigiendo oportunamente, pues nada multiplica tanto las faltas como la impunidad.

d) Conseguir que todos los Hermanos asistan con asiduidad a los ejercicios de piedad y los hagan debidamente, que guarden silencio y eviten abusos en sus relaciones con los extraños y con los niños. Estos tres puntos son fundamentales. En resumen, el hermano Director debe cimentar su autoridad en mantener la Regla, trabajar denodadamente en bien de su escuela, hacerse el servidor de sus Hermanos, orar por ellos y prevenir con la vigilancia los abusos y las infracciones a la Regla.”

En otra conferencia acerca de los deberes y atribuciones de los Hermanos Directores, decía el piadoso Fundador:

“La autoridad de los que gobiernan una casa abarca siete fundaciones:

1. Enseñar. Es decir, que los Hermanos Directores tienen el derecho y el deber de mandar a los súbditos, de instruirlos y formarlos; explicar la Regla, y, en determinadas ocasiones, interpretar su sentido y aplicación, según el espíritu del Instituto.

2. Dirigir a los Hermanos en la regularidad, en la práctica de las virtudes y en todos los ejercicios de la vida de comunidad.

---

<sup>1000</sup> Ex 17, 10-13.



3. Velar para alejar el mal y cuanto pueda ser nocivo a las personas y a la institución.
4. Consolidar a los Hermanos en el cumplimiento de su deber y en el espíritu y la finalidad del Instituto.
5. Proveer con solicitud a las necesidades espirituales y materiales de los miembros de la comunidad, de modo que los súbditos no necesiten preocuparse de ellas y se ocupen totalmente de su santificación y empleo.
6. Respetar los derechos de cada uno, mantener la autoridad de los Hermanos jóvenes y asegurarles el respeto y docilidad de los alumnos; defender, si fuera preciso, al débil ante el fuerte, al oprimido frente al opresor.
7. Corregir y castigar compasiva y caritativamente los defectos y faltas de los buenos; mostrarse inflexible con los infractores de la Regla, con los perturbadores del descanso de los demás, con los promotores de abusos y escándalos, pues de todo Superior puede decirse: por algo lleva la espada<sup>1001</sup>.”

Después de haber dado a conocer a los Hermanos Directores en qué tenían que hacer consistir su autoridad, y de haberles indicado las atribuciones de dicha autoridad, se esforzaba en prevenirlos contra los defectos que podían disminuirla e incluso hacérsela perder totalmente. Los cuatro principales que señalaba son: facilidad en quebrantar la Regla, falta de dignidad, inconstancia y susceptibilidad.

“Si olvidáis la Regla, desobedecéis a Dios -decía-, y vuestros súbditos os desobedecerán; si despreciáis la Regla y la voluntad de Dios, vuestra autoridad se debilitará, y vuestras órdenes, e incluso vosotros mismos, seréis despreciados. ¡Cuántas veces he oído a Hermanos jóvenes hablarme de este modo: Desde que me di cuenta de que el Hermano Director no cumplía la Regla, perdí totalmente la confianza en él. Ya nunca llegaré a apreciarlo porque no es observante. Cada vez que lo veo faltar a la Regla sin motivo, siento deseos de despreciarlo y desobedecerlo.

De ese modo pierde su autoridad y a sus Hermanos quien no es observante ni estima la Regla.

La falta de dignidad no es menos nociva para la autoridad. Un Hermano Director da trato excesivamente familiar, superficial, disipado, amigo de bromas, no circunspecto en su conducta, que no observa la gravedad y modestia propias de un religioso, nunca conseguirá el respeto y sumisión de sus súbditos.

La susceptibilidad y la inconstancia, el cambiar a la ligera de conducta, molestarse, enfadarse por minucias, son también enemigos peligrosísimos de la autoridad. El que gobierna sólo debe inmutarse y exteriorizar su disgusto cuando se ofende a Dios; en todo lo demás, debe permanecer impassible. Es lógico que un Superior defienda sus derechos y autoridad, pero sin excesivo celo. Para mantener la autoridad, debe permanecer dentro de unos límites, ya que exigir demasiado es el medio de no conseguir nada.”

Finalmente, el Padre Champagnat, en sus charlas, en las cartas a los Hermanos Directores y entrevistas personales con ellos, les dio una serie de normas y consejos muy adecuados para la

---

<sup>1001</sup> Rm 13, 4.

dirección de las comunidades. Al no poder incluirlos aquí, vamos a ofrecer al menos los que le eran más habituales.

“Algo que hay que tener muy en cuenta -decía- es que la autoridad se fundamenta en el respeto. Ahora bien,, el Hermano Director debe empezar por respetarse a sí mismo. Para ello es indispensable obrar en todo con exquisita prudencia; debe ser reservado, serio, modesto en todo su comportamiento y discreto en su hablar; debe ocultar cuidadosamente sus defectos, limitaciones e ignorancia, y tratar de evitar cuanto pueda atraerle censura o críticas.

Además ha de respetar él mismo su propia autoridad, y para ello, emplearla siempre con moderación y prudencia; no comprometerla con órdenes injustas, disparatadas o fuera de lugar; precaverse de todo prejuicio y evitar corregir o reprender con enfado, ira, arrebato o pasión.

Finalmente, debe respetar a sus súbditos. Pero, ¿qué debe respetar en ellos?

1. Su persona, utilizando modales amables, mandando con suavidad, tratándolos como a Hermanos, miembros de un mismo cuerpo, como a sí mismo.
2. Sus derechos, atendiendo sus sugerencias y disculpas, teniéndolas en cuenta cuando son fundadas, dándoles plena libertad para acudir al Superior mayor cuando lo deseen.
3. Su autoridad, guardándose mucho de reprenderlos delante de los alumnos o hablarles sin miramiento. Un Hermano Director puede y hasta debe reservarse la corrección de las faltas graves de los alumnos, pues supondría quitarles autoridad y la posibilidad de mantener la disciplina en clase. El Hermano Director no debe hacer basar su autoridad en reservarse el derecho de castigar a los niños, sino en reforzar la autoridad de los Hermanos. Para ello ha de visitar las clases a menudo, pedir públicamente a los Hermanos informes sobre el comportamiento de los alumnos, solicitar incluso un informe minucioso por escrito, premiar y felicitar a los que lo merezcan por su buen comportamiento y censurar y corregir a los que no trabajan o cometan faltas graves.
4. Sus canas, si son ancianos; su candor, inocencia y fragilidad, si son jóvenes.
5. Sus virtudes, especialmente el aprecio de la Regla, el respeto, confianza y transparencia con el Superior.”

“Hay dos tipos de autoridad: la de derecho, conferida por cargo, y la autoridad moral, fruto de la preparación, el criterio recto y la virtud.

La primera no existe sin la segunda; de ahí la necesidad por parte del Director de ser virtuoso y dar buen ejemplo a los Hermanos.

Todo Superior debe actuar de modo que pueda decir a sus súb-

ditos como san Pablo a los primeros cristianos: Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo<sup>1002</sup>.

---

<sup>1002</sup> 1 Co 4, 16; 11, 1.

Un Hermano Director tiene tantos imitadores de sus actos y conducta como Hermanos dirige y niños educa. Lo bueno y lo malo que hace tienen, pues, gran alcance, lo mismo que los premios o castigos que de su actuación se deriven.

Para conseguir la docilidad de sus súbditos; para ganarse su confianza y cariño, el Hermano Director debe distribuir el trabajo conforme a las fuerzas y capacidad de cada uno, pues exigir a un Hermano más de lo que puede, es una injusticia, es condenarlo al desaliento: terminará por echarlo todo a rodar. Un Hermano, por inexperiencia, falta de autoridad o preparación, apenas tiene disciplina en clase y los resultados de sus alumnos son pobres...; otro, encargado de la cocina, no consigue, por idénticas razones, dar satisfacción en su trabajo: conformados con la buena voluntad de cada uno y no los desaniméis manifestando desagrado, riéndolos y exigiéndoles más de lo que pueden. Para actuar correctamente, es decir, para ser justo con los que se hallan bajo su tutela, un Hermano Director necesita espíritu de sabiduría y prudencia, que es la brújula de todo buen Superior. Este espíritu de sabiduría y reflexión le apacitará para apreciar con exactitud los talentos, aptitudes, fuerzas, salud y virtud de cada uno, y asignarle un trabajo apropiado.”

La práctica de estas reflexiones, tan prudentes y tan llenas del espíritu de Dios, proporcionará a cada Hermano Director que las tome como norma de conducta, el respeto y docilidad de sus Hermanos, le hará llevadera la carga y le dará la satisfacción de realizar todo el bien que Dios quiere de él.

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XVIII**

*Cómo se ingeniaba para mantener a los Hermanos en su vocación*

La vocación<sup>1003</sup> es un asunto de capital importancia. Es la base en la que se fundamenta el edificio de la vida. De nada depende tanto la salvación como de la correcta elección de la vocación: porque es evidente que casi todos los pecados de los hombres provienen del mal camino elegido. La vocación es para cada uno de nosotros el camino real de salvación; el punto esencial del que depende la vida eterna, ya que por la vocación se alcanza la justificación y por

---

<sup>1003</sup>El autor restringe aquí el sentido de la palabra a la llamada a la vida religiosa.

ésta la glorificación, es decir, la bienaventuranza<sup>1004</sup>. Quien rompa este orden, esta cadena, difícilmente podrá salvarse. Así piensan Bourdaloue y san Alfonso María de Liguorio<sup>1005</sup>.

Después de haber leído a los Hermanos los pasajes que acabamos de citar, el Padre Champagnat añadía:

“Las ventajas de la vida religiosa son tantas y tan excelentes, que nunca las podremos comprender; son tan numerosas, que necesitaría muchas horas para enumerarlas. Me limitaré a señalar una que para nosotros es motivo de dulce e inefable consuelo: la vocación religiosa es señal de predestinación<sup>1006</sup>. En ningún lugar es más fácil y segura la salvación como en la vida religiosa. Esta seguridad se fundamenta:

1. *En las mismas palabras de Nuestro Señor*, que nos asegura en el evangelio: “Quien deje por mí casa, hermanos y hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.”<sup>1007</sup> No olvidemos que quien habla de este modo es la misma verdad y que da siempre más de lo que promete. Para la gente del mundo, esta verdad es tremenda: son más los llamados que los escogidos<sup>1008</sup>. Para los religiosos, sucede precisamente lo contrario: pocos son los llamados a la vida religiosa y muchos los elegidos<sup>1009</sup> para la vida eterna.

2. *En la abundancia de los medios de salvación*. Puede afirmarse con certeza que a los religiosos se les prodigan a diarios los medios de salvación para conseguir la santificación de los Superiores, retiros, gracias actuales, auxilios de todo tipo. No podemos imaginar que Dios haga tanto por un alma destinada a la condenación. Si concede tantas gracias a los religiosos, es porque desea ardientemente su salvación, porque los llama a la perfección y los destina a un grado eminente de gloria en el cielo.

3. *En el alejamiento de los peligros*. Es cierto que en cualquier lugar se puede ofender a Dios y perder el alma, porque siempre nos acompaña la libertad y la triste inclinación al mal, que, heredada de nuestros primeros padres, nos es innata. Sin embargo, podemos decir que es tan difícil para un religioso caer en pecado, como para la gente del mundo evitarlo y sustraerse a su influjo, a causa de los peligros a los que se ven expuestos y de los malos ejemplos que presencian a diario. Ciertamente, en ningún estado se encuentra uno a cubierto de la tentación y los lazos del demonio como en el estado religioso. Si un Hermano con vocación no conserva la gracia y la virtud, en ningún otro sitio podrá conservarlas.”

Estas ventajas<sup>1010</sup> justifican que el Padre Champagnat dijera que el hombre no puede apreciar y evaluar con certeza la excelencia y precio de la vocación religiosa; sólo en el otro mundo podrán apreciar los Hermanos cuánto hizo Dios en su favor, cuánto los amó y distinguió.

<sup>1004</sup>Rm 8, 30.

<sup>1005</sup>“Es evidente que nuestra salvación depende de modo especial de la elección de estado... Y desde luego, dicha elección es el punto fundamental del que depende la conquista de la vida eterna. A la vocación sigue la justificación, y a ésta sigue la glorificación, es decir, la vida eterna” (A. M. LIGUORI, *Oeuvres ascétiques*, vol. 9, “La vocation religieuse”, chap. I, pp. 247-248. Éd. Paul Mellier, Paris, 1843).

<sup>1006</sup>El H. Juan Bautista desarrolla el mismo tema en BQF, pág. 419. CM II, página 314 y ss. De. Luis Vives, Zaragoza, 1979.

<sup>1007</sup>Mt 19, 29.

<sup>1008</sup>Mt 22, 14; Lc 13, 23.

<sup>1009</sup>“Esta vocación, que Dios te ha regalado por su infinita bondad para sacarte de la multitud y colocarte entre los príncipes electos del paraíso, podría transformarse por tu culpa, si eres infiel a Dios, en un infierno especial para ti. Escoge, ya que Dios pone la elección en tus manos. Escoge o ser rey excelsa en el paraíso o condenado a mayor tormento que los demás en el infierno” (A. M. LIGUORI, *Oeuvres ascétiques*, vol 9, “La vocation religieuse”, p. 295. Éd. Paul Mellier, Paris, 1843).

<sup>1010</sup>“Si consideramos por un lado nuestra debilidad, y por otro la insistencia del demonio en tentarnos, deduciremos que no hay mejor medio de fortalecernos y cerrarle todos los accesos, que consagramos a Dios con los votos que pronunciamos” (PPC, parte tercera, tratado II, cap. 3, “Ventajas de los votos”):

En cierta ocasión vio a lo lejos a un Hermano que no llevaba rabat, lo tomó por un sacerdote y preguntó:

-¿Quién es aquel sacerdote que viene hacia aquí?

-No es un sacerdote -le respondieron-, no es más que un Hermano.

-¡Un Hermano -replicó él con viveza- es algo muy grande. Es una alma predestinada a elevada virtud y sobre la que Dios tiene designios especiales de misericordia! ¡Es un hombre para quien el mundo no es bastante grande y a quien sólo el cielo puede satisfacer!

Un día se presentaron dos jóvenes para pedir el ingreso en el Instituto.

-¿Por qué venís y qué motivo os impulsa? -les dijo.

-Queremos ser Hermanos.

-Y ¿sabéis qué significa hacerse Hermano? Hacerse Hermano es comprometerse a hacerse santo. Todos los Hermanos de María deben ser santos. En ello deben empeñar sus fuerzas durante toda su vida. Si estáis sinceramente dispuesto a ello, es decir, a trabajar toda la vida en vuestra santificación y poner todo el empeño en adquirir virtud sólida para hacer el mayor bien posible, entonces sí que servís para ser de los nuestros. Si no estáis en esta disposición, el tiempo y será preferible que volváis por donde habéis venido y tratéis de ser buenos cristianos en el mundo.

Nadie extrañará, después de esto, sus esfuerzos para formar a los Hermanos en la virtud y conservarlos en su vocación. Cuando notaba en alguien señales de disgusto, lo llamaba, lo animaba y no lo dejaba hasta conseguir que las tentaciones desaparecieran.

Un Hermano<sup>1011</sup> de los más piadosos de la casa se ocupaba preferentemente de los recién llegados y de informarle de quienes encontraban más dificultades de adaptación o de los que vacilaban en su vocación. Cuando se le señalaba alguno, lo llamaba, o bien se hacía el contradicho con él, ya pidiéndole que lo acompañase en algún viaje o en un paseo, ya haciendo que le ayudase en algún trabajo manual, y no lo dejaba hasta que no lo veía firmemente dispuesto a perseverar en su santo estado. Poseía muchas habilidades y se valía de mil pretextos para eliminar las tentaciones contra la vocación y para infundir ánimos a quienes se amilanaban por las pruebas o dificultades de la vida religiosa. A uno le hacía prometer que permanecería unos días más, dándole palabra de que le dejaría marchar si no se le pasaba el disgusto. A otro le encargaba un empleo de confianza, diciéndole que estaba seguro de que lo haría muy bien. A éste lo animaba a hacer una novena, prometiéndole que si, al acabarla, no había cambiado de opinión, no se opondría a sus deseos. Aconsejaba a aquel que siguiera algún tiempo más para completar su instrucción y, mientras el joven se ocupaba de los estudios, le inspiraba hábilmente gusto por la vida religiosa y le convencía para que la abrazara.

Un postulante joven se sintió desanimado a los pocos días de llegar y, llevado de su volubilidad, regresó a su familia. Unos años después, pidió reingresar en el Instituto. El Padre Champagnat, que había descubierto en él ciertos valores, lo acogió bondadosamente y no escatimó esfuerzos

---

<sup>1011</sup>Frère Stanislas (MEM, pág. 115).

para que se sintiera a gusto. Pero el inconstante joven, añorando las cebollas de Egipto<sup>1012</sup>, quiso retirarse nuevamente. El Padre, a lo largo de dos o tres años, utilizó, sin éxito, todos los recursos que le inspiró su celo para quitarle de la cabeza su intención de volver al mundo y aficionarle a su vocación. Una noche, el Hermano fue a ver al Padre y le manifestó que a toda costa estaba resuelto a retirarse, y que ni siquiera quería continuar al día siguiente, que era domingo. Efectivamente, salió a las cinco de la madrugada. El Padre, al no poderlo retener, lo deja marchar. Pero, esperando contra toda esperanza, dirige a Dios fervientes plegarias por aquel hijo pródigo, lo encomienda a la Santísima Virgen y pide a esta buena Madre que no lo abandone. Su oración fue escuchada. Aquella misma tarde, a las seis, el Hermano regresa a casa, se encamina directamente al aposento de su buen Padre, se arroja a sus pies y le suplica que lo reciba por tercera vez.

-Cómo, querido amigo, ¿ya está de vuelta? ¡Qué alegría! ¿Quién le ha sugerido tan buena idea?

-Padre -le respondió sollozando el Hermano-, he andado todo el día buscando trabajo para colocarme; nadie ha querido atenderme, por lo que deduje que Dios me castigaba y que había hecho mal al abandonar mi vocación. Debo confesarle, además, que, apenas salí de casa, me entraron remordimientos y empecé a lamentar la calaverada que acababa de hacer. Esta vez le aseguro de veras que quiero ser religiosos.

-¡Está bien, amigo mío! -le respondió el Padre-, nadie en la casa sabe ni sabrá que se había ido. Póngase el hábito, sea constante, y para eso entréguese confiadamente a Dios.

Nadie, efectivamente, supo lo ocurrido. Desde entonces, aquel Hermano se entregó sin reservas a su vocación, y hoy es uno de los Directores más observantes, piadosos, abnegados y adictos al Instituto.

Otro postulante, dotado de excelentes cualidades, disgustado de su vocación por la imprudencia de ciertas expresiones de un novicio con el que trabajaba, tomó la resolución de retirarse inmediatamente para evitar más gastos inútiles. Fue, pues, a ver al piadoso Fundador para exponerle su intención, pedirle el dinero que tenía en depósito y despedirse.

El Padre, profundamente afligido de perder un candidato en el que había puesto tantas ilusiones, hizo cuanto pudo para contrarrestar los perniciosos efectos de las palabras del novicio. Pero sólo pudo conseguir que el postulante se quedase unos días más, esperando regresar a su familia con un Hermano que tenía que ir al mismo lugar. Así las cosas, el Padre Champagnat mandó llamar a un Hermano piadoso e inteligente, encargado de la cocina, y le dijo: “Le voy a enviar a un postulante a quien aprecio mucho y que posee todas las cualidades para ser un excelente Hermano. La conversación con un novicio lo ha desanimado; pero estoy seguro de que, cuando vea buenos ejemplos, recuperará sus primeras disposiciones. Se lo voy a enviar a la cocina; téngalo ocupado, trate de ganar su confianza y conseguir que persevere en su vocación.”

El postulante fue a la cocina; pero, a pesar de los buenos ejemplos, consejos y ánimos del Hermano a quien le habían confiado, aumentaron tanto sus tentaciones y hastío que llegó a caer enfermo. Varias veces fue a ver al Padre Champagnat para que le permitiera retirarse. Pero él se arreglaba de tal manera, que siempre conseguía aplazar su partida.

<sup>1012</sup>“Cómo nos acordamos del pescado que comíamos de balde en Egipto, y los pepinos y sandías, y puerros y cebollas y ajos” (Nm 11, 5). “Todos los israelitas salieron, en efecto, de Egipto, pero no todos a gusto; por eso en el desierto muchos de ellos añoraban las cebollas y la carne de Egipto” (S. FRANCISCO DE SALES, Oeuvres complètes. “Introduction à la vie dévote”; vol. 2, partie première, chap. VII, p. 31. Éd. Béthume, Paris, 1833).

Entretanto, el demonio, que siempre busca pretexto para engañar a las almas, le tendió una nueva trampa. El Padre dio una instrucción a los Hermanos sobre las ventajas y obligaciones de la vida religiosa. El postulante en cuestión asistía también a ella, y en vez de entusiasmarse por los elogios que oía de tan santo estado, quedó, por el contrario, totalmente desanimado.

“No sé nada -decía-, no tengo memoria; ¿cómo quiere que retenga tantas cosas? Además, siento inclinaciones tan opuestas a las virtudes religiosas que, indudablemente, no estoy hecho para una vocación tan santa.”

Sacó la conclusión de que debía retirarse inmediatamente sin esperar al día siguiente. Con esta idea, después de la oración de la noche, subió al despacho del Padre para despedirse. Pero al ver que estaba rezando el rosario, se impresionó tanto que no se atrevió a distraerlo.

A la mañana siguiente, cuando ya se disponía a marchar, el Hermano cocinero le dijo con voz decidida:

-En vez de disponerse a volver al mundo, donde ya estuvo demasiado tiempo, vaya a pedir el hábito religioso. Ya sabe que dentro de ocho días va a tener lugar una ceremonia de vestición, usted debe ser uno de los candidatos.

-¿Qué me dice? -Repuso el postulante-, ¿Para qué quiero el hábito religioso si no siento ganas de ser Hermano, ni poseo las cualidades necesarias para esta vocación?

-Si no tuviese deseos de hacerse Hermano, no hubiera venido aquí. Respecto a las cualidades, ya las irá adquiriendo. Olvide, pues, esos pensamientos, y vaya inmediatamente a pedir el hábito: le aseguro que no se arrepentirá.

Al oír estas palabras, el postulante sintió que sus fantasías se disolvieron y, después de un momento de reflexión, fue a pedir el hábito. El Padre, aunque algo sorprendido por esta decisión, le contestó:

“Me parece estupendo; pero creo que tendrá que pensárselo mejor, pues no debiera vestir el hábito si no está dispuesto a llevarlo hasta la muerte.”

Como el postulante insistía, añadió: “Vaya al Hermano sastre y dígame que le haga una linda sotana.”

Desde aquel día, la paz de su alma se vio alterada con el pensamiento del mundo. Sin embargo, para darle tiempo a consolidar sus buenos propósitos, le aplazó la toma de hábito algunas semanas. Tomó, por fin, el hábito el quince de agosto de 1829, e hizo la profesión poco después, siendo modelo de todas las virtudes religiosas a lo largo de los veintidós años que vivió. Su nombre: Hermano Jerónimo<sup>1013</sup>.

El Padre Champagnat decía de él que servía para todo. Fue, sucesivamente, cocinero, panadero, hortelano y bodeguero. Cumplió satisfactoriamente estos oficios, sobresaliendo siempre en habilidad, limpieza, ahorro, amor al trabajo y entrega al Instituto.

<sup>1013</sup>El Hermano Jerónimo, Pierre Grappeloup (1803-1850), LPC 2, págs. 304-305. El 28 de abril de 1829, con 26 años, fue admitido como novicio, sin saber leer ni escribir (AFM), “Livre de comptes del P. Champagnat”, pág. 25). El Padre Colin había pensado en él como encargado de la huerta en Belley (OM 1, doc. 330 (3), pág. 744).

“Ese buen Hermano -decía el Padre Champagnat- apenas tiene instrucción; pero por su carácter y sus virtudes, vale lo que pesa en oro. Es uno de esos hombres excepcionales y preciosos que difícilmente pueden reemplazarse cuando Dios se los lleva.”

Al Padre le gustaba contar que varias veces lo sorprendió haciendo la ronda nocturna por la casa para comprobar que todo estaba en orden, las ventanas aseguradas y que no había peligro de incendio. Cuando oía que alguien andaba con cuidado para no hacer ruido por los pasillos y las habitaciones, a pesar de saber quien era, decía a veces:

-¿Quién anda por ahí?

-Soy yo, Padre.

-Yo, yo... ¿Quién es ese yo?

-El Hermano Jerónimo, Padre.

-¡Ah! ¿Así que es usted, Hermano Jerónimo? Pues no tenía por qué molestarse. ¿Qué hace aquí solo a estas horas?

-Pensé que a lo mejor se habían olvidado de cerrar alguna ventana y el viento podía romper los cristales, o que podía prender el fuego en algún sitio... y vine a dar una vuelta.

-Está bien, Hermano Jerónimo. Todo está en orden, así que vuelva a acostarse.

Nada agradaba tanto al Padre como esa solicitud y abnegación. “¡Ahí tienen -decía- un Hermano que ama de verdad al Instituto! Y no otros que sólo piensan en sí mismos y se contentan con hacer lo menos posible.”

Los últimos años de su vida tuvo el buen Hermano el empleo de cochero<sup>1014</sup> y recadero, y su virtud jamás se vio desmentida: era tan humilde, honrado y caritativo, cuando se le presentaba ocasión de servir al prójimo, que se ganó el cariño de todos y le tenían por santo. En medio de actividades tan absorbentes, se mantenía siempre unido a Dios. Evitaba encontrarse con extraños para no verse en la necesidad de hablar y perder el recogimiento. Nunca iniciaba él la conversación con los que encontraba; se limitaba a responder a las preguntas que le hacían y a intercambiar unas palabras de cortesía. Rezaba piadosamente el rosario y demás ejercicios de piedad mientras guiaba el caballo. Estaban tan acostumbrados los seglares a verle rezar y respetaban tanto su virtud, que todos se cuidaban mucho de no molestarle.

Este excelente Hermano murió víctima de su abnegación. Pasando por el centro de la ciudad de Saint-Chamond, se le desbocó el caballo, y él se lanzó para detenerlo, porque un poco más adelante la calle estaba llena de niños que salían del asilo. Pero se cayó con tan mala suerte que la rueda del coche le pasó por encima de la pierna y se la rompió. Dios quiso recompensar, sin duda, su heroica caridad, ya que el caballo se detuvo a unos pasos de la puerta del asilo de donde salían los niños, de modo que no corrieron peligro alguno. El Hermano Jerónimo fue atendido y llevado al hospital por las personas que presenciaron el desgraciado accidente.

---

<sup>1014</sup>Este coche era tirado por un caballo que servía a veces al P. Champagnat para determinados desplazamientos (MEM. pág. 64 y págs. 88-89).



Aunque se hallaba en estado lastimoso y sufría horriblemente, no se quejó ni se le oyó el menor suspiro. Es más, olvidándose de sí mismo, sólo abrió los labios para preguntar si el caballo había atropellado a alguien. Y cuando se enteró de que no había ocurrido ninguna otra desgracia, se quedó satisfecho.

Durante los ocho días que sobrevivió, dio ejemplo de todas las virtudes: su paciencia y conformidad fueron tan excepcionales que las personas que le atendían o visitaban se quedaban admiradas. Decían las Hermanas del hospital: “Nunca hemos visto tanta virtud en un enfermo. Este Hermano no sólo es ejemplar, es sublime.”

Este último hecho nos indicará su rectitud, sencillez y pureza. Cuando lo llevaron al hospital, acudió un sacerdote que, ante la gravedad de su estado, le dijo: “Hermano, no quiero ocultarle que está en grave peligro. Si necesita confesarse, estoy a su disposición. Piénselo; vuelvo dentro de unos minutos.” Al cabo de media hora, volvió el sacerdote. El Hermano le dijo: “Padre, hace poco que me he confesado, incluso he tenido la suerte de comulgar esta misma mañana. Acabo de examinarme y, gracias a Dios, no encuentro en mi conciencia nada que me inquiete.”

Era tal su virtud y la pureza de su alma, que, al verse frente a la muerte, no halló nada que le hiciera temer el paso a la eternidad. Y es que hacía mucho tiempo que se confesaba semanalmente como si hubiera de morir a continuación.

La historia de la vocación de este Hermano nos sugiere varias enseñanzas que recogemos a continuación:

1. El mal que pueden causar con sus palabras y ejemplos los Hermanos que no poseen el espíritu de su estado, y lo peligrosos que son en comunidad. La conversación de uno de esos individuos estuvo a punto de dar al traste con tan hermosa vocación y privar al Instituto de un miembro excepcional.
2. El bien que puede realizar un religioso sólidamente virtuoso, la fuerza y el poder de sus buenos ejemplos y consejos. En el caso que nos ocupa, el Padre Champagnat afirma que sin las plegarias y palabras de aliento del Hermano cocinero, el Hermano Jerónimo no hubiera podido resistir a la tentación y hubiera abandonado la vocación.
- 3.- La caridad ingeniosa, la paciencia y el celo del buen Padre para mantener a los Hermanos en su vocación, pues lo que hizo en los dos casos que acabamos de narrar lo repitió en multitud de ocasiones.

Pero tenemos que reconocer que no siempre su celo se vio coronado por el éxito; y con frecuencia, después de tomarse muchas molestias para formar y aficionar a la vocación a determinados individuos, veía con dolor cómo se hastiaban de ella, perdían la piedad y volvían al mundo. No creemos equivocarnos si afirmamos que ésta fue la más pesada de sus cruces. Efectivamente, en las demás situaciones desagradables, por muy dolorosas que fueran, encontraba siempre algo positivo; pero en éstas todo era amargura. Se sentía tan afectado y experimentaba tal disgusto por la pérdida de sus hijos, que era incapaz de comer ni beber, como varias veces pudimos comprobar. El único consuelo era la conformidad con la voluntad de Dios. “¡Ay! -decía-, me sería infinitamente menos doloroso ver llevar a esos Hermanos al cementerio que verlos abandonar su santa vocación para volver al mundo.”

Y aumentaba su pena la convicción de que la mayoría de los que abandonaban la comunidad eran infieles a su vocación. “Estoy persuadido -decía una vez en una conferencia- de que entre los que se retiran y abandonan su santo estado<sup>1015</sup>, más de las tres cuartas partes fueron realmente llamados y podrían haber sido excelentes religiosos si hubieran correspondido a la gracia.

Ahora bien, la pérdida de la vocación se debe, fundamentalmente, a cuatro causas:

1. *La infidelidad a la Regla*<sup>1016</sup> y, sobre todo, el descuido en los ejercicios de piedad. La vocación es un don gratuito; pero no sucede lo mismo con la perseverancia, la cual es fruto de la oración y de la fidelidad a la Regla. Por eso, quien descuida o hace deficientemente los ejercicios de piedad, perderá infaliblemente su vocación.

2. *La falta de celo en la educación cristiana de los niños.* Dios, al llamaros a la vida religiosa, no sólo pensó en vuestra salvación personal, sino también en la de los niños que tenéis que educar. Si descuidáis la catequesis, si no tenéis celo en formar a los niños en la virtud y la piedad, os estáis oponiendo a los designios de Dios y resistís a su voluntad, que es encaminar a esos niños a la salvación por medio de una buena educación. Ahora bien, por privarles de tal beneficio, seréis rechazados y vuestro lugar será ofrecido a otro<sup>1017</sup> que acepte las gracias de las que habéis abusado y realice el bien que vosotros no habéis sabido realizar.

3. *El descuido de la propia perfección.* Muchos religiosos pierden la vocación por no haber alcanzado el grado de virtud que Dios esperaba de ellos, por ser infieles a la gracia y descuidar su perfección. El que viene a la vida religiosa para llevar una vida cómoda, para disfrutar de ventajas que no tenía en el mundo, no puede permanecer en ella. El abuso de la gracia, la desidia en las cosas del espíritu, las pequeñas faltas voluntarias y la tibieza han causado más pérdidas de vocaciones que el pecado mortal y los grandes abusos. Lo más temible para quienes se dejan apresar en este lazo del demonio, es que no se dan cuenta de que han perdido la vocación hasta que han traspasado el umbral y ase ha consumado su ruina. La vida religiosa es el don de Dios por excelencia, la herencia de las almas privilegiadas; pero para perseverar en ella se necesita gran fidelidad a la gracia y mucha generosidad.”

Vino cierto día un Hermano a ver al piadoso Fundador y le dijo:

-Padre, estoy totalmente disgustado y desanimado.

-Y ¿Cuál es el motivo de ese disgusto y desaliento?

-La salida de tal Hermano. Tiemblo cuando veo que alguien abandona su vocación para irse al mundo, después de haber pasado quince años de comunidad, y temo que me suceda una desgracia parecida.

-La salida de ese Hermano ni me sorprende ni me asusta. Ese castigo es personal, lo mismo que las faltas que lo han motivado; y su apostasía no tiene por qué desalentarle a usted. Lo que es terrible y ciertamente podría asustarlo e infundirle pavor sería esta verdad: *¡¡No morirá en*

<sup>1015</sup>Lc 9, 62.

<sup>1016</sup>“Cuando veáis que un religioso comete una caída grave, no creáis que entonces comienza el mal. Seguramente ni su corazón ni su espíritu estaban en religión y le importaba poco infringir las Reglas, ni hacer oración, ni examen, ni cualquier otro ejercicio de piedad” (PPC, parte tercera, tratado VI, cap. 5, “Le mépris de Règles”).

<sup>1017</sup>Ap 2, 5; 3, 11.

*religión quien no vive como religioso!!* Sólo se abandona la vocación cuando no se ha vivido como religioso, incluso aunque se haya pasado la mayor parte de la vida en comunidad.

Un buen hortelano echa de vez en cuando una mirada a los frutales de su huerto para podarlos y, por gruesa que sea una rama, la corta si ve que está seca. O, más bien, cuanto más gorda sea, antes libra al árbol de aquel estorbo que le está perjudicando.

Dios sigue, más o menos, el mismo proceder: visita las comunidades, que son el huerto de sus delicias, y, cuando encuentra religiosos estériles en virtud, muertos al espíritu de su vocación, los cercena para que no perjudiquen a los demás e introduzcan vicios y criterios mundanos en la sociedad de los elegidos.

Por tanto, querido Hermano, lo que debe hacernos temblar no es tanto la desgracia de los demás, cuanto nuestra propia vida y conducta. Si su conciencia le certifica que tiene deseos de perfección, que pone todo el empeño en adquirir las virtudes de su estado, en cumplir con el fin de su vocación y vivir como auténtico religioso, no tiene nada que temer. Pero si le acusa de lo contrario, con razón tiene motivos para asustarse y temblar, pues le repito: *¡¡Quien no vive como religioso, no morirá en religión!!*

4. Finalmente -prosigue el Padre Champagnat-, la cuarta causa de la pérdida de la vocación proviene *de aferrarse al propio criterio, de falta de docilidad y de fingimiento*. Pocos religiosos habrá cuya vocación no se vea sometida a tentación. Para algunos, ésta es la prueba más larga y penosa. Y se comprende esa guerra tan pertinaz, porque la pérdida de la vocación lleva consigo multitud de faltas y a menudo, también, la ruina de la salvación eterna.

El remedio para esta tentación es la sinceridad y sumisión al Superior. En estos casos, el que quiera guiarse por sí mismo anda perdido. Quien en lugar de acudir al Superior y dejarse guiar por él, va a buscar consejos a otra parte, se perderá igualmente. El que va a buscar consejos a Egipto, se perderá con los consejos de Egipto<sup>1018</sup>. Cuando se menosprecia la orientación de quien Dios puso para guiarlo, encuentra, para su desgracia y por justo castigo de Dios, lo que buscaba. Nadie como el Superior para discernir sobre la vocación de un religioso. Y preferir en estos casos la opinión de cualquiera a la del Superior, es ilusionarse y caer en la ceguera más extraña en que puede incurrir un religioso.”

Un Hermano profeso que había descuidado los ejercicios de piedad y quebrantado las reglas que regulan las relaciones con los extraños, perdió totalmente el espíritu de su estado y acudió al Padre Champagnat para obtener la dispensa de votos. En lugar de dársela, el piadoso Fundador lo llamó a la casa madre y le mandó hacer unos días de retiro para ver si recuperaba su primitivo fervor.

Pero algún tiempo después, el Hermano volvió a las andadas, se cansó de la vocación y decidió retirarse. Como sabía que el Padre Champagnat no aceptaba las razones que alegaba para marcharse, acudió a otro sacerdote. Y con disimulo le presentó las cosas de tal modo que consiguió lo que deseaba. El Padre, al que comunicó lo ocurrido, le respondió: “Ha ido a buscar consejos a Egipto y se va a perder con los consejos de Egipto. Me dice que, según el parecer de un confesor, el señor obispo le ha dispensado de sus votos. Por mi parte, le aseguro que no estoy de acuerdo con los trámites que ha seguido a mis espaldas para conseguirlo. Las razones

<sup>1018</sup>“¡Maldición! Son hijos rebeldes, dice el Señor. Realizan planes que no son los míos... Bajan a Egipto sin consultarme y van a ponerse a salvo en la fortaleza del Faraón, a refugiarse a la sombra de Egipto. la fortaleza del Faraón será vuestra vergüenza, y el refugio a la sombra de Egipto vuestra confusión” (Is 30, 1-3).

que adujo para obtener o, más bien, para conseguir engañosamente tal dispensa, son nulas, y no puedo aprobar que abandone su vocación. Y le voy a decir más: si lo hace, se arrepentirá.”

A pesar de esta advertencia, el Hermano se retiró del Instituto. Unos meses más tarde se casó, y el mismo día de la boda cayó enfermo y murió a los tres días en medio de terribles remordimientos, repitiendo una y otra vez: “¡Me han engañado! ¡Me han engañado! ¡He perdido mi vocación!”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XIX**

*Medidas que adoptó para mantener el espíritu religioso entre los Hermanos y firmeza en garantizar la observancia de la Regla*

Enseña santo Tomás<sup>1019</sup> que, cuando Dios confía una misión a una persona, le confiere al mismo tiempo las gracias necesarias para desempeñarla debidamente. La vida del Padre Champagnat es la confirmación de esa verdad. Dios, al destinarle a fundar una sociedad de religiosos educadores de la juventud, le inspiró todos los principios necesarios para la creación, desarrollo y conservación de tal obra. Al mismo tiempo le dotó de firmeza inquebrantable para mantener esos principios, a pesar de las contradicciones del mundo y de las trabas que les suscitó el enemigo del bien.

Lo más sorprendente, lo que manifiesta más claramente que el Fundador estaba guiado por el espíritu de Dios, es que intuyó en seguida los medios que debía emplear para alcanzar el fin que se proponía al fundar el Instituto. Algunas páginas escritas de su puño y letra en los comienzos<sup>1020</sup> no dejan lugar a dudas: allí encontramos el plan, el fin, el espíritu y las constituciones fundamentales de la congregación. Las Reglas que luego les dio, fueron consecuencia y desarrollo de estos principios.

Ahora bien, como los medios deben estar siempre en relación con el objetivo que persiguen, entendió desde el primer momento que los Hermanos sólo podrían alcanzar la santificación de los niños por su propia unión con Dios. Cuanto más íntima sea ésta, mayor bien conseguirán. Por tanto, había que ofrecer a los Hermanos los medios más eficaces para que se ilusionaran profundamente con su vocación y alcanzaran virtud sólida.

Para consolidar a los Hermanos en esa virtud, le pareció indispensable la meditación, las oraciones vocales, la asistencia diaria a la santa misa, la lectura espiritual, el examen de

<sup>1019</sup> SANTO TOMÁS, Suma, 3, 27.4c

<sup>1020</sup> Probable alusión a los distintos cuadernos que conservamos del Fundador. Pero es imposible fecharlos, siquiera sea aproximadamente. En efecto, algunos de ellos contienen reglamentos, esbozo de reglas, notas ocasionales, que por el mismo hecho no pueden ser de los “comienzos”.

conciencia, la recepción frecuente de los sacramentos, la transparencia con el Superior<sup>1021</sup>, la corrección fraterna, el retiro anual y los votos religiosos.

Les proporcionó, pues, todos estos medios de perfección y ordenó que consagrasen diariamente varias horas a los ejercicios de piedad.

Los votos son cuatro<sup>1022</sup>: pobreza, castidad, obediencia y estabilidad<sup>1023</sup>. Los consideró acertadamente como el único remedio contra la veleidad del corazón humano. Así lo enseña el Ángel<sup>1024</sup> de las Escuelas cuando dice que mediante esas promesas la voluntad del hombre se torna firme, segura, tenaz e inquebrantable en el bien.

El piadoso Fundador afirmaba: “Por muy grandes que sean la virtud y buena voluntad de un Hermano, si no se halla comprometido de alguna manera, queda expuesto a cambiar sus planes y a olvidarse de sus buenas intenciones. Pero si está comprometido con los votos ya no puede volverse atrás. Aunque la naturaleza se rebele, aunque sufra los ataques de la concupiscencia, del demonio y del mundo, se mantendrá firme, porque la voz de su conciencia será aún más fuerte, y porque sólo encontrará paz y satisfacción en el cumplimiento de lo que ha prometido a Dios.”

Mas no era suficiente ofrecer a los Hermanos estas ayudas para consolidarlos en la práctica de la virtud. Había que precaverlos también contra todo aquello que en el desempeño de sus funciones y en la relaciones con el mundo pudiera suponer peligro para su virtud y habría que ofrecerles los medios para evitar dicho peligro. Por todo ello, dio mucha importancia a estos cuatro puntos:

1. *Encauzar el celo de los Hermanos hacia el único objetivo de su vocación.* Como ya hemos indicado, cuando el Padre Champagnat fundó la congregación, tenía muy claro el objetivo de la misma: la educación cristiana de los niños. Sabiendo que esa tarea exige de los Hermanos una entrega total, decidió que se consagrasen totalmente a ella, y que no se ocuparan en ninguna otra obra, por muy excelente que fuera.

La dificultad de allegar recursos para el mantenimiento de las escuelas movió a las autoridades de varios municipios a ofrecer a los Hermanos el cargo secretario del Ayuntamiento. Estas propuestas fueron siempre enérgicamente rechazadas, por grandes que fueran las ventajas económicas que ofrecían.

Otros municipios deseaban que los Hermanos enseñaran los elementos del latín a determinados muchachos<sup>1025</sup>. El piadoso Fundador se negó siempre a ello, a pesar de los motivos religiosos que alegaban para conseguirlo.

<sup>1021</sup> “Presentarnos a los Superiores tal como somos” (PPC, parte tercera, tratado VII, cap. 1). El P. Champagnat nos ha dejado un escrito, “Cuenta de conciencia”, que se conserva en los Archivos (AFM, cuadernos 6 y 7; y Regla de 1837, capítulo III, art. 25, pág. 33: “Los Hermanos tendrán gran transparencia con el Hermano Visitador, y le comunicarán con toda confianza las dificultades y preocupaciones internas y externas que puedan experimentar.”

<sup>1022</sup> En el momento en que escribe el H. Juan Bautista, en 1856 (cfr. MEM, página 40).

<sup>1023</sup> “Respecto al voto de estabilidad, nunca oí hablar de él al P. Champagnat. Pero es indudable que en el Capítulo de 1852 se presentó a la consideración de los capitulares un escrito de puño y letra del venerado Padre, que decía textualmente: Les Frères de cet Institut feront les trois voeux de pauvreté, de chasteté, d’obéissance et le voeu de stabilité, sin más explicación. Yo mismo pude ver tal escrito y se trataba indudablemente de su escritura. No me permiten dudar varias cartas que me había escrito” (MEM, pág. 40).

<sup>1024</sup> SANTO TOMÁS, Suma, 2-2, q. 88, 4c

<sup>1025</sup> “Me parece que no tenemos que permitir de ningún modo que los Hermanos enseñen latín. Cada vez que en esto hice la vista gorda, tuve que arrepentirme luego” (P. Champagnat, AFM, 0132.401, o cuaderno 4, pág. 36).

Le pidieron Hermanos para todo tipo de menesteres: atender a los enfermos<sup>1026</sup>, ocuparse de la administración o de la enseñanza primaria en los seminarios menores, administrar granjas<sup>1027</sup>, etc. Nunca<sup>1028</sup> se le ocurrió acceder a ninguna de estas peticiones.

Decía al respecto: “Con la disculpa de que hay muchas posibilidades de hacer el bien, quieren emplear a los Hermanos en toda clase de obras. No dudo de que las actividades que nos proponen son excelentes. Pero no por ello hemos de aceptarlas, pues nuestro deber no es cargarnos de todo tipo de obras, sino hacer bien lo que la Providencia nos ha encomendado.”

Otra actividad que le pidieron con gran insistencia, fue la atención de las sacristías<sup>1029</sup>. Podrían desarrollarla compaginándola con la instrucción de los niños -en cuyo caso les ayudaría a incrementar los recursos de las escuelas y de los Hermanos-, o dedicándose exclusivamente al cuidado del templo. En este caso, la razón que alegaban era que así se contribuiría a edificar a los fieles y a la dignificación del culto divino.

Por muy válidas que fuesen estas razones, nunca doblegaron la inflexible voluntad del piadoso Fundador. Ni siquiera quiso ceder Hermanos para atender a la capilla de Fourvière, en Lyon.

El Vicario general, señor Barou, que deseaba vivamente confiar el cuidado de dicha capilla a los Hermanos de María, hizo apremiantes ruegos al piadoso Fundador para que se encargase de ella. Al no conseguirlo, le dijo un tanto malhumorado:

-Señor Champagnat, no le entiendo. Varias congregaciones codician ese puesto. La curia, que siente especial predilección por su obra, creyendo agradarle, le ofrece el santuario de Fourvière antes que a los demás. Y se atreve a rechazar nuestro ofrecimiento. Quienes se preocupan de este asunto piensan que el altar de María debe ser atendido por los Hermanos de María. Si niega usted Hermanos a la Santísima Virgen, ella no le va a bendecir.

-Señor Vicario general -le contestó el Padre-, estoy vivamente emocionado y agradezco el interés que muestra por nosotros. Aprecio las ventajas de la proposición que tiene la amabilidad de ofrecernos, pero me parece que las razones que me da para que aceptemos el ministerio de Fourvière no son bastante firmes como para que nos desviemos del principio al que hasta ahora hemos permanecido fieles: ceñirnos exclusivamente a la enseñanza y rechazar toda obra que no vaya dirigida a la educación de los niños. Me amenaza con la Santísima Virgen. Confío en que no se enfadará con nosotros, pues precisamente por agradarla, merecer su protección y mantener su obra tal como ella la ha fundado, declinamos el cuidado de la sacristía de Fourvière.

2. *Proporcionar a los hermanos lo que necesiten.* El piadoso Fundador se proponía enviar maestros religiosos a los municipios pequeños. Pero se encontraba con una dificultad seria: a llegar recursos para el mantenimiento de las escuelas. Por un lado, era necesario asegurar a los Hermanos un sustento digno de su carácter de religiosos; por otro, no podía exigir a los Ayuntamientos lo que no podían dar. Había que ajustar los gastos de la escuela a las escasas posibilidades de los Ayuntamientos.

<sup>1026</sup> En el Hermitage, donde había abierto un pequeño asilo de ancianos (FMS, número 16, pág. 205, 1975).

Esta obra revela su compasión, que es una de las características del P. Champagnat.

<sup>1027</sup> Acepta la fundación de una escuela agrícola (LPC 1, doc. 28, pág. 79), llamada a ser establecimiento educativo.

<sup>1028</sup> La palabra “jamais” es demasiado absoluta. El P. Champagnat, para responder a las necesidades, consintió en aceptar alguna excepción, pese a los inconvenientes que presentía (cfr. LPC 1, doc. 130, pág. 263).

<sup>1029</sup> “Creo que este asunto de sacristías para los Hermanos nos causará bastantes molestias. Haga todo lo posible por deshacerse de él.” Carta del P. Champagnat al P. Colin, de 29 de marzo de 1835 (LPC 1, doc. 55, pág. 139, líneas 88-90).

Después de haber meditado largamente ante Dios, el Padre Champagnat dio con tres medios para resolver este difícil problema.

El primero fue reducir todo lo posible la paga de los Hermanos. Pudo hacerlo porque estableció en la congregación un régimen de vida muy frugal y un sustento sencillo, modesto y nada costoso. El segundo fue admitir retribuciones mensuales<sup>1030</sup>; y el tercero, permitir que los Hermanos recibieran internos. De este modo, las escuelas eran menos onerosas para los municipios, y los Hermanos podían establecerse en casi todas partes.

Pero, después de haber reducido al máximo los honorarios de los Hermanos dando facilidades a los Ayuntamientos, exigía que les pagasen, y hubiera preferido cerrar la escuela y retirar a los Hermanos, antes que transigir en este punto<sup>1031</sup>.

“Cada uno ha de vivir de su trabajo -decía-. Si los Hermanos, cuya profesión es dura, carecen de lo necesario, su situación es insostenible; y, por muy grandes que sean su virtud y celo por la instrucción de los niños, se verán obligados a abandonarlo todo.”

Así escribía a un alcalde<sup>1032</sup> que consideraba excesivo el sueldo de los Hermanos y no pagaba con regularidad: “La cantidad de mil doscientos francos que pedimos es de por sí muy módica para hacer frente a los gastos que supone el mantenimiento de tres Hermanos. Reducirla, creo que sería privarles no ya del estricto salario debido a la más ardua y penosa tarea que puede desempeñar cualquier ciudadano, sino incluso de su pobre y nada apetitosa alimentación. Por lo demás, todos los Ayuntamientos donde estamos establecidos nos abonan al menos esa cantidad.

Ya sabe que a los Hermanos de la Doctrina Cristiana les pagan a razón de seiscientos francos por Hermano, cantidad reconocida como absolutamente necesaria y que nadie les discute. Nosotros la hemos reducido a dos tercios. Dejo a su consideración y buena voluntad juzgar si no supondría dureza e insensibilidad rebajar aún ese módico salario.”

*3. Aislarlos del mundo y reducir sus relaciones con la gente seglar.* Las relaciones de los Hermanos con los seglares son indudablemente el mayor escollo con que puede tropezar su virtud. Para evitar esta causa de ruina, el Padre Champagnat quiere que los Hermanos vivan en sus casas aislados del mundo, y que no tengan con los seglares<sup>1033</sup> más relaciones que las indispensables. Les exhorta de continuo a hacer el bien sin ruido ni ostentación<sup>1034</sup>, a evitar lo llamativo y cuanto pueda atraer la atención de la gente. Les traza también reglas sabias y prudentes para que sus relaciones con el mundo sean pocas y eviten en ellas los peligros que puedan conllevar. Por esto mismo quiere que el edificio escolar sea independiente, que los vecinos no sean bullangueros, ni puedan ver a los Hermanos ni en sus habitaciones ni en el patio o la huerta. Tal independencia de la casa le parecía tan importante que hubiera preferido renunciar a una escuela, antes que aceptar un local con servidumbres que supusieran peligro para los Hermanos. Por eso, escribía a un párroco<sup>1035</sup> que no respetó lo prometido:

“Si no adopta usted medidas para acomodar el edificio escolar de los Hermanos, no les dejaré volver cuando venga al retiro. La casa que habitan no nos interesa por los inconvenientes que

<sup>1030</sup> Cfr. LPC 1, doc. 34, pág. 103.

<sup>1031</sup> Sin embargo, sabía hacer concesiones (cfr. LPC 1, doc. 21, pág. 66).

<sup>1032</sup> Al señor Devaux de Pleyné, alcalde de Bourg-Argental, carta de fines de 1827 (LPC 1, doc. 8, pág. 41).

<sup>1033</sup> “Sólo excepcionalmente se admitirán seglares en el interior de la casa” (Regla de 1837, cap. IX, art. 11, pág. 61).

<sup>1034</sup> Vivir oculto y como ignorado “Ignoti et quasi occulti”. Esta máxima se halla en los escritos del P. Colin.

<sup>1035</sup> 1827 (LPC 1, doc. 5, pág. 36).

tiene. No puedo consentir por más tiempo que los Hermanos sean molestados por los vecinos de la casa continua, y que no puedan salir a la huerta sin verse expuestos a las miradas de esas personas. Si no quiere cumplir la promesa a las miradas de esas personas. Si no quiere cumplir la promesa que me hizo de entregar a los Hermanos la otra casa que, como sabe, necesitan para completar y adecuar su escuela, es imprescindible que se tapien las puertas y ventanas que dan a la escuela.” No hubo necesidad de tapiar las puertas y ventanas, porque la casa fue cedida a los Hermanos.

Por la misma razón tampoco permitía que se estableciese en casa de los Hermanos de María la alcaldía, el juzgado de paz u otra institución similar<sup>1036</sup>. Al enterarse de que lo habían hecho en un municipio, escribió inmediatamente al alcalde para protestar por el abuso. Decía así:

“La casa que el Ayuntamiento cedió a los Hermanos, aun siendo bastante amplia, no debe ser utilizada más que como escuela. Si tiene la intención de instalar en ella definitivamente el Ayuntamiento, no podremos proseguir dirigiendo su escuela, pues no puedo consentir que los Hermanos se hallen en contacto permanente con toda la gente que vine al Ayuntamiento para sus asuntos. Los Hermanos necesitan silencio y recogimiento para desempeñar la misión que se les ha encomendado. El ver a la gente y la relación con seglares, inevitable en la situación en que se hallan, entorpece su labor los expone a perder el espíritu de su estado. Espero, pues, que comprenda estas razones y que, actuando como en el pasado, ceda el edificio completo a los Hermanos, según habíamos convenido.”

Otro asunto que consideraba de suma importancia era que los Hermanos se ocuparan personalmente de las temporalidades, que todo entre ellos se hiciera en familia y no se admitiera a mujeres en el interior de las casas del Instituto.

Algunos curas párrocos, queriendo aliviar el trabajo de los Hermanos y reducir los gastos que ocasionaban a los municipios, le propusieron que permitiera a algunas personas piadosas y caritativas encargarse de la cocina. Él se negó enérgicamente y, para cortar definitivamente este posible abuso, dejó escrito en la Regla este artículo: “los Hermanitos de María nunca emplearán mujeres en la cocina.”<sup>1037</sup>

El señor Douillet, fundador de la escuela de La Côte-Saint-André, le apremió para que consistiera que una mujer soltera, ya de edad y muy virtuosa, se encargara de las temporalidades de los Hermanos. Para ello aducía razones muy poderosas y plausibles. Pero el Padre Champagnat, que sabía que una sola excepción a la Regla, por el motivo que fuese, podía sentar un mal precedente, se mantuvo inflexible<sup>1038</sup>. Al insistir el señor Douillet en querer emplear a la mujer, le dijo claramente que, si lo hacía, retiraría a los Hermanos, pues prefería perder aquella casa, con la que estaba muy encariñado, porque era un semillero de novicios, antes que apartarse de la Regla en punto tan importante.

Llegó incluso a escribir al señor obispo<sup>1039</sup> de Grenoble para rogarle que hiciera entrar en razón al señor Douillet y advertirle que si éste no desistía de su pretensión, se vería obligado a retirar a

<sup>1036</sup> No conservamos la carta dirigida al señor alcalde, sino la enviada al señor Bois François, párroco de Saint-Symphorien d'Ozon (Isère), de julio de 1837, que trasluce la misma preocupación (LPC 1, doc. 125, pág. 256).

<sup>1037</sup> Regla de 1837, cap. IX, art. 10, pág. 61.

<sup>1038</sup> LPC 1, doc. 86, págs. 200-201; y doc. 93, pág. 209. Y también AA, págs. 208-209.

<sup>1039</sup> Cita libre de la carta del 19 de septiembre de 1838, a Mons. de Bruillard Philibert, obispo de Grenoble (Isère) (LPC 1, doc. 213, pág. 424).



los Hermanos. “Sólo ateniéndonos a las condiciones que hemos convenido al fundarla, podremos seguir en esta casa; y una de las principales es que nuestros Hermanos puedan observar la Regla, y que no tengan que cambiar nada en su modo de vivir. Ahora bien, si emplearan una mujer para las labores de casa, como pretende el señor Douillet, sentaría un precedente que traería consigo consecuencias desagradables. No dudo, Excelencia, de que encontrará ponderadas nuestras razones y las apoyará.” Tuvo que emplear esta firmeza para hacer que el señor Douillet desistiera de su intento.

No le bastaba al piadoso Fundador que los Hermanos no se sirviesen de mujeres para las labores; prohibió, además, como ya hemos indicado, que entraran en las casas. Y para dar a entender la enorme importancia de esta Regla<sup>1040</sup>, añade: Este artículo es de rigor, expresión que no usa en ningún otro caso.

Es más, con razón consideraba que las relaciones demasiado frecuentes, incluso con los hombres, son un peligro para los religiosos. Por eso prohíbe a los Hermanos tomar el recreo en compañía de seculares<sup>1041</sup>, ni quiere que éstos se diviertan en la escuela o sus dependencias.

En otra regla prohíbe a los Hermanos hacer de amanuenses para escribir cartas u otros documentos a los extraños<sup>1042</sup>.

En resumidas cuentas, le parece que el mundo es un peligro tan grande para los Hermanos, y tiene tal temor de que se infiltre en las comunidades, aunque sea accidentalmente y sin que se den cuenta, que manda que la puerta de acceso esté siempre cerrada<sup>1043</sup> con cerrojo.

Pero no basta con que los seculares no vengan sin motivo a casa de los Hermanos; tampoco deben andar mezclándose con la gente, sino quedarse tranquilos en casa, totalmente ocupados en su santificación y en la educación cristiana de los niños. Para que así suceda, el Padre Champagnat les prohíbe:

1. Hacer visitas<sup>1044</sup> sin necesidad; quiere que se limiten a visitar, de vez en cuando, a las autoridades y bienhechores de la escuela.
2. Salir sin permiso<sup>1045</sup> o solos.
3. Dar lecciones particulares a domicilio<sup>1046</sup>.
- 4.- Hacer viajes o visitar a los Hermanos de las escuelas próximas sin permiso<sup>1047</sup> del Superior.
- 5.- Comer<sup>1048</sup> en casa del señor cura o del señor alcalde, y, con mayor razón en cualquier otra casa.

<sup>1040</sup> “Las personas de distinto sexo no pueden ser nunca admitidas en el interior de la casa, de no venir acompañadas del señor cura o del señor alcalde. Este artículo es de rigor” (Regla de 1837, cap. IX, art. 9, pág. 61).

<sup>1041</sup> 23. “Los Hermanos no deben tomar el recreo en compañía de seculares, ni consentir que éstos lo tomen en la escuela o sus dependencias” (Regla, apéndice, art. 25. CSG I, pág. 88).

<sup>1042</sup> “Los Hermanos no mantendrán correspondencia alguna con los extraños, y no se ofrecerán tampoco a leerles las cartas o escribírselas” (Regla de 1837, cap. VII, art. 10, pág. 54).

<sup>1043</sup> El portero “pondrá cuidado especialísimo en mantener cerrada la puerta de entrada, para que nadie acceda a la casa, pues podría arrastrar funestas consecuencias” (cfr. Regla del portero, AFM, cuaderno 6, págs. 23-24).

<sup>1044</sup> Regla de 1837, cap. V, arts. 16 y 17, pág. 42.

<sup>1045</sup> Regla de 1837, cap. VIII, art. 4, págs. 55-56.

<sup>1046</sup> Regla de 1837, cap. VI, art. 24, pág. 52.

<sup>1047</sup> Por “superior” debe entenderse Hermano Superior General.

<sup>1048</sup> Regla de 1837, cap. VIII, art. 10, pág. 57.

6. Invitar a los seglares a comer o beber en casa<sup>1049</sup>.

7. Mantener correspondencia<sup>1050</sup> a con los seglares, o relaciones con los que han salido del Instituto.

Ahora bien, no es posible ponderar la importancia que daba al cumplimiento de estas reglas. Anualmente, en las instrucciones del retiro, volvía a insistir sobre ellas, y a menudo recordaba a los Hermanos que no podían descuidarlas sin exponerse a los mayores peligros, sin perder el espíritu de su estado e, incluso, su vocación.

Afirmaba especialmente que los mayores peligros para la virtud de los Hermanos Directores provienen de las relaciones que por su cargo han de mantener con la gente. Al enterarse que de que un Hermano Director salía solo, le hizo venir inmediatamente, aunque se hallaba a quince leguas de la casa madre. Entre otras cosas, le dijo: “O deja de quebrantar la Regla en este punto tan importante, o lo remuevo de su cargo y le pongo a trabajar en la huerta el resto de su vida.

Sabedor de que otro incurría a veces en la misma falta, mandó a su comunidad a un Hermano mayor, muy observante, para que le informase de si aquel Hermano Director seguía quebrantando la Regla. “Cuídese de no dejarse llevar de una falsa compasión -le dijo al confiarle este menester-, y no deje de avisarme inmediatamente si hay algo contra la Regla: se haría cómplice de la pérdida de ese Hermano.”

4. *Proporcionarles los medios para guardarse mutuamente en Jesucristo.* Sabiendo que ni con las Reglas más prudentes y minuciosas era posible conjurar todos los peligro que pueden acechar la virtud de los Hermanos, el Padre Champagnat, después de tomar los medios que le sugirieron el sentido común y el celo, creyó, con mucho acierto, que la caridad fraterna podía ser un refugio contra los peligros imprevisibles o inevitables.

Profundamente convencido de aquella sentencia de los libros sagrados: *¡Ay del que va solo!*, y fijándose en que Nuestro Señor solía enviar a sus apóstoles y discípulos de dos en dos, tomó como norma no enviar jamás a un Hermano solo.

Además, quiere que los Hermanos impartan las clases siempre juntos, es decir, al menos dos juntos, en aulas continuas y comunicadas por un tabique acristalado a lo largo de la pared, o al menos por una puerta vidriera.

En su vivienda, los Hermanos deben tener sala de trabajo<sup>1051</sup>, dormitorio y comedor comunes. Los ejercicios de piedad y los estudio han de hacerse en comunidad. La vida de comunidad es una de las reglas esenciales del Instituto y ningún Hermano, ni de día ni de noche, ni en el trabajo ni en los recreos, debe apartarse de los demás o buscar excepciones. En las salidas y paseos, y hasta para ir a la iglesia, los Hermanos han de ir juntos. A nadie pasará inadvertido que esta vida de comunidad es una muralla contra cualquier peligro, sobre todo si se tiene en cuenta que la Regla obliga a los Hermanos a avisarse caritativamente de sus defectos y a dar cuenta al Superior de los abusos que puedan introducirse en las comunidades, las infracciones a

<sup>1049</sup> El P. Champagnat escribe al H. Dionisio a propósito del tema que nos ocupa, el 5 de enero de 1838: “Me sorprende que no halle nada en la Regla que prohíba invitar a comer a extraños, y si una prohibición de admitirlos sin más: ¿dónde queda la lógica?” (LP 1, doc. 168, pág. 331).

<sup>1050</sup> Regla de 1837, cap. VII, art. 10, pág. 54).

<sup>1051</sup> “Laboratoire” dice en el original, es decir, sal de estudios.

la regla y todo lo que en la conducta de los Hermanos pudiera escandalizar a la gente o comprometer el prestigio del Instituto.

Los frutos de esta vigilancia y caridad fraternas eran, para el piadoso Fundador, motivo de honda satisfacción. No tenía reparo en afirmar que más de uno se había librado de graves peligros, y había conservado su virtud y su vocación, gracias a este acto de caridad. Y que el cumplimiento de esta norma era para el Instituto una barrera contra abusos y escándalos. “La caridad fraterna - decía- es la guardiana de los Hermanos. Gracias a ella, el Superior puede conocer lo que es reprehensible en la conducta de los Hermanos, tomar los medios para hacerles volver al buen camino, mantener la observancia de la Regla y precaver o corregir los abusos. Pero para alcanzar este doble objetivo se requieren dos cosas: dar buen ejemplo, consejos y avisos caritativos a quien descuida la corrección de sus defectos, e informar al Superior de la conducta del Hermano que se desvía de su deber o que quebranta fácilmente determinadas reglas.

La corrección fraterna, como la entiende la Regla, no es sólo un consejo, es una obligación; y quien la descuida, se hace culpable de la falta de su Hermano. Si no hubiera encubridores, apenas habría ladrones. Por eso, aquéllos son tan culpables como éstos.

Si no hubiera encubridores en comunidad, religiosos que faltan a la caridad fraterna y cubren con un manto de páfida compasión las faltas de sus Hermanos, en vez de comunicárselo al Superior, nunca habría infracciones graves a la Regla ni podría introducirse ningún abuso en las casas.”

Estas palabras revelan la insistencia del Padre Champagnat en el tema de la caridad fraterna y en el deber de los Hermanos de edificarse, avisarse caritativamente y guardarse mutuamente en Jesucristo.

Un Hermano había descuidado gravemente este deber y sentía remordimientos. Cuando comunicó su falta al buen Padre, éste le respondió: “Ha cometido un error y se arrepiente: ¡bendito sea Dios! Pida a Nuestro Señor que le perdone y que perdone también al Hermano cuya falta ha encubierto. Si no queremos sentir remordimientos, querido amigo, sigamos siempre el camino recto. Que el respeto humano o una falsa indulgencia no nos hagan perder nunca de vista la gloria de Dios y los auténticos intereses de nuestros Hermanos. Y no olvide que dejar de avisar al Superior es faltar a la caridad y hacerse culpable de la pérdida de quien se desvía de su deber: por una advertencia caritativa del Superior hubiera podido volver al buen camino. Por eso necesita, querido Hermano, reparar el pasado con una fidelidad mayor a la norma relativa a la caridad fraterna.”

Durante las vacaciones, que duraban dos meses, el piadoso Fundador daba una conferencia diaria a los Hermanos sobre la Regla, explicando artículo por artículo y respondiendo a las preguntas que le hacían. Insistía con fuerza en la importancia de las Reglas, en sus ventajas en los males que acarrea siempre su transgresión, tanto para los individuos como para la institución. Lo que más llamaba la atención, lo que admiraba más a quienes tenía la dicha de asistir a sus instrucciones, era que, a pesar de explicar todos los años el mismo texto y decir fundamentalmente lo mismo, resultaba siempre novedoso por la forma y las expresiones que utilizaba.

A veces, en lugar de la conferencia acerca de la Regla mandaba leer, en Rodríguez o Saint-Jure<sup>1052</sup>, los capítulos referentes a la Regla.

Un día, después de haber hecho una señal al lector para que se detuviera, exclamó transido de emoción:

“Queridos Hermanos, no puedo por menos de interrumpir esta lectura, que es excelente, para deciros algo que me aflige y asusta: esa especie de incredulidad en que os encontráis algunos sobre la necesidad de las Reglas y la obligación de observarlas que tienen todos los religiosos. Rodríguez, al que hemos leído en varias ocasiones; Saint-Jure, al que estamos leyendo ahora mismo, y los Santos Padres<sup>1053</sup>, cuyos testimonios aducen, nos advierten que las Reglas son imprescindibles a los religiosos para alcanzar las virtudes de su estado. Nos enseñan que infringirlas con facilidad equivale a renunciar a la perfección y exponerse al peligro de perderse. Y estos Hermanos, con detestable presunción y extraño desvarío, se atreven a poner en duda las enseñanzas de los santos, el sentir de estos piadosos autores, y tachan de exageraciones lo que han dicho unos y otros acerca de la importancia y necesidad de las Reglas. La postura de estos Hermanos es muy peligrosa: puede llevarlos a cualquier exceso. Con tales criterios, no sólo se quebranta la Regla, se abandonan también los deberes fundamentales: votos, mandamientos de Dios, práctica de las virtudes, la vocación. Afortunadamente, son contados los que, aun sin sospecharlo, se hallan en estado tan lamentable. Pero hay otros que, estando convencidos de la necesidad de observar la Regla en los puntos importantes, creen que pueden dispensarse sin peligro alguno de las pequeñas observancias. Es una trampa de las más perniciosas. Este tipo de religiosos, al ser infieles en las cosas menudas, van cometiendo gran cantidad de faltas leves, resisten continuamente a la gracia, sacan poco provecho de los sacramentos y ejercicios de piedad y, sin darse cuenta, caen en la tibieza y pierden el gusto y amor a su vocación. A veces, la cosa va tan lejos que se apartan del camino sin sospecharlo siquiera. ¡Oh, cuántos he conocido que sólo vieron el abismo cuando ya estaban hundidos en él!

Voy a afirmar algo que os sorprenderá, y es que tales religiosos tibios son más peligrosos en comunidad que los escandalosos; son los peores enemigos del Instituto. Efectivamente, no son precisamente los religiosos irregulares, que se desvían totalmente de su deber, los más temibles, los que echan a perder a los demás. Primero, porque, gracias a Dios, son muy pocos y se los expulsa del Instituto en cuanto se conocen sus desórdenes. Y luego, porque su conducta provoca por sí misma la repulsa y el vituperio de todos. No sucede, en cambio, lo mismo con los religiosos tibios. Como esas frutas de hermosa apariencia, pero llenas de gusanos y podridas por dentro, esta clase de religiosos aparentan ser mucho más virtuosos de lo que son en realidad, por lo que se les aprecia más de lo que merecen. Al no desconfiar de ellos, se recibe fácilmente su influencia, se adoptan sus ideas, se imita su conducta y los demás se glorían de pensar como ellos, de hacer lo que ellos hacen, y ser lo que ellos son.

Por eso, su ejemplo es temiblemente contagioso:

1. Porque tales Hermanos, al ser normalmente cumplidores en los aspectos más importantes, llegan a hacerse pasar por virtuosos y responsables.
2. Porque tienen fama de personas juiciosas, tolerantes y comprensivas.

<sup>1052</sup> En la biblioteca del P. Champagnat se encontraba un ejemplar de la “Pratique de la perfection chrétienne”, de RODRÍGUEZ. Rusand, Lyon, 1814, y un tomo del “L’homme religieux”, del P. SAINT-JURE, Guyot (nueva edición), 1835.

<sup>1053</sup> SANTO TOMÁS, Suma 2-2, q. 186, art. 9ad 3; SAN AGUSTÍN, Sermón 22; SAN BENITO, Regla, 3,7 y 11; 7,55; 60,2; SAN BERNARDO, Cartas 321 y 341.

3. Porque saben camuflar con mil excusas y lindas razones su conducta relajada, e irregular, y las faltas y libertades que se toman.

4. Porque no sienten escrúpulo alguno de este tipo de faltas, y hacen creer a los demás que su conducta es irreprochable, que no hay peligro alguno en imitarlos.

5. Porque como sus malos ejemplos son continuos y la fragilidad de la naturaleza tiende siempre a la relajación, uno se siente naturalmente inclinado a imitarlos.

“Los religiosos tibios y que acomodan la Regla a sus caprichos ejercen una influencia terrible; es imposible ponderar el mal que hacen con sus palabras y ejemplos. Ellos son quienes hacen creer que los Superiores son exigentes, duros, ásperos e intratables y les enajenan el respeto, aprecio y confianza de los Hermanos. Ellos son quienes anulan el efecto de los buenos ejemplos de los Hermanos piadosos, fervorosos, regulares y puntuales; los que motejan a tales excelentes religiosos de hombres de cortos alcances, escrupulosos, puntillosos, incapaces de vivir.

Ellos son quienes hacen perder el aprecio y amor a las Reglas, induciendo a considerarlas como un peso, como algo molesto, un yugo pesado del que hay que tratar de liberarse lo más pronto posible.

Son ellos quienes arruinan la regularidad y los promotores del mal espíritu, los abusos y desórdenes que se infiltran en las comunidades.

Que. cierto es, pues, que los Hermanos tibios, negligentes y que fácilmente quebrantan la Regla, son los peores enemigos del Instituto. Como también lo es que los piadosos, humildes, regulares y sólidamente virtuosos, son sus auténticos amigos, los protectores y pilares del mismo.”

En otra conferencia, nuestro piadoso Fundador decía:

“Observar fielmente la Regla es estar haciendo de continuo la voluntad de Dios, es caminar a pasos agigantados por la senda de la perfección, es disfrutar de los consuelos de la vida religiosa, es asegurar, en cuanto depende de nosotros, la salvación. Sed fieles a la Regla, huid de las miradas del público, evitad las conversaciones con los seculares, no salgáis de casa, y amaréis vuestra vocación, disfrutaréis de paz, y recibiréis el céntuplo<sup>1054</sup> de bienes, gracias y consuelos que Nuestro Señor promete a quienes lo han dejado todo por seguirlo.

Guardad vuestra Regla, cumplidla fielmente y os aseguro el paraíso.”

“Me pregunta -escribía a un Hermano- qué medios debe tomar para progresar en la virtud. No conozco otro mejor que la fidelidad a la Regla.

“Si es fiel a su Regla -decía a otro-, respondo de su salvación”<sup>1055</sup>

El Padre Champagnat no se conformaba con dar a los Hermanos estas instrucciones tan sólidas; era también ejemplo de regularidad: acudía siempre de los primeros a los ejercicios comunitarios, y cumplía todas las normas de la casa, en cuanto sus ocupaciones se lo permitían.

---

<sup>1054</sup> Mt 19, 29.

<sup>1055</sup> Probable alusión a la carta al Hermano Eutimio (LPC 1, doc. 102, página 223).

Si, por casualidad, el encargado se olvidaba de dar la señal de levantarse por la mañana cuando sonaba la hora, acudía el mismo a tocar la campana.

Para acostumbrar a los Hermanos a la puntualidad, había impuesto una reparación para el que llegaba el último a los ejercicios comunitarios. Asimismo, si alguien faltaba a alguno de ellos, estaba obligado a informar al Superior y, si la ausencia era voluntaria o por descuido, tenía que pedirle una penitencia.

De ese modo, el buen Padre utilizaba todos los medios que le inspiraba su celo por formar a los Hermanos en la regularidad y el espíritu comunitario.

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XX**

*Celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas*

El celo<sup>1056</sup> es a la vez fruto y prueba inequívoca de la caridad. Efectivamente, no se puede amar a Dios sin desear que sea conocido, amado y servido por todos los hombres; sin dolerse de verlo ofendido y sin desear ofrecer al prójimo los bienes espirituales que pueden conducirlo a la vida eterna.

El celo esta siempre en proporción directa a la caridad: quien tiene mucho amor de Dios, se halla devorado por el celo; quien poco ama, poco celo tiene. Los santos, que sobresalieron siempre en caridad, también han destacado en celo; pero cada uno lo ha manifestado de modo distinto, según su estado y las situaciones que le tocó vivir.

Toda la vida del Padre Champagnat se resume en una obra constante de celo, y le bastará al lector recordar los momentos clave de la misma para comprobar a qué perfección llegó esta virtud en aquel venerable sacerdote.

“Amar a Dios -decía a veces-, amar a Dios y trabajar en darle a conocer y hacerle amar, ésa debe ser la vida de un Hermano.”

---

<sup>1056</sup>SANTO TOMAS: “El celo, en cualquier sentido que se considere, procede de la intensidad del amor” (Suma, 1. 2, q. 28, a. 4). SAN AGUSTÍN: “Si te agradan las almas, ámalas en Dios... Y arrastra contigo hacia él a cuantos puedas... Él es el que ha hecho todas las cosas y no está lejos de aquí (Confesiones, libro IV, cap. XII. BAC 11, 446-48).

En tan pocas palabras esbozó, sin darse cuenta, su propio retrato y condensó la historia de su vida. Esmerarse en unirse a Dios por la práctica de las virtudes más excelentes, trabajar en conquistarle almas: esa fue la ocupación de toda su vida.

Observadlo desde el momento en que se decidió a abrazar la carrera eclesiástica hasta su muerte: siempre y por doquier lo veréis empeñando en obras de celo.

Durante sus estudios, empleó todos los ratos libres de sus vacaciones en catequizar a los muchachos de su aldea, visitar a los enfermos, ayudarles a bien morir; en consolar a los atribulados y enseñarles a santificar sus sufrimientos, en leer libros religiosos a sus familiares y en instruir a parientes, vecinos y muchas otras personas que acudían deseosas de escucharlo.

Aunque entregado de lleno a sus estudios teológicos, encontró tiempo para concebir y estructurar el proyecto de su Instituto en largos ratos de intimidad con Dios, en los que se dejó empapar del espíritu y de las líneas maestras que debían configurar su obra. En resumidas cuentas, que lo tenía todo dispuesto para comenzarla el día que inició su ministerio.

Nombrado coadjutor de Lavalla, renovó la parroquia con sus obras de celo: confesiones, pláticas, catequesis para los más pequeños, visitas a los enfermos y a las escuelas, entrevistas personales con quienes se hallaban alejados de los sacramentos. No le quedaba un momento libre. Digo mal, aún le quedaba tiempo para instruir a los Hermanos, formarlos en la virtud, enseñarles a dar la catequesis a los niños, e incluso para seguirlos en el ejercicio de su ministerio y poder corregir en su comportamiento y enseñanza lo que pudiera impedirles ser buenos catequistas. Se multiplicaba para estar donde hubiera posibilidad de hacer algún bien.

¿Había una familia<sup>1057</sup> dividida? Allí acudía para sembrar paz y concordia. ¿Se enteraba de que en alguna casa iban a dar limosna pública, es decir, distribuir pan a los pobres de la parroquia y alrededores, pues no dejaba de acudir allí para que aquella limosna corporal fuera acompañada de la espiritual. En tales ocasiones, exhortaba a los pobres reunidos, enseñándoles la manera de sobrellevar sin quejarse las privaciones, de santificar su pobreza por la conformidad con la voluntad de Dios, la humildad, la paciencia y el cuidado en unir sus sufrimientos a los de Jesucristo.

Aunque su celo le impulsaba a cuantas obras podían contribuir a la santificación del prójimo, sentía especial predilección por las que tenían como finalidad la instrucción y educación de la juventud. Dar la catequesis a los niños, formarlos en la piedad y la virtud eran para él una suave satisfacción y un solaz. A veces se detenía en la calle o donde los encontraba para preguntarles los misterios de nuestra santa religión, enterarse de si iban a la escuela o para darles algunos consejos. Le ocurrió en más de una ocasión permanecer horas enteras dando el catecismo a los pastorcitos u otros niños que encontraba en el campo o en las casas cuando iba a visitar a los enfermos.

En los viajes, si se encontraba con niños, trababa inmediatamente conversación con ellos, y, tras un rato de charla, les preguntaba amablemente si habían hecho la primera comunión, si acudían a la catequesis parroquial, y se informaba hábilmente de si conocían los misterios y demás

---

<sup>1057</sup>El señor Freycon echó unas piedras en las tierras del señor Devret. Resultado, palabras ásperas, golpes. El reverendo Champagnat se entera, se presenta en el lugar de los hechos y contempla las piedras aún terrosas por haber sido extraídas por el señor Freycon y arrojadas en las tierras del señor Devret: "No creo que hayan sido precisamente los pájaros del cielo los que las han colocado ahí (dice el Padre Champagnat); creo que se queja sin razón del señor Devret.." El señor Freycon no supo qué responder. En lo sucesivo, ambos vecinos se hicieron amigos hasta el fin de sus días. (Testimonio del Hermano Marie Régis, CPA, página 324.)

verdades esenciales para la salvación, preguntándosela o enseñándoselas, sin que ellos lo advirtieran.

Se le oyó repetir a menudo: “No puedo ver a un niño sin sentir deseos de enseñarle el catecismo, de decirle cuánto le amó Jesucristo y cuánto debe, a su vez, amar al divino Salvador.”

A veces, al ver pandillas de niños ociosos, abandonados a su suerte, jugando en la calle, exclamaba: “Estos niños quizá no conocen a Jesucristo, ignoran las verdades consoladoras de la religión o no saben que Dios es su Padre y que están destinados a verlo en el cielo. ¡Pobres niños, cuánto os compadezco! ¡Qué responsabilidad la de vuestros padres al dejaros sin educación ni preocuparse por vosotros!”

Y agregaba: “¡Cuánto bien podrían realizar aquí los Hermanos si hubiera una escuela! Los niños no andarían por las calles, donde sólo ven malos ejemplos y aprenden a hacer el mal. Estarían en clase, al abrigo de los peligros del mundo, y se educarían en la piedad, la virtud y los conocimientos que más tarde les serán necesarios.”

La triste suerte de tantos niños que crecen sin educación, le hacía suspirar por tener más Hermanos. Un día, al pasar junto a una cuadrilla de obreros, todos ellos jóvenes de unos veinte años, exclamó después de fijarse en ellos detenidamente: “¡Qué lástima que se los lleve el mundo! Si conocieran la dicha de servir a Dios y trabajar por la salvación de las almas, lo dejarían todo para ingresar en nuestro noviciado.”

Luego añadió: “Me parece tan grande la felicidad de la vida religiosa y tengo tantas ganas de disponer de Hermanos para ofrecérselos a las parroquias, que difícilmente me encuentro con jóvenes sin sentir el mismo deseo y sin pedir a Dios que los llame a esta hermosa vocación.”

A menudo mandaba hacer novenas a la comunidad para pedir a Dios Hermanos, y esta era una de las principales intenciones que solía proponerse en los ejercicios de piedad.

Pero, convencido de que los Hermanos sólo hacen el bien en la medida en que poseen el espíritu de su estado, consideró siempre como uno de sus deberes primordiales el formarlos en la virtud sólida, convertirlos en buenos catequistas e inculcarles celo ardiente por la santificación de los niños. Este punto capital constituía el centro de su preocupación y sus afanes diarios. Las instrucciones que les dio al respecto llenarían libros enteros. Para no ser prolijos, nos limitaremos a consignar aquí algunos de sus pensamientos.

Lo primero que trataba de inculcar a los Hermanos, era el fin de su vocación.

“No olvidéis -les decía- que el fin que nos hemos propuesto al fundar el Instituto no es precisamente dar instrucción primaria a los niños. Este es tan solo un medio para alcanzar mas fácil y perfectamente aquel objetivo. El fin autentico de vuestra vocación es dar educación cristiana a los niños, es decir, enseñarles el catecismo, las oraciones, y formarlos en la piedad y la virtud.

Los señores curas párrocos que os llaman, en parte delegan en vosotros esa función de su ministerio. Los padres, al confiaros a sus hijos, os encomiendan igualmente su instrucción religiosa: se desprecupan totalmente del comportamiento y de la educación religiosa de sus hijos, de que recen y se confiesen; al entregároslos, piensan que ya han cumplido con obligación tan importante.



Si descuidáis la instrucción y educación cristiana de vuestros alumnos, además de ofender a Dios y faltar al más sagrado y primero de vuestros deberes de maestros, defraudareis la confianza que han depositado en vosotros los pastores de la Iglesia y los fundadores de la escuela, abusaréis de la buena fe de los padres que os confían sus hijos para que les deis ante todo los principios religiosos, destruiréis la congregación, apartandoos del fin que se propone, e iréis contra los planes que la Providencia tuvo al crearla. Así pues, que nadie, so pretexto de enseñar las ciencias profanas, descuide la catequesis y alegue que no puede dedicar a tal ejercicio el tiempo señalado por la Regla. Recordad que nuestro primer objetivo es educar cristianamente a los niños, que sólo hemos consentido en enseñar también las ciencias profanas para tener mayor facilidad para darles el catecismo diario, y así grabar más profundamente en su corazón la ciencia de la salvación. La historia, la gramática, el dibujo técnico y los demás conocimientos de este tipo, deben ser en vuestras manos el cebo<sup>1058</sup> del que debéis servir para atraer y mantener a los niños en las escuelas.

¿Sabéis que hacen los misioneros en países de misión? Se valen de espejitos, cuchillos, estuches y otras mil chucherías para atraer a los paganos. Les prometen darles tales objetos si los escuchan y se dejan instruir. Y mientras los paganos contemplan los espejos, el misionero les habla de Dios y les enseña las verdades de la religión. Así tenéis que hacer con vuestros alumnos: enseñarles a escribir bellas paginas de escritura, ponderarles el dibujo, la geografía, etc.; pero, mientras les dais clases de estas materias, no olvidéis las lecciones de catequesis y esforzaos para que ocupen siempre el puesto de honor.

Además, poned el mayor empeño en que la religión aparezca en todas las ramas de vuestra enseñanza, y que los conocimientos en los que iniciáis a los alumnos, les ayuden a alimentar su fe y piedad, los induzcan a amar la religión y los lleven a Dios.”

El Padre Champagnat tenía talento especial para hacer todo lo que aquí aconseja a los Hermanos.

En una de sus visitas, llegó al aula durante la clase de dibujo y geometría. Les preguntó primero qué estaban haciendo y qué sabían de tales materias. Luego añadió: “Hijos míos, veo con gusto que seríais capaces de medir la tierra. Está muy bien; algún día podréis necesitarlo. Pero no olvidéis de aprender a medir también el cielo. Para aprender a medir el cielo debéis saber lo que vale, que hay que hacer para merecerlo, lo que le costó a Jesucristo prepararnos allí un lugar. Sí, queridos niños, ¡cuantas cosas hay que medir en el cielo! ¡Es tan grande, tan hermoso, tan rico! Conocéis la escala de proporciones, según acabáis de demostrarme. ¿Sabríais decirme cuál es la escala del cielo? Son los mandamientos de Dios. Si los conocéis, si los cumplís, os servirán de escala para subir al cielo.”

En otra ocasión, encontró a los niños en la clase de historia de Francia.

-¿Qué lección -le preguntó- tenéis para hoy?

-El reinado de Clodoveo -le contestaron.

Rogó a los niños que se la recitaran. Cuando llegaron a la batalla de Tolbiac, les interrumpió y les dijo:

---

<sup>1058</sup>LPC 1, doc. 313, pág. 567

-¿Qué nos quiere decir esta historia? Veo que os encontráis en apuros para responderme. ¡Bueno, pues voy a decíroslo, con tal que me prometáis no olvidarlo. Esta historia nos enseña tres cosas:

1. *La fuerza y eficacia de la oración.* Clodoveo<sup>1059</sup> se vuelve a Dios con una oración jaculatoria y esta corta oración le proporciona una victoria brillante.

2. Que *la piedad, es decir, la oración es útil para todo*<sup>1060</sup>. Nos consigue la ayuda de Dios y el éxito en los asuntos temporales cuando entran en los planes de la Providencia, y en los espirituales. De modo que la oración puede proporcionar a un general la victoria sobre el enemigo de la patria, a un obrero el éxito en su oficio, a un alumno inteligencia para aprender las lecciones y hacer correctamente sus tareas de clase.

3. Que la oración nos puede alcanzar, con mayor motivo, *la victoria sobre los enemigos de la salvación.* Cada día, hijos míos, tenemos que luchar contra el demonio, que pretende hacernos ofender a Dios y llevarnos a la perdición. Pero si, como el rey Clodoveo, oramos, si acudimos a Jesús llamándole en nuestra ayuda; si, como Clodoveo, prometemos servirle y no reconocer más Dios que a él, saldremos siempre victoriosos.

Un día estaba dando él mismo una clase de geografía a los Hermanos. Trataba aquella lección de las capitales y demás ciudades importantes de Asia. Cuando llegó a Jerusalén, preguntó:

-¿Qué observación puede hacer sobre esta ciudad?

Cuando el Hermano dio la respuesta que venía en el texto, el Padre repuso:

“Esta ciudad, desde la muerte de Nuestro Señor, ha sido un caso excepcional por sus vicisitudes. Diecisiete veces ha cambiado de dueño, es decir, que fue dominada por otras tantas dinastías. Perteneció y se halla aun en manos de los más encarnizados enemigos del cristianismo. Y. Sin embargo, pese a todas estas vicisitudes, pese al Furor de los malvados y del infierno, el santo Sepulcro siempre ha sido respetado, y el culto público de la religión cristiana se ha mantenido ininterrumpidamente. Se ha podido ofrecer siempre el santo sacrificio de la misa y no han cesado de acudir fieles de todas las naciones a visitar el sepulcro de Nuestro Señor. De ese modo se cumple la palabra de la Escritura que es una auténtica profecía: *Voy a hacer de tus enemigos estrado de tus pies*<sup>1061</sup>.

El Sepulcro de Jesucristo permanece intacto; más aún, es respetado, venerado, glorificado, aunque esté en posesión de los malvados, de los perseguidores de la religión cristiana, de los enemigos del Dios Salvador: prueba inequívoca de su omnipotencia y del amor inmenso que tiene a los hombres. Sí, el amor que Jesucristo tiene a los pecadores le lleva a dejar en sus manos su sepulcro y los demás lugares que consagró y santificó con su presencia, sus sufrimientos y misterios de su vida. Quiere que el Calvario, donde sufrió y murió, que la tumba, donde fue sepultado, estén en poder de sus enemigos, para recordarles incesantemente lo que hizo por su salvación.

<sup>1059</sup>“ Jesucristo, tú que, según Clotilde, eres Hijo de Dios vivo, ayúdame en mi tribulación y, si me concedes la victoria, creeré en ti y me haré bautizar” (G. KURTH, “Collection, vie des Saints, á Sainte Clotilde”. Éd. Lecoffre, pág. 53, 1905). Testimonio de Gregorio de Tours, primer historiador de las Galias, en el siglo VI, al narrar la victoria de Clodoveo, rey de los francos sobre los alamanes.

<sup>1060</sup>1 Tm 4, 8.

<sup>1061</sup>Sal 110, 1.

Las vicisitudes de Jerusalén son también imagen del pecador que se ha alejado de Dios para entregarse a los vicios, y que tiene tantos amos, o, mejor, tantos tiranos como pasiones.”

De ese modo, el buen Padre hacía resaltar la piedad en todas las lecciones; todos los conocimientos profanos le servían de pretexto para dar a conocer la religión a los niños, para hacérsela amar y formar al mismo tiempo su corazón y su espíritu.

Nunca manifestaba tanta elocuencia y patetismo como cuando hablaba de la catequesis, de los medios de ganar a los niños para Dios y del bien que puede realizar un Hermano celoso. Hasta los más indiferentes y fríos quedaban impresionados y convencidos y se decidían a hacer mejor la catequesis.

“Queridos Hermanos -nos decía en cierta ocasión-, ¡qué sublime es vuestra misión<sup>1062</sup> a los ojos de Dios! ¡Dichosos de vosotros que habéis sido elegidos para una tarea tan noble! Estáis haciendolo que hizo Jesucristo en la tierra: enseñáis los mismos misterios y verdades. Hacéis lo mismo que hicieron los apóstoles, los doctores de la Iglesia y los mayores santos. Desempeñáis un ministerio que los ángeles envidian y que ellos no pueden ejercer. Tenéis en vuestras manos el precio de la sangre de Jesucristo.

Vuestros numerosos alumnos os deberán, después de a Dios, su salvación. El divino Salvador os confía el cultivo de la más hermosa parcela de su Iglesia, lo que más amó: ¡los niños! Los niños, sus predilectos; los niños, a quienes llamó y de quienes gustaba verse rodeado: *Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos*<sup>1063</sup>. *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*<sup>1064</sup>. Los niños, a quienes acarició y bendijo<sup>1065</sup>.

Para moveros a cuidar con la mayor solicitud a esos tiernos niños, a respetarlos, a tratarlos con bondad, el divino Salvador os empeña su palabra: *Cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos mas humildes, lo hicisteis conmigo*<sup>1066</sup>.

Educar a un niño, es decir, instruirlo en las verdades religiosas, educarlo en la virtud y enseñarle a amar a Dios, ¡es una misión mas sublime y digna que gobernar el mundo! Enseñar a un niño una lección de catecismo, una oración como *el Padre nuestro, el Ave María* es, ante Dios, una acción más noble y meritoria que ganar una batalla. Una catequesis -quiero decir, una catequesis bien dada- vale más que las penitencias más ásperas que pudierais imponeros. Es doctrina de san Gregorio Magno: "Aquel que macera su cuerpo con las asperezas de la penitencia, es menos grato a Dios y tiene menos mérito a sus ojos que quien trabaja en conquistarle almas."

¿Lo habéis comprendido bien? Por eso Nuestro Señor, que es la misma verdad, afirma: *El que cumpla y enseñe las verdades cristianas, los mandamientos de Dios, éste será declarado grande en el reino de Dios*<sup>1067</sup>. Así como nosotros llamamos grandes a los que destacan por su genio, por la elevación o nobleza de sentimientos, por sus hazañas y méritos, así también Dios declara

<sup>1062</sup>El P. Champagnat escribía al Hermano Bartolomé, el 21 de enero de 1830: "¡Qué sublime es su tarea, qué altísima!... Cómo me gustaría tener la dicha de enseñar, de dedicar de modo personal mis desvelos a educar a esos tiernos niños" (LPC 1, doc. 14, pág. 53).

<sup>1063</sup>Mt 19, 14; Mc 10, 14; Lc 18, 16.

<sup>1064</sup>Pr 8, 31.

<sup>1065</sup>Mc 10, 16.

<sup>1066</sup>Mt 25, 40.

<sup>1067</sup>Mt 5, 19.

grandes a los que enseñan su santa ley y, con sus lecciones y buenos ejemplos, animan a los demás a cumplirla.”

“Queridos Hermanos -nos decía en un retiro-, a veces os espanta el recuerdo de las faltas de vuestra vida pasada, teméis la muerte y tembláis ante el solo pensamiento del infierno. Pero tenéis un medio seguro y eficaz para tener una muerte santa y evitar el infierno. Escuchad lo que dice el Espíritu Santo en palabras del apóstol Santiago: *Quien endereza a un pecador de su extravío, se salvará el mismo de la muerte y sepultará un sinfín de pecados*<sup>1068</sup>.

¡Cuántos pecados podéis evitar! ¡Cuántas almas podéis salvar! ¡Cuántos niños podéis librar de ir al infierno! ¡Cuántas veces podréis cubrir la multitud de vuestros pecados si desempeñáis debidamente vuestro ministerio, si, con vuestra presencia y vigilancia solícita, evitáis que vuestros alumnos ofendan a Dios! Es incalculable el cúmulo de faltas que podéis evitar.

Pongamos que tenéis cincuenta, sesenta, ochenta y hasta cien niños<sup>1069</sup> en vuestra clase. Si no estuvieran en la escuela, en la mayoría de los casos se encontrarían por la calle, con malas compañías, aprendiendo palabrotas, blasfemias o haciendo cosas malas. Por eso, aunque no les enseñarais nada y os contentarais con sacarlos de la calle y tenerlos vigilados, haríais ya un bien inmenso. Porque es muy posible que, abandonados a su suerte, ninguno dejaría de cometer diariamente varias faltas. Y eso evitaréis teniéndolos en clase.

San Juan Francisco Regis<sup>1070</sup> solía decir: *Si pudiera evitar un solo pecado mortal, daría por bien empleados todos mis esfuerzos*. ¡Cuánto debéis apreciar vuestra vocación que os da la oportunidad de impedir centenares cada día! Contad los días que habéis pasado en clase, los niños que habéis instruido y vigilado, y veréis el bien que habéis conseguido y el que todavía podéis conseguir.

Pero ahora me parece oíros una objeción. Estáis de acuerdo en que se puede hacer mucho bien a los niños; incluso que se les educa fácilmente en la virtud. Pero añadís con pena que son muy pocos los que perseveran en los principios recibidos, y que casi todos se dejan arrastrar por las pasiones cuando llegan a la adolescencia.

Os responderé que conservar la inocencia de esos niños durante algunos años, formarlos en la virtud y en las prácticas de piedad cristiana, darles sólida instrucción religiosa y facilitarles la gracia de una buena primera comunión, es ya un gran bien. Pero no acaba ahí el fruto de vuestros afanes.

Unos muchachos educados con esmero, que han experimentado las dulzuras y los encantos de la virtud; que han experimentado la bondad de Dios y la felicidad de servirlo, si más tarde llegan a descarriarse, vuelven a la religión mucho más fácilmente. Al no experimentar en los placeres y satisfacciones de este mundo la felicidad que habían imaginado, dejarán las sendas del vicio para volver al camino de la virtud. Es lo que le ocurrió al hijo pródigo<sup>1071</sup>: ¿Qué le movió a volver y echarse a los pies del padre bueno? El contraste entre la felicidad y los bienes de que disfrutaba en el hogar paterno y la desdicha en que cayó al abandonarlo. Si no hubiera conocido

<sup>1068</sup>St 5, 20.

<sup>1069</sup>Efectivamente, ése era el número de niños que los Hermanos tenían, sobre todo en la clase de párvulos (LPC 2, pág. 301).

<sup>1070</sup>Cien veces le advirtieron que estaba perdiendo el tiempo, que esas pecadoras públicas casi nunca se convierten de veras del todo (de buena fe); pues, arrastradas por la fatalidad de una larga costumbre, suelen volver siempre a sus primeros desórdenes. Les respondió: Aunque por mi solicitud sólo consiguiera evitar un solo pecado mortal, me daría por muy bien pagado de todos mis trabajos”(DAUBENTON, *La vie du Bx Jean-François Régis*, 3ème édition, page 52. Jacques Lions et Louis Bruyet, Lyon, 1717).

<sup>1071</sup>Lc 15, 11-32.

a su padre y la dicha de estar a su lado, probablemente no se le hubiera ocurrido volver a echarse en sus brazos y recuperar su amistad.

Una primera comunión bien hecha es prenda de salvación, casi me atrevería a decir que es señal de predestinación, es haber puesto ya un pie en la gloria. Vemos en el Evangelio cómo Nuestro Señor ofreció gracia y salvación a todos los que lo acogían; sólo hubo anuncio de desgracias para los que no quisieron recibirlo o lo recibían mal<sup>1072</sup>.

Cuando alguien va a una casa en son de paz y de amistad, si lo reciben mal, se retira indignado prometiendo no volver a poner los pies en aquella casa. Así suele hacer Nuestro Señor al entrar en un corazón por vez primera. Si es mal recibido, si se encuentra allí con sus enemigos -el pecado mortal y el demonio-, se retira para nunca más volver. Una de las causas de que la gente se aleje de los sacramentos, es que los profanaron cuando los recibieron por vez primera.

Preparar bien a un niño a la primera comunión es asegurarle el más preciado de los bienes: es ponerlo en camino de salvación, ofrecerle el medio más seguro y eficaz de afianzarse en él y seguir siendo toda la vida un buen cristiano.

Pero no se prepara a un niño a la primera comunión en unos días. Se necesitan meses y aun años enteros. En efecto, para instruir sólidamente a un niño, corregirlo de sus defectos, formarlo en la virtud, inspirarle sentimientos de piedad, conseguir que ame la ley de Dios y acostumbrarlo a las prácticas religiosas, se necesita tiempo.

Así mismo, para que lleguen a comprender el valor de un acto tan importante y las disposiciones con que deben acercarse a la comunión se necesitan muchas y muy repetidas instrucciones.

Sin duda, hay que preparar a los niños para la primera comunión con un retiro de varios días. Pero tal retiro, que puede producir mucho fruto, y que os recomiendo que hagáis con todo cuidado y celo, es sólo la preparación inmediata, el último esfuerzo que tenéis que hacer para preparar a los niños a recibir a Jesucristo. La preparación remota debe iniciarse desde los ocho o nueve años. A esa edad hay que hablarles ya de ese acto sublime, de las disposiciones con que deben adornarse, de los medios para prepararse bien.<sup>1073</sup>

En los ocho años que el Padre Champagnat fue coadjutor de Lavalla, hizo exactamente lo que aquí recomienda a sus Hermanos. Como ya hemos señalado en su vida, reunía a los niños más pequeños para darles la catequesis, enseñarles a orar, a participar con modestia y piedad en los oficios litúrgicos y hablarles de la primera comunión. Los confesaba cada tres meses, los seguía durante los oficios, les exhortaba a huir de las malas compañías, a asistir a clase, los animaba a rezar algunas oraciones a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen y al Ángel custodio para pedir la gracia de hacer una buena primera comunión.

Cuando se acercaba la fecha, estaba más al tanto de ellos, les daba el catecismo, les mandaba asistir a misa casi a diario y los confesaba con más frecuencia. Concluía esta larga preparación con un retiro de varios días, en el que estaba siempre con ellos para inculcarles las disposiciones requeridas para recibir a Jesucristo.

<sup>1072</sup>Mt 11, 21; Lc 10, 13; Mt 23, 37; Lc 13, 34.

<sup>1073</sup>“La situación de la población de la parroquia de Marthes en 1808” señala que la primera comunión tenía lugar a los 13 años (AFM, 146.003).

Al hablar de la primera comunión, nunca dejaba de aconsejar a los Hermanos que lucharan contra la vergüenza que pueden sentir los niños y que los lleva a disimular u ocultar sus faltas. "Uno de los lazos más peligrosos del demonio -les decía- es exagerar la gravedad de los pecados y crear en los niños un estado de confusión; así les hace creer que si se acusan de ellos, el confesor los va a regañar y prohibir hacer la primera comunión. Luchad contra esta tentación peligrosa, y decidles: Hijos míos, vuestras faltas no son siempre tan graves como creéis. A menudo, el demonio os hace creer que una cosa es pecado mortal, cuando se trata de un pecadillo insignificante. Además, el confesor no se va a extrañar de vuestros pecados, por muchos y graves que sean, y si los confesáis y detestáis sinceramente, no os hacen indignos de la comunión.

Instruidles con esmero sobre la necesidad de la confesión y sobre su integridad. Inspiradles sumo horror al sacrilegio y hacedles comprender bien que la mayor desgracia que puede sucederles es profanar los sacramentos. Es importantísimo insistirles, una y otra vez, sobre este tema. Vuestras enseñanzas, si están preparadas con esmero y van confirmadas con ejemplos bien escogidos, nunca dejaran de ser provechosas.

"El celo auténtico -decía el Padre Champagnat en otra charla- es generoso y constante. Y así tiene que ser, pues la salvación de un alma es algo muy grande y merece ser alcanzada aun a costa de grandes sacrificios.

Dios nos ha otorgado esta salvación enviando a su propio Hijo, hecho hombre, que se sometió a todas nuestras debilidades, menos al pecado<sup>1074</sup>, trabajó durante treinta y tres años, derramó su sangre y entregó su vida, se anonadó en la Eucaristía y se inmola a diario en nuestros altares.

Si queremos ganar a los niños para Dios, si queremos colaborar con Jesucristo en su salvación, tenemos que sacrificar nuestros trabajos, afanes, fuerzas, salud y, si fuera preciso, hasta nuestra misma vida a ejemplo del divino Salvador. No se logra la salvación de un alma a menor precio. Y es lógico, pues esa alma ha costado la sangre y la vida de todo un Hombre-Dios.

Un Hermano que carezca de esta capacidad de entrega no es digno de la misión que se le ha confiado. El celo verdaderamente generoso no retrocede ante ningún sacrificio; nada escatima, aprovecha todas las ocasiones de ser útil a los niños, de educarlos, de corregirlos de sus defectos, formarlos en la virtud y llevarlos a Dios. Se hace todo para todos<sup>1075</sup>, pone todos los medios y se adapta a todo para conseguir su salvación. El Hermano que no abandona a sus alumnos ni de día ni de noche, que los acompaña de continuo, que sacrifica sus recreos, estudios, descanso, para estar con ellos, mantenerlos en el deber y conservar su inocencia, y que siempre y en todas partes se entrega a su educación y santificación: ése tiene celo realmente generoso.

Por el contrario, el que, obsesionado por su salud, por sus propios intereses o comodidad, escatima la atención que debe a los niños y hace lo estrictamente indispensable, no posee un celo generoso.

Oigo a veces a algunos Hermanos que dicen que la clase es demasiado dura, que les gustaría dejarla. Si conocieran el valor de las almas y cuanto agrada a Dios colaborar en la salvación de

---

<sup>1074</sup>Hb 4, 15.

<sup>1075</sup>1 Co 9, 22.

una sola, no les costaría nada cincuenta años de clase con tal de colocar a un solo niño en el camino de la salvación.

A otros, los niños les resultan difíciles, díscolos, maleducados, llenos de defectos y no pueden soportarlos. Esos Hermanos carecen de celo y de espíritu religioso, no tienen el espíritu de Jesucristo y desconocen lo que son las obras de Dios. Si los niños fueran perfectos, no necesitarían vuestros cuidados. Precisamente porque tienen defectos, necesitan educación. El mérito está en instruirlos, en ser comprensivos con ellos, en formarlos.

Mirad cuánto costó a los apóstoles convertir el mundo: todos sacrificaron su vida en el empeño. Pensad cuánto cuesta a los misioneros evangelizar a los paganos del Nuevo Mundo y de Oceanía: se exponen a toda clase de sacrificios, a todo tipo de privaciones para lograr la conversión de aquellos infieles. ¿Cómo queremos nosotros salvar las almas sin sufrir o viviendo cómoda y tranquilamente?, Podemos quejarnos cuando experimentamos alguna molestia por parte de los niños o de sus padres? Si así nos portamos, ¡qué poco conocemos los caminos de Dios, y qué rastreros y mundanos son nuestros pensamientos y sentimientos!

Jesucristo rescató las almas por la cruz y el sufrimiento. ¡Y nosotros queremos trabajar en su salvación en medio de placeres y satisfacciones de la naturaleza! Con tales sentimientos ¿qué extraño que no logremos ningún bien, que nuestro ministerio resulte estéril?

Ahora bien, hay algo que no es menos necesario que la generosidad y que es prueba de auténtico celo: rezar por los niños.

Vuestras enseñanzas, vuestros buenos consejos, incluso las correcciones, son una semilla que sembráis en el corazón de vuestros alumnos. No crecerá ni dará fruto si no es regada con la oración. Sin humedad, la tierra nada puede producir; sin oración, nada podemos conseguir ni para nosotros ni para los demás. Cuantos más defectos tengan algunos niños, cuanto más difíciles sean de formar y educar, cuanto menor provecho saquen de vuestras enseñanzas y cuidados, tanto más debéis rezar por ellos. Sólo con la oración podréis ganarlos para Dios: encomendados, pues, diariamente a Nuestro Señor a la Santísima Virgen. Vuestra constancia en rezar por ellos es el mayor acto de caridad que podéis hacer con ellos, y el medio más seguro de conseguir su transformación y hacerlos volver a la senda del bien.”

Al terminar esta disertación que había pronunciado con mucha vehemencia, se detuvo un momento para tomar aliento. Aprovechando la ocasión, se levantó un Hermano y le preguntó si en las fiestas de la Santísima Virgen y en otras, en que se celebran oficios en la iglesia, no sería mejor dar vacación a los niños, para tener más tiempo de recogimiento y oración.

“Querido amigo -repuso el Padre-, en esos días lo mejor es estar con los niños. Reunir a los niños en la escuela, hacerles rezar y aprender el Evangelio, darles una pequeña charla sobre el misterio que se conmemora ese día. y acompañarlos a los oficios, es para vosotros la mejor oración. Es un acto de caridad y de celo que será más grato a María que si pasarais todo el día de rodillas al pie de su altar.

Además, ninguna ocasión más propicia para dar a los niños el catecismo sobre la Santísima Virgen. No creo que haya un solo Hermano que deje pasar una fiesta de la que es Madre, Patrona, Modelo y primera Superiora del Instituto, sin hablar de ella a los niños.

Un auténtico Hermano de María no se conforma con amar y servir a esta augusta Virgen; se esfuerza, además, en hacerla amar y servir por todos sus alumnos, y emplea todos los medios que le sugieren su celo y piedad para infundirles respeto profundo, confianza sin límites y amor filial hacia esa divina Madre. La devoción a María necesita difundirse, y es una prueba de carecer de tal devoción si no se trata de comunicarla, y se tiene escaso celo para extender y propagar el culto de la Santísima Virgen.”

La Regla prescribe dar el catecismo dos veces al día. Al principio, se daba incluso tres; pues a la caída de la tarde, los muchachos del pueblo, acudiesen o no a la escuela, se reunían en ella, y un Hermano les explicaba el catecismo durante una hora.

Es más, los Hermanos iban también, especialmente los jueves y domingos, a dar la catequesis a los caseríos de la parroquia. Luego, algunos Hermanos jóvenes, con menos celo que los veteranos, creyeron que bastaría dar la catequesis una vez al día.

Se lo consultaron al Padre Champagnat, y para que se aviniese más fácilmente a sus deseos, adujeron que les faltaba tiempo para las demás asignaturas.

-Amigos -les respondió el Padre-, en nuestro reglamento hemos asignado tiempo conveniente a cada asignatura. Si resultara escaso para alguna de las materias del programa, nunca será el catecismo el que hay que reducir, pues iría en contra de nuestra finalidad específica, sino cualquier otra de las materias menos importantes de la enseñanza primaria.

-Padre -repuso un Hermano-, yo creo que todas son necesarias para el éxito de la escuela.

-Sí, pero el catecismo contribuye más que ninguna otra ciencia a la prosperidad de las escuelas. Además, resulta necesario al niño para su buen comportamiento, para su futuro acierto profesional y, sobre todo, para el éxito del negocio supremo de la eternidad.

-Padre, permítame indicarle que los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que indudablemente ponen tanto empeño como nosotros en el catecismo, lo dan una vez al día.

-Eso no prueba que vosotros tengáis que darlo solo una vez:

“1. Porque es muy probable que si el venerable señor de La Salle hubiera fundado hoy su Instituto, prescribiría dar la catequesis dos veces al día. En efecto, cuando se fundó la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, hace más de ciento cincuenta años, los padres eran extraordinariamente religiosos y educaban personalmente a sus hijos. Los Hermanos se limitaban a completar en la escuela las instrucciones recibidas en la familia. Hoy, desgraciadamente, las cosas han cambiado: los padres, en su mayoría, no conocen ni practican la religión, se hallan volcados en sus negocios temporales, y no se ocupan de la educación de sus hijos. Esta preocupación os la confían enteramente a vosotros. Por eso, en los tiempos que corremos, es imprescindible dar catequesis mucho más a menudo que antes.

2. Porque los niños no están tanto tiempo con nosotros como con los Hermanos de las Escuelas Cristianas. En las ciudades, los niños acuden a una edad más tierna a la escuela, durante mucho más tiempo y más asiduamente. Además, normalmente son más despiertos y, como están más acostumbrados a hablar francés<sup>1076</sup>, entienden mucho mejor las instrucciones de los Hermanos.

---

<sup>1076</sup>Los niños del campo hablaban el dialecto de la región.



Con nosotros, al ser casi todas nuestras escuelas rurales, los niños no están más que unos meses<sup>1077</sup> al año; con frecuencia entran ya mayores y se van cuando pueden empezar a trabajar. Por eso tenemos que aprovechar el poco tiempo que están con nosotros para instruirlos convenientemente en las verdades de la salvación, lo cual exige dar el catecismo dos veces al día.

Para prepararlos a la primera comunión, nos hemos visto muy a menudo obligados a darlo tres veces al día: es la única forma de que estuvieran satisfactoriamente preparados. Por otra parte, aunque demos el catecismo dos veces al día, no por eso dedicamos más tiempo que los Hermanos de las Escuelas Cristianas, pues ellos emplean diariamente media hora, una hora las vísperas de fiesta y hora y media los domingos y fiestas, lo que arroja un total de cinco horas semanales. Nosotros no damos más.”<sup>1078</sup>

Pero no sólo en las conferencias se esforzaba el Padre Champagnat en inculcar a los Hermanos celo santo por la santificación de los niños. En sus entrevistas personales, en las cartas, insistía siempre sobre este tema.

“Deseo y anhelo -dice en una circular dirigida a todas las casas del Instituto<sup>1079</sup> -que, a ejemplo de Jesucristo, nuestro divino modelo, profeséis tierno cariño a los niños. Repartidles con celo santo el pan espiritual de la educación religiosa, haced lo posible por formarlos en la piedad y grabar en su corazón sentimientos indelebles de virtud.

“Diga a sus alumnos -escribe a un Hermano<sup>1080</sup> - que Dios quiere mucho a los niños buenos, porque se asemejan a Jesús, que es infinitamente bueno; y también quiere a los que no lo son, porque confía que algún día lleguen a serlo. Dígales también que la Santísima Virgen los quiere, porque es especialmente madre de los niños de nuestras escuelas.

Después de dar acertados consejos a un Hermano<sup>1081</sup> Director para ayudarle a realizar el bien en la difícil situación por la que pasaba, le dice: “No deje de recordar a los alumnos que son los amigos de los santos, hijos de María, miembros y coherederos de Jesucristo, que el divino Salvador desea su amor y se muestra celoso de ellos y que ve con mucha pena cómo se los roba el demonio y que estaría dispuesto a morir de nuevo en la cruz para demostrarles su amor.” Añádales: “¿Sabéis, queridos niños, por qué Dios os quiere tanto? Porque sois el precio de la sangre de Jesucristo y porque, si queréis, podéis llegar a ser grandes santos con facilidad. Jesús se ofrece a llevaros sobre sus hombros<sup>1082</sup>, para ahorraros la fatiga de caminar! ¡Oh, que desgraciados sois si estudiáis con desgana el catecismo, si lo aprendéis mal! Nunca sentiréis la dicha de conocer y amar a Jesucristo.”

<sup>1077</sup>La mayoría, desde Todos los Santos hasta Pascua. Sin embargo, por entonces, los niños “no se atenían a norma fija: unos entraban en la escuela en el mes de octubre, otros en noviembre, algunos en diciembre o más tarde aún. A este comienzo escalonado (a lo largo de todo el año escolar) -el de Pascua era casi tan importante como el de Todos los Santos- hay que añadir las irregularidades de asistencia diaria” (ANTOINE PROST, *L'enseignement en France de 1800 à 1967*, p. 115. Ad. Armand Colin, 1968).

<sup>1078</sup>(“Al respeto), ellos (los Hermanos) darán diariamente el catecismo por espacio de media hora; la víspera de vacación, una hora al día, y los domingos y festivos hora y media” (*Règles communes de l'Institut des Frères des Écoles Chrétiennes*, chap. VII, art. 6, éd. de 1901, p. 15).

<sup>1079</sup>LPC 1, doc. 63 pág. 157.

<sup>1080</sup>Carta del 21 de enero de 1830 al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 14, página 53).

<sup>1081</sup>Carta del 1.º de noviembre de 1831 al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 24, pág. 72). La transcripción del Hermano Juan Bautista no es textual.

<sup>1082</sup>Lc 15, 5.

A otro Hermano<sup>1083</sup> le escribe así: “Esfuércese en dar bien el catecismo, no escatime nada para educar a sus alumnos en la virtud. Convénzales de que sin piedad y temor de Dios nunca llegaran a ser felices; que los malos nunca tienen paz; que sólo Dios puede hacerlos felices, porque sólo para él han sido creados.”

“Queridos amigos -dice a los Hermanos de otra escuela<sup>1084</sup> -, haced cuanto os sea posible para que funcione bien vuestro centro. No perdáis nunca de vista el bien incalculable que podéis realizar. Este bien, y la espléndida recompensa que os aguarda, han de estimular vuestro celo y vuestro valor.

Mirad el tierno afecto que el Salvador del mundo muestra a los niños: reprende enérgicamente a los apóstoles que los apartan de su persona<sup>1085</sup>. Vosotros, amigos, no sólo no les impedís acercarse al divino Salvador, sino que os esforzáis por llevarselos. ¡Qué bien os acogerá en la hora de vuestra muerte! ¡Con que generosidad recompensará los esfuerzos y sacrificios que supone la educación de vuestros alumnos! ¡Qué gloria y felicidad os tiene reservadas un Señor tan espléndido, que no deja sin recompensa ni un vaso de agua<sup>1086</sup>, y que se ha comprometido a mirar y pagar como hecho a sí mismo lo que hacéis a estos pequeñitos!”

A un Hermano Director le decía: “Me pregunta qué medios debe emplear para acertar en su empleo y mejorar su escuela. Éstos me parecen los mejores:

1. Procure poner de su parte a la Santísima Virgen, y para ello no olvide considerarla como la primera Superiora de su casa y, en consecuencia, no emprenda nada importante sin consultarla. Ponga bajo su protección su persona, sus Hermanos, sus alumnos: toda su escuela. Haga cuanto esté en su mano para honrarla y extender su devoción. Acuda a ella en todas las necesidades y dígale, después de haber hecho todo lo que tenía que hacer, que peor para ella si sus asuntos van mal<sup>1087</sup>.

2. Preocúpese especialmente de los niños pobres, de los más ignorantes, de los menos capacitados. Trate a estos niños con suma bondad, pregúnteles con frecuencia y no tema manifestarles en todo momento que los quiere más porque se hallan más desprovistos de privilegios y bienes naturales. Los niños pobres son para una clase lo que los enfermos para una comunidad: causa de bendición y prosperidad cuando se los mira con ojos de fe y se los trata como a miembros dolientes de Jesucristo.

3. Declare guerra sin cuartel al pecado, y, para ello, esté continuamente con sus alumnos: pues sólo de ese modo puede conservar su inocencia y preservarlos del mal. Esmérese en inculcarles sumo horror al pecado mortal, y recuerde que si tiene la dicha de preservarlos de él y desterrarlo de la escuela, con toda seguridad Dios los bendecirá. En este caso podemos repetir con el apóstol: *Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar contra nosotros?*<sup>1088</sup> Si Dios se halla en medio de vosotros y de vuestros alumnos, por la gracia y el amor, nada podrá perjudicaros. Por el contrario, si el pecado y el demonio se infiltran en vuestra casa, ésta se arruinará o, al menos,

<sup>1083</sup>Carta del 3 de enero de 1831 al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 19, página 61).

<sup>1084</sup>Carta del 4 de febrero de 1831 a los Hermanos Antonio y Gonzaga (LPC 1, doc. 20, pág. 63).

<sup>1085</sup>Mt 19, 13; Mc 10, 13-16.

<sup>1086</sup>Mt 10, 42.

<sup>1087</sup>E Hermano Juan Bautista transcribe un párrafo de la carta del 4 de febrero de 1831 a los Hermanos Antonio y Gonzaga (LPC 1, doc. 20, líneas 22-26, página 64). ¿Se refiere a otra carta que no nos ha llegado o hace una amalgama de varias cartas? Lo cierto es que el Padre Champagnat no solía escribir cartas tan largas.

<sup>1088</sup>Rm 8, 31.

correrá el peligro de hundirse, por más que contéis con el apoyo de las autoridades y demás personas influyentes del pueblo.

Utilice, querido Hermano, esos tres medios, y le garantizo la buena marcha de su escuela. Diga a los niños que no me acerco nunca al altar sin acordarme de usted y de ellos.

Luego añadía: “¡Oh, cómo me gustaría tener la dicha de educar a los niños y dedicarme personalmente a formarlos en la virtud!”<sup>1089</sup>

Nada mejor para concluir este capítulo que recordar cómo terminaba a veces sus instrucciones el piadoso Fundador sobre la necesidad de dar el catecismo.

Después de haber expuesto lo que su celo le inspiraba para recordar a los Hermanos sus obligaciones sobre este punto trascendental, terminaba exclamando: “Al hablaros así, cumplo con mi deber de conciencia; ahora os toca a vosotros cumplir el vuestro. Si lo omitís, si descuidáis instruir a los niños y formarlos en la piedad, podéis haceros responsables: tendréis que responder ante Dios del alma de cada uno de ellos y él os pedirá cuenta de todas las faltas que por ignorancia o falta de formación puedan cometer.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XXI**

*Caridad para con los pobres*

El Padre Champagnat no limitaba su caridad a las obras espirituales de misericordia. Cuando sus escasos recursos se lo permitían, socorría también a los pobres en sus necesidades. Tres motivos lo impulsaban a ello:

1. Su corazón bondadoso, que no podía ver sufrir a nadie sin sentirse movido a compasión y desear aliviarlo.
2. El profundo respeto y el amor que profesaba a Nuestro Señor hecho pobre por nosotros, a quien los pobres recuerdan y de quien son imagen.
- 3.- El ardiente deseo que tenía de trabajar en la salvación de las almas, deseo que con sus limosnas podía satisfacer.

---

<sup>1089</sup>LPC 1, doc. 14, pág. 54.

Al dar limosna, casi siempre dirigía una palabra de edificación a quien se la pedía. Si se trataba de un niño, le preguntaba si conocía las principales verdades de la religión, y según los casos, le hacía una exhortación o le daba una breve instrucción.

En un viaje que realizó a París, al bajar de la diligencia, se le acercaron varios chiquillos y, como de costumbre, le pidieron unas monedas.

“Con gusto os las daré -les respondió- si sabéis el catecismo.” Y se puso a preguntarles sobre los principales misterios. Desagradable fue su sorpresa al encontrar un muchacho de diez años que no tenía ni idea. Cuando le dio la limosna, le dijo: “Hijo mío, volveré dentro de un mes; si para entonces has aprendido los misterios, te daré un real.”<sup>1090</sup>

El chiquillo le prometió que trataría de que sus compañeros u otras personas se lo enseñaran: y cumplió su palabra. Cuando volvió a pasar el Padre, vio que el niño corría a su encuentro y le gritaba: “¡Señor cura, ya he aprendido el catecismo, déme el real que me prometió!” Efectivamente, sabía muy bien los misterios, y el Padre, muy satisfecho, le dio la recompensa prometida.

Al llegar de coadjutor a Lavalla, se encontró con que algunos padres, pobres y descuidados, dejaban a sus hijos en completa ignorancia de las verdades religiosas, por no mandarles a la escuela ni al catecismo. Recogió a esos muchachos en casa de los Hermanos, y se encargó de alimentarlos y vestirlos.

El primer año recogió a doce<sup>1091</sup>; el número se incrementó en años sucesivos y recibió a cuantos cabían en la casa. Sus obras de beneficencia no se limitaban a los niños; llegaban a todos los pobres de la parroquia: ninguno acudió a él sin verse socorrido. A unos les proporcionaba pan; a otros, ropa, vestidos. Hacía preparar alimentos apropiados para los enfermos y mandaba a dos Hermanos o a una persona caritativa para velarlos durante la noche.

Un día vinieron a llamarle para asistir a un enfermo. Acudió inmediatamente a visitarlo y encontró al desdichado cubierto de úlceras, echado sobre unas pajas y con sólo unos andrajos para cubrir su desnudez y sus llagas. Movidado a profunda compasión ante tanto sufrimiento y desamparo, primero dirigió al enfermo unas palabras de consuelo. Luego se apresuró a llamar al Hermano administrador y le ordenó que enviara inmediatamente un jergón, sábanas y mantas para el enfermo.

Pero, Padre -le advirtió el Hermano-, no disponemos de ningún jergón en este momento.

-¡Cómo! -repuso el Padre-, ¿que no hay un solo jergón en toda la casa?

-Estoy seguro de que no queda ni uno. Recuerde que el último lo entregue hace pocos días.

-Pues vaya y tome el de mi cama, y lléveselo inmediatamente a este pobre enfermo.

<sup>1090</sup>Cinco “sous” equivalen a un cuarto de franco, que traducimos por “un real”, fracción equivalente de la peseta. El salario de un día de trabajo de un obrero puede calcularse alrededor de tres francos en 1838.

<sup>1091</sup>El P. Champagnat escribe a Juan María Granjon, el 1 de diciembre de 1823: “Respecto a Lavalla, parece que vamos a tener bastantes niños y bastantes pobres. Gracias a Dios, haremos cuanto podamos para alimentarlos” (LPC 1, doc. 1, pág. 30). Cfr. OME, doc. 166 (17), pág. 445.

Eso de quitarse de lo suyo para socorrer a los pobres o para dárselo a los Hermanos le ocurría con cierta frecuencia.

Otra vez, una persona piadosa le rogó que fuese a visitar a un desgraciado que, a un tullido, enfermo y sumido en absoluta miseria, vomitaba blasfemias horribles contra la religión e insultos groseros contra quienes tenían la caridad de visitarlo y socorrerlo.

El Padre no escatimó medio alguno para ablandar su corazón empedernido. Pero todo fue inútil: se vio obligado a retirarse para no provocar nuevas blasfemias.

Llegado a casa, dijo al Hermano limosnero: “Sólo hay un medio para ganar a ese hombre: socorrerlo y pagar con servicios sus insultos. La caridad, únicamente la caridad, puede conseguir su conversión. Por eso, hay que proporcionarle cuanto necesite, estar continuamente a su lado, velarlo incluso durante la noche, hablarle con suma bondad y ternura, y orar mucho por su conversión. Pero durante algún tiempo es mejor no hablarle de religión y así evitar sus blasfemias. Dios hará lo demás.”

Siguieron puntualmente estos prudentes consejos y se consiguió el resultado apetecido. El enfermo, al verse rodeado de tales atenciones y tratado con tanta caridad, quedó tan conmovido, que un día exclamó: “¡Ah, ya veo que la religión es verdadera, pues es capaz de inspirar tan gran abnegación y caridad: sólo ella puede impulsarnos no sólo a aguantarme -que ya es mucho-, sino incluso a atenderme y prodigarme mayores atenciones de las que pudieran ofrecerme parientes o criados, si los tuviera.”

Pidió que viniera el Padre Champagnat, con quien se confesó después de pedirle perdón varias veces por haberlo recibido tan mal la primera vez.

Aquel hombre murió poco después, fortalecido con los sacramentos y con sentimientos muy cristianos.

Por aquella misma época, lo llamaron para confesar a una mujer enferma. La halló en tal desamparo, que ni leña tenía para la lumbre. La confesó, consoló y la exhortó a poner su confianza en Dios y ofrecerle sus sufrimientos y privaciones. Pero consciente de que en una situación así no bastan palabras de consuelo, mandó que le llevaran alimentos, ropa y combustible. Le consiguió, además, asistencia día y noche, y un médico para que la visitara y le ofreciese desinteresadamente sus servicios.

Cuando murió la mujer, el Padre Champagnat se hizo cargo de un hijo que dejaba. A secuencia de la larga enfermedad de su madre y su extremada pobreza, el muchacho no había recibido formación religiosa alguna. Pero había adquirido malas costumbres que le malearon el carácter y el corazón y anularon por largo tiempo los cuidados que le prodigaban. Los Hermanos, a quienes el Padre Champagnat lo había encomendado, no le dejaron carecer de nada en cuanto a alimentación y vestido; lo tuvieron en clase, se esforzaron por infundirle principios religiosos, por corregir sus defectos y malos hábitos. Pero, en vez de aprovechar tanta atención y mostrar agradecimiento, correspondía con insultos, ingratitud y rebeldía. Acostumbrado a vivir vagabundo y a merced de sus malas inclinaciones, no pudo soportar la sujeción que le exigía la vida reglamentada de un centro educativo, ni las lecciones y advertencias paternas de los Hermanos.

Se fugó varias veces, pues prefería mendigar el pan y vivir en la miseria que doblegar su carácter levantisco y someterse a la disciplina de la escuela.

Los Hermanos lo volvían a traer cada vez a casa, y adoptaron todos los medios que les sugería su celo para corregirlo, atraérselo e inspirarle mejores sentimientos. Pero, desalentados ante el escaso resultado de sus esfuerzos, terminaron por pedir al Padre que lo abandonara a su desdichada suerte. “Estamos perdiendo el tiempo con este niño -le dijeron-, y tarde o temprano tendremos que despedirlo.”

El piadoso Fundador, cuyo celo era mas tenaz y comprensivo, les animó primero a tener paciencia y a rogar por aquel pobre desgraciado. Pero al ver que insistían en la expulsión, les dijo: “Amigos, si lo que queréis es deshaceros de este pobre huérfano, os será muy fácil. Pero, que mérito podéis tener con echarlo a la calle? Si lo abandonáis, no os da miedo que Dios os pida cuentas de su alma? ¿No teméis tampoco perder la oportunidad de ejercitar la caridad, el celo, y, por consiguiente, perder el mérito de conseguir que ese niño vuelva a la senda de la virtud? Si lo expulsáis, Dios confiara a otro su cuidado y la gracia de educarlo; y, aunque demasiado tarde, lamentaréis el haberos privado, por falta de paciencia, de tan gloriosa misión. Hemos adoptado a este niño; no podemos abandonarlo, tenemos que guardarlo por doloroso que resulte ver que no corresponde a nuestros desvelos. Pero hemos de trabajar sin descanso en conseguir que sea como deseamos.”

“Por lo demás -añadió-, tened buen ánimo: Dios no puede consentir que sean estériles tantos sacrificios, tantos actos de caridad empleados con él. Encomendadle a Dios y ya veréis cómo muy pronto os causará tanto consuelo como disgustos os ha ocasionado hasta el presente.”

Efectivamente, poco después, aquel chico que durante varios años había causado tantos disgustos a los Hermanos por su mal comportamiento, cambió radicalmente: se torno manso, dócil, bueno y piadoso como un ángel. Después de hacer la primera comunión con edificantes disposiciones, pidió ser admitido en la comunidad, favor que le fue concedido. Lleno de aprecio por su vocación, fue un Hermano<sup>1092</sup> piadoso, observante y obediente, y murió como un predestinado a la edad de veintiún años, en los brazos del Padre champagnat, después de haberle agradecido cuanto había hecho por él.

Este ejemplo nos recuerda las instrucciones que el piadoso Fundador daba a los Hermanos a propósito de los niños que por su conducta se exponen a ser despedidos de la escuela. “La expulsión de un niño -decía- es algo sumamente grave, el último y más terrible de los castigos. Las faltas que lo motivan son excepcionales si en la clase reina la disciplina y el profesor mantiene su autoridad. Si me preguntáis que faltas se hacen acreedoras a tal castigo, tengo que responderos que no conozco ninguna que por sí misma merezca esta sanción, cuando el muchacho que ha incurrido en ella es capaz de enmienda y está seriamente dispuesto a corregirse. En definitiva, la expulsión es tan sólo para quienes resulten incorregibles o cuyos vicios contagian a los demás en la escuela.

Antes de expulsar a un muchacho es, pues, necesario:

1. Estar totalmente seguro de su culpabilidad y de la gravedad de sus faltas.
2. Estar igualmente seguro de que el contagio es real y que el muchacho es una *oveja sarnosa*.

<sup>1092</sup>Se trata del Hermano Nilamón (Juan Bautista Berne), fallecido en 1830 (BI XXVIII, págs. 409-413).

3. Haber agotado todos los medios para corregir al niño e impedir el contagio.

4. Orar, reflexionar, asesorarse. Un asunto de tal importancia ha de tratarse primero con Dios, y la prudencia exige que se tomen todos los medios que pide la caridad para justificar esta medida.

Por eso, no sin motivo he afirmado que la expulsión es un castigo sumamente grave y que debe ser excepcional. Aplicárselo a un niño porque no se ha doblegado ante una amenaza imprudente, porque no nos cae bien por su carácter o nos resulta desagradable, porque es ligero e inquieto, porque se ausenta con facilidad de la escuela o falta a los oficios, porque no ha cumplido ciertos castigos, o por cualquier falta parecida, es faltar al deber, pecar contra la justicia y difamar al niño ante toda la parroquia: pues la expulsión hace suponer faltas graves y una conducta escandalosa.

Cuando la expulsión no está suficientemente justificada, provoca las críticas y quejas de la gente, excita la cólera y el odio de los padres del afectado, enajena el ánimo de tales niños y los encona definitivamente contra los Hermanos. Si pensáramos todas estas consecuencias, nos guardaríamos mucho de acalorarnos y expulsar a un muchacho en un momento de arrebató, de pasión o por faltas que, por graves que parezcan, no perjudican a los demás niños, ni amenazan su inocencia, ni provocan mal espíritu o grave indisciplina en la escuela.

El despido de un alumno queda exclusivamente reservado al Hermano Director. Si otro Hermano se permitiera por su cuenta y riesgo infligir tal castigo, faltaría a un deber primordial.

Cuando un niño merece la expulsión, hay que aconsejarle que se retire por su cuenta, o llamar a los padres, y, después de darles a conocer el comportamiento de su hijo, rogarles que se lo lleven para ahorrarles el bochorno de la expulsión.”

Las necesidades de los pobres eran una preocupación constante del buen Padre. Y lo manifestaba cada vez que se presentaba ocasión. Si veía que alguien malgastaba las cosas, le decía: “¿No se da cuenta de que muchos menesterosos carecen de lo necesario y se considerarían felices si tuvieran lo que usted despilfarra o deja echar a perder?”

Repetía con frecuencia: “Nos haríamos muy culpables si hiciéramos gastos inútiles y buscáramos lo superfluo, cuando tantos pobres carecen de pan y vestido. Quien es insensible a las miserias y privaciones de los miembros dolientes de Jesucristo y no ahorra lo que puede, cuidando debidamente las cosas, para ayudarlos, no tiene caridad. Los santos, que ardían en amor de Dios, amaban a los pobres como a hermanos. Por eso se privaban y desprendían de lo necesario para socorrerlos”

Al principio de cada invierno el piadoso Fundador mandaba remendar toda la ropa usada que había en la comunidad<sup>1093</sup>. La empaquetaba y se la enviaba a los Hermanos que se hallaban en lugares montañosos, para que la repartiesen entre los pobres. Alguien le hizo observar que arreglar toda aquella ropa costaba mucho, y que sería más rápido entregarla tal como estaba, que ya se encargarían de remendarla los pobres por su cuenta. Respondió: “No me cabe duda de que sería más rápido, pero, quedarían los pobres más satisfechos y nuestra caridad sería más delicada? De eso ya no estoy tan seguro. Si reparte la ropa tal como esta, algunos pobres

---

<sup>1093</sup>“Os recomendamos que pongáis en los paquetes la ropa desechada y hábitos viejos que ya no sirvan y los enviéis...” (LPC 1, doc. 266, pág. 500, líneas 29-33).

no se molestarán en remendarla, y, después de haberla usado unos días, quedarán inservible; otros no tendrán hilo ni remiendos. Es preferible que nos cueste un poco más y hacer las cosas como Dios manda.

Otro acto de caridad que el Padre Champagnat ejerció los últimos años de su vida, fue recoger y cuidar a varios ancianos<sup>1094</sup> desamparados y sin medios de ganarse la vida, expuestos a toda clase de privaciones. Puso un Hermano a su servicio, y les proporcionó cuanto necesitaban sin exigirles más que vivir como buenos cristianos. Algunos de ellos estaban afectados de enfermedades repugnantes; otros añadían a los padecimientos físicos lacras morales. Por ello resultaba muy penoso y difícil atenderlos. Pero la caridad, que es paciente, que todo lo soporta<sup>1095</sup>, que a nada hace ascos, ayudó a nuestro venerado Padre a superar todas aquellas miserias. Ni que decir tiene que no se limitó a remediar sus necesidades físicas y aliviar sus dolencias corporales. El celo lo impulsó, sobre todo, a ocuparse de su alma, a instruirlos y prepararlos a la recepción de sacramentos, a enseñarles a rezar y a santificar sus padecimientos por la aceptación de la voluntad de Dios y la unión con los sufrimientos de Jesucristo. A sugerencia suya, aquellos ancianos se trazaron un reglamento, distribuyendo el tiempo entre la oración y una ocupación adecuada a sus fuerzas y salud. Diariamente asistían a la santa misa, se ocupaban en lecturas edificantes, rezaban el rosario y hacían la visita al Santísimo Sacramento.

El Hermano encargado velaba por su conducta, les llamaba la atención si se descuidaban, y los acompañaba en sus prácticas de piedad, ayudándoles a cumplirlas debidamente.

Todos aquellos ancianos murieron cristianamente, y dejaron al Padre Champagnat el consuelo de haber hecho más bien a sus almas que a sus cuerpos<sup>1096</sup>.

El espíritu de fe que animaba al piadoso Fundador, le hacía ver en los pobres la imagen de Jesucristo, hecho pobre por nosotros, y le infundía un profundo respeto hacia ellos. Y si no siempre pudo atenderlos, al menos les prodigaba el consuelo, los ánimos y las muestras de interés de que era capaz.

Se hallaba en una ocasión visitando una escuela. Al pasar, le pareció oír que el Hermano portero dirigía unas palabras injuriosas a un mendigo que había llamado a la puerta. Como no captó bien el sentido de las palabras, y además estaba muy ocupado en aquel momento, le pareció oportuno no dar mayor importancia al asunto.

Pero por la noche, al recordar lo acaecido, sintió vivos remordimientos de no haber llamado la atención al Hermano. Al día siguiente lo mandó llamar para cambiar impresiones al respecto. El Hermano reconoció que había usado para con aquel pobre términos un tanto ásperos; pero le advirtió que era el único modo de quitarse de encima a quien abusaba de la bondad y caridad que tenían para con él.

Aunque por la virtud y carácter del Hermano pudiese dar crédito a sus palabras, y quedar tranquilo, tras haberle hecho muchas preguntas, volvió expresamente a aquella casa<sup>1097</sup>, que

<sup>1094</sup>Cfr. A.BALKO, "Casa de Beneficiencia". FMS, n.º 16, pág. 209, 1975. El 1 de diciembre de 1832, en su libro de contabilidad (folio 37), el P. Champagnat escribe: "Hoy, sábado, 1 de diciembre de 1832, día gozoso, día afortunado en que hemos contribuido a una buena obra realizada por la señorita Fournas, recibiendo a dos enfermos incurables."

<sup>1095</sup>1 Co 13, 4,7.

<sup>1096</sup>"El Padre recibió... al viejo Chazelle, zapatero, que tomó luego el hábito con el nombre de Hermano Espiridión" (AA, pág. 132 y págs. 300-301).

<sup>1097</sup>No es posible saber si se trata de Tarentaise o de Valbonoite, ambas a tres leguas (12 km) del Hermitage.



quedaba a sólo tres leguas del Hermitage, para preguntar a un sacerdote del lugar que podría ofrecerle alguna información, ya que también él había sido testigo presencial de lo ocurrido. Y sólo quedó totalmente tranquilo cuando aquel sacerdote le dijo que el Hermano en modo alguno merecía ser reprendido, pues el carácter y falta de juicio de aquel pobre requerían que se le tratase de ese modo.

Al no poder proporcionar a los pobres todos los auxilios corporales que hubiera deseado, porque su condición y recursos no se lo permitían, se resarcía ampliamente formando maestros para ofrecer a los niños pobres<sup>1098</sup> instrucción primaria y educación cristiana.

Precisamente para ellos fundó el Instituto, y quiere que los Hermanos se consideren, de modo particular, encargados de su instrucción. Entre los primeros compromisos que exigía a los Hermanos, se menciona expresamente éste. El piadoso Fundador lo consideró tan importante, que lo puso en primer lugar. *Nos comprometemos, ante todo -se lee en el texto -a instruir gratuitamente a todos los niños pobres que nos presente el señor párroco<sup>1099</sup>*. No se conformaba con que se les enseñase el catecismo; quería que, además, les impartiesen cuantos conocimientos pudieran serles necesarios según su posición social, y que no hubiese diferencia alguna de trato entre ellos y los niños ricos.

La igualdad debe ser la suprema ley en la escuela de los Hermanos. En ella no debe haber preferencia ni privilegio alguno por razón de la persona, categoría o cualquier otra cualidad externa. Todos, ricos y pobres, deben ser tratados según sus merecimientos, capacidad, virtud y conducta personal. Esta igualdad ha de abarcar todos los aspectos educativos del niño: aula, estudios, castigos, premios y atenciones. El niño pobre ocupara en la escuela el puesto que le corresponda no por su rango social o su fortuna, sino según su capacidad. Por eso podrá, si sus dotes intelectuales se lo permiten, seguir todos los niveles, abarcar todos los programas, estar junto al rico, competir con él, e, incluso, sobrepasarlo.

Finalmente, en la escuela, un Hermano debe ignorar, si es posible, la situación social de sus alumnos y ver en ellos únicamente lo que le descubre la fe, no atender más que a su comportamiento personal, quererlos y tratarlos a todos como a hijos.

“No quiere esto decir, sin embargo -advertía con prudencia el Padre Champagnat-, que no haya que tener a veces algún miramiento con un determinado niño, cuando lo exija su bien o el de la escuela. Así, por ejemplo, no debe colocarse a un niño rico y aseado junto a otro plagado de piojos<sup>1100</sup>, pues los padres de aquél podrían molestarse con razón. El segundo deberá ser colocado de modo que no pueda transmitir a nadie lo que le hace repelente a los demás.

En casos así, las atenciones que tengamos para con el niño rico repercuten en favor del pobre: el interés hacia aquel es para proporcionar a éste los medios de instruirse; ya que en la mayoría de los casos, si no hubiera niños ricos para asegurar la manutención de los Hermanos, la escuela no podría sostenerse.

Pero si la prudencia y cordura permiten e incluso obligan, a veces, a tales miramientos, el espíritu de fe, por el que vemos en el pobre la imagen de Jesús humillado y hecho pobre por

<sup>1098</sup>“En nuestras escuelas se enseña gratuitamente a los niños pobres...” (Champagnat, cuaderno 1, art. 15, pág. 21. AFM 0132.0102).

<sup>1099</sup>Cfr. OME, doc. 342, pág. 103 y doc. 52, pág. 138.

<sup>1100</sup>María Francisca Baché, nacida en Lavalla en 1828, declara: “Conservo una vaga idea de haberlo visto cuando era niña. Únicamente he oído hablar mucho de él a mi madre que incluso le ayudaba en sus obras asistenciales. Entre ellas, varias veces tuvo que quitar piojos a varios niños pobres que acogía e instruía, algunos de los cuales llegaron a ser Hermanos” (CPO, fol. 291).

nosotros, debe inspirar a un Hermano gran respeto y amor al niño necesitado, respeto y amor que deben expresarse en toda circunstancia con muestras de benevolencia y aprecio, con cuidados más asiduos para ayudarlo a progresar en los estudios y con una atención permanente para tratarlo como a los demás.

Tal es el modo de proceder que el piadoso Fundador quiere que los Hermanos tengan con los alumnos pobres.

SEGUNDA PARTE  
VIRTUDES Y ESPÍRITU  
**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
TESTIMONIOS MAYORES  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XXII**

*Lo que hizo el Padre Champagnat en pro de la instrucción primaria de los niños y la adecuada disciplina escolar*

El espíritu de Dios, que guiaba al Padre Champagnat en la fundación de su Instituto, le dio a entender que la educación impartida por los Hermanos sólo podía ser eficaz si respondía, en lo posible, a las necesidades y exigencias de nuestro tiempo.

Y la primera de esas necesidades es mantener al niño mucho tiempo en la escuela para apartarlo del contagio de los malos ejemplos que encuentra a cada paso hasta en el mismo seno de su familia.

Una de las mayores exigencias de nuestra época es pretender que el maestro ofrezca una enseñanza muy amplia e inicie al alumno en una gran variedad de conocimientos, que la opinión pública considera muy importantes, aunque, en realidad, de poco le van a servir al niño; incluso, a veces, pueden resultar nocivos por el mal uso que hace de ellos.

En esa situación, el piadoso Fundador comprendió que, aun dando a la religión el rango que le corresponde en la educación, era indispensable que las escuelas de los Hermanos no desmerecieran en cuanto a seriedad y organización en los estudios. Así las preferían los padres, tanto por garantizar a sus hijos una sólida instrucción primaria, como por la seguridad de proporcionarles una educación eminentemente cristiana.

Por eso no dudó en incluir en el programa de enseñanza de los Hermanos todos los conocimientos<sup>1101</sup> relacionados con la enseñanza primaria. Llegó, incluso, a establecer que todos los centros importantes del Instituto tuvieran una clase donde se enseñaran todas esas materias. Bastaba que hubiera un número suficiente de alumnos interesados para que la congregación se comprometiera a proporcionar un Hermano para impartir estas materias.

---

<sup>1101</sup> Circular del P. Champagnat a los Hermanos, de 10 de enero de 1840, sobre la organización de conferencias pedagógicas (LPC 1, doc. 313, pág. 567).

No se le ocultaban los peligros que una instrucción tan elevada podía suponer para chicos destinados, en su mayoría, a la agricultura o a profesiones industriales. Pero también se daba cuenta de que vivimos en un siglo en que el hombre está ansioso de ciencia, que los malos, instigados por el enemigo de la salvación, aprovechan este afán de saber, que invade al hombre, para captar a los niños, y, con el pretexto de ofrecerles enseñanza primaria, les inculcan sus perniciosas doctrinas y les hacen perder la fe y las buenas costumbres. Por eso no tuvo dificultad el Padre Champagnat en pasar por alto los inconvenientes que las ciencias pueden presentar. Estos inconvenientes que atenúa o elimina una sólida educación cristiana, son indudablemente mucho mayores sin aquel atenuante en las escuelas regidas por maestros laicos y mercenarios<sup>1102</sup>.

Su primera preocupación era atraerse a los niños. Ahora bien, para conseguir que abandonasen aquellas escuelas, tenía que ofrecerles una enseñanza tan completa como la que les impartían los maestros laicos. No ignoraba que si la enseñanza de las ciencias profanas tiene algunos inconvenientes, ofrece, en cambio, la ventaja de ocupar al niño, de retenerlo más tiempo en clase y preservarlo así de la ociosidad, apartarlo de las malas compañías y demás ocasiones peligrosas que diariamente se le presentarían si, en lugar de estar en la escuela, viviera a su aire y pasara la juventud en la ociosidad.

Efectivamente, la ocupación y el estudio serio, al preservar al niño de las pasiones peligrosas, conservan su fe, piedad y virtud. Los conocimientos que va adquiriendo lo ayudan a desarrollar sus facultades intelectuales y le preparan a recibir con más facilidad los principios religiosos y a ponerlos en práctica.

Para que una clase progrese y sea sólida la enseñanza que en ella se imparte, el maestro necesita a toda costa la colaboración de los alumnos: lo que hace por sí mismo, con su abnegación y sus lecciones, es muy poco; lo que consigue que realicen los alumnos por el estudio, la aplicación y el trabajo personal, lo es todo. La clave consiste, pues, en lograr la participación voluntaria de los alumnos. Para lograrlo, el Padre Champagnat consideraba la emulación como medio seguro y eficaz; y quería que los Hermanos hicieran todo lo posible para lograrla y mantenerla.

No se conformaba con una emulación entre los alumnos de una misma clase o del mismo centro. Quería también que se premiara entre todos los alumnos de las escuelas dirigidas por los Hermanos. Por eso organizó un concurso general de caligrafía. Al acudir al retiro anual, cada profesor<sup>1103</sup> debía llevar el primer ejercicio que había dado a sus alumnos al comienzo del curso escolar, y el último realizado antes de las vacaciones. Una comisión, compuesta por los Hermanos más capacitados, cotejaba ambas muestras, comprobaba los progresos de los alumnos de cada centro, y clasificaba a estos por orden de méritos.

<sup>1102</sup> Carta del Rdo. Sr. Bartolomé Artru, párroco de Peaugres, de 7 de septiembre de 1835: "Desde siempre me di cuenta de la necesidad de ofrecer a los niños de mi parroquia una educación mejor que la que se había venido impartiendo hasta el tiempo en que yo realicé mis estudios. Ni los pedagogos saboyanos que venían durante el invierno a dar unas cuantas lecciones de cálculo y caligrafía, ni los secuaces hipócritas de la Escuela Normal acababan de satisfacerme... Por fin, en 1833, llamé a los Hermanos... Su escuela ha conseguido un éxito clamoroso en mi parroquia. Fueron suficientes unos meses para desvanecer las reticencias de ciertas personas. Y argumento manifiesto del bien que realizan es la presteza con que las familias, no ya de mi parroquia, sino de las contiguas, les confían sus hijos" (AFM 129.15). Cfr. LPC 2, pág. 56.

<sup>1103</sup> "Anualmente, por las mismas fechas (vacaciones), traerán una hoja que contenga muestras de las escritura de los niños al comienzo y al final del curso escolar. El Hermano Director de la escuela más próxima confirmará su autenticidad cotejando dichas muestras con la escritura del cuaderno de caligrafía de las mismas épocas y comprobando que coinciden con las características del alumno en cuestión" (*Regla de 1837*, cap. X, art. 4, pág. 63).

Para estimular a maestros y alumnos, el Padre había establecido dos tipos de premios: uno para los Hermanos cuya clase se había clasificado en los primeros puestos, y otro para los alumnos que más progreso habían demostrado a lo largo del curso escolar y que tenían la escritura más bella. Ni que decir tiene que se habían adoptado precauciones para evitar cualquier trampa.

Otro medio empleado por el Padre Champagnat para conseguir calidad en la enseñanza, progreso en los alumnos y seguridad de que se impartía instrucción religiosa y educación cristiana, fue la visita anual a las escuelas.

Si alguna clase andaba floja, no se conformaba con visitarla una sola vez; repetía la visita cada tres o cuatro meses. Además, en cada zona había un Hermano encargado de inspeccionar las escuelas. Este Hermano debía visitar cada dos meses las clases de su distrito<sup>1104</sup>, y enviar un informe detallado de las mismas al Superior.

Por buenos que fuesen los resultados de las visitas y demás medios adoptados por el Padre para estimular el celo de los Hermanos y la emulación de los alumnos, comprendía que todo ello resultaba insuficiente, que lo esencial era tener maestros capacitados. Es indecible el trabajo que se impuso para lograrlo.

Él mismo les daba lecciones de lectura, ortografía, aritmética, historia, geografía y canto. Con frecuencia llegaba incluso a emplear tiempo del recreo para formarlos en alguna de estas disciplinas. No satisfecho con darles los rudimentos de esas distintas áreas, les enseñaba también como transmitir las a los niños, y los formaba asimismo en la metodología de la enseñanza.

El método simultáneo, creado por el venerable señor de La Salle, le pareció el mejor; por eso mandó a sus Hermanos que lo adoptaran. Y, para que se ejercitasen en él, llamó a un maestro que lo conocía a la perfección.

El Padre Champagnat, cuando era niño, tuvo enormes dificultades para aprender a leer<sup>1105</sup>. Luego, reflexionando sobre las causas de tales dificultades, llegó a la conclusión de que provenían de la ineptitud de los maestros y la deficiencia del método de lectura que por entonces se empleaba.

Tras mucha reflexión y análisis del problema, después de muchos tanteos y de experimentar los diferentes sistemas o métodos de esa enseñanza, se confirmó en que la vieja denominación de las consonantes y el consiguiente deletreo multiplicaban las dificultades de la lectura y retrasaban el aprendizaje de los alumnos. Con tal experiencia, parecería normal que desechara inmediatamente un método considerado defectuoso. Pero desconfiando de sus propias luces, antes de decidirse a introducir cambio alguno en asunto de tanta importancia, quiso conocer la opinión de personas sensatas y más capacitadas. Todas ellas, después de haber estudiado seriamente el asunto, fueron de su mismo parecer. Entonces se decidió, a pesar de las numerosas protestas de algunos Hermanos, a romper con la inercia, adoptando en las escuelas de su congregación un método más rápido y racional, cuya teoría y práctica condensó en un

<sup>1104</sup> “Existe un Hermano primer Director por distrito. Él es el responsable de velar sobre todos los Hermanos pertenecientes a su demarcación” (*Regla de 1837*, cap. III (2), art. 15, págs. 30-32).

<sup>1105</sup> “Natural del cantón de Saint-Genest-Malifaux (Loira), conseguí aprender a leer y escribir con enorme dificultad. Por eso me di cuenta personalmente de la urgente necesidad de fundar una Sociedad que, con menor costo, pudiera brindar a los niños del campo la calidad de enseñanza que los excelentes Hermanos de las Escuelas Cristianas ofrecen a los de las ciudades” (Carta al rey Luis Felipe, LPC 1, doc. 34, págs. 98-104. También al ministro de Instrucción Pública, LPC 1, doc. 159, págs. 306-312).

librito titulado *Principios de lectura*<sup>1106</sup>, que compuso en colaboración con los Hermanos más preparados.

El buen Padre Champagnat amaba tiernamente a todos los niños, pero sentía especial predilección por los más pequeños, a los que llamaba “angelitos” por su inocencia. Cuando hablaba de la clase elemental<sup>1107</sup>, no paraba, y decía que era la más importante<sup>1108</sup>. Bajaba a los detalles más insignificantes cuando hablaba del esmero con que deben exponérseles las nociones básicas de la religión, inculcarles la piedad, el amor a la virtud y aligerarles las dificultades de la lectura.

Preguntó un Hermano por que consideraba que la clase elemental era la más importante. Le respondió: “Por cinco razones:

1. Porque todo el éxito de la educación que recibe un niño depende casi siempre de las primeras lecciones que recibe. Para dar a entender esa verdad, san Jerónimo<sup>1109</sup> se vale de dos comparaciones tan acertadas como exactas. La lana, dice, nunca pierde totalmente el color con que se tiñó la primera vez. Y la vasija de arcilla mantiene mucho tiempo el sabor y olor del primer licor que guardó. Pues de igual modo -añade el santo doctor-, las primeras impresiones recibidas en la infancia difícilmente se borran, y los hábitos adquiridos en esa tierna edad pocas veces se cambian. Por eso, si los niños adquieren desde párvulos buenas costumbres y sentimientos nobles, los conservaran toda la vida.

2. Porque en muchos pueblos, la educación de la mayoría de los niños se reduce al nivel elemental. Luego dejan la escuela para irse

a trabajar, o si pasan a la clase superior<sup>1110</sup>, permanecen en ella poco tiempo.

3. Porque el éxito de las demás clases depende de la elemental. Si en ella reciben los niños buenos principios, si se los forma correctamente en la piedad y la lectura, no les costará demasiado aprender de memoria las lecciones que tengan que estudiar más tarde. Saldrán airoso en las demás partes de la enseñanza primaria y llegarán a ser excelentes alumnos. Por el contrario, si acaban la primera clase sin haber aprendido a leer, sin saber las oraciones, sin las nociones básicas de la religión, darán muchísimo trabajo a los profesores de las clases sucesivas, y aun así, serán siempre y en todas partes los últimos. Es más, sucederá que después de haber permanecido en la escuela ocho o diez años, admitidos por fin en el grado superior, seguirán flojos en todos los contenidos esenciales de la enseñanza primaria: en caligrafía, ortografía, aritmética, e, incluso, en lectura, ya que no han recibido formación adecuada desde la base. De donde se deduce que, si el Hermano responsable de la clase elemental no desempeña debidamente su cometido, frena el progreso del centro y pone en serio compromiso toda la tarea educativa de los niños.

<sup>1106</sup> La circular del 11 de noviembre de 1916 anuncia la 42.ª edición de este tomo (CSG XIII, pág. 426).

<sup>1107</sup> “Bajo la Restauración, y hasta 1839, prevaleció la idea de distribuir a los niños en dos aulas de distinto nivel: la “clase elemental”, con los niños que aprendían a leer; y la de los “mayores”, en la que, además de la lectura, se impartía también caligrafía y cálculo. Eran, pues, imprescindibles dos maestros por escuela y un número suficiente de alumnos” (P. ZIND, SMC, vol. 2, pág. 77 y *Présence Mariste*, n.º 151).

<sup>1108</sup> En una carta al Hermano Eutimio, de 19 de marzo de 1832, el P. Champagnat destaca la importancia de la “clase elemental” (LPC 1, doc. 102, pág. 223 y cuaderno 4, pág. 33, AFM 0132.4014 d.).

<sup>1109</sup> “Carta a Leta”, trad. Charpentier. Éd. Garnier, 1936, *Cartas* de SAN JERÓNIMO, tomo 2, pág. 61. BAC 220, 235.)

<sup>1110</sup> Véase más arriba, nota 7.

4. Porque estos niños, por su inocencia, son muy queridos por Dios y atraen sus bendiciones sobre la escuela.

5. Porque el Hermano encargado de esa clase necesita mucha caridad, celo, paciencia y abnegación para repetir continuamente las mismas lecciones, para ponerse al alcance de los más pequeños, para mantenerlos disciplinados y hacerles trabajar sin castigos ni excesiva severidad. Por eso, el Hermano que no sabe volverse niño, que no gusta de repetir las mismas cosas, que prefiere estar siempre avanzando, no es apto para una de estas clases. Pues el medio más seguro de garantizar los progresos de los principiantes es adoptar un lenguaje comprensible a su débil inteligencia, volver a menudo sobre lo aprendido y aplicarse a consolidar los conocimientos más que pretender ampliarlos.

Conforme a este principio, tan importante, el Hermano debe repasar frecuentemente las lecciones ya explicadas, lo que los niños han aprendido o recitado. Y para que tales repeticiones no roben demasiado tiempo, ha de recabar ayuda de los alumnos más adelantados. Por ejemplo, cuando ha hecho leer a los alumnos en el panel de lectura, confiara a un monitor la tarea de hacer repetir esa misma lectura mientras el se ocupa de la de los principiantes. Luego hará lo mismo con las demás lecturas. Para las oraciones y el catecismo seguirá el mismo método.

Así es como el piadoso Fundador combinaba, sin advertirlo, el método simultáneo con el (modo<sup>1111</sup>) mutuo, tomando lo mejor de éste para perfeccionar aquél. De ese modo iba preparando a los Hermanos para adoptar definitivamente más tarde el método simultáneo-mutuo.

La importancia que daba a las clases elementales lo llevó también a recomendar con tanto ahínco a los Hermanos Directores<sup>1112</sup> que las atendieran con sumo esmero: visitarlas al menos quincenalmente, estar informados de los adelantos de los niños, encargarse personalmente de los cambios de sección y, sobre todo, formar a los Hermanos responsables de las mismas y no descuidar medio alguno para inculcarles las virtudes cristianas y sentimientos paternos, medio único de educar a la infancia.

El Padre Champagnat, siempre preocupado por los intereses de la religión, se dio cuenta de que en los pueblos, con excesiva frecuencia, se celebraban mal las funciones litúrgicas por falta de cantores. Pensó que enseñar a los niños el canto gregoriano era un modo de contribuir eficazmente a la gloria de Dios, a la edificación de la gente y a la solemnidad de los oficios, al tiempo que formaba y preparaba cantores para las parroquias. No se equivocó. Los señores curas vieron con mucha alegría la introducción del canto llano en las escuelas, y así se lo manifestaron.

“Bendito sea Dios -le escribía uno de ellos-, que le ha hecho comprender las necesidades más apremiantes de nuestra época y le ha inspirado el modo de remediarlas. Por la enseñanza del canto, sus Hermanos prestarán grandes servicios a los párrocos, despertarán y renovarán la piedad de los fieles, atraerán a muchos a las celebraciones e infundirán en los niños aprecio y gusto por las ceremonias de la Iglesia.

Otra razón por la que se propuso el Padre Champagnat introducir el canto en las clases fue atraer a los niños a la escuela y encariñarlos con ella por el gusto puro e inocente que el

<sup>1111</sup> El H. Juan Bautista escribe “mode” por método. El método mutuo y el método simultáneo (P.ZIND, *Siguiendo las huellas del P. Champagnat*, vol. 2, páginas 76-77 y *Présence Mariste*, n.º 151 y n.º 152).

<sup>1112</sup> Cfr. Capítulo XVII, nota 5.

canto<sup>1113</sup> proporciona, mantenerlos alegres y contentos, hacerles saborear los encantos de la virtud, instruirlos agradablemente en las verdades de la religión, inspirarles sentimientos de piedad y desterrar las canciones profanas. Efectivamente, el canto produce todos esos efectos cuando se enseña debidamente a los niños.

En los comienzos del Instituto, el canto estaba lejos de formar parte de los programas de enseñanza primaria. Más tarde se incluía; pero cabe al Padre Champagnat la gloria y el mérito de haber sido el primero en introducirlo, al menos en las escuelas rurales<sup>1114</sup>.

Otro asunto que preocupó mucho al Padre Champagnat fue la disciplina escolar. Pero para no alargarnos demasiado en este aspecto, vamos a limitarnos a transcribir algunos de sus pensamientos acerca de los dos puntos más esenciales en dicha materia: su necesidad y la característica fundamental de una buena disciplina.

“La disciplina -decía- es la mitad de la educación del niño; sin ella, la otra mitad resulta casi siempre inútil. Efectivamente, ¿de qué sirve que un niño sepa leer y escribir, que haya aprendido el catecismo, si no sabe obedecer, ni comportarse debidamente; si no ha adquirido el hábito de dominar sus malas inclinaciones y de seguir la voz de su conciencia? A qué se debe que los hombres sean hoy tan inconstantes, sensuales, incapaces de privarse de nada, ni soportar nada contrario a la naturaleza? Es que no les han acostumbrado a ello desde la niñez, se les ha dejado excesiva libertad, no les han enseñando a dominarse, a violentarse y luchar contra las malas inclinaciones.

La disciplina es el cuerpo de la educación, la religión es su alma. Ahora bien, así como por su aspecto exterior se puede deducir el interior del hombre, del mismo modo por la disciplina podemos catalogar a un centro educativo.

Una disciplina firme impresiona, agrada a todos, merece el aprecio y la confianza de la gente y basta con frecuencia para prestigiar a una escuela y atraerle alumnos.

Es preferible un Hermano con disciplina en clase, aunque apenas sepa hacer otra cosa, que otro muy capacitado, pero que no da importancia a la disciplina o que no es capaz de implantarla. El primero, con una prudente disciplina, al menos enseña a los niños a obedecer, que no es poco. Porque la mayor plaga de nuestro siglo -y en eso todo el mundo está de acuerdo- es el espíritu de independencia. Cada uno, según su capricho, se cree más apto para mandar que para obedecer: el hijo se resiste a obedecer a sus padres, los súbditos se rebelan contra su soberano, la mayoría de los cristianos desprecian la ley de Dios y de la Iglesia; en resumidas cuentas, por doquier reina la insumisión. Así pues, se presta un servicio precioso a la religión, a la Iglesia, a la sociedad, a la familia y, sobre todo, al niño, sometiendo su voluntad y enseñándole a obedecer.

Otra ventaja de la disciplina, casi tan importante como la primera, es favorecer el trabajo, manteniendo ocupado al niño y librándolo de la ociosidad, que es madre de todos los vicios<sup>1115</sup>. Cuando reina el orden en una clase, el niño se ocupa en sus lecciones y deberes, aprecia el estudio, se encariña con la escuela, se entrega totalmente a la tarea de su propia educación y ni siquiera tiene tiempo de pensar en el mal. La paz y el orden en que vive lo hacen dócil,

<sup>1113</sup> En la solicitud oficial de reconocimiento legal de 15 de enero de 1825, el programa incluye ya el “canto litúrgico” (OME, doc. 34(2), pág. 103).

<sup>1114</sup> 1“Con la enseñanza del canto a los alumnos y aficionándolos a las celebraciones litúrgicas, los Hermanos prestarán un servicio inestimable a las parroquias y a los señores párrocos y contribuirán en buena medida a la solemnidad de los oficios y a la edificación de los fieles” (*Guide des Écoles à l’usage des Petits Frères de Marie*, parte cuarta, cap. IX).

<sup>1115</sup> Si 33, 28.

respetuoso con sus maestros, complaciente, servicial con sus discípulos, honrado, afable y bondadoso con todos. Huelga decir que la catequesis sólo se dará bien y la piedad sólo reinará en las aulas donde haya disciplina.

En cambio, el otro Hermano, con toda su ciencia, ¿qué servicio presta a los niños? No sabría decirlo, pero estoy convencido de que muy poco. Dudo, incluso, de que valga la pena que los niños asistan a clase. Quizá fuera preferible que se quedaran en casa.”

Un día, después de visitar las clases de una escuela, mandó llamar al Hermano Director y le dijo:

-¿Cómo consiente que los niños se peguen en clase?

-Que yo sepa, mis alumnos no se pegan en clase.

-Pues se pegan y usted ni se entera. Y no es extraño que sucedan en ella muchas cosas sin que usted se dé cuenta. Como no tiene

disciplina y hay tanto ruido, ni se entera del grandísimo desorden ni de si hay faltas graves. ¿Sabe que sus alumnos pueden hacer mucho mal sin que usted se dé cuenta?

-¡Libreme Dios de que eso ocurra! Pero, en cualquier caso, mi conciencia no me acusa de tener yo la culpa de ello.

-Pues la tiene, y más de lo que piensa.

-¿Por qué, Padre?

-Porque con su proceder está provocando constantemente el desorden en el aula y no hace nada para imponer disciplina. Siembra el desorden en su clase no quedándose en la cátedra, perdiendo así de vista a los niños, amonestando con palabras en vez de hacerlo con la chasca<sup>1116</sup>, dando voces y hablando sin necesidad, castigando demasiado y pecando por exceso de campechanía. No hace nada por implantar la disciplina: descuida la puntualidad y el orden, y no exige que los alumnos se presenten a la hora exacta; no se preocupa por pedir las tareas y lecciones; permite que los niños salgan de sus puestos; no le importa el silencio: por eso se oye un murmullo y ruido continuos. Con este ruido y dispersión, es imposible que le escuchen cuando da la catequesis, que sus alumnos recen piadosamente e, incluso, que puedan trabajar. Ahora bien, si no escuchan durante el catecismo, si no rezan, si no están ocupados, ¿qué van a hacer? Contagiarse los defectos, enseñares el mal: lo que he podido ver esta tarde es una prueba inequívoca.

-En tal caso, lo mejor que puedo hacer es cerrar la clase.

-Una escuela indisciplinada es el azote de la parroquia; mejor que no existiese. Sin embargo, más que cerrarla es preferible reorganizarla, imponer en ella la disciplina. Y cuanto antes, mejor.”

“La disciplina -decía en otra ocasión- no se consigue sin trabajo, pues tal vez sea lo que el niño teme más. Las lecciones, las tareas escolares se le hacen más llevaderas que la disciplina. Casi siempre llega a aceptarlas, y a menudo con gusto. Pero el orden, la reglamentación le resultan

<sup>1116</sup> Los Hermanos “se impondrán la obligación de usar la palabra exclusivamente cuando la chasca no sea suficiente para darse a entender” (Le Guide des Écoles, parte segunda, cap. IX, secc. 4) Y también *Présence Mariste*, n.º 151 y SMC, tomo 2, pág. 76.



pesadas; y lo primero que hace, cuando puede, es sacudírselas de encima. Y es que la disciplina va siempre contra la naturaleza y mantiene a raya todas las facultades y sentidos del niño. En ello radica precisamente su importancia y necesidad.

Para implantar y mantener la disciplina en un aula, dos cosas son imprescindibles a un maestro: carácter y constancia. Quienes carezcan de estas cualidades no sirven para la educación de los niños.

El carácter no es algo que pueda adquirirse, porque no puede cambiarse la naturaleza humana. A lo más se podrán atenuar sus inconvenientes y tristes consecuencias, siguiendo con gran docilidad los consejos y advertencias del Superior, manteniendo con exactitud el método de enseñanza y reglamento de la escuela y vigilando atentamente a los niños para darse cuenta de cuanto hacen y prevenir sus faltas. Estos medios valen también para corregir la inconstancia.”

Como se habrá podido comprobar, el Padre Champagnat era partidario de una disciplina exigente, ya que es fundamental en la educación y sin ella es imposible formar al niño; pero quería que tal disciplina fuera paternal.

“La finalidad de la disciplina -decía- no es contener a los niños en su deber por coacción o temor del castigo, sino preservarlos del mal, corregirlos de sus defectos, formar su voluntad, orientarla suavemente hacia el bien, ir acostumbrándolos al orden y a la virtud por motivos religiosos, por amor al deber.” Por eso alzó tanto la voz contra el abuso de los castigos afflictivos, tan generalizado por entonces, y recomendó tanto a sus Hermanos que se abstuvieran de aplicarlos.

“¿Acaso se puede educar a un niño e inspirarle el temor a la virtud a palmetazos? Imposible. Sólo la razón y la religión logran mover el espíritu y ganar el corazón para el bien, no los castigos. Es curioso que se pretenda utilizar en la educación del niño un sistema que ni siquiera se nos ocurriría emplear con los animales. Cuando se los quiere domar o amaestrar, se pone sumo cuidado en no maltratarlos. Al contrario, se los trata con suavidad, se los acaricia y se emplea el freno con prudencia y precaución. Con pruebas y ejercicios, muchas veces repetidos, con paciencia, se les va haciendo dóciles y aptos para lo que se pretende de ellos. Y al niño, creado a imagen de Dios, dotado de razón y libertad, generalmente lleno de buena voluntad, de las mejores disposiciones y deseos de obrar bien, ¿habría que educarlo por la fuerza bruta?

Semejantes métodos educativos ofenden la dignidad de la persona, degradan al niño, hacen despreciable a quien los utiliza, introducen el desorden en la escuela, destruyen todo sentimiento de amor, aprecio, confianza y respeto que se deben mutuamente maestro y alumnos e inutilizan todas las atenciones prodigadas al niño.

Se me objetará, tal vez, que el Espíritu Santo recomienda castigar al niño y corregirlo cuidadosamente. Y que, además, el castigo es condición indispensable para conseguir la disciplina que hemos recomendado. Es verdad que el Espíritu Santo quiere que se corrija a los niños, que incluso lo considera como uno de los deberes de los padres y, por consiguiente, de quienes hacen sus veces o comparten su labor en la educación de la juventud. Pero castigar a los niños no quiere decir que haya que golpearlos, y en la Sagrada Escritura la palabra “castigar”<sup>1117</sup> no significa necesariamente corrección afflictiva, sino cualquier penitencia.

---

<sup>1117</sup> Pr 13, 24; Pr 23, 13-14; Si 30, 1.

Indudablemente, para mantener la disciplina hay que corregir las transgresiones al reglamento y cuanto se aparte del deber. Pero recordad que no se logra la sumisión de los niños mediante castigos corporales, sino por la autoridad moral, fruto de una conducta digna y siempre ejemplar, de una entrega ilimitada a su instrucción, y de un porte modesto, serio y sin altibajos. Mostraos siempre más bien padres que maestros: veréis cómo os respetan y obedecen sin mayor dificultad.

El espíritu de una escuela de Hermanos debe ser un espíritu de familia. Ahora bien, en una familia bien avenida, en una familia ordenada, predominan los sentimientos de mutuo respeto, amor y confianza y no el temor del castigo. La cólera, la brutalidad, el rigor son sugerencia del demonio para destruir los frutos de los buenos principios inculcados al niño. Y así como la cizaña sofoca la buena semilla, así los malos tratos ahogan los sentimientos nobles que las enseñanzas y buenos ejemplos han hecho brotar en el corazón del niño.”

Tan grave consideraba el buen Padre el abuso de ese tipo de castigos, que decía que un Hermano duro y violento, que maltrata a los niños con palabras o golpes, no sirve para la enseñanza; sólo vale para picapedrero o destripaterrones.

Para evitar los castigos corporales, el rigor excesivo y cualquier exceso en las correcciones, no quería que se castigase a los niños en el momento<sup>1118</sup> en que cometían la falta, por temor a que la vehemencia, la irreflexión o cualquier otra reacción que puede suscitar el ver a un niño faltar a su deber, llevase a exagerar la culpabilidad y extremar así el castigo.

Tenía tal aversión a los castigos corporales, que para prevenir los que pudieran derivarse de un accidente o de una fogosidad involuntaria ordenó que el puntero que se utiliza para señalar las letras o dígitos en los paneles de lectura y aritmética, estuviese atado<sup>1119</sup> con un cordelillo, de modo que no se pudiera pegar con él a los niños.

Para implantar una disciplina exigente y paterna, tan necesaria para la educación del niño, “el maestro -decía el Padre Champagnat- ha de ejercer continua vigilancia. Pero no se pretende con ello únicamente garantizar el orden y lograr que los alumnos realicen las tareas escolares; se trata, ante todo, de prevenir el contagio del vicio y mantener la inocencia de los niños. Así considerada, la vigilancia es una cualidad indispensable en un maestro. Sin ella el maestro no logra ningún bien; y la clase, que debiera ser para los alumnos escuela de virtud y medio de santificación, se convierte en motivo de depravación y causa de ruina y perdición eterna.

Un Hermano debe ser el ángel custodio de los niños. Dios le pedirá cuenta de ellos: las faltas de éstos le serán achacadas a él como faltas personales. ¡Ay de él si, por negligencia, permite que las ovejas sarnosas contagien al pequeño rebaño<sup>1120</sup> que se le ha encomendado, o si, por falta de vigilancia, permite al enemigo de la salvación, que merodea continuamente alrededor de los niños<sup>1121</sup>, arrebatárles la inocencia bautismal, la vida de la gracia y sembrar la cizaña en su corazón! El solo pensamiento de tal desgracia debe estremecer a un Hermano y mantenerle en alerta permanente. No olvide que, si salvar un alma es salvar la suya, dejar perder un alma es perder la propia.

<sup>1118</sup> “Diferirán el castigo de las faltas graves para el comienzo de la clase siguiente. Se puede empezar por mandar al culpable que aprenda unas líneas de memoria” (*Regla de 1837*, cap V, art. 20, pág. 43).

<sup>1119</sup> “El puntero que se utiliza para señalar los paneles de lectura y aritmética estará atado por uno de sus extremos” (*Regla de 1837*, cap. V, art. 28, página 45).

<sup>1120</sup> Lc 12, 32; 1 P 5, 2.

<sup>1121</sup> 1 P 5, 8.

En los demás campos de la educación, si se carece de una cualidad, puede subsanarse con otra. Por ejemplo, la entrega y el celo pueden sustituir a una preparación excepcional. Pero ni la piedad ni la virtud, ni el buen ejemplo, y menos aun un gran talento, puede reemplazar o suplir la vigilancia. Por muy santo que sea un maestro, si descuida la vigilancia, sus alumnos se pervertirán; sus enseñanzas y cuanto le haya inspirado su celo resultará inútil. Su deber primero y más importante es, pues, ejercer vigilancia continua sobre los niños, una vigilancia que aleje de ellos el peligro para su virtud, cuanto pudiera ser una trampa para su inocencia; en definitiva, una vigilancia que impida totalmente el mal.

Sólo así podrá ser útil a los niños una escuela de Hermanos. Y si, por falta de vigilancia, llegara a ser la tumba de su inocencia en vez de protección y refugio, más valiera que esos tiernos niños no hubieran puesto nunca los pies en ella.”

Para cumplir bien el deber de la vigilancia<sup>1122</sup>, el Padre Champagnat ordena que los Hermanos no dejen nunca solos a los niños, y, por tanto, que no salgan del aula. Si durante la clase alguien pregunta por un Hermano, hágase saber al interesado que no puede dejar a los niños; y que si desea hablar con él, que venga, por favor, en otro momento.

Esta norma suscitó viva polémica y fue motivo de numerosas protestas. Muchos Hermanos consideraban que era difícil negarse a salir un instante para atender a un padre o una madre que llega de lejos para informarse sobre su hijo o pagar la mensualidad. El buen Padre, sin embargo, se mantuvo inflexible; cientos de veces pulverizó las razones, más plausibles que sólidas, que le aducían.

Entre otras cosas, decía: “El tiempo de clase no es vuestro ni de las personas que os visitan: pertenece a vuestros alumnos. Por eso no podéis disponer de él ni perderlo sin perjudicarlos y cometer injusticia. Mirad que en este aspecto el asunto puede llegar a ser grave. Imaginemos que dejáis el aula durante unos cinco minutos. Pues bien, esos cinco minutos, multiplicados por los cuarenta o cincuenta alumnos que tenéis, suponen tres o cuatro horas que les hacéis perder. ¿Creéis que eso es tan poca cosa como habéis pensado? Ese pequeño lapso de cinco minutos basta para que el enemigo arroje en vuestra clase una chispa capaz de originar un incendio. Así considerada, vuestra falta es aun mucho más grave.”

El gran argumento de los Hermanos era que no se podía despedir a personas de cierta posición social, ni a los que venían de lejos: se sentirían ofendidos. Les contestó el Padre “Nadie puede echaros en cara que seáis fieles a la Regla y que cumpláis vuestro deber. Al contrario, los padres verán complacidos vuestra asiduidad en estar al frente de sus hijos; quedarán edificados de vuestra abnegación y entrega a su educación. Y aunque el cumplimiento de ésta norma sea motivo de algunas quejas (que yo no acepto, si habéis avisado a los alumnos para que sus padres no vengán durante el tiempo de clase), tal inconveniente es cien veces menor que dejar solos a los niños. Conozco una clase en que por haberse ausentado el maestro durante unos minutos, el vicio que ya se había apoderado del corazón de un muchacho, se propagó y su veneno alcanzó a todos los demás.”

---

<sup>1122</sup> “Mientras los alumnos permanezcan en el centro, deben estar acompañados. Los Hermanos ejercerán siempre por si mismos esta obligación. Y si por serios motivos se vieren obligados a ausentarse, se asegurarán de que les sustituya alguien de confianza” (*Regla de 1837*, cap. V, art. 21, pág. 43).” No atenderán a los padres durante el tiempo de clase, y hagan saber a quienes soliciten verlos, que no pueden abandonar a los niños, rogándoles que vengán con otro momento”, (*Reglas Comunes de 1852*, parte tercera, cap VII, art. 8, pág. 111).

Durante los recreos<sup>1123</sup>, los Hermanos tienen que estar con los niños para animar sus juegos, ver lo que hacen, oír lo que hablan y ser testigos de todo. En la iglesia y durante las celebraciones litúrgicas no deben perderlos de vista, ni dejarlos solos ni siquiera para cantar o ayudar a misa, a no ser que haya Hermanos suficientes para atender y vigilar a todo el grupo. En una palabra, los alumnos deben estar siempre vigilados mientras estén con nosotros. Y los Hermanos han de cumplir personalmente con este deber y no confiárselo a un monitor de confianza, a no ser por razones graves.

Finalmente, el piadoso Fundador consideraba tan importante el deber de la vigilancia, que llegó a decir que negaría la comunión al Hermano que, sin razones poderosas y sin haberse hecho sustituir, abandonase a sus alumnos durante la clase, en el recreo o en cualquier otro momento en que estén bajo su responsabilidad.

Ejerciendo estricta vigilancia sobre los niños y manteniéndolos siempre ocupados - añadía--, un Hermano puede estar seguro de que hace un bien real y de gran utilidad para todos los alumnos de la escuela:

1. Conserva la inocencia de los pequeños y a menudo consigue que lleguen a la primera comunión sin haber cometido faltas graves.
2. Hace evitar a todos muchos pecados. Efectivamente, los niños que se hallan abandonados a su propia suerte, se emancipan con suma facilidad y, a menudo, sin darse cuenta, siguen las malas inclinaciones de la naturaleza, los malos ejemplos que presencian, y se dejan arrastrar por un sinnúmero de faltas que ni se les ocurriría cometer si estuviesen bajo la tutela de un buen Hermano.
3. Impide la propagación del mal, sofoca los malos pensamientos en el corazón mismo de los chicos viciosos y los obliga a refrenar sus malas inclinaciones y, a veces, a luchar contra sus pasiones, a pesar suyo.
4. Acostumbra a los niños al trabajo, a la aplicación; los mantiene en el sosiego y recogimiento, disponiéndolos a aprovechar de la enseñanza religiosa.
5. Conserva la disciplina en la clase, garantiza los adelantos de los alumnos y, con ello, la prosperidad del centro.

Pero, no hay que forjarse ilusiones, la vigilancia es un deber muy costoso. Para desempeñarlo adecuadamente se necesita celo, circunspección, asiduidad, exactitud, constancia: virtudes que sólo se hallan en Hermanos que poseen gran espíritu de sacrificio, de entrega, que saben sacrificar sus gustos y descanso en aras de la gloria de Dios y la santificación de los niños.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**

---

<sup>1123</sup> Ni siquiera durante el recreo deben ser. los Hermanos demasiado familiares con los niños, ni jugar con ellos, a no ser para animar el juego. Evitarán asimismo entretenerse hablando en un corrillo para no distraerse y para que no sufra menoscabo la vigilancia general” (*Reglas Comunes de 1852*, parte tercera, cap IV, art. 9, pág. 98).

CEPAM/abm

SEGUNDA PARTE

**CAPITULO**

*Consideraciones del Padre Champagnat acerca de la educación infantil*

Educar a un niño no se reduce a enseñarle a leer, escribir y darle las primeras nociones de las materias de la enseñanza primaria. Tales conocimientos serían suficientes si el hombre hubiera nacido sólo para este mundo. Pero el hombre tiene otro destino: el cielo, Dios. Y para el cielo y para Dios hay que educarlo. Educar a un niño es, pues, hacerle consciente de ese destino maravilloso y sublime y poner a su alcance los medios de conseguirlo. En definitiva, se trata de hacer del niño un buen cristiano y un honrado ciudadano.

A consecuencia de su degradación original, el hombre nace con el germen de todos los vicios y virtudes. Es el lirio entre espinas<sup>1124</sup>, la vid que necesita poda<sup>1125</sup>, el campo donde el padre de familia sembró la buena semilla, pero en el que el enemigo esparció la cizaña Educar es arrancar las espinas, podar la vid, cultivar el campo, eliminar la cizaña<sup>1126</sup>.

Al fundar el Instituto, el Padre Champagnat no sólo se propuso dar instrucción primaria a los niños, ni sólo enseñarles la verdades religiosas, sino, sobre todo, ofrecerles una educación en el sentido que acabamos de decir.

“Si nos limitáramos a enseñar las ciencias profanas, no tendrían razón de ser los Hermanos; eso ya lo hacen los maestros. Si sólo nos propusiéramos la instrucción religiosa, nos limitaríamos a ser simples catequistas y reunir a los niños una hora diaria para hacerles recitar el catecismo.

No; nuestro propósito es más ambicioso: queremos educar al niño, esto es, darle a conocer su deber y enseñarle a cumplirlo; inculcarle espíritu, sentimientos y costumbres religiosas, las virtudes del cristiano y del honrado ciudadano. Para conseguirlo, hemos de

ser. auténticos educadores, conviviendo con los niños el mayor tiempo posible.

Y para lograr una educación más completa, el piadoso Fundador autorizó a los Hermanos a admitir alumnos internos y exigió que en todos los centros hubiera un patio de recreo para los niños. “Si sólo pensáramos en nuestra conveniencia y comodidad -escribía al alcalde<sup>1127</sup> de cierto municipio-, no se nos ocurriría exigir tal patio; el huerto bastaría para que los Hermanos pudiesen tomar el aire. La ventaja del patio es que permite a los Hermanos apartar a los niños de la calle y vigilarlos durante los juegos y recreos. Exigimos un local<sup>1128</sup> únicamente para inculcar buenos principios a nuestros alumnos y preservarlos de las malas compañías.”

---

<sup>1124</sup>Ct 2, 2.

<sup>1125</sup>Is 5, 1-7.

<sup>1126</sup>Mt 13, 24-26.

<sup>1127</sup>No conservamos esa carta.

<sup>1128</sup>Cfr. OME, doc. 28 (11), pág. 88.

Como a lo largo de esta historia hemos expuesto el pensamiento del buen Padre sobre cada uno de los aspectos de la educación del niño, añadiremos ahora algunas máximas y consejos que no hemos tenido ocasión de citar.

“La educación es para el niño -decía- como el cultivo para la tierra. Por excelente que sea un suelo, si permanece yermo, sólo produce zarzas y espinos. Igualmente, por muy buenas que sean las aptitudes de un niño, si le falta la educación, carecerá de virtud y su vida será estéril.

Cultivar una tierra es arrancar de ella las malas hierbas y la maleza. Cultivar el corazón del niño es corregir sus vicios y defectos. Supone un largo y continuo trabajo. Un Hermano debe aplicarse continuamente a corregir y arrancar, es decir, ayudar a los niños a conocer sus defectos, inspirarles aversión a ellos y animarlos a que los combatan con los medios oportunos.

Formar el corazón es fomentar y desarrollar sus buenas disposiciones, adornarlo de virtudes. Esto se consigue dando buenos principios a los niños, inculcándoles sumo horror al pecado, mostrándoles los encantos y delicias de la virtud y ejercitándolos en ella continuamente, pues la virtud sólo con la práctica se adquiere.”

*Como todo don perfecto viene de arriba*<sup>1129</sup>, la piedad es el medio más rápido y eficaz para corregir a los niños de sus defectos y formarlos en la virtud. Pues bien, para conseguir que los niños sean realmente piadosos, son imprescindibles tres cosas:

1. Inculcarles la necesidad y ventajas de la oración, e infundirles una alta estima de los ejercicios de piedad.
2. Esmerarse en que hagan la oración en clase con atención, modestia y recogimiento. Este punto es de suma importancia.
3. Ejercitarlos en prácticas piadosas, adecuadas a su edad y necesidades.”

“Un buen jardinero arranca, cultiva, planta y riega: son las cuatro cosas que debe hacer el Hermano. Tiene que arrancar o corregir los defectos de sus alumnos con caritativas advertencias y discretas y prudentes correcciones. Debe cultivar sus buenas disposiciones y sembrar en su corazón buenos principios por medio de instrucciones y pláticas cuidadosamente preparadas, y con avisos dados oportunamente. Y, finalmente, debe regar todo esto con oración fervorosa.”

“La obediencia<sup>1130</sup> es la base de toda buena educación; es el quicio sobre el que descansa todo el porvenir del hombre y del cristiano. La obediencia es la virtud de todas las edades y condiciones. El que no sabe obedecer no es sólo mal cristiano, es también la plaga de la sociedad, la cual sólo subsiste si hay respeto y sumisión a los magistrados y a las leyes.

Para lograr la obediencia y formar a los niños en dicha virtud, un Hermano ha de procurar:

1. No mandar ni prohibir cosa alguna injusta o arbitraria.
2. Evitar mandar o prohibir muchas cosas a la vez, pues la multiplicidad de órdenes o prohibiciones provoca su olvido. Además, la coacción innecesaria resulta molesta.

---

<sup>1129</sup>St 1, 17.

<sup>1130</sup>“La obediencia es la virtud que ellos (los niños) sobre todo deben practicar.” Carta del P. Champagnat al Hermano Alfonso, de 3 de noviembre de 1833 (LPC 1, doc. 31, pág. 86).

3. No mandar cosas demasiado difíciles o imposibles de cumplir: nada exaspera tanto a los niños y los vuelve más obstinados y rebeldes que las exigencias desmesuradas.

4. Exigir la ejecución exacta y total de lo que se ha ordenado. Dar órdenes o imponer tareas escolares o castigos y no exigir su cumplimiento, es contribuir a que el niño se vuelva desobediente, echar a perder su voluntad y acostumbrarlo a hacer caso omiso de los mandatos y prohibiciones.

Para educar, para formar a un niño, hay que merecer su respeto y obediencia. Pues bien, los únicos títulos que el niño acepta y comprende son la virtud, el buen ejemplo, la competencia personal y los sentimientos paternos. La educación es, pues, y ante todo, fruto del buen ejemplo, porque la virtud consolida la autoridad y porque, al ser el instinto de imitación innato en el hombre, las acciones tienen mayor fuerza de persuasión que las teorías y las palabras.

El niño aprende más con los ojos que con los oídos: viendo trabajar a sus padres o a los oficiales, se va acostumbrando a realizar los distintos trabajos y aprende un oficio. Del mismo modo asimila mucho mejor la virtud y la vida cristiana cuando la ve practicar y recibe buenos ejemplos. Un Hermano piadoso, puntual, caritativo, paciente, abnegado, afable y fiel en el cumplimiento de sus obligaciones esta dando catequesis permanentemente. Pues con su ejemplo, y sin advertirlo, infunde en sus alumnos la piedad, la obediencia, la caridad, el amor al trabajo y las demás virtudes cristianas.

“Para educar a los niños hay que amarlos. Y amarlos a todos por igual. Amar a los niños es entregarse totalmente a su educación, adoptar todos los medios que un celo ingenioso pueda sugerir para formarlos en la virtud y la piedad.

Amarlos es tener en cuenta que el niño es un ser débil, que necesita ser tratado con bondad, caridad y comprensión, y ser instruido y formado con infinita paciencia.

Amarlos es afrontar sin queja sus defectos, su indocilidad y hasta su ingratitud; es no tener en las atenciones que se les prodiga más intenciones que las sobrenaturales, esto es, la gloria de Dios, el interés de la Iglesia y la salvación de esas tiernas criaturas.”

“Nada se opone tanto a ese amor, verdadero y sincero a los niños, como las familiaridades rastreras, las preferencias hacia determinados alumnos y las amistades particulares.”<sup>1131</sup>

En sus enseñanzas sobre este delicado asunto, el piadoso Fundador clamaba enérgicamente contra tales amistades, y afirmaba que a menudo son la ruina del maestro y de los alumnos<sup>1132</sup>.

Efectivamente, esas familiaridades ocasionan tres grandes daños:

1. Echan a perder el carácter y las cualidades morales de los niños que han tenido la desgracia de verse implicados en ellas. La experiencia enseña que los chicos que son admirados,

<sup>1131</sup>Palabras añadidas (Ed. 1896, pág. 620) para dar sentido correcto.

<sup>1132</sup>Nunca tomarán aparte a un niño bajo ningún pretexto; lo harán en presencia de otro Hermano o de, al menos, otros cuatro niños” (*Reglas de 1837*, capítulo V, art. 22, pág. 44).

“No se permitirán familiaridad alguna con ellos (los niños), como tomarlos de la mano, o algo por el estilo. El Hermano que haya podido ser testigo de tales familiaridades, ya con los niños, ya entre los mismos Hermanos, queda obligado a comunicárselo al Superior lo antes posible” (*Regla de 1837*, cap. V, artículo 23, pág. 44).

halagados y alabados excesivamente y sin motivo se vuelven orgullosos, falsos, inflexibles, perezosos, insolentes, ingratos, egoístas y, por ende, corrompidos y profundamente perversos.

2. Son para el maestro uno de los ardidés más peligrosos del demonio y origen de nefastas tentaciones. Por eso, el Padre Champagnat advertía: “Quien deja la puerta de su corazón abierta a esa especie de afectos y no los combate, se expone a gravísimos peligros. Muy pronto su situación llegará a ser tan crítica que terminará en ocasión de pecado y le pondrá al borde del abismo.”

Estas palabras explican la severidad suma del buen Padre hacia ese tipo de faltas: no quería que ningún Hermano que tuviera que reprocharse lo más mínimo en este punto se acercase a comulgar sin haberse confesado previamente. Es más, consideraba no aptos para el Instituto a quienes sentían propensión manifiesta hacia estas falsas amistades. Y llegó a negar la solicitud de profesión, aplazándola durante varios años, a ciertos individuos, por otra parte virtuosos y bien dotados, por la única razón de haber tenido algún ligero desliz en este aspecto.

3. Son causa de mal espíritu entre los demás alumnos; pues la envidia, tan natural en el hombre, les hace ver tales preferencias, y les hace sentirse menospreciados y tratados injustamente. Todo eso los enoja, los solivianta y les induce a despremiar al profesor, negarle obediencia y hasta, a veces, a sospechar de él y calumniarlo.

El Padre Champagnat decía a menudo que uno de los medios más eficaces para atraer a los niños a la escuela y formarlos en la virtud era preparar cuidadosamente la catequesis y hacerles amenas las exposiciones. Para ello recomendaba estos medios:

1. Aprender de memoria o, al menos, leer pausada y atentamente la lección que ha de explicarse.

2. Anotar las ideas principales que se quiere resaltar y hacer que los niños se fijen en ellas.

3. Prever las preguntas secundarias que se van a hacer sobre dichas ideas, estructurarlas de modo que desarrollen el tema y lo hagan comprensible a los menos dotados.

4. Utilizar con frecuencia símiles, parábolas, ejemplos, historietas para ratificar la doctrina y atraer la atención de los niños.

5. Procurar que las preguntas complementarias sean siempre cortas, claras, útiles y sencillas.

6. Exigir que los alumnos aprendan al pie de la letra el catecismo, pues eso les ayuda poderosamente a comprender y retener las explicaciones.

7. En la enseñanza del catecismo, proponerse siempre estos cuatro objetivos: 1) Dar a conocer y hacer amar a Jesucristo. 2) Poner de relieve la dulzura, los encantos y ventajas de la virtud y la dicha de quienes la practican. 3) Poner el mismo empeño en resaltar la monstruosidad y fealdad del vicio, los males y castigos que lleva consigo y esforzarse por inculcarles sumo horror y aversión al pecado. 4) Ganarse el corazón del niño, hacerle amar la religión e inducirle a cumplir sus obligaciones por amor.

8. En la preparación de la catequesis, plantearse a menudo estas preguntas: ¿Domino suficientemente lo que voy a explicar y enseñar a mis alumnos? ¿Comprendo esta lección, esta



verdad, estoy profundamente impregnado de ella? ¿Cómo conseguiré hacérsela captar mejor a los alumnos, hacérsela amar, mover su voluntad para que practiquen el bien que pide o eviten el mal que prohíbe?

9. Adoptar y mantener una actitud grave y un rostro alegre, afable, modesto, que manifiesten el gozo que se siente de hablar de Dios.

Informaron en una ocasión al Padre Champagnat que un Hermano no daba el catecismo. Lo mandó llamar y le preguntó por qué no lo hacía.

-La única razón -respondió el Hermano- es mi ineptitud y la dificultad que siento para darlo.

-Dar la catequesis -repuso el Padre- no resulta difícil cuando se es piadoso, se tiene celo y se prepara la clase como prescribe la Regla. La labor de un Hermano catequista no consiste en dar largas explicaciones, plantear cuestiones sublimes y preguntas difíciles y menos aún en pronunciar sermones. Quédese todo eso para los teólogos; usted límitese a preguntas cortas y a dar explicaciones sencillas y familiares.

Supongamos que tiene que dar una catequesis sobre el misterio de la Redención. No hay que ser muy sabio para preguntar a los niños:

-Cuáles son los principales padecimientos de Nuestro Señor?

-¿Cuál ha sido la causa de sus sufrimientos y muerte?

-¿Por qué ha padecido?

-¿Cómo ha padecido?

-¿Qué sentimientos deben inspirarnos los padecimientos y la muerte de Jesucristo?

“Ahora bien, estas cuatro o cinco preguntas, desarrolladas con otras secundarias y acompañadas de unas palabras de exhortación a amar a Nuestro Señor y aborrecer el pecado que es el motivo de sus sufrimientos, son suficientes para dar una buena catequesis.

Veamos otro ejemplo. Versa el tema de la catequesis sobre un mandamiento de la ley de Dios. ¿Tan difícil resulta preguntar qué manda y qué prohíbe? ¿Destacar las ventajas que se derivan de su cumplimiento y los males que se siguen de no observarlo? ¿Es difícil hacerse comprender y ratificar todo eso con alguna comparación y algún pasaje de la Sagrada Escritura o de la vida de los santos?

Hay muchas madres cristianas que dan de este modo la catequesis a sus hijos todos los días. Sería bochornoso que los Hermanos, que por profesión deben estudiar religión, no fueran capaces de hacer lo mismo.

No se instruye a los niños ni se los forma en la virtud con largos y sabios discursos, sino haciéndoles aprender de memoria el texto del catecismo, inculcando profundamente en sus almas las principales verdades de la religión, recordándoles a menudo los deberes fundamentales del cristiano y habituándolos a cumplirlos. Ahora bien, repito, todo ello debe

hacerse con pocas palabras y de tal modo que manifiesten que estáis profundamente identificado con lo que decís.”

Las lecciones del buen Padre acerca del modo de dar la catequesis produjeron abundantes frutos. Los primeros Hermanos<sup>1133</sup>, destacaron todos por su celo en la educación cristiana de los niños y por un talento especial en formarlos en la virtud.

En cierto pueblo, una madre que no había querido enviar a sus hijos a la escuela de los Hermanos, con el pretexto de que estos eran demasiado jóvenes, se presentó un día ante el párroco y le dijo: “Aunque los Hermanos son todavía unos niños, debo admitir que enseñan admirablemente el catecismo. El chico de mi vecina, que va a su escuela, se sabe el catecismo mejor que todas nosotras. Cada noche nos explica la lección y nos cuenta cosas maravillosas. Por eso he decidido llevar mañana mismo a mis tres hijos a la escuela de los Hermanos.”

En otro pueblo, el coadjutor, admirado de ver la diligencia con que los niños acudían los domingos a la escuela de los Hermanos, tan sólo para asistir a la catequesis, dijo a su párroco:

-No sé qué pueden decir los Hermanos a esos muchachos. Los entretienen horas enteras sin aburrirlos.

-Los Hermanos -repuso el señor cura -dan muy bien la catequesis, y estoy seguro de que no le vendría nada mal ir a escucharlos.

El mismo sacerdote, hablando a uno de los Vicarios generales del éxito de la escuela y del bien que realizaban los Hermanos, le decía: “Es voz común que nuestros muchachos han experimentado un cambio notable. Pero esa transformación externa que todo el mundo puede apreciar es insignificante; hay que ser párroco y confesor para conocer todo el bien que los Hermanos han realizado desde que han llegado aquí.”

Otro de los medios que el Padre Champagnat consideraba imprescindible para atraer a los niños a la escuela y formarlos en la virtud, era la disciplina.

“Algunos -decía- creen que la disciplina aparta a los niños de la escuela. Muy al contrario. Todo el mundo quiere orden; el desorden desagrada a todos, incluso a los niños. Éstos se sienten contentos y se encuentran a gusto en una escuela disciplinada, mientras que sufren y pierden gusto por el estudio en una clase indisciplinada.

La falta de disciplina es para una clase lo que el defecto dominante para el hombre, fuente de todos los males y causa directa o indirecta de todas las faltas que en ella se cometen.

Los defectos más nocivos a un profesor, los que socavan su autoridad y la disciplina de la escuela son: 1) el prurito de hablar siempre, 2) la ligereza, 3) la familiaridad rastrera, 4) el desaliento, 5) la inconstancia.

---

<sup>1133</sup>Sobre todo el H. Lorenzo. En la circular del 3 de julio de 1851, el Hermano Francisco, al comunicar el fallecimiento de ese Hermano, narra la siguiente anécdota: “¡Cuántas veces ha venido a vernos el querido Hermano Lorenzo, cuando la enfermedad lo había confiado en la Casa Madre, para pedir el permiso de ir a dar la catequesis de pueblo en pueblo mendigando el pan!” (CSG XII, pág. 71) y (AFM, carta del Hermano Lorenzo). El autor de este libro (H. Juan Bautista), enviado como Director y cocinero a la escuela de Bouillargues en 1842, cuando era Asistente, daba diariamente el catecismo, con gran admiración de los feligreses y del párroco, que quiso escucharlo escondido en un confesonario” (cfr. *Nos Supérieurs*, págs. 29-30. Économat général des Frères Maristes, Saint-Genis-Laval, 1953).

La autoridad es demasiado floja cuando no se respeta a los monitores o a quienes el maestro deja como sustitutos. También lo es cuando desaparece en ausencia del maestro.

Si veis que el orden y la disciplina se alteran o desaparecen cuando el maestro se ausenta, es señal inequívoca de que éste no tiene ascendiente moral ante sus alumnos y que sólo los domina por coacción material. En tal clase no existe educación posible; el maestro hace el oficio de policía.

Los premios y los castigos sólo ayudan a mantener la disciplina cuando se emplean con moderación y cordura. También los castigos han de dosificarse: empezar siempre por los más suaves y recurrir a los rigurosos sólo en caso de faltas graves y excepcionalmente. Lo mismo debe hacerse con los premios: hacerlos desear y merecer y concederlos justa y razonablemente.

Nunca debe darse como castigo algo que en sí mismo ha de ser querido y venerado por los niños, como rezar, ayudar a misa, hacer un favor a alguien, etc. Tampoco dar como penitencia una lección de catecismo, copiar oraciones o aprenderlas de memoria, para no fomentar en los niños aversión hacia algo que debieran estimar y amar.

La emulación, las recompensas y los castigos son sólo medios para estimular la laboriosidad, el estudio y docilidad de los alumnos. Para conseguirlo eficazmente hay que preservar al niño del mal y conservar su inocencia. Para ello es fundamental inculcarles estas dos máximas:

"Dios me ve siempre y en todas partes."

"Al estar solo nunca debe uno permitirse lo que no se atrevería a hacer delante de otros, ni lo que le avergonzaría si tuviera que contárselo a sus padres o superiores..."

"Finalmente, para educar debidamente a los niños -decía el Padre Champagnat- hay que amar ardientemente a Jesucristo. Es lo que nos quiso dar a entender el divino Salvador al preguntar a san Pedro por tres veces si le amaba, antes de confiarle el cuidado de su Iglesia<sup>1134</sup>.

Nuestro Señor, que condensó todos los mandamientos en el amor a Dios y al prójimo<sup>1135</sup>, reduce asimismo todas las virtudes de los pastores de almas, de los Superiores y de cuantos tienen responsabilidad sobre los demás, en la caridad. Porque todo cuanto necesitan para desempeñar debidamente sus funciones fluye de esa virtud como de su fuente y origen. Efectivamente, queridos Hermanos, amad a Jesús y poseeréis todas las virtudes y cualidades de un educador perfecto.

La humildad es el sello característico de un auténtico Hermanito de María; ha de ser su virtud predilecta; la caridad es humilde y *no se jacta ni se engríe*<sup>1136</sup>.

La mansedumbre debe empaparos y acompañar todas vuestras virtudes si queréis conquistar el corazón de los muchachos: la caridad es afable, espera siempre.

Necesitáis paciencia para soportar los defectos de los niños y todas las dificultades inherentes a vuestro estado: *la caridad es paciente, disculpa siempre, aguanta siempre*.

---

<sup>1134</sup>Jn 21, 15-17.

<sup>1135</sup>Mt 22, 40.

<sup>1136</sup>1 Co 13, 4.

La prudencia y el equilibrio son indispensables a quienes están al frente de los demás y tienen la responsabilidad de educar a los niños: *la caridad no se exaspera ni lleva cuenta del mal.*

Debéis ser, siempre bondadosos, corteses y afables en vuestras relaciones con los niños y demás personas: *la caridad es afable, no es grosera.*

Necesitáis gran espíritu de desprendimiento, celo, generosidad, abnegación para entregar vuestra vida a los niños y consagrarlos a su educación: *la caridad es generosa, es más fuerte que la muerte no busca su propio interés*<sup>1137</sup>, se ocupa únicamente en procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

El Hermano que ama realmente a Jesús es, pues, humilde, manso, comprensivo, paciente, prudente, generoso, firme, celoso, cortés; en una palabra, posee todas las virtudes. Y la caridad que lo une a Dios le procura gracias, auxilios y protección divina, haciéndolo omnipotente e idóneo para todo.

Un detalle en que debéis fijaros es que Jesucristo dice a Pedro: *Apacienta mis ovejas*<sup>1138</sup>, ¿Por qué dice “mis ovejas” y no “tus ovejas”?

1. Para enseñarnos que hemos de buscar la gloria de Dios y no la nuestra, los intereses de Jesucristo y su Iglesia y no nuestras ventajas personales.

2. Para animarnos a respetar a los niños y tratarlos siempre con bondad, justicia y amor. ¿Con qué miramientos los instruiríais y educaríais si esos chicos fueran hijos de príncipes o de reyes? ¿Qué atención tendríais sobre vosotros mismos para haceros dignos de tal misión, merecer su aprecio, ser amables con ellos y evitar cuanto pudiera ofenderlos o disgustarlos? Pues bien, vuestros alumnos son mucho más que hijos de reyes; son hijos de Dios, hermanos y miembros de Jesucristo. Y no olvidéis nunca: el divino Salvador, que es la misma verdad, considera como hecho a sí mismo<sup>1139</sup> todo el bien o el daño que les hagáis.”

Concluiremos este capítulo con algunas consideraciones del piadoso Fundador sobre el celo por la santificación de los niños. “El celo -decía- es una virtud fecunda en frutos de gracia y bendición. Es un tesoro y manantial de toda clase de bienes. Para un Hermano el celo es la piedra filosofal, la alquimia que transforma en oro todo lo que hace.

Enseñáis a los alumnos gramática, aritmética, geografía, dibujo para tenerlos ocupados y preservarlos de las ocasiones de ofender a Dios; y lo hacéis para atraerlos a la escuela, merecer su aprecio y formarlos más fácilmente en la virtud. Pues bien, vuestros estudios, las lecciones de lectura, caligrafía gramática, aritmética, todo esto os será tenido en cuenta en la eternidad: son otros tantos actos de virtud que estáis practicando. El celo que ponéis en llevar a los niños a Dios cambia en oro, es decir, en actos de virtud, las acciones más ordinarias y cuanto hacéis en clase.

Oh, qué diferencia entre el Hermano que da la clase como apóstol y el que la da como un maestro de escuela que desempeñara un oficio! Todas las palabras y actos del primero, vivificadas por la caridad, se transforman en obras de celo; las del segundo son obras muertas.

---

<sup>1137</sup>1 Co 13, 4-8; Rm 12, 9 y 13, 10.

<sup>1138</sup>Jn 21, 17.

<sup>1139</sup>Mt 25, 40.

La educación de la juventud no es un oficio, es un ministerio religioso y un auténtico apostolado. Se equivocan quienes consideran la clase como un oficio pesado y, si obran en consecuencia, realizan de modo profano una tarea muy meritoria y grata a Dios. Si tales Hermanos poseyeran el espíritu de su estado, si comprendiesen la sublimidad de su vocación, dirían más bien: educar a los niños es una obra de celo, de entrega y de sacrificio.

Para desempeñar debidamente esa tarea, que es participación en la misión de Jesucristo, hay que poseer el espíritu del divino Salvador y, como el, estar dispuestos a dar la sangre y la vida por los niños.

Un Hermano celoso es una persona sumamente querida de Nuestro Señor; lo quiere como a la niña de sus ojos; lo considera como socio, cooperador en la santificación de las almas.

El celo atrae al Hermano abundantes gracias y la protección especial de Dios frente a las tentaciones y peligros que puedan acecharle. Dando la catequesis a los niños y formándolos en la virtud, cuidáis de los intereses de Dios: Dios se preocupará de los vuestros. Combatís por él acompañando a los niños, corrigiendo sus defectos, haciendo que eviten el pecado; él luchará por vosotros; tomará como gloria suya sosteneros en la tentación y otorgaros la victoria sobre el enemigo.

Conozco a varios Hermanos que se han librado de tentaciones peligrosas dando bien el catecismo y prometiendo a Jesús enseñar las oraciones a los niños y prepararlos cuidadosamente para la primera comunión.

El celo será para un Hermano un gran motivo de consuelo en la hora de la muerte. Hay tres clases de personas que no tienen por qué temer la muerte: los que aman mucho a Jesús, los que trabajan por su gloria y los que sufren por él. Pues bien, un Hermano celoso cumple los tres requisitos: ama a Jesús, ya que lo ha dejado todo por servirle y para conquistarle niños, y en su ministerio de catequista, tan sublime y tan difícil, ¡cuánto habrá tenido que sufrir! ¡Qué bien le acogerá Jesús en la hora de la muerte! ¡Qué gozo, qué dicha sentirá cuando el divino Salvador le muestre los actos de virtud que practicó en la clase, las lecciones de catecismo que explicó, las oraciones que enseñó, las exhortaciones y avisos que dio, los alumnos que educó, formó y preparó para la primera comunión!

Que dicha cuando le dé a conocer los pecados que ha evitado y le diga: *¡Ven, bendito de mi Padre, a compartir mi felicidad!*<sup>1140</sup> Has gastado tu vida recogiendo los frutos de mi sangre, dándome a conocer y logrando que me bendijeran. ¡Ven, recibe la corona de gloria, y entra para siempre en la gloria de tu Señor y Dios!<sup>1141</sup>

El celo es fuente de prosperidad para una casa. Se refiere en la Sagrada Escritura que Dios bendijo a las comadronas de Egipto y colmó de prosperidad sus casas, porque habían librado de la muerte a los hijos de los hebreos<sup>1142</sup>.

Si Dios premió con tales gracias a aquellas mujeres paganas por haber salvado la vida de los hijos de su pueblo, ¿cómo no va a colmar de bendiciones a un Hermano que trabaja por librar las almas de los niños de la muerte eterna?

---

<sup>1140</sup>Mt 25, 34.

<sup>1141</sup>Mt 25, 21.

<sup>1142</sup>Ex 1, 17-20.

La escuela dirigida por un Hermano celoso es un centro asentado sobre roca<sup>1143</sup>. Dios lo protegerá, defenderá, bendecirá y le dará prosperidad cada vez mayor. El celo es un imán que atrae a los niños y los encariña con la escuela. Si dais bien el catecismo, si enseñáis con esmero las oraciones, si formáis a los alumnos en la virtud, si los guardáis de las malas compañías y los ayudáis a evitar el pecado, los ángeles os traerán niños a la escuela. Os los traerá Dios mismo y preparará de tal modo su corazón, que se sentirán atraídos hacia vuestra escuela por una fuerza secreta, y vendrán a ella, a pesar de sus padres y de todo lo que puedan hacer los malos para impedirselo.”

**PATRIMONIO ESPIRITUAL MARISTA**  
**TESTIMONIOS MAYORES**  
**H. JUAN BAUTISTA FURET**  
**“Vida de José Benito Marcelino Champagnat”**  
**(Edición del Bicentenario)**  
CEPAM/abm  
SEGUNDA PARTE

**CAPITULO XXIV**

*Constancia en el bien y en todo lo que emprendió*

Enseña santo Tomás que una de las señales más evidentes de predestinación es la constancia<sup>1144</sup> en las resoluciones la perseverancia en las obras emprendidas por la gloria de Dios y, sobre todo, en la vocación. Esta opinión del Ángel de las Escuelas se basa en las palabras de Jesucristo: *Quién resista hasta el final se salvará*<sup>1145</sup>. *Y también: El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el reino de Dios*<sup>1146</sup>.

Una de las notas características de la vida del Padre Champagnat es su generosidad y constancia en la práctica de la virtud. Se manifestó constante siempre y en todo, en lo pequeño y lo grande.

Constante en la oración, entregándose a tan santo ejercicio con asiduidad y fervor admirables, a pesar de los obstáculos y ocupaciones que llenaban su vida.

Constante en la lucha contra sus defectos, en mortificar la naturaleza y someterla al espíritu y en combatir en sí mismo cuanto pudiera oponerse a la acción de la gracia o debilitar la pureza de su alma.

Constante en aguantar con resignación perfecta la oposición y las persecuciones de los hombres, las aflicciones, enfermedades, contrariedades y toda clase de sinsabores inherentes al gobierno<sup>1147</sup> de una comunidad numerosa.

---

<sup>1143</sup>Ex 1, 17-20.

<sup>1144</sup>“La constancia tiene la misma finalidad que la perseverancia y la misma dificultad que la paciencia. Pero como el fin es más importante, se parece más a la perseverancia” (SANTO TOMÁS, *Suma* 2.2, q. 137, a.3).

<sup>1145</sup>Mt 10, 22; 24, 13.

<sup>1146</sup>Lc 9, 62.

<sup>1147</sup>El P. Champagnat decía en cierta ocasión: “Podía haber estado mucho más tranquilo en una parroquia, en vez de hallarme continuamente agobiado por el gobierno de esta Sociedad; pero la gloria de Dios y la salvación de las almas requerían de mí esta labor. También hubiera podido vivir pacíficamente trabajando en mi familia, en vez de tantas incomodidades, preocupaciones y viajes como acarrea el gobierno y la dirección de los Hermanos, pero Dios lo quiere así, y estoy satisfecho” (En la libreta de notas n.º 8 del H. Francisco, página 77).

Constante en su devoción a la Santísima Virgen y en su tierno amor a Nuestro Señor, que fueron aumentando hasta su muerte.

Constante en su vocación; se esforzó sin descanso en ser fiel, y se entregó por entero a lo que le pedía.

Constante en las obras que había emprendido para gloria de Dios y salvación de las almas, aunque con frecuencia careciese de medios humanos y recursos económicos y surgiesen obstáculos de todo tipo para arredrarle.

“Aunque toda la tierra estuviese contra mí -decía a veces-, no retrocedería. Con saber que Dios quiere una obra y que mis Superiores la aprueban, ya no me importan la oposición de los hombres y las dificultades, no les doy importancia. Si hubiera que pararse cada vez que faltan los recursos humanos o cuando una dificultad se cruza en el camino, nunca se haría nada. El demonio es, por esencia, enemigo del bien. Es imposible emprender una buena obra sin sentir su oposición; se esforzaría por hacerla fracasar suscitando contra ella las pasiones de los hombres. Asustarse por ello, desalentarse por los obstáculos que surgen, es ofender a Dios, ya que es ignorar la naturaleza de sus obras, que siempre llevan el sello de la cruz; es traicionar los intereses de la religión y ceder cobardemente la victoria al enemigo.”

Esta constancia y firmeza del Padre Champagnat lograron salvar a varios centros cuyo hundimiento se habían propuesto los enemigos de la religión.

En algunos pueblos aconteció más de una vez que para deshacerse de los Hermanos, les hicieron blanco de vituperios, calumnias, persecuciones. Se llegó a suprimirles los honorarios y adoptar toda clase de presiones para impedir que los niños acudiesen a sus escuelas. Pero todos los esfuerzos del poder infernal fueron inútiles: la perseverancia y paciencia del piadoso Fundador lo hicieron salir airoso de todas estas asechanzas. Nunca consintió en ceder al enemigo un palmo de terreno; prefirió mantener a los Hermanos a cargo de la institución, antes que abandonar las escuelas<sup>1148</sup>.

Esa conducta y desinterés le merecieron la confianza de los hombres de bien y le valieron muchas solicitudes de fundación. Querían confiar la dirección de las escuelas a un hombre que era capaz de hacer tales sacrificios con tal de mantener las obras que la caridad ponía en sus manos.

Esta constancia y tenacidad en llevar adelante sus proyectos y en mantener las escuelas que había fundado no procedían de temeridad ni obstinación. No retrocedía ante las dificultades, pero tampoco las provocaba. Hacía todo el bien que podía y le permitían sus recursos. Confiado en la Providencia, sólo se ocupaba de resolver las necesidades que se presentaban. Esa es la razón de que la casa del Hermitage carezca de un plan de conjunto estructurado, al ser construida por partes según las necesidades del momento.

“Hay dos medios sumamente eficaces para conseguir el triunfo de la religión en las persecuciones y desbaratar los planes de los malvados contra las obras de Dios -decía el Padre Champagnat.

---

<sup>1148</sup>Tal fue el caso de Feurs (LPC 1, doc. 21 pág. 64).

El primero es ganar tiempo. Ya sabéis lo que dice el refrán: ganar un día es ganar ciento. Ahora bien, en ese lapso mil circunstancias pueden cambiar el cariz de las cosas. Una muerte, un cambio en la administración, cualquier acontecimiento puede libraros de los enemigos más temibles, o cambiar sus sentimientos<sup>1149</sup>, y convertirlos en amigos y protectores.

El segundo es la resistencia pasiva por medio de la paciencia: aguantar persecuciones y malos tratos de los malvados sin quejaros, sin lamentaros ni responder a sus ataques y acusaciones calumniosas<sup>1150</sup>.

Pero suele suceder que, al querer defenderse, se exacerban las pasiones, se enconan e irritan los ánimos, y, con ello, no sólo se mantiene, sino que se aviva la llama de la persecución. Mientras que, si se corta el pábilo, la llama se apaga.

Cuando os veáis perseguidos, seguid el consejo de san Pablo: *Benedicid a los que os persiguen; benedicid, sí, no maldigáis; no te dejes vencer por el mal; antes vence el mal a fuerza de bien*<sup>1151</sup>. Imitad a los primeros cristianos<sup>1152</sup>: quedaos en vuestras casas y no tengáis

más trato con los de fuera que el indispensable; manteneos unidos a Dios e intensificad vuestro celo en la educación de los niños. Pero no queráis hacer ruido, y evitad lo que pudiera atraer la atención de la gente. Con estas sabias precauciones, con este proceder humilde y cristiano, venceréis siempre a los enemigos; y la tempestad, por muy furiosa que sea, pasará sin causaros daño ni arrancar uno solo de vuestros cabellos.<sup>1153</sup>

Quería que se tuviese el mismo comportamiento en caso de rivalidad.

“En tales situaciones -decía- no se os ocurra imitar a vuestro contrincante. Dejadle que haga ruido, que invente estratagemas y haga mil promesas para atraer a los niños a su escuela. Vosotros limitaos a observar mejor la Regla, y seguid vuestro método de enseñanza. No cambiéis nada en el modo de actuar, conformaos con intensificar el celo y la entrega en formar a los niños en la piedad y hacerlos progresar en los conocimientos esenciales de la enseñanza primaria.

Si obráis así, tendréis alumnos, superaréis la competencia, y, lo que es infinitamente mejor, os mantendréis en el espíritu de vuestra vocación, edificaréis a los feligreses de la parroquia y atraeréis sobre vosotros las bendiciones de Dios.

Por el contrario, luchar ostensiblemente, dando ciertas materias sólo porque las da vuestro competidor, cambiando los programas para acomodaros a los suyos, etc, es la forma de perpetuar la rivalidad, porque entonces se excita el amor propio y ninguna de las partes quiere ceder.

Precisamente en estas ocasiones hay que tener presente que hacemos la obra de Dios; que el éxito en las obras de Dios se consigue especialmente con los medios que proporciona la religión, como la piedad, la fidelidad a los deberes de estado, el buen ejemplo, la práctica de las virtudes

<sup>1149</sup>Por ejemplo, al día siguiente de la Revolución de 1830 (RLF, pág. 82) el Consejo de Distrito y el Consejo General de Loira se manifiestan contrarios al Padre Champagnat y a sus Hermanos por considerarlos amigos de los derrocados. Pero, a partir de 1833, y sobre todo en 1835 (RLF, pág. 121), ambos Consejos se declaran unánimemente a favor de los Hermanos Maristas.

<sup>1150</sup>La vida del H. Casiano narra un ejemplo especialmente conmovedor de humildad heroica frente a los insultos (CM II, pág. 168).

<sup>1151</sup>Rm 12, 14 y 21.

<sup>1152</sup>Hch 2, 46.

<sup>1153</sup>Lc 21,18.



cristianas y el celo por la propia perfección y la santificación de los niños. Utilizar este tipo de armas, desconocidas para el mundo, es asegurar la victoria. Prescindir de ellas, anteponer los medios humanos, es perpetuar la lucha y propiciar el triunfo del adversario.

Si es cierto que el Padre Champagnat necesitó generosidad y constancia para sacar adelante la obra de los Hermanos, no le fueron menos necesarias para mantener la de los Padres en la diócesis de Lyon. ¡Cuántos trámites ante los Superiores eclesiásticos y ante sus propios colegas para poner en marcha la obra! ¡Cuántas cartas! ¡Cuántos viajes largos y fatigosos con este fin! Por su correspondencia con el reverendo Padre Colin, podemos comprobar que ningún sacrificio le parecía grande. Tanto que el Padre Colin se vio obligado a menudo a moderar su fogosidad<sup>1154</sup>. En cuanto quedó perfilado en el seminario mayor el proyecto de la Sociedad de los Maristas, se consagró a él totalmente y prometió a Dios trabajar toda su vida para que tal plan se llevase a cabo.

Una de sus mayores penas hubiera sido, según confesó en diversas ocasiones, morir antes de ver definitivamente constituida la Sociedad y sin haber emitido en ella los votos religiosos. Por eso, el mismo día que recibió la noticia de la aprobación del Instituto de los Maristas por la Santa Sede, escribió al reverendo Padre Colin pidiendo hacer la profesión.

La generosidad, la abnegación y la constancia fueron virtudes que practicó toda la vida. Y una de sus consignas preferidas era que cuando uno se entrega a Dios, hay que hacerlo de veras, sin reservas ni rodeos. “¡Ay de los que echan de menos -decía- las cebollas de Egipto!; no son aptos para la tierra prometida de la vida religiosa. Querer regatear con Dios, perderse en interminables disquisiciones para consagrarse o hacerlo sólo a medias y con reservas, es demostrar que se desconoce la grandeza de Dios, la excelencia de la vocación religiosa, la belleza de la virtud, el precio de la salvación y la felicidad del cielo. Es desconfiar de Dios y ofenderlo; es tenderse un lazo a sí mismo y exponerse a caer, tarde o temprano, en las redes del demonio. ¿Queréis una prueba de todo esto? Preguntad a quienes perdieron su vocación cómo empezó el proceso de volver al mundo. La inmensa mayoría os responderá que se perdieron porque, al entrar en la vida religiosa, al entregarse a Dios, lo hicieron con reservas, pusieron condiciones en sus compromisos, tenían segundas intenciones, habían dejado un portillo abierto para volver al mundo, y el demonio aprovechó ese portillo para meterse en su corazón y adueñarse de él.”

La inconstancia era para el buen Padre prueba inequívoca de ineptitud para la vida religiosa. Cuando examinaba a los postulantes, si veía que habían probado diversos oficios, los rechazaba sin más.

-¿Qué empleo ha ejercido? -preguntó a un joven que se empeñaba en entrar en el noviciado.

-He tenido varios -respondió el postulante, e inmediatamente le nombró tres o cuatro.

<sup>1154</sup>El P. Colin escribe al P. Champagnat. (2) Valoro más que nunca la obra de la Santísima Virgen. La situación de los tiempos que corren sólo consigue avivar mi confianza y valor. Sin embargo, no sé si sería ahora prudente la reunión que solicita. Estoy de acuerdo en que se necesita determinar una sede central de la piadosa empresa; la deseo tanto como usted, pero me parece que en estas circunstancias no resulta prudente viajar en tan gran número...

(3) Además, si nos reuniéramos, aunque fuera por poco tiempo sin la aprobación de nuestros Superiores eclesiásticos, podrían sospechar...

(4) Tengamos paciencia; sigamos trabajando en formarnos bien. No me molestará que os vea ir en aumento... (OME, doc. 84, pág. 175).

-Pues vaya a probar el quinto -repuso el Padre-: es usted demasiado inconstante para nuestra vida. Para ser religioso hay que saber asentarse y usted me da la impresión de que no tiene suficiente fuerza de carácter para eso.

Acababa de ser despedido otro postulante que había pasado unos meses en el noviciado. Un Hermano de los más antiguos, movido a compasión al verlo llorar, fue a implorar misericordia para él. "Mire, Hermano -le respondió el Padre-, ese muchacho no merece ese favor. Además no le iba a servir de nada, pues es de los que habla el Espíritu Santo en el Eclesiástico<sup>1155</sup>, cuando dice: *El necio muda como la luna*. Esta clase de personas son poco aptas para la virtud, que requiere carácter firme y voluntad enérgica. Menos aún sirven a nuestro género de vida, en el que la paciencia y constancia son imprescindibles para ser fieles a la Regla y para educar a los niños."

Presentóse otro joven<sup>1156</sup> para ser admitido en el Instituto. Al Padre le pareció que el postulante había sido criado con cierto refinamiento, y temió que no podría aguantar la vida de comunidad. Por eso, después de ponderarle las dificultades que encontraría, le dijo:

-Mida bien sus fuerzas, piénselo y vea si es capaz de sobrellevar tales sacrificios. Creo que no podrá; este género de vida le va a resultar demasiado difícil.

Después de unos minutos de reflexión, respondió el joven:

-Comprendo que esta vida resulte dura para la naturaleza. Sin embargo, creo que me acostumbraré por dos razones, y ellas me determinan a quedarme en su Instituto, si tiene a bien admitirme. La primera es que, con la gracia de Dios, creo que seré capaz de hacer lo que otros están haciendo. Aquí tiene usted varios postulantes más jóvenes que yo; si ellos son capaces de cumplir la Regla, también lo seré yo. La segunda es que hace más de tres años que he decidido abrazar la vida religiosa, he pedido esa gracia a la Santísima Virgen y me mantengo en mi propósito, aunque mis padres han hecho lo posible por disuadirme.

Encantado con esta respuesta, el Padre le respondió emocionado: "Sí, amigo, usted está hecho para la vida religiosa. Me lo evidencian su tenacidad en la oración y en sus propósitos. La constancia es una cualidad excelente; consérvela con esmero, le dará la perseverancia en la vocación y hará de usted un santo religioso."

Cierta día vio el piadoso Fundador el libro de oficio de un Hermano sobre una mesa. Lo abrió y leyó estas palabras escritas a mano en la primera hoja: "Para alcanzar, por intercesión de María, la gracia de la perseverancia, hago voto de rezar diariamente un avemaría con esa intención."

"Pedir la perseverancia por intercesión de la Santísima Virgen -dijo al interesado- es algo excelente, debe usted hacerlo todos los días. Pero no debía haberse comprometido por voto a rezar el Ave María, porque en la vida religiosa no se permite hacer voto alguno sin autorización.

El que persevera en practicar una virtud termina por alcanzarla. La perseverancia en pedir una gracia es garantía de que nos será concedida. Por eso, elogio su constancia en pedir a la Santísima Virgen la gracia de la salvación y le aseguro que la divina Madre se la alcanzará si sigue pidiéndosela. Pero reprocho su voto imprudente; no vuelva a hacer otro sin permiso".

---

<sup>1155</sup>Eclo 27, 11.

<sup>1156</sup>Se trata de Juan Bautista Grimaud (H. Atalo), cuyos padres acomodados se opusieron mucho tiempo a que ingresara en la vida religiosa (CM, 11, págs. 343-344);

Vamos a concluir la vida de nuestro venerado Padre con el análisis de una sublime instrucción que dio a los Hermanos sobre la constancia, al explicarles el Evangelio del segundo domingo de Adviento.

La constancia -les dijo- es una virtud indispensable a un cristiano para salvarse. Mucho más a un religioso para lograr la perseverancia en su vocación y alcanzar la perfección de su estado. El proceder de Nuestro Señor en el Evangelio de este día es una prueba

evidente de ello. El divino Maestro hace un espléndido elogio de san Juan Bautista, y declara ante todo el mundo que es el mayor de los nacidos de mujer<sup>1157</sup>.

Pues bien, ¿qué pondera especialmente y ante todo en el santo Precursor? ¿Tal vez su inocencia, tan sublime que posiblemente no llegó a cometer voluntariamente ni un pecado venial? No. ¿Su humildad, tan profunda que se consideraba indigno de desatar la correa de las sandalias de Jesucristo?<sup>1158</sup> No: el divino Salvador no menciona la humildad en el elogio que hace de Juan. ¿Es quizá su amor a la castidad, que lo lleva a acusar, sin temor, al rey Herodes por su conducta criminal? No; los elogios de Jesús no se dirigen hacia esa virtud, por muy excelsa y sublime que sea. Sus elogios van encaminados a la constancia del santo Precursor. Para llamar la atención sobre la firmeza inquebrantable de san Juan, Nuestro Señor interpela a quienes le rodean y les pregunta: *¿Qué salisteis a contemplar en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?*<sup>1159</sup> No; un alma tan endeble y un carácter tan frívolo no habrían excitado de tal modo vuestra curiosidad y admiración. ¿Qué salisteis a ver? Habéis ido a ver un hombre constante en practicar virtudes excepcionales y heroicas; un hombre constante en desempeñar la misión que Dios le había asignado, en perseverar en la vocación y modo de vida austera que había adoptado; un hombre constante en el servicio de Dios, en la edificación del prójimo, en la reprensión y corrección de los pecadores y en sufrir con paciencia inalterable, con perfecta resignación, las persecuciones de los impíos: ése es el hombre que habéis ido a ver.

Ahora bien, ¿por qué hace Nuestro Señor tantos elogios de la constancia? Porque, en cierto modo, esta virtud abarca todas las demás y, sin ella, de nada sirven las demás. Lo importante no es empezar bien -dice san Agustín<sup>1160</sup>-, sino terminar bien; pues declara Jesucristo que *quien perseverare hasta el fin se salvará*<sup>1161</sup>. Porque esta virtud es la de todos los días y de todos los momentos. Efectivamente, la vida del cristiano, y mucho más la del religioso, es una lucha permanente. Para corregir los defectos, para practicar la virtud, para salvar el alma, tenemos que hacernos continua violencia<sup>1162</sup> y luchar contra todo lo que nos rodea. Por ejemplo, tenemos que combatir y luchar:

1. Contra nosotros mismos, contra las pasiones y malas tendencias y contra los sentidos para mantenerlos modestos y controlados.

<sup>1157</sup>Lc 7, 28.

<sup>1158</sup>Jn 1, 27.

<sup>1159</sup>Lc 7, 24.

<sup>1160</sup>El que perseverare hasta el fin se salvará (Mt 24, 12-13). El profeta se entregó en manos de la perseverancia y vio una vida larga; y como el perseverar es una cosa grande y difícil, rogó para conseguir la perfección de su perseverancia al mismo que le mandó perseverar" (SAN AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los Salmos*, 139, 11. BAC 204, pág. 623).

<sup>1161</sup>Mt 10, 22; 24, 13.

<sup>1162</sup>Mt 11, 12.

2. Contra el diablo que ronda, como león rugiente, buscando a quién devorar<sup>1163</sup>. Contra ese seductor de los hijos de Dios<sup>1164</sup>, ángel de las tinieblas que se disfraza de ángel de luz<sup>1165</sup> para disimular mejor sus lazos y hacernos caer con mayor facilidad en sus redes.

3. Contra el mundo, sus vanidades, consignas y escándalos; contra los malos ejemplos de nuestros Hermanos, haciendo no lo que hacen, sino lo que deberían hacer, lo que nos prescribe la Regla. Contra nuestros parientes y amigos, para no dejarnos arrastrar por la carne y la sangre<sup>1166</sup>, y amarlos sólo en Dios y por Dios. Contra quienes se declaran enemigos nuestros, *devolviéndoles bien por mal, y acumulando sobre su cabeza carbones encendidos*, como dice el Apóstol.

4. Contra todas las criaturas y objetos que nos rodean, para no apegar a ellos el corazón, sino servirnos sencillamente de ellos como camino para ir a Dios y alcanzar la vida eterna<sup>1167</sup>.

5. Finalmente, hemos de luchar y combatir contra el mismo Dios, haciéndole santa violencia por medio de fervorosas plegarias, sobrellevando con paciencia y resignación las pruebas internas, los sinsabores, las sequedades, las tentaciones y demás sufrimientos que él quiera enviarnos.

Ahora bien, sólo una firmeza inquebrantable y una constancia enérgica pueden sostener una lucha tan violenta y continua: los inconstantes, pusilánimes y cobardes no son capaces; por ello se hallan en peligro grave de perderse. A ellos va dirigida aquella temible advertencia de Nuestro Señor: *El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de Dios.*<sup>1168</sup>

---

<sup>1163</sup>1 P 5, 8.

<sup>1164</sup>Ap 20, 7-10; 19, 20.

<sup>1165</sup>2 Co 11, 14.

<sup>1166</sup>Jn 1, 13.

<sup>1167</sup>Rm 12, 20.

<sup>1168</sup>Lc. 9, 62.